GREG BEAR

La ciudad al final del tiempo

GREG BEAR

LA CIUDAD AL FINAL DEL TIEMPO

Un billón de años en el futuro, el Kalpa es la ciudad al final del tiempo, el único reducto de una realidad menguante ante el feroz empuje del caos que representa el Tifón. Allí, el Bibliotecario y sus «angelines» manejan un tiempo dilatado pero finito en su intento de salvar la realidad. Gracias a unas misteriosas piedras «sumadoras» que actúan como talismanes y establecen extrañas conexiones, dos personajes del Kalpa, Jebrassy y Tiadba, entran en contacto con unos desarraigados habitantes de la actual Seattle. Sin siquiera imaginarlo, los incomprendidos y soñadores Ginny, Jack y Daniel tal vez están llamados a ser los salvadores de un futuro distante y condenado.

Una novela sorprendente con un nivel de especulación sumamente original. Un trabajo desafiante e imaginativo como sólo puede ofrecer la mejor ciencia ficción. Greg Bear es autor de más de treinta libros de ciencia ficción y fantasía. Ha ganado dos premios Hugo y cinco Nebula. Especialista en analizar el futuro que la tecnología hace posible, Bear destaca también como autor de dinámicos thrillers biotecnológicos como La radio de Darwin, Los niños de Darwin, Vitales y Quantico, todos ellos publicados por Ediciones B.



Greg Bear

La ciudad al final del tiempo

ePUB r1.1
capitancebolleta 21.05.13

Título original: *City at the end of time*
Greg Bear, 2008
Traducción: Pedro Jorge Romero
Fecha Traducción: 09/2010

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0



PRESENTACIÓN

A estas alturas, los lectores asiduos a NOVA no han de extrañarse si mantengo que Greg Bear es uno de mis autores favoritos, uno de los más representativos e interesantes de la moderna ciencia ficción. Ésta que ahora presentamos es la enésima de sus novelas aparecidas en NOVA, tras la publicación de QUANTICO *(2005) en* La Trama, *otra de las buenas colecciones de* Ediciones B.

Les informo ya de que QUANTICO *tendrá su continuación en una nueva novela* (MARIPOSA, *cuya aparición en Estados Unidos está prevista para noviembre de 2010). En este caso, se trata de* thrillers *biotecnológicos de gran éxito popular y de crítica, centrados (al menos el primero) en torno al terrorismo, la droga y los virus. El título de la novela hace referencia a la base de los Marines en Virginia (EE UU), sede la academia del FBI, y, lógicamente, los protagonistas de la novela eran tres agentes de esta agencia*.

Los thrillers *de Greg Bear me gustan, entretienen y divierten, pero me gusta aún más su capacidad especulativa y su inventiva a la hora de plantear, al estilo de la mejor ciencia ficción de todos los tiempos, nuevas y sugerentes variaciones de lo que ha sido, es y puede ser. Ésa es la gran riqueza de la buena ciencia ficción a la que tanto se acercan ya algunos de esos* thrillers *tecnocientíficos que hoy proliferan. Sólo en autores entrenados y capaces como Greg Bear, esos* tecnothrillers *ofrecen, además de la emoción y la acción inevitables, una sugerente y profunda carga de ideas que promueve la reflexión del lector*.

Y con esto llego a la que me parece una pregunta central: ¿qué hay en la obra de Greg Bear que despierte mi interés (y, espero, el de los lectores

de NOVA)?

Para mí se trata de una narrativa seria y a la vez divertida, capaz de aunar buenas especulaciones en torno a posibles avances científicos con ideas sugerentes respecto a lo que ello puede representar, y todo servido con la necesaria e imprescindible amenidad y con las mejores técnicas narrativas. ¿Qué más se puede pedir cuando uno busca buena literatura a principios del siglo XXI?

Por poner un ejemplo, para mí fue la aportación de Greg Bear la que más me sedujo cuando las «tres B» de la moderna ciencia ficción, Benford, Bear y Brin, se embarcaron en el complejo y arriesgado proyecto de continuar la mítica FUNDACIÓN, *de Isaac Asimov, precisamente allí donde éste la había dejado inconclusa: el nacimiento de la nueva ciencia de la psicohistoria de la mano de Hari Seldon*.

En su colaboración a la llamada «Segunda Trilogía de la Fundación», *fue Greg Bear quien, en* FUNDACIÓN Y CAOS *(1998, NOVA número 124), aportaba y desarrollaba una de las más sugerentes ideas de esta nueva incursión en el mundo de la Fundación. Cuando Asimov introdujo, en* ROBOTS E IMPERIO *(1985), la llamada Ley Cero de la Robótica* («un robot no debe dañar a la humanidad o, por su inacción, dejar que la humanidad sufra daño»), *en realidad desplazaba el objeto de las clásicas Tres Leyes de la Robótica del individuo (el ser humano) a la especie (la humanidad), e introducía un nuevo problema que, pese a su evidencia, sólo formalizó Greg Bear en* FUNDACIÓN Y CAOS.

Me explicaré.

Si el objeto de las leyes de la robótica pasa a ser «la humanidad», cabe también la posibilidad de considerar el papel que desempeña el libre albedrío, incluso en esa humanidad tan sobreprotegida por los robots «giskardianos» (por el primer robot telépata Giskard, precisamente el autor de esa Ley Cero de la Robótica). Defender la necesidad y la capacidad de la humanidad incluso para equivocarse es el papel que, en la acertada visión de Greg Bear en FUNDACIÓN Y CAOS, *han de acabar desempeñando los robots «calvinianos» (fieles a las tres primeras leyes de*

la robótica que defendiera Susan Calvin, la primera robopsicóloga asimoviana).

Debo reconocer que esa sugerencia del enfrentamiento entre robots «giskardianos» y «calvinianos» me pareció, con diferencia, la mejor de las muchas ideas que incorporaba Greg Bear en su aportación a la «Segunda Trilogía de la Fundación»: *los posibles «memes» alienígenas, la posible reacción evolutiva de la especie humana ante el exagerado papel protector de robots giskardianos como Daneel R. Olivaw y, en definitiva, la posible respuesta a preguntas claves en torno a la* FUNDACIÓN *asimoviana: ¿por qué no hay alienígenas en el imperio galáctico de Asimov?, ¿cuál es el papel de robots y ordenadores en ese complejo imperio y en la Fundación que ha de sucederlo?, ¿por qué surge un personaje como el Mulo?*

Ésa es la gran riqueza en la narrativa de Greg Bear: junto a una técnica irreprochable, una riqueza de ideas sugerente y asombrosa, ¿qué más se puede pedir?

Y encontramos diversas muestras de todo ello en la obra de un Bear que difícilmente se repite: nos habla de la conciencia y la nanotecnología (REINA DE LOS ÁNGELES), *de esa misma nanotecnología asociada a la conquista del espacio* (MARTE SE MUEVE), *de las consecuencias sociales de la inteligencia artificial asociada a la nanotecnología y a diversas técnicas de psicoterapia* ([ALT 47]), *de una posible y sorprendente evolución lamarckiana con la herencia de los rasgos adquiridos por los progenitores* (LEGADO). *Y nos maravilla con la clásica investigación de un extenso y misterioso mundo-universo interminable en un asteroide* (EON YETERNIDAD), *nos habla de las llaves y los peligros de la inmortalidad* (VITALES), *o nos sumerge en las complejidades del nacimiento de una nueva especie en el seno de la humanidad* (LA RADIO DE DARWIN).

Por eso me gustan las novelas de Greg Bear: me entretienen, me divierten y, eso es lo más importante para mí, siempre me sugieren nuevos caminos de reflexión que son, al menos en mi caso, algo que me parece fundamental en la buena ciencia ficción en un mundo tan complejo como el que nos ha tocado vivir.

LA CIUDAD AL FINAL DEL TIEMPO *es, como ya he dicho, un retorno de Greg Bear a los temas y las sensaciones de la mejor ciencia ficción. Tras algunos* tecnothrillers *muy bien recibidos por crítica y público, Greg Bear vuelve a sus orígenes, a la mejor ciencia ficción con ideas brillantes, en este caso en torno a la pregunta acerca de lo que ocurre al final de todas las cosas*.

Un billón de años en el futuro, el Kalpa es la «ciudad al final del tiempo», el único reducto de una realidad menguante ante el feroz empuje del caos que representa el Tifón. Allí, el Bibliotecario y sus angelines manejan un tiempo dilatado pero finito en su intento de salvar la realidad. Gracias a unas misteriosas piedras «sumadoras» que actúan como talismanes y establecen extrañas conexiones, dos personajes del Kalpa, Jebrassy y Tiadba, entran en contacto con unos desarraigados habitantes de la actual Seattle. Sin ni siquiera imaginarlo, los incomprendidos soñadores del presente, Ginny, Jack y Daniel, tal vez están llamados a ser los salvadores de un futuro distante y condenado.

La novela resulta compleja, tal vez incluso un tanto esotérica, escrita con un sugerente nivel literario que la crítica ha reconocido y con un nivel de especulación sumamente original. Un trabajo desafiante e imaginativo como sólo la mejor ciencia ficción puede ofrecer.

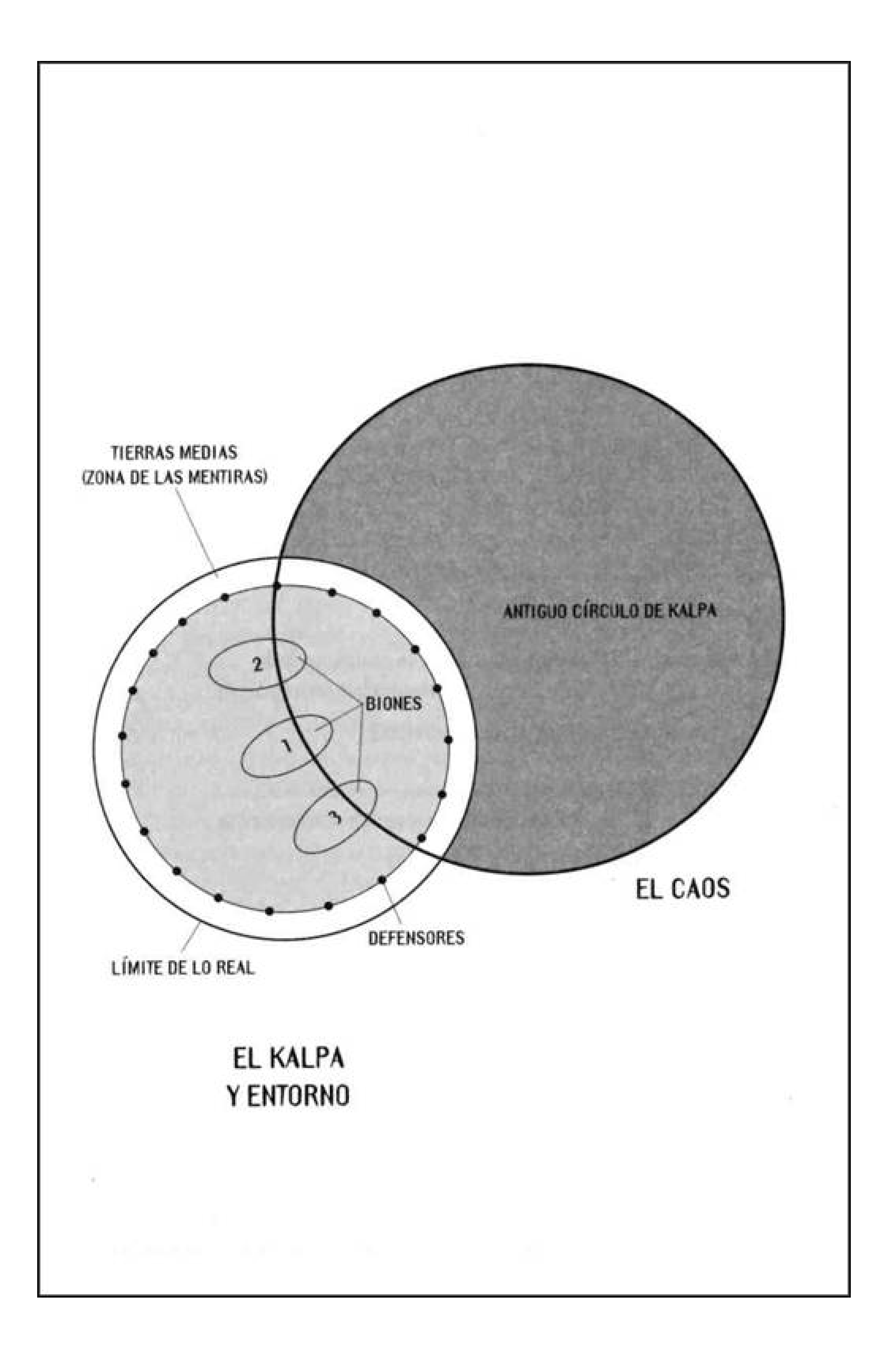
Para terminar, les transcribo algunos de los comentarios que los críticos han expresado sobre una novela que, evidentemente, les ha sorprendido y satisfecho:

En el influyente Library Journal, *Sara Rutter dice que LA CIUDAD AL FINAL DEL TIEMPO*: «… sumerge a los lectores en una visceral experiencia de la teoría cosmológica y de la creación de grandes historias de la mitología». *Y auguraba*: «Este trabajo desafiante e imaginativo recibirá la atención de la crítica.» *Otros han comparado esta novela con algún clásico de la fantasía moderna como* LA TORRE NEGRA, *de Stephen King. Así, el comentarista de la web* sffworld.com *decía*: «En algunos niveles, la novela de Bear funciona como las obras de Stephen King (por ejemplo LA TORRE NEGRA), donde un destino final, que desafía el espacio y el tiempo, está en el núcleo o la trama de ambas

historias. Donde King centró gran parte de su historia en los elementos fantásticos, Bear intenta aportar un enfoque más científico para la descripción que realiza de un cosmos de amplio alcance. […] Bear también salpica su novela con elementos del *thriller* y el horror y con algunos personajes francamente espeluznantes.» *No es poca cosa, en cuanto a especulación y material novelístico. Que ustedes lo disfruten*.

MIQUEL BARCELÓ

Para Richard Curtis:
en celebración de treinta años


TIERRAS MEDIAS
(ZONA DE LAS MENTIRAS)
ANTIGUO CÍRCULO DE KALPA
2
BIONES
1
3
EL CAOS
DEFENSORES
LÍMITE DE LO REAL
EL KALPA
Y ENTORNO

Prólogo

Muy profundo es el pozo del pasado. ¿No deberíamos decir que no tiene fondo?

Thomas Mann, José y sus hermanos

Es el Tiempo —se oyó susurrar Alan—. El Tiempo… se va como la marea y nos deja varados.

C. L. Moore y Henry Kuttner,
La última ciudadela de la Tierra

Todo lo que sabes es erróneo.

Firesing Theater

El Kalpa

Era peligroso venir a la Torre Rota.

A solas en el límite exterior de una sala vacía de casi un kilómetro de ancho, rodeado por una brutal serie de altos ventanales de cristal, el Custodio Ghentun se cubrió más con la capa para evitar el frío cortante. A sus pies burbujeaba una capa de aire, mientras que una fina neblina helada permanecía en el sendero que había seguido desde los ascensores. Esa parte de la ciudad no estaba acostumbrada a los de su clase, a los de su tipo de manifestación física, y no se ajustaba obedientemente a sus necesidades.

Muy rara vez los Sirvientes del Bibliotecario iban hasta allí para reunirse con suplicantes de los niveles inferiores. Esas citas eran casi imposibles de conseguir. Sin embargo, Ghentun había solicitado una audiencia y lo habían convocado.

Los altos ventanales ofrecían una vista panorámica de lo que se encontraba fuera de la ciudad, más allá de las tierras medias y por encima del límite de lo real: el Caos Tifón. En todo el Kalpa, sólo la torre tenía ventanas al exterior: hacía mucho tiempo que el resto de la ciudad se había amurallado para no observar ese panorama imponente y horrible.

Ghentun se acercó al ventanal más cercano y se paró para mirar. Directamente abajo, grandes curvas como proas de barcos parecían dispuestas a saltar a la oscuridad: los últimos biones del Kalpa que contenían todo lo que quedaba de la humanidad. Un estrecho cinturón gris rodeaba esos enormes edificios, y más allá se extendía un anillo negro, ancho y desigual: las tierras medias. Una falange de agujas arquitectónicas que miraban hacia fuera y giraban lentamente, difuminadas como si estuviesen hundidas en agua cenagosa, protegían el anillo y todo lo que contenía. Eran los Defensores, los más externos de los generadores de realidad de la ciudad.

Fuera de su protección, cuatro cráteres llenos de restos —los biones perdidos del Kalpa— desperdigados en una amplia curva que regresaba sobre sí misma, juntándose en la oscuridad a cientos de kilómetros de distancia: el anillo original de la ciudad.

Surgiendo del caos, la masiva orbe del Testigo proyectaba su cañón de luz gris, como un cuchillo, sobre los biones perdidos y las tierras medias, disparando contra los nebulosos Defensores, elevándose como si quisiese agarrar la torre… Demasiado doloroso para mirarlo.

Ghentun apartó los ojos cuando el rayo recorrió la cámara.

Sangmer, el primero en intentar cruzar el Caos, en su momento había ocupado ese mismo lugar, preparando la ruta de su viaje. Algunas vigilias más tarde había descendido de la Torre Rota —incluso entonces llamada Malregard— y con cinco valientes compañeros, todos aventureros filósofos, había partido en esa última empresa.

Nunca más se supo de ellos.

Malregard, efectivamente. «Mala vista». Sintió una presencia a su espalda y se volvió, inclinando la cabeza. El Bibliotecario tenía tal variedad de sirvientes que no sabía qué esperar. Éste —un angelín pequeño, de forma

femenina— apenas pasaba de la rodilla de Ghentun, que coloreó su capa de infrarrojo, haciendo que los charcos de aire más cercanos burbujeasen furiosamente y se desvaneciesen. El sirviente también cambió de espectro y luego elevó la temperatura de la cámara hasta que hubo algo de presión.

Ghentun se inclinó para entregarle al angelín un fragmento primordial de tierra, un trozo aplastado de basalto de la Tierra: el pago tradicional por una audiencia. Eran reglas antiguas que no debían olvidarse jamás. Ante la menor descortesía, el Bibliotecario y todos sus sirvientes eran propensos a retirarse para sumirse en un silencio de diez mil años, algo que el Kalpa ya no podía permitirse.

—¿Qué haces aquí, Custodio? —preguntó el angelín—. ¿Ha habido progresos en este lado de lo real?

—Eso debe juzgarlo el Bibliotecario. Toda honra para sus sirvientes.

El angelín se plateó y se congeló: simplemente se detuvo sin ninguna razón que Ghentun pudiese apreciar. Había seguido todas las reglas de la cortesía. Ghentun cambió su capa y plasma a modo lento para poder mantener una comodidad disciplinada. Estaba claro que iba a llevar su tiempo.

Pasaron dos vigilias. Nada cambió a su alrededor, excepto que desde el Caos el rayo gris, como un cuchillo del Testigo, recorrió tres veces la cámara.

Finalmente el angelín aclaró su capa plateada y dijo:

—El Bibliotecario te recibirá. Habrá una cita disponible en menos de mil años. Transmite dicha información a tus sucesores.

—No tendré sucesores —repuso Ghentun.

La reacción del angelín se produjo con sorprendente rapidez.

—¿El experimento ha terminado?

—No. La ciudad.

—Hemos estado desconectados. Explícate.

—No disponemos del lujo del tiempo —dijo Ghentun con aspereza—. Hay que tomar decisiones. Pronto.

El angelín se expandió y se volvió transparente. «Pronto» podía interpretarse como una afrenta a cualquier Eidolon, pero especialmente a un

sirviente del Bibliotecario. Resultaba difícil creer que tales seres todavía reclamasen el honor de la humanidad, pero así era.

—Explícame lo que puedas sin negar el privilegio del Bibliotecario —pidió.

—Hay resultados inquietantes. Podría haber presagios. El Kalpa es el último refugio de la vieja realidad, pero nuestra influencia es muy reducida. Como el Bibliotecario ya anticipó, la historia podría estar corroyéndose.

—El Bibliotecario no lo tenía previsto. Todo es permutación.

—Sin duda —dijo Ghentun—. Aun así, las líneas del mundo están siendo cortadas y empalmadas de forma no natural. Otras pueden haberse disuelto. Es posible que ya se hayan perdido segmentos completos de la historia.

—¿El Caos ha retrocedido en el tiempo?

—Algo así sienten algunos miembros de la progenie antigua. Son nuestros indicadores, como así se les diseñó.

Intrigado, el angelín se redujo y se solidificó.

—Canarios en la mina de carbón —dijo.

Ghentun no sabía qué eran los canarios y sólo comprendió vagamente lo de la mina de carbón.

—¿Algunos miembros de la progenie antigua experimentaban sueños poco habituales? —preguntó el angelín.

Ghentun cerró más la capa.

—He revelado todo lo que puedo, todo el honor para el Bibliotecario. El resto de mi informe deberá ser comunicado en persona… Como está establecido.

—Desde Malregard observamos cómo vuestras progenies cruzan el límite de lo real, violando las leyes de la ciudad. Parecen decididos a perderse en el Caos. No hemos visto volver a ninguno. ¿Tu informe admite el fracaso?

Ghentun sopesó cuidadosamente su situación.

—Por naturaleza, son gente sensible y decidida. Mi humildad frente a los Eidolones… Dejo esas observaciones a vuestro grupo y busco la crítica del Bibliotecario, si es precisa, directamente.

Otra larga pausa.

El rayo gris del Testigo volvió a recorrer la cámara. Al pasar a través del angelín, Ghentun observó un entramado de procesos internos: la muy refinada estructura enjoyada de materia noötica de grado zafiro. El angelín osciló frente a la cara de Ghentun. Sus labios no se movieron pero su burbuja de frío se estremeció.

—Induce a un individuo afectado por esos sueños para que te acompañe a la Torre Rota.

—¿Cuándo?

—Se te notificará.

Ghentun sintió el estremecimiento de la frustración.

—¿Comprendéis la premura? —preguntó.

—No —dijo el angelín—. Puedes quedarte y explicármelo a mí o ejecutar esas instrucciones. Dentro de setenta y cinco años habrá una entrevista con el Bibliotecario. ¿Es lo suficientemente *pronto*?

—Tendrá que serlo.

—Que la paz y las permutaciones sean contigo, Custodio.

El angelín salió deprisa, dejando un rastro de vectores plateados que rápidamente confluyeron y desaparecieron. En su época, un sendero de vectores de un angelín había sido una visión gloriosa. Ahora resultaba tenue y angosto.

Destinos reducidos, caminos más estrechos.

Ghentun cogió la capa y partió de Malregard. No había respondido a la pregunta del angelín sobre los sueños porque precisaba retener todo cuanto fuese posible para revelarlo sólo más tarde a la mente central del Bibliotecario en persona, al menos eso esperaba fervientemente. En cualquier caso, su nivel de optimismo sobre esa empresa no había sido demasiado alto.

El final de toda la historia, de todo lo que era humano y loable —consumido por la locura maligna del Caos que se había manifestado durante eras—, les había alcanzado.

Después de cien billones de años, era probable que fuese imposible salvar el Kalpa.

PRIMERA PARTE

DESPLAZADORES DE DESTINO

1

Seattle

La ciudad era joven. Increíblemente joven.

La luz se elevó clara y azul plateada sobre una masa de nubes tenues y grises, y si mirabas al este, más allá de las colinas, por donde el sol saldría pronto, veías un brillo tan amarillo y tan real como el de la mantequilla natural.

La ciudad encaraba el nuevo día con un rocío frío y húmedo que caía sobre la hierba verde, resbalaba por las ventanas y perlaba de gotas las barandillas.

Al despertar en la ciudad, nadie podía saber lo joven y sana que era: todos tenían actividades que planificar, preocupaciones vitales que resolver. Para que oliesen la novedad bendita y fría haría falta un tufillo de algo diferente.

Todos se ocupaban de sus asuntos.

El día dio paso a la noche.

Casi nadie advirtió la diferencia.

Apenas un regusto a pérdida.

Con una conmoción que casi la hizo gritar, Ginny creyó ver el viejo Mercedes gris en el amplio espejo retrovisor del autobús metropolitano: estaba parado en el carril contiguo, a dos coches por detrás, bloqueando el tráfico. Las ventanillas traseras ahumadas y la grieta en el parabrisas veteado eran claramente visibles.

«Son ellos… el hombre del dólar de plata, la mujer con la palma de las manos en llamas». Se abrió la puerta delantera del bus pero Ginny retrocedió por el pasillo. La idea de bajar una parada antes, de caminar unas manzanas para estirar las piernas y pensar, había desaparecido.

La conductora —una mujer rellenita de esclerótica color marfil y ojos castaño claro, labios de un rojo intenso y diamantes en los incisivos, todavía oliendo ligeramente a perfume My Sin después de una dura jornada de trabajo— miró a Ginny.

—¿Te sigue alguien, cariño? Puedo llamar a la policía si quieres. —Y tocó el botón de emergencia del bus con una larga uña perlífera.

Ginny negó con la cabeza.

—No serviría de nada. No se preocupe, estoy bien.

La mujer suspiró y cerró la puerta. El bus reanudó la marcha. Ginny volvió a su asiento y se puso la mochila sobre el regazo. Echaba de menos el peso de su caja, pero de momento estaba en un lugar seguro. Miró por encima del hombro y a través de la luna trasera vio que el Mercedes quedaba atrás y se metía en una calle lateral.

Con la mano buena, rebuscó un papel en el bolsillo de la mochila. Tras retirarle el vendaje sucio de la mano, la médica de la clínica había pasado media hora vendándole de nuevo las quemaduras, inyectándole una buena dosis de antibióticos y haciéndole demasiadas preguntas.

Ginny miró al frente y cerró los ojos. Percibió cómo los pasajeros pasaban por su lado, la apertura de las puertas delantera y media con roces de goma, el resoplido de los frenos.

La médica le había hablado de un anciano excéntrico pero amable que vivía en un almacén lleno de libros. El anciano necesitaba una ayudante, y podría ser por mucho tiempo: habitación y comida, un lugar seguro; todo legítimo. La médica no le había pedido que confiase en ella: eso habría sido excesivo.

Luego le imprimió un plano.

Como Ginny no tenía adónde ir, seguía las instrucciones de la doctora. Desplegó el papel. Sólo unas paradas más. Primera Avenida Sur, al sur de dos inmensos estadios. Oscurecía; casi eran las ocho.

Antes de subir al bus —antes de ver o imaginar el Mercedes gris— Ginny había dado con una casa de empeños a una manzana de la clínica. Allí, al igual que Queequeg vendiendo su cabeza reducida, ella había empeñado la caja y la piedra biblioteca que contenía.

Era la madre de Ginny quien la llamaba «piedra biblioteca». Su padre la había llamado «sumadora». Ninguno de los dos nombres había sido objeto de mayores explicaciones. Se suponía que la piedra —una cosa torcida, de aspecto quemado y que no siempre estaba metida en aquella caja recubierta de plomo de unos cinco centímetros de lado— era la única posesión valiosa que había conservado su familia nómada. Sus padres no le habían contado de dónde la habían sacado ni cuándo. Probablemente no lo sabían, o no lo recordaban.

La caja siempre parecía pesar lo mismo, pero cuando sus padres deslizaban la tapa ranurada —sólo se abría si girabas la caja de cierta forma y luego invertías el proceso—, su madre habitualmente sonreía y decía: «¡Ha girado en dirección contraria!», y con un gesto teatral le mostraba a su hija escéptica el interior vacío.

En la siguiente ocasión, la piedra bien podría sobresalir del hueco acolchado tan sólida, real e inexplicada como cualquier otro detalle de sus vidas.

De niña, Ginny había creído que toda la existencia de su familia era una especie de truco de magia, como la piedra de la caja.

Cuando el hombre de la casa de empeño, con ayuda de Ginny, abrió la caja, la piedra era visible: su primer golpe de buena suerte en varias semanas. El hombre sacó la piedra e intentó estudiarla desde distintos ángulos, pero ésta —como siempre— se negó a girar, por mucho que él lo intentó. «Tozuda. ¿Qué es, un giróscopo? —preguntó—. Muy fea pero ingeniosa». Le rellenó un resguardo y le pagó diez dólares.

Eso era lo que llevaba: un plano en un papel, una ruta de bus y diez dólares que temía gastar por miedo a no poder recuperar su sumadora, lo único que le quedaba para recordar a su familia. Una familia especial que

había perseguido la fortuna de una forma muy especial y nunca permanecía demasiado tiempo en un mismo lugar, sólo unos meses, como si los persiguiesen.

El bus se acercó al bordillo y las puertas se abrieron. Al bajar, la conductora le dedicó una mirada triste.

La puerta se cerró y el bus prosiguió.

En unos minutos, la conductora olvidaría a aquella esbelta joven de pelo castaño, una joven recelosa y asustadiza que siempre miraba por encima del hombro.

Ginny permaneció en la acera bajo la noche que caía. Aviones muy lejanos dejaban estelas doradas en el cielo azul profundo. Prestó atención a los sonidos de la ciudad. Los edificios respiraban, las calles gruñían. El sonido del tráfico llegaba del este y el oeste, amortiguado por largas naves industriales. En algún lugar se disparó la alarma de un coche que pronto fue silenciada.

Calle abajo, un solitario restaurante tailandés irradiaba un resplandor cálido por sus ventanas y por la puerta abierta.

Tomó aliento ansiosa y miró la calle de arriba abajo, desierta excepto por las luces traseras del bus que se alejaba. Echándose la mochila al hombro, cruzó la calzada y se detuvo en el charco de resplandor naranja de una farola. Miró la losa verde que era la pared del almacén. Allí podía ocultarse. Nadie daría con ella ni sabría nada sobre su paradero.

Parecía adecuado.

Sabía cómo borrar rastros y eliminar recuerdos. Si el anciano resultaba un pervertido grasiento, podría ocuparse de él. Se había ocupado de cosas peores… mucho peores.

En el extremo norte del edificio, una valla de tela metálica rodeaba una rampa de cemento y un pequeño aparcamiento vacío. Una puerta cerrada impedía el acceso a la rampa desde la acera. Ginny buscó cámaras de seguridad, pero no había ninguna visible. Un viejo timbre de plástico montado sobre latón verdoso era la única forma de anunciarse. Volvió a

comprobar la dirección en el plano. Miró la esquina alta del almacén. Metió el dedo entre el alambre y pulsó el botón.

Momentos después, cuando ya estaba punto de irse, la puerta se abrió. Sin voz, sin bienvenida.

Dejó caer los hombros de alivio; estaba tan cansada… pero después de todo lo que había pasado, no podía abandonar ninguna posibilidad, por pequeña que fuese. Rápidamente, reunió todas sus fuerzas y talentos para encontrar un mejor camino a través de la confusión de resultados y efectos. No apareció ninguno. Ése era el único bueno. Todos los demás la devolvían a la vertiginosa tormenta blanco-azulada del bosque.

Llevaba meses sintiendo cómo se iban reduciendo sus opciones. Nunca había imaginado ese almacén, nunca había sabido que acabaría en Seattle, nunca había presentido claramente aquella clínica gratuita y la amable doctora.

Abrió la puerta y subió por la rampa. La puerta volvió a chirriar y se cerró.

Ese día cumplía dieciocho años.

2

El cuerpo de Jack Rohmer tenía sed. El cuerpo de Jack Rohmer estaba cansado.

Una calle arriba y otra abajo, la bicicleta llevaba al esbelto joven de pelo oscuro casi sin ninguna guía por su parte. Un movimiento ocasional del manillar, una flexión despreocupada del hombro, la lengua sobresaliendo entre unos labios flácidos, unos ojos castaños mirando al infinito… todo eso y un pedaleo regular y monótono le indicaban al mundo y a la bicicleta que Jack Rohmer se había quedado en blanco.

Sujeto a la parrilla trasera, un maletero lleno de martillos se agitaba con los baches.

En sí mismo, ni siquiera a un cuerpo joven le interesa la aventura o la novedad, sino la continuidad. Prefiere no tomar decisiones importantes. Un giro casual, inclinarse en una curva, evitar los coches y otros obstáculos… en eso se resumen las habilidades del cuerpo en ausencia de su dueño. Es el cerebro despierto el que se manifiesta inquieto.

En una hora, el cuerpo de Jack había recorrido kilómetros más allá de su destino previsto. De haber habido colinas, sin duda su cuerpo habría reducido la marcha para darse un respiro. Pero siguiendo las calles planas de aquel barrio portuario poblado de almacenes y fábricas, avanzando por un asfalto irregular y calles adoquinadas, era más problemático parar que seguir avanzando.

La bicicleta esquivó un surco.

De la nada salió un camión rugiente. El ojo derecho de Jack se agitó. El chófer mostró por la ventanilla un puño del tamaño de un jamón. Jack

siguió adelante, indiferente. El camión atravesó la intersección, esquivándolo por unos centímetros.

Las farolas arrojaban su luz ámbar bajo las nubes arremolinadas en el cielo. Los pies de Jack marcaron cicloides arqueadas a un ritmo reducido al moverse por las sombras. Cinco kilómetros por hora. Luego tres. Uno. La bicicleta se volvió inestable. El cuerpo bajó una pierna que tocó tierra. Jack se apoyó en ella, doblándosela al engancharse la punta del zapato.

—¡Ay!

El cuerpo ya no aguantaba más.

La mente de Jack regresó y el pánico le cruzó la cara. Se salió del reducido asiento de cuero y la entrepierna cayó sobre la barra, lo que reunió cuerpo y alma en un instante doloroso. Se tambaleó sobre ambas piernas antes de que la bicicleta aterrizara.

Un pie aplastó los radios de la rueda delantera.

—¡Ay! ¡Maldición!

Su voz reverberó en las puertas corrugadas y las altas paredes grises. Anonadado, tomó aliento y miró alrededor: estaba solo, nadie había presenciado su apuro. Se frotó suavemente la entrepierna dolorida y luego dedicó una mirada confusa a su reloj. Llevaba ausente una hora y cinco minutos. No recordaba casi nada.

Un ventanal alto y oscuridad; una oscuridad de lo más extraña, repleta de una cegadora luz gris cortante como un cuchillo y de *algo* observando.

Por encima del tejado de un almacén vio altos contenedores de acero —azules, marrones y blancos— marcados con nombres de compañías de transporte. De alguna forma había pedaleado hasta lo más profundo del Sodo —al sur del centro—, hasta casi el puerto y sus enormes grúas pintadas de rojo.

Algo se agitó bajo una hilera de grandes contenedores de basura.

Jack sacó el pie de entre los radios y examinó su vieja zapatilla y el calcetín roto. La rueda estaba destrozada pero apenas se había lastimado la pierna. Levantó la bicicleta y la giró, dispuesto a desandar el camino.

Un chirriar apagado en las sombras —otro roce— y algo largo se escabulló entre fardos de cajas de cartón. Jack abrió los ojos como platos.

Durante un momento creyó haber visto una serpiente con pinza en la cola. Se acercó al montón y palpó en el suelo una sustancia húmeda.

Un repiqueteo rápido removió un fardo ancho y plano a su izquierda. Con una mueca, apartó el fardo y lo dejó caer justo a tiempo de ver algo largo, negro reluciente y con muchas patas y pinza en la cola como de langosta, meterse rápidamente por un agujero de revestimiento metálico.

Jack gritó y dio un salto atrás.

Le pareció haber visto un cortapicos tan grande como su antebrazo.

Durante la siguiente hora, mientras empujaba la bicicleta tambaleante bajo el elevado arco de la autopista, mientras el cielo se oscurecía y la llovizna lo empapaba, se medio convenció de que lo que había visto en el puerto era la sombra de una rata, no un bicho gigante.

Regresó al apartamento del tercer piso, cambió la rueda de la bicicleta, la guardó en el armario, se quitó las ropas húmedas y tomó una cena rápida de chile enlatado. Burke, su compañero de piso, había subido un montón de correo antes de irse a trabajar. Burke era asistente de cocina en un restaurante elegante. Trabajaba hasta medianoche seis días a la semana y volvía a casa apestando a carne, vino y brandy: el compañero de piso perfecto, rara vez presente.

Cambió algunas cosas de sitio para refrescar la memoria de Burke: eso evitaría que su compañero intentara alquilar su habitación. Repasó el correo. Sólo facturas y todas a nombre de Burke.

Con renovada confianza, Jack se situó en medio de su pequeño dormitorio y practicó malabarismos con tres de sus cuatro ratas, junto con dos martillos. Las ratas lo aceptaron con su acostumbrada paciencia y al volver a la jaula emitieron chillidos de felicidad. Les dio de comer. Les relucían los ojos y agitaron los bigotes.

Habiendo comprobado que sus reflejos no habían sido afectados, volvió a guardar los martillos en el cajón inferior, parpadeó para acostumbrar los ojos y contempló el cajón lleno de bolos, bolas de petanca y bolas de billar, ladrillos y pollos de goma.

Con algo de dificultad logró cerrarlo.

Sólo dos semanas antes, una atractiva mujer mayor que él, Ellen Crowe, lo había invitado a su casa en Capítol Hill. Comida, conversación, compasión… Jack estaba acostumbrado a la atención de mujeres de más edad.

Percibió la nota en el bolsillo de la camisa, la sacó y pasó el dedo por la floritura plateada sobre la elegante cartulina color crema. La tarjeta incluía una segunda invitación a cenar, sin fecha. «Cuando estés listo», había escrito Ellen. En el reverso, apuntado con letra perfecta el teléfono de una clínica gratuita.

Quizás él le hubiese contado demasiado mientras tomaban *risotto* de gambas. Volvió a frotar la tarjeta, buscando desgracias sin encontrarlas… no en la tarjeta, y tampoco por parte de Ellen.

Sentado en el porche trasero, siguió con la mirada una V que se alejaba de porches idénticos de color gris y marrón bajo rápidos nubarrones bajos. Sorbió una taza de té extraída de una bolsita usada ya tres veces y prestó atención a la lluvia continua. Jack había llegado a la conclusión de que finalmente era Feliz. Pobre, pero eso no importaba. Ahora una preocupación real empañaba su felicidad. Empezaba a quedarse en blanco demasiado a menudo. Incluso se lo había mencionado a Ellen Crowe.

Y veía cosas. Enormes cortapicos.

Con un dedo mantuvo en equilibro el martillo, lo lanzó hacia arriba y atrapó el mango con la punta del pulgar, donde permaneció sin apenas moverse.

Dejó el martillo sobre el regazo y suspiró.

—Mañana iré al médico —anunció, y se tapó con una manta de lana.

Cuando no hacía viento le gustaba dormir en el porche. Observó las fibras unidas de la manta, las amplió en su imaginación, las vio conectarse entre sí en todas direcciones. La vida no era tanto como aquella manta sino más bien como un manojo de cables, apretado con otros manojos sin dejar apenas distancia. Algunos cables eran cortos y otros duraban mucho

tiempo, todos interconectados de forma que muy pocos podían predecir. Pero Jack podía sentir esas conexiones, esos cruces, mucho antes de que se produjeran.

Le pesaban los ojos. A medida que el cielo se oscurecía, se quedó dormido allí mismo, en el porche, con el martillo en el regazo, bajo la manta. Fue un sueño profundo y normal. Roncó. Por una vez, inconsciente.

Sus piernas se desplomaron, pero el martillo no se cayó.

A Jack nunca se le caía nada.

3

Wallingford

Algo enorme lanzó al mendigo contra la vegetación baja, gris y húmeda. Rodó de lado y miró al panel de acero de un enorme camión verde de basura. El motor diesel rezongó y eructó humo negro. El conductor sacó de la cabina la cabeza calva.

—¡Eh, parásito! ¡Búscate un trabajo!

El golpe había dejado al mendigo con un latido potente en las tripas. También le dolía la cabeza. No se acordaba de su nombre. Sólo recordaba que estaba huyendo de algo doloroso y horrible. Al menos eso resonaba como un diapasón en medio de sus pensamientos enmarañados…

Se había extendido de más, había intentado alcanzar demasiado lejos.

Intentando escapar.

El mendigo decidió que el conductor del camión no actuaría con tanta chulería si realmente hubiese golpeado a un peatón… aunque fuese un parásito. Nada le había golpeado. Él simplemente estaba allí, tendido inesperadamente a un lado de la carretera, un pie con bota extendido hacia el bordillo, el otro doblado casi bajo el trasero… observando solemnemente una línea de tráfico que ocupaba una intersección.

Sus pensamientos se combinaron como un puzle… pero algo se alzó e intentó desperdigar las piezas, algo que compartía el volumen apretado tras sus ojos… otra mente, asustada, resentida.

El mendigo aplastó expertamente a su compañero como si fuera un insecto y se concentró en los detalles importantes. Primero, ¿dónde estaba? Una rama gruesa se rompió y se hundió aún más en la hierba. Notó algo a la espalda… mochila, abrigo, sudadera, botella de plástico. Una parte de él —

la parte que seguía intentando suprimir— todavía recordaba haberlos guardado allí. Se sentía como medio suéter, unido de alguna forma a otra mitad, los hilos de dos colores diferentes y todo lo que había en medio —entre ellos— se deshacía. ¿Qué estaría él haciendo en un mundo mejor, almacenar ropa y agua en los arbustos?

A la vista apareció su brazo izquierdo, la sucia manga verde del abrigo manchada de lo que parecían mocos.

El camión de la basura giró a la izquierda y siguió avanzando. Conocía la zona: una calle que recibía una salida de la interestatal 4, cerca de la 45. En su época, había conducido todos los días por allí para ir a casa, girando en todas las esquinas.

Pero los coches no parecían correctos.

Se puso en pie, rígido y dolorido. Su estómago palpitaba con un dolor traidor y enroscado… algo a lo que este cuerpo estaba acostumbrado. De pronto comprendió. *Este* cuerpo. *Dolor crónico*.

Dos nombres giraron como luchadores uno alrededor del otro, hasta que uno logró derribar al otro: la experiencia y la terquedad ganando a la consternación y la indignación. Un gemido interior, luego… silencio.

Nada parecía lo correcto. Algo había salido mal.

«Soy Daniel». «Soy Daniel Patrick Iremonk». La serpiente del vientre dio un salto mortal. Él se volvió y vomitó entre los arbustos. Se negó a mirar lo que había devuelto.

Otros coches pasaron a toda prisa; de diseño elegante, redondeados, tajados… parodias de revista de los coches que conocía. Los conductores le miraban con desagrado o no lo veían en absoluto… miraban al siguiente giro.

Daba miedo… Daniel tenía miedo. Al otro tipo no le importaba nada. Para empezar, no era demasiado fuerte, y pronto había quedado reducido a un conjunto de recuerdos color lodo. Nunca antes había sido así. Claro está, Daniel nunca había intentado saltar tan lejos. «Mira a tu alrededor. Quizá después de todo no hayas abandonado el Mal Lugar». Daniel —Daniel Patrick Iremonk— siempre había escapado —saltar era la palabra que empleaba— mucho antes de que la situación se estropease por completo.

Tal era su talento. Nunca antes había esperado a que la situación se deteriorase tanto.

»Asegúrate de que no vienen a por ti… el polvo, el cieno, libros trastocados, los cientos de crípticos —todas las imposibilidades produciéndose a la vez y todos mirándome fijamente, como si hubiese entrado sin saberlo en una fiesta sorpresa.

»Te arrastran al interior, atrancan la puerta, empiezan con los desagradables… diversión y juegos…

»Yo necesito recordar, en serio… pero no quiero».

Daniel se limpió la boca y giró lentamente, orientándose. Sol, nubes, barro por la lluvia reciente. Al otro lado de la calle se alzaba un ancho edificio cuadrangular de color beige, tres pisos de alto: condominios en lo alto y tiendas en la planta baja. Lo conocía bien. Minutos antes había sido un hotel de mala muerte.

Los coches eructaron y se agitaron al ponerse rojo el semáforo.

Habitualmente, cuando saltaba —haciendo uso de la fuerza de voluntad lograba pasar de una fibra a otra— sólo un detalle o algunos pocos detalles sutiles eran diferentes: las circunstancias que deseaba cambiar. Daniel jamás había pasado a una versión de sí mismo que se hubiese degradado tanto.

La ventanilla del coche más cercano bajó y una anciana le sonrió y le ofreció un billete de un dólar. Al aire cálido le acompañaron un toque de gardenias y cigarrillos pasados. Él parpadeó pero no se movió.

La anciana frunció el ceño y retiró el brazo.

El semáforo se puso verde.

El mendigo metió las manos en los bolsillos, dejando que este cuerpo le mostrase dónde estaban las cosas importantes… los movimientos que los músculos ejecutaban todos los días. Sus sucios dedos tocaron dinero. Sacó una bolsa de plástico que contenía un rollo apretado de billetes de uno, sólo uno de cinco y algo de cambio.

En la esquina opuesta había una mujer enfundada en capas de suéteres, chalecos y una falda larga sobre tejanos descoloridos. Su cabeza revuelta, con sonrosadas mejillas de muñeca, surgía de un cuello manchado. Sus

brazos y piernas recordaban a manojos de ramitas envueltas en fieltro. Sostenía un cartel en el que pedía dinero, pero no hizo caso del único conductor que había parado para ofrecerle un billete por la ventanilla. El conductor hizo sonar el claxon. La mujer pareció despertar y cogió el dinero. El coche giró a la derecha para fundirse con el tráfico de la autopista.

«Cabrones tacaños. Billetes de dólar. Sólo comes hamburguesas y perritos calientes, para sentir cómo se te pudren las tripas». Daniel no llevaba gafas, pero incluso desde el otro lado del cruce pudo distinguir el valor del billete. Se palpó el puente de la nariz, estremeciéndose de asco al tacto de aquellos dedos sucios. No había arrugas… no había marcas donde habían estado las gafas. Este cuerpo, a pesar de sus problemas, poseía una vista perfecta… en todas las fibras que Daniel había visitado, él —y todas las demás versiones de él— había sufrido de una vista fatal, pero había tenido buena salud. Uñas… en estas manos, gastadas y sucias, pero no mordisqueadas. Todos los otros Daniel se mordían las uñas.

Exceptuando el dinero en la bolsa, tenía los bolsillos vacíos. No había cartera. Ninguna identificación.

La desarrapada se volvió para mirarlo. Pero aquella mujer no le daba miedo… no era parte de la fiesta horrible y silenciosa.

Sintió la urgente necesidad de ir al baño, pero ¿dónde? No había lavabos portátiles a la vista. Creía saber dónde vivía —más o menos a unas doce calles al oeste, en Wallingford—, pero dudaba que lograse llegar, teniendo en cuenta la serpiente que se agitaba en sus entrañas. Aun así, tenía que intentarlo. Lo último que deseaba era ensuciarse los pantalones durante las primeras horas en este mundo extraño.

Alargó la mano, atrapó la mochila, el abrigo y la botella, y echó a correr, habiendo *saltado* lo justo para que el semáforo se pusiese verde para los peatones sin tener que darle al botón.

Varios coches frenaron, casi dándole… pero ninguno lo hizo.

«Hay algo igual. Sigo teniendo la habilidad. Una vida mejor gracias a la física». Corrió a saltos, entrechocando las rodillas.

4

Seattle

Las nubes llegaron y la lluvia encaneció el pavimento. Le gustaba esta ciudad. Le recordaba a Londres, donde había nacido y donde de niño había ayudado a atrapar y vender pájaros… abundantes camachuelos, jilgueros resistentes, delicados liñaceiros más dulces que los canarios.

Max Glaucous todavía se consideraba un cazador de aves: un cazador melindroso y rellenito. Se había pasado la mayor parte de su vida trasladándose en la noche por Inglaterra y Estados Unidos, pasando de ciudad a pueblecito de mala muerte y de vuelta a una ciudad, tendiendo su red y esperando con paciencia infinita la aparición de la forma más rara y correcta de bocado emplumado; mal dispuesto a atrapar y entregar a sus empleadores cualquier pájaro, porque tal gesto estaría muy por debajo de sus habilidades… y además podría provocar una conclusión fatal a su larga y oculta existencia.

Sus empleadores en ocasiones situaban en la misma región, en la misma ciudad, a dos o más cazadores. A ellos nos les importaban la posición y el privilegio. Y luego le tocaba a él encontrar y eliminar a la competencia, lo que habitualmente no resultaba difícil; recientemente habían reclutado a muchos y muy rara vez Glaucous se encontraba con alguien de su experiencia.

Y por tanto aquí estaba, respondiendo a un anuncio del periódico —que no era *su* anuncio—, recorriendo la Quinta Avenida como si tuviese por costumbre salir de día: un hombre bajito, ancho, pesado, de edad indeterminada. Vestía un traje gris de vendedor y una simple camisa blanca. Una corbata negra le rodeaba el grueso cuello como si fuese un dogal. El

sudor perlaba su rostro pálido y marcado. Se detuvo bajo la sombra de un largo saliente de un teatro y sacó un pañuelo del bolsillo. Tenía manos gruesas y fuertes, y doblaba los dedos para ocultar unos nudillos marcados.

El aire estaba frío, pero la cubierta baja de nubes tenía una fisura y a él no le gustaba el sol. Su calor y brillo sobre la calle mojada le recordaba cosas perdidas… entre ellas, la capacidad de sentir arrepentimiento. El brillo penetraba por sus pequeños ojos negros e iluminaba espacios de su cabeza como huecos en un anaquel de viejos libros.

Aleteó las fosas nasales de la nariz rota y regordeta. Con los ojos medio cerrados, la mano sobre un esbelto bastón negro, Glaucous vio como en un espectáculo de linterna mágica el viejo carro tirado por un burro, cargado hasta arriba con redes y jaulas de mimbre, colgando de cestos con pesadas estrellas de hierro para retener las redes; el pardillo para atraer a los otros, confundido en su pequeña cárcel de alambres en la tabla junto al viejo cazador jorobado; la temprana oscuridad de la mañana de primavera cubría las calles como un trapo sobre una jaula. El maestro del joven Max y su única familia hacía muecas y marcaba qué campos visitar y hasta dónde llegar. Habitualmente en esta época del año viajaban a Hounslow en busca de jilgueros.

Mientras ataba las cuerdas, había prestado atención a las palabras bajas de su maestro tullido, moviéndose medio dormido sobre los adoquines rotos. Fue en la parte posterior del carro, mirando con ojos porcinos al amanecer violeta.

Al final del día, en el camino de vuelta a Londres y las tiendas que esperaban, Max retiró plumas grises y marrones de las redes y equilibró los cestos, sus cientos de nuevos cautivos en silencio, apretujados como pollitos, sus ojitos asustados cerrados con fuerza. Muchos pájaros sucumbían por la conmoción antes de ser entregados a amas de casa sentimentales. Su trabajo consistía en recoger los muertos y moribundos y lanzarlos a los setos o las alcantarillas. En ocasiones, en la ciudad, sinuosas

ratas marrones saltaban y bailaban entre las ruedas del carro, dándose un festín.

En una habitación mal ventilada del sótano, el jorobado entrenaba a Max para afinar camachuelos, empleando telas y el hambre para domar a los nuevos pájaros, exponiéndolos luego a cantos que endulzaban el aire viciado, teniendo como recompensa breves rayos de sol y algo de comida. De esa forma, enseñaba a las pequeñas criaturas a cantar las tonadas más populares de Londres.

El cazador de pájaros había muerto de tisis tras sesenta años llenos de dolor. Antes de que el hijo distante del cazador echase a Max a patadas de la pequeña casucha torcida que llamaban hogar, Max había liberado a los últimos que quedaban… había abierto las puertas de mimbre y lanzado la caza de una semana al polucionado cielo. Fue su último acto de compasión.

Glaucous había visitado por última vez el lugar de caza favorito del viejo jorobado después de la inauguración de la estación de tren de Hounslow Barracks, curioso pero entristecido al ver esos campos tan familiares cubiertos de calles, casas de ladrillo amarillo y pequeños jardines. Después de tantos años habían cambiado muchas cosas, pero para él casi todo seguía igual; todavía cazaba y entregaba jóvenes criaturas a caballeros seguros de sí mismos y a sus damas. Pero esta dama —la Princesa de Caliza— no era cualquier mujer.

En cualquier caso, el aire matutino era muy parecido.

Guardándose el pañuelo, Glaucous encendió una pequeña pipa, apagó la cerilla y abandonó la sombra. Se dirigió al sur, alejándose de la reluciente riqueza de vidrio azul y verde, piedra roja y gris, cemento y acero… alejándose del alboroto de jóvenes oficinistas y acercándose a los lugares frecuentados por quienes tenían los ojos vacíos y las manos extendidas. Todas las ciudades eran iguales, lloviese o hiciese sol… la prosperidad y la riqueza aplastaban la cegadora necesidad.

Glaucous sentía un interés profesional por algunos de los ocupantes, de pie o tirados como muñecas rotas, de las aceras: chanchulleros, juglares, fulleros, el fondo marginal de toda gran ciudad. Prestó especial atención a los más jóvenes. Algunos de esos podrían ser oportunistas o sinvergüenzas,

ignorantes de sus talentos de bajo nivel… pero aun así interesantes, sobre todo si empezaban a soñar.

Al contrario que Londres, andando rápido podías atravesar el centro de Seattle de este a oeste en menos de una hora, trabajando en la calle… aunque él prefería quedarse en su apartamento y esperar. La fachada paciente del cazador de pájaros, tan engañosamente similar al reposo.

Encontró el Mercedes gris en un aparcamiento mugriento. La luna trasera dorada por el humo, el salpicadero cubierto por doce recibos, uno para cada día. Afiladas uñas habían marcado senderos en la ceniza cerca de los cierres. Así que era cierto: el Chandler y su compañero incendiario estaban aquí.

Girando al este, Glaucous hizo una pausa para mirar a los números de los edificios hasta dar con la entrada del hotel residencial Gold Rush. Aquí se detuvo, dio un golpe con el bastón y lanzó el aliento en un gemido bajo y contemplativo. Al otro lado de las pesadas puertas de vidrio, encajado entre una tienda de antigüedades orientales y una tienda de segunda mano abandonada, el vestíbulo estrecho del hotel ofrecía una hospitalidad polvorienta y color café. La gruesa capa de pintura cubría paredes sin decorar y estaba sucia y rota sobre las molduras de escayola. Alrededor de una mesa negra marcada por los cigarrillos esperaban dos sillones cuadrados de color marrón y una vieja mesa, sin ocupantes y gastados. La mesa sostenía montones de *The Stranger* y *The Seattle Weekly*, dejando colgar las cuerdas del paquete.

Un recepcionista de mediana edad surgió desde su escondite tras la barra y miró a Glaucous, quien asintió agradablemente, como si se hubiesen visto antes.

—¿Se aloja un señor Chandler? —preguntó—. Creo que me espera.

El recepcionista frunció el ceño.

—Use el teléfono interno o suba —dijo.

Londres —cárcel de alambre de espinos para todos sus pobres desdichados— había convertido pronto al joven Max en un bruto, bajito, fustigado y feo. Después de la muerte del cazador de pájaros, el niño de doce años, tirado de nuevo en la calle, demostró tener buena mano para el lanzamiento de peniques y las cartas. El hambre y la inexperiencia provocaron peleas callejeras, donde adquirió los nudillos marcados, las orejas hinchadas y tres roturas en el puente de la nariz. En un disturbio de *music hall*, una buena caída por unos escalones de piedra abajo selló definitivamente su cuerpo de bulldog, limitando su altura al metro sesenta. Pocos se atrevían a enfrentarse a semejante bruto, y por tanto a los pocos meses logró trabajo como guardaespaldas para un caballero adinerado que poseía insaciables apetitos: cartas, putas, el Fancy. Las cosas y hechos que presenció, y los actos que se le ordenó realizar, eran más horribles que todo lo que había visto como ayudante del cazador de pájaros. Los clientes, sus colegas y sus enemigos acabaron denominándole con una variedad de epítetos: escudo de señoritos, rompehuesos, bate, loco de los puños, bastón, bruto. En dos años aprendió a mantener la boca cerrada y ganar lo que pudiese mientras sus empleadores se repantigaban inconscientes por la bebida o la droga.

Durante el último trabajo de Max como guardaespaldas, su amo de entonces sufrió un caso más que evidente de demencia paralítica. Una enfermera privada indicó a Max cómo reparar el rostro destrozado del amo empleando cera y piezas de latón, para rellenar fisuras y reemplazar partes perdidas mientras el grotesco sifilítico emitía su apestoso aliento a través de fosas nasales vacías.

Pronto Glaucous se encontró una vez más en libertad, la casa del amo condenada, el último poco de fortuna malgastado en curas falsas. No quedaba nada, no se ganaba nada. Y, sin embargo…

Glaucous empezaba a ser consciente de que podría poseer un talento muy poco habitual. Apenas lo creía; apenas lo empleaba. Sin embargo, a la semana de que le echasen de nuevo a la calle, sufriendo de hambre, no tuvo

más opción. Afinó su don, y en el mundo pequeño del Fancy, se ganó rápidamente una reputación… una peligrosa. Al servicio de uno de los «grandes», una habilidad como la suya se toleraba, pero, por sí solo, Glaucous no era de utilidad para nadie excepto para sí mismo, y por tanto no servía para nada.

Un caballero de sangre noble, con antepasados que podían hablar directamente a Westminster, pilló a Glaucous haciendo «trampas» a las cartas. Los matones del caballero atraparon al joven feo y arrepentido. El caballero ordenó que lo transportasen a su casa de campo, enjaulado como a un perro.

Allí Glaucous estuvo confinado a una serie de habitaciones de sótano, todas con grandes candados, cada una más grande y algo más luminosa que la anterior. Con el tiempo el ama de llaves lo asignó a un hombre gordo y petimetre llamado Shank, ya fuese como castigo para diversión del caballero o para descubrir y refinar el talento genuino que el chico de la calle pudiese poseer. Y así se hizo.

Con el tiempo, Shank informó al joven matón que su tosca habilidad tenía nombre. Glaucous era un ventajista natural.

—En caso contrario, a estas alturas en la calle habrían aplastado a un perro faldero como tú —explicó—. Algunos lo llaman suerte, otros fortuna. Aquí lo llamamos aventajar, que es gran fuerza de *Voluntad* aplicada consistentemente a circunstancias aleatorias para guiar su favor… para tu caballero y sólo para él, evidentemente.

Bajo la tutela de Shank, Glaucous hizo que las monedas cayesen del lado requerido, reordenó cartas sin tocarlas, redirigió el rebote de una bola de plata en la ruleta y el entrechocar de esferas de madera en una jaula giratoria. Su guapo y noble amo no era un jugador, pero reconocía que muchos con esa inclinación ofrecerían favores e incluso dinero a cambio de la compañía de un muchacho así en los clubes de la época.

Y así mejoró la situación de Maxwell Glaucous, mientras que sus compañías fueron de peor calado moral, aunque de buena vestimenta y situación.

Glaucous tomó un ejemplar de *The Stranger* y lo abrió por los anuncios por palabras. Allí estaba… el anuncio, pero no *su* anuncio. Dejó el periódico sobre la mesa y subió la escalera del hotel con pasos silenciosos.

En el segundo piso, olisqueó y alargó la mano, buscando flujos retrógrados. Quedaban dos tramos más. En el cuarto, Glaucous se paró junto a una puerta de incendios, comprobó si las bisagras crujían para luego empujar. Más allá había seis habitaciones, tres a cada lado del pasillo, y al final una ventana lechosa reforzada por cables de acero. La luz de la ventana se estremeció. A la luz no le gustaban los ventajistas, y ahora había dos muy cerca.

Glaucous rozó el pomo de la primera puerta a la izquierda. Música tosca competía con las voces irritantes de niños mayores… *televisión*. Silencioso como un gato, atravesó el pasillo y tocó la puerta opuesta. Habitación vacía pero no en silencio… no para sus dedos indagadores. Alguien se había dejado asesinar. Los nudos de la mala suerte todavía vibraban como un cordón tensado.

Glaucous recorrió el pasillo. Bajo la siguiente puerta encontró lo que buscaba: respiración suave y constante, comparativamente joven —el Chandler tenía menos de un quinto de su edad— y fuerza, pero derrochada y mal administrada.

Una vez más sus fosas nasales se estremecieron… en esta ocasión al oír algo similar al humo de vela. Debía de ser la compañera del Chandler; una mujer con velo, muy peligrosa. Glaucous se inclinó y oyó el lanzamiento de una moneda: un dólar de plata Morgan, a juzgar por el tintineo apagado al rebotar en la gruesa moqueta de la habitación. El Chandler practicaba. El dólar cayó cara. Cualquiera podía ejecutar ese truco, pero él no contaba los giros de la moneda. Él estaba recogiendo las líneas de las monedas. Desde diferentes alturas —incluyendo un rebote en el techo y otro en una pared— siempre salía cara.

Glaucous sincronizó su respiración con la del hombre. También igualó otros ritmos: flujo sanguíneo, goteo de linfa y bilis. Se convirtió en una

sombra.

Pegado a la pared, con los ojos cerrados.

Esperó.

Poco después de su última visita a Hounslow, en el mejor momento de su empleo como compañero de jugador —su fama empezando a afectar a sus perspectivas laborales— el noble caballero le había informado de que era hora de pasar a otra cosa. Los días de juego de Glaucous habían terminado, al menos en Londres, y probablemente en toda Europa.

—Deberías probar con Macao, amigo —le propuso Shank, pero luego añadió, con voz baja y los ojos mirando a otro lado, que podía arreglarse un encuentro especial… si deseaba, a fin de cuentas, un puesto seguro y permanente.

Hacía tiempo que Glaucous se había cansado de las calles.

Como en un sueño, fue a donde le indicó Shank —siguiendo una carretera estrecha y sucia cerca del mercado en Whitechapel— y al final de un callejón sin salida se reunió con un hombre extraño y retorcido, pálido como la muerte y mohoso como una ropa mojada. El enano le entregó una tarjeta grabada con una única palabra o nombre: **Whitlow**. En el otro lado, con lápiz, habían garabateado un lugar de reunión… y una advertencia:

> *Ahora, por siempre. Nuestra Lívida Señora espera lo que le corresponde*.

En sus viajes Glaucous había recibido información incompleta y confusa sobre ese personaje. Supuestamente la líder de un pequeño grupo de hombres con reputaciones extremadamente dudosas; se hablaba de ella entre susurros, pero rara vez se la veía. Poseía múltiples nombres: nuestra Lívida Señora, la Princesa de Caliza, la Reina de Blanco. Nadie sabía a qué se dedicaba realmente, pero daba la impresión de que una mala fortuna extremadamente singular daba invariablemente con las criaturas buscadas

por los hombres y mujeres que trabajaban para ella… mala fortuna y algo llamado «el Ansia» que debía evitarse a toda costa.

Ahora en libertad por primera vez en una década, y sufriendo de una curiosidad perversa, Glaucous tomó el tren y luego caminó hasta Borehamwood, donde se reunió con un hombre joven de pie zambo y piel lisa y cerúlea, nariz estrecha, pelo ralo y rubio fantasmal, y profundos ojos azules. Vestía un traje negro ajustado y ofreció su nombre, sólo su apellido.

Era Whitlow.

Whitlow llevaba un bastón lacado en negro con punta de plata y una cajita gris con un curioso dibujo en la tapa.

—Esto no es para ti —le dijo a Glaucous—. Más tarde tengo una reunión con otro. Vamos.

Desde los recuerdos de ese encuentro —una paleta reducida de grises y marrones apagados— recuperó nervios vacilantes y vergüenza por su traje de lana mal ajustado. (Shank había insistido en que devolviese todas las buenas prendas de su amo. «¿Qué mono posee su propia librea, dime?») Whitlow compartió un trago de brandy sacado de una petaca de plata. Luego le escoltó por la entrada bordeada de setos hasta la casa principal, una desatención, paraíso de ratones, un ala desmoronada, las habitaciones llenas de palomas. Whitlow entró empleando una llave enorme y vieja, y luego, con tranquilo humor, empujó a Glaucous por un pasillo salpicado de muebles rotos y los huecos de ratones y gatos —dispuestos en anillos y bucles— hacia una especie de habitación especial donde, dijo Whitlow, no había entrado o vivido nadie durante varios cientos de años. Habitaciones como ésas —difíciles de encontrar hoy en día— eran las más adecuadas para los servidores más cercanos de su Dama, quien —le explicó con susurros, abriendo una puerta interior— era en última instancia la que pagaba las facturas.

Cuando pasó Glaucous, Whitlow cerró la puerta con llave.

Después de un periodo de silencio viciado —el suficiente para sentir pinchazos de hambre— a Glaucous se le unió, aunque sin pasar por ninguna puerta que pudiese detectar, un ser insustancial… un caballero, a jugar por la voz suave y su olor o ausencia del mismo. Dicha figura nebulosa,

rodeado por una capa de sombras negras, no asumió en ningún momento una forma o tamaño definido. A juzgar por los toques de sus manos alrededor de la cara y hombros de Glaucous —dedos como moscas golpeando— era posible que el caballero fuese ciego.

—Nunca voy a ninguna parte —le susurró—. Siempre estoy aquí, desplaza allí donde preciso estar. Me llaman la Polilla. Transporto y recluto para nuestra Señora.*Aquí*se habló durante lo que pareció ser un largo lapso de tiempo. Su voz era sugerente, modulada, indefinida. Habló sobre libros, palabras y permutaciones, y de una gran guerra… mayor que cualquier combate horrible entre cielos e infiernos imaginarios.

—*Nuestros* infiernos son más que reales —dijo—. Y nuestra Señora los controla todos —esa Dama, le dijo, buscaba *desplazadores* y *soñadores*. Los ventajistas, con la instrucción adecuada, eran cazadores y recolectores ideales. Polilla le pasó una corteza de pan, recubierta de moho, luego tocó la sien de Glaucous con un dedo apenas sentido—. Si sirve bien, nunca le faltará trabajo —dijeron sus palabras apagadas. Aparentemente, habiendo llegado a este punto, no se permitía ninguna negativa—. Pagamos con algo más que monedas. El tiempo no es un problema. Pájaros diferentes, jaulas diferentes, señor Glaucous. Preste atención y le cantaré todas las canciones que deba oír.

Después de unas horas, la puerta se abrió, clavando la habitación con un rayo roto de sol. Glaucous parpadeó como un topo. Whitlow reapareció para guiarle a la salida. A su espalda, la estancia emitió un sonido desdichado y lleno de dolor que no se parecía a ninguno que hubiese oído antes, y reclamó su vacío: agotada.

De regreso al camino de entrada, aturdido y agotado, Glaucous preguntó:

—¿Alguna vez veré a la Señora?

—No seas tonto —le recriminó Whitlow—. Es algo que jamás deseamos. La Polilla ya es lo suficientemente grave y él no es más que la punta del meñique de la Señora.

Durante los ciento veinte años posteriores, Glaucous viajó de ciudad en ciudad por el Reino Unido y luego Estados Unidos… trabajando como tapadera en ferias ambulantes, salones de juego, puestos ambulantes… siempre buscando, siempre pasando desapercibido. Y allí a donde iba, contrataba anuncios en los periódicos, anuncios que no cambiaban jamás excepto por la dirección y, recientemente, por el número de teléfono…

Siempre la misma pregunta:

¿Sueñas con una Ciudad al final del Tiempo?

Glaucous se mantuvo absolutamente inmóvil. Podía sentir todas las vibraciones en las tablas y las vigas. Todo estaba tranquilo. No habría visitantes durante los próximos minutos.

El recolector tras la puerta —lanzando sin esfuerzo su dólar de plata— no había cumplido con ciertas cortesías. No había alertado a Glaucous de su presencia, ni tampoco había compartido información. Cazaba furtivamente.

Glaucous llamó a la puerta con un nudillo calloso, luego aflautó su voz, joven e inquieta, la misma voz que había empleado por teléfono para responder al anuncio del Chandler.

—¿Hola? Soy Howard. Howard Grass.

El hombre esbelto que abrió la puerta sostenía el dólar de plata entre el pulgar y el dedo medio. Tenía las pupilas grandes, negras y firmes. Le ofreció una sonrisa fría de sorpresa… y luego una sonrisa de superioridad.

—Señor Glaucous. Qué agradable verle.

Glaucous conocía las señales de un ventajista a punto de atacar. No se podía perder tiempo.

En los dedos del hombre esbelto, la cara de la mujer coronada del Morgan miraba al norte. Glaucous giró un ojo hacia arriba, atrapó una fibra contraria, la dobló de lado… y la cabeza miró al sur.

El corazón del Chandler también viró, llenando instantáneamente su pecho de sangre. Sus dedos se agitaron al soltar la moneda. Cayendo, la

onza estampada de metal gris cayó plana sobre la moqueta… con el águila hacia arriba. El rostro del hombre se volvió de un verde enfermizo. En silencio, cayó bocabajo, rígido como una tabla, y tapó la moneda.

Igual que la moneda, la cara hacia abajo.

En el baño, la mujer con velo se puso a gritar. Sin el Chandler, su talento y pasión fluían sin control. El fuego saltó alrededor de la puerta del baño. Glaucous le dio su ayuda.

La mujer logró lo que su corazón más deseaba.

Esa tarde, envuelto en la melancolía, Glaucous se sentó en su cálido apartamento, con las cortinas cerradas, con una única luz en todo el pequeño salón apuntando a un teléfono colocado en una mesita junto al sillón. Tras la puerta cerrada del dormitorio, su compañera, Penelope, cantaba con voz baja e infantil. Alrededor de su canción se apreciaba un zumbido continuo, como el de una bombilla eléctrica a punto de apagarse.

Los ojos de Glaucous tenían sueño. Una hora antes había tomado un almuerzo mínimo… una manzana y algo de pan de trigo con tres delgadas lonchas de salami. En aquellos primeros días de Londres, habría sido todo un festín.

Miró al teléfono situado bajo el oblongo de luz dorada. Algo se agitaba. Podía sentir un tirón fuerte en el hilo que anunciaba una presa. Antes, sus empleadores siempre le habían informado de cualquier regla nueva, de los cambios en el juego. Esta advertencia llegaba sin previo aviso. Quizá no hubiese habido tiempo.

¿Había cometido un error al eliminar al Chandler?

Extendiéndose, en la vecindad podía sentir al menos a tres pajarillos —casi con seguridad tres— aunque uno parecía extraño, no lo que podría haber esperado. En el caso de los otros dos, guiándose por su larga experiencia, estaba seguro de conocer sus hábitos, sus preocupaciones y miedos, sus necesidades.

Llegaba un aire más tenebroso. Max Glaucous podía sentirlo en sus dedos ligeros y afortunados. Temido desde hacía tiempo, esperado desde

hacía tiempo —destrucción, seguida de la libertad—, una conclusión extraordinaria para sus problemas.

Tres sumadoras.

Whitlow se unirá a nosotros. Y la Polilla. No pueden hacerlo sin mí. Al fin… mi recompensa.

Y mi liberación.

5

Wallingford

Intentando contener su revuelta aflicción líquida, Daniel caminó a espasmos. La acera, vieja, gris y rota, era una pista ondulada de obstáculos desiguales. Se inclinó a la izquierda en la avenida Sunnyside, decidido sombríamente a llegar a casa. Sentía vergüenza. Daniel siempre había sido el controlador de su propia alma, dirigiéndola por las autopistas y caminos del multiverso fibroso. Ahora… apenas podía evitar ensuciarse los pantalones.

El vecindario no había cambiado tanto como para no poder apreciar las diferencias. En realidad, nunca había prestado demasiada atención a las casas que estaban a más de doce puertas de la suya. Dada su prisa actual, no había tiempo de hacer un catálogo de diferencias evidentes.

El sol descendió. Este nuevo cuerpo enfermizo no llevaba reloj ni llaves; a pesar de lo mucho que Daniel rebuscó, no pudo encontrar las llaves en los bolsillos ni en la mochila… pero tanto él como su nuevo cuerpo estaban de acuerdo, al acercarse a los escalones de cemento, al techo del porche a dos aguas y pilares cuadrados, que *aquí*vivían, *aquí*colgaban lo poco que poseyesen.

Su casa. La misma casa. Al menos eso era igual, gracias a los poderes fácticos.

Los poderes que puedan considerarse responsables de esta locura. ¿Y qué hay de las sumadoras?

El césped del jardín estaba alto, marrón y lleno de malas hierbas. Subió los escalones desde la calle y recorrió el jardín lateral hasta llegar a la parte de atrás, echando —aparentemente no estaba acostumbrado a entrar en la

casa de día— una mirada furtiva. Luego un espantapájaros apareció en la selva de la parte posterior. Ya no se veían los viejos rosales que habían pertenecido a su tía y —se dio cuenta de este hecho al rodear el porche trasero intentando decidir dónde habría escondido la llave— *no había llave*…

Las ventanas estaban cubiertas.

El cuerpo se acordaba y se echó de rodillas —¡oh, cómo hizo que la serpiente se agitase!— y empujó una ventana del sótano, para luego meterse, colocarse sobre una caja y bajar al suelo de cemento enmoquetado… plaf, plaf, la moqueta empapada, todo el sótano apestando a moho. No había electricidad. En la oscuridad, subió como pudo los escalones del sótano, se apoyó contra la pared del primer piso y al tacto se dirigió al baño.

Se bajó los pantalones y encontró el inodoro. Gritó por el dolor. Casi se desmaya.

Daniel se tiró contra la pared, el codo amortiguado por el papel higiénico en el soporte de madera.

Media hora más tarde se inclinó hacia delante y su mano dio con un cabo de vela en el lavabo. Una cerilla, una caja. Encendió la cerilla y encendió la vela. Luego se desnudó y se dio una ducha fría… dejando que el cuerpo hiciese lo que sabía hacer.

Con un pie fuera de la bañera, buscó la toalla sucia. Se miró en el espejo del armario de las medicinas. Ojos hundidos y apagados. Pelo sucio y largo, piel cetrina bajo una barba desordenada y enmarañada.

Años de obtener la mayoría de las calorías a partir del alcohol.

De entre las ruinas de su boca, entre dientes podridos, oyó una voz nueva y ronca:

—Oh… *Dios*… mío.

No era Daniel Patrick Iremonk… ningún Daniel. Esta vez se había encajado en un cuerpo que no era remotamente el suyo. Había saltado a una

situación completamente nueva… revelando un aspecto novedoso y asombroso de su peculiar talento.

Estaba en otro hombre, viviendo la vida de otro hombre.

6

El Kalpa

Habían pasado setenta y cinco años desde que Ghentun se había reunido con el angelín en la Torre Rota… menos que un parpadeo para un gran Eidolon, pero un tiempo largo para un simple Restaurador.

El Custodio recorrió sin ser visto los puentes que conectaban las islas, las planicies de soporte que se elevaban sobre los canales de drenaje y sostenían los Niveles apilados; subió los ascensores y escaleras de los cincuenta pisos de bloques de nichos, como hacía casi todas las vigilias, estudiando a sus niños, la progenie antigua, mientras trabajaban, se movían, hablaban, se preocupaban, escoltaban a sus hijos de anchos ojos recién salidos de la inclusa, preparaban la comida comprada en mercados atestados, recogían en prados y campos más allá de los dos anchos canales de drenaje, conocidos como Tártaros y Tenebros.

En todo el Kalpa, sólo los Niveles seguían teniendo estaciones que valiese la pena tener en cuenta… nacimientos y muertes, niños entregados de las inclusas en lo alto, progenies envejecidos a los que el Guardián Sombrío liberaba de su carga, reciclándose su masa primordial para formar nuevos niños y algunos —todos vagabundos, instintivamente templados— escogidos por el Custodio para ser entrenados, equipados y enviados al Caos para convertirse en exploradores. Un ritmo que, aparentemente, no sólo le interesaba a él sino también, esperaba, al Bibliotecario que lo había planificado todo mucho tiempo atrás. Los grandes Eidolones podían olvidar con tal facilidad…

El clima cronológico se había calmado recientemente y el tiempo avanzaba con tal alegría —permitiendo verdaderos días de secuencia en los

que la memoria funcionaba casi como estaba diseñada— que algunos en el Kalpa creían que los modos y reglas de antaño habían regresado. Resultaba improbable. Los grandes generadores de realidad decaían, habitualmente a pequeños incrementos, pero en ocasiones a saltos. Las intrusiones aterradoras —vetas y manchas del vacío de pesadilla del Tifón, entrando en el Kalpa— eran más frecuentes. Docenas de progenies de Ghentun —los más vulnerables, viviendo en los pisos de los cimientos en la ciudad— habían sido destruidos o habían desaparecido.

Algo en el Caos parecía ir de caza.

En la oscuridad antes de la luz del despertar, a corta distancia del puente Tenebros, equipos de árbitros limpiaban y acordonaban somnolientos un prado en barbecho, preparándose para los juegos que los progenies llamaban pequeñas guerras. Invisible —aunque causando cierto efecto en los progenies que le rodeaban—, Ghentun atravesó las multitudes que se iban formando. En una colina encontró un buen punto de observación, recogió las piernas y se sentó. Pronto volvería a moverse.

Había otro juego en marcha —más grandioso y mucho más peligroso, no sólo para los progenies sino para el propio Ghentun—, pero al final es posible que encontrasen la clave para derrotar a Tifón. Mientras tanto, los ciudadanos de los Niveles hacían lo posible por vivir como siempre lo habían hecho: con valor, entupida, sabiamente. Eran gente dura. Independientemente de las circunstancias, encontraban su divertimento.

La escaramuza del prado iba muy bien, decía la mayoría. El enfrentamiento tradicional había comenzado mientras la neblina todavía cubría los montículos y hierbas. Quinientos progenies —divididos por igual en cuatro tribus— iniciaron el enfrentamiento al oír el cuerno del árbitro, tremendos berridos entrecortados que se repitieron en el elevado y brillante cel.

Jebrassy —fuerte y guapo en una armadura que se había fabricado a partir de conchas de quilla púrpuras— salió con ocho piquetes vestidos de forma similar para valorar las posibilidades de romper el flanco izquierdo

del oponente, y al darse con los otros piquetes se produjo en la densa niebla un encantador enfrentamiento de todos contra todos.

En todo momento, mientras luchaba —dando más golpes de los que recibía—, Jebrassy tuvo la incómoda sensación de que le observaban. Por el rabillo del ojo, penachos, soplos, interrupciones de la neblina que se ahuecaban, se retorcían y desaparecían… distrayéndole. No luchó tan bien como quería, y quizá fuese una suerte, considerando el daño que ya estaba causando.

Jebrassy y sus compañeros —Khren y los otros— se entregaron al combate con audacia, agitando sus tavis con tal convicción que pocos les desafiaban, y muchos protestaban ante los árbitros que intercedían a regañadientes.

Los guerreros más viejos se escarranchaban con ojos entrecerrados de desánimo. Los buenos días habían pasado, decían, agitando las cabezas. Algunos creían que el enfrentamiento no era lo suficientemente violento… otros, que olvidados quedaban la misericordia y el honor. Rara vez estaban de acuerdo en algo.

A lo largo de la mañana y hasta la noche, la guerra continuó, ganando gritos, insultos y cantos de aires marciales, bravuconadas, palos, pelo arrancado y baba volante, hasta que el cel quedó marrón y la bien recibida entreluz cayó sobre los combatientes sin aliento y magullados.

A los ancianos les encantaba ver peleas, siempre que no muchos se hiciesen daño… y el equipo de Jebrassy llevaba esa tolerancia al límite. Muchos gemían y se alejaban cojeando… y muchos más refunfuños en el campo y fuera.

Jebrassy, según su propia estimación, se retiró de la bulla con toda la gloria, la cabeza vendada y el brazo herido. En el campamento recibió las atenciones de un impasible guardián médico, una máquina en forma de barril con pequeñas alas para levantarse, ahora plegadas. Aunque prácticamente carecían de cara —sólo tenían tres ojos azules descentrados encajados en una cabeza oval—, los guardianes siempre parecían entristecidos por lo que pasaba, pero ejecutaban sus obligaciones sin reproches ni quejas.

En ocasiones, se decía, en las amplias ventanas oscuras de los altos muros o en el cel, que miraban a prados y campos, los Alzados, los señores de los Niveles —en la idea ingenua que tenían los progenies— observaban esos encantadores enfrentamientos y juzgaban qué se tendría en cuenta cuando el Guardián Sombrío viniese a cortar sus horas finales y llevarte volando a la inclusa. Algunos afirmaban —aunque Jebrassy lo dudaba— que los Alzados se paseaban entre sus luchadores favoritos, y si éstos lo hacían bien, los rodeaban de niebla y se los llevaban lejos…

Pero él había luchado con plena satisfacción, golpeando y siendo golpeado, y que así fuese; estaba dispuesto a ser profano y pensar en otras direcciones. Que de alguna forma así mejoraban las cosas. Mientras el guardián terminaba con sus tratamientos, Jebrassy miró más allá de los relucientes ojos descentrados, miró con ojos entrecerrados a los suaves marrones y dorados verdosos del cel a entreluz y se preguntó qué pensaban realmente los Alzados de semejante idiotez. Él en toda su vida sólo había conocido los Niveles, por supuesto, y eso le ponía de mal humor. Sentía que el vasto techo redondeado aplastaba su espíritu. Era un tipo con ansias de aventura, repleto de la ambición de superar la línea de visión que compartía con los que le rodeaban… en su mayoría, líneas cortas y planas, aunque en los campos eran lo suficientemente grandes como para sugerir misteriosos Lugares Anchos sobre los que algunos susurraban, donde se podía ver hasta el infinito.

De pie junto a un puesto improvisado que exhibía chafa dulce y torco —jugo embriagador fermentado en pesados jarrones—, un viejo progenie esperaba mientras el guardián aplicaba un último giro al vendaje. Jebrassy se puso rígido. El guardián se disculpó con tonos planos y comprensivos, pero los ungüentos y colas no eran lo que le causaban dolor.

Había llegado la hora de separarse. El viejo, Chaeto, era su segundo per… su patrocinador. Un progenie fornido con una barba completa en punta que pronto se encontrará con el Guardián Sombrío, Chaeto y su compañera Neb había tomado a Jebrassy después de la desaparición de sus primeros patrocinadores. Le trataban bien, pero Jebrassy sobre todo les había causado penalidades.

Chaeto se acercó y se situó a su lado, ojos grises por la inquietud interior. Se saludaron tocándose los cuellos con los dedos, Jebrassy primero, como se requería. Jebrassy tocó a continuación la palma extendida del viejo.

El gesto no le provocó demasiado consuelo.

—Te portaste bien ahí fuera —dijo Chaeto—. Como siempre. Eres un luchador, eso es seguro —se aclaró la garganta para luego mirar de lado—. No nos quedan muchas más temporadas para criar a jóvenes progenies. Mer y yo pensamos que ya no te beneficiarás de más instrucción. Ya no prestas atención a nuestras súplicas.

Jebrassy volvió a tocar la palma de su per, con súplica y disculpa. Había afecto, pero ninguno de los dos podía evitar lo que el viejo iba a decir a continuación:

—Estás decidido a mantener tus brutos, ¿no?

—Mis amigos —murmuró Jebrassy.

—¿Todavía hablas de alejarte para morir lejos de los Niveles, sin el beneficio del Guardián Sombrío?

—Sin cambio, per.

Chaeto miró al último resplandor del cel.

—Vamos a tomar uno nuevo. No podemos permitir que extiendan… tus planes… a un recién nacido de umbrío. No podemos permitirlo en el nicho de tu mer. Lo hemos hecho lo mejor posible. Es el camino serpentino que has escogido. Ahora seguirás sin nosotros. —Chaeto retiró la palma, dejando los dedos de Jebrassy suspendidos—. He sacado tus cosas. Mer está destrozada, pero el nuevo joven la sanará.

El anciano tocó el cuello de Jebrassy por última vez. Luego se volvió y se alejó con la cojera que había adquirido en los últimos años. Los guardianes, habiéndose detenido como si quisiesen escuchar, retomaron la reparación del resto de los heridos. Los otros progenies apartaron la vista, muy poca o ninguna compasión por la calamidad de Jebrassy. Les había dado demasiados golpes y codazos.

Chaeto probablemente se lo hubiese contado al controlador de su nivel hogar. El controlador le expulsaría del vecindario… a pesar de que había

nichos vacíos.

Estaba solo. No volvería a ver a ninguno de sus patrocinadores, excepto por accidente —quizás en un mercado— e incluso en ese caso, ellos no reconocerían su presencia. Ahora era lo que siempre había creído que aspiraba a ser: un progenie libre. Y le dolía mucho más que cualquiera de las heridas superficiales.

Jebrassy se puso en pie y miró a su alrededor, buscando a alguien, a quien fuese, que tuviese una jarra generosa.

Una vez abandonado el campo —siete heridos, ninguno de importancia, una decepción para los progenies más deseosos de magulladuras—, los muros del nauvarquia se alzaban sobre el Tenebros, entre los prados interiores y la primera isla, y las aguas entraron en la sinuosa depresión. Se levantaron y sacaron remando botes ricamente decorados, y un conjunto diferente de progenies peleó una batalla naval sin prisioneros. Los que habían peleado antes —y todavía podían caminar— se dispusieron siguiendo el muro y comieron, bebieron, vitorearon y se quejaron, hasta que no les quedaron fuerzas para moverse. La luz de vigilia se convirtió en una oscuridad gris. Los muros cayeron y las aguas se fueron. Se alzaron los botes castigados y se los llevaron, y a los amigos de los espectadores que habían bebido demasiado y no podían moverse los llevaron a las tiendas.

Los demás cojearon y se alejaron como pudieron por prados y campos, saludados por los encargadosde las cosechas si los campos contenían producción. Unos pocos robustos bailaron y cantaron por los puentes de camino a sus bloques en las tres islas, aprovechando sus últimas energías, convencidos alegremente de que sus pequeñas guerras estaban muy bien, que eran perfectas para divertir y conservar la salud de la progenie antigua.

Jebrassy se apartó del muro lleno de basura, hizo una mueca al sentir el tirón del vendaje y se enderezó —había consumido una buena cantidad de

torco—, y sólo entonces se dio cuenta de que le habían estado observando… y era alguien a quien podía ver.

Se volvió con lo que esperaba que fuese dignidad para enfrentarse a la mirada directa y algo crítica de una fulgente… una joven guapa. Vestía un chaleco abierto y pantalones amplios cuyos colores revelaban que residía en el bloque medio de la segunda isla… como había sido el caso de Jebrassy, hasta ahora.

La fulgente se le aproximó. Tenía un pelo corto que se mostraba lustroso bajo la luz decreciente, ojos fijos y penetrantes, tan repletos de propósito que Jebrassy se preguntó si la mer y el per de la mujer iban a salir de la animada multitud y se la llevarían, o exigirían un testimonio inmediato de unos patrocinadores que ya no tenía.

Sería una situación delicada.

Jebrassy le devolvió la mirada con dignidad confusa hasta que ella se le acercó a unos pocos centímetros, le olisqueó y sonrió.

—Eres Jebrassy… ¿no es así?

—No nos conocemos —dijo él, reuniendo toda la inteligencia que le quedaba.

—Cuentan que te gusta luchar. Luchar es una pérdida de tiempo.

Jebrassy medio tropezó con un jarro vacío.

—¿Hay alguna otra cosa que valga la pena hacer? —preguntó, apoyándose.

—Tenemos tres cosas en común. La primera es que cuando soñamos, nos descarriamos.

No podría haberle tomado más por sorpresa… o haberse acercado más al punto de hacerle daño. Jebrassy sólo le había contado lo de descarriarse a Khren, su mejor amigo. Plegó la frente por desánimo, luego vergüenza e inquietud genuinas, al mirar por encima del hombro, parpadeó mientras las multitudes entraban charlando en las rampas y salían del campo.

—Estoy borracho —dijo—. Ni siquiera deberíamos estar hablando. —Se echó a caminar, pero ella le agarró el brazo y le detuvo.

—No me has dejado terminar. Quiero abandonar el Kalpa. Tú también.

Él la miró con asombro borracho.

—¿Quién te lo ha contado?

—¿Importa?

Él sonrió. Prácticamente la miró con lascivia. Después de todo podría acabar siendo una buena velada… jóvenes impetuosos, solos para decidir. La expresión de la fulgente no cambió, excepto que agitó las pestañas con desagrado.

Sorprendido, Jebrassy preguntó:

—¿Cuál es la tercera?

—Si quieres saberlo —le respondió ella, con ojos centelleantes bajo el final de la entreluz— reúnete conmigo en los Diurnos justo antes del siguiente sueño. Me llamo Tiadba.

A continuación se dio la vuelta y corrió hacia las rampas y el puente… más rápido de lo que podía correr él, borracho como estaba.

7

A medida que la luz decaía y las sombras se oscurecían, Ghentun ordenó sus notas —las guardaba en una bolsa junto a un librito verde— y recorrió los pisos inferiores del primer bloque isla.

Moviéndose todavía invisible de un nicho a otro, escribió en Purotexto con un dedo flor que invocó con punta de plata suave, sintiendo afecto y tristeza al monitorizar la generación más reciente de progenies a ser entregados.

La mente de Ghentun vagó sola. Antes de convertirse en Custodio, había sido estudiante de la historia de la ciudad… y, como todos los historiadores en el Kalpa, eso significaba que sabía muy poco sobre muchas cosas. Lo que sabía —pero no había visto nunca— se iniciaba con una capa de lisa oscuridad total, salpicada de billones de estrellas: la Brillantez. Ahora algo menos que un recuerdo y algo más que un sueño.

Durante sus primeros cien mil millones de años, el cosmos se expandió hasta que su estructura se estiró quedando diluido, abriendo vacíos donde la dimensión tenía un sentido nuevo o no lo tenía. Las galaxias se distorsionaron, ardieron o se apagaron.

El espacio en sí envejecía, se desintegraba… algunos creían que moría.

Durante mucho tiempo después de la Diáspora que había lanzado a los humanos a los confines del universo, sobrevivieron en las últimas islas restringidas de soles artificiales, rodeados por una ausencia inmensa y creciente. Esa situación se convirtió en el statu quo. El universo temprano se consideraba febril y sórdido, anormal.

La Era de la Oscuridad acabó adoptando el manto digno de una madurez tranquila y menguante… controlada por una gerontocracia de inmortales, convencida de su sabiduría insuperable.

Sin embargo, para unos pocos, esas islas dispersas en una oscuridad abisal no eran suficiente. Una minoría —que no estaba cuerda pero que tampoco sufría de una complacencia mortal— manifestaba la voluntad de viajar, de dejar atrás el calor y la luz de las estrellas restantes. Se les negó, o peor aún, fueron superados, aplastados, casi exterminados. Un puñado logró escapar, para sacrificar todo lo que sabían y para realizar las adaptaciones necesarias para sobrevivir en las últimas fronteras del cosmos: los desiertos despedazados, eriales desmoronados, gastados, rechazados y deshilachados en un radio de trescientos mil años luz.

Ahí fuera, en la Oscuridad Extrema, para asombro de la gerontocracia, proliferaron nuevas tecnologías. Atrevidos exploradores descubrieron cómo aprovechar las antes mortales vetas y fisuras, extrayendo grandes cantidades de energía y sustento de lo que la mayoría había considerado un desierto estéril y deteriorado.

Esos pocos y últimos pioneros hicieron algo más que sobrevivir. Personas ingeniosas, aprendieron a vivir, a prosperar y a multiplicarse como nunca antes. Obteniendo poder, eliminaron o absorbieron a sus opresores.

Levantaron incontables imperios.

A la Era de la Oscuridad le siguió el Bilenio: el periodo más excelso de crecimiento y conocimiento en los registros humanos. Ceros apilados sobre ceros. Las historias se formaban y se perdían como infinitas velas apagándose. Toda la alteridad se unió y toda la vida, humana o no, fue aceptada y mejorada, redefiniendo la idea misma de humanidad y llevando a un triunfo tras otro, a un renacimiento tras otro renacimiento.

No importaba que el universo estuviese debilitándose y fuese cada vez más diluido. En sus estertores prolongados, alimentaba generosamente a sus jóvenes… hasta que los descendientes de la humanidad que habían llegado más lejos encontraron la primera prueba del Tifón.

Llevó mil millones de años obtener una prueba concluyente de la existencia del Tifón… unos rápidos millones de años para analizarlo y

comprenderlo vagamente. Al ejemplo de su misma perversidad, generó toda una cornucopia de nuevas matemáticas y ciencias… y nuevas formas de enloquecer.

Nunca se había observado algo parecido al Tifón. No era ni un lugar ni una cosa. El Tifón se extendía atacando viejos universos. Algunos dijeron que era una patología, una infección, un parásito… una membrana de cambio agresivamente violenta. Otros decían que era una creación más joven, indisciplinada, que se infiltraba en las ruinas de la vieja.

Allí donde el Tifón crecía reinaba algo peor que el silencio. Los nudos de este universo se deshacían: las geodésicas fallaban, las líneas de visión lograban terminaciones fractales, la información se la tragaban múltiples variedades de singularidad: colapsos, parones, finavolones, contraceptos, giropliegues, enigmacronos, aflicciones fermiónicas…

Y crecía más rápido de lo que podía comunicar cualquier señal, destrozando la vieja matriz, devorando la estructura descompuesta, creando regiones que no eran de oscuridad —que al menos eran familiares para todos— sino de desgobierno inconsciente y sin ley.

Se decía que allí podía suceder cualquier cosa. Quizá siendo más precisos, se informaba que allí sucedía *todo*.

Eso, ni siquiera los más duros y tercos hijos de la Tierra —la última oleada de la Diáspora— lo podían tolerar. Contra esto no podían luchar. La mayoría sucumbió.

La inmensidad inconcebible de su reducción desafiaba a cualquier medida histórica. Los supervivientes que todavía valoraban sus orígenes terrestres se retiraron finalmente al antiguo sistema natal, donde la humanidad —sus descendientes, híbridos y múltiples aliados— ahora ocupaba acobardada la superficie de la vieja Tierra, viviendo bajo la luz decreciente de un sol reavivado y rodeados por los últimos planetas moribundos.

Los que se habían transformado en nuevas formas de masa y energía se vieron obligados a vivir juntos, en circunstancias reducidas. Siguieron tiempos difíciles… miles de siglos de violencia sin sentido: las Guerras de Masa.

En el exterior, el Tifón rugía… y ganaba.

En cierta forma, el último capítulo del Kalpa se había iniciado más de un millón de años antes, cuando los Príncipes de Ciudad de las doce ciudades de la Tierra habían pedido a Sangmer el Peregrino que encontrase y trajese a un antiguo ciudadano llamado Polybiblios de las regiones del Shen… seres que afirmaban no haber compartido nunca ningún antepasado con nada que fuese ni remotamente humano. Sangmer atravesó los últimos senderos de cosmos libre hasta los sesenta soles del Shen, encontró a Polybiblios viviendo y trabajando en el más majestuoso de los Mundos Collar y le llevó de vuelta a los eriales amenazados, con los conocimientos que había ganado tras su largo estudio con los Shen.

Sangmer trajo a la Tierra a un ser de lo más inusual, llamada Ishanaxade. Algunos decían que Ishanaxade era la última de su gente, rescatada y protegida por el Shen, dejada a su propia evolución durante algunos millones de años y a la que luego Polybiblios había dado nueva forma. Todas las leyendas de esa época —y variaban considerablemente— estaban de acuerdo en que Polybiblios adoptó a Ishanaxade, llamándola su hija, y que en el viaje de regreso, o poco después, se prometió en matrimonio con Sangmer, quien había sido generosamente recompensado por su peligroso y raudo viaje.

En el camino de regreso de Sangmer, los últimos de los mundos antiguos conocieron su final. El Caos consumió los sesenta mundos del Shen, un destino que ellos mismos parecían dispuestos a aceptar.

Los Príncipes de Ciudad se arriesgaron, haciendo que Polybiblios participase en su círculo de gobierno, pero las ciudades de la Tierra estaban desesperadas, viendo como sol tras sol desaparecía para ser transformado. Tenían la esperanza de que Polybiblios, con sus conocimientos Shen, pudiese mantener a raya al Caos… y a su regreso efectivamente diseñó la suspensión que durante tanto tiempo protegió al sol y los planetas.

Los Shen le habían enseñado bien.

Todos los humanos supervivientes le debían a Polybiblios no sólo su supervivencia, sino también su cordura. Pero ningún humano podía conocer los límites de su invención. ¿Cuándo había aprendido al otro lado de ese cielo moribundo…?

La suspensión bloqueó el desgobierno tifoniano… pero sólo dentro de una zona achatada que llegaba hasta poco después de la crujiente bola gris de piedra y hielo que una vez había sido Neptuno. Más allá de la suspensión, la luz se detenía como si estuviese pegada a una página, la materia se disolvía como la sangre en el agua.

La Tierra, poco más que cenizas frías, se consideraba ahora —tenía que serlo— suficiente. No se recuperarían los perdidos años luz. Así terminó el dominio de los seres vivos y pensantes sobre el cosmos.

Algunos la llamaron la edad dorada final; la larga arrogancia de la vida había sido finalmente atenuada por lo incomprensible.

Pocos años después, el Caos atravesó la suspensión y absorbió el sol y los otros mundos, para luego amenazar las últimas doce ciudades de la Tierra. Contrajeron la suspensión, extremadamente debilitada, casi destruida. Pero incluso entonces las Guerras de Masa siguieron. Los Príncipes de Ciudad —todos ellos Eidolones noöticos— forzaron la conversión de todas menos una de las ciudades. Los que no estaban de acuerdo huyeron mil quinientos kilómetros a través de desierto plomizo hasta Nataraja.

Tanto la historia como las leyendas no eran muy claras sobre lo sucedido después. Algunos hechos eran aceptados por todos, aunque la secuencia era muy vaga:

Casi todos, excepto Restauradores y Modeladores —los ingenieros y clases bajas del Kalpa— estaban formados de masa noötica, mucho más conveniente, fiable y potente. Pero Polybiblios seguía siendo primordial. Para comprenderle y controlarle mejor, los Príncipes de Ciudad le obligaron también a convertirse, haciéndole un Gran Eidolon como ellos mismos, lo que debieron considerar un tremendo honor. A cambio, los Príncipes de Ciudad juraron no interferir con sus extrañas investigaciones inspiradas por

los Shen. Pero la conversión no hizo que Polybiblios resultase más manejable o atento a sus preocupaciones. Al contrario, se volvió más distante y apartado, hablando sólo con Ishanaxade empleando sus nuevas partes Eidolon: angelines y personificaciones.

Se trasladó a la torre que se alzaba ciento cincuenta kilómetros sobre el primer bión del Kalpa y siguió trabajando.

Con el tiempo se le conoció como el Bibliotecario.

Pronto el Bibliotecario especificó que una nueva clase —o clase baja— de ciudadano debía formarse con materia primordial, un capricho que se asumió que debía tener implicaciones tanto filosóficas como personales. Ahora los Príncipes de Ciudad controlaban por completo el suministro terrestre de esa materia antigua: la última del universo. Habitualmente liberaban el suministro en pequeñas cantidades para reponer a los pocos Restauradores y Modeladores que les servían, y para los intercambios rituales entre Eidolones. De alguna forma, el Bibliotecario les convenció para que le permitiesen controlar un suministro mucho mayor.

Sin explicar sus intenciones, el Bibliotecario y su hija iniciaron los primeros prototipos de antiguos humanos. Como las historias de la antigua Brillantez se habían perdido hacía tiempo, sus diseños eran, como mucho, producto de las conjeturas. Algunos fragmentos de datos antiguos sugerían que los primeros humanos no podían vivir sin estar rodeados de insectos saltarines y voladores… y por tanto, también se diseñaron y se incorporaron insectos y artrópodos.

Ishanaxade supervisó la apertura de los niveles inferiores del primer bión del Kalpa y la recolocación de los cimientos de soporte que dividían los antiguos canales de drenaje, creando tres islas. Tras completar los bloques vacíos y el paisaje de los prados primitivos pero extrañamente atractivos —cubiertos por un cielo falso que dividía el tiempo entre brillo y oscuridad, vigilia y sueño—, una asignación de materia primordial pasó de las reservas de los Príncipes de Ciudad. Los primeros de la progenie antigua iniciaron sus vidas ocultas.

Pero los planes del Bibliotecario fueron interrumpidos.

El Caos volvió a atacar. Diez de las últimas ciudades de la Tierra fueron consumidas… transformadas, utilizadas, torturadas. Incluso ahora sus antiguos ciudadanos frecuentaban los vastos desiertos rotos, parodias y juguetes del Tifón… monstruos inconcebibles incluso para un Eidolon.

Sólo quedaron el Kalpa y Nataraja. Y las comunicaciones entre las dos ciudades se interrumpieron.

El Astyanax del Kalpa, el último de los Príncipes de Ciudad, perdió la poca fe que le quedaba en su salvador de antaño. Ishanaxade fue exiliada —o abandonó Kalpa para ir a Nataraja—, aunque nadie sabía por qué y ni siquiera nadie sabía si Nataraja todavía sobrevivía.

Desde la Torre, Sangmer examinó la nueva configuración de la Tierra… y atravesó el Caos recién llegado para ir en busca de su esposa. No se le volvió a ver.

Entonces estalló un conflicto horrible. Algunos creían que el Bibliotecario había lanzado su furia contra el Astyanax por haber expulsado a su hija. Redujo la energía de la suspensión. Cuatro de los siete biones del Kalpa cayeron ante el Tifón. Por su parte, el Astyanax esterilizó los Niveles y terminó con la primera población de progenie antigua, la que Ishanaxade había criado y educado.

La Torre fue casi destruida, rota por la mitad. Pero el Bibliotecario sobrevivió. Y finalmente quedó horriblemente claro que los últimos humanos, independientemente de su forma o construcción, independientemente de su filosofía o ambiciones, ya no podían luchar.

Bajo la extraordinaria presión de los otros Eidolones, el Astyanax cedió.

Uniendo fuerzas con las mejores mentes del Kalpa, y empleando más de la mitad de los recursos de la ciudad, el Bibliotecario construyó un anillo más pequeño y más concentrado de generadores de realidad —los Defensores— y logró hacer retroceder al Tifón una última vez.

Lo exilió más allá del límite de lo real.

La mayoría creía que Nataraja y sus rebeldes no habían sobrevivido.

Tras el peregrinaje final y la desaparición de Sangmer, el Astyanax prohibió todos los intentos de salir. Se sellaron por completo las ventanas

exteriores de los tres últimos biones… en todos excepto en la Torre Rota, que era todavía el reducto del Eidolon más importante y curioso de todos.

Se reanudó el trabajo en los Niveles, con una población nueva y rediseñada de progenie antigua para ocupar el lugar de la anterior.

Un joven Restaurador sin ninguna distinción en especial, Ghentun, fue convocado a Malregard, entrevistado por angelines y escogido como Custodio de los Niveles… así de fácil. No hubo competición, ni lista de solicitantes.

Como muchos de los jóvenes Restauradores de esa era, se había convertido a masa noötica, renunciando, como era la moda, a su gens hereditaria. Pero para aceptar el puesto de Custodio, las personificaciones del Bibliotecario insistieron en que debía reconvertirse… debía ser primordial de nuevo.

En el proceso, algo salió mal. Aunque conservaba sus conocimientos de historia, había perdido todos los recuerdos personales. El viejo Ghentun desapareció; el nuevo nació. Sin embargo, ¿cómo podría lamentarse? Los simples Restauradores no ponían en duda las decisiones de los Grandes Eidolones.

En ocasiones, cuando Ghentun miraba a sus progenies mientras dormían, veía cómo se estremecían con extrañas resonancias, como si escuchasen los gritos agónicos del pasado lejano y roto… sintiendo a sus compatriotas, formados de la misma materia antigua, carne de la misma carne, arrastrarse por sus destinos revueltos y juntados, hasta llegar a los extremos cortados… para caer en las fauces adimensionales del Tifón.

Para eso precisamente se les había diseñado. *Canarios en una mina de carbón*.

Demostrando —si era cierto— que los Niveles no eran el juguete frívolo de un Gran Eidolon que se hubiese vuelto loco, sino la última y verdadera esperanza para salvar este pequeño trozo de universo.

Terminada la inspección, Ghentun siguió por ascensores seguros las gruesas paredes externas para llegar a la fuente de todos los progenies, la

inclusa, muy por encima de los Niveles.

En el círculo externo de la inclusa, el Custodio ejecutó los gestos de respeto frente a los telones fluidos que absorbían la luz. Más allá se encontraban los viveros rotatorios de la Modeladora, donde cientos de progenies recién creados dormían en filas, a la espera de su natividad… si llegaba algún día. Las cortinas se apartaron y una luz dorada llegó, calentando la piel del Custodio. Siempre había disfrutado viendo donde se formaban y se educaban a lo largo de la infancia instruidas subliminalmente, para luego prepararse a que los umbríos —esbeltos guardianes pardos, bajos y rápidos— los transportasen a los Niveles.

Varios de esos umbríos se reunieron con Ghentun bajo la ancha extensión de la protección pálida de la Modeladora. Dos le escoltaron a través de la protección —avanzar sin escolta sería arriesgarse a someterse a campos y presiones impredecibles— y todavía más arriba, entre cortinas verdes de gel y alto, cilindros de hielo primordial extrañamente inmóviles… hasta llegar a la neblina titilante del vitreion, la zona privada de la Modeladora, donde las máquinas no podían entrar.

Aquí, sobre cojines natales dispuestos en esferas que rotaban una en contra de las otras, el resplandor dorado se intensificó. Fundiciones giratorias como arbustos frenéticos —todo curvas vectoriales plateadas y ramas dando vueltas— rodeaban y refinaban a una docena de infantes a medio formar, con movimientos tan rápidos que Ghentun no podía seguirlos ni siquiera empleando su frecuencia más alta.

La última Modeladora del Kalpa, la señora del nacimiento, se sostenía sobre seis piernas esbeltas junto a un cojín natal elevado. Al acercarse Ghentun, su pequeña cabeza se apartó de una emisión de brazos herramientas oscuros y rodeados de campos. Modeladores y Restauradores hacía tiempo que se habían distinguido en apariencia física. Ella reconoció su presencia para luego terminar de implantar una capa temprana de propiedades mentales en una cosita pequeña y estremecida cubierta de un fino pelaje blanco, sus grandes ojos muy cerrados, aunque movía continuamente los labios, como si fuese a despertar en cualquier momento.

La Modeladora dejó las herramientas y se unió a Ghentun para dar un paseo por el anexo de prototipos.

—No estoy segura de que se pueda hacer más —dijo mientras se desplazaban entre los palés de historia, sobre los que estaban suspendidos la mayoría de las propuestas de segunda fase para los habitantes de los Niveles… un registro aleccionador de desarrollo extendido, indecisión y fracaso. El propio Ghentun, a principios de su ejercicio, había cometido errores importantes.

Le pasó sus notas a la Modeladora, quien las leyó con varios de sus múltiples ojos.

—No hay instrucciones. No hay *órdenes* —se quejó.

—¿Debo hacer mejoras de última hora, si *son* mejoras, siguiendo mi propio criterio? Ya les hemos concedido a unos pocos la capacidad de reproducirse… fuera de mi control. Eso ya es lo suficientemente peligroso, aunque incrementa su sensibilidad. Si los hacemos más sensibles, se estremecerán ante una brisa… y morirán de estrés. Si los hacemos más inteligentes, se morirían de aburrimiento.

Ella emitió un chirrido de irritación:

—Una apenas puede considerar que todos esos *libros* sean entretenidos.

Ghentun tocó el perfil del único libro en su bolsa.

—Son lo suficientemente inteligentes —dijo—. El Bibliotecario desea examinar a un espécimen excepcional. —Proyectó una imagen: un joven macho, rebosante de agresividad—. Lo vi por primera vez cuando estaban con la lucha deportiva en los campos en barbecho. Y en una ocasión le pillé mirando en mi dirección cuando pasaba a su lado, casi como si pudiese verme.

La Modeladora alargó dos brazos, agarró la imagen, la giró y la soltó. Salió volando y desapareció. Sentía aversión a las imágenes.

—Se llama Jebrassy. Le hice un poco excitable de más. Es un explorador de nacimiento… pronto se unirá a uno de tus grupos suicidas.

—¿Reproducción?

—Es uno de los nuevos reproductivos, si alguna hembra fértil le acepta, cosa que dudo. Resuena como una campana… incluso en el cojín natal,

algo llegó a él, le tomó la voz y le cambió. Sospecho que es un soñador intenso. Los progenies lo llaman descarriarse: ojos vacíos, mirada al infinito, problemas para dormir. Pone nervioso a los otros. —La Modeladora miró a Ghentun con una inclinación de sus tres ojos de distancia media… acusadora, divertida, impaciente—. ¿*Tú*descarrías, amigo Ghentun?

Ghentun no dignificó tal absurdo ofreciendo una respuesta.

—Este parece adecuado. Me comunicaré con Grayne, dispondremos algo.

—¿Grayne? ¿Sigue con nosotros? Ella sí que es una buena obra. Una de mis mejores… no para nunca…

—Ahora es sama, una líder de marcha.

—Era tan buena en su juventud. Una vergüenza para todos nosotros, enviar a nuestros hermosos hijos al erial. Nunca me he sentido orgullosa de mi labor aquí, Custodio.

—Nadie más requiere de tus talentos, Modeladora.

Lo admitió.

—El Bibliotecario debe de estar encantado. Estos progenies vibran ante el más ligero estremecimiento de las líneas. Mientras los Eidolones cabalgan en sus interminables tiovivos de diversión, intentando pasar de lo evidente… aquí abajo los progenies se han vuelto exquisitamente sensibles a algo que yo no puedo percibir… aunque me hago preguntas. Quizá sea el pasado… retorciéndose, anudándose, por la agonía. ¿Tengo razón, Custodio?

Ghentun tampoco respondió a esa pregunta. Los dos sabían que era probable… y también la razón principal para la existencia de los Niveles.

—Pero vigilia tras vigilia los generadores se debilitan… y el Caos no es paciente —dijo ella—. ¿Cuánto falta para que obtengas la atención del Bibliotecario?

—Pronto —dijo Ghentun.

—No hay forma de satisfacer a los Eidolones. Lo he sabido durante toda mi vida. Si el Bibliotecario sigue sin estar satisfecho… —La Modeladora metió la mano en la bolsa de Ghentun, más rápido de lo que él podía pensar,

y levantó el libro verde con dedos tan fuertes que amenazaban con aplastarlo—. Un tesoro arcaico. Se lo has robado a tu sama —le acusó.

—En realidad, a su predecesora.

—¿Iluminador?

—Está en texto progenie. Cambia cuando lo leo, así que asumo que no está destinado a nuestros ojos.

—Entonces, ¿a qué molestarse?

—Curiosidad. Culpabilidad. —Ghentun rezongó—: Vergüenza de Restaurador, humor de Restaurador. ¿No sientes curiosidad por lo que el Bibliotecario tiene previsto para ellos?

La Modeladora se limitó a bufar.

—Podríamos empezar de nuevo. Todavía es posible hacer mejoras. —No parecía dispuesta a renunciar a su trabajo, por mucho que sus resultados, o su necesidad cruel, incordiasen a su compasión—. ¿Cuánto crees que tenemos, algunos miles de años?

—Lo dudo —dijo Ghentun. Le hizo un gesto para que le devolviese el libro. Renuente, lo hizo, dejando las marcas de los dedos en la encuadernación. Lentamente, resentido, el libro empezó a sanarse.

—Ésta es nuestra última cosecha —dijo—. O estos progenies o nada.

8

First Isle

—¿Crees que le contaría tu secreto a una *fulgente*? —preguntó Khren, y al observar su expresión de conmoción, Jebrassy supo instantáneamente que su amigo era culpable.

Los dos descansaban todo lo despreocupadamente que permitía el actual estado de ánimo en el nicho de Khren, rodeados de premios variados y sinsentido de distintos enfrentamientos —banderas capturadas, dos estavies acolchados pero pesados, marcados con hojas dobladas donde se habían grabado deseos de buena suerte y fortaleza— y un esplendido jarro de torco que Khren había ganado en una apuesta con los nauvarquia.

—¿Qué más le contaste? —preguntó Jebrassy. Él y Khren se conocían desde que los umbríos los habían entregado, recién salidos de la inclusa.

—Ella sentía curiosidad. Me hizo preguntas. Yo respondí. Tiene sus tácticas, ya lo sabes.

Jebrassy entrecerró los ojos y sonrió.

—¿Te gusta?

Khren se recostó y miró al techo, irritado de que se considerase un emparejamiento improbable.

—No, claro que no. Me he fijado en otra.

Jebrassy todavía no conocía a esa otra. Ni siquiera sabía su nombre.

—Si para mí significase algo —dijo Khren—, le habría dicho que una marcha joven es una tontería y además peligrosa. A *ti* ya te ha desheredado.

—¿Qué podría heredarse *aquí*? —preguntó Jebrassy.

—*Aquí*no tiene nada de malo —dijo Khren—. Ganamos mucho en el enfrentamiento. ¿Para qué luchar si no hay nada *por* lo que luchar? Y

parece que llamaste la atención de un fulgente elegante, enseñando tus músculos y dando unos buenos golpes. Estoy seguro de que fue muy intelectual y rebelde.

—No podemos protegernos contra nada que los Alzados quieran hacernos. Somos juguetes, no más.

—Prefiero pensar que somos *experimentos* —dijo Khren, y luego se encogió de hombros, habiendo alcanzado el cénit de sus habilidades filosóficas.

—¿Cuál es la diferencia?

—Progenie antigua, calidad antigua. Si somos experimentos, superaremos a todos los demás y recompensarán nuestro coraje liberándonos de los Niveles. Luego, podremos ir a donde queramos… incluso al Caos, si vale la pena visitarlo. Y nadie sabe si es así.

—Lo es —dijo Jebrassy—. Estoy seguro. Tengo mis fuentes…

Khren elevó sus pequeñas orejas, manifestando algo de diversión.

—Con tantos conocimientos.

—Bien, así es. —Jebrassy había llegado a alcanzar el segundo punto de la discusión—. ¿Por qué tuviste que contarle lo de mi descarrío?

—No se lo dije voluntariamente. Me preguntó… como si ya lo supiese. Es muy persuasiva. —Redujo el volumen de la voz y le dedicó a Jebrassy una mirada tan libidinosa y sugerente como le permitía su rostro ancho y marcado.

—Al contrario que yo, ella todavía tiene patrocinadores —dijo Jebrassy —. Dudo que vuelva a hablarnos.

—Ah. —Khren se puso en pie y se sirvió, para luego tirarse otra vez a los cojines, sin dejar caer ni una gota, y examinar el color de la bebida bajo la cálida luz del techo.

—No me hace falta un compañero —dijo Jebrassy—. Necesito salir de aquí y ver cómo están realmente las cosas allá fuera, más allá de las puertas.

—No has *visto* las puertas —dijo Khren—. Ni siquiera puedes describirlas; todo lo de ahí fuera no es más que palabras y nombres vacíos. Incluso si crees las historias, nadie ha llegado tan lejos y ha regresado para contarlo, y eso es muy significativo.

—¿Qué? —dijo Jebrassy—. ¿Si avergonzamos a los guardianes, y ellos hablan con los administradores, los que escapan de los Niveles pero son apresados pasan directamente al Guardián Negro? ¿O acaban en jaulas para disfrute de los Alzados?

—Eso suena muy cruel, incluso tratándose de los Alzados —dijo Khren.

—*¡Odio* ser un ignorante! Quiero ver cosas, cosas *nuevas*. Odio que *cuiden de mí*.

Tras ese estallido, la atmósfera se tranquilizó un poco y Khren volvió a su papel habitual: ser una caja de resonancia. En realidad, a Khren los planes de Jebrassy le resultaban interesantes… lo consideraba con un falso horror fascinado, como si, tras haberlos ejecutado en su propia mente, hubiese llegado a un punto muerto, un muro tras el que no podía verse tomando una decisión personal. En ocasiones Khren parecía no estar dispuesto a creer que para Jebrassy significasen más que para él: interesantes, pero vacíos.

—¿Qué dejó tu visitante la última vez? —preguntó Khren, saboreando un último trago de torco. Jebrassy había acompañado a su amigo bebiendo los dos vasos anteriores, pero no más… mañana precisaba tener la cabeza despejada. Para la reunión que sabía que era imposible que tuviese lugar.

—Es un tonto —murmuró Jebrassy—. Desvalido. No sabe nada. Un *aaarp* —Eructó para reafirmar la degradación del individuo. En la progenie antigua no existía el concepto de locura. Excentricidad, caprichos y extremos de personalidad, sí, pero la locura no formaba parte de su receta, y por tanto nadie acusaba a nadie de haber perdido el contacto con la realidad… excepto como idea vaga, un chiste incómodo, acompañado de un buen eructo.

—Bien, ¿te dijo algo más?

—Yo no estaba allí. Cuando él viene, yo me voy. Ya lo sabes.

—Los dibujos en el lienzo de agitar.

—Nunca tienen sentido.

—Quizá tu visitante ha conocido al visitante de ella y es por eso que ella sabe tanto sobre ti.

—Tú has hablado con él. Tú le conoces mejor que yo —dijo Jebrassy, hundiéndose más en los cojines.

—Tú… él apenas puede hablar —dijo Khren—. Se miró en mi espejo y emitió *sonidos*. Dijo algo como «¡Se han equivocado por completo!», sólo que alargando las palabras. Luego él, tú, tu visitante, se dejó caer y se sentó justo donde estás ahora. Cerró los ojos, tus ojos, hasta que se fue.

Khren retorció los dedos.

—Si eso es el descarrío… mejor tú que yo, amigo.

9

Seattle, Sur

Para pasar el largo periodo gris, mientras la lluvia golpeaba y chocaba contra el tragaluz sobre la estancia de alto techo y en sombras, Virginia Carol —Ginny para sus amigos— repasaba un grueso y pesado volumen llamado *Las gárgolas de Oxford*, del profesor J. G. Goyle, publicado en 1934. *¿Y el segundo nombre del profesor Goyle era Garth o simplemente Gar?*

Los restos del sándwich medio comido, todavía en el papel encerado, esperaban su atención en la desnuda mesa de metal situada junto a un sillón de lectura de respaldo alto. Llevaba dos semanas ocultándose en el almacén verde, esperando una explicación que no parecía llegar. Había ido perdiendo el miedo, pero ahora empezaba a aburrirse, algo que dos semanas atrás le habría resultado imposible de creer.

Las imágenes en el libro de las gárgolas eran divertidas —figuras perversas de mirada maliciosa diseñadas, decían los estudiosos, para asustar a los espíritus malvados—, pero lo que le llamó la atención fue una foto granulosa encajada en un capítulo sobre los edificios más antiguos de la ciudad universitaria. En el interior de un parapeto de piedra en lo alto de la torre de un reloj, alguien había grabado con claridad, en las adecuadas mayúsculas romanas de un escolar, atravesando siglos de costra de mugre y hollín negro:

> ¿Soñáis vos con una ciudad al final del tiempo?

Y debajo, *1685*. Otra inscripción bajo la fecha, supuestamente un nombre o una dirección, había sido raspada vigorosamente, dejando una mancha marrón desvaída.

Conan Arthur Bidewell atravesó la puerta al otro extremo de la sala, portando más libros que había que devolver a los altos estantes de madera. Prestó atención al material que había decidido leer:

—Ese es real… no una de mis curiosidades, señorita Carol —dijo—. Pero manifiesta verdades desagradables. —Tenía las mejillas hundidas y mechones ralos cubriendo una calva correosa y reluciente. Se parecía a una momia bien conservada o una de esas personas que encontraban en los pantanos. Eso es, pensó Ginny. Y, sin embargo… no era exactamente feo.

Le mostró la fotografía.

—Es como el anuncio de un periódico.

—Así es —dijo Bidewell.

—Sucede desde hace siglos —dijo ella.

El la miró a través de las diminutas lentes.

—Desde hace muchos más —bajo el brazo traía dos periódicos doblados: *The Stranger* y el *The Seattle Weekly*. Los dejó sobre la mesa de lectura. Un periódico tenía ya una semana, el otro era del día anterior. Marcadores adhesivos en los anuncios clasificados. Los anuncios eran casi idénticos.

¿Sueñas con una ciudad al final del tiempo?
Hay respuestas. Llama…

Sólo variaba el número.

—¿Las mismas personas? —preguntó.

—No se puede saber. Aunque en nuestro vecindario creo que donde antes había dos ahora sólo hay uno. Pero pronto habrá más. —Bidewell se estiró y chasqueó los nudillos de la mano libre, para luego subir una escalera alta que corría por una guía elevada y horizontal unida a las estanterías. La guía pasaba por encima de puertas y ventanas cubiertas con

tablas, dando una vuelta completa a la sala. Bidewell volvió a colocar los libros que había estado consultando, sus gruesos pantalones de pana siseando al doblarse y enderezar sus piernas flacuchas.

—¿Llevan todo este tiempo buscando a gente como yo? Deben de ser muy antiguos —dijo Ginny.

—Algunos todavía sobreviven y hacen su trabajo. Si podemos llamarlo así. Hay tantas corrientes fétidas en estas jóvenes y profundas aguas. ¿Te siguieron hasta aquí?

Quizá deliberadamente no le había hecho la pregunta hasta este momento. Independientemente de sus peculiaridades, Bidewell parecía tener en cuenta sus miedos.

Ginny seguía sin querer recordar el Mercedes, el hombre de la moneda, la mujer ardiente.

—Creo que sí —dijo en voz baja—. Quizá.

—Mmm. —Bidewell terminó de encajar los libros en los huecos y bajó por la escalera, produciendo chasquidos con labios y mejillas. En el último travesaño miró por encima del hombro con ojos entrecerrados al ancho globo de cristal lechoso que colgaba de un aplique de bronce—. Debería cambiar esas bombillas, ¿no?

—Los que pusieron el anuncio, los que marcaron esto… —Tocó la fotografía de Oxford—. ¿Son humanos?

Bidewell asintió con rapidez, como un pájaro.

—Esa inscripción en concreto la trazó un escolar, desafiado por otro muchacho, a quien le había pagado un hombre mayor. Pero para responder a tu pregunta, la mayoría son humanos… sí.

—¿Por qué no mueren?

—Han sido tocados —dijo—. Sus vidas se han extendido improbablemente. Lo siento. No pretendo ser poco claro.

Ginny todavía no tenía claros esos detalles… ni siquiera tenía claro si debía abandonar el almacén de Bidewell, abandonar cualquier esperanza de explicación —a su debido tiempo, a su debido tiempo— y arriesgarse a salir al mundo exterior.

A los dieciséis años, Ginny había empezado a experimentar periodos de abstracción. Caminaba, iba en bus o simplemente dormía y de pronto perdía un recorte de tiempo y recuerdos. Después de esos lapsos, a menudo experimentaba una ligereza en el corazón, una sensación de afecto correspondido que no se manifestaba en ningún otro aspecto de su errática adolescencia. En otras ocasiones sentía una sofocante sensación de miedo, de pérdida, junto con un mal olor de algo más allá de lo quemado, el sabor arenoso, polvoriento y amargo de algo que había superado la descomposición.

Al mismo tiempo, había descubierto que por pura fuerza de voluntad podía encontrarse en situaciones diferentes… aunque a menudo sus esfuerzos parecían salir mal. Después de perder a su familia, Ginny había insistido en tomar malas decisiones, como si estuviese decidida, al llegar al cruce de un camino, a escoger el sendero equivocado.

Sin estar segura de cómo lograba nada de eso, se puso a leer libros sobre mundos paralelos… y losencontró fascinantes pero insatisfactorios. Hacía lo que hacía, pero seguía sin tener una explicación sobre por qué y cómo.

No le había hablado a nadie de su habilidad… hasta que Bidewell la aceptó. Sólo la semana antes, escuchando su historia, por una vez el anciano se había abierto lo suficiente para ofrecer una opinión.

—Suena bastante a alguien perdido, esclavizado, en el Caos. Sea lo que sea, no puede saberse, no puede saberse.

Se apretó los dedos entre dos dedos delgados y reiteró varias veces que sólo eran elucubraciones, que no era un experto.

Un hombre exasperante.

—¿Qué *sabe* usted, señor Bidewell? —soltó Ginny, cerrando de golpe el grueso libro. El golpe resonó en el techo.

—Por favor, llámame Conan —le animó Bidewell—. Mi *padre* era el señor Bidewell.

—¿Y qué edad tenía *él* cuando naciste?

—Doscientos cincuenta y uno —dijo Bidewell.

—¿Y qué edad tienes tú?

—Mil doscientos cincuenta y tres.

—¿Años?

—Por supuesto.

—Eso es imposible.

—Es improbable —le corrigió Bidewell, empujándose hacia arriba las pequeñas gafas y acercando el lomo de otro libro a sus ojos azul claro—. Muchas cosas se pueden concebir pero son imposibles. Muchas más se pueden concebir, pero no son probables. Unas pocas a nosotros nos parecen inconcebibles… pero aun así son posibles —tarareó para sí—. Remover los estantes hace maravillas. Mira lo que hemos encontrado, querida Ginny… el volumen doce de las obras completas de David Copperfield. El personaje de Dickens, digo, que era realmente escritor. No el mago… aunque sería interesante conocerle. Me pregunto cómo piensa. Unas pocas preguntas escogidas… Querida, si tienes tiempo, ¿podrías comprobar una pequeña tara en la página 432? La letra es pequeña y mis ojos ya no son lo que eran.

Sostuvo el libro.

Ginny se puso en pie y lo tomó de las manos retorcidas y extendidas de Bidewell. Se cansaba de esta continua insensatez cambiante —¿cómo podían personas ficticias escribir un libro y menos aún llenar doce o más volúmenes?— pero aquí se sentía segura. Una contradicción amarga.

Recordó cuando Bidewell le agarró ligeramente los dedos por primera vez, dándole la bienvenida al almacén y provocándole —simultáneamente— un estremecimiento y la extraña sensación de comodidad.

—¿Qué tipo de tara? —le preguntó.

—Lo que sea… una errata, una falta de ortografía, lagunas, desvíos. Debemos encontrar las taras… pero no debemos hacer correcciones o intentar ocultar los defectos aparentes. Pueden ser más importantes de lo que imaginas, joven, para la Ciudad. Donde sea y cuando sea que se encuentre dicha Ciudad.

Pasó otra semana y la inquietud de Ginny fue en aumento. Podía sentir las corrientes fétidas de las que le había hablado Bidewell, y algo todavía más alarmante. El río por delante de ella —su río— parecía haber alcanzado

un final abrupto. No sabía cuán por delante: semanas, meses, un año… Pero más allá, nada. Bidewell se negó a contarle más y la mayoría de sus conversaciones terminaban con él diciendo con voz rota: «¡No puede saberse, no puede saberse!» El almacén de Bidewell alojaba unos 300.000 libros. Ginny estimó el número en los estantes por medio de un recuento rápido y el número en las cajas por medio de un cálculo más rápido aún. Aparte de ellos dos, siete gatos consideraban el almacén su hogar, todos ellos polidáctilos… con muchos dedos y dos con lo que parecían pequeños pulgares.

Esos dos eran blanco y negro. El más pequeño, un joven macho que hasta hace poco era una cría, se le acercaba silenciosamente mientras ordenaba o leía y se frotaba contra sus tobillos hasta que Ginny lo cogía, lo colocaba en el regazo y le acariciaba. Calidez y flexibilidad bajo el pelaje suave, con una marca en el pecho y una pata blanca, ronroneaba su aprobación hasta que ella paraba, para luego apoyársele en el pecho y tocarle la barbilla con una pata ancha. Ella sentía un ligero pinchazo.

El se negaba a compartir el sándwich cuando ella se lo ofrecía, pero en su lugar, como siguiendo el ejemplo, por la noche le dejaba al pie de la cama un ratón muerto pero intacto. Todos los gatos eran independientes y rara vez respondían a sus llamadas, pero durante las largas noches, encontraba a uno, dos y a veces tres al extremo de su camastro, con las patas debajo, los ojos entrecerrados, observándole cálidamente, ronroneando satisfacción. Parecían dar su aprobación al nuevo visitante de Bidewell.

Por supuesto, los gatos eran esenciales para la seguridad del almacén. Bidewell no consideraba que el trabajo de los ratones sobre las páginas fuese aceptable.

El tiempo pasó un poco más rápido después de conocer a los gatos. Acurrucados uno tras otro en su regazo, incluso compensaban la lista de lecturas propuesta por Bidewell: dejó a su lado, cerca de la mesa de trabajo de Ginny, una pila de libros sobre matemáticas, física y varios textos sobre mitología hindú. Tres de los libros sobre física parecían más avanzados de lo que ella creía que la ciencia hubiese podido progresar hasta ahora,

hablando del viaje a velocidades superiores a la de la luz como si fuese un hecho, por ejemplo, o describían rodajas pentadimensionales y secciones de destinos en el espacio-tiempo.

Junto a ésos, Bidewell colocó cinco libros con páginas prácticamente en blanco, que él llamaba «rechazados». Ginny examinó los rechazados con atención y descubrió que en los cinco había una letra impresa en una página y nada más: páginas y páginas totalmente en blanco.

Cualquiera que fuese el misterioso proceso que se producía en bibliotecas, librerías y entre los montones de cajas en los almacenes de los editores, daba la impresión de que para Bidewell los libros predominantemente en blanco eran los menos interesantes.

—En el mejor de los casos son núcleos, espacios entre claves. En el peor de los casos, son distracciones. Puedes usarlos como diarios o libros de notas —dijo, y luego miró al otro montón—. Ésos son para tu educación, tal y como son, y limitados como estamos.

—¿También sondefectuosos? —preguntó ella—. ¿Debo buscar errores y marcarlos?

—No —dijo Bidewell—. Sus errores son naturales e inevitables, los errores de la ignorancia y la juventud.

Ginny, en sus pocos años de educación formal, siempre había disfrutado de la matemática y la ciencia —comprendiendo con facilidad problemas que desconcertaban a sus compañeros—, pero nunca se había considerado una estudiante modelo.

—Preferiría la televisión y un ordenador con conexión a Internet —dijo.

Bidewell se estremeció violentamente.

—Internet es una idea horripilante. Todos los textos del mundo, todas las opiniones inútiles del mundo, todas las mentiras y errores, mudando interminablemente y ¿para qué? ¿Quién puede seguirlo o controlarlo? No me interesa la increíble magnitud de la estupidez humana, querida Virginia.

Estaba lejos de ser una prisionera, pero siempre que se aproximaba a la puerta que daba al exterior, no lograba reunir fuerzas para atravesarla. La

tensión en su cabeza y pecho se volvía insoportable, ansia y miedo retorciéndose en su estómago anudado. No podía volver a salir al exterior… todavía no.

—¿Por qué me retienes aquí? —gritó una mañana, mientras Bidewell traía otro cargamento de cajas llenas de libros—. ¡Estoy harta! ¡Sólo tú y esos gatos!

Bidewell le respondió de inmediato.

—No la retengo aquí. Allá a donde vaya, estoy seguro de que encontrará el camino a casa… por la ruta más larga. Ése *es* su talento. Es posible que los gatos la echen de menos. —Y se fue, rozando las rodillas, y cerró la puerta blanca con un gruñido engrasado de contrapesos y poleas.

Ginny dio una patada a una caja, para luego volverse y ver al gato más pequeño sentado en el suelo, mirándola con curiosidad complaciente.

—Tú tienes todo lo que quieres —le acusó Ginny.

La cola del gato golpeó una caja sellada. Se levantó sobre los cuartos traseros y vigorosamente rasguñó el cartón, dejando un símbolo gatuno, como una X acompañada de un signo de exclamación. Luego se fue, agitando la cola en lo alto.

En ocasiones incluso mordisqueaba las esquinas de los libros sobre la mesa de trabajo. A Bidewell no parecía importarle.

Con la aparición de la joven ante su verja, Conan Arthur Bidewell había experimentado tres emociones potentes: irritación, regocijo y miedo; ésta última, a su edad, era casi indistinguible de la alegría. Se olía el cambio en el aire. Después de todo, la aparición de la joven no era más milagrosa que la condensación de una gota de lluvia a partir de una nube cargada de humedad.

Pero ahora ya lo sabía: el trabajo de muchos años solitarios daba sus frutos. ¿Por qué *no* alegría, junto con el latido inevitable del peligro venidero?

Durante demasiadas décadas, demasiadas efectivamente, se había perdido en sus libros, analizando las estadísticas de cambios improbables.

¿Qué acto podría ser más desesperado o más fútil? Aguardar a que las sumadoras plantasen sus flores y produjesen una nueva familia para él y el almacén. Y ahora…

Hacía tiempo que Bidewell notaba el cambio en el clima literario. Cada vez le llegaban más cambios significativos, desde todo el planeta. (¡Era una pena que no pudiesen comunicarse con otros planetas! Porque Allá Fuera se debían de estar produciendo acontecimientos similares, confundiendo también a otros estudiosos… si prestaban atención). El ánimo de sus libros se había oscurecido y se había nublado. *Así es como termina el mundo; no con un estallido sino con una errata*.

Había observado otros cambios en el vecindario: una disminución de los ratones y un incremento de los gatos. El almacén contenía dos gatos más que antes de la llegada de la joven. Parecían llevarse bien con *Minimus,* su favorito. Sin duda todos pertenecían a Mnemosina… de esa forma tan independiente.

Y ahora Bidewell y los gatos tenían una joven para que les hiciese compañía, una joven en general sin nada destacable, taciturna, que protegía sus emociones, como debía ser. Se encontraba en una situación precaria. La joven creía tener dieciocho años. Bidewell sabía que no era así, pero no tenía ánimos para contárselo. Que todos ellos descubriesen la verdad al reunirse, porque inevitablemente —a pesar de los depredadores que los buscaban y los suprimían, de forma similar a como los gatos reducían la población de ratones del almacén— habría otro. Había llegado el momento. El momento de las conclusiones.

Ginny había sobrevivido a una espiral descendente y a una terrible conmoción. Bidewell comprendía que necesitaba recuperarse y no le asignaba demasiadas tareas. La joven cumplía bien con sus labores. Abría las cajas y retiraba las colecciones menos prometedoras, y empezaba a convertirse en una lectora perspicaz, lo que no era sorprendente, considerando su origen. Podría ser que con el tiempo fuese una verdadera ayuda, pero Bidewell se preguntaba si tendría tiempo de que ella desarrollase su habilidad hasta el punto de que ella pudiese hacer que todo fuese diferente.

El trabajo en el almacén seguía, aunque él ya sabía lo que precisaba saber: que el pasado respondía como un barómetro a un descenso tremendo de la presión. Quedaba muy poco pasado y casi nada de futuro.

Lo que uno creía recordar no era una guía fiable a lo que había sucedido en realidad… ya no.

La historia efectivamente estaba patas arriba.

10

Seattle

Un busker debe satisfacer a todos sus clientes. Para una mujer, debe ser joven, encantador y gracioso; su diversión ocultando un anhelo controlado. Para los hombres, debe parecer un payaso andrajoso… para nada una amenaza a pesar de su juventud y su buena planta. Para los niños, debía ser como uno de ellos… si ellos pudiesen cantar, bailar y hacer malabarismos con martillos y ratas.

Jack ganaba una buena cantidad, como veintiocho dólares en tres horas, depositada por su público ocasional sobre una gorra de tela plantada en la acera frente al Tiffany’s del centro.

Hoy, al igual que en los últimos dos años, Jack trabajaba con ratas vivas. Estaban acostumbradas al truco y él no las dejaba caer nunca… nunca. Puede que a las ratas no les hiciese mucha ilusión volar por los aires, retorciendo sus colas y cabeza, ojos negros o rosa, viendo en una sucesión giratoria cielo, suelo y mano de Jack, pero así estaban las cosas; las agarraba con suavidad y las lanzaba con cuidado, y si les daba de comer, y mientras se acicalaban, siempre había algo interesante que ver a través de la rejilla de la jaula. Las ratas habían vivido peor.

A las cuatro las multitudes abandonaron los cañones de cemento, de vuelta a casa, así que Jack recogió las jaulas y demás elementos, los colgó de los guardabarros delanteros y traseros de la bicicleta, comenzando la lenta salida del centro, Denny arriba hasta Capitol Hill.

Iba renuentemente de camino a la Broadway Free Clinic. Primero, paró en casa de Ellen. Su pequeño bungalow gris se posaba tras un pequeño jardín que coronaba un muro de contención de un metro de alto, subiendo

dos escalones de cemento. Ellen seguía fuera de la ciudad, en un viaje de un día, así que buscó la llave que le había dejado oculta y guardó las ratas en lo más alto del viejo garaje para un solo coche, lejos de los posibles gatos.

Jack podía ser muy guapo. En presencia de Ellen se había hecho sólo ligeramente guapo. El anhelo de la mujer era un puzle —no era maternal, no era lujurioso—, no del todo. A él le gustaba la atención. Le hacía sentirse asentado. Ella podía recordarle durante semanas… al contrario que todos los demás. Aun así, cambió de sitio algunos elementos del salón.

Ella le había recomendado la clínica gratuita.

—Incluso los buskers tienen que darse un repaso —le había dicho.

Pensó en la cena de la semana anterior. Ellen había dispuesto la mesa con plata buena y porcelana antigua, todo de calidad, y había servido salmón con bayas, acompañado con arroz e hinojo con mantequilla. Cuando creía que él no la veía, le había mirado con una mezcla curiosa de anhelo y cautela, y él había intentado recompensar su aprobación… sin ser explícito.

Ella no era una cazadora; tampoco era una espía. Pero era esencial mantener la vigilancia… sobre todo cuando se sentía seguro.

Como le había pedido, le entró el correo, lo ordenó y tiró lo que se podía reciclar, para luego comprobar la humedad de las aspidistras y el limonero de interior junto al amplio ventanal delantero.

Jack se quedó unos minutos, mirando al otro lado de la calle a través de la ventana, y apreció la distancia entre farolas; se preguntó cómo sería la vista a medianoche, con las luces apagadas y apenas un atisbo del amanecer. Casi podía verlo; la imagen se agitó frente a él, en esta ocasión superpuesta con algo que no podía y no debería estar allí. Las casas al otro lado de la calle parecían hechas de vidrio, y a través del vidrio entrevió una planicie o un desierto, negro como la obsidiana, tachonado de una cantidad enorme de objetos indefinidos, en cierta forma vivos, pero repletos de odio y envidia, implacables.

Con un gemido, cerró los ojos, para luego agitar la cabeza hasta que recuperó la luz de la tarde… y cerró las cortinas con rapidez.

La sala de espera de la clínica estaba llena. Los médicos trabajaban con siete madres y sus hijos enfermos. Jack disfrutaba de los niños, pero cuando no se encontraban bien o realmente precisaban de él le hacían sentirse incómodo, inadecuado. Apartó la vista, escuchó las toses y los resoplidos, los lloriqueos, las peleas por los juguetes.

Tamborileó los dedos sobre el brazo de la silla de madera, marcando la misma canción animada que tarareaba apenas al hacer malabarismos… más bien una serie de gruñidos con ritmo.

Un hombre mayor se puso en pie cuando dijeron su nombre y dejó en el centro de la mesa un ejemplar del *Seattle Weekly*. Jack lo recogió, pasó las reseñas de películas —no apreciaba demasiado ni el cine ni la televisión— y se centró en los artículos sobre clubes y música en vivo. Siempre buscaba buenas canciones.

Estaba a la mitad de un análisis formal sobre una nueva banda de fusión-Ska-grace cuando las palabras de la página se desplazaron a la izquierda. Le zumbaba la cabeza. Algo parecía flotar frente a sus ojos: una nube de grandes insectos alados, iluminados por un reluciente rayo de luz. Luego se difuminó y desapareció, confundiéndose con la pintura de las paredes de la clínica, más allá de las sillas, más allá de la pequeña esquina de los niños repleta de juguetes.

Una pecera pequeña burbujeó cerca del mostrador de recepción.

Las burbujas se congelaron.

La clínica quedó en silencio.

Podía ver, pero lo que veía estaba distorsionado, girando de un lado, luego al otro, alrededor de un punto central que se expandió y cambió de color, pasando de rojo a azul y luego a tonos de marrón y rosa.

Luego miró directamente a otro par de ojos abiertos, mirándole con una expresión que no sabía interpretar. No podía dar sentido a la cara —

demasiados contornos— pero no provocaba miedo. De alguna forma supo que esa persona era tierna y que se preocupaba e interesaba por algo.

Algo más que interés.

Tras el rostro, un túnel descendente se abrió a un brillo artificial. Fue consciente de que su propio rostro estaba tontamente fláccido, con los párpados pesados.

Volvía a soñar.

El rostro: más plano de lo habitual, nariz pequeña rodeada de pelos rosados, un denso pelaje rojizo llegándole a las mejillas, orejas diminutas.

A medida que un conjunto de opiniones biológicas ocupaba el lugar de otro, encontró el rostro atractivo, luego algo más: hermoso. A su deseo se unió un antojo de preocupación y tristeza.

Su propio pelo ofrecía una sensación diferente: echado hacia atrás, empinado y corto, más cerdas que pelo. Intentó controlar sus labios y lengua, pero no resultaba fácil. Los sonidos que emitiese estarían distorsionados. Se tocó las orejas con dedos exploradores. Las sentía como pequeños champiñones calientes.

La hembra de plana nariz rosada se limpió la frente con una mano exquisita. Volvió a hablar. *Algo, algo, algo*, pero agradable. Podría estar recitando poesía, o cantando. Los colores de su visión eran un derroche. No sabía si ella era azul, marrón o rosa. Luego, como una imagen enfocándose, adquirió un marco lingüístico y perdió otro, los colores se volvieron naturales y hablar fue más fácil. El control de su cuerpo —al menos en cara y boca— se volvió más seguro.

—Has vuelto —dijo—. Maravillosa. ¿Me recuerdas?

—No… no me parece —dijo, sabiendo bien que no hablaba en inglés ni en ninguna lengua que hubiese oído nunca.

—¿Qué recuerdas?

El miró al techo curvo. Enormes insectos alados —más grandes que su mano y con relucientes cuerpos cilíndricos de color negro— colgaban boca abajo, arrastrándose. Cada uno tenía una letra o símbolo en la espalda. Se

movían en paralelo, dando la impresión de que querían formar filas, y así formar palabras. No podía leer las palabras. Aun así, todo lo que le rodeaba era real, absoluto, con un tacto sólido y repetible.

—Esto no es un sueño, ¿verdad? —preguntó.

—No creo. No a este lado.

—¿Cuánto…?

—Has estado estremeciéndote durante un tiempo. Menos de… —Empleó una palabra que él no pudo capturar y por tanto se fue.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—No pretendo ser descortés, pero hay un protocolo. Lo inventamos. Tu compañero de cuerpo es un poco… —Otra palabra, vergonzosa en cualquier contexto que pudiese tener—. Te dejó un mensaje, que yo he mejorado. Para comunicarte dónde estás y qué no hacer.

Él no podía volver la cabeza, así que ella alzó una tela negra cuadrada cubierta de relucientes letras rojas y amarillas: un *lienzo de agitar*.

—No sé leer —dijo.

—Te lo leeré.

—Me llamo… —Pero ya había olvidado quién era y dónde había estado… antes de estar aquí. Intentó ponerse en pie, pero sintió un hormigueo en el cuerpo y cayó.

Ella se tocó la oreja y luego la nariz en gesto de simpatía. Quizá fuese como sonreír.

—No importa. Primero probaremos con esto. Pareces venir de una época muy lejana a ésta. Si eres real, y no un truco de los Alzados, entonces hay que enseñarte algunas cosas.

Volvió al cuadrado y leyó las palabras relucientes.

—«¡Bienvenido, polo opuesto! Desde hace poco se descarría y doy por supuesto que eres el responsable. Hay poco que decirte, aparte de lo que puedes ver claramente; pertenezco a la progenie antigua, pobre y aventurera. Si vienes del futuro inmediato, por favor, no dejes detalles de tu destino; prefiero no saber. Si eres del pasado, entonces sólo puedo decirte que los relojes ya no registran el paso del tiempo. Aun así, la vida es razonablemente feliz… si te muestras humilde. En caso contrario, los

Niveles pueden ser crueles. Si eres del pasado inmediato, y quieres dar un paseo, cuida de mi cuerpo, y no pierdas el tiempo con ninguna fulgente atractiva con la que puedas encontrarte». —Y en este punto, el rostro de mujer se marcó de hoyuelos y curvas—. «Puedes divertirte luchando en los enfrentamientos». No, no lo harás —añadió la mujer, mirándole. Luego continuó—: Ha habido algunos cambios desde tu última visita. Vamos de marcha. Es todo lo que sé. Pero espero descubrir más.

La mujer alzó la vista, esperanzada.

—Eso es todo lo que logró apuntar —concluyó—. ¿Tiene sentido? Por supuesto, nos gustaría saber todo lo que puedas decirnos… lo que quieras decirnos.

Era evidente que le preocupaba su reacción al mensaje, que ya empezaba a olvidar. *La he visto antes. Pero ¿fue «antes» de antes de… o después de… esto?*

Sin secuencia.

¡Recuerda; Mnemosina!

—Me siento confuso —logró decir, sintiendo otra vez la boca entumecida—. Si me quedo aquí… durante un rato… necesitaré aprender. ¿Podrías enseñarme?

—Estaría encantada —respondió la mujer—. Aunque rara vez te quedas durante mucho tiempo. ¿Vienes del futuro o del pasado?

—No lo sé. ¿Esto es… el Kalpa?

—¡Lo *es!* —gritó jubilosa—. Los Niveles están en el interior del Kalpa, al fondo, creo. Somos muy humildes. *¡Recuerdas!*

—Sólo algunas cosas… te recuerdo a *ti*.

—Nunca nos habíamos visto hasta ahora —dijo, muy preocupadas—. Pero Jebrassy me ha hablado de ti… un poco.

—¿Cómo te llamas? Espera… te llamas Tiadba, ¿no?

Ella se mostró todavía más jubilosa, pero confusa.

—¿Te lo dijo él? ¿Cómo te llamas tú?

—No lo sé. Aquí vengo cuando me descarrío, ¿no?

—Adónde vas y a quién visitas. Pero ¿de dónde vienes?

—No lo recuerdo. Está todo mezclado.

Tiadba manifestó preocupación. Él lo entendía, pero la forma que tenía de mostrar expresiones, de mover los músculos de mejillas, mandíbula y labios, le resultaba extraña. Extraña y encantadora. Tenía orejas diminutas y sus ojos eran enormes, casi como los ojos de un…

Otra palabra perdida.

Miró al techo con ojos entrecerrados. Casi podía leer lo que los bichos deletreaban. Insectos de hogar que deletreaban palabras.

—¿Qué hacen? —Intentó inclinarse, levantarse, ponerse de nuevo en pie. Demasiado rápido, demasiado de todo. La vista se le desenfocó y su visión se distorsionó. A su alrededor parecía como si se cerrasen las contraventanas. No quería irse, no ahora que estaba a punto de descubrir más, con esta hermosa mujer para ayudarle. ¡Llevaba tanto tiempo solo!

Intentó alargar las manos, pero los brazos no se movieron.

—Caigo. Agárrame —dijo, furioso de que sus labios estuviesen tan gruesos y fuesen tan torpes.

—¡Intenta quedarte, inténtalo con fuerza! —Tiadba le agarró las manos, los brazos. Era sorprendentemente fuerte. Pero iba perdiendo toda sensación de su cabeza, cuerpo y miembros. Lo último que vio fue su cara, sus ojos… marrones… su nariz aplastada y expresiva…

La conciencia de Jack se contrajo hasta ocupar un punto difuso, algo zumbó y se encajó… el punto se expandió… el vértigo se convirtió en manchas de luz… y estaba de vuelta.

Parpadeó mirando los peces que nadaban en el acuario, escuchó mareado el zumbido del sistema de calefacción de la sala de espera. Intentó aferrarse a lo que había experimentado… especialmente el rostro, la mujer y los bichos de las letras, una idea extraña… en realidad, divertida… pero para cuando comprendió dónde estaba, todo había desaparecido excepto la sensación de pánico. Alguien tenía problemas muy graves.

¿Aquí, allí… ahora, entonces?

Esa sensación de urgencia desapareció.

Jack miró a su alrededor. Las familias habían quedado reducidas a una madre solitaria vestida con un sari y su infante dormido. Cerca se había sentado una pareja de ancianos. Avergonzado, miró la hora. Había estado

ausente durante treinta minutos. De algún modo, había seguido pasando las páginas.

Dobló el periódico y se lo guardó en la mochila.

La enfermera de recepción apareció en la puerta de la sala de espera.

—¿Jack Rohmer? La doctora Sangloss le atenderá ahora.

11

Primera avenida, sur

Ginny empujaba un carrito cargado hasta arriba por pasillos formados por más cajas, habiendo aprendido a girar empleando exclusivamente la única barra larga, como un vagón de juguete puesto del revés, anticipándose a las curvas, previéndolo todo a la inversa. Esas cajas habían llegado dos días antes y las habían dejado caer despreocupadamente en la zona de carga fría, pero seca, del almacén, bajo un saliente corrugado de latón. Tantas cajas… ¿de dónde salían? ¿De dónde sacaba Bidewell el dinero para enviar a todos sus exploradores, comprar todos esos libros y luego enviarlos desde todos los puntos del mundo?

Lo que era todavía más misterioso: *¿por qué?*

Empujó el carrito hasta la mesa de ordenación situada en la misma esquina que su zona de dormir. Había rodeado su cama con cajones y cajas. *Los libros forman una habitación*.

Por suerte, el almacén tenía calefacción —que se mantenía continuamente a dieciocho grados— y estaba seco. Era posible que Bidewell estuviese loco, pero no se limitaba a coleccionar por coleccionar para luego dejar que el moho y la decadencia se apoderasen de todo.

Mientras Ginny descargaba las cajas, Bidewell cruzó la puerta corredera de acero que llevaba a su biblioteca y habitaciones privadas. Con el mismo traje marrón oscuro que llevaba siempre, su cuerpo antiguo formaba una suave interrogación contra la blancura deslucida de la puerta. Se detuvo, respiró estremeciéndose, como si estuviese perdido en temibles reflexiones, quizás a propósito de un trabajo que jamás se completaría; un trabajo que nadie tenía capacidad de completar.

Giró la cabeza lentamente y dijo:

—¿Son todos libros de bolsillo?

Ginny se dio cuenta por primera vez de que ése era el caso; llevaba una hora trabajando en piloto automático, dejando libres sus pensamientos mientras su cuerpo repetía mecanismos y movimientos.

—Por ahora —dijo.

Bidewell entrechocó las manos.

—Los libros producidos en cantidad parecen disfrutar de la mutación, sobre todo en las grandes pilas que los editores modernos acumulan en sus enormes almacenes. Todos apretados, comprimidos, sin leer… alcanzan una masa crítica y se ponen a cambiar. Un síntoma de aburrimiento, ¿no crees?

—¿Cómo pueden aburrirse los libros? —preguntó Ginny—. No están vivos.

—Ah —dijo Bidewell.

Ginny colocó los libros sobre la mesa en montones de cinco. Todos estaban impresos en inglés; todos tenían menos de veinte años. Muchos estaban en un estado lamentable; otros parecían nuevos, exceptuando el papel amarillento y la tara ocasional en la portada o el lomo.

Bidewell se acercó. Ginny nunca se sentía amenazada por su presencia, pero aun así no podía menos de pensar que era preciso vigilarle.

Bidewell examinó los montones. Como un repartidor de cartas, los fue recorriendo, usando el pulgar para pasar rápidamente las páginas de cada libro, llevándoselos a la nariz para olisquearlos, apenas prestando atención a lo que había en las páginas aromáticas.

—Una vez que un texto está impreso, no hay libros nuevos, sólo nuevos lectores —dijo en voz baja—. Para un libro así, para un texto así, una larga ristra de símbolos, no existe el *tiempo*. Incluso un libro nuevo, recién impreso, metido en una caja con sus compatriotas idénticos… es igual… incluso ese libro puede ser viejo.

Ginny se cruzó de brazos. De pronto Bidewell le mostró una sonrisa dentuda: dientes color madera. *Como la dentadura de George Washington, pero ésos son de verdad… y parecen fuertes*.

—Todo lo que es viejo está *aburrido* —dijo—. Ocultos en grandes montones de lo mismo, vidas e historias ya establecidas, inmutables… de tener la oportunidad, ¿no jugarías *tú*un poco? —Miró a los pasillos entre cajas y se encogió de hombros, para luego sonarse la nariz con un buen bocinazo—. Una letra trastocada, una palabra cambiada o perdida, ¿quién iba a darse cuenta? ¿Quién iba a comprobarlo o a quién iba a importarle? ¿Alguien ha realizado alguna vez un análisis científico de esas diminutas e incrementales desviaciones? Lo que *nosotros* buscamos no es lo trivial, lo habitual, sino el producto del genio permutado: el libro que ha reorganizado su *significado* o ha añadido *significado* cuando nadie miraba, nadie lo leía… y lo más fascinante de todo, el libro que ha alterado su ristra de texto en todas las ediciones, en todos los tiempos, de forma que nadie puede conocer la verdad del original. La variante se convierte en el estándar. Y lo que esa nueva versión tenga que decir… bien, será interesante.

—¿Cómo podría encontrarse algo así?

—Recuerda lo que leo —dijo Bidewell—. A lo largo de mi vida he leído mucho. Con esa muestra significativa, me daré cuenta de si algo ha cambiado. —Agitó los largos dedos sobre la mesa y olisqueó—. Estos tienen un interés menor. Han variado individualmente, una letra aquí, una allá. Sus variaciones son interesantes, quizás incluso importantes, pero muy poco útiles dado el poco tiempo que nos queda.

—Lo siento —dijo Ginny, petulante.

—No es culpa tuya —dijo Bidewell—. Al igual que yo, los libros pueden ser tediosos. —Le guiñó el ojo—. Repasemos este envío hasta la noche. Luego, pediremos comida.

Con una expresión impenetrable de severidad, Bidewell recorrió los pasillos hasta la puerta de acero y la cerró al pasar, dejando a Ginny con la interminable tarea de ordenar y apilar.

Abrió la siguiente caja del carrito, sacó un libro de bolsillo y se llevó las páginas a la nariz. El olor de la pulpa podrida le hizo estornudar.

12

La enfermera pesó a Jack y le guió hasta el cubículo de la doctora, un espacio reducido gris y rosa. Con dedos expertos le tomó el pulso, para luego envolverle el brazo fibroso en una abrazadera inflable y tomarle la presión sanguínea.

Unos minutos después la doctora entró y cerró la puerta. Miriam Sangloss tenía poco más de cuarenta años. Era delgada, de mandíbula marcada y pelo corto y castaño. Vestía una bata blanca de laboratorio y una falda de lana gris que le caía por debajo de las rodillas. El vestuario se completaba con calcetines negros estampados con relojes de color calabaza y prácticas zapatillas de deporte de color negro. Se dio cuenta de que en la mano izquierda llevaba un anillo de granate de al menos dos quilates.

Le dedicó una rápida sonrisa de reconocimiento y le miró con ojos directos y marrones.

—¿Qué tal está hoy nuestro hombre rata? —consultó. Jack se preguntó cómo lo sabría; quizá se lo hubiese contado Ellen.

—Bien. Perdiendo partes del día —dijo. Odiaba admitir que estaba enfermo. Estar enfermo significaba que estaba perdiendo su toque. Pronto perdería reflejos, se arrugaría, iría con la espalda doblada y nadie querría verle actuar—. Me quedo en blanco —añadió.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Sangloss.

—¿Cuánto tiempo estoy en blanco?

—¿Cuánto tiempo llevas perdiendo partes del día?

—Dos meses.

—¿Y qué edad tienes… veinticinco, veintiséis? —Pasó la página de lo que tenía delante. Jack se preguntó cómo habría logrado reunir tantas notas.

—Veinticuatro —dijo Jack.

—Demasiado mayor. Déjalo ahora mismo.

—¿Demasiado mayor para qué?

Mírate. Guapo como el demonio. Fuerte y ágil. En buena forma física. No enfermas nunca. Vives como quieres. Siempre lo harás… es lo que esperamos de ti. Por tanto, ¿qué te pasa de verdad?

Casi podía ver que los labios de la doctora Sangloss se movían, diciéndole justo eso, pero ella, evidentemente, no había hablado en voz alta. Todo había estado contenido en la larga mirada que le dedicó. Tras un breve suspiro, la mujer se inclinó para mirar lo escrito y dijo:

—Cuéntame lo que experimentas.

—Probablemente no sea nada. Dura unos minutos o una hora. Dos o tres veces al día. En ocasiones estoy bien durante una semana, pero luego vuelve a pasar. La semana pasada fui en bicicleta durante toda la tarde, en piloto automático. Acabó cerca de los muelles.

—¿Nada de golpes o rozaduras?

Jack negó con la cabeza.

—¿Traumatismos recientes, fallos de razón, comportamiento extraño… alucinaciones?

—Una vez más, no.

—¿Estás seguro?

Miró al póster en la pared del fondo: una representación médica de una cabeza de hombre vista de perfil, cortada por la mitad, enmarcada y colgada junto a un tablón de anuncios. El póster le recordó el proceso de aprender a tragar y regurgitar pelotas de ping-pong y naranjas pequeñas.

—Una especie de sueño. Un lugar. Un estado de ánimo.

—¿Olores, sabores o sonidos antes o después del episodio?

—No. Bien… en ocasiones. Sabores desagradables.

—En general la sensación posterior de un sueño olvidado. ¿Es eso?

—No lo sé. —Ante su mirada escéptica—. En serio.

—¿Drogas? ¿Marihuana?

Lo negó solemnemente.

—Reduce mis reflejos.

—Vale. —Le examinó la mano izquierda, le extendió los dedos, observó con curiosidad los callos—. ¿Historia familiar de epilepsia? ¿Narcolepsia? ¿Esquizofrenia?

—No. No lo creo. No sé mucho sobre la rama materna de mi familia. Murió cuando yo tenía dos años.

—¿Tu padre fumaba como una chimenea?

—No. Era grande; la verdad es que estaba gordo. Quería ser comediante. —Jack la miró.

Sangloss lo desestimó.

—Deberías hacer un seguimiento. No tienes seguro, ¿verdad?

—Cero.

—¿Sindicato de artistas de la calle? ¿Camioneros?

Jack sonrió.

—Quizá podamos conseguir una cita benéfica en Harborview. ¿Irías si lo consigo?

Él la miró con incertidumbre.

—¿Cómo una biopsia?

—Resonancia. Un escáner cerebral. La epilepsia *petit mal* habitualmente se produce en niños y desaparece con la pubertad. Los niños pueden sufrir docenas de pequeños ataques cada día, en ocasiones cientos, pero que rara vez duran más de unos segundos. Ese diagnóstico no se ajusta del todo, ¿verdad? Narcolepsia, posiblemente, pero tampoco encaja. ¿Alguien te ha visto quedarte en blanco?

—Justo ahora, en la sala de espera. No dejé de pasar las páginas. Aparentemente nadie se dio cuenta. —Señaló la silla, donde el *Weekly* sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—Ah. —Le pasó una pequeña luz brillante por cada uno de sus ojos—. ¿Número de teléfono?

—Disculpe.

—Tú número de teléfono, para la cita.

Le dio el número de Burke. La doctora Sangloss lo apuntó en su expediente.

—Le pediré al doctor Lindblom que te reciba en Harborview. Si no lo haces por ti, hazlo por mí, ¿vale?

Jack asintió solemnemente, pero sus ojos eran escurridizos.

Sangloss agitó un depresor de lengua.

—Ábrela bien —dijo. Cuando él no pudo hablar, sólo emitir algunas vocales, le dijo—: Hace tres semanas te vi en el centro. ¿Alguien se queja cuando haces malabarismos con ratas?

—Awm —dijo Jack. Ella levantó el trozo de madera. Él se cuadró la boca entre dos dedos, para luego soltarla, dejándola colgar fláccida y sonrió—. Algunos. Acarician las ratas. Les muestro cómo me ocupo de ellas.

—¿Con qué más haces malabarismos? Quiero decir, que esté vivo.

—Solía hacer malabarismos con un gatito.

—¿De verdad? ¿Por qué lo dejaste?

—Creció. Se lo regalé a un amigo. A muy pocos gatos les gusta que los usen para malabarismos; ése era especial. Y una vez tuve una serpiente. Las serpientes son complicadas.

—Ya me lo imagino. —Sangloss tomó algunas notas más.

Jack cerró la mandíbula.

—¿Qué me pasa?

—Nada que sea evidente —dijo—. Mantén a mano un cuaderno de notas. Registra los episodios: frecuencia, sensaciones, aura, lo que puedas recordar. Te lo pedirán en Harborview.

—Vale.

—Y deja de lanzar las ratas, ¿vale? Hasta que sepamos de qué se trata.

La doctora Sangloss terminó las horas de consulta, se despidió de recepcionista y enfermeras, luego cerró las puertas, bajó la calefacción, comprobó los grifos de los baños y laboratorio, hizo un inventario rápido de todas las cerraduras y cámaras de seguridad en la farmacia y permaneció de pie un momento, echando un vistazo a la oficina delantera. La clínica atendía a muchos tipos diferentes de paciente. No todos eran responsables.

La oficina estaba tranquila, la calle al otro lado de las ventanas medio tapadas por las persianas estaba desierta. Una brisa emitió un silbido a través de alguna ranura. Un edificio viejo y dado a las corrientes de aire.

Recorrió el pasillo hasta su pequeña oficina en la parte de atrás, donde archivó algunos expedientes y abrió con la llave el cajón inferior de la mesa. Al sacar su móvil sintió frío, lo que era extraño, dado que la vieja caldera acababa de emitir el último chorro de calor de esta noche.

Casi tan extraño como para hacerle abrir el libro que Conan Arthur Bidewell le había dado, con las instrucciones de no leerlo nunca, ni llevarlo demasiado tiempo en las manos. Bidewell era un hombre extraño, pero muy convincente, y pagaba las facturas de la clínica.

Cinco años en total.

Esta noche era el cuarto aniversario de su primer encuentro en el almacén verde del Sodo. Almacén verde, encuadernación verde del libro pequeño y viejo, medio oculto entre libros de texto y revistas en un estante de metal.

Miró fijamente su lomo de cuero corto y agrietado, grabado solamente con un número en el lomo: *1298*. Un número o una fecha.

¿Qué descubriría si lo *leyese?*

La doctora Sangloss se liberó del embrujo del libro y marcó un número. Respondió una mujer.

—¿Ellen? Miriam. He examinado a tu joven. No hay dudas. Tienes su dirección, ¿no?… No doy a entender nada, cariño. Estoy segura de que todas nos sentimos maternales. Dile hola a las brujas. No creo que vaya esta noche. Podría asustar al pobre tipo. Hazme saber qué piensan.

13

Wallingford

Las ventanas del salón estaban cubiertas de plástico. Alguien —quizás, años atrás, el dueño real— había intentado hacer algunos cambios y había renunciado. Habían retirado listones y yeso, el viejo cableado se encontraba formando rollos envueltos en papel de embalar. El tejado tenía goteras y el agua había deformado el suelo de madera, filtrándose hasta inundar el sótano.

La casa llevaba desierta el tiempo suficiente para que un mendigo sin techo pudiese encontrar la forma de entrar y se acomodase toscamente: no había calefacción, ni electricidad. Sólo agua corriente para los jardineros que ya no venían. El mendigo había añadido algunos muebles de mimbre y un colchón, que probablemente hubiese entrado de noche con un esfuerzo agotador.

Cuando pudo ponerse en pie sin tener arcadas —por primera vez en varios días— Daniel volvió a registrar la casa.

Y esta vez…

En un agujero tras el lavabo del baño del piso de arriba, encontró una caja de cartón atada con una cuerda. Cortó la cuerda y vertió el contenido. Sobre el suelo roto cayó una cartera, mostrando el carné de conducir tras una ventanita de plástico amarillenta. La foto confirmaba que este cuerpo había pertenecido a un hombre llamado Charles Granger, de 32 años en el momento de emisión del carné. Agitó otra vez la caja y cayeron hojas de papel, un rotulador negro y un lápiz romo.

Una pequeña y pesada caja gris, colocada al fondo, fue la última en salir… y supo que eso era lo que había estado buscando.

Su sumadora. La piedra a veces.

La caja era la misma, con el mismo sello tallado en relieve sobre la tapa: un dibujo circular con bandas o aros entrelazados alrededor de un centro. ¿Cuáles eran las probabilidades? Otra conexión entre Daniel y Charles Granger. No intentó abrirla… todavía no. Soltando un silbido por lo bajo, se la guardó en el bolsillo para luego ponerse a repasar los papeles. Garabatos aleatorios, símbolos extraños… una letra horrible pero que en cierta forma le resultaba familiar.

Demasiado cercano. Muy espeluznante.

¿Dónde estaba ahora Granger, el ocupante anterior de este montón que era un cuerpo: perdido, hecho a un lado, expulsado del nido? Simplemente una víctima más. ¿Y qué había de todas esas fibras, todas esas líneas de mundo que debía haber atravesado… la miríada de destinos densamente empaquetados entre Daniel Patrick Iremonk y *aquí? No hay Daniel en esta fibra. Sólo alguien que vive en la vieja casa de su tía, alguien que escribe usando símbolos extraños*…

Lo más cercano que pude encontrar.

Sólo que no es yo. *¿Por qué?*

La caja era la conexión crucial. ¿Charles Granger también había sido un saltador? *Charles Granger está casi acabado. La caja lo sabe. Te trajo aquí*.

Reunió los papeles, los volvió a meter en la caja de cartón y la cerró.

Fuera, el viento ganaba fuerza.

Daniel se puso en pie con restallidos y crujidos de las articulaciones. Algo no iba bien. Algo no había concluido. Había encontrado la caja —*una caja*— pero Daniel Iremonk jamás había guardado su sumadora en una caja de cartón… demasiado evidente.

Él la había escondido tras la chimenea de ladrillo.

Daniel palpó los ladrillos y encontró uno suelto cerca de la base. Lo movió de un lado a otro, lo sacó, se arrodilló con una mueca y metió la mano en la abertura.

Y encontró una *segunda* caja.

Como actuando por instinto, colocó las dos cajas una junto a la otra. En apariencia eran idénticas. Logró abrirlas. Las piedras se encontraban en sus interiores de terciopelo acolchado, compartiendo la misma orientación.

Las sacó y las sostuvo en las manos, examinando sus lejanos ojos rojos. Se negaron a girar, y se negaron a juntarse. Dos piezas idénticas de un mismo puzle.

Devolvió la piedra duplicada a su caja, la cerró y la metió en la caja de cartón, para luego cubrirla con los papeles de Charles Granger.

Mejor no llevar encima más de una piedra y ocultar la otra… como repuesto.

El sonido del tráfico en la arteria que pasaba delante de la esquina norte de la vieja casa —un zumbido regular— podría haber sido tranquilizador, como un riachuelo en el campo. Pero Daniel no encontraba la paz. No podía dormir. Yacía retorciéndose en el saco de dormir roto, sobre el suelo de madera, en medio del dormitorio trasero. Pequeños destellos eléctricos le atravesaban, como si el extremo desnudo de un cable de alto voltaje le estuviese haciendo cosquillas a su corazón. Continuamente recordaba cosas, cosas imposibles que nunca había presenciado personalmente. Cada pequeña descarga traía su propio permiso de aterrizaje, una sensación de pérdida personal que le dejaba más débil y más confuso.

Incluso antes de llegar aquí, a menudo Daniel se había sentido como si fuese un nudo que atase todos los cabos sueltos del tiempo. Demasiada responsabilidad.

El tiempo no se apresuraba como un punto; se extendía como el paso de un pincel de un minuto, una hora o una semana de ancho, en ocasiones un mes; un pincel formado por fibras cargadas de destino, pintando cuadros diferentes para personas diferentes.

Saberlo le ofrecía a Daniel una ventaja; él podía abrirse paso *a tientas* a través del espesor de una hora, una semana o un mes. ¿Anticipabas algo desagradable? Pues da un giro a la derecha, encuentra una puerta abierta en lugar de cerrada, escapa a la mala fortuna… y si llegaba algo que parecía

inevitable, saltar a un mundo cercano pero ligeramente alterado, ligeramente mejor… una fibra sin ese impedimento en particular.

Tal había sido su método. Hasta ahora.

Se había abierto camino de la desgracia a la fortuna y luego a la desgracia, cerrando los ojos, y *se liberaba*, siempre uniéndose con versiones alternativas de sí mismo, tan poco diferentes que nadie se daba cuenta de que se había producido un cambio, un cuclillo extraño aterrizando en nidos sin duda ocupados por otros cuclillos.

Daniel nunca pasaba demasiado tiempo en una fibra concreta. Había empezado a matar pronto —sacrificando a otros para mejorar su fortuna— desesperado, como si precisase de muchas más oportunidades para llegar a donde precisaba estar y hacer lo que tenía que hacer. Puede que fuesen esas traiciones —esos asesinatos metafísicos— los que le habían hecho caer en medio de la Horrible Fiesta Silenciosa, esa fibra enfermiza y rota, rodeada de otros tantos mundos podridos.

A través de sus manos había pasado un suministro infinito de buena fortuna, y ahora, aparentemente, había agotado el pozo. En ocasiones se preguntaba si no habría matado a todo el universo.

Pero no. Ahí fuera había cosas peores que Daniel Patrick Iremonk. Esperando a entrar.

Quizá las cajas puzle habían estado siempre allí, desprotegidas… y Granger las hubiese encontrado pero no supiese qué eran o lo que significaban.

Pobre pastor extraño.

En la esquina de la cocina había crecido un montón de botellas: Night Train, Colt 45, Wild Irish Rose. Incluso en la fibra natal de Daniel, esas mismas marcas y botellas se alineaban en los estantes de los mercados, indicadores ofensivos de la constancia del dolor y el pecado humano. Alcohol barato, habitual en todas las fibras…

Su mente corrió todo lo que podía correr esta mente, una masa lenta de materia gris envenenada por años de alcohol, drogas y enfermedad. La

serpiente que mordía agazapada en sus tripas.

Daniel se levantó de un salto, agitando los brazos. Su piel estaba convencida de estar infestada con insectos diminutos. *¿Castigo por los pecados? Bichos en la piel*.

Fue hasta el salón e hizo a un lado el papel marrón pegado con cinta adhesiva a la ventana. Fuera, las calles oscuras recibían el alivio de las farolas, cada una iluminando una elipse difusa de acera y hierba.

Pasó un coche —zumbidos sobre el pavimento húmedo— con faros intensamente azules.

Llevaba dos días, apenas incapaz de moverse, leyendo… sacando periódicos y revistas del cubo de reciclaje bajo el fregadero, intentando descubrir cuánto tiempo tenía, cuánto tiempo le quedaba a este mundo antes de que las señales se multiplicasen, los críptidos empezasen a proliferar, los libros se llenasen de tonterías… y el polvo y el moho fuesen ganando terreno.

Hermano Conejo corrió tan rápido
Que se salió de su propia piel,
Tuvo que echar a otro conejo…
Y meterse…
Dentro…
Otra vez.

Dejó caer el papel y colocó una solitaria silla de comedor en medio del suelo. Las patas de la silla rascaron las tablas desiguales como los gritos de una vieja ronca.

¿Qué más era diferente en este mundo? Aparte de la desesperada ausencia de Daniel Patrick Iremonk…

Dime qué es diferente, Hermano Conejo.

¿De dónde vienes?

El hogar de Daniel también se había llamado Seattle.

Seattle clásico. Más húmedo y gris que éste, si tal cosa era posible; menos poblado, sin tanta riqueza concentrada. Una ciudad más amistosa, más comunicación cara a cara, vecindarios unidos; los niños no pasaban horas interminables pegados a la pantalla de los ordenadores, atrapados en mundos artificiales; un mundo más apegado a la realidad que recordaba como más adecuado, más correcto, pero en el que nunca había encajado. Siempre buscando una forma de salir, una excusa para irse, y finalmente había dado con ambas, para tu infinita y probablemente breve desesperación.

Se salió de su propia piel.

Al final, en su adolescencia, había bautizado el proceso: saltar. Atravesar las fibras de distintos mundos; viajar por la quinta dimensión para tomar ventaja. Jugar al Monopoly sin pasar por todas las casillas: escabullirse alrededor del tablero o excavando a *través* de tableros apilados.

Los ricos se enriquecen porque son ricos, pero los pobres se empobrecen porque tienen que cumplir las reglas, no pueden excavar el juego como un topo de Monopoly, o saltar de lado… como un conejo.

> Vaya, ese conejo era todo un conejo,
> Hermano Conejo, ¡vaya si podía saltar!

También en su adolescencia había decidido que era hora de estudiar lo que hacía, y eso finalmente le había llevado al otro lado de la autopista, a una vieja biblioteca Carnegie en la esquina de la cincuenta y Roosevelt; todavía estaba allí. Bajo el suave resplandor de las espléndidas lámparas cortantes de bronce y vidrio lechoso, escuchando la percusión de la lluvia contra los altos ventanales, Daniel había estudiado los libros de divulgación científica de Gamow, Weinberg y Hawking, hasta dar al fin con P. C. W. Davies, quien le había enseñado relatividad especial, singularidades y constantes universales.

Un hombre llamado Hugh Everett había creado la interpretación de Mundos Múltiples de la mecánica cuántica, y dos David —Bohm y

Deutsch, con formas muy diferentes de pensar— le habían enseñado las posibilidades de los multiversos. Daniel había concebido entonces la idea de realidad bifurcada, cosmos de cuatro dimensiones dispuesto, en cierta forma, uno junto a otro, en una quinta dimensión… una gruesa cuerda formada por fibras de mundo.

John Cramer, un profesor de la Universidad de Washington, había hablado de la posibilidad de la retrocausalidad —partículas retrocediendo en el tiempo para reconciliar el presente con el pasado— que Daniel podía sentir produciéndose en el interior de la caja gris… aunque no tenía ni idea de lo que significaba.

Al envejecer y adquirir algo de experiencia (no podías saltar hacia atrás y permanecer joven, y ciertamente no podías saltar hacia delante, sólo de «lado», «arriba» o «abajo»), se concibió a sí mismo como una especie de atleta. ¿Cuán a *menudo* podía saltar? ¿A qué distancia? ¿Con cuánta sensación de dirección o precisión?

¿Cómo podía mejorar más la situación?

¿Dónde aterrizaría al fin, medido en el espectro Dinero-Amor?

Lo que le metió en un enredo frustrante. Intentando acabar con más dinero, pronto descubrió que la mejora de circunstancias exigía más esfuerzo personal, no menos… y a su personalidad base no se le daba bien *conservar* mucho dinero.

Y por tanto intentó mejorar su vida a costa de la de otros: saltos depredadores. (¿Y no había sido siempre ése su talento? Lo había presenciado muy a menudo: a Daniel le iba mejor, a Don Nadie no tan bien, aunque a Don Nadie le iba razonablemente bien antes del salto, jamás podría *demostrarlo*, de forma rigurosa… quizá no quisiese estar seguro).

Daniel nunca era deliberadamente cruel. No disfrutaba haciendo daño a la gente. No era más que un hombre con un tic nervioso para la fortuna… pero sin habilidad para el diseño final, sin sentido de la moda para el destino. *Quizá yo esté mucho más jodido que el pobre, enfermo y esquelético Charles Granger. Después de todo, yo le eché a él*.

Se salió de su propia piel.

Pronto tendría que moverse… ¿y cómo podría hacerlo? Ni siquiera sabía cómo había acabado dentro de Granger, excepto que compartían versiones de la misma casa, con proximidad a las mismas piedras.

De pie en la esquina, mirando a los conductores; incluso en los peores momentos, en esos últimos días cuando las sombras eran casi totales, jamás se había sentido tan aislado. Tendría que empezar a conectar, a comprobar el pulso y el estado de ánimo de personas reales con emociones reales.

La noche era solitaria, solitaria de una forma que daba miedo. Estar solo parecía una idea menos atractiva que antes… porque ahora Daniel estaba seguro de dos cosas.

Este mundo se aproximaba a su fin. Y este cuerpo se moría.

14

Capitol Hill

Cuando Jack regresó, Ellen Crowe tenía compañía. El choque de las copas de vino y las voces femeninas en el salón dejaron claro que el grupo literario de Ellen estaba en plena actividad. Se hacían llamar las Brujas de Eastlake.

Miró la invitación de la tarjeta. Había olvidado que era esta noche.

Jack abrió la puerta del garaje con todo el sigilo posible y estaba en lo alto de la escalera recuperando la jaula cuando Ellen le gritó desde el porche trasero.

—Eh, extraño. No tengas miedo. ¿Tienes hambre?

Jack se acercó. Las ratas olisquearon el aire, que olía a comida.

—No creo que a tus amigas les guste que interrumpa la reunión —dijo.

—La casa es mía —dijo Ellen.

Él le dedicó una sonrisa débil. *Tenía* hambre, no había tomado nada desde el desayuno y Ellen cocinaba bien.

Jack se sentó en un taburete de la cocina mientras Ellen sacaba una bandeja de gallinas enanas del adornado horno de gas negro y cromado. Las aves asadas olían de maravilla. Las ratas se congregaron en la parte delantera de la jaula, agitando las narices.

Ellen colocó una de las aves en un plato, sobre la encimera. Jack vio que el relleno era de champiñones.

—Nosotras ya hemos comido. Sírvete la ensalada. En la nevera tienes vino.

—¿Tengo que cantar para ganarme la cena? —preguntó.

—Lo que sea menos eso —dijo Ellen.

Encajándose una servilleta en el cuello de su camiseta negra y extendiéndola como un pañuelo, adoptó una pose con el cuchillo y el tenedor levantados. Pantalones anchos sostenidos por tirantes rojos, el pelo enmarañado y negro, el rostro delgado, de pómulos altos y grandes ojos líquidos. Jack alardeaba de su formidable ausencia de dignidad.

—¿Qué leéis este mes?

—Un libro de Oprah. No te gustaría.

Olisqueó.

Ellen también olisqueó.

—Disfruta. En la nevera tienes comida en lata para perros que le puedes dar a las ratas. Te presentaré con el postre.

Jack contrajo la cara. No sabía lo que pretendía Ellen. ¿Una prueba, o una extraña forma de venganza?

—*Tranquilo* —le susurró Ellen, con expresión feroz, y salió al comedor. La puerta volvió a cerrarse provocando una brisa ligera.

Jack dio con la comida para perro, puso un poco en un plato y con un gesto dramático lo presentó a la jaula.

—Llenaos la tripa, mis dulces roedores. Ya no volamos más. Y quizá no tengamos más comida durante mucho, mucho tiempo. —Las ratas estudiaron la probabilidad de gallina frente la comida que se les presentaba; luego, resignadas, se pusieron a mordisquear.

Él se sentó frente a la encimera y abrió el periódico que había birlado en la sala de espera. Repasó los anuncios por palabras, buscando algo… no podía recordar qué. Pero allí estaba, en medio de la última página: el mensaje que sus ojos habían leído y recordado mientras el resto de la mente de Jack estaba en otra parte. Frunciendo el ceño, tocó el anuncio corto, muy corto.

Luego dejó de comer y se movió incómodo sobre el taburete. Echó un vistazo a la puerta que daba al porche trasero. ¿Algo fuera, esperando? No…

Cuando volvió a comer —la comida era demasiado buena como para pasar de ella— no dejó de mirar al anuncio, hasta que lo arrancó y se lo guardó en el bolsillo.

El resto del periódico lo encajó en el contenedor de reciclaje de Ellen, bajo el fregadero.

La conversación al otro lado de la puerta de la cocina sonaba alegre, estridente de una forma femenina, y tras varios vasos de vino, más directamente sincera. Los efectos postprandiales de la buena comida caliente habían liberado a las invitadas de Ellen.

Ellen pensó que ya estaban preparadas. Sirvió el postre. Luego empujó a Jack al otro lado de la puerta y se quedó a su lado, con una mano en lo alto y doblada por la muñeca, la otra a la altura de la cintura, como una modista mostrando una línea nueva.

Al otro lado de la larga mesa de roble, las dos mujeres mayores guardaron silencio.

—Os había hablado de Jack —dijo Ellen—. Trabaja en las calles. Es un *busker*.

Sus invitadas miraron, luego intercambiaron miradas veladas, como si tuviesen mucho que decir, pero nadie podría acusarles jamás de haber dicho… al menos no delante de su anfitriona. Con cuarenta o cincuenta años, las dos tenían aspecto de que algo de ejercicio y sol podría venirles bien. Gafas de abuelita, trajes pantalón de seda —la pelirroja llevaba vaqueros tachonados de piedras falsas—, buenas manicuras, y peinados a la moda. Jack las valoró con rapidez: panolis con dinero, ingresos por encima de los cien mil al año. O quizá lesbianas… ¿lo sabía ella? En circunstancias normales, él habría estado encantado de separarlas de todo el dinero que fuese posible.

Por su parte, las invitadas de Ellen miraron a Jack con rígida urbanidad… un hombre demasiado joven, de aspecto sospechosamente guapo, con aires tenebrosos, aquí en su fortaleza femenina, invitado, cierto, pero *¿por qué?*

Jack emitió un gruñido en el fondo de la garganta para luego inclinarse.

—Señoras —dijo—, gracias por tan excelente comida. No quiero interrumpir. —Intentó retroceder a la cocina, pero Ellen le retuvo por el

codo.

Las mujeres miraron a Ellen en busca de guía. Ésta bajó las manos y las plegó, recatada:

—Jack es un amigo —dijo.

—¿Qué tipo de amigo? —preguntó la mayor, que al menos le llevaba diez años a Ellen.

—¿Qué quiere decir Ellen con «trabaja en las calles»? —preguntó la otra, la pelirroja, bastante agradable siendo rellenita—. ¿Qué es un *busker?*

—Del francés, *busquer*, alguien que busca, como un barco que intenta dar con el rumbo —dijo la mayor. Para ella, Jack era un grano de arena, un pequeño punto irritante.

Ellen le hizo un gesto como si fuese una profesora: *Cuéntaselo a las chicas*. Durante un instante Ellen no le cayó nada bien.

—Soy un showman —dijo Jack—. Hago trucos de magia y malabarismo.

—¿Se gana dinero? —preguntó la pelirroja.

—En ocasiones —dijo—. Tengo buen horario.

No le devolvieron la sonrisa… aunque los labios de la pelirroja se agitaron. Y en *serio*, ¿qué era *él* para Ellen?, pareció preguntar. ¡Un joven tan delgado!

La mayor miró alrededor de la mesa con los ojos muy abiertos tras las gruesas gafas.

—¿Puedes enseñarnos un truco?

Instantáneamente, Jack asumió la pose en reposo de un bailarín. Inclinó la cabeza como si estuviese rezando. Alzó las manos, con los dedos tocando los pulgares, como si fuese a tocar castañuelas. Las mujeres le miraron durante unos segundos. Se incrementó la tensión.

La lesbiana (probable) movió la silla y tosió.

Jack alzó la barbilla y miró a Ellen a los ojos.

—Yo no hago trucos —dijo—. Yo invito al mundo a bailar.

—Cuéntanos cómo lo haces, Jack —dijo Ellen en voz baja.

Las tres mujeres miraban a la estancia con las fosas nasales distendidas, como leonas oliendo sangre. No le gustaba ese tipo de atención. Se le acabó

la paciencia.

—Ya está —dijo—. Gracias de nuevo, pero he terminado. Aquí está mi *truco*.

Durante una décima de segundo —prácticamente instantáneamente— el comedor cayó bajo una ausencia silenciosa, como llenarte las orejas de algodón. Los cristales del candelabro se estremecieron. Las seis llamas tras los cristales se apagaron.

—Me gustaría preguntar… —dijo la pelirroja, pero él señaló y alzó las cejas, y ella miró por la ventana. Simultáneamente, en la estrecha calle delante de la casa de Ellen, dos coches se encontraron con un tremendo golpe.

Las paredes se estremecieron.

Las tres damas se pusieron en pie de un salto y exclamaron.

—¿Qué fue ese trueno? —preguntó la pelirroja.

Ellen corrió a la puerta principal. Durante un momento se olvidaron por completo de Jack. Él atravesó la puerta de la cocina, recogió las ratas con un gesto rápido —los animales se aplastaron contra sus cuartos— y huyó por el porche.

Mientras pedaleaba por el callejón oscuro, podía sentir cómo una rigidez familiar recorría sus omóplatos. Ellen no debería haberlo hecho. Superaba lo malicioso… era cruel, como presentarle Peter Pan a Wendy cuando ella ya no podía tener ninguna esperanza de volar. Peor aún, había tenido que desplazarse lejos de su línea de buenas consecuencias simplemente para lograr una salida, y podría llevarle días volver atrás.

¿Y quién sabía lo que podría pasar mientras tanto?

Mientras descendía una colina, Jack se sintió totalmente expuesto.

15

Primera avenida sur

Esa noche, Ginny y Bidewell cenaron comida tailandesa a domicilio, lo que Bidewell insistía en llamar «para llevar». Rara vez cocinaba. No había cocina, sólo un hornillo y la estufa de hierro donde tenía la tetera. En la nevera sólo había vino blanco, comida para gatos y leche para el té.

Bidewell manejaba los palillos como un experto. Ya habían hablado de sus años en China, buscando ciertos textos budistas e intentando escapar de soldados japoneses de una guerra u otra; Ginny no había prestado mucha atención.

De la zona principal del almacén oyeron un golpe y luego toda una cascada: un montón de libros desplomándose. Ginny indicó con los palillos.

—¿Tus gatos?

—*Minimus* es el único que presta atención a mis libros.

—Aparte de mí —dijo Ginny, para luego añadir—. Parecen ir a donde les da la gana.

—Todos mis buenos esminteos se quedan *aquí* —insistió—. Igual que yo. No necesitan más que el almacén.

—*¿Esminteos?*

Bidewell le pasó un diccionario clásico.

—Homero. Búscalo.

Bidewell recogía los platos de papel y las cajas cuando Ginny le preguntó:

—¿Por qué dejas que los gatos… por qué dejas que *Minimus* derribe las cosas? Podría estropear los libros.

—Él no les hace ningún *daño* —dijo Bidewell—. Algunos gatos son sensibles a las arañas entre las líneas. —Cerró el tiro de la estufa para sofocar el fuego del interior.

—¿Qué demonios significa eso? —le preguntó a la espalda de un Bidewell que se alejaba. Él le sonrió sobre el hombro para luego desaparecer en su zona de dormir, más allá de la biblioteca y la estufa caliente.

Esa noche Ginny encontró un pequeño libro marrón y delgado sobre la mesa. Contaba una historia curiosa:

El cuento del escriba

A finales del siglo octavo, en la isla de Iona en las Hébridas Occidentales, frente a la costa de Escocia, un monasterio protegía muchos de los grandes manuscritos de la antigüedad de las oleadas inclementes de historia que azotaban Europa y las islas Británicas.

En la abadía, los monjes copiaban e iluminaban manuscritos y se preparaban para el día en que los clásicos se extenderían de nuevo por otras abadías, castillos y ciudades… y por las universidades con las que entonces ya soñaban, centros textuales y de conocimiento que iluminarían con la luz del pasado un mundo enterrado en la oscuridad.

Tras los muros de piedra habían montado salas de copia, iluminadas malamente por velas de sebo y a veces por lámparas de aceite, donde a los aprendices se les enseñaba el arte de la reproducción fiel de los viejos manuscritos reunidos por monjes y coleccionistas de todo el mundo antiguo.

Se estaban inventando los libros para reemplazar a los antiguos rollos, ya que los volúmenes encuadernados eran más fáciles de leer y llevar, y eran más duraderos.

Se aseguraba que esta sala de copia era la más fiel y precisa de Europa, y los aprendices —al envejecer y ganar experiencia— ganaban fama que superaba su posición en la vida y por tanto

adquirían orgullo. Y dicho orgullo adoptó la forma, nos cuenta la leyenda, de una araña que acosó a los copistas un frío invierno, mientras ellos sostenían con manos enguantadas sus plumas y pinceles. Las velas calentaban la tinta gélida en sus contenedores y el trazo meticuloso de los monjes se congelaba sobre el pergamino antes de poder secarse. (Efectivamente, hasta este día algunos de esos manuscritos muestran letras con un lustre tintado especial… secas por la congelación). No había suficiente combustible, ni arbustos, ni madera, ni algas secas, ni carbón del otro lado del mar, ni excrementos del ganado de la isla, para calentar la abadía.

A pesar del frío, la araña —así informaron al abad los copistas— se hizo visible por primera vez como un punto móvil en la esquina de ojos cargados de tinta, una mancha que se desplazaba sobre las páginas, dejando un delicado rastro de tinta. Empezaron a producirse errores en las copias, ya que esas apariciones distraían a los monjes. Y ninguna bendición o limpieza mejoró la situación.

Pronto la araña se volvió más audaz y se demoró sobre el pergamino, alzando las patas delanteras y extendiendo sus palpos en defensa cuando la hacían a un lado o le daban con una bolsa de piedra pómez. Siempre desaparecía sin dejar rastro, sólo para reaparecer en otra página, en otro puesto de copista.

Durante semanas, esa aparición —o molestia natural, ya que nadie lo tenía claro— hostigó y confundió a los monjes. Algunos afirmaban que era un espíritu pagano enviado para atormentarles e incrementar los errores en nuestro mundo de pecado. Otros, habitualmente escépticos, no podían creer que una criatura tan diminuta pudiese sobrevivir al frío sin ayuda infernal, siendo los fuegos del infierno casi una idea tentadora a principios de la primavera.

Y así siguieron las cosas hasta que el brezo perdió su sequedad y las primeras hojas fueron asomando verdes y rojas de arbustos y árboles. Era febrero, y el crudo invierno de la isla pasaba pronto de la lluvia y la tormenta a los días gloriosos del sol dorado. Los

monjes interrumpieron brevemente su trabajo y recogieron algas de las playas blancas para fertilizar los jardines y pequeñas granjas. Brisas suaves recorrían la abadía, extrayendo el frío de las viejas piedras y la tierra mojada. La hierba se mostraba alta y verde, y la fabricación de pergamino y vitela de calidad se retomó al nacer becerros y corderos.

Se sacaron las copias de invierno para mostrarlas al aire, para secar el moho, y el abad las examinó al brillo del jardín de la abadía, sus débiles pero amorosos ojos buscando con atención errores, máculas, cualquier cosa que pudiese hacerlos inaceptables para cualquier cliente presente o futuro (porque muchos libros se almacenaban en la biblioteca, la torre de piedra de la abadía, previendo la futura demanda de un mundo renacido).

Y por tanto fue el abad el primero en descubrir que una copia en toda una serie de manuscritos mostraba en su margen un poema garabateado, torpe y no permitido. Éste:

Entre las líneas
Se pasea una pesadilla
Ocho patas, ocho ojos.
Las letras huirán
La tinta se emborronará
Hasta que nazca
Entre cenizas y temores,
Los ojos rojos del lobo,
Visto por los Tres;
Que perdona al ser
Que las palabras convierte en carne
Cinco perdidos, renacidos.

El abad ordenó que se pasase por piedra pómez semejante abominación. Pero a las pocas horas, la tinta de la ofensiva página

había regresado, testaruda y osada. El maestro de copistas arrancó la página, la llevó al montón de basura en el exterior de las murallas, y quemó el pergamino culpable, entonando oraciones de exorcismo antes de extender sus cenizas sobre huesos y despojos.

Pero ni la araña ni el poema estaban dispuestos a morir. Alguien había copiado esos mismos versos, con sutiles variaciones, en fragmentos de pergamino, madera e incluso en trozos de cerámica, nadie sabía cuántas veces, y encajados en las grietas entre piedras y en otros lugares. En viejas estructuras y hogares de toda la isla se encontraban continuamente copias, ocasionalmente, hasta la llegada de los vikingos. Pero antes de la llegada de los vikingos, los manuscritos de Iona se volvieron cada vez menos fiables, hasta que la labor de copia se detuvo y todas las copias nuevas se quemaron o fueron almacenadas bajo llave, porque nadie podía estar seguro de que todas las copias hasta el principio no estuviesen mancilladas, ya que incluso las mentes de lectores expertos eran demasiado imperfectas para la tarea de recolección total de tantas páginas.

Se cerró la abadía y sus libros más valiosos y hermosos se trasladaron a otros lugares.

Nadie sabía cuál era el significado del poema, pero durante años los estudiosos afirmaron que la araña y sus errores podían eliminarse definitivamente, si se descubriese ese secreto. ¿Quiénes eran los tres, y por qué vivían entre cenizas y temores, y qué Apocalipsis resucitaría sólo cinco cadáveres de sus tumbas? (Porque algunas versiones tenían como último verso «Levantando a cinco muertos»). ¿Y a qué venía tanta preocupación, a qué tantos susurros, historias y esfuerzos frenéticos para confesar y limpiar? Porque después de todo no era más que un bichito de ocho patas, diminuto aunque feroz; no había mordido a nadie y nadie había sufrido daño a consecuencia de sus viajes sobre palabras copiadas. Y esos manuscritos muy probablemente no habían superado la antigüedad sin sufrir cambios, habiendo sido copiados por muchas manos diferentes a través de los siglos, en lenguajes diferentes y naciones

diferentes; incluso en las tierras sarracenas, donde el error debía ser la norma.

Algunos —sin duda herejes— insistían todavía que la araña era un servidor de Dios y simplemente marcaba con sus patas las correcciones adecuadas, basándose en recuerdos de errores que había presenciado mucho tiempo antes.

Pero sin duda Dios jamás habría asignado semejante tarea a un bicho despreciable.

Ginny cerró el libro, frunciendo el ceño con ganas. Ya está. Ya se había hartado de Bidewell y sus vaguedades.

Haciendo caso omiso a su miedo, retiró las barras de hierro, abrió el cierre y tiró de la puerta de la zona de carga. El aire nocturno era frío y húmedo y olía un poco a vapores de tubo de escape. Después de las seis muy pocos coches pasaban por ahí. La lluvia había pasado varias horas antes y ahora el ciclo nocturno, todavía iluminado por la última luz de la tarde, estaba despejado y era de un azul intenso.

Ginny salió a la rampa y miró hacia arriba con ojos ansiosos y agradecidos, como si pudiese plegar y guardar todo el cielo, tenerlo siempre consigo… no había ni un libro a la vista. En ninguna parte.

Examinó las sombras del pequeño aparcamiento vacío. No miraba nadie. Con rigidez, sin estar segura de lo que haría, recorrió la rampa como una marioneta hasta la puerta abierta, inclinando la cabeza para mirar hacia arriba, mirar atrás.

Un poco más, un par de metros…

Hora de recuperar fuerzas, la decisión… para hacer lo que había nacido para hacer. Había perdido por completo la confianza en su capacidad para caminar entre gotas de lluvia. ¿Por qué había venido aquí originalmente? La clínica… la doctora… no podía pensar con claridad, le zumbaban los oídos, y sentía como si el corazón le fuese a estallar en el pecho.

Nunca se rinden, ya lo sabes. Una vez que haces esa llamada, están siempre a la espera.

Dijo en voz baja:

—Me gustaría poder irme volando. *Ellos* me retienen aquí.

Tú me retienes aquí.

—¡No tienes más que caminar!

En la esquina, más allá de la larga y oscura pared del almacén, un semáforo se puso verde, amarillo, rojo y luego verde de nuevo. El cielo se oscureció. Las calles estaban desiertas.

El aire olía a fresco y vacío.

Por primera vez en dos semanas, buscó una rama lateral más afortunada… envió por delante sus antenas etéreas buscando la paralela más cercana y segura, una corriente más fresca y fría.

Algo interrumpió su concentración. Miró abajo. *Minimus* se le metió entre las piernas, moviendo la cola como un dedo suave entre las pantorrillas. El gato miró al otro lado de la calle y luego le golpeó el tobillo.

El hombre delgado de los dólares de plata, la mujer fumadora. ¿Siguen ahí?

—No sabes nada —dijo Ginny—. ¿*Nunca* quieres salir?

El gato la golpeó de nuevo. Las cosas no estaban tan mal… eran amigos. ¿No habían compartido ratones? ¿No tenía ella todas esas cajas, elegantemente marcadas, de libros para investigar?

Ginny abrió la puerta y salió.

Las antenas río arriba informaron: no quedarán corrientes frescas, no para ella, ni para nadie. Tenía que permanecer en este islote de paz o enfrentarse de nuevo a esa cosa horrible, giratoria, devoradora, imposiblemente blanca, imposiblemente *mujer* a la que la pareja había intentado entregarla. Con las lágrimas corriéndole por la cara, Ginny se volvió para entrar. Luego oyó música a kilómetros de distancia, que fluía lentamente al sur con la brisa.

Ven y juega.

Sus dedos soltaron la puerta. Un paso más y se encontró en medio de la acera, con los brazos extendidos como alas. La puerta tocó la cerradura. La puerta se atrancó.

Minimus se quedó al otro lado del alambre.

Fuera quien fuese Ginny, fuese lo que fuese, *éste* era el acto que siempre la había definido: salir, irse, pasar a un sendero diferente, independientemente del peligro.

El gato la miró con profundos ojos redondeados.

—No tardaré mucho —dijo Ginny—. Cuéntaselo al señor Bidewell… —Y luego, enrojecida, riéndose de semejante tontería, se limpió las lágrimas y corrió al norte, siguiendo la música más tenue y atrayente que hubiese oído nunca.

Bidewell tenía un viejo catre encajado en una esquina de su biblioteca privada. La chica había pasado de su consejo. Ahora a él sólo le quedaba esperar. Ella era mucho más importante, mucho más poderosa, que él; a su modo, quizá Ginny ya fuese el igual de lo que quedaba de Mnemosina.

Cerró los ojos.

Lo más cercano al amor que hubiese conocido nunca; esta búsqueda de pruebas de lo inefable, el rastro de la madre de todas las musas, la que reconciliaba; la que mantenía el universo en forma. Ahora siendo ahogada lentamente, desvaneciéndose, incapaz de cumplir con sus funciones.

Perseguida por entre los eones por una sombra odiosa.

Bidewell se dedicó a sus preparativos rituales para el sueño, estirándose todo lo que le permitían sus viejos músculos, restallando articulaciones en columna, hombros, caderas, con satisfacción adusta, luego tendiéndose lentamente, esperando a que sus dolores negociasen entre ellos y se asentaran por voluntad propia.

Un rozamiento furioso, una refriega, interrumpió sus reflexiones. Entre miaus y siseos le llegaron un rechinar, un resonar y varios gorjeos claros. Un gato perseguía una presa entre las cajas; no era un pájaro, eso seguro, a menos que tuviese alas de plástico.

Minimus apareció en lo alto de una caja elevada contra la pared exterior oscura y saltó para atrapar algo del trabajo de una de las cajas de lápices de Bidewell; algo que intentó huir y no lo consiguió.

Tanto gato como presa cayeron, con un golpe, tras las cajas. Invariablemente al triunfo le seguía la entrega. Tras la entrega debía producirse la celebración, la recompensa, un tentempié. Tal era su acuerdo, gato a hombre, hombre a gato. Bidewell se levantó para recuperar la caja de aperitivos que tenía en un estante alto, lejos de las cajas. Había aprendido esa lección tras tener que limpiar después de tener un gato empachado. A *Minimus*, independientemente de sus grandes cualidades, le encantaba tragar. Sin embargo, no se comía jamás nada que cazase.

Pasaron algunos minutos. Bidewell se sentó en una pequeña mesa reservada para la lectura agradable durante noches insomnes y encendió la vieja lámpara de metal. Aquí tenía una edición compacta de *El destino de la carne* de Butler, que, con su rechazo severo de lo banal, le resultaba más que adecuado. Por supuesto, este volumen gastado tenía un par de capítulos finales que no aparecían en ninguna otra edición.

Justo cuando Bidewell se sentaba, *Minimus* surgió de la oscuridad y saltó sobre la mesa llevando en la boca una criatura reluciente y enjoyada. El anciano tomó aliento y echó la silla atrás. El gato le dedicó una mirada de soslayo, dejó caer la presa y se sentó.

La criatura —como un insecto, aunque de veinticinco centímetros de largo y demasiadas patas— estaba completamente inmóvil por la conmoción. Lentamente flexionó su largo cuerpo y agitó un par de élitros del color de la del roble oscuro y barnizado. Sobre los élitros —parte de su diseño natural— el insecto exhibía una única marca de color marfil, como un símbolo, o una letra en un alfabeto que Bidewell no conocía. Inclinó su enorme cabeza, como la de una cigarra, y sus ojos compuestos destellaron con brillantes realces azules.

Minimus no le había provocado ningún daño visible, pero se movía con debilidad. Dócil incluso sufriendo, acumuló energía suficiente para llegar al borde de la mesa, donde se detuvo como un juguete inteligente, volvió a girar la cabeza y emitió un ruidito.

Observado de cerca por hombre y gato, se volvió y se acercó a una fila muy junta de cajas, fabricadas con madera de boj, de lápices, decoradas con grandes jeroglíficos egipcios.

Minimus se lamió la pata.

El insecto se arrastró hasta el estuche más cercano, donde, con un siseo, adoptó una posición de conformidad o éxito… y se quedó inmóvil.

El insecto estaba muerto.

El gato perdió el interés y saltó al suelo.

Asombrado, Bidewell usó un dedo huesudo para seguir el símbolo blanco.

—No es de ningún tiempo que conozca —dijo.

Sus textos, cientos de miles, actuaban como una especie de lente, enfocando lo improbable y recuperando lo de no muy lejos, quizás, esas cosas que sólo serían probables tras una mayor distancia de tiempo. Una totalidad que ahora se deterioraba, desmoronándose en secciones, revolviendo y mezclando historias de forma alarmante. Si no se hacía nada, el futuro gotearía en el presente como la leche de una botella rota.

En días o semanas podrían alcanzar el fin de la escasa reserva de tiempo y luego: confusión, pesadilla, bucles de repetición; el final sorprendente, restos impredecibles de falsa oportunidad y esperanza.

Término.

Quizás ahora él se encontrase en uno de esos bucles. Pero la aparición de la muchacha —la joven caprichosa, una compañía temperamental— demostraba que no era así. Todavía había una oportunidad, una posibilidad de impedir lo inevitable.

Ella volvería. Las piedras se reunirían.

Llevaba toda su vida anticipando y preparándose para esta ocasión. Sentía miedo… claro. Y una forma de alegría. Había tareas inmediatas y reales… conexiones a establecer, equipos que reunir, niños que proteger… benditos niños. Llegarían a él como una nueva familia para reemplazar a la antigua, los que habían fracasado o habían desaparecido… niños que eran ahora como flores de primavera, ¡y tan improbables! Mejores con diferencia que cualquier volumen de texto desviado.

Y por supuesto, los depredadores también estaban aquí.

16

Los Niveles

Jebrassy sintió algo de lamento al atravesar el puente sobre el canal de drenaje para llegar a las largas carreteras. Tener tiempo para sí, tiempo para pensar, era como salir de un nicho agobiante y atestado.

Más allá del final del puente, en los prados en barbecho, dos pequeños guardianes estaban parados, las alas plegadas, examinando algo en el suelo. Jebrassy se rascó el lateral de su cabeza y miró de lado. Una cortina de neblina pálida rodeaba lo que fuese que llamase su atención. Rara vez veía en los Niveles a ese estilo de guardián —relucientes y pequeños cuerpos dorados— y ellos jamás interaccionaban con progenies.

Pero sabía lo que investigaban: los restos dejados por una intrusión. Quería virar de lado, pero en su lugar atravesó la neblina… intentando entrever a lo medio imaginado, las cambiantes figuras, los amos invisibles de los Niveles: Los Alzados. Jebrassy sintió una punzada de vergüenza. Él no era nada para ellos, menos que un pede para el granjero que lo cargaba con paquetes y cestos para el mercado. Los profesores sólo enseñaban lo que los Alzados querían que enseñasen, no lo que ellos precisaban saber. ¡Cómo los odiaba!

Había una vieja sama en el mercado; ya la había visitado en una ocasión, simplemente para expresar sus preguntas: ¿por qué el tiempo en los Niveles, el ciclo de sueño y vigilia, variaba tanto? ¿Qué había más allá de los Niveles, si algo había, y por qué los exploradores no regresaban nunca? Preguntas a las que nunca respondían los profesores.

¿Por qué estoy descarnándome?

La sama no contaba nada a nadie más… al contrario que Khren.

Se hacía tarde, le dijo; no tenía mucho tiempo. No le dijo su nombre; las samas nunca decían sus nombres, cambiando a menudo entre islas y pisos de los Niveles, sus nichos en lugares desconocidos e imposibles de encontrar. Nadie les pagaba, ejecutaban su labor a cambio de la comida que quedaba en el mercado, diciendo la buenaventura, dirigiendo oraciones, tratando pequeñas heridas; los guardianes se ocupaban de las importantes. En general iban muy mal vestidas, a menudo sucias y apestosas, y esta vieja mujer no era una excepción.

Cerró las mantas alrededor de su estrecho puesto del mercado —las consultas con las samas siempre se producían en cuclillas, con mantas colgadas para bloquear la luz y las miradas inquisitivas— para luego apartar su cuenco sucio, sentarse en el suelo frente a Jebrassy y lanzar un delgado bastón reluciente en el suelo que había entre los dos. El bastón iluminó su rostro marrón e hizo que sus experimentados ojos negros reluciesen como trozos de cristal.

Las preguntas de la mujer, como siempre, fueron directas.

—¿Tu patrocinador te dio la patada porque te crees un guerrero que tiene a gamberros por compañía, o porque te descarrías?

Jebrassy se inclinó y extendió los dedos sobre el suelo. Las samas podían preguntar lo que quisiesen; no se les *aplicaban* las expectativas habituales.

—No son mis verdaderos patrocinadores. Mer y per fueron tomados.

—¿Tomados, cómo?

—Llegó una pesadilla —era un eufemismo; a Jebrassy le dio vergüenza emplearlo.

La sama no dio ninguna muestra de comprender; su trabajo no consistía en comprender. ¿Quién podía comprender lo que sucedía durante una intrusión?

—Qué triste —dijo la mujer.

—Los nuevos me patrocinaron durante unos cientos de vigilias. Luego se cansaron de mí —dijo Jebrassy.

—¿Por qué?

—Mi tosquedad. Mi curiosidad.

—¿Dónde duermes?

—En ocasiones bajo un puente. A veces me oculto en los racimos junto a las paredes del canal de drenaje.

—¿El viejo vecindario Webla? ¿En lo alto de los falsos libros?

—Cerca. Muchos nichos vacíos. A veces me quedo con un amigo. —Se tocó la rodilla—. Encuentro refugio.

—¿Alguien ha hablado con tu visitante, el otro?

Jebrassy alzó un dedo: sí.

—A veces mi amigo me habla de él.

—Pero tú no recuerdas lo que se dice.

Dos dedos en un círculo: no.

—¿Conoces a otros que se descarríen?

Flexionó el ceño.

—Quizás. Una fulgente. Sólo la vi una vez. Ella… ella quiere que nos reunamos más tarde. No sé por qué. —Jebrassy dejó que la idea colgase entre ellos.

—¿No tienes valor?

—Soy un guerrero, un vagabundo, no tengo familia.

La sama aulló por lo bajo su diversión.

—No comprendes a las fulgentes, ¿verdad?

Él la miró con furia.

—Dices que no eres digno. Pero no porque te descarríes. Entonces, ¿por qué?

—Quiero saber cosas. Antes, si no podía unirme a una marcha, pensaba que podría luchar contra los Alzados y escapar de los Niveles.

—¡Ah! ¿Alguna vez ves a los Alzados?

—No —dijo—. Pero sé que están ahí.

—¿Crees que eres especial por querer escapar?

—No me importa ser especial o no.

—¿Crees que esta fulgente es estúpida? —preguntó la sama. Ella no se había movido desde que se había sentado y se había puesto a hablar, pero a

él le dolían las rodillas.

—No parece estúpida.

—¿Por qué quieres verte con ella? —La mujer se rascó el brazo con una uña sucia.

—Sería interesante encontrar a alguien, quien fuese, que piense como yo.

—Eres un guerrero —comentó—. Te hace sentirte orgulloso el serlo.

El apartó la vista y retiró los labios.

—La guerra es juego. Aquí nada es real.

—Los umbríos nos entregan y aprendemos de nuestros patrocinadores y profesores. Trabajamos, amamos y nos retiramos cuando llega el Guardián Sombrío. Se producen más jóvenes. ¿No es lo suficientemente real para ti?

—Hay más fuera. Lo puedo sentir.

—La intrusión que se llevó a mer y per. La vi. Yo acababa de salir de la inclusa. Después, los guardianes me hicieron dormir durante un tiempo y me sentí mejor, pero todavía sueño con ellos. Creía que había venido a por mí, pero se los llevó a *ellos*… no tiene sentido.

—¿No? ¿Por qué?

—Las intrusiones van y vienen. Los guardianes levantan barreras y neblinas, limpian, y todo ha pasado. Los profesores no dicen nada. Nadie sabe de dónde vienen las intrusiones, qué hacen aquí… ni siquiera por qué se llaman «intrusiones». ¿Vienen de fuera? ¿Del Caos… sea lo que sea? Quiero saber más.

—¿Qué más se puede saber?

Jebrassy se levantó.

La sama se balanceó.

—No ofrezco consuelo. Arreglo pinchazos de insectoletra, mordiscos de pede, en ocasiones corrijo malos sueños, pero no puedo ayudar con *éstos*.

—No quiero consuelo. Quiero respuestas.

—¿Conoces siquiera las preguntas adecuadas?

Jebrassy habló en voz demasiado alta:

—Nadie me enseñó qué preguntar.

En el exterior, el ruido del mercado se iba reduciendo. Escuchó un gemido lastimero, un pede hambriento atado a un puesto, aguardando su cena entreluz de salea y julo.

La sama echó hacia fuera sus gruesos labios y se dejó caer. Luego estiró brazos y piernas, emitiendo un profundo suspiro. El creyó que la visita había terminado, pero la mujer no retiró las mantas que rodeaban el puesto.

—Me iré —dijo él.

—Tranquilo —le aconsejó ella—. Me duelen las piernas. Me estoy desgastando, joven progenie. Pronto llegará el Guardián Sombrío. Quédate un poco más… por mí. —Tocó el suelo—. Todavía no he terminado de lanzarte acertijos. ¿Por qué venir a ver a esta pobre y vieja sama?

Jebrassy se sentó y miró incómodo al techo cubierto.

—Esta fulgente, si me intereso por ella y ella por mí… no estaría bien. Ella tiene patrocinadores. Yo no.

—¿Fuiste *tú*a por *ella?*

—No.

La sama sacó de la ropa un sobre de julo rojo, lo envolvió y lo ató con un cordón de chafa, formando un paquete para meterlo en agua caliente.

—Bebe esto. Relájate. Después de que te descarríes, toma notas. ¿Tienes un lienzo?

—Puedo encontrar uno.

—Ah… quieres decir robarlo. Pídele uno prestado a tu amigo, si tiene, o a la fulgente, si vuelves a verla. Apúntalo todo y vuelve a mostrármelo.

—¿Por qué?

—Porque los dos precisamos saber qué preguntas hacer. —La sama se puso en pie, retiró las mantas y dejó entrar la decreciente luz gris del cel. El mercado había cerrado y estaba casi vacío—. Quizá los sueños sean como ondear un lienzo… para borrar todas las palabras que no escogiste. Joven guerrero, por ahora hemos terminado.

Le hizo salir de su puesto.

Una joven fulgente, recién salida de la inclusa —el diminuto bulto rojo todavía marcado en la frente, botas acolchadas rodeando sus pies diminutos — se encontraba frente a un puesto cerrado, alimentando a un pede

hambriento. El pede rodeó sus relucientes segmentos negros alrededor de los tobillos de la fulgente, agitando sus múltiples patas. La joven fulgente se retorció y miró a Jebrassy con expresión de deleite por las cosquillas.

Éste se tocó la nariz, compartiendo el momento.

Aceptar una compañera, heredar o recibir un nicho asignado, vivir en los Niveles con silenciosa resignación, haciendo caso omiso a todo lo que no se pudiese comprender… patrocinar a un joven…

¿Por qué querer más?

Había visto lo mucho que la intrusión preocupaba a los guardianes. Nada de esto iba a durar mucho tiempo más. Lo sentía en los huesos.

De camino a los Diurnos, Jebrassy se detuvo, miró al suelo para luego arrodillarse a examinar la calidad de la gravilla que recubría el sendero. Hasta ahora no había prestado excesiva atención a las sustancias que componían su mundo. Comparó la gravilla con el material empleado en la mayoría de los puentes, preguntándose en qué aspecto este material pedroso difería de su propia carne, de las cosechas en los campos… y del material flexible de los guardianes, que había tenido muchas oportunidades de sentir cuando le separaban de uno u otro altercado.

Gravilla, cosechas, carne… no era lo mismo que las islas expuestas bajo los Niveles: gris plateado, ni caliente ni frío, sino extrañamente neutral al tacto. Sin embargo, ese material gris y plateado formaba los cimientos de los muros y probablemente el cel, los límites del mundo.

Una vez más, Jebrassy necesitaba desesperadamente saber más… comprender. En ese aspecto, difería de casi todos los progenies que conocía, tanto que se preguntaba si no habría cometido algún error en su fabricación, si los umbríos no le habrían dejado caer de cabeza al sacarle de la inclusa.

Cigüeñas.

Agitó la cabeza de golpe al sentir la palabra desconocida, ese difícil recuerdo del sonido.

Los umbríos os entregan a luz… son como cigüeñas, ¿no? Os dejan bajo una hoja de col.

—Calla.

Sus pies desnudos le llevaron por el camino.

Sois como animales en el zoológico. Pero tú ni siquiera sabes qué es un zoológico. ¿Por qué os tienen aquí?

A Jebrassy no le *desagradaba* su visitante y ciertamente no le temía, pero estos residuos no ofrecían respuestas. Cuando Jebrassy se descarriaba —cuando el visitante ocupaba su lugar— lo habitual es que, como había dicho Khren, no pasase nada.

—No sé qué eres —gruñó Jebrassy por lo bajo—, pero me gustaría que *te fueses*.

Se quedó junto al puente, mirando al cubierto e inmóvil mercado del prado y al comienzo de las largas carreteras que se dispersaban hasta los límites más exteriores de los campos y muros que rodeaban los Niveles, su vecindario de medio día de paseo rápido de ancho, cubierto por el cel, la muralla de cortina, la muralla húmeda, el vértice a un extremo… y la larga muralla curva al otro… más difícil de alcanzar, pero a través de la cual y por debajo corrían los canales de drenaje.

En ocasiones los profesores llamaban exterior a la muralla curva, e interiores a las otras dos.

Todas ellas eran límites.

Barreras al conocimiento.

17

Los guardianes habían tendido neblinas y cortinas negras alrededor del punto de la intrusión, en el perímetro de un campo de brotes de chafa a la sombra de la muralla húmeda. Ahora flotaban, esperando la inspección de Ghentun.

Tras las cortinas, una sección irregular del campo de chafa de como un tercio de acre se había convertido en finos cristales de nieve, material primordial convertido en algo diferente, mortal o inútil: la marca del Tifón, perversa, e incluso malévola. En medio de los cristales, un progenie macho —un agricultor, a juzgar por sus fragmentos rígidos de ropa— había sido trastocado descuidadamente.

El granjero seguía vivo cuando los guardianes dieron con él.

—¿Le matasteis? —le preguntó Ghentun al guardián jefe.

—Sufría, Custodio. Convocamos a un Guardián Sombrío y le dimos fin. Desde entonces nadie le ha tocado.

El mismísimo Guardián Sombrío, esbelto, con tórax rojo y relucientes velas negras de elevación, yacía ahora desactivado junto al granjero. Cristales blancos se acumulaban sobre sus miembros congelados y doblados. Habría que deshacerse de él, junto con el cuerpo, la tierra y todo lo que la intrusión hubiese tocado.

Ghentun miró por la carretera recta que iba desde los precintos interiores sin usar —los Diurnos y los puentes de ápice— a los prados y campos; hasta el mango estrecho y arqueado sobre la primera isla absorbía el canal de drenaje Tenebros. Todavía había algunos progenies en la entreluz. Todos ellos evitaban la neblina.

En los setenta y cinco años desde que había solicitado la entrevista con el Bibliotecario, Ghentun estimaba que había perdido más de dos mil progenies. Las invasiones a los niveles inferiores del Kalpa se producían ahora como una o dos veces cada docena de ciclos de vigilia. La mayoría parecían tener a los progenies como objetivo, aquellos que veían, que percibían del modo antiguo. Habitualmente los guardianes investigaban y extraían sus conclusiones sin requerir su presencia, pero Ghentun empezaba a dudar de su precisión. No podía dejar de lado la posibilidad de que los guardianes estuviesen siendo manipulados por los funcionarios de la ciudad, Eidolones leales a Astyanax, que en todos estos miles de siglos habían prestado muy poca atención a los Niveles.

En las urbes más prósperas y escalones superiores, los generadores de realidad parecían más capaces de proteger a la mayoría de los ciudadanos. Allí rara vez se producían intrusiones, pero quizá fuese porque al Caos no le interesaban los Eidolones. Aun así, cuantas más intrusiones se produjesen en los Niveles, más peligro podría haber para las urbes superiores… peligro real y metafísico, y peligro político para Astyanax.

Una vez que retiraron al pobre granjero, arrancaron la tierra blanqueada. Los pequeños guardianes grises lo guardaron todo en contenedores sellados. Como antes, los contenidos, la víctima y todos los guardianes que la habían tocado —manchados por el contacto— quedarían encerrados en bóvedas en las profundidades de los canales de drenaje. En el último siglo Ghentun había visitado esas cámaras en varias ocasiones. Habían sido indescriptibles dado su estado nocivo de ebullición transformadora.

—Este tendremos que *exportarlo*, Custodio —le confió el guardián jefe mientras Ghentun se arrodillaba junto al cuerpo retorcido—. Las cámaras casi están llenas.

Era algo que Ghentun casi no podía soportar. Las pruebas manchadas de la intrusión tendrían que ser disparadas al Caos.

18

La entreluz se volvió de oro intenso, recibiendo a nubes planas y difusas y a las sombras turbias que llegaban antes del sueño. La reducción del flujo de luz era tan difuso y universal que Jebrassy sólo proyectaba una tenue insinuación de sombra. Todo lo que le rodeaba —viejo y abandonado— parecía perdido en un sueño de humo.

Los Diurnos se encontraban iluminados contra el muro de cortina, accesibles sólo a través de un largo y en ocasiones traicionero camino más allá del final del abandonado paso elevado central, donde se unían los puentes de las tres islas, los planos que soportaban los montones de Niveles. El muro cortina, a su vez, ascendía cinco kilómetros hasta el cel superior, sobre el que las luces y oscuridades de vigilia y sueño ejecutaban su procesión infinita y difusa, como había sido durante decenas de miles de vidas.

Ahora todo eso estaba a la vista desde el punto del paso elevado por el que Jebrassy caminaba. Había mirado de un lado a otro para asegurarse de que no hubiese chillones o guardianes esperando en las sombras para pescar a paseantes del sueño. Los guardianes se mostraban especialmente vigilantes tras una intrusión.

Tras él, el paso elevado se extendía más de un kilómetro hacia los puentes que en su época habían conducido sobre el Tártaro, el mayor de los dos canales que separaban los bloques, el tráfico de los viejos vecindarios. Cuatro torres esbeltas y retorcidas flanqueaban la conclusión del paso elevado, de ciento cincuenta metros de altura y atravesado internamente por tubos que, se decía, en su época habían producido un sonido grave y asombroso: música. No se sabía si las torres eran originales de los Diurnos

o se habían añadido posteriormente; ahí había muchas capas de construcciones inestables y difíciles de viejos progenies, contribuyendo al peligro del distrito en sí, que mucho tiempo atrás había sido condenado y bloqueado por restos y centinelas chillones. La mayoría de ellos hacía tiempo que se habían derrumbado, fallado o simplemente habían sido olvidados, y ya no eran necesarios, pocos, muy pocos de la progenie antigua sentían la necesidad de llegar hasta aquí. En las partes habitadas de los Niveles había suficiente grandeza pasada como para satisfacer a cualquiera.

En el vértice donde el muro se unía a la muralla húmeda, se extendía un anfiteatro que en su época debió de acomodar a treinta o cuarenta mil de la progenie antigua. De joven, Jebrassy había venido dos veces, demostrando su valor o al menos su persistencia: trepando por los escombros, esquivando a los pocos centinelas que seguían en activo, bajando hasta los pasillos inclinados, recubiertos de tierra entre las elevaciones que daban a la galería, un laberinto techado que se extendía varios cientos de metros hasta el proscenio.

Los Diurnos eran visibles desde varios puntos de la galería donde había caído el techo. Jebrassy, abriéndose paso una vez más por el laberinto de piedra, elucubró, como ya lo había hecho antes, que éste debía de haber sido el lugar de celebración de rituales de iniciación, y que ciertamente no formaba parte de la construcción original. Incluso en su primera visita el laberinto había resultado muy simple de resolver… un laberinto hacia la izquierda con un giro distal, simplificado por el tiempo de descomposición.

¿La fulgente está probando mi determinación? Mala prueba.

Recorriendo de nuevo el camino que ya había tomado antes, todavía claro en el recuerdo —cualquier aventura, por decepcionante que fuese, estaba muy bien grabada—, llegó hasta un enorme hueco en el techo de la galería. La recompensa fue una vista sin problemas del muro de sonido, un nombre que para él no significaba nada… una extensión gris moteada de cientos de metros de alto, vacía exceptuando agujeros de erosión y extrusiones corroídas donde hacía mucho tiempo habían fijado o sujetado objetos grandes.

Unos minutos más de trepar y esquivar las últimas barreras de la galería le llevaron a la base del muro de sonido del anfiteatro, y de allí no tuvo problemas para alcanzar la sombra inmensa y trémula del curvado muro de luz.

Jebrassy dedicó un momento a tomar aliento. La pantalla inmensa estaba manchada y recubierta, de arriba abajo, con polvo y ceniza: no por el humo, sino por el miasma acumulado de miles de generaciones de seres vivos. En el otro extremo, una elaborada pero parcialmente derribada división de piedra y mortero —su resto más alto todavía se alzaba cientos de metros sobre la galería— había dejado un montón de escombros que habían caído sobre el proscenio y las zonas inferiores del anfiteatro, de donde hacía mucho tiempo que habían desaparecido los asientos: arrancados o podridos. Estaba claro que muchos de la progenie antigua habían intentado resolver el misterio de este lugar… o emplearlo para sus propios propósitos, añadiendo sus propias estructuras constructivas. La mayoría de sus esfuerzos, al igual que el original, había quedado convertido en ruinas… ruinas mucho mayores, pensó Jebrassy, porque no haría falta mucho esfuerzo para limpiar la pantalla, reconstruir o reemplazar los asientos de las galerías y restaurar al menos el aspecto externo del diseño original.

Pero ahora no vivía nadie que pudiese igualar el aguante y el ingenio de los constructores originales del muro de luz *¿Y quiénes eran? ¿Alzados?*

—No lo sé —le respondió Jebrassy al residuo de la pregunta—. Calla.

En lo alto y más allá del anfiteatro, una brisa por los tubos encajados en las torres emitió una risa queda y sonora, como de cientos de voces divirtiéndose.

Los Diurnos en sí se encontraban a la izquierda de la pantalla, tres elipses fusionadas, cada una de cien metros de ancho, donde varios muestrarios todavía se esforzaban, se decía, para dar la hora de una forma que nadie vivo podía comprender, a pesar de que cualquiera podría haber leído las líneas móviles, rotas y dispersas de símbolos en el interior de cada elipse.

Era la única teoría que tenía sentido: que los Diurnos habían sido en su época inmensos relojes, unidos al lateral de un reloj público y ceremonial aún mayor que había quedado sin uso mucho tiempo antes.

A la derecha de los Diurnos, la inmensidad del muro de luz —trescientos metros de ancho y la mitad de alto— todavía relucía con difusos destellos pasajeros, caprichosos intentos de imágenes, repitiéndose cada hora, interrumpidas por taras que ya no intentaban parpadear, sino que se mostraban oscuras y muertas.

Los Diurnos habían tenido ese aspecto desde las épocas más remotas conocidas por los progenies.

Jebrassy echó la cabeza atrás todo lo que le permitía el cuello, para observar la pantalla al completo. Luego se volvió rápidamente y miró al anfiteatro, como entreviendo a cuarenta mil fantasmas… los ciudadanos que en su día se habían sentado allí, hipnotizado por lo que en su momento debió de ser un espléndido lugar de reunión, un atestado lugar para intercambiar historias.

Esa teoría fue ganando fuerza a medida que lo veía todo a través de ojos más antiguos y presumiblemente más sofisticados: que en su día la información y los rumores se compartían comunitariamente, miles asistiendo a la vez, recibiendo instrucciones, advertencias y (posiblemente) noticias sobre los hechos de los Niveles… titulares y resúmenes, visiones del mundo más allá del Kalpa, que ahora se les negaba.

Sólo era una suposición, pero le parecía correcta.

La voz interior no manifestó ninguna opinión.

Las ruinas, con su suciedad y su capa de edad —habitual en los precintos abandonados tras los Niveles— transmitían su propio mensaje especial. Junto con la cualidad parpadeante del tiempo en sí, las intrusiones y el declive de la población —evidente en los nichos vacíos y los vecindarios abandonados tiempo atrás—, la decadencia arquitectónica demostraba que lo que el Kalpa hubiese sido en su momento, ya no lo era.

Los Alzados se debilitaban. La larga servidumbre de la progenie antigua podría acabar pronto. Luego, todos los que lo deseasen podrían pasar bajo la muralla curva, atravesar las estaciones de bombeo en el desagüe de los

canales de drenaje, caminar bajo los arcos y cruzar las puertas, traspasando el límite de lo real para alcanzar la liberación final del Caos…

Un sueño hermoso.

El movimiento de los pies de Jebrassy al desplazarse para mirar a las palabras vagas y fragmentadas de lo alto reverberaba los sonidos de las paredes con una potente distorsión.

Un restallido y un estruendo potentes a la izquierda de la pantalla anunció otro trozo que caía. Piedras grandes y trozos oxidados de metal rodaron y golpearon al otro extremo de la galería lanzando polvo. La idea le enfurecía y le frustraba: conocimiento perdido, comunicaciones fallidas, pretensiones de educar a las masas… como todos los libros falsos que se burlaban de los progenies que rebuscaban en los corredores desiertos de los pisos superiores de los Niveles… estantes interminables, títulos fascinantes, cuando los podías leer. Pero no se podía sacar ninguno. Desde su niñez lo había intentado miles de veces. Los libros eran objetos sólidos, fríos, inútiles.

Si somos juguetes o herramientas, pensó, ya no le importa a nadie lo que hagamos o pensemos. Quizá ni siquiera les preocupa que vivamos o muramos…

Bailó despacio, prestando atención a los ecos y se tocó la nariz al darse cuenta de la tontería.

Mejor la tontería que el aburrimiento o la seguridad.

—¡Hola!

Esa solitaria palabra se elevó a lo alto y saltó de vuelta, adquiriendo una resonancia extraña. Jebrassy se dio la vuelta para ver a una hembra sobre el borde del proscenio.

Se alzó bajo la luz tenue proyectada por la pantalla.

Jebrassy dejó escapar el aliento en un gruñido de alivio.

—¿Qué creíste que era? —preguntó Tiadba.

—Llegas tarde.

—Bonito baile. ¿Por qué viniste aquí… sólo porque te lo pedí?

—Ya he estado aquí antes —dijo—. No tiene mayor importancia. ¿Yo también puedo preguntar?

—Por supuesto.

—A las hembras progenies les gustan los hombres seguros y normales con actitudes seguras y normales. ¿Qué te hace diferente?

Tiadba recorrió la base de la pantalla, esquivando los montones de escombros.

—No todas nosotras tenemos sangre lenta —dijo. Miró algo que había a sus pies, se detuvo y tomó aliento. Se le tensaron los hombros.

Jebrassy se le acercó. Tiadba había dado con un cuerpo consumido… un progenie joven, probablemente macho. Estaba doblado entre los escombros, cubierto de polvo y cascotes del recubrimiento que habían caído desde la pantalla.

Tiadba se inclinó para rozar la ropa del progenie muerto.

—Algunos de nosotros vamos a buscar… unas pocas docenas en cada generación, problemas, alterando la paz —dijo—. Ni siquiera el Guardián Sombrío dio con éste. Tú y yo podríamos acabar de la misma forma. ¿Te da miedo?

Jebrassy giró dos dedos en el sentido de las agujas del reloj.

Tiadba hizo lo mismo, manifestando su acuerdo.

—Puede que nos dé miedo —dijo con firmeza la mujer—, pero no nos detendrá.

—No has respondido a mi pregunta.

—Algunos dicen que somos juguetes o mascotas. Yo sé que somos algo más importante. Somos el final de un largo experimento. Es por eso que nos descarriamos. Es lo que los Alzados quieren que hagamos.

—¿Y cómo puedes *tú*saberlo; cómo puedes estar tan segura?

—Si te lo muestro, debes hacerme tres promesas.

—Te gustan las cosas de tres en tres, ¿no?

—Los triángulos son estables. Las hembras buscan la estabilidad; tú mismo lo has dicho.

Jebrassy juntó las cejas.

—Debes prometerme no decírselo a nadie más.

—¿Y?

—Debes prometer emplear lo que descubras para guiar todas nuestras exploraciones, no sólo la tuya. No aspirarás a la gloria en solitario.

Qué lista. Era justo lo que había esperado hacer.

—¿Y?

—No debes partir de marcha tú solo o con nadie más… no de inmediato. Debes consentir ser elegido, o te quedarás en el Nivel.

—Nada vale ese precio. Yo… —Se estremeció—. Me volvería loco si pensase que no podría irme.

La inclinación desesperada de los ojos de Tiadba le indicó a Jebrassy que había cometido un error grave.

—Ve entonces —le dijo—. Yo me quedaré aquí y te seguiré algo más tarde. No deben vernos juntos. Cuando regrese, indicaré a los guardianes la presencia de este malogrado explorador.

Jebrassy se volvió y se sentó en el borde del proscenio. ¿Qué podría ofrecerle Tiadba que compensase semejante sacrificio, tal esclavitud?

—*Va* a haber una marcha joven —le dijo Tiadba a su espalda, con una voz que manifestaba un extraño estremecimiento—. Se está formando muy cuidadosamente, no lo suficientemente rápido. Todos estamos impacientes. Hay muchos preparativos. Pero pronto se ejecutará.

Jebrassy había oído rumores de grupos escogidos, entrenados y enviados a los canales de drenaje. Rumores era todo lo que había oído.

—Hay un plan, un líder —dijo Tiadba—. Alguien en quien confiamos.

Sonaba a verdad. Siempre se había preguntado cómo alguien podría sobrevivir en lo desconocido más allá del Kalpa sin adiestramiento, suministros o equipo.

Tiadba se sentó a su lado, sobresaltándole de nuevo, porque sus movimientos eran silenciosos y gráciles. La mujer miró a la izquierda, ojos medio cerrados en un adormecimiento tranquilo. Con un ligero estremecimiento, se le acercó y apoyó la cabeza en el hombro de Jebrassy. El roce fue eléctrico. El corazón de Jebrassy se puso a martillear y sintió calor en las manos.

—Tú no mentirías —dijo ella—. Y jamás nos traicionarías.

—¿Cómo puedes estar tan segura de todo? —le preguntó, intentando ser borde.

—Porque te conozco. Nos hemos conocido antes —dijo ella—. ¿No lo sientes?

Jebrassy se puso en pie, agitó los brazos y empezó a alejarse.

—Demasiadas promesas y muy poco a cambio.

Tiadba corrió tras él, totalmente despierta, le levantó la mano y le luego le tiró de los dedos… con fuerza.

—¡Prométělo! —le exigió—. *Sabes* que debes hacerlo.

—¡Suéltame! —Intentó soltarse y ella le agarró los ojos dando un gritito. Se pusieron a rodar sobre el escenario polvoriento. Ella era más fuerte: las hembras de la progenie podían ser así, enjutas y de dulce olor. El olor era su mejor arma. Hacía que sintieses menos ganas de luchar.

»¡Para! —le gritó él mientras ella le retenía contra el suelo. Tenía el rostro muy cerca del de Jebrassy, mirándole con ojos penetrantes. Estaban totalmente cubiertos de polvo.

Ella fruncía el ceño con tal intensidad que él deseaba apartar la cara por la vergüenza.

—No seas estúpido. ¡Prométělo! Sabes que lo harás. —Luego, con un susurro ronco, con los labios casi tocando los de Jebrassy…—: *¡Prométělo!*

—Dame algo, dame esperanza —dijo él, con voz resentida y ronca—. ¡Prométeme que *yo* iré en la próxima marcha!

Ella se apartó y se puso en pie, limpiándose la ropa.

—Yo no decido.

—Dices que nos conocemos, pero está claro que no me conoces en absoluto.

Tiadba juntó las manos y pegó los dedos contra la frente, con los ojos cerrados.

—Te estás aprovechando —dijo él—. Escoges a un paria solitario… eres como un bonito racimo de brotes de chafa colocado delante de un pede, para llevarle a los campos. —Él le hizo bajar las manos y le miró directamente a los ojos. *Había* una conexión… no podía explicarla, lo que le enfurecía aún más. La soltó.

—Si eres tan atrevido, ¿por qué no has salido corriendo tú solo? —le preguntó ella—. ¿Qué te lo impide?

Una bravata.

—Alguien tiene que estar vigilando a los guardianes. Estoy de acuerdo en algo… hace falta *planificación*.

—¿Qué tal si te cuento las dificultades, sólo un poco de lo que es necesario?

—¿Traicionarías a tu gente?

—Confío en ti.

—No deberías. No soy responsable.

—¿Es lo que te dicen tus patrocinadores?

—Mi mer y per se han ido —dijo Jebrassy.

Ella volvió a acercarse. Ante todo era persistente.

—Lo sé —le dijo.

—Una intrusión se los llevó.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en el mercado hablaste con nuestra líder. Pero antes, yo le hablé de ti. Ella me concedió permiso para verme contigo aquí.

Lo que dejó a Jebrassy sin habla. Que una sama —una sanadora y una escuchadora— traicionase su confianza tan fácilmente como Khren era casi increíble.

Casi. El propio tiempo estaba cambiando, había tantas intrusiones… y los guardianes no actuaban como antes. Casi podía ver a los Alzados entre ellos. ¿Por qué iba a confiar en alguien o en algo?

Tiadba sintió su inquietud y una vez más le agarró suavemente por los hombros.

—Te contaré lo que sé. No tienes que prometer nada. Así es de importante.

—¿*Ella* te dijo que me dijeses eso?

—No —dijo Tiadba—. Es mi decisión.

Jebrassy agitó la cabeza sufriendo.

—Ni siquiera sé quién soy o dónde acabaré. Por eso fui a ver a la sama. —Se estremeció.

Tiadba se esforzó por dar con las siguientes palabras.

—Dos nombres. Dime lo que significan. Yo te diré un nombre y tú me dirás el otro.

—¿Nombres?

—Ginny —dijo ella.

Jebrassy se echó atrás. Antes de poder impedirlo, dijo:

—Jack.

Ella le miró triunfante… y temerosa.

—Dos nombres graciosos y feos —dijo ella—. No de los Niveles. Nos *conocemos*, Jebrassy. Nos conocemos de *otro* lugar. Es como si nos conociésemos desde siempre. Nunca lo he sentido con nadie más. —Sus ojos se anegaron con la intensidad de sus emociones—. Alguna vigilia u otra, uno de nosotros tendrá problemas muy graves. Creo que seré yo la que precise de ti. Y tú vendrás por mí.

Jebrassy gimió y se hincó de rodillas, sintiéndose débil de pronto. Era cierto. Ya podía sentir la intensidad de la pena… el conocimiento de que la tendría, de que sería fiel y se enlazaría con esta mujer, y que la perdería demasiado rápidamente.

Fuera de orden.

Fuera de control.

Nuestras vidas no nos pertenecen.

—No tiene sentido —susurró Jebrassy.

Ella se arrodilló delante y juntaron las frentes, con las manos cada uno en las sienes del otro.

—Prométeme esas tres *cosas* y *lo* compartiré contigo… te lo mostraré.

El visitante —un residuo inútil en su interior— pareció darle una patada en la cabeza, intentando obligarle a tomar una decisión.

Jebrassy acarició la mejilla de Tiadba.

Juraron como habían aprendido a hacerlo de niños, repitiéndose las palabras mutuamente, una y otra vez, hasta que los dos las memorizaron con precisión.

Luego Tiadba cantó una breve canción de cierre.

Ya estaba. Jebrassy no sabía qué acababa de suceder. Enfocó lentamente los ojos. Tiadba se había apartado y estaba de pie, cerca, mirando hacia arriba. Tiadba señaló una medio copa abierta saliendo en el extremo derecho de la pantalla, diminuta en comparación con la longitud total, como un palco privado, pero con la peor vista posible.

—¿Lo ves?

—Un saliente. Siempre ha estado ahí. ¿Qué le pasa?

—Antes lo llamaba el Valeria —dijo Tiadba—. Es donde organizaban y controlaban los espectáculos. He descubierto la forma de subir, desde detrás del muro de luz. ¿Te gustaría verlo?

—Está lleno de basura, ¿no?

—Lo he limpiado.

El luchó por calmar la voz y recuperar la compostura.

—Podría ser interesante… pero ¿por qué es tan importante?

—La gran pantalla está rota —dijo Tiadba—. Pero hay una pantalla *pequeña*. Allá arriba podemos conectarnos a un catálogo de los espectáculos que solían mostrar en los Diurnos. He visto algunos. Creo que cuentan una historia. No la nuestra, no exactamente. La historia de los que estuvieron aquí antes de nosotros.

—Sigo sin ver cómo podría ayudar a los exploradores.

—¿No sientes curiosidad, sólo un poco? ¿Ver cosas que ningún progenie ha visto, ni nadie más, desde hace millones de vigilias? ¿Descubrir cómo es que llegamos a estar aquí y… quizá… por qué? Somos tan ignorantes —suspiró—. Y eso…

—Y eso es lo tercero que tenemos en común —dijo Jebrassy—. También deberías saber que soy impulsivo. Algunos dicen que soy estúpido, pero simplemente soy terco. Y me preocupo demasiado.

—Cuatro, cinco y…

—¿Seis cosas que tenemos en común? —concluyó él.

Tiadba se envaró, algo más alta que Jebrassy, lo que solía ser habitual entre la progenie antigua.

—Si los guardianes nos encuentran o descubren lo que sabemos, creo que nos detendrán. Nos entregarán a los Alzados. ¿Comprendes?

Él asintió.

—Entonces, ven conmigo. Hace un tiempo se desmoronó una parte de la vieja galena, junto al proscenio.

Jebrassy le siguió durante unos cincuenta metros y la siguió a un pozo oscuro formado por las paredes de una cámara que había perdido el techo. Una pequeña trampilla se abría en la base del proscenio, todavía parcialmente bloqueada.

—¿Te asustan los lugares cerrados? —preguntó Tiadba mientras retiraba algunas piedras y ladrillos.

—No lo creo —dijo Jebrassy—. Siempre que haya una salida.

—Bien, hay un túnel. Se extiende bastante por debajo de la pantalla, y hay un pozo estrecho que sube. Creo que cerca hay un ascensor… pero no funciona. Para llegar hasta arriba, tendremos que subir por una diminuta espiral formada por un montón de escalones diminutos.

—Muéstramelo —dijo Jebrassy.

Rebosante de alegría, Tiadba le tomó la mano y tiró de él.

19

Seattle

Ginny había seguido la música durante kilómetros y ahora, habiendo terminado su larga marcha, contemplaba con asombro lo que había encontrado: una enorme pancarta, pintada con las letras rojas y negras del circo, anunciando LE BOULEVARD DU CRIME.

El aire se llenó de una colisión de sonidos —chifonías, caliopes, guitarras eléctricas, flautas, trombones y trompetas—, un ruido chirriante pero melodioso que ascendía triunfante para reflejarse en las nubes del cielo iluminado por las estrellas.

Una enorme sonrisa le cruzó la cara sonrosada.

—¡Eh, bonita! —le gritó un payaso azul y carmesí que mantenía en equilibrio un nimbo enorme de pelo blanco—. ¡Únete al Espectáculo Busker! ¡Estamos locos de atar, garantizado! ¡Somos mejor que la Feria, ni siquiera estamos allí!

El payaso traía un mono con sonrisa que era todo dientes y que caminaba con zancos de un metro de largo con ansiosa delicadeza.

El Espectáculo Busker ocupaba varios largos acres de hierba y gravilla que miraban a las relucientes aguas obsidiana de Elliot Bay, marcados al norte por un enorme elevador de grano, flanqueados por el lado de tierra por edificios de apartamentos grises y marrones, y cerrados al sur por un jardín de esculturas —ahora cerrado— y un descampado lleno de una colección variopinta de coches aparcados. Tiendas rojas y amarillas se agitaban bajo una brisa ligera. Cerca del aparcamiento se apiñaban los camiones de comida y las caravanas.

Una línea ondulada y serpenteante de pistas de actuación, de todos los tamaños, se abría paso entre los camiones de comida y el elevador de grano, cada uno marcada claramente: THÉÁTRE-LYRIQUE, CIRQUE OLYMPIQUE, FOLIES DRAMATIQUE, FUNAMBULES, THÉÁTRE DES PYGMÉS, THÉÁTRE PATRIOTIQUE, DÉLASSEMENTS COMIQUES, y demás, perdiéndose a la vista.

Ginny nunca había visto a tantos *artistas* —payasos, músicos, acróbatas, magos y, por supuesto, mimos— y deseaba reír y llorar simultáneamente. Se parecía mucho a la niñez que no podía recordar, pero a la que ansiaba tan desesperadamente regresar.

Mientras Jack iba por el camino de bicicletas, buscando rostros familiares, girando confiadamente la rueda delantera para mantener un lento equilibrio, vio un círculo de práctica, y en el círculo: Flashgirl, el Lagarto Azul, Joe-Jim y otros viejos amigos que calentaban esperando su actuación en las pistas.

Cientos de visitantes se movían en grupos, riendo, aplaudiendo, sorprendiéndose, lanzando billetes y cambio a las cajas y los sombreros. Parecía una noche tin-paf para sus amigos y colegas. Los buskers llamaban «tin-paf» a un buen espectáculo: el sonido de las monedas cayendo sobre un buen montón de billetes.

En la primera pista, T-square —vestido con llamativos leotardos rojos— dispuso tres barriles y una rampa circular al estilo de una montaña rusa para su uniciclo. En la cabeza llevaba una T-square de azul chillón sobresaliendo de unas gafas con alas tachonadas con piedras de imitación. Durante su actuación, no dijo nada, limitándose a ejecutar las acrobacias en el uniciclo y a moverse a través de los brillantes y sorprendentes destellos de fuego de los barriles. Jack sabía algo que los panolis desconocían: pronto T-square se prendería fuego al sombrero y necesitaría la ayuda de una compinche… su hija, una inteligente y ágil niña de nueve años que lo apagaría con un chorro de espuma salido de un recipiente cromado.

Al no precisar de pista, Sonámbulo el Dormitado ejecutaba una serie de sorprendentes trucos de naipes. Luego adoptó una pose congelada, apoyándose en un viento imaginario con el pañuelo volando y el sombrero a punto de saltar de la cabeza… reposando la mejilla sobre las manos entrelazadas y roncando a la espera del comienzo de la siguiente actuación.

Le guiñó un ojo al pasar Jack. Éste le saludó.

Flashgirl no empleaba fuego, pero en su mono amarillo y naranja, con semblante bochornoso y charla furiosa y superfeminista, todo en ella era inflamable. Su actuación estaba compuesta por ilusiones de malabarismos, con cuchillos y bastones, bailes frenéticos, e insultos verbales contra el público masculino, a cuyas actitudes sexistas hacía responsable de los fallos de su magia. Casi todos reían; era buena. En ninguna ocasión Jack había visto a Flashgirl enfurecer a un miembro del público. Aun así, a los cuarenta y cinco años empezaba a perder vitalidad. Por la caída de sus hombros y las sutiles pausas en el baile, pensó que su adicción de toda la vida al tabaco podría estar pasándole factura.

Aun así, los artistas de la calle trabajaban estuviesen enfermos o estuviesen bien. Y esperaba que lo de Flashgirl no fuese más que un resfriado.

Jack sabía dónde dar con la zona de artistas: al final de un sendero corto que llegaba hasta un pequeño remolque camerino, separado del resto por estacas y cintas. La sombra lunar del enorme elevador de grano dominaba este extremo del parque, y aquí, medio bajo la sombra lunar, Joe-Jim estaba sentado sobre un enorme cubo blanco, comiendo un combinado de frutas servido en un plato de plástico. Vio a Jack y durante un momento le miró inexpresivo.

No se acuerda.

Luego pareció conectar —como un interruptor en la cabeza— y Joe-Jim agitó el tenedor.

—¡Hermano Jack, de vuelta al redil! —gritó, lanzado trocitos de naranja.

—¿Con quién hablo esta noche? —preguntó Jack, dando la mano con estilo busker, con un entrechocar de palmas y un gesto de agarre con tres

dedos.

—Esta noche somos Jim. Joe está de vacaciones en Chicago. Volverá en una semana. Me llama todos los días para ver cómo van las cosas.

La rutina de Joe-Jim era ejecutar acrobacias con un compañero invisible: a todos los efectos, mimo en medio del aire, y en el mejor de los casos, anonadaba al público. Sólo tenía algunos años más que Jack, pero parecía mayor, y también parecía que no había estado comiendo muy bien. Tenía los ojos hundidos, los pómulos anchos eran de un amarillo oscuro, y tenía las mejillas y la barbilla cubiertas por una barba de dos días.

Una de las muñecas estaba bien protegida por una tirita sucia. Un corte lateral, supuso Jack… no un intento serio.

—¿Por qué no participas? —preguntó Joe-Jim. Insistía en que lo llamasen por ambos nombres, independientemente de quién estuviese presente en realidad. Muy pocas personas del público sabrían que independientemente de qué personaje representase, Jim o Joe, en un día concreto, el allí presente era la mitad de una verdadera personalidad dividida.

—Las ratas se pusieron en huelga —dijo Jack.

—Las ratas y yo empezamos a sentir los años —dijo Joe-Jim—. No son buenos tiempos. —El eterno pesimista, Joe-Jim, sacó un paquete de cigarrillos y se echó uno a la palma—. Mantiene lejos a los demonios —dijo, y lo encendió bizqueando.

—Hablando de demonios —dijo Jack—. ¿Has visto alguno recientemente?

—No más de lo habitual —Joe-Jim giró otro cubo, invitando a Jack a sentarse. El mimo-acróbata había sufrido muchas cosas: robos, corazones rotos, semanas y meses ingresado. Jack sospechaba que como mucho le quedaba un año o dos antes de que la calle y la pobreza y los demonios le robasen lo que le quedaba de salud. Ser artista de la calle era una vida dura.

—¿Alguna vez actúas vacío? —preguntó Jack—. ¿Momentos en los que Jim y Joe estén ambos ausentes?

Joe-Jim lanzó un poco de humo.

—No podría actuar con *dos* tipos invisibles. ¿Por qué?

—Sólo preguntaba —dijo Jack.

—No, pero me incordia cuando nos peleamos. No puedo hacer que el tipo invisible ejecute su parte —sonrió sibilino—. Vas a decir que me he adaptado bastante bien.

—Te has adaptado bastante bien.

—Ciertamente así *lo* creo. Nunca podría trabajar en un cubículo, con mis compañeros preguntándose quién iría a trabajar ese día. —Tiró a la hierba el cigarrillo medio fumado y lo aplastó con la zapatilla. Sus rasgos se endurecieron—. Cabeza arriba. Ahí llega la sombra que camina como un hombre.

Una anatomía alta y escuálida vestida con un sombrero de copa y ropas formales —el traje se dividía a partes iguales en negro y blanco de abajo arriba, el negro adornado con un esqueleto azul metálico— se les acercaba, con un paso que recordaba al zombi de Fred Astaire. Tenía el rostro blanco y los ojos rodeados de negro, y radiaba una melancolía mortal.

Pasó de Joe-Jim y se dirigió a Jack con ansiosa precisión.

—Atrás, Sepulcher —dijo Jack, alzando los puños.

Joe-Jim apartó la vista.

Sepulcher clavó en Jack sus ojos afilados y profundos… hambrientos, pero no de comida.

—¿Cómo está tu padre, Jeremy? —preguntó con una voz tan resonante y perdida como la de un toro en una cueva.

—Sigue muerto —dijo Jack. Se había cambiado de nombre hacía años… todos lo sabían.

—Lo había olvidado —dijo Sepulcher—. Siempre está bien olvidar lo desagradable. Luego, te vi y todo regresó.

Sepulcher nunca parecía atraer a mucho público o ganar mucho dinero. Algunos habían elucubrado con que se trataba de un excéntrico millonario con una actuación realmente penosa, consistente en permanecer inmóvil durante horas en una esquina, siguiendo con los ojos a la gente al pasar, y en ocasiones lanzando un silbido musical y lastimero.

Algunos artistas —los personajes de un grupo habitualmente bueno— eran definitivamente inquietantes.

El verdadero nombre de Sepulcher era Nathan Silverstein.

—Trabajé con tu padre, Jack —dijo. Era cierto. El padre de Jack y Silverstein habían formado pareja cómica quince años antes.

—Lo recuerdo —dijo Jack. Se volvió para despedirse de Joe-Jim, pero Sepulcher le agarró los hombros con dedos afilados y huesudos.

—Yo no quería venir aquí —gruñó Sepulcher. Chupó las mejillas y dejó caer las líneas de la frente—. Esta gente me *odia*.

—Me pregunto por qué —dijo Jack.

—Pero tú, joven hijo de un viejo amigo, *tú*tienes algo que preciso.

Jack bajó la vista.

—Suéltame o te rompo el brazo.

Sepulcher le soltó, pero flexionó sus dedos pintados de blanco. El índice y el pulgar formaron un espacio como de siete centímetros.

—De este tamaño. Oscura, marcada, reluciente. Quemada por el tiempo. Una piedra negra y retorcida con un ojo rojo. *Ellos* quieren que la encuentre.

Jack miró fijamente al hombre apretando los dientes.

—Para pagar una deuda —añadió Sepulcher—. La tienes, sé que es así.

Jack negó con la cabeza.

—No la he visto, Nathan —dijo. Y era cierto, en cierta forma.

Su padre y Sepulcher se habían separado tras unos meses, a pesar de atraer buenas multitudes en los pequeños teatros de comedia del Medio Oeste. En aquella época Sepulcher era diferente, pero a Jack nunca le había caído bien.

—Esa piedra… —Sepulcher pareció incapaz de concluir la frase. Jack sabía que tendría que irse o habría un altercado… Así que le dijo adiós a Joe-Jim, para luego, esquivando abiertamente a Sepulcher, correr hasta la bicicleta.

Sepulcher le miró con convicción desamparada; Jack podía sentir los ojos del hombre como agujas en el cuello.

—¡Esa piedra era *mía*, Jack! ¡Tu padre me la robó! ¡Desde entonces mi vida ha sido un desastre!

Habían llegado otros artistas callejeros. Lentamente, deliberadamente, rodearon a Sepulcher, susurrándole, convenciéndole, animándole tranquilamente a que siguiese adelante.

Jack pedaleó al sur.

La noche se malograba.

Ginny caminaba borracha de felicidad. Siempre le habían encantado los circos, las representaciones callejeras, los magos… siempre había querido celebrar su cumpleaños en un gran jardín, con trovadores, perros bailarines y malabaristas, y casi podía creerlo, aquí está, aquí estoy, bajo las estrellas… mi momento mágico.

Aquí estoy, al fin completa y feliz.

Y luego vio al joven compacto en la bicicleta, en dirección sur sobre el sendero de asfalto, mirando por encima del hombro. Delgado pero con buena forma física, antebrazos musculosos marcados bajo la camisa a rayas de manga corta, pelo negro ondulado, penetrantes ojos oscuros, sin mostrar miedo, sino cansancio.

Ginny se quedó hipnotizada. Se le estremecían los brazos. Quería correr tras él, preguntarle quién era, pero él se alzó sobre los pedales y aceleró, dejando atrás la larga serie de tiendas, pistas y la pancarta que anunciaba **Le boulevard du crime**.

Ginny le conocía.

Nunca se habían visto. Corrió tras él, gritando:

—Espera.

El ciclista no paró. Se perdió en las luces y sombras del puerto, bajo el cielo meridional salpicado de estrellas.

20

Queen Anne

El compañero de piso de Jack, Burke, no había vuelto. Después del encuentro con Sepulcher, necesitaba compañía, alguien aparte de las ratas. Desde el exterior llegaban los gritos de las gaviotas comentando una tormenta de alta mar.

Pronto el tiempo se pondría fatal.

En su estómago rodaban como bolas de plomo las gallinas enanas y el vaso de vino consumidos a toda prisa. Se llevó la mano a los labios para contener un eructo que se negó a venir, y luego meterla en el bolsillo en busca del anuncio. Desdoblándolo y alisándolo, leyendo una y otra vez la sencilla interrogación, se preguntó qué hacer. En quién confiar.

Allí donde iba, tenía la extraña sensación de que le seguían. Algunos —todos— creían que era *especial*. Jack no quería ser especial. Quería seguir con la vida que ya había vivido durante años, desde la muerte de su padre.

Desde el funeral. Después de encontrar entre las pocas pertenencias de su padre la caja que en ocasiones contenía la piedra fundida y de curiosa forma con el ojo rojo… y en ocasiones no.

Harborview. Médicos. Agujas. Confiar mi vida a otras manos.

En su dormitorio, un futón se acomodaba contra la pared.

Una noche inquieta. Últimamente muchas de sus noches habían sido inquietas. Se dejó caer.

—No es exactamente una ciudad —le murmuró Jack a la oscuridad—. Un refugio. Una fortaleza. El último y más grandioso lugar de la Tierra.

Una rata rodó y chilló, con los ojos cerrados, agitando las patas delanteras alzadas.

—Y no diría que sea soñar.

Con el ceño fruncido, examinó el número de teléfono. Mejor que ir al médico… si el anuncio tenía sentido, cosa que no sería así. La pregunta se equivocaba en todos los aspectos. No era un sueño, no era una ciudad… ¿y qué tal eso del final del tiempo?

Le dolía la cabeza sólo de pensar en llamar a ese número.

Una cosa estaba clara. La época de libertad, la de evitar decisiones importantes, había terminado. Como ayuda para encontrar un destino mejor, podía concentrarse en la esquina occidental, donde el techo daba con las paredes, todas esas líneas en ángulo de pronto doblándose y tensándose; podía visualizar una hebra extendiéndose hasta el infinito, o al menos una distancia muy vasta, vibrando como si estuviese viva, cantándole; podía pasar días, semanas, intentando deshacer los nudos formados mientras él quedaba atrapado en el viento del infortunio…

O podría pasar y tomar la decisión *ahora mismo*.

Se tapó los ojos con las manos, abatido. Definitivamente estaba perdiendo el último tornillo. Dejándolos caer uno tras otro, viendo cómo se perdían por el desagüe, sin control.

Dio una patada con el pie y golpeó el viejo baúl naval donde almacenaba los fragmentos de actos pasados, de historia… los bienes terrenales de su madre y su padre.

La piedra.

Volvió a darle al baúl, para descargar las malas energías.

Ahora, despiertas, todas las ratas miraban, inmóviles excepto por los bigotes.

—Lo sé… lo seeeeeeeé —les dijo tranquilizadoramente.

Hora de conectar momentos pasados, de comprobar si la roca seguía en la caja. La caja mágica, la roca mágica, sólo que Jack sabía que no tenía nada que ver con la magia.

La memoria es el secreto. Pero no siempre recuerdo…

Se puso en pie y agarró los cierres del baúl. Para abrirlo por completo tenía que separarlo de la pared. Se preparó para hacerlo. Algo tras el baúl le atrapó los dedos. Distraído, metió la mano, intentando recordar qué había

metido ahí detrás… y atrapó un delgado portafolios negro. El portafolios tenía setenta y cinco centímetros de ancho y cuarenta y cinco de alto, y estaba cerrado con una vuelta de lino sucio.

Deshizo el nudo; se le daban muy bien los nudos.

El portafolios contenía nueve o diez dibujos realizados sobre un grueso papel de dibujo. De alguna forma le resultaban familiares. A primera vista, el primero de ellos podría haber mostrado las proas alargadas de tres barcos cruzando un mar negro lleno de olas, como los trasatlánticos de los carteles antiguos. Pero las proas salientes eran curvas y pesadas, y el mar era en realidad montañas; decidió así que los tres objetos no eran barcos. Tenían que ser inmensos… de docenas o incluso cientos de kilómetros de alto.

Alguien —él no— había dibujado posibles detalles en el interior de las curvas, líneas finas y masas de sombras. De la más central y prominente de las tres formas se alzaba una torre estrecha o un mástil. Claramente era arquitectura, no barcos.

Apartó el primer dibujo —emitió un silbido de papel agitándose— y, con labios apretados, examinó el segundo. Éste no le gustó en absoluto. Alzándose tras una versión a menor escala de los tres objetos, tocado con lápices de colores, pastel, lápiz y acuarela un orbe achatado se extendía sobre casi toda la página. El orbe estaba bordeado por un fuego rojo oscuro, pero el centro era un negro pintado con cera, con muchas capas. Cuando sostuvo el dibujo inclinándolo adecuadamente, de forma que no reflejase ninguna luz, el centro del orbe se convirtió en un ojo eclipsado con diminutas llamas disparadas en lugar de párpados y pestañas. Alrededor del orbe lo que podía verse del cielo daba la sorprendente impresión de tela podrida y desgarrada: una fantasía de texturas y colores oscuros resaltada con garabatos multicolores.

Le resultaba fácil imaginar los garabatos reluciendo como luces de neón.

Era imposible que fuesen de su compañero de piso. En ese aspecto Burke no tenía absolutamente ningún talento; tampoco cualquier otro, excepto el de ser segundo de cocina, que era talento suficiente para ganarse la vida de verdad, al contrario que ser artista callejero.

Jack intentó apartar la vista de la página, pero le retenían con una fascinación que le revolvía el estómago. Todo eso lo había visto antes; sabía qué eran. Por tanto…

¿Qué eran?

Cerró el maletín con una risa rota, lo ató y lo volvió a colocar tras el baúl. Empujó el baúl contra la pared, con fuerza.

—Además de mí, ¿quién más vive en esta habitación? —se preguntó.

21

El almacén verde

Ginny daba vueltas en el catre, enrollando mantas y sábanas. Como una cobarde que no tenía ningún otro lugar al que ir, había regresado al almacén. Dudaba que alguien, excepto *Minimus*, se hubiese percatado de su ausencia.

—*Casi* sé su nombre —susurró, para luego tomar aliento, dejar escapar el aire lentamente, expulsando sus preocupaciones en una nube que se elevó hasta el techo y atravesó las grietas para extenderse en lo alto del aire nocturno.

Sus ojos miraron a través del viejo tragaluz, sin ver la pálida luna a través de las nubes. Mientras se retorcía, emitiendo gemiditos tensos, la luna dotó a su cara de un brillo fantasmal; estaba muy lejos, con las pupilas dilatadas, el pulso rápido; muy lejos y asustada.

No estaba dormida. No estaba despierta.

En esta ocasión Ginny no apartó a su anfitriona del control del cuerpo, sino que lo compartió. Tiadba sólo tuvo una vaga sensación de que alguien miraba por los mismos ojos y escuchaba por los mismos oídos.

Estaban pasando demasiadas cosas como para que eso fuese importante.

Gradualmente, Ginny —que no tenía el control, que era incapaz de dirigir los ojos compartidos— dedujo que Tiadba se encontraba en un amplio lugar gris; los muros, si los había, muy alejados o por detrás, y a sus pies, un mar poco profundo de polvo centelleante y que gemía al pisarlo con pies desnudos.

Tiadba iba perdida en pensamientos melancólicos. La aventura no tenía ningún sentido… todo el adiestramiento, todos los planes, ahora nada.

El grupo se había unido a varios Alzados. A la derecha de Tiadba habló una voz profunda y musical.

—Queda poco tiempo. Atravesaréis el portal cuando estéis totalmente preparados. Nadie parte sin las herramientas y el adiestramiento adecuados.

Tiadba miró al hablante, envolviendo el extraño y largo rostro del Alzado en su propio miedo y frustración. Tiadba llevaba una máscara plateada para protegerse del polvo que se elevaba de entre sus pies en forma de penachos bajos. Formaba parte de un grupo de trece, nueve de ellos progenies antiguos. Sus escoltas o guardias: cuatro Alzados que les acompañarían hasta el límite de lo real y luego les entregarían al Caos, Los nueve y sus escoltas caminaban bajo un alto techo oscuro y gris, mientras que los muros que quedaba atrás se iban convirtiendo en líneas delgadas. El efecto resultaba desconcertante: un inmenso espacio plano, tinieblas arriba y nada alrededor excepto una ilimitada planicie polvorienta.

¿Cuánto tiempo les llevaría llegar a donde iban? ¿Y dónde estaba eso?

El mayor de los Alzados emitió un trino que Tiadba interpretó como humor.

—Respira por la máscara —le aconsejó—. No hay nada venenoso. No es más que el viejo y precioso polvo… más antiguo que tú, ¡más antiguo que cualquiera de nosotros! —Medía al menos el doble que Tiadba, con largos brazos y gráciles piernas, un rostro corto, ancho y de color perla de delicadas líneas, y grandes ojos marrones, situados a cada lado de una nariz plana que no tenía fosas nasales aparentes. (Ginny intentó recordar si los Alzados eran humanos… Tiadba parecía pensar que sí lo eran, aunque distantes y con una relación no demasiado clara). Vestía un traje negro ajustado con varillas rojizas muy juntas que parecían cambiar de posición cada pocos segundos: desconcertante.

Las ropas de los progenies —excepto las máscaras— eran lo que llevaban puesto a su llegada: pijamas color pardo.

Tiadba (y a su vez Ginny) empezaba a comprender lo ingenuos que habían sido. *¿Quién está engañando a quién? ¿Lo sabía Grayne, antes de*

entregarnos… antes de morir?

Y Ginny podía sentir que Tiadba todavía se recuperaba de un susto desagradable, acompañado de pena… la pena todavía ardía. Algo había sucedido en los Niveles, algo que Tiadba no había experimentado nunca.

Una parte de la mente de Tiadba fue muy consciente de la presencia de Ginny. *¡Tú! Vete. ¡O estate quieta y guarda silencio!*

Ginny agitó los ojos y durante unos instantes volvió a ver el almacén, el tragaluz; una vez más sintió la presencia de las cajas apiladas contra las paredes. La manta marrón del camastro la retenía como un sudario; miraba como si estuviese loca, con el cuello tenso.

En otro lugar, el tiempo fluía; ella no estaba ni aquí ni allí.

Sólo recordaba vagamente dónde había estado y quién, un nombre perdido, tres notas de una canción mucho más larga que no podía recordar.

Luego, sus párpados se agitaron y cayeron. La respiración se volvió superficial y rápida.

Su cuerpo se ajustó.

Se había ido de nuevo.

Ya había atravesado la planicie de polvo centelleante. Por delante, un grupo plateado de edificios esféricos, como burbujas de jabón fabricadas con luz de luna, se elevaba de un pedestal rodeado de riachuelos del mismo polvo, formando dunas bajas y meandros sobre un suelo negro sin profundidad.

—Aquí nada es real —dijo un joven que iba cerca de Tiadba. Se llamaba Nico. Todos estaban más que cansados; para guiarse ya no disponían del brillo total del cel sobre los Niveles. Su mundo se había expandido inmensamente y en su mayor parte era un lugar feo, extraño y estéril. Tiadba miró a los nueve, a sus nueve.

Tú… dentro de mí. Éste podría ser un momento peligroso. Somos un equipo roto. No sé qué vamos a hacer.

Ginny seguía sin tener capacidad de respuesta. Se sentía sólo lejanamente conectada; lo que Tiadba veía pareció agitarse y distanciarse como en un túnel, igual que la imagen en el extremo de una larga tubería.

Ginny no era más que una pasajera muy mal conectada, agitada por los pensamientos de su anfitriona, incluso por los latidos de su corazón. No podía hablar, apenas podía mirar.

Las sábanas le apretaron más. En algún lugar se caía de algo…

El grupo subió por una rampa para llegar al pedestal y se limpiaron como pudieron el polvo de pies y pantorrillas. Tiadba conocía sus nombres, intentó repetirlos por lo bajo, como si se los presentase a su invitada.

Agradecía no estar descarriándose ahora; al igual que Ginny —cuyo nombre no podía pronunciar o dar sentido— su recuerdo de las ausencias era mínimo. *No vas a hacerme a un lado, ¿verdad? Eso sería incómodo para las dos. Podríamos morir*.

El grupo entró en la más cercana de las burbujas plateadas. Dentro, dispuestas sobre soportes transparentes, las armaduras resplandecían y destellaban en las articulaciones con falsos fuegos. Sobre los hombros colgaban cascos divididos. Eran como trajes de submarinismo pero segmentados, gruesos y muy acanalados…

¿Buceáis, en el agua? ¡Ahora no me distraigas! Por favor…

Ginny, avergonzada, quería retirarse, pero no podía… como un diente suelto que cuelga de un nervio doloroso, ni en la mandíbula ni fuera, se sentía agitada por las emociones de Tiadba; sin embargo, sabía que la mente superior de Tiadba sólo era vagamente consciente de que algo era diferente. En esencia, Ginny estaba siendo aconsejada —rechazada— por las amas de llave de su anfitriona, las organizadoras y cuidadoras de las necesidades diarias del cuerpo.

Y cuando se fuese, Ginny sabía bien que esos mismos sistemas borrarían la pequeña irritación de su presencia. Como hacían sus propios asistentes cuando los papeles se invertían y era ella la anfitriona. ¡Tan extraño! ¡Saber tales cosas!

Si al menos pudiese evitar el olvido, podría recuperar esas experiencias, reflexionar sobre ellas mientras estaba despierta, encajarlas junto con todas las otras piezas del puzle… y quizá completar la imagen.

Tan pocas cosas tenían sentido.

Los trajes llamativos —rojo apagado, amarillo pastel, verde etéreo, nueve tonos diferentes— ocupaban por completo la conciencia de Tiadba, como si no pudiese ver nada más. En el campamento base les habían hablado de esas maravillas, pero sólo recientemente, sólo justo antes de la marcha por la planicie polvorienta en la caverna gris. Eran dispositivos que les ayudarían a mantenerse con vida en el Caos, más allá del borde de lo real… y, como tales, quedaban más allá de la experiencia de cualquiera de los progenies antiguos de los Niveles. Qué maravilloso saber de ellos; ¡y qué inquietante que te dijesen que eran necesarios!

Tiadba se había dado cuenta hacía tiempo de que sus planes y deseos de aventura habían sido más que ingenuos. El Caos no era un santuario, no era la libertad; era un peligro sin fin. Incluso los Alzados parecían evitar hablar de él a menos que fuese estrictamente necesario.

Lo que habían experimentado antes de llegar al canal de drenaje —la tristeza, multiplicada por la conmoción del desplazamiento y la pena— no era más que una tenue indicación de lo que se encontraba más allá del Kalpa.

Sí, partían —al fin partían en una marcha—, pero ¿con qué riesgo, a qué coste? ¿Y en quién se podía confiar, después de todas esas cosas no contadas, jamás explicadas?

¡Vete ahora! Tengo que concentrarme…

Lo último a lo que Ginny pudo aferrarse, como a una cuerda engrasada, antes de que las amas de casa la echaran y la soltasen…

La esperanza de Tiadba: *Nos* volveremos *a ver. Lo sabes, ¿no?*

Desordenado. Todo revuelto, sueños y vida confundiéndose.

¿Dónde está él? ¿Sigue con vida? ¡Tú lo sabes!¡Dímelo!

Pero Ginny no lo sabía.

¿Por qué no hemos sabido nada de él?

Ginny se cayó del camastro y dio contra el suelo enredada en mantas y sábanas. El sudor le había empapado el camisón. Desesperadamente intentó aferrarse a lo que había visto y oído, pero la visión se fundió como un trozo de hielo bajo el intenso calor del despertar.

Soltó un quejido de frustración.

Minimus saltó desde el suelo y se frotó contra sus pies, para luego sentarse y verla recoger y volver a colocar la ropa de cama.

Lo que hubiese visto, donde hubiese estado, en cualquier secuencia racional, podría haber sido antes de… ¿el *qué?* Las ausencias le habían dejado con una horrible sensación de terror y opresión.

Los tiempos malos e interminables por venir.

22

Distrito universitario, Seattle

¿Qué sueñan? ¿Cuánto falta hasta que ya no puedan dormir nada?

Daniel observó atentamente a los trabajadores matutinos en sus coches… cuando podía verles. En este mundo, muchos se ocultaban tras lunas tintadas, como si fuesen tímidos o tuviesen miedo. Los rostros fijos hacia delante, los ojos agitándose, evitando su mirada, algunos leyendo su cartel y sonriendo —saludándole—, otros gritándole insultos; buena gente, inteligente, pero que no paraba para darle dinero; muy pocos, por los que sentía más pena, bajando las ventanillas y ofreciéndole algo de cambio o unos dólares; y el resto no le ve, jamás le verá: vaya, el tráfico se mueve… te habría ofrecido algo, la verdad es que lo siento mucho por vosotros, mala suerte…

¿Y cuánto faltaba para que *todos* corriesen su misma suerte? Fortunas agotadas, líneas de mundo unidas y conjuntadas como tendones secos en un cadáver, esperando el recorte; tallos cortos en un ramo muerto.

Durante un momento la carretera quedó vacía, las esquinas tranquilas; podía oír el viento soplar a través de la escasa maleza y los jóvenes alisos al otro lado de la carretera. Durante todo el día había llovido intermitentemente. Le había empapado el abrigo —había empapado su Pendelton de mercadillo comido por las polillas y los calzoncillos largos de lana, sus calcetines estaban empapados dentro de los zapatos—, nunca lleves zapatos caros, asegúrate de ensuciar el abrigo y las prendas externas con tierra después de limpiar, mánchate las manos y dedos de tierra, que gotee un poco de barro mientras aceptas sus monedas y billetes…

Para seguir comiendo, Daniel Patrick Iremonk seguía con el juego. Por ahora.

Se acercó un pequeño Volkswagen: amarillo, familiar, tenían Volkswagen así en su mundo, antes del oscurecimiento y del ceniciento polvo gris, antes de su huida precipitada. Tras el volante se inclinaba un joven regordete de mejillas sonrosadas, nariz respingona y pelo corto, negro y espeso. El joven vestía un abrigo gris, de mangas demasiado cortas, sobre una camisa rosa a rayas: vendedor, supuso Daniel. Sin mucho dinero en el banco, con muchas deudas, pero que debía mantener el coche limpio y la ropa bien planchada.

Daniel levantó el cartel.

> Los malos tiempos me pillaron
> ¿Algo de dinero para comer?
> ¡¡¡Dios te bendiga!!!

Daniel podía congelar el semáforo en rojo durante cinco o seis minutos, alargándolo hasta que los conductores se ponían nerviosos, hasta que bajaban las ventanillas y se ofrecían a pagar dinero para *ponerse en marcha, para regresar al camino, ¡Dios, este semáforo es largo!*

Los coches llegaban hasta la autopista.

En la esquina opuesta, Florinda —una mujer delgada de pelo castaño— se alzaba como un paquete de ramitas, sosteniendo su propio mensaje mal escrito sobre un trozo viejo de cartón. Rara vez miraba a los conductores: una mala esquina, el tráfico siempre en movimiento.

Florinda tenía casi cincuenta años, el rostro cubierto por largas hebras de pelo sucio, una fumadora compulsiva cuyo hábito la obligaba a ocupar los lugares menos deseables, tenía que parar cada quince minutos para echar un pitillo e inevitablemente perdía los sitios ante los mendigos más agresivos.

El semáforo se mantuvo en un rojo interminable. Carmesí frustrante, devorador de tiempo, tamborileador de dedos.

El vendedor miró a Daniel con resentimiento. Respiraba por la boca, se dio cuenta Daniel, la mandíbula ligeramente abierta, el labio inferior caído. Daniel no podía verle los ojos; se los ocultaba la luz inclinada que caía sobre Wallingford.

Al fin el vendedor se inclinó y frunció el ceño, para luego bajar la ventanilla, agitando el hombro por el esfuerzo.

—Si te doy dinero, ¿me dejarás ir? —gritó.

—Claro —dijo Daniel inclinándose. Tenía que ver los ojos del hombre.

La cabeza bajó aún más cuando el hombre metió la mano en el bolsillo, dedos regordetes empujando bajo el cierre duro y cuadrado del cinturón de seguridad.

Daniel sólo podía retener el semáforo unos segundos más. Demasiado tiempo y los ingenieros de tráfico de la ciudad se darían cuenta de que algo iba mal, enviarían equipos de reparación e incluso a policías. Ya había tenido que abandonar esta esquina en dos ocasiones por retener el rojo durante demasiado tiempo, trasteando demasiado evidentemente con todas esas pequeñas fortunas, esos diminutos destinos.

—Toma —dijo el conductor, ofreciéndole cuatro billetes de dólar arrugados—. El cuento de las tres cabras. Simplemente no hagas preguntas y no me comas.

Daniel se guardó los billetes en lo más profundo del bolsillo del abrigo. Se miraron a los ojos. El conductor desde abajo, azul, directo; Daniel firme, ancho, agotado.

Una chispa le dio en la base de la columna.

—Malos sueños —confesó el conductor—. ¿Tú?

Daniel asintió, luego movió el brazo y el semáforo cambió.

El preludio antes de la inundación.

Ya podía sentir la ola odiosa lamiendo las playas vírgenes de este mundo. La primera señal… refugiados como él mismo, petreles lisiados por la tormenta, arrastrándose por la orilla, boqueando, con las alas rotas, desesperados.

Y luego…

Malos sueños.

Había formas de estimar cuánto tiempo le quedaba, de medir los días, semanas o meses restantes. Se había vuelto un experto en predecir la llegada de la tormenta.

Daniel dobló el cartel de cartón y le hizo un gesto a Florinda, al otro lado de la intersección.

—He terminado por hoy —le gritó.

—¿Por qué dejarlo ahora? —preguntó Florinda—. La multitud del almuerzo de la universidad.

—¿Lo quieres? —Su sitio era de los mejores: a la izquierda del carril de salida, del lado de la ventanilla de los conductores.

—No si vas a echarme cuando vuelvas.

—Me iré durante todo el día. Volveré mañana por la mañana. No se lo pases a algún cabrón a cambio de un pitillo.

—Lo conservaré —dijo Florinda, con una sonrisa sorprendentemente buena. Conservaba todos los dientes.

Daniel echaba de menos tener una buena dentadura.

Guardó el cartel en una bolsa de basura y la ocultó entre los arbustos. Luego subió por la cuarenta y cinco, pasando junto a restaurantes asiáticos, videoclubs, salones recreativos —se detuvo frente a una librería de segunda mano, pero sólo vendía ediciones de bolsillo de best sellers—; giró a la izquierda en Stone Way, dejando atrás apartamentos, tiendas lujosas, más apartamentos, condominios, elementos de fontanería, ferreterías.

Bajó por la larga y poco inclinada cuesta hacia Lake Union.

Daniel había iniciado la búsqueda tres días antes cogiendo el bus hasta la biblioteca en el centro, no la antigua biblioteca a la que estaba acostumbrado sino un inmenso romboide de metal reluciente… daba miedo. Las diferencias resultaban simultáneamente aterradoras y tranquilizadoras. Había avanzado tanto… eso en sí mismo era bueno. También era triste. Había dejado muchas cosas atrás.

La biblioteca del centro no tenía el libro que buscaba y no estaba disponible a través del préstamo interbibliotecario.

A pesar del desgaste excesivo, con menos licor y mejor comida el cuerpo de Charles Granger había recuperado algo de fuerza. A Daniel le

llevó menos de treinta y cinco minutos —con las articulaciones doloridas, el corazón martilleándole, las manos temblorosas— llegar hasta el Seattle Book Center.

A manzana y media de Ship Canal, en el lado este de una amplia calle, tres librerías compartían un edificio de un solo piso, marrón y gris. En el mundo anterior de Daniel, allí también había habido librería: una confluencia a la que no dedicó demasiada atención considerando todos los grandes cambios que había visto.

Se paseó frente a la tienda, echando miradas a través de los escaparates semitransparentes. Los libros de arte formaban filas desiguales, con los lomos hacia dentro, anónimos cuando se los miraba desde la calle.

Hizo sonar la campanilla de la puerta. El dueño se puso instantáneamente en estado de alerta —mendigo que entra— pero no se mostró alarmado. Ver a alguien como Daniel —con la apariencia que tenía ahora— debía ser algo habitual en el camino de la universidad, donde se congregaban tantos jóvenes sin techo y otras personas de la calle: pobres de solemnidad.

Gente corriente.

Daniel tragó saliva, valorando al dueño: un hombre fornido de casi sesenta años, de altura media, ligeramente encorvado, pelo largo y ojos reposados y experimentados; tranquilo, algo aburrido, confiado.

—¿Puedo ayudarle?

Daniel hizo lo posible por evitar que le temblase la voz. Como todo lo demás que estaba sujeto a la corrupción, las bibliotecas y las librerías le daban miedo; pero no era eso lo que le hacía temblar. Recientemente había negado a este cuerpo de su medicina diaria, un litro de Night Train y sesenta y cuatro onzas líquidas de Colt 45.

—Estoy buscando un libro sobre críptidos —dijo—. Animales raros, extinguidos hace tiempo, o que no existieron nunca. Especies nuevas. Monstruos. Tengo un título en mente…

—Dispara —dijo el dueño con una sonrisa cautelosa.

Daniel parpadeó. No estaba acostumbrado a que se le recibiese con familiaridad, tan rápidamente. Examinó al dueño; demasiado perceptivo.

Los exploradores, los recolectores, podían estar por cualquier lado.

O el dueño simplemente respondía a un cliente que sabía de libros. La comunidad libresca estaba acostumbrada a los excéntricos.

—Señales —dijo Daniel, intentando controlar un tic del ojo izquierdo—. Signos portentosos ocultos en animales extraños. Perdidos en el tiempo o el espacio.

—Un título estaría bien… eso no es el título, ¿no?

—No sé cuál sería el título… aquí. El autor es siempre Bandle, David Bandle.

—¿B-A-N-D-L-E?

—Exacto. —La garganta de Daniel subió y bajó. Tenía la frente sudorosa por el esfuerzo de una interacción tan prolongada.

El dueño no se inmutó.

—Recuerdo un libro sobre criptozoología escrito por alguien llamado así… *Viaje en busca de bestias ocultas*, creo —dijo el dueño.

—Podría ser —dijo Daniel.

—No lo tengo. Puedo buscar on line.

—Eso estaría bien. La edición más reciente. ¿Cuánto… costaría? No soy rico. —Este cuerpo no estaba acostumbrado a sonreír… dientes podridos, peor aliento. Logró producir paréntesis alrededor de los labios.

—Oh, treinta dólares. En buen estado. No es muy antiguo, ¿no?

—Quizá no. No sabría decirle —dijo Daniel.

—Una paga y señal de diez dólares. El resto cuando tenga el libro. Probablemente una semana o dos. ¿Dirección?

Daniel negó con la cabeza.

—Volveré. —Del bolsillo sacó dos manchados billetes de cinco y los colocó perfectamente paralelos sobre el mostrador. *Me quedo sin cena*.

El dueño alisó el dinero y escribió un recibo.

—Siempre me gustaron esos libros —dijo—. Aventuras en lugares lejanos, cazando criaturas olvidadas por el tiempo. Historias maravillosas.

—Maravillosas —admitió Daniel, y se guardó el recibo.

—Tenemos una buena colección de libros sobre las profundidades marinas. Acaban de llegar. Beebe, Piccard, esas cosas.

—No, gracias. —Daniel salió de la tienda medio inclinándose y saludando con la mano derecha. *Muy bien*, le aseguró a su nuevo cuerpo. *Un buen comienzo*.

Había acabado confiando en Bandle. Años antes los informes de Bandle sobre los críptidos le habían ofrecido claves esenciales, en otra fibra, en otra vida. Bandle catalogaba avistamientos de animales que no podían existir: serpientes de mar, bestias medio humanas, tijeretas más grandes que las ratas. Cualquiera de ellos podría ser un indicador. Variaciones, permutaciones… advertencias… todos recopilados en un único texto fiable.

Pero mientras caminaba, Daniel sospechaba que no regresaría. Algo en la forma en que el dueño le había mirado. En esta fecha tan tardía probablemente fuese peligroso incluso preguntar por Bandle.

Diez dólares… malgastados.

Daniel estaba de pie sobre un bordillo bordeado de acero, pardeando frente a las brillantes nubes y el sol bajo del otoño. Un mundo tan encantador.

Eres lo que dejas atrás.

Su abuelo, visitando a Daniel en prisión, le había dicho en una ocasión: *¿Adónde vas, joven? ¿Hay algo que no harías para llegar allí? Al final, dejas tanto atrás que te presentas frente a Dios y estás tan vacío como tu maldita caja puzle… estás tan vacío que ya ni siquiera eres tú y el cielo ya no importa*. Daniel se echó a llorar.

23

Los Niveles

El pasaje se había pensado para alguien más pequeño que Jebrassy o Tiadba. En su momento, los círculos verdes espaciados cada pocos metros debieron de ofrecer iluminación, pero ya no ofrecían ni la luz más débil.

Agachados, luego a cuatro patas, se arrastraron por la oscuridad del túnel frío y húmedo, sin tener nada visible al frente y detrás sólo un punto oscuro cada vez más diminuto. Tras un tiempo más largo del que Jebrassy podía tener en cuenta, todavía seguían sin haber llegado al pozo vertical.

Tiadba dijo:

—¿No odias cómo cambia el tiempo? Un día, es corto; al día siguiente, es largo. Me hace sentir que nos hemos estado arrastrando desde que nacimos. Incluso aquí. ¿Crees que en los Diurnos…?

—¿Cuánto tiempo duró para ti la última vez?

—No lo sé —dijo resoplando—. Espera. Creo que está justo delante. —Avanzó con rapidez y luego él pudo ver el perfil de sus piernas y pies cuando Tiadba se levantó—. Ven. Aquí empiezan los escalones.

La luz era débil; venía desde muy alto, supuso.

—Esto nos lleva a… ¿cómo lo llamaste?

—El Valeria —dijo ella—. No sé de dónde vienen esos nombres. No suenan a habla de progenie, ¿no? Los escalones son diminutos. Es mejor doblarse y pegarse bien… pasa los brazos y piernas alrededor del centro de la espiral. Luego… avanza y deslízate.

Lo que resultaba más fácil para ella que para él. Otro periodo de tiempo interminable pasó con ellos, *deslizándose* y en ocasiones probando otras formas de subir, agachándose y dando pasitos… golpeándose la cabeza.

Tiadba parecía estar de buen humor. Él sintió crecer su admiración, sobre todo ahora que su olor llenaba todo el espacio cerrado.

—Mira —le dijo ella. Su mano, una palidez apenas visible, rozó una larga abertura en la lisura que rodeaba la escalera—. Mira por ese hueco y dime si no es un hueco de ascensor.

Vio una especie de raíl corriendo verticalmente en un pozo paralelo, más luminoso y ancho que aquel por el que subían; pero no había señal de ningún compartimento.

—Hay tantas cosas que nos deberían llamar la atención, pero por las que no manifestamos curiosidad —dijo Tiadba desde lo alto. Su voz se alejó. Había incrementado la distancia; ella era más delgada, más alta, algo más fuerte…

—No me dejes atrás —gritó él, medio en broma.

El tiempo se alargó. Le dolía la cabeza intentando comprender cuándo había pasado. Luego se apoderó de él una especie de pánico y se apretó contra los escalones —el cilindro circundante de pared— con toda su fuerza, hasta que le restallaron las articulaciones y pudo sentir que se le magullaba la carne. Respiraba entrecortadamente y se sintió como si estuviese muerto pero todavía pudiese ver, todavía pudiese oír… sintiendo cómo se le pudría el cuerpo.

—¡Ya he llegado! —gritó Tiadba—. Apresúrate. Es pequeño, pero si nos apretamos hay sitio para dos.

Con los ojos buscando luz, Jebrassy cerró con fuerza la mandíbula y aceleró el avance. Esforzándose, pronto llegó a un corto pasillo horizontal, avanzó y atravesó otra abertura, para llegar a una cabina abierta: la media copa redondeada del Valeria.

—Cuidado… no hay mucho espacio —le dijo Tiadba.

Se puso en pie, rozándose con ella, para luego echar una lenta mirada al borde de la copa, treinta metros abajo hasta el escenario polvoriento y lleno de basura. Podía distinguir el cadáver retorcido sobre los restos. Alzando la vista con el mismo cuidado, para no marearse y caer hacia atrás, vio la última luz de vigilia del cel, aún menos convincente a esta altura.

Pensé que se pasaban toda la vida dentro de un escenario, para entretener a un público cruel y despreocupado.

Respirando profundamente, se situó junto a Tiadba y miró al asiento de control y a la consola. Sobre la consola, una pantalla de apenas dos palmos de ancho estaba fijada contra la pared, y debajo, una superficie con docenas de bultos de distintos colores.

Sobre la pantalla, seis lentes de vidrio que relucían como ojos de insecto.

El solitario asiento frente a la consola habría acomodado a un hombre de la mitad de su tamaño. Tiadba se arriesgó a caerse cuando apoyó el trasero en el borde de la copa. Los dos miraron con gran seriedad al vacío gris de la pequeña pantalla.

—Ésta tampoco funciona —dijo ella—. Me llevó un par de viajes descubrir cómo mirar en las cosas negras. Siéntate cerca y yo buscaré un catálogo. Yo sólo he visto una o dos entradas. No quería ver ninguna más sola, porque no estoy segura de cuánto van a durar estos recuerdos antiguos, los registros. Dos observadores, dos memorias… mucho mejor.

Jebrassy miró seriamente a las relucientes cuentas negras.

—Estoy mirando —dijo, colocándose medio agachado detrás de ella—. No…

Tiadba levantó la mano y le inclinó la cabeza para colocarla en el ángulo adecuado, y él dio un salto cuando las brillantes imágenes le llenaron los ojos. No podía ver nada más. El efecto fue inmediato y sorprendente: las escenas pasaban a tal velocidad que no podía darles sentido; intensas, mareantes.

—Voy a vomitar —le advirtió.

—Te acostumbrarás y también compensa el dolor de cabeza. Yo todavía estoy aprendiendo a mirar adecuadamente. Si quieres probar con los controles y bultos, adelante.

—¿Y si accidentalmente borramos el registro?

Tiadba se encogió de hombros.

—Dudo que le permitiesen a nadie tal poder.

Jebrassy se sintió interesado. Incluso por encima de la idea de abandonar el Kalpa flotaba la necesidad de saber qué era él y cuál podría ser su lugar. Nadie había sido todavía capaz de responderle, aunque desde la infancia había estado convencido de que en los lugares antiguos, en las profundidades de las paredes —incluso en ilusiones como el cel y los falsos estantes en lo alto de los bloques— había pistas.

Algo más que pistas.

La historia, completa y convincente.

Justificación de todo lo que hacía.

—Esto parece ralentizar el desfile —murmuró, dando a un hoyuelo con los dedos. Descubrió que con algo de práctica podía empujar el hoyuelo a derecha o a izquierda. Y luego se dio cuenta de que no era el dedo lo que cambiaba la velocidad, sino su forma de mirar a las apresuradas imágenes; su forma de prestar atención ahora de una forma y luego de otra. Concentración, enfoque, el movimiento de un párpado o un músculo facial. La imagen se controlaba más con la expresión que con los dedos.

El rápido desfile de imágenes se convirtió en una lentitud. Cada parte del desfile era en sí otro desfile, pero que se movía a velocidad relativamente normal; representaciones tridimensionales que de alguna forma eran todas visibles, una a través de la otra: visibles, densas, reales.

—¿Te acostumbras? —preguntó Tiadba, presionando el hombro contra el suyo.

—No —respondió, aunque sí se acostumbraba… de cierta forma—. ¿Cómo escoges?

Tiadba le explicó pacientemente lo que sabía. La combinación de la sensación flotante de otra realidad y la voz de Tiadba le resultaba hipnótica. Después de un rato Jebrassy comprendió que le fascinaban tanto los sonidos que emitía Tiadba como los panoramas a los que accedía, y después de todo no parecían ser más que visiones de lugares dentro de los Niveles, muchos de los cuales ya le eran familiares.

Todos los programas carecían de ciudadanos. Sólo mostraban lugares vacíos, espacios desiertos. El efecto resultaba fantasmal, como mirar una ciudad muerta… o visitar los Diurnos.

—La persona que controlaba este lugar era más pequeña —dijo Tiadba, y luego añadió con un susurro—: pero no se esperaba que el operador fuese más inteligente que tú o yo… o tuviese una forma muy diferente. Debían de ser personas como nosotros, pero se les permitía ver estas cosas y saber lo que les pasaba. A nosotros no se nos permite; ya no. Me pregunto por qué.

—Pero no pasa *nada* —se quejó—. No hay gente.

—Ten paciencia. Ésta no es más que una dimensión de búsqueda.

Dejó de mirar las lentes para examinar a Tiadba. Ésta no se avergonzó de la atención, pero sí le molestó, y ella le agarró la oreja corta y, delicadamente, le volvió a poner la cabeza en posición.

—Mira —dijo—. Ya hemos vuelto a los Diurnos. Ahora presta atención.

Tiadba realizó unos ajustes. Las imágenes y lugares cobraron vida súbitamente. Este extremo completo de los Niveles —los puentes, el paso elevado— estaba lleno de miles de personas vestidas como si fuesen a un festival, vestidas de forma más colorista que cualquier progenie antigua, cuyas ropas tendían hacia lo anodino.

Lo que hubiese capturado esas imágenes parecía capaz de estar simultáneamente en todas partes.

—Todos son *ricos* —dijo él.

—Acércate —le sugirió—. Mírales a la cara.

Juntos repasaron las multitudes, para luego centrarse en varios individuos. Claramente no pertenecían a la progenie antigua: no sólo eran más pequeños, sino más delgados, más delicados, con narices más largas, rasgos faciales más marcados; sobre todo barbillas y orejas, con pabellones bastante grandes, con forma de alas; la piel pálida, casi cerúlea, pero también vital. Las multitudes se comportaban coreográficamente, muy diferentes a los choques continuos, los codazos y tropezones que habría esperado de la progenie antigua.

—¿Quiénes crees que eran? —preguntó Tiadba.

—Los Alzados tuvieron otros juguetes antes de nosotros —dijo dubitativo.

Tiadba se enfureció.

—Nosotros *no* somos juguetes. Te lo aseguro —dijo—. Y ellos tampoco lo eran. —Frunció el ceño, debatiéndose para expresar la idea—. Quizá sean nuestros… —Era una idea tan vergonzosa—. ¿Cuál es la palabra? Podrían haber sido nuestros *antepasados*.

Confinados en la cabina con forma de copa, observaron las procesiones hasta que los músculos protestaron, y luego se turnaron para ponerse en pie y estirarse. Inevitablemente, eso les hizo mantener todavía más el contacto. Cada roce, sobre todo contra la piel, era eléctrico.

—No hay forma de saber nada sobre ellos —dijo Tiadba, parpadeando— a menos que aprendamos su lengua y leamos lo que escribieron.

Él volvió a apretarse contra la pared, intentando examinar a su compañera bajo la escasa luz. Tiadba tenía ahora aspecto fantasmal, el chorro de luz de la lente chocaba contra su barbilla redondeada y pómulos marcados, reluciendo en sus hermosos ojos.

—Para atravesar el límite de lo real hace falta adiestramiento y equipo —dijo Tiadba—. Ropa, máquinas, cosas que nunca hemos visto antes. No puedes limitarte a ir solo o morirás.

—¿Quién da las ropas y máquinas?

—No lo sé.

—¿Cuántas marchas ha organizado la sama?

—Tampoco lo sé.

—¿Colabora con los Alzados?

Tiadba volvió a negar.

—¿Quién será el líder y recibirá toda la gloria?

—Ninguno de nosotros lo sabe.

Jebrassy respiró profundamente. Estaba muy lejos de ser tan simple y directo como había esperado. Finalmente, se apretujó junto a ella.

—Vale —dijo—. Soy un ignorante. Lo admito. ¿Cómo se llama la sama?

Tiadba fingió concentrarse en las lentes.

—Debió de ser una celebración —comentó—. Quizá se estén preparando para enviar a sus propios exploradores. Ahora es tan diferente. Pero se ve claro: se dirigen a los canales de drenaje; los canales están

limpios, no hay restos, y los muros están cubiertos de moradas. ¡Tantas personas viviendo en los Niveles! ¿Por qué cambió?

A regañadientes, Jebrassy volvió a mirar.

—Hay una puerta, que da a un ascensor… un ascensor que funciona —dijo Tiadba—. Quizá se preparen para enviar un regalo a los Alzados; ya sabes, para acelerar a los exploradores.

Jebrassy lo vio todo. Multitudes cargaban sobre los hombros con plataformas repletas de comida, jaulas llenas de insectoletras, en nada diferentes a los que los progenies seguían teniendo como mascotas. Y libros. Torpemente amplió la imagen, para ver los títulos en los lomos, pero no podía leerlos; los símbolos eran antiguos, como el de las espaldas de los insectoletras más viejos, y las palabras que formaban no tenían mayor sentido.

—Todavía hay libros así en los muros, en los niveles superiores —dijo—. No los puedes sacar.

—Lo sé —dijo Tiadba alzando una ceja con un aire de misterio.

La procesión cruzó el canal y se situó en la pared opuesta, donde se abría una enorme puerta, que por lo demás era invisible. Por allí pasaron los bienes, las ofrendas, y los libros. Tiadba agitó sus mejillas y la escena pasó a un diagrama, un dibujo tridimensional o un mapa.

Su punto de vista imposible flotaba ahora sobre lo alto del canal de drenaje, pasó a través del muro, luego al cel, siguiendo un punto reluciente sobre una línea vertical y roja —el ascensor—, elevándose cada vez más entre construcciones de deslumbrante complejidad, presumiblemente las partes superiores del Kalpa, ahora un vidrio transparente, muy por encima de las tres islas de los Niveles.

Jebrassy vio por primera vez el lugar de todos ellos en el conjunto de las cosas. Tres enormes estructuras redondeadas, como grandes jorobas lisas, colocadas una junto a la otra, la joroba central penetrando en un enclave amurallado, abierto al… Pero desde esta perspectiva no podía ver el cel. Quizás esta nueva perspectiva les *situase fuera* del Kalpa. Quizá fuera *no hubiese* un cel.

La visión se retiró aún más y se elevó. El punto viajó siguiendo la línea roja que atravesaba la parte superior redondeada de la joroba central. ¿Eso era el Kalpa o las tres jorobas en conjunto recibían el nombre de Kalpa? Comprendió lo inmenso que debía de ser el conjunto: cientos de veces más grandes que los Niveles en sí, con los Niveles por debajo de todo. Eso sí que dolía.

El punto redujo la velocidad y se detuvo en la base de una torre. El punto de vista siguió recorriendo la torre, pero el punto que indicaba los dones de los Niveles se quedó en la base.

La torre se alzaba tan por encima de los límites del Kalpa como ya habían viajado desde el nivel inferior de los Niveles. Y en lo alto: la torre terminaba en un pico abrupto y desigual, como si algo la hubiese roto por la mitad.

—La sama la llama Malregard —dijo Tiadba—. ¿Has oído hablar de la Torre Rota?

—En los cuentos para niños —dijo Jebrassy, respirando con dificultad, con los ojos llenos de lágrimas. Acababa de superar el conocimiento de cualquiera que hubiese conocido nunca, de sus patrocinadores y los patrocinadores de sus patrocinadores… hasta donde podía remontarse—. Malregard —repitió. Intentó mover el punto de vista para ver lo que rodeaba el Kalpa, supuestamente el Caos, pero sólo se veía una neblina azulada.

—La sama dice que significa «Mala vista» —dijo Tiadba—. Te hace preguntarte qué hay ahí fuera. —Le miró a la cara.

—Si sales en la próxima marcha… ¿Yo iría contigo?

—Yo no escojo quién va y quién no.

—Esa sama… ¿ella decide?

—Nos comunica las decisiones.

Se frotó la cara con las manos y agitó la cabeza, superado.

—Juegan con nosotros. Ningún Alzado confiaría hasta ese punto en los progenies. Tengo que pensar —dijo Jebrassy—. Puedes volver a tu nicho.

—No puedo dejarte aquí. Esperan en el paso elevado.

—¿Quiénes?

—Algunos miembros del equipo. Ahora que lo sabes, no puedes limitarte a regresar y contárselo a los demás. No podríamos arriesgarnos.

Jebrassy empezaba a experimentar el mismo pánico que había sentido en el estrecho pozo de escalones en espiral.

—Tú eres el cebo. Yo soy el tonto. Me matarán si no coopero.

Tiadba se mostró sinceramente conmocionada.

—Los progenies no se *matan* unos a otros.

—Excepto por accidente… quizás en una pequeña guerra. Qué desafortunado. Por eso me escogió tu sama, porque soy atrevido, imprudente, alguien que tiene posibilidades de morir o desaparecer… como ese pobre tonto de ahí abajo. *¿Él* fue tu anterior candidato? ¿Qué hizo mal?

—Estás siendo horrible —dijo ella.

—Pienso en voz alta.

—Vamos a pasar juntos mucho tiempo —dijo Tiadba en voz baja—. El equipo exige que cada participante tenga un compañero. ¿No lo sientes? Ya somos compañeros.

—Lo que yo siento no está tan definido. Algo va mal, eso es lo que estoy sintiendo.

Tiadba agitó el brazo en dirección a los Diurnos.

—¿Quién puede estar seguro de nada? ¿Y si se nos lleva una intrusión? ¿Y si se detiene el tiempo?

—No creo… no creo que pudiésemos llegar a sentir —dijo Jebrassy, pero sintió un estremecimiento ante esa posibilidad… y lo que comportase al otro lado del límite de su memoria.

Las cosas que podrían… que *saldrían* mal incluso si jamás se aventuraban al Caos.

24

Cada día, la memoria de Daniel perdía algo de color y profundidad, hasta el punto de que pensar en lo sucedido antes se convertía en algo similar a un negativo desvaído o una impresión sobre la arena húmeda. Charles Granger —todos sus hábitos e instintos más fundamentales y el dolor omnipresente— ganaba fuerza, una marea continua contra el intruso varado en la playa.

Daniel abrió la caja de cartón de Granger y sacó el rotulador, el lápiz romo y varias hojas de papel. Dispuso las hojas sobre el suelo de madera deformada, evitando los puntos húmedos, y las examinó con ojo crítico. Estaban cubiertas de texto —en su mayoría, texto demencial, símbolos dispuestos sin sentido aparente, filas de palabras repetidas con una letra modificada en cada palabra— y números, muchos números.

Charles Granger era un poeta ocasional, pero también había sido un pensador y un lógico… era posible que incluso fuese un matemático. Además, sus garabatos poseían un orden extraño, aunque Daniel era incapaz de reconstruir ese orden.

Las piedras sabían escogerlos. Y cuándo exigir un cambio… quizá.

Daniel le dio la vuelta a las hojas. Algunas estaban en blanco. Había llegado el momento de reconstruir su vida y sus ideas antes del último salto. Podía registrarla en los espacios vacíos que quedaban entre los desvaríos de Granger. *Qué apropiado*.

Pero hacer que este cerebro, este cuerpo, levantase el lápiz y trabajase con él era mucho más difícil que encontrar un hueco entre las líneas de Granger. Fuera lo que fuese aquello que Granger había estado intentando, la tarea —el problema— le había superado por completo. Había estado

maduro para ser reemplazado, pero también demasiado maduro para que valiese la pena reemplazarlo.

Daniel sonrió sombrío, pero no mostró los dientes.

Aun así, en la oscuridad húmeda, con la vela sobre la repisa de la chimenea y otra vela en el suelo metida en un bote de mermelada, iluminando un círculo de páginas esparcidas…

Daniel se puso a escribir. La letra forzada se fue suavizando gradualmente, pareciéndose más a la suya. Había un límite a lo que podía controlar y reformar en el tiempo que quedaba.

El tiempo de Granger y el tiempo que le quedase a este mundo.

Frunció el ceño por la concentración mientras escribía: *Espacio granular. Énfasis de la localidad*.

Y luego una serie de ecuaciones. Después de todo, no era tan diferente de los garabatos de Granger; después de leer a Richard Feynman, Daniel había pillado el truco de crear su propia notación matemática. Nadie conocería el significado de los símbolos.

> Todos los destinos se han vuelto locales.
>
> El espaciotiempo se ha estado rompiendo y desarticulando. El universo está siendo digerido, cuajando como la leche estropeada con suero desagradable y podrido entre geodésicas acortadas, atascándose. Cuerdas (¿cordones?) y fundamentales. La luz atraviesa las membranas, igual que la gravedad, pero los objetos materiales no pueden pasar.
>
> Todavía no.
>
> Eso es lo que veo.

Escribió tres ecuaciones más, largas y carentes de elegancia, llenas de lagunas conceptuales. Intentar cuantificar y formalizar esas ideas, intentar darles consistencia, utilidad, para realizar predicciones, era más difícil. Incluso disfrutando de buena salud la tarea le había resultado casi imposible. Se le cansaba la mano, le dolía la cabeza. Le dolía el estómago.

Precisaba reconstruir lo que había escrito antes de que llegase la pesadilla. Había ciertas teorías que quedaban más allá del alcance de sus ecuaciones, que todavía no eran cuantificables; pero por esa misma razón, a su modo eran más verdaderas. Más útiles.

El mapa no es el territorio.

Rápidamente, luchando contra la letra menuda de Granger, Daniel logró recordar y registrar lo siguiente:

> Fundamental: las líneas de mundo pueden juntarse para formar fundamentales más grandes. Por debajo del fundamental están las líneas componente, que la observación puede elevar a fundamentales; y por debajo, los armónicos y poliarmónicos, que en circunstancias normales desafían a la observación pero que ganan importancia en el multiverso en descomposición. Habitualmente accedes a los armónicos y poliarmónicos durante estados meditativos, imaginativos o de sueño… pero habitualmente no se elevan para absorber nuestra línea fundamental de progreso.
>
> Sin embargo, contribuyen. Rellenan las sumadoras. Todas las historias, todas las cosas.
>
> Los Observadores Fundamentales surgieron en el multiverso primitivo para corregir y apuntalar los resultados más eficientes de la historia sumada, para refinar la naturaleza autopropagadora del multiverso y crear simplicidad lógica.
>
> Son «inteligentes» de una forma nada egoísta, pero ya que no crean, limitándose a justificar y refinar, no se les puede considerar dioses.
>
> Observadores Fundamentales como Mnemos…

De pronto sus pensamientos se pusieron a hervir y salieron en forma de vapor de un cráter lleno de dolor y nerviosismo. Dejó caer el lápiz y golpeó el suelo con el puño, hasta que el dolor volvió a pasar. Había estado

intentando recordar un nombre, aparentemente algo relacionado con la memoria… No era un dios.

Una musa.

Luchó por recuperar el lápiz y obligó a los dedos temblorosos a garabatear algunas palabras más antes de perderlas definitivamente:

> Historia sumada.
>
> Líneas, cordones, trenzas, cables, fundamentales…
>
> Destinos.
>
> Todos los posibles caminos que puede tomar una partícula —o un humano— un número infinito, dispersos por todo el espacio y el tiempo, intensos donde son más probables; todos, al final, colapsando en un único camino energéticamente eficiente, la línea de mundo más completa y simple.
>
> Ya no. La eficiencia está vuelta del revés.
>
> Las reglas se han roto.

Alzó la vista. Tenía labios y mandíbulas abiertos a pesar de mostrar los dientes podridos. Ya no podía comprender lo que acababa de escribir. Tenía que actuar con rapidez.

Tenía que encontrar una fibra más afortunada, donde Granger viviese una existencia mejor y más saludable. Durante días Daniel se había sentido renuente a siquiera intentarlo… se había acobardado ante un recuerdo onírico de pérdida y horror infinitos, recordando sólo vagamente lo que le había impulsado a abandonar inicialmente su yo, su hogar… lo que le había hecho salir volando como una gaviota huyendo de un huracán.

El crepúsculo cayó sobre la calle Cuarenta y cinco mientras él avanzaba en dirección oeste hacia la luz que se perdía, marchando hacia el origen de las largas sombras, con la cabeza todavía dándole vueltas. Se detuvo en la última librería de segunda mano de la zona —había investigado todas las

demás hasta el agotamiento— y ahora, frente a la fachada, ante el último escaparate, polvoriento y desorganizado.

Guiándose por el dolor de sus tripas, atravesó la puerta e hizo sonar la campanilla.

La propietaria, una mujer pequeña y regordeta de pelo blanco y rostro redondeado —como una abuelita formada por manzanas secas— se levantó de su asiento y se acercó hasta la caja de vidrio que a la altura de la cintura hacía de mostrador, asegurándose de que él supiese que le vigilaba. El gato de la librería —naranja y gordo— le miró desde su cama junto a la caja registradora y se estiró.

La caja registradora ocupaba un lugar al final de la caja, donde los libros valiosos —más valiosos que las novelas románticas de lomo roto y los best-sellers que formaban el comercio habitual de la tienda— estaban dispuestos orgullosamente: un volumen de los viajes de Richard Halliburton; misterios de Nancy Drew, con cubierta; una Biblia Oxford encuadernada con cuero raspado.

La mirada de Daniel se desplazó lentamente al último volumen de la caja, relegado al extremo derecho del estante: un libro de gran tamaño. El título y el autor, en letras rojas gastadas, era casi invisible, pero entrecerró los ojos y leyó: *Críptidos y sus descubridores*, de David Bandle.

Respiró profundamente y cerró los ojos. Casi podía ver el libro a través de los párpados, reluciendo como un carbón al rojo. Inclinándose, tocó el vidrio con dedos sucios.

—¿Cuánto vale ése? —preguntó.

—No regateo —dijo la abuelita de manzanas, todavía suspicaz. No se movió para abrir la caja—. ¿Tiene dinero?

Lo tenía, nueve dólares tras estar de pie en la autopista hasta tener la espalda como un nudo, las piernas insensibles y la cabeza como un montón de lodo. El aliento le olía a gases de escape.

—Algo. Espero que no sea muy caro.

—Es una primera edición —afirmó la abuelita de manzanas, sus ojos como pedernales azules.

—¿Cuánto? —insistió Daniel.

—Probablemente demasiado.

—¿Podría mirarlo… por favor?

La dueña arrugó la nariz, se encogió de hombros, levantó el chal del hombro y deslizó la tapa posterior del expositor. Inclinándose mientras emitía un quejido expresivo, sacó el libro y se enderezó, reteniéndolo contra su pecho.

Daniel nunca había visto un volumen Blande tan pesado. El estrato gris de fotografías era tan grueso como un dedo.

Quitándose las gafas, la mujer abrió la tapa con dedos secos y regordetes.

—Quince dólares —dijo.

—Tengo nueve. Pagaré nueve.

—No regateo —le repitió sorbiendo la nariz.

Con los labios apretados, Daniel le dedicó a la mujer una sonrisa de disculpa.

—Está lleno de polvo. Parece que lleva un tiempo aquí.

La mujer miró la fecha escrita a lápiz bajo el precio. Algo cedió; perdió algo de rigidez.

—*¿De verdad* quiere este libro?

Él asintió.

—Libro favorito de la infancia. Me recuerda días mejores.

—Este libro lleva exactamente tres años en mi expositor especial —dijo—. Está cubierto de polvo, pero nunca he visto otro ejemplar. Se lo dejaré por quince.

—Nueve es todo lo que tengo —dijo Daniel—. En serio.

La mujer se inclinó hacia atrás. Sus ojos se convirtieron en ranuras.

—Eres el tipo que pide cerca de la autopista, ¿no?

Daba la impresión de que todo el mundo conocía a Charles Granger. Daniel sonrió ampliamente, mostrando todos sus dientes —desiguales, marrones y rotos— y tosió soltando un pestazo.

El momento de compasión de la propietaria desapareció al instante, pero para sacarle de allí le vendió el libro. Y sólo le costó todo el dinero que tenía en este mundo.

De regreso a la casa oscura, llevó el libro al salón, donde se sentó con un gemido de la silla rota, todos los huesos chirriando, y examinó el lomo. Qué edición tan gruesa, más grande con diferencia que cualquiera que hubiese poseído antes. Estar sentado era demasiado doloroso, así que se tendió en el suelo para leer a la luz de la vela; luego se apoyó en codos y rodillas, y, finalmente, se sentó en una esquina sobre un cojín, meciéndose.

Ahora tenía *el* libro, repleto de detalles —hinchado, pensó al pasar las páginas— que podía examinar tomándose su tiempo, si se atrevía. Si quedaba tiempo. En cierta forma era un avance, si saber de malas noticias, *muy* malas noticias, podía considerarse un avance.

Y las noticias eran efectivamente horribles. Pulgas de tres centímetros de largo. Mamíferos prehistóricos encontrados en Nueva Guinea. Auténticas heces de Bigfoot y auténtico pelo de Bigfoot encontrados en Canadá y analizado: prueba de ADN de que el viejo caballero existía realmente, una lejana rama de la humanidad.

Examinó el índice.

> Pesadilla volante en Pine Barrens, Nueva Jersey; envergadura de alas de dos metros, especie desconocida, quizá libélula.
>
> Jardín del Edén en Nueva Guinea; descubiertas trescientas especies nuevas, quince especies nuevas de lémures, incluyendo un lémur planeador del tamaño de un puño.
>
> Verdaderas ratas gigantes, con más de cincuenta kilos de peso, en Borneo.
>
> Cráneo de Gigantopitecus encontrado en los fondos de un museo de Viena; gorila de tres metros de alto. ¿Avistado un ejemplar vivo en Camboya?
>
> Se encuentran peces con pelo y folículos similares a los de los mamíferos.
>
> Homo floriensis, pariente humano de un metro de alto; usaba fuego y herramientas. Cazaba elefantes pigmeo empleando flechas

diminutas.

Cangrejos con rostro humano en Tailandia y Sri Lanka. La parte superior de las conchas muestra un parecido asombroso con las víctimas de ahogamiento.

Himenópteros: las abejas aprenden a usar lenguaje de signos en sus danzas.

Se encuentra en México un murciélago del tamaño de un águila.

Se descubre en Kua-Nyu, Laos, una especie de ratas ardillas extinguida hace once millones de años.

Ranas Corán, pantanos iraquíes, croan «Dios es grande» en árabe, con suras abreviadas legibles en las marcas de la piel dorsal.

Escorpiones marinos (euriptéridos) encontrados en Madagascar; longitud, tres metros; supuestamente extinto desde hace cientos de millones de años, el mayor invertebrado que ha existido nunca. Los nativos valoran su carne, dulce y olorosa; afirman haberlos cazado «El comienzo de los tiempos».

Pasó al comienzo de la lista.

Aepyornis capturado en Tasmania; ave no voladora de seis metros de alto, come cabras, ovejas, y pone huevos del tamaño de dos balones de baloncesto.

Luego bajó:

Termitas catedral; exportadas por toda la nación en los restos de madera de la Costa del Golfo asolada por los huracanes; construyen nidos con la forma de Chartres, Notre Dame.

Cerró el libro de golpe, con la mano temblándole. Críptidos y lazáridos: bestias ocultas y bestias que súbita e inesperadamente habían resucitado a millares desde el pasado remoto. El índice por sí solo tenía cien páginas.

Considerando su estimación anterior de que aproximadamente la mitad de lo que decía en el Blande era sustancialmente incorrecto o falso, estimó que aun así había como mil entradas de fiar, el doble que antes, cuando la oscuridad y el polvo le cayeron encima y se vio obligado a huir.

Cosas improbables se reunían en la oscuridad que rodeaba el fuego de campamento, acechando el mundo científico, reluciente y racional que siempre había valorado… y del que había dudado. Ahora tendría que encontrar aliados. Aliados… y si fuese posible, otro anfitrión. Un cuerpo nuevo, más fuerte, más saludable. Más joven. Se golpeó la cabeza contra la pared, al sentir cómo la serpiente de sus entrañas se revolvía como si estuviese furiosa por su falta de respeto.

No podía hacerlo solo; dudaba de que tuviese la concentración y la fuerza de voluntad para dar ese salto, y lo que venía sería peor que antes.

Abrió el libro por la introducción. Bandle había escrito:

> Esta última edición incorpora más de quinientas entradas nuevas, un incremento superior al de cualquier edición anterior, reunidas en un periodo de sólo tres años. Lo que plantea una pregunta nada científica: ¿alguien ha abierto la puerta al pasado, juntándonos a todos: bestias extintas, bestias imposibles, improbables pero aún así reales?

Empapado y consumido por la fiebre, Daniel llegó al edificio de física del campus de la Universidad de Washington a las tres de la tarde siguiente. Buscó en los directorios de la plana baja, para luego ponerse a cazar por los pasillos, mirando las placas de las puertas, buscando al tipo que podría comprenderlo, el tipo más vulnerable que conocía… y el que más curiosidad tenía.

Un viejo amigo.

25

Capitol Hill

Penelope rara vez salía de su dormitorio y Glaucous nunca se inmiscuía a menos que fuese estrictamente necesario. El zumbido bajo y constante, y los murmullos suaves de control y consuelo de su compañera le comunicaban todo lo que precisaba saber. Lo que había al otro lado de esa puerta cerrada con llave no era seguro. Ni siquiera para él.

Quizá la tarea más difícil a la que se enfrentaba la mayor parte de los días era mantener feliz a su compañera. Los cambios en el interior de Glaucous eran sutiles, pero Penelope había perdido tanto en los últimos treinta años, no sólo el atractivo de su femineidad —su belleza y su juventud— sino también la última y débil chispa de su intelecto, mientras Glaucous la transformaba en la herramienta pasmosa y obediente que ahora era la mujer.

Glaucous cogió el *London Times* que había comprado en el quiosco de University Way, chupó el puro con satisfacción y leyó los titulares. Un sillón de lectura grande, de cuero negro, soportaba su torso grueso relajado, con una pierna corta y gruesa doblada por la rodilla, el pie con zapatilla en el suelo, la otra pierna apoyada sobre una otomana, los dedos pequeños y precisos de los pies agitándose lentamente mientras leía.

En más de siglo y medio, había adquirido pericia para apreciar todo tipo de patrones: económicos, políticos, filosóficos e incluso científicos. Los instintos que había aprendido como ventajista y compañero de los ricos y ambiciosos todavía le servían bien; a lo largo de las décadas, había acumulado riquezas. Uno debía ser prudente. Al final todos los empleadores fallaban… les fallaban a sus empleados y habitualmente fallaban en sus

múltiples y complejas empresas, lo que le dejaba a uno sin nada. A menos que fueses prudente. A menos que reconocieses los patrones y supieses cómo emplearlos.

Cayeron cenizas sobre su chaqueta de seda. La apartó y la extendió con gruesos dedos recubiertos con pelos grises y rizados desde el primer nudillo y más allá, y alrededor del pelo, callos de distintos tamaños, densidad y forma, que sin duda el señor Sherlock Holmes hubiese disfrutando analizando. Glaucous a lo largo de su larga vida se había ganado el sustento de tantas formas diferentes, acumulando cicatrices de espolones de gallos, mordiscos de perro, mordiscos de rata, las muescas, marcas y señales de los dientes humanos. Mordiscos… y golpes.

Las peleas también le habían torcido la nariz y engrosado las orejas.

Quizá de mayor interés para un detective privado: superpuestos en las puntas y laterales de los dedos se encontraban los callos de una vida mortal de ocultar, cambiar, rotar y rodar monedas y cartas. Y ya no poseía huellas digitales; las había perdido antes del cambio de siglo.

Décadas de esperar en la penumbra habían añadido grasa a todo lo largo de sus brazos rosados y oliva pálido, por su espalda y gruesas caderas y piernas. Tantos recuerdos de uso y abuso, cicatrices que no llegaban a desaparecer. ¿Cuánto más podía aguantar? Todavía en funcionamiento, su cuerpo era una máquina dotada de una fortaleza increíble, pero respiraba superficialmente, con esfuerzo; podría vivir para siempre, pero llevaba décadas fumando y sus pulmones no estaban muy contentos, más bien obstruidos.

Podría ser que pronto llegase el momento de purgar y revitalizar —no más vicios, largas semanas de paseos y ejercicio, comer poco, fumar nada, limpiar sus tejidos de la escoria de los últimos cincuenta años—, un proceso monacal que odiaba por principio.

Podría ser, pero lo dudaba.

La trampa y el engaño, y por supuesto el toque de la Señora, habían prolongado la vida de Glaucous. Tanta historia, tanta comprensión, ¿y para qué? Se veía a sí mismo como la fea pieza destacada de un museo de

rarezas. ¿Cuándo se liberaría a Maxwell Glaucous, cuándo se cortaría su fortaleza, retirado el don como condición de desempleo?

La estancia estaba a oscuras, exceptuando la luz que iluminaba directamente el periódico cremoso que ahora tenía doblado sobre el regazo. El teléfono había guardado silencio durante todo el día, y antes sólo habían recibido las llamadas de broma de los curiosos y los maleducados, los borrachos, los aburridos y los locos, sus comunicantes habituales.

Aun así, conocía el patrón. Había una razón para que Maxwell Glaucous hubiese abandonado el Noroeste y se hubiese establecido en Seattle. Podía sentir todas las ondas en el océano humano local, como los pasos de pequeñas lanchas rápidas a través del remolino y la confusión de los destinos mal dirigidos.

Siete años de viaje por el continente, conduciendo durante kilómetros interminables junto a su solitaria y fea compañera…

Le cayeron los párpados. Estaba pasando a la siesta de la mañana. Despertaría dentro de unos minutos, refrescado y alerta; pero por ahora sólo existía el sueño, la necesidad insuperable de nadar brevemente por el Leteo. El zumbido en el dormitorio, el silencio de su propia habitación cargada, la blanda comodidad de un sillón de cuero. Miró vagamente el teléfono negro, ojos húmedos y grises girando hacia la nariz bulbosa, la visión empañándose…

De pronto los dos ojos se abrieron y la columna se le envaró. Alguien había rozado la puerta principal del apartamento.

Podía ver o imaginar los nudillos levantados, dispuestos… y luego una llamada rápida, seguida de una voz rápida y profunda, como la gravilla en el fondo de una corriente enlodada:

—¡Sé que estás ahí, Max Glaucous! Ábreme. Viejos tiempos y viejas reglas.

Glaucous no esperaba visitantes.

—Ya voy —dijo, y se puso en pie rápidamente. Antes de responder, llamó suavemente a la puerta de Penelope.

El zumbido se detuvo.

—Ha venido alguien, cariño —dijo—. ¿Estás presentable?

26

Distrito universitario

—No le conozco a usted. No conozco a nadie con ese nombre —dijo Fred Johnson al hombre agotado y con cara de asco que se apoyaba en su porche.

—Lo comprendo —dijo Daniel—. Pero yo le conozco a *usted*… o a alguien que se le parece mucho. —La voz ronca y superficial. Estaba agotado tras la caminata desde la universidad.

El antiguamente conocido como Charles Granger era seis centímetros más alto que Fred Johnson, quien se levantaba metro ochenta del suelo, incluyendo un mechón de pelo negro que surgía de lo alto de la frente y se arqueaba hacia atrás. Johnson miró a este visitante inesperado con más paciencia de la que Daniel hubiese esperado de cualquier hombre dadas las circunstancias.

—Preciso unos minutos para explicarme —dijo Daniel—. Probablemente no me creerá, así que me iré al terminar, pero pensé que si alguien podía comprenderlo sería usted. Me alegra que siga aquí. La verdad, es muy asombroso.

—Me buscó en la guía, ¿no?

—Pasé por la universidad —dijo Daniel—. Quizá todos los físicos sean los mismos, en todos los mundos posibles. Quizá los físicos estén conectados con hebras importantes. —Alargó sus largos brazos, retiró las mangas sucias y sonrió, mostrando dientes podridos.

Johnson le dio un repaso, intentando ocultar el desagrado, y decidió que no era una amenaza. Simplemente, era raro.

—No *hago* mucha física —dijo—. Dígame qué necesita. ¿Algo de dinero?

—No es cosa de dinero. Es cuestión de conocimientos. Yo sé cosas que usted querrá saber.

Johnson chasqueó los dedos.

—Eres el tipo de la salida de la autopista. El mendigo. —La expresión volvió al desprecio—. No me digas que estáis ocupando nuestras casas.

—Necesito a alguien que me escuche. Alguien quien pueda saber de qué hablo. Usted puede ayudarme a descubrir si va a suceder… o, lo más probable, cuándo.

A Johnson se le estaban enrojeciendo las mejillas. Impaciencia, irritación, algo más que preocupación. Se sentía protector de alguien presente en la casa, alguien que le era importante.

—La mayoría de la gente no conoce los indicadores —dijo Daniel—. Pero las cosas en esta fibra están claramente yendo mal.

Johnson retorció el rostro.

—Si no quieres dinero, hemos terminado. No tengo mucho tiempo.

—Ninguno de nosotros lo tiene, Fred.

Johnson bajó la voz y miró a la izquierda, hacia la cocina.

—Sal de mi porche.

Daniel intentó evaluar su reacción: las palabras sonaban fuerte, pero Johnson no era un hombre violento. Daniel sabía que no podía permitirse recibir un golpe en la cara o que le arrestase la policía. No estaba físicamente bien. Como mínimo, necesitaba de un hospital, un buen médico… y como máximo…

Necesitaba a Fred.

Una mujer se acercó a la espalda de Johnson, con mirada de curiosidad. Joven, de veintitantos años, con pelo corto de tonos rojos y rubios, pómulos altos, una barbilla larga, juvenil, bonita.

—¿Quién ha venido de visita, cariño? —preguntó, y apoyó ambas manos en los hombros de Fred, valorando a Daniel.

Daniel parpadeó apartando las lágrimas y con desesperación intentó concentrarse.

—Mary —dijo—. Dios mío, te *casaste* con él. Eso es diferente. Es genial.

Los ojos de la mujer se transformaron de inmediato.

—¿Cómo nos conoce? —le preguntó con voz dura—. Cierra la puerta, Fred.

—Mary, soy *yo*, Daniel. —Las rodillas le fallaron y se apoyó en la jamba.

—Dios —dijo la mujer—. Va a vomitar.

Deslizándose, intentando sostenerse, Daniel dijo:

—Un poco de agua, dejadme descansar. Sé que es una locura, puede que no esté en mis cabales, pero os conozco.

—Yo no te conozco a ti —dijo Mary, pero fue a buscar algo de agua mientras Johnson ayudaba a Daniel a levantarse.

—¿Por qué escogiste mi porche, amigo? —preguntó Fred—. No tienes buen aspecto y la verdad es que no hueles nada bien. Deberías llamar a una ambulancia… o a la policía.

—No —dijo Daniel, enfático—. Llevo caminando todo el día. Me iré… después de que hablemos, por favor. —Metió la mano en el enorme bolsillo de la chaqueta y sacó el Bandle. Agitó las páginas—. Mira esto. Críptidos. Lazáridos. Muchos. No queda tiempo.

Mary volvió con un vaso de agua. Daniel se la bebió con rapidez. Ella había formado un puño con la mano derecha y Daniel no podía ver ningún anillo.

—No provocaré ningún desastre. Mary, me alegra tanto verte… ¿estáis casados? ¿Vivís juntos?

—No es asunto tuyo —dijo Mary—. ¿Quién coño eres?

—Soy tu hermano. Soy Daniel.

El rostro de Mary enrojeció y la frente se llenó de surcos. Sus ojos se volvieron inexpresivos. Ya no era bonita.

—Vete de aquí —exigió—. Maldita sea, sal de mi porche.

—Será mejor que te marches, amigo —dijo Fred—. Lo que ha dicho la dama.

—Debe haber pasado algo —dijo Daniel, mirando al espacio entre ellos, con la vista nublada—. ¿Qué fue? ¿Qué *me* pasó?

—Si te refieres a mi *hermano*, murió a los diecinueve años —dijo Mary—. Y bien que le estuvo al cabrón. Voy a llamar a la policía.

27

El señor Whitlow había cambiado considerablemente a lo largo del siglo. Para el joven y desesperado Max Glaucous, había sido amistoso y amable de una forma severa. En esos desvaídos días marrones, el señor Whitlow (Glaucous nunca había sabido su nombre de pila) había sido un hombre que vestía bien pero conservadoramente, de estatura más ligera pero con una buena voz potente; también físicamente fuerte, a pesar de aparentar estar en la mediana edad.

Y por supuesto, ese pie zambo, que aparentemente seguía sin reducir su velocidad al caminar.

Ahora el rostro del señor Whitlow aparecía transido y pálido bajo la luz amarilla del pasillo, y sus ojos parecían enormes y tan negros como una noche sin luna. Vestía un traje gris ajustado con cuello ceñido, puños blancos, gemelos tachonados con enormes granates, estrechos zapatos negros. Se había cortado el reluciente pelo negro para dejarlo completamente recto y la piel blanca del cuello surgía de una pajarilla tosca y atada con rapidez. Ahora llevaba sombrero de fieltro en lugar de bombín, y se mostraba en la puerta principal con un aire de nerviosa sumisión, los labios formando una sonrisa angular que elevaba algo sus pómulos pero que de alguna forma no contraía sus ojos, lo que le daba el aspecto de un maniaco de tren fantasma.

—¿Me recuerdas, Max? —preguntó.

—Señor Whitlow —dijo Glaucous—. Por favor, pase.

Su visitante no entró, a pesar de que Glaucous se apartó. En su lugar, sus enormes ojos examinaron lentamente la estancia.

Fue el Shank el que le envió con el señor Whitlow, y Whitlow quien le presentó a la Polilla: un ciego elusivo en la antigua mansión vacía de Borehamwood, en las afueras de Londres. El ciego le había aprobado para el servicio de la Lívida Señora.

—Vengo aquí a instancia del señor Shank —dijo Whitlow—. Me informa de tu reciente llegada y de que ya has invertido el corazón de uno de nuestros agentes.

—Ah —dijo Glaucous, sintiendo cómo se le congelaba todo el cuerpo. Era el efecto que dar a entender la desaprobación de la Señora podía provocar incluso en los hombres más resistentes—. Nunca se me ha castigado por arrancar la mala hierba en un terreno fértil.

—Las circunstancias cambian —dijo Whitlow—. Has reducido nuestra compañía en un momento crucial.

—Me ocupo yo solo de mi territorio, señor Whitlow —reafirmó Glaucous con dignidad reducida. Lentamente iba comprendiendo la onírica incorrección de este encuentro y lo que podría significar: que su intuición había sido correcta. Se cerraba un dogal. En caso contrario, ¿por qué revelar tanto? Porque ahora sabía que el señor Shank seguía vivo, seguía trabajando y todavía disfrutaba del favor de la Princesa de Caliza… a pesar de su aparente absorción en la más terrible Ansia que Glaucous hubiese experimentado nunca, aquel día tenebroso del 9 de agosto, 1924, en Reims.

—Hay formas discretas de preguntar —dijo Whitlow.

Glaucous sabía que jugaban con él.

—He trabajado durante nueve décadas sin supervisión. Sólo hablo con mi empleador cuando hay una entrega. Mi última entrega fue hace varios años, y no se mencionó ningún cambio.

Penelope miraba a través de la puerta un poco abierta del dormitorio.

Sintiendo la furia tranquila de Glaucous, Whitlow siguió negándose a entrar. Era así de simple, los cazadores visitan con cautela, se acercan con tranquilidad. Sin embargo, su sonrisa no había cambiado. Glaucous se preguntó si el recolector de mayor edad se había convertido en una marioneta —una mascota sacrificada a la hostilidad—, aunque no es que él

hubiese presenciado algo así, o siquiera hubiese tenido noticias. Pero cuando se trataba de la Lívida Señora, no se podía descartar nada.

—¿Cómo te ha sido a ti, muchacho? —dijo Whitlow, subiendo y bajando la garganta.

—Entre bien y normal —dijo Glaucous—. ¿Y usted, señor?

—Zarzas, espinas y ortigas —dijo Whitlow—. A tantos se les ha retirado y, sin embargo… aquí estamos. ¿Has visitado el país natal?

—No desde hace años. Muy edificado, he oído.

—Insoportable. Hemos vivido demasiado, Max.

—Será bien recibido si desea entrar, señor. Mi compañera está controlada.

—Amables palabras, Max. Realizaré mi informe, extenderé mi invitación y habremos acabado por hoy. —Whitlow sonrió. Sus dientes eran una perfección de marfil veteado—. Me alegra saber que estás bien. Refresca muchos recuerdos.

—Efectivamente, señor.

Whitlow se envaró más, su sonrisa se abrió y se enderezó.

—Todos hemos sido traídos aquí; *todos*.

Glaucous calculó con rapidez cuántos podrían ser… fundamentándose en años de elucubración y observación. Seguro que docenas, quizá cientos.

—Me han contado poco más —dijo Whitlow—, pero confío en que ahora tengamos claro lo importante que se ha vuelto tu territorio… por suerte para ti. Tenemos informes y ellos también los tienen.

—¿Ellos? —preguntó Glaucous. Penelope se aclaró la garganta en el dormitorio… escuchando tras la puerta.

Whitlow movió solemnemente la cabeza.

—Los dos hemos besado el dobladillo de la Señora y el dobladillo de nuestra Señora barre cerca. ¿Cuánto sabes ya, joven señor Glaucous… nimrod taimado que eres?

Los pequeños ojos de Glaucous se ampliaron más, aunque no lograban ni acercarse a los de Whitlow.

—¿Ha terminado? —preguntó con la garganta seca.

—Término es una posibilidad.

—¿Las sumadoras están aquí?

—Me dicen, y siento, que pronto un quórum ocupará nuestro tiempo. Te lo ruego, joven *shikari*: no retires a más colegas. Tu hilo es mío, y el mío está inextricablemente enredado con el de la Polilla, nuestro gran transmisor. Estamos unidos en nuestro destino.

Whitlow hizo un gesto de despedida y retrocedió, dejando de mirar a Glaucous.

—Debo darme prisa. Muchas casas de empeño a visitar.

—Efectivamente, señor.

—Cierra la puerta y echa la llave, Max —dijo Whitlow—. Déjame que oiga cómo lo haces.

—Por supuesto —dijo Glaucous—. Mis disculpas —cerró la puerta, la atrancó y prestó atención al familiar repique descentrado de los pasos de Whitlow al apresurarse escaleras abajo.

Incluso entonces los dedos de Max ansiaban hacerle una diablura al viejo.

28

Wallingford

Tras cuatro horas de charla en el salón —precedidas por un cuenco de caldo de pollo, un vaso de leche y una copa de vino tinto, que Daniel aceptó agradecido— Mary se llevó a su marido al pasillo que daba a la cocina y le susurró con crudeza en sus orejas enrojecidas:

—¿Qué *coño* haces? El tipo está enfermo… nos ha estado acechando, cree ser mi hermano, por amor de Dios… mi hermano *muerto*.

Fred se mostró claramente disgustado, pero no podía contener su entusiasmo.

—Cierto, pero deberías prestar atención a lo que dice. Lo estoy apuntando. Es posible que sea el hombre más genial que haya conocido nunca.

—¿Qué es tan genial?

—Transformadas de Fourier, phi de k y r, desviaciones máximas de los estados de energía cero de sistemas superpuestos de variables discretas.

—Locuras.

—¿Sí? —Fred se echó atrás, indignado—. Se está sintiendo mejor, Mary… tu sopa le ha hecho recuperarse. Lo ha pasado muy mal desde que llegó aquí.

—*¿Llegó*aquí? ¿A nuestra casa?

—Desde que cruzó. Está relajado, no ha hecho más que empezar a explicármelo… esto podría ser importante.

—Está hablando de *mundos alternativos*, Fred.

Fred hizo una mueca.

—Lo que no es nada nuevo para la física. Y *podría* ser una locura, pero está la matemática: o ha leído material único o ha realizado la tarea él mismo, ideas y soluciones de las que no he oído hablar. Algunos aspectos son incluso más impresionantes que la solución de Süto para la energía mínima total. Considera una retícula infinita de líneas que se dividen y se unen, cada una capaz de producir otra retícula; pensarías que algo así sería totalmente inmanejable, pero el secreto es que las ramas *no perduran*; se resumen a la mínima energía y la máxima probabilidad, la mayor eficiencia… Dijo algo tan completamente genial que fue *estúpido*. Dijo, «La materia oscura son cosas esperando a suceder».

Mary observó a su marido sobre brazos cruzados con fuerza, con labios cada vez más delgados con cada palabra.

—Apuntó algunas ecuaciones. Cierto, son mundos alternativos, pero también son los estados más eficientes para el movimiento e interacción de proteínas, soluciones de apilamiento de arena y cristales salinos, quizás incluso distribuciones y probabilidades de la producción de partículas simétricas en aceleradores de altas energías. Mary, si no te gusta, por favor *no interrumpas*. Ve a leer, cocinar o lo que sea. El tipo es una mina de oro.

Su esposa puso los ojos en blanco.

—¿Le has preguntado por qué sabe tanto sobre nosotros?

Fred agitó las fosas nasales.

—No te gustará la respuesta.

—Prueba.

—Sabe lo que sucedió antes de la muerte de Daniel, algunas de las cosas que me has contado. No le animé; me lo dijo por voluntad propia.

—No serían cosas imposibles de descubrir.

—¿*Tú*le has contado a alguien que cubriste de pintura plateada a tu terrier cuando te mordió?

Mary le miró con furia y los ojos se le anegaron de lágrimas.

—Exacto —dijo Fred—. Sabe de tu hermano mayor. Sabe cómo era tu padre.

El rostro de Mary manifestó un dolor anhelante. Peor que no creer era no querer creer.

—¿Sabe cómo murió Daniel?

—Eso no sería lógico.

—*Tú*debes habérselo contado a alguien —dijo ella, enfureciéndose.

—Nunca se lo he dicho a nadie. Acéptalo, Mary, *sabe* sobre tu familia y sobre ti, pero no hay mucho tras su muerte, es decir, tras la muerte de Daniel. Este Daniel… él no murió. Y en su mundo, nosotros no nos casamos. Incluso si se trata de una locura, es genial. No voy a decir que esté convencido, pero tengo que escuchar lo que dice. Por favor, Mary. —Apretó delicadamente los antebrazos, tenso—. Quizás acabe atándose a sí mismo en nudos lógicos y podamos echarle, o llamar a la policía y entregarle.

Mary pareció ablandarse, pero podría ser el agotamiento.

—Podría hacerle algunas preguntas realmente difíciles. Fallaría, lo sabes.

—Se altera cuando tú estás presente. Se pone triste y energético. No tiene muy buena salud.

Mary dejó caer los hombros.

—¿Cuánto?

—Podría ser toda la noche. Puede dormir en el sofá… sería un lujo comparado con su cama habitual. Por favor, Mary.

La mirada de Mary —dolor, confusión, furia— él la reflejó en sus propios rasgos, pero mantuvo los ojos fijos, examinando. Lo que a ella le dejó claro que Fred iba a insistir.

—Descubre quién es en realidad —dijo murmurando—. Miente. Está loco. E incluso si fuese mi hermano… ya sabes que no hablaría con él. Daniel era un cabrón increíble. Por eso John le mató… para salvarnos a los demás. Para salvarme a *mí*. Lo recuerdas, ¿no?

—Claro —dijo Fred con excesiva rapidez, y le tocó el hombro—. Pero como no dejas de repetir, no puede ser tu hermano, ¿no? ¿Por qué no te vas a la cama y dejas que me ocupe yo?

—No lo quiero en la casa. Me da miedo, Fred.

—A mí también me da miedo, cielo. Por lo inteligente que es.

Mary subió las escaleras para ir al piso de arriba, al dormitorio, dejando a Fred en el pasillo, mirando los cuadros de fotografías que Mary había

tomado en Ginebra y Brookhaven… donde habían vivido y donde el padre de Mary había trabajado durante veinte años. De uno de los cuadros colgaban los restos de una telaraña, sombras de líneas sedosas alejándose y uniéndose bajo la brisa del aire caliente que recorría el pasillo.

Fred siguió esas sombras, separándose y reuniéndose formando círculos ondulantes, hasta que se le desenfocó la vista. Luego se apresuró para continuar la charla con el extraño sentado en su salón. Pero primero paró en el baño y se aplicó un dedo de mentol bajo cada fosa nasal.

Daniel o Charles —fuese quien fuese— apestaba horrores.

La noche dejó paso al amanecer, y a la bebida; refresco para Daniel, whisky para Fred. Fred disfrutaba de una fiebre medio borracha de elucubraciones.

—¿Cómo pudiste acabar en el cuerpo de otro? ¿Transferiste tu alma?, ¿existe algo similar a un espíritu que pueda transmitirse?

—No lo sé —dijo Daniel—. Nunca me había pasado antes. *No que yo recuerde*.

—¿Algo relacionado con las líneas de mundo? —preguntó Fred, con el rostro sonrosado—. ¿Podríamos desarrollar una ecuación para describirlo?

Daniel le observó atentamente.

—Quizá —dijo.

—Una línea de mundo se corta… queda libre… y vuela por ahí y conecta con la línea de mundo similar más cercana —dijo Fred—. Como unir ADN o trozos de cable; no sé cómo, es una simple metáfora. ¿Qué recuerdas de tu pasado? —preguntó, frunciendo el ceño ante la súbita importancia de la pregunta.

Daniel miró a la estancia y se encogió de hombros.

—Menos y menos —dijo—. Algunas partes son muy difusas.

Fred plantó los codos sobre las rodillas y lentamente hizo girar el vaso.

—Hasta ahora, has estado dependiendo de los recuerdos de una variedad de versiones de ti… pero ya no puedes hacerlo. No te puedes llevar contigo todos los recuerdos físicos. Este cuerpo… no eres tú. Sigues con el impulso de los recuerdos de la transferencia, pero estás desapareciendo.

Daniel estuvo de acuerdo.

—Exacto —dijo Fred, entusiasmado con su propio ingenio—. Si algo de todo eso es cierto, entonces esa conclusión se deriva lógicamente.

—He estado apuntando cosas —dijo Daniel.

—Mi esposa… quiero decir, si eres Daniel… mi esposa podría suministrarte recuerdos importantes de tu pasado. No es que tal recuerdo fuese a compensar todo lo que has perdido, pero sería mejor que nada.

Daniel bajó la vista, preocupándose de pronto de que este hombre inteligente acabase pensando en la solución final: lo que debía suceder inevitablemente. Por suerte, Fred parecía interesado en la teoría, no en la amenaza; no en el peligro presente.

—¿Cuántas personas poseen este talento? —preguntó Fred.

—No soy el único.

Los ojos de Fred relucieron.

—Si otras líneas de mundo están siendo devoradas, destruidas o alteradas… quizá la gente como tú esté migrando aquí. Escapando de otras líneas de mundo consumidas. Podrías estimar a qué distancia está tu línea de mundo de la destrucción contando la gente como tú, cuando empiecen a llegar. Si pudieses encontrarlas. Es decir, ¿cuántas de ellas estarían dispuestas a confesar que desplazan a otras personas y toman el control?

—Tiene sentido —dijo Daniel.

—Pareces agotado —dijo Fred.

—Lo estoy.

—Es tarde. Tenemos que discutir más esas soluciones mersauvianas. ¿Por qué no te quedas aquí? Un sofá no puede ser peor que una casa abandonada.

—Una oferta generosa —dijo Daniel.

—Bien, me siento intrigado —dijo Fred—. Mañana seguiremos, después de mis clases.

—Vamos a consultarlo con la almohada —dijo Daniel—. Nos veremos después.

29

Los Niveles

La primera noche en el nicho de Tiadba, el sexo fue breve, prometedor… no lo que Jebrassy había esperado. Adoptaron una actitud paciente, aunque no podían saber qué esperaban. El cel al otro lado del extremo abierto del nicho se oscureció de gris a azul casi negro. En la oscuridad relucían pequeñas luces, hermosas y familiares… irreales.

Finalmente, cediendo a la insistencia amable de Tiadba, Jebrassy contó más cosas sobre sus descarríos, su sospecha de que quien entraba en sus sueños no venía del Kalpa, no se quedaba demasiado tiempo y dejaba pocas indicaciones sobre su naturaleza.

—Creo que podría venir del pasado.

Ella le miró desde el otro lado de las almohadillas y colchas que había dispuesto para el encuentro.

—Pero no sé nada seguro —dijo Jebrassy—. Podría venir del futuro… o quizá sea un mensajero del Caos.

—La mía es del pasado —susurró Tiadba, con los ojos bien abiertos por el misterio—. No conoce nuestra vida. Pero vengan de donde vengan, creo que se conocen.

Bajo la mirada directa de Tiadba, Jebrassy se enterró confundido en las colchas. Con voz apagada, dijo:

—He escrito un mensaje. Si viene mientras estoy aquí… contigo… muéstraselo.

Tiadba le desenterró y se tendió a su lado, y los dos miraron a través de la abertura de la noche al techo negro aterciopelado de su mundo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tiadba—. ¿Qué está pasando ahí fuera? ¿Por qué nos mantienen en la ignorancia?

Abandonaron la punta más lejana de la tercera isla y cruzaron los campos de cultivo. El cel se tiñó de naranja y se oscureció a gris en el horizonte, indicando la llegada del sueño, pero los campos seguían activos con pedes rojos y negros recogiendo fruta madura. Se movían sobre manchas paralelas de docenas de pies activos entre las filas estrechas de arbustos y árboles bajos y anchos. Cada pocas docenas de metros, los encargados de los pedes emitían chasquidos y silbidos, anunciando la posición de cestos y carros de recogida.

Un solitario guardián, veletas cortas y cristalinas surgiendo de un tórax liso y gris, flotaba entre la carretera y el borde del bosquecillo más cercano. Hizo caso omiso de ellos… justo como Tiadba había predicho.

Los pedes trepaban a los emparrados arqueados junto a los cestos y dejaban caer sus cargas con trinos y gritos de satisfacción. Los encargados reunían los cestos y llevaban los carritos a las chozas donde empaquetadores y cocineros los preparaban para las comidas del día siguiente. De tal forma se alimentaba la progenie antigua en los Niveles: aunque los pedes se encargaban de la recogida y la mayor parte de la poda y carga.

A tres kilómetros del centro de distribución, Jebrassy y Tiadba abandonaron la carretera, ahora un sendero gastado de tierra, y recorrieron acres de zonas en barbecho que todavía no se habían sembrado, atravesando luego el bosque poco denso que rodeaba todas las granjas. Poco después llegaron a una losa elevada cargada hasta arriba de maquinaria y viejos aperos de granja, rotos o desechados muchas generaciones antes. (Jebrassy estaba seguro de que los pedes no habían sido siempre los encargados de la parte más importante de la recogida… que esas máquinas, oxidadas y marcadas por el tiempo, podrían haber realizado esas tareas). Asegurándose de que no les seguían, Tiadba le ayudó a subir, y a su vez él la subió a la losa. Desde allí, ella le guió por entre restos de cajas hasta llegar a un

agujero abierto en medio de la losa… quizás a unos seis kilómetros del bloque donde vivían. Bajaron por una curiosa escalera; travesaños dispuestos en espiral siguiendo el pozo profundo con una extraño recodo que, después de unos veinte metros, convirtió el pozo en un túnel horizontal, todavía equipado con travesaños pero más adecuado para grandes pedes que para progenies. Les llevó por una parte de los Niveles de la que él no había sabido hasta ese momento: una zona de almacenamiento abandonada hacía tiempo y que aparentemente ahora se empleaba exclusivamente para celebrar reuniones clandestinas.

Tiadba le informó —su rostro reluciendo con la emoción de la conspiración— de que los guardianes nunca venían aquí.

—Ese guardián del bosquecillo pasó de nosotros. ¿No te parece raro? Estábamos donde no debíamos estar, casi al anochecer.

Jebrassy admitió que era raro.

—Algunos creen que les han ordenado mantenerse a distancia. Algunos creen que se *supone* que debemos hacer lo que estamos haciendo.

Jebrassy no se mostró en desacuerdo… en voz alta. Pero sólo tenía pensamientos de rechazo. Quería ser desafiante, no ajustarse al plan de alguien.

Y cuando llegaron finalmente a la pequeña sala, iluminada por tres luces antiguas y verdosas que iluminaban el círculo de rostros de los exploradores escogidos, se sintió como un tonto. Un tonto enamorado.

Tiadba era una fulgente absolutamente maravillosa, sin duda. Pero su tozudez igualaba a la suya propia. Ella no dedicaba demasiada consideración a los sentimientos de Jebrassy, sino que siempre se centraba en la Meta… es decir, en *su* Meta. Y ahora mismo, la Meta de Tiadba, por encima de cualquier cosa —incluyendo el amor de Jebrassy—, era la marcha. Literalmente le había traído a rastras a esa reunión… atándole una cuerda alrededor de la cintura antes de abandonar los Niveles medios, por si se caía al bajar la escalera, e incluso ahora tiró de él para sentarle con el grupo del perímetro, esperando a su líder… la sama anciana llamada Grayne.

El círculo se concentró en la oscuridad expectante del centro.

—Nunca nos decepciona —le confió un joven mientras él y Tiadba se hacían sitio y se sentaban, hombro con hombro, con los otros. Jebrassy se preguntó si el progenie se refería a Tiadba y se preparó para sentirse insultado, pero pronto quedó claro que se refería a la propia Grayne, la mujer mayor.

Todos se sentaron, para luego echarse atrás y apoyarse en la pared, y pronto Jebrassy sintió una opresión fría y antigua: no le gustaba el lugar. Independientemente de su entusiasmo por unirse a la marcha, todo el misterio y el secreto le parecían artificiales.

—Extraño lugar —le susurró a Tiadba. Ella actuó como si no le hubiese oído—. Podría haber sillas. Una mesa.

—Nunca dejamos rastro —dijo Tiadba, y el joven a su lado asintió.

—Si los guardianes nunca vienen aquí… ¿qué más da?

—Es *la forma* —dijo el joven, dándole un codazo de irritación—. La marcha siempre se realiza de tal modo.

—No sería mi modo —murmuró Jebrassy.

—¿Qué harías *tú?* —preguntó el joven, su rostro oscureciéndose. Se inclinó hacia delante para ver la reacción de Tiadba, pero ella hacía lo posible por pasar del intercambio… lo que irritó a Jebrassy todavía más.

—Yo iría ahí fuera solo, o con un grupo de gente que conociese y en la que confiase. Bien preparados.

—¿Y quién sería el líder?

—Yo.

El hombre rio.

—¿De dónde sacarías el equipo? —preguntó.

—No sabe nada sobre el equipo —dijo Tiadba.

—Entonces, ¿a qué traerle? Estamos casi listos. Se supone que éste es un grupo experimentado.

—Porque Grayne lo pidió. —Una verdad parcial.

El hombre se lo pensó y luego, con un encogimiento, preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Jebrassy.

—¿El luchador? —El joven volvió a golpear el brazo de Jebrassy, en esta ocasión con el codo—. Te he visto. Me llamo Denbord. —Señaló a otros dos—. Perf y Macht. Somos amigos. Queríamos luchar, pero la marcha es más importante.

Los otros, todavía no presentados, se tocaron las narices y se miraron mostrándose de acuerdo: los luchadores daban pena, por divertidas que fuesen las peleas.

—Silencio —dijo Tiadba—. Ya llega.

El círculo había dejado un espacio cerca de la entrada del túnel. El aire era intenso y cargado. Jebrassy se echó a sudar.

Entró una mujer pequeña, casi treinta centímetros más baja que Tiadba, mayor y doblada: *era* la sama que había conocido en el mercado. Se movía lenta y cuidadosamente, empleando un cayado, y la seguían dos jóvenes vestidas con largas camisas grises y zapatillas, cargando con cestos. Se pasó la fruta: tropes, todavía no maduros pero repletos de jugo, y chafa seca para masticar. El grupo se refrescó mientras la anciana ocupaba el centro de la cámara, sus ojos oscuros en el rostro sencillo y gastado buscando por el círculo hasta dar con Tiadba —sus labios suavizando las líneas duras— y luego en Jebrassy. Le dedicó un claro asentimiento.

Una de las jóvenes acercó un taburete bajo en el que Grayne se sentó con un suspiro. Completó la inspección.

¿Es un truco? No puede ser la líder de una marcha. Es tan vieja… *¿Por qué el Guardián Sombrío no ha venido a por ella?* Jebrassy sintió que el ceño se le fruncía y se obligó a relajarse… no quería revelar más de lo imprescindible.

—Veinte escogidos —dijo Grayne—. Cuatro de este grupo, dieciséis, de otro lugar. El Kalpa es eterno, pero nosotros somos *nuevos*, nosotros somos *juventud* y *novedad*. No somos mascotas, ni juguetes; somos esperanza, embotellada hasta que resulta necesaria. Y ahora se ha colmado, se *nos* necesita. Nadie más en el Kalpa posee la voluntad de atravesar el Caos.

—Nadie más —entonó el grupo.

—Enviamos a nuestros exploradores por las puertas, atravesando el límite de lo real, hacia el misterio, para encontrar a nuestros primos

perdidos y liberarnos. ¿Qué hay allá *Fuera*, más allá del Kalpa? —preguntó Grayne en voz baja—. ¿Lo sabe alguien con seguridad?

Jebrassy negó con la cabeza, sus ojos retenidos por la mirada negra e intensa de la mujer.

—¿Lo sabes tú? —le preguntó ella directamente.

—No.

—Y así nos entregamos todos al misterio, a lo desconocido, para salvarnos de la asfixia. ¿Estás con nosotros?

—Sí —dijo Jebrassy.

Grayne le examinó, luego se puso en pie, metió la mano en un bolsillo de la túnica y sacó una bolsita. La vieja sama recorrió la cámara, entregándoles pequeños fragmentos cuadrados a todos, excepto a Jebrassy.

—Nos veremos una vez más antes de la marcha. Ahora iros todos, excepto el luchador. Y Tiadba.

Tiadba ayudó a Grayne a recorrer la cañería hasta la superficie. Jebrassy les siguió. Los tres se quedaron inmóviles durante un momento, mientras Grayne recuperaba el aliento.

—Todo lo que sabes está equivocado, joven luchador —le dijo.

Los demás ya se habían dispersado sobre los campos en barbecho y luego por el camino hasta los bosquecillos bajos, pasando junto al solitario e inmóvil guardián, su resplandor un azul tenue e intermitente en la oscuridad.

Los pedes se habían enrollado sobre sí mismo, en la semioscuridad relucían y se estremecían, para conservar el calor.

—Sé que soy un ignorante —dijo Jebrassy, manteniendo la voz baja—. Pero no soy estúpido.

Grayne alargó los dedos fuertes y nudosos y agarró la mandíbula de Jebrassy. Le giró la cara hacia la suya, con los ojos como flechas.

—Tiadba me dice que tu visitante no sabe nada de los Niveles, ni del Kalpa. ¿De dónde crees que viene?

Jebrassy no se soltó.

—Probablemente Tiadba sepa más sobre él que yo.

—No importa —dijo Grayne, y se estremeció en el aire frío—. Demos un paseo.

El nicho de la sama era más que humilde. Vivía en el nivel más inferior del bloque principal de la tercera isla, dentro de una especie de columna de soporte rodeada de maquinaría antigua y silenciosa: grandes armatostes de dureza lisa, pesados, oscuros y que no revelaban las tareas que habían desarrollado antaño.

La decoración del nicho era igualmente humilde: algunas mantas y cojines de color pardo, una caja pequeña para la comida, y una caja mayor, equipada con una cerradura de dedo. Ella les ofreció agua. Ellos se sentaron en silencio mientras ella tocaba la caja, la abría y sacaba…

Un libro. Un libro de verdad, encuadernado en verde, con letras en el lomo y la portada. Era el primer libro real —suelto y completo— que hubiesen visto nunca. Tiadba dejó escapar el aliento como si alguien le hubiese dado un golpe en el estómago. Jebrassy mantuvo la expresión totalmente controlada, al encontrarse, una vez más, sin saber qué tramaban las dos mujeres… quizá nada bueno. Quizá fuesen parte de una trampa de los Alzados para atraer a jóvenes tontos.

Su mente pasó rápidamente de confusión en confusión y luego miró a Tiadba… y comprendió que ella estaba tan hipnotizada como él.

Grayne se llevó el libro al regazo y se les acercó.

—Amo estos objetos peligrosos e imposibles por encima de todo lo demás en los Niveles —dijo, sosteniéndolo en ambas manos y abriéndolo para inspeccionarlo—. ¿No es encantador?

Jebrassy ansiaba sostenerlo, pero no se atrevió a alargar la mano. La portada estaba adornada con flores de un tipo que nunca había visto en los campos cultivados, dispuestas alrededor de un diseño que atraía de inmediato la vista: una cruz rodaba por una banda entrelazada que aparentemente giraba.

Tiadba le miró. Él asintió. El dibujo les era familiar, aunque nunca lo habían visto antes.

—¿Es de los estantes en los Niveles superiores? —preguntó Tiadba.

—Esos libros no son reales —dijo Jebrassy—. He intentado sacarlos. No son más que adornos.

Grayne rodeó el libro con dos dedos y juntó los labios, contrayendo las mejillas con un resoplido.

—Kilómetros y kilómetros de tentación y futilidad. Es una curiosidad, me parece a mí, que instintivamente amemos los libros, pero no podamos tenerlos, no podamos leerlos, no podamos hacer más que mirar los lomos, fijados en esos horribles y maravillosos estantes —solemnemente dejó el libro sobre una pequeña mesa situada entre ellos—. Tocadlo. Es muy antiguo, muy resistente; lleva miles de vidas esperando ser usado. No podéis dañarlo.

Tiadba tenía lágrimas en los ojos al alzar el libro y oler la portada.

—¿Sabes leerlo? —le preguntó a Grayne.

La sama levantó un dedo: sí.

—Algunas hemos traducido páginas. Muchas páginas.

—¿Cómo? —preguntó Jebrassy.

Grayne sonrió.

—De todas mis instrucciones y deberes extraños, ésta es la parte que más me gusta. Hay un secreto tan maravilloso que nadie te creerá si se lo cuentas… así que no te molestes.

»Una vez, cuando éramos muy jóvenes, mis hermanas de inclusa y yo inventamos un juego. Subíamos a los Niveles superiores y luego corríamos siguiendo los estantes imposibles. Reíamos, saltábamos y tirábamos de los lomos inmóviles, estantes superiores, estantes inferiores, uno arriba, uno abajo, estantes centrales… tirábamos durante horas de los volúmenes inflexibles, riendo, saltando y cayendo una y otra vez, para luego reír todavía más. Nadie esperaba que tuviésemos éxito, pero nosotras creíamos, como suele suceder a los niños, que si nos sentíamos tan atraídas por ellos, si había tantas leyendas e historias infantiles sobre libros, entonces algo de cierto debían tener… debía haber algo tras esos lomos tentadores.

Grayne se sentó lentamente. En privado sus movimientos eran más evidentemente de dolor. Jebrassy se preguntó si él mismo llegaría a vivir tiempo suficiente para sentir ese tipo de dolor. £5 *la progenie más anciana que he visto nunca*…

Por primera vez, se descubrió pensando que una visita del Guardián Sombrío podría ser una bendición en lugar de un acontecimiento a temer.

—No fui la primera en encontrarlo: nuestro primer libro liberado de los anaqueles. Fue mi mejor amiga, Lassidin: rebosante de curiosidad, la más rápida de mis hermanas. Una chispa entre fulgentes, decís los machos. Para mí, era una llama… —Grayne cerró los ojos—. El Guardián Sombrío se la llevó hace tiempo. Pero ella fue la primera en resolver el acertijo, observando, en su refulgencia, siempre observando, viendo continuamente lo que nosotras no podíamos ver, resolviéndolo, corriendo, saltando, tirando… hasta hacerlo correctamente.

Grayne alzó un dedo torcido y agarró el aire, reviviendo el momento.

—Lassidin agarro un lomo… justo el lomo correcto… y ante nuestros ojos sacó un libro. Ella misma se sorprendió tanto que se cayó y aterrizó de culo. El libro se abrió sobre el suelo polvoriento, mostrando páginas cubiertas de letras de un alfabeto antiguo… algunas familiares, la mayoría no. Todas mis hermanas de inclusa, éramos cuatro porque en aquella época las familias podían ser mayores, se reunieron alrededor del libro y lo miraron, temiendo tocarlo. Dos salieron corriendo. Lassidin y yo de alguna forma reunimos el coraje para llevarnos el libro al nicho familiar, donde lo ocultamos de nuestros mer y per. Al principio no se lo contamos a nadie. Y cuando regresamos a ese punto de los Niveles, donde había habido un hueco, encontramos otro libro en su lugar, tan falso e inflexible como antes. Nos preguntamos si lo habíamos soñado y corrimos de vuelta a nuestro nicho… donde Lassidin había depositado el libro en esta vieja caja, con su cierre digital.

»Para cuando volvimos a los niveles superiores, unas vigilias después, Lassidin había resuelto el acertijo de los estantes, y los estantes nos recompensaron por su ingenio. Retiramos el segundo de muchos, que luego nos llevamos y ocultamos con el primero.

—¿Cuántos? —preguntó Tiadba.

Grayne apretó los labios y se tocó el pelaje rígido de la nariz.

—Más de uno —dijo, con una ligera sonrisa—. Menos de una docena.

—¿Quién aflojó los libros? ¿Por qué dejar que alguien los mirase? —preguntó Jebrassy—. Creía que los Alzados querían mantenernos en la ignorancia.

—Preguntas sofisticadas por parte de nuestro joven guerrero —dijo Grayne—. No conozco las respuestas. Sin embargo, algunos dicen que un ciudadano elevado y poderoso, muy por encima de los Alzados, creó esos estantes en honor a su hija: que murió o desapareció hace tiempo. Es posible que no estuviesen destinados a nosotros. En cualquier caso, el Guardián Sombrío llegó a por mi hermana, pero no a por mí. —Alzó la vista—. Soy la protectora de la caja de Lassidin y todos los libros que recogimos de las paredes, todos los libros que se nos permitió encontrar.

Tiadba pasó a la siguiente página del libro verde. Su nariz se arrugó delicadamente y adelantó la barbilla.

—No sé leerlo. Las letras son muy diferentes.

—Son antiguas. Algunas siguen siendo familiares.

Tiadba siguió las líneas con los dedos para luego decir:

—Aquí hay una. Y otra. —Encantada, se las mostró a Jebrassy.

—Mi hermana de inclusa, Kovleschi, era más dócil y no perseguía los anaqueles con nosotras, pero sabía de insectoletras antiguos, marcados en sus élitros con tales letras. Visitamos las familias que los tenían y los apreciaban, y allí estudiamos cómo formaban palabras… y los comparamos cómo con bichos más jóvenes con símbolos diferentes y más recientes formaban las mismas palabras.

Los insectoletras podían vivir muchas vidas de progenie, y a menudo pasaban de una generación a otra.

—Con el tiempo, acabamos deduciendo un silabario, y con eso, los rudimentos de un diccionario. Pero incluso entonces sólo pudimos leer algunos párrafos. Sigue habiendo muchos detalles que para mí no significan nada. Aunque todos aquellos que se mantienen inmóviles los he memorizado, parecen cambiar.

Tiadba le pasó el libro a Jebrassy. Él también examinó la primera página… y alzó la frente.

—Sangmer —leyó, pasando el dedo bajo una extraña palabra—. ¿Trata de *Sangmer?* —En ocasiones, los maestros contaban historias a los progenies que se habían portado mal, a veces relativas a un viajero llamado Sangmer, que murió después de perderse más allá de su vecindario.

—Quizá después de todo no he sido tan tonta —dijo Grayne, con ojos que destellaban—. La mayoría de nuestros libros hablan en algún momento de Sangmer e Ishanaxade. Eran compañeros, pero no siempre felices. Una pareja tempestuosa. Lo poco que podemos leer nos dice que al final los dos desaparecieron en el Caos.

—¿Y qué cuentan los otros libros?

—Lo que es más confuso, hablan de cosas que ningún progenie puede comprender. Del envejecimiento del mundo en el exterior de este lugar, y del declive de gobernantes todopoderosos… y cómo se vieron obligados a encerrarse en el Kalpa. Incluso se encuentra una breve historia de los últimos años de lo que parece haber sido una reluciente brillantez en el *cielo* abierto, algo llamado «sol».

—Me gustaría leerlo —susurró Jebrassy—. Me gustaría leerlos todos. —Miró a su alrededor, como si temiese que Grayne, el nicho, la caja, esos libros reales, fuesen a convertirse en humo.

Con el cayado, Grayne acercó la caja.

—Éstos eran *nuestros* libros. Estaban destinados sólo a nosotras, para guiarnos. Vosotros encontraréis vuestros propios libros, y ellos os acompañarán a lugares a los que nosotras jamás podríamos ir. Quizá cuenten el final de la gran historia. —Entrecerró los ojos, casi completamente agotada.

Tiadba se mostró conmocionada, pero cogió el libro que tenía Jebrassy —se lo arrancó de entre los dedos— y se lo pasó a Grayne, quien lo devolvió a la caja de Lassidin.

Grayne bajó la tapa y cerró la caja.

—Ésta será la última marcha —dijo la vieja sama—. Al exterior saldréis totalmente ignorantes, a menos que encontréis vuestros libros y aprendáis a

leer lo que contienen. Les contaréis esas historias a vuestros compañeros. Cada marcha tiene sus historias e instrucciones. Tales son las reglas.

—¿Las reglas de quién? —preguntó Jebrassy.

Grayne no le respondió. Se quitó la capa, mostrando hombros delgados y doblados bajo un vestido sencillo y negro, y se la entregó a Tiadba.

—La hermandad la cosió, hace muchas vidas, cuando todas éramos jóvenes. Mira en su interior; cosido en el forro se encuentra nuestro tosco silabario y el diccionario comparativo. Todo preparado refiriéndose a los antiguos insectoletras. Algunos de esos bichos todavía sobreviven. Debéis buscarlos, tomarlos prestados, aprender vuestras propias palabras y añadirlas a nuestro conocimiento.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Jebrassy.

—Mejor sería preguntar por qué *tú*, joven guerrero —dijo Grayne—. Yo le habría entregado todo esto a Tiadba. Tal era mi plan, hasta que ella decidió ser aventurera. Durante un tiempo, furiosa con ella, pensé que moriría con la caja cerrada, vengándome de un mundo que ya no producía hermanas más encantadoras y *razonables*. Pero tengo mis instrucciones.

¿Alzados? Jebrassy retuvo la lengua y no preguntó, pero aun así soltó:

—Tú guías las marchas. Tú preparas el equipo, tú los envías… —Era incapaz de deshacer ese nudo.

—Cierto. Me han utilizado, pero, en mi defensa, siempre he esperado que algún día al menos unos individuos volverían y me contarían qué hay más allá del límite de lo real. Ninguno lo ha hecho. ¿A cuántos he condenado? —Se limpió una lágrima para luego enderezarse y asumir su sama mien—. Éste es nuestro secreto, lo que descubrió la hermandad. En el silabario, Lassidin y yo incluimos una lista de los Niveles y pisos más prometedores. Los falsos estantes de todos los pisos habitados están fijados y son inútiles. Sólo en los pisos desiertos es posible liberar ocasionalmente un libro. Buscad esos estantes. No siempre son los mismos. Comprended la razón, y el cómo, y aprenderéis lo que nosotras aprendimos.

»Bien… queda muy poco tiempo, jóvenes —dijo Grayne—. Creo que pronto me visitará el Guardián Sombrío. Pero antes de que tal cosa suceda, debo preparar esta última marcha.

Jebrassy bajó la vista, emocionado, confundido… y asustado.

—Vuestro primer desafío es aprender lo que podáis. Muy poco, pero podría salvaros la vida. Luego, iréis a los canales de drenaje, para iniciar el entrenamiento.

30

Toda el agua de los Niveles fluía por este conducto, que se perdía en una neblina baja más allá de donde estaba Jebrassy, en el borde del prado exterior. El agua producía un ruido lúgubre y somnoliento al descender por su canal. Era clara y olía a humedad y un poco a tristeza. Con brazos y dedos midió la distancia entre el borde superior del canalón y la tierra que lo rodeaba; la mitad tierra marrón grisácea, granulosa y con guijarros que se encontraba por todos los Niveles. Seguía intentando comprenderlo todo a la vez, y el esfuerzo hacía que le doliese la cabeza.

Más atrás, cerca del puente, el conducto había estado mucho más alto. Quizás el agua no llegase hasta el muro lejano, sino que se perdiese en el suelo, absorbida como por un trapo. De alguna forma, el suelo, granuloso y agreste, la absorbía, la extendía, la purificaba.

Lo que sea que tira del agua, tira de mí. ¿Y el suelo impele y extrae el agua de la misma forma que tira de mí? No sé nada sobre el lugar en el que vivo.

Confundido, frustrado, sintió ganas de golpear, que era siempre su primer impulso al enfrentarse a su insondable ignorancia.

Permaneció de pie y se volvió al oír pasos. Al principio, una elevación del prado le impidió ver quién era, pero luego percibió la cabeza redonda y cubierta de pelaje en punta de Khren. Junto a Khren venían tres jóvenes progenies, todos con los ojos muy abiertos por la anticipación.

Tiadba había dicho que tenían que encontrar cuatro ayudantes, y que debían reunirse en la escalera central en espiral que se elevaba por el extremo interior de la primera isla. Iban a visitar un piso abandonado en lo alto de los Niveles. Podrían pasar todo el día buscando en unos pocos de los

pasillos que partían de la escalera —una porción muy pequeña de los pisos abandonados—, y con poca luz, algunos pares extras de manos y ojos atentos y jóvenes podrían ser muy útiles. Aun así, a Jebrassy le incomodaba tener que compartir el poco tiempo que tenían para estar juntos, incluso más incomodado con respecto a Khren, que le había acompañado en tantas aventuras.

Los jóvenes bajaron corriendo por la carretera recta y se reunieron a su alrededor, tocando dedos y emitiendo agudos silbidos de saludo.

—Shewel, Nico, Mash… éste es Jebrassy —dijo Khren—. Un progenie muy poco prudente y bastante artero. —Se mostraron impresionados; estaba claro que Khren les había llenado la cabeza de tonterías.

—Eres un guerrero —dijo Shewel, el más alto, un joven desgarbado de ojos muy separados y pelaje rojizo en la cabeza.

—Ahora no hay mucho tiempo para luchar —dijo Jebrassy.

—Tiene una fulgente con la que ocupar las horas vacías —dijo Khren, y Jebrassy le dedicó una buena mirada. Khren se hizo a un lado con habilidad, como si esquivase una piedra.

Los jóvenes estaban sin aliento.

—¿Qué buscamos? —preguntó Nico. Era pálido, con pelaje y pelo plateado, ojos de un azul claro; bastante guapo, pero con voz aguda y aflautada—. ¿Hay comida enterrada por aquí? ¿Objetos extraños ocultos por los guardianes?

—Nada de eso —dijo Jebrassy—. Vamos a buscar en un piso vacío de los Niveles.

—¿Buscando sueños fantasma? —preguntó Mash. Era un joven fuerte, de cabeza cuadrada, el más joven, por lo que Jebrassy podía determinar, pero también el de mayor tamaño. En ocasiones los progenies les contaban a sus jóvenes un cuento de entreluz según el cual los sueños más hermosos se soltaban al despertar y volaban para refugiarse en los pisos abandonados, donde era posible recogerlos en cestos y traerlos de vuelta para endulzar noches futuras. Evidentemente, había que evitar los malos sueños—. ¿Brillante u oscuro? —insistió Mash, a la defensiva, al burlarse los demás. Dio vueltas al grupo, como si sintiese vergüenza de unirse a ellos.

—Nada de sueños. Vamos a explorar los estantes y buscar libros. Vamos a intentar sacarlos. Libros reales que quizá podamos leer.

—¡No! —dijo el grupo a coro, decepcionado. Sabían que todos los libros eran falsos—. Es una estupidez, una pérdida de tiempo.

—Una bolsa grande de chafa dulce y tropes para cualquiera que dé con un libro real —dijo Jebrassy—. Y encontremos alguno o no, al volver compartiremos tres bolsas, así que todos volveremos a casa satisfechos. Pero nada de holgazanear.

Lo que les motivó hasta cierto punto, e hicieron cola tras Khren y Jebrassy para cruzar el puente medio hasta la primera isla.

Los pisos inferiores seguían poblados, así que entraron por la explanada interior, manteniéndose lejos de los pequeños grupos de ocupantes próximos a los ascensores, y subieron por las escaleras a través de uno de los múltiples núcleos de ventilación; los escalones sucios por la falta de uso.

El grupo esperó en el décimo piso, donde Tiadba les había dicho que se reuniesen. En este lado del bloque todos los pisos por encima del diez estaban abandonados desde que había memoria, después de tres intrusiones en una misma vigilia… quizá pura casualidad, pero suficiente para asustar a todas las familias e incluso a los jóvenes sin pareja. Ninguno de los nichos daba la impresión de haber sido ocupado recientemente; todos estaban llenos de muebles rotos, restos y excrementos depositados por insectoletras y pedes salvajes.

Mientras Jebrassy daba vueltas, esperando, miró por los pasillos que partían de la escalera. Dos insectoletras perdidos volaban en las brisas, muy pocos, demasiado dispersos y desorganizados para formar palabras interesantes, restos tristes de vigilias más alegres, cuándo los nacidos de umbrío los habían dispuesto sobre lienzos y habían jugado a sus juegos de aprendizaje.

Los jóvenes, aburridos, jugaron unas rondas de brazadas, luego agitaron las muñecas y corrieron por un pasillo para practicar «tirar», eso decían, aunque ninguno de los pasillos de este piso tenía estantes, y menos aún lomos.

—No os alejéis —les gritó Khren, bien consciente de lo fácil que era que esos jóvenes se desviasen de su propósito—. Llega tarde —le dijo a Jebrassy, con voz baja y nerviosa—. Dicen que la intrusión no se produce dos veces en el mismo sitio, pero yo no estoy tan seguro.

Los dos amigos compartieron un rollo de chafa amarga y masticaron pensativamente la fibra, hasta que el silencio pareció serles excesivo. Ya ni siquiera podían oír los enfrentamientos y gritos de los tres jóvenes. Los insectoletras también habían desaparecido.

—Se han ido demasiado lejos —dijo Khren. Se sentó, negándose a seguir a Jebrassy en su paseo de un lado a otro—. Debería ir a buscarlos. —Pero no se levantó. Khren prefería la reflexión al movimiento, incluso cuando estaba ansioso.

—Están bien —dijo Jebrassy—. Un grito bastará para llamarles. Paciencia.

—¿Cómo es de fiar tu fulgente? —preguntó Khren.

Jebrassy iba a responder, pero oyó el eco de pasos tenues y apareció Tiadba, atravesando rápidamente la barandilla. Llevaba los mismos pantalones y la misma prenda atada a la cintura que aquel día en los Diurnos, y parecía cansada.

—Lamento llegar tarde —dijo—. Guardianes grises. Tuve que salir y rodear el primer piso para que no me siguieran. Después de todo, ¿por qué alguien iba a venir *aquí?* —Miró acusadoramente a Khren.

—No conté nada —respondió, girando dos dedos resentidos.

—Claro que no —dijo Tiadba—. ¿Encontraste ayuda?

—Khren reclutó a tres —dijo Jebrassy—. Están muy verdes, pero están animados. Ya se han ido a cazar.

Khren miró a Jebrassy, todavía dolido, y se excusó para ir a buscarles.

—Es un progenie sincero —dijo Jebrassy cuando Khren ya no podía oírle—. Los líderes deben tener cuidado con sus palabras.

Tiadba sorbió.

—Grayne me ha dicho que es mejor por encima del 50. Esos pisos llevan abandonados cientos de generaciones. Por alguna razón, eso afloja más los lomos, o eso dice. Dice…

—¿Cómo es que sabe tanto? —preguntó Jebrassy—. ¿Quién habla con ella? ¿Alzados?

—Los *progenies* hablan con ella —dijo Tiadba—. Hace mucho tiempo que es sama. Los progenies llegan al mercado desde todos los Niveles para hablar con ella. Es lo más cercano que tenemos a un maestro real. Pero iba a decirte…

Un alboroto resonó por un pasillo largo, indicando el regreso de Khren y los tres jóvenes. Más presentaciones y Tiadba suavizó el tono crítico que había usado antes. Los jóvenes no se mostraron tímidos en presencia de una hembra; es más, incrementaron su tumulto estridente y daba la impresión de que podrían explotar en cualquier momento. Sólo Nico parecía dispuesto a mantener una especie de dignidad filosófica.

—¡Haremos una carrera! Cincuenta… eso está cerca de lo más alto —gritó Shewel al ir a la escalera. Llegó su voz—. ¡Podríamos llegar al tejado! —Los otros le siguieron de cerca, pero Mash se quedó atrás… más lento y algo desconcertado.

—¿Para qué queremos libros? —preguntó—. Incluso si son reales, sólo nos hablarán de la época antes de que hubiese progenies. ¿A quién le importa?

—Es un juego —dijo Tiadba—. Eso es todo. Sabes leer, ¿verdad?

—Puedo resolver cualquier desafío de insectoletra, siempre que sea justo —dijo Mash—. Y puedo leer todo lo que un maestro me ponga delante. Soy grande, pero no soy tonto.

El piso cincuenta poseía un olor desolado y bochornoso que hizo estremecer los dedos de Jebrassy. Sólo unos pocos pisos por debajo del tejado de este bloque, la escalera era más amplia y ocupaba casi tres veces el diámetro que tenía en la planta baja, haciendo que los pasos fuesen más cortos, los escalones más anchos, incrementando perversamente la distancia que tenían que subir. Tropezó varias veces. Ninguna de las otras escaleras era así, lo que acrecentaba la sensación de extrañeza… un lugar inapropiado para progenies.

Los jóvenes no parecieron darse cuenta. Ya se habían dispersado, haciendo marcas en la arenilla a la entrada de cada pasillo que investigaban. En este piso había doce pasillos que partían de la escalera, y cientos de nichos… todos vacíos. Ni siquiera el agitar de alas de los insectoletras perdidos rompía el silencio ancestral.

Daba la impresión de que nada vivo quería estar ahí.

Los tres jóvenes rápidamente llenaron el silencio, contando en voz alta de cuántos lomos habían tirado infructuosamente. Sus voces resonaban y se volvían más tenues a medida que se alejaban, hasta que apenas se les podía oír.

—Os dejaré solos y me uniré a ellos —dijo Khren—. Tres es multitud, ¿no os parece?

Jebrassy estuvo a punto de protestar, pero Tiadba dio las gracias a Khren, quien se fue con cierta prisa. Era evidente que no le gustaba estar en presencia de Tiadba, lo que no extrañó a Jebrassy; ella no se había comportado como si quisiese hacer amigos.

Tiadba aprovechó la oportunidad para rozarles los hombros con las manos.

—¿Lo viste?

—¿Ver qué?

—Lo vi justo antes de que Khren hablase. Me pregunto si se darán cuenta.

—¿Darán cuenta de qué?

Tiadba le movió para situarle mirando a un pasillo inexplorado, uno que los jóvenes todavía no habían marcado. Allí había seis estantes a cada lado; cada uno abarcaba una longitud de diez brazos, ocupando los espacios existentes entre las entradas de los nichos, penetrando en la penumbra, hasta el mismo final del pasillo. Por todo lo que podía ver, los falsos lomos marchaban en solemne relieve.

—Espera. *Mira*.

Jebrassy no prestaba atención. Sintiéndose culpable, se inclinó y se obligó a concentrarse en los títulos, frunciendo el ceño al recorrer la fila media de lomos.

—¿Qué busco? —preguntó, intentando mantener la voz normal, el tono humilde.

Y entonces lo vio. Los títulos cambiaron: las extrañas letras parecieron arrastrarse, reordenarse y ajustarse de nuevo, tan inocentes y permanentes como él siempre había creído que eran. La visión logró algo más que sobresaltarle. No pudo controlarse, se echó atrás y chocó contra los estantes de la pared opuesta. Luego miró a Tiadba, con las orejas rojas por la sorpresa. Tal transitoriedad en un rasgo inmutable como los falsos estantes resultaba casi tan aterradora como una intrusión.

Tiadba no se rio de él.

—¿A esto se refería Grayne? —preguntó, sobrecogido—. Aquí, todo cambia, quiero decir… ¿porque nadie mira?

—Nosotros estamos mirando. ¿Por qué cambiar frente a nosotros?

—No… lo… sé —dijo Tiadba, pero alargó la mano y tiró de un falso libro. Por supuesto, se negó a ceder—. Grayne se pasaba de sutil. Esto es un acertijo. Debemos resolverlo para merecerlo.

—Yo no tengo ni idea, pero eso siempre ha estado claro —dijo Jebrassy, con las orejas todavía cálidas—. No me gusta este lugar.

—Quizás estos estantes nos estén mostrando lo que sucede en todas partes, cuando los progenies duermen, y somos demasiado ignorantes, muy poco observadores, o dormimos demasiado bien como para darnos cuenta o que nos importe. Podríamos aprender esos viejos símbolos. Podríamos apuntarlos en lienzos de agitar y luego compararlos después de dormir varias veces…

De pronto Jebrassy comprendió. Olvidando momentáneamente su miedo, regresó al estante y palpó los lomos, pero no tiró, dando por supuesto que todavía no se había ganado ese privilegio.

—Los libros que se *pueden* soltar, los que se pueden saltar, son siempre los mismos —dijo—. Pero se mueve. Los títulos se mueven. ¿Ése es el secreto?

Tiadba sonrió y alargó la mano para tirar de algunos lomos más. Sin suerte. Luego silbó de emoción y corrió pasillo abajo.

—Quizá sean como insectoletras —dijo Jebrassy, yendo hacia ella—. Quizá los libros de los estantes en realidad *se reproducen*. Quizá los títulos producen nuevos títulos… quizá producen nuevos libros.

—No sé cómo nos ayuda saber eso —le gritó ella.

—¿Cómo *podríamos* saberlo? —susurró Jebrassy, la conmoción del descubrimiento disipándose tan rápidamente como había llegado—. No podemos leerlos… no sabemos de cuál tirar… se mueven o se multiplican cada periodo de sueño, cuando nadie mira… y eso significa, dado que los estantes nunca crecen, que los títulos desaparecen. *Excrementos* —juró—. Es un *juego de dados*.

—¡Y los dados están cargados! —dijo Tiadba—. No podemos ganar. Nunca encontraremos un libro. Pero aun así la hermandad de Grayne dio con algunos. —Se le iluminó la cara—. ¿Ése es el desafío? ¿No es maravilloso?

Jebrassy la miró.

—Bien, eso no puede ser todo —dijo—. Se nos está pasando algo importante.

—Llama a tu amigo y a los jóvenes —dijo Tiadba—. Quizá nos ayuden… quizás ellos encuentren sus propios libros.

Jebrassy miró a los otros pasillos, radiando a los Niveles exteriores, miles de estantes, no podía ni pensar en cuántos títulos.

—Eso va a llevar una *eternidad*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tiadba.

Ninguno de los dos había oído antes esa palabra; no formaba parte de la lengua progenie.

31

Antes de cruzar la calle Cuarenta y cinco, justo delante del cinematógrafo, Whitlow miró a derecha e izquierda; después de pasar tantos años en Londres y París, le resultaba imposible decidir de qué dirección caerían sobre él los vehículos tirados a caballo o impulsados por gasolina.

Whitlow carecía de sentido del peligro general. Es más, tenía menos que la gente que cazaba. De no ser por el encanto de la Princesa de Caliza, probablemente hubiese muerto mil años antes, en el último Ansia de la ardiente Córdoba.

No encontró ningún artículo de interés en las casas de empeño de la zona. No había esperado lo contrario; era evidente que había fuerzas estableciéndose en la oposición, preparándose para una confrontación.

La marquesina del cine indicaba que proyectaban una película llamada *El libro de los sueños*. Lo que le hizo mostrar una sonrisa amplia, desvelando dientes gruesos y fuertes, todos iguales y del color del marfil antiguo.

Vestía su mejor traje, un poco gastado tras cincuenta años, pero bien cuidado. Recosido invisible, efectivamente. Se había administrado un frotado con esponja bisemanal en su piso estudio de Belltown, se había engominado el escaso pelo negro, se había recortado y encerado el delgado bigote y se había encajado calcetines de lana y botas negras de cordones altos que había hecho fabricar en Italia para ajustarse a sus dedos deformados.

A continuación se había encajado un sombrero de fieltro.

Había estado bien volver a ver a Max Glaucous, su joven protegido, después de tantas décadas; en realidad, más de un siglo. A medida que el

tiempo se desengranaba, el pasado parecía amontonarse, formando promontorios y valles, lo que hacía difícil estimar la distancia o el terreno, pero no importaba. Glaucous siempre había sido un cazador productivo, aunque algo brusco y evidente para los estándares de Whitlow.

El propio Whitlow llevaba en Seattle más de un mes, al haber presentido una confluencia, la reunión de líneas de mundo importantes… por supuesto, habiendo recibido la *gracia* de algo del vasto pozo de conocimiento de la Polilla. Porque uno de los talentos de la Polilla era precisamente saber cuándo otros se acercaban al punto de una elección desesperada; y en particular, a un punto de colisión con la Princesa de Caliza o sus empleados: una especialidad cuya importancia no se desestimaba despreocupadamente, ni se discutía con alguien como Glaucous.

Whitlow sabía que no debía acercarse a Glaucous mientras éste estuviese recolectando; incluso conocía el peligro de anunciar su presencia en la ciudad de Glaucous. Pero la Lívida Señora esperaba lo suyo y Seattle acogía ahora a al menos dos blancos y posiblemente a tres.

El tercer blanco no era sólo elusivo, sino también problemático. Algunos miembros de su profesión dudaban que alguien de su tipo respondiese a cualquier incentivo y, sin embargo, podría ser más poderoso que cualquiera de los otros, o que todos ellos combinados.

El mal pastor.

Durante décadas, Whitlow había mantenido una presencia remota y observadora en ciudades de todo el mundo, sin llamar la atención de otros cazadores, y a menudo sin cazar furtivamente las presas de los otros. Porque la Princesa de Caliza, tras la Gran Guerra, le había asignado una tarea concreta: encontrar al único desplazador que *no* soñaba con la Ciudad sobre la que ella mantenía, decían algunos, una vigilancia eterna… en otra existencia. Whitlow tenía por costumbre mantener un grupo de irregulares pagados con dinero, drogas o ambas cosas; unos pocos escogidos que vivían sus vidas como insectos bajo una piedra, criaturas tímidas y observadoras con nada que perder excepto sus breves y dolorosas extensiones de tiempo. En la mayoría de las ciudades bastaba con cincuenta

de ésos dispuestos aleatoriamente. Parecía que los desplazadores siempre entraban en contacto distante con esos seres desarraigados, como si sus propias líneas de mundo —tan estrictamente controladas— se sintiesen atraídas por hilos más cortos y desiguales.

Incluso en algunas circunstancias se funden con ellas.

Whitlow lo había visto 634 años antes, en Granada. Si las condiciones hubiesen funcionado, si él —fingiendo ser un tratante judío en antigüedades — hubiese logrado capturar a su presa, no habrían sido precisos todos estos siglos posteriores.

El mimo llamado Sepulcher era uno de los suyos, y le había alertado de la existencia de un desplazador llamado Jack, cuyo paradero, por lo demás, era desconocido. Ésa era la presa de Glaucous.

Y ahora, otro explorador hablaba. Seis manzanas al este, la mujer delgada y angulosa llamada Florinda se encontraba a la sombra de un alero sobre la entrada de una pequeña librería. Hablaba con otra mujer regordeta y mayor, con pelo blanco y una cara redondeada y exquisitamente arrugada de fumadora. Florinda sintió la llegada de Whitlow y estiró la cabeza hasta que el cuello se tensó como una cuerda. Abrió los ojos al máximo, tomada por sorpresa, expectante.

Mientras Whitlow hablaba con Florinda, la mujer de pelo blanco murmuró y miró a la calle con indiferencia.

Después, Whitlow le pagó a Florinda en la moneda que más deseaba.

Y esa noche, tendida sobre un paso elevado de la autopista, entrando y saliendo del estupor de la droga —la lluvia golpeando su lona azul, y los primeros destellos lejanos del rayo iluminando su rostro sudoroso, frío, alisado—, se liberó de todas estas líneas de mundo y los hilos que la retenían.

En su pequeño estudio, Whitlow echó atrás la cabeza, cerró los ojos y sonrió como si escuchase una hermosa música, esperando a que la tormenta ganase fuerza y adoptase forma… una forma familiar y femenina.

Sólo quedaban días para el final.

Y siempre la presencia de la pregunta sin respuesta: *¿Por qué nuestros gigantes se molestan con granos tan diminutos? Nosotros nos agitamos sin sentido e ignorantes en el gran oleaje entre los mundos*.

¿Por qué les importa?

32

Reina Ana

Jack se sentó en la oscuridad frente a la pequeña mesa de la cocina, con una taza de té caliente en la mano. Pero esta mañana temprana el té no le ofrecía ningún confort. Burke se retrasaba; quizá se hubiese juntado con sus amigos del restaurante y se hubiese ido a recorrer clubes.

Todo tranquilo. Excepto por una lluvia tremenda y destellos de rayos al sur.

Miró al reloj de la cocina. Dos de la madrugada.

Burke tenía un teléfono bajo un cojín, tras el sofá. A menudo dormía de día, pero la superstición le impedía desconectar el timbre; de ahí el cojín.

Jack manoseó el trozo de periódico. El prefijo 206 era local. No habría cargos adicionales en el precioso teléfono de Burke. Lo peor que podría pasar es que acabase hablando con un chiflado solitario y se dedicaran a comparar el tiempo que hacía fuera con sus aburridas pesadillas. Lo que en sí mismo no tendría que estar mal… un oído compasivo.

Metió la mano bajo el sofá para retirar el cojín y coger el teléfono. El contestador junto al auricular parpadeó en rojo: cuarenta mensajes antiguos y dos nuevos. Burke también tenía supersticiones a propósito de borrar mensajes antiguos. El primer mensaje nuevo era de alguien llamado Kylie de la tienda de especias.

El segundo era de Ellen.

—Un mensaje para Jack. Mis disculpas. Fue muy mal comienzo. Pensé que sería divertido hablarlo con las chicas. Tu salida fue muy impresionante. ¿Podrías hacerlo otra vez… repetirlo? —suspiró—.

Encontré el periódico, Jack. Debe de ser un periodo difícil para ti. No te apresures. Por favor. Llámame de inmediato. Hagas lo que hagas, no…

La máquina emitió un pitido, habiéndose agotado su memoria. Tocó la caja del bolsillo. Tres números entre los que escoger. Harborview, el anuncio por palabras… o Ellen. Más por vergüenza que por furia, no quería hablar con Ellen ahora mismo. Miró hacia la esquina occidental del salón. Dos paredes se unían al techo. Tres líneas formaban una esquina. Tira de la esquina como si fuese una cuerda, hasta el infinito, retuerce todas las líneas, uniéndolas… mucho más fuerte.

¿Qué camino, qué consecuencias?

Ahora está siendo irracional. Decídete.

Dio un salto como si alguien le hubiese soplado en la oreja.

Supéralo. Queda trabajo por hacer, y ayudas o no. Haz algo.

Descolgó y marcó el primer número que le vino a la cabeza.

Naturalmente, se trataba del número del anuncio, y llamaba a las dos de la mañana a un desconocido total. De alguna forma parecía correcto, un *camino dulce*. Todo saldría bien.

Al otro lado descolgaron antes de que terminarse de sonar el primero tono.

—Redacción local —dijo una voz husky—. Revista de Elucubraciones Oníricas.

—¿Este es el número… de los sueños?

—¿Te suena que lo es?

—Me he equivocado de número, lo siento.

—Explícate. Todavía es temprano.

—Necesito saber sobre el Kalpa —dijo. Tomó aliento con fuerza y cubrió el auricular con la mano, sobresaltado por esa palabra, por ese lugar.

—Nombre y dirección, por favor. —La voz era áspera, confiada… no sonaba somnolienta.

—¿Disculpe?

—Has preguntado por el Kalpa —dijo la voz.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—¿Hay ausencias? ¿Momentos perdidos?

—Eso creo.

—¿Con qué frecuencia se producen sus sueños, dónde y cuándo? Pequeños detalles.

—He visto a una doctora…

—Nada de médicos. Necesito detalles. Tengo el bolígrafo preparado.

—¿Se trata de un negocio? ¿Quién es usted?

—Me llamo Maxwell Glaucous. Mi socia es Penelope Katesbury. Respondemos a las llamadas y en ocasiones respondemos a las preguntas. Hay poco tiempo. Bien, nombre y número de referencia, por favor.

—Me llamo Jack. El número de teléfono es…

—Ése lo tengo. Lo que quiero es un *número de referencia*. Le han asignado un número de referencia, ¿no es así?

—No me lo parece. No sé.

—Existe *ese* número, usted *tiene* ese número —dijo la voz con certidumbre—. Vaya a buscarlo y luego vuelva a llamar. Propongo que sea rápido. Si alguien más descubre lo de sus ausencias, las cosas podrían complicársele. Sin embargo, nosotros podemos ayudarle.

—¿Sabe lo que me pasa? ¿Es grave?

—Ciertamente es *grave*. Pero no le pasa nada malo. Es una maravilla. Ha sido bendecido. Encuentre el número y vuelva a llamar.

—¿Dónde miro?

—Ha recibido a un visitante. Mire entre sus efectos… lo que haya dejado atrás. —Glaucous tosió y colgó.

Jack se quedó sentado durante un momento, con la cara roja, sintiendo furia y curiosidad. Luego se levantó sobre piernas temblorosas para ir a su pequeño dormitorio y retiró el baúl.

El portafolios había desaparecido. Miró asombrado, para luego poner la habitación patas arriba, mirando bajo la cama, retirando las sábanas, el colchón, volviendo al baúl. Nada.

Palpó en la sombra tras el baúl. Sus dedos sacaron un trocito de papel hexagonal. Lo recogió. El hexágono había sido plegado complejamente, como un origami o uno de esos puzles matemáticos que lo niños aprendían a hacer en el colegio. Era ingenioso, tan preciso que no podías abrirlo lo

suficiente para mirar dentro. No había trozos libres. Por lo que podía estimar, todas las esquinas y bordes convergían en el interior.

La verdad es que hay que tener dedos muy ingeniosos para doblar un papel de esa forma.

—¡Para! —le gritó Jack al aire inmóvil de la habitación. Estiró el papel doblado entre los dedos por dos lados opuestos, luego por otro ángulo, probando todas las combinaciones para intentar abrirlo, como una flor.

Nada. Luego, vacilando:

Quieren un número de referencia. El número de catálogo de tu volumen especial. Hagas lo que hagas, no se lo des, bajo ninguna circunstancia.

—¿Por qué no?

No hubo respuesta.

—Vete a la mierda. —Sintió una presión creciente en el aire, nublándosele las ideas.

Jack alzó la vista. Alguien subía por las escaleras. Pisadas fuera, fuertes. Esperaba que fuese Burke… alguien con quien hablar. Hoy habían pasado tantas cosas. La presión se incrementó. Le empezaba a doler la cabeza. Lo que fuese por pararlo. La lluvia y el viento eran más intensos.

Los golpes se redujeron hasta el paso de una persona mayor —una persona cautelosa— que no era Burke, porque éste era rápido y atlético. De pronto Jack quiso estar en cualquier lugar menos allí donde estaba. Luego la sensación pasó, recubierta por otra oleada de dulzura omnipresente. Todo saldría bien…

Al otro lado de las cortinas de la ventana del salón, algo enorme proyectó una sombra. La sombra grande pasó y una más pequeña la reemplazó: baja, ancha, como un gnomo.

Un puño pesado golpeó la puerta, agitando el marco y las paredes, y agitando las cortinas.

—Soy Glaucous, muchacho —gritó una voz áspera, la misma que había respondido al teléfono—. He traído a mi dama para conocerte. Vamos a buscar ese número, ¿vale? —El puño volvió a golpear y la voz añadió con una voz baja de diversión—. Tranquila, cariño.

33

El almacén verde

Ginny caminaba frente a la pesada puerta de acero. Pegó la oreja contra el metal frío, muy pintado, escuchando a las voces al otro lado. Murmullos… tonos que se elevaban y caían, varias mujeres hablando con Bidewell.

Sólo entendió unas pocas frases. «…todos aquí. Reunidos…». Luego, Bidewell, «La chica no la lleva encima…». Y otra, otra voz de mujer y profunda: «Casa de empeños, lo habitual…» Ginny acercó las cejas para luego retorcer el cuello y mirar hacia arriba. Una luz escasa, azul gris, llegaba desde el tragaluz para iluminar la zona habitable improvisada, encajada entre pilas de cajas de madera y cartón, todas llenas de libros. Enormes gotas de lluvia resonaban con repiques apagados contra el vidrio reforzado con alambres de los altos paneles arqueados. Se acercaba una tormenta. Podía sentir la electricidad, la humedad del aire. Dos rayos cercanos, destellando en violeta. Un instante después el trueno estremeció el viejo almacén y el eco llegó desde los rascacielos lejanos.

Valoró las sábanas revueltas del jergón, el viejo escritorio dañado situado al pie del catre. Esta parte del almacén era grande, polvorienta y dada a las corrientes de aire.

En otra época había disfrutado de la lluvia, incluso de los truenos; pero ya no. Pero la tormenta no venía a por ella, en esta ocasión no. El almacén la protegía.

No, esta tormenta venía a por alguien como ella, alguien que había visto un anuncio por palabras o un cartel de autopista y estaba a punto de cometer el error de su vida… y Ginny creía saber de quién se trataba: el joven de la

bicicleta en el encuentro busker. Deseaba desesperadamente advertirle, descubrir qué sabía. No quedaba demasiado tiempo. Ni para él, ni para ella, ni para nadie.

La tormenta había llegado.

Todos nosotros… soltados y chocando contra el final.

Esa idea le hizo contener el aliento e hipar con tristeza.

Durante unos momentos caminó de un lado a otro frente a la puerta, mordiéndose la uña del pulgar. Había mordisqueado todas las uñas hasta dejarlas al mínimo. En una ocasión su madre le había dicho a Virginia que tendría manos muy bonitas si dejaba de comérselas. Aburrida rápidamente de mordisquear, retorció un mechón de pelo hasta que le colgó delante de la nariz formando un bucle alargado.

Ya basta.

Alzó un puño frente a la masiva puerta corredera. Antes de poder llamar, la puerta gimió, para luego hacerse al lado lo justo para permitir a Bidewell lanzar un brazo esquelético. Con un gruñido enfático, empujó la puerta sobre las guías hasta que dio contra un tope de goma. Mientras tanto, siguió manteniendo la conversación.

—Creo que usaremos las habitaciones de siglo. Las tengo vacías y listas. Si estáis seguros de poder dar con todos ellos.

En la biblioteca privada de Bidewell, en la mitad posterior del almacén, había tres mujeres sentadas en sillones de lectura de respaldo alto. El rayo blanco destellaba a través de una ventana alta cubierta de barras de acero, tallando brillo en los estantes que llegaban hasta el techo.

—Les encontraremos —respondió una mujer.

Todas las mujeres superaban a Ginny en edad por tres o más décadas. Una tenía pelo castaño corto y ojos verdes, vistiendo un largo abrigo verde y una falda marrón; había respondido a Bidewell. Ginny se volvió para mirar a la segunda, de largo pelo rojo y un rostro bonito y redondeado. Aunque sus ojos verdes parecían confiados, se tocaba los botones de latón de la chaqueta vaquera y se alisaba el vestido de mangas cortas.

Los tacones de Ginny rasparon el viejo suelo de madera al encararse con la tercera mujer. Ésta, vestida de púrpura, un exquisito pañuelo verde

sobre los hombros, era la más bajita y más vieja de todos excepto Bidewell, y sus ojos eran audaces y negros. A Ginny no le gustó la forma en que la mujer la valoró: desenrollar, pesar, medir, dispuesta a cortar un trozo.

No estaba seguro de que *ninguna* de ellas le cayese bien.

Bidewell sonrió, mostrando dientes fuertes como losetas de hueso manchado.

—¿Haría el favor de unirse al grupo, señorita Virginia Carol? —le preguntó—. Quizás un poco prematuro. La doctora Sangloss no ha llegado.

Ginny recordaba a la doctora que la había atendido en la clínica, que le había hablado de Bidewell y el almacén verde. Ya nada le sorprendía.

La casa de empeños… su piedra.

Las mujeres la miraron con curiosidad, aguardando su reacción. *Puedo picar. ¿Quiénes son?*

Otro trueno.

La mujer del abrigo verde se puso en pie y alargó la mano.

—Me llamo Ellen —dijo. Ginny no se movió, pero la muja avanzó. Al quedarse sin opciones corteses, Ginny se rindió y le dio la mano.

A continuación Ellen le presentó a la pelirroja, que se llamaba Agazutta.

La mujer rechoncha con la mirada valorativa era Farrah. Dijo:

—La tormenta acaba de empezar, Virginia. Esta vez no viene a por ti… todavía no.

—Lo sé —dijo Ginny.

La mujer rechoncha siguió hablando:

—Como mucho tenemos una hora. Deberíamos haber actuado antes.

—He sido lento, es cierto —confesó Bidewell—. Últimamente me siento cansado. Perdonadme. Te necesitamos, Virginia, porque ninguno de nosotros es un desplazador de destino.

—¿Qué es un desplazador de destino? —preguntó Ginny, y luego comprendió. Abrió la boca. Entrecerró los ojos. De pronto se sentía algo más que suspicaz, estaba asustada. Nunca se lo había contado a *nadie*, por miedo a perder aquello que no estaba segura de tener… y ahora había otros que lo sabían. Hecho que lo volvía real, una confirmación de años de sueños temerosos y esperanzas desesperadas, o una locura compartida.

Una habitación llena de locos. Igual que ella.

Pasadas las presentaciones, Ellen levantó una bolsa de plástico y sacó un periódico arrugado, el *Seattle Weekly*:

—Lo encontré en el cubo de reciclaje —explicó, y colocó el periódico sobre la mesa de madera, abriéndolo por la sección de anuncios por palabras. Habían arrancado un pequeño trozo, como del tamaño de uno o dos anuncios—. Virginia podría saber qué significa.

Ginny se apartó, enrojecida.

—No hay necesidad de asustarse o avergonzarse —dijo Bidewell.

—Claro que no. ¿Dónde *está*Miriam? —preguntó Agazutta, mirando a la puerta de madera situada al otro extremo.

Farrah seguía mirando a Ginny, pacientemente, implacable. Midiendo.

—La chica lo sabe —dijo con voz suave—. Ha estado allí, y escapó.

Ginny la miró fijamente, luego a las otras, indefensa, desafiante, como un ciervo rodeado por tigresas. Como si ésa fuese su señal, *Minimus* saltó a la mesa y se sentó sobre el periódico. Alzó una pezuña blanca y rascó enfurecidamente el periódico, dejándolo convertido en jirones.

—Hay una pregunta que plantean siempre esos cazadores al atraer su joven presa a la trampa —dijo Bidewell—. Alguien está a punto de responder.

—Un joven llamado Jack —dijo Ellen—. Otro igual que tú, Virginia. Un desplazador de destino.

—¿Sueñas con una ciudad al final del tiempo? —susurró Ginny.

—Lo sabemos —dijo Farrah—. Queda menos tiempo del que pensábamos. ¿Qué podemos hacer?

La puerta de madera al otro extremo de la biblioteca se abrió y entró Miriam Sangloss.

—Al fin —dijo Agazutta.

—Mis disculpas. —Bajo un chubasquero marrón que chorreaba, Sangloss vestía una bata corta de laboratorio, blusa azul y vaqueros. Bajo el brazo izquierdo traía un portafolios negro—. Lamento llegar tarde. —Se quitó el chubasquero y miró a todos, sintiendo la presión, para luego hacer

una mueca y añadir, para beneficio de Ginny—: Me alegra comprobar que *alguien* sigue mis consejos.

Bidewell hizo espacio en la mesa, tirando el periódico destrozado a la papelera.

Sangloss dejó el portafolios y lo abrió.

—Ahora soy una ladrona —dijo, y explicó que acababa de revolver el apartamento del joven en el vecindario de Queen Anne—. Saqué la dirección de su ficha en la clínica. Encontré esto, pero no pude dar con la calculadora. Debe llevarla encima.

Una vez más, Ginny parpadeó sorprendida.

—Le han encontrado a él y a su piedra —dijo la pelirroja, Agazutta, y golpeó con la mano la parte superior de la silla.

—Quizá todavía no —dijo Miriam—. Pero pronto. Es un joven muy confundido.

—No más que nosotras —dijo Farrah.

La lluvia siseaba en el tejado. *Minimus alzó*la vista, con pupilas redondas y profundas.

Bidewell se volvió hacia Ginny.

—No debes tener miedo de nosotros, señorita Carol. Preservamos y protegemos. Los que están al otro lado del anuncio… —Agitó la cabeza—. Son monstruos.

—Ahora que *eso* está claro —dijo Miriam—, dejad que os muestre lo que encontré en el apartamento de Jack. —Abrió el portafolios y colocó un montón de esbozos frente a Ginny. El que estaba encima se había ejecutado en acuarela, lápices de colores y lápiz oscuro, con toques de pastel—. ¿Algo te resulta familiar?

Contra su voluntad, Ginny inclinó la cabeza y miró el primer dibujo. *Tiadba*. La palabra —un nombre— simplemente apareció en su cabeza. Recordar resultaba difícil. *Mi visitante… Tiadba lo ha visto. Parecen barcos sobresaliendo de un mar encrespado. Puede que sean enormes, los tres… lo que sean. Y ahora lamenta haber abandonado su protección*.

—¿Eso es un sí? —preguntó Miriam, con los ojos relucientes. Pasó a la siguiente página.

Ginny se tapó la boca y apartó la vista.

Lo esbozado, con apenas habilidad y con mucha determinación, era lo último que esperaba ver. Una enorme cabeza elevándose de un extraño sobre una ondulada tierra negra… con diminutas figuras huyendo para darle perspectiva. La cabeza era tan grande como una montaña, su ojo redondo y muerto fijando en un punto distante, atravesando el humo y la niebla con un cortante rayo gris. Un gemido se quedó atrapado en su garganta y se convirtió en un ataque de tos.

El Testigo.

—Pobre niña —dijo Farrah—. Tráele algo de agua, Conan.

—Lo siento —dijo Miriam—. Tiene mal aspecto, ¿no es así? Os gustaría ser capaces de juntar todas las piezas. Nosotras nunca hemos visto estas cosas.

—Yo tampoco —dijo Ginny—. No personalmente, quiero decir.

—En sueños —dijo Bidewell—. ¿Conoces al joven que hizo los dibujos?

Ginny negó con la cabeza.

—¿Van a recolectarle a él?

—Esperemos que no —dijo Miriam—. Señoras…

Todas se pusieron en pie.

—Necesitamos que nos acompañes —le dijo Ellen a Ginny—. Conan se quedará aquí, como siempre.

—No tengo elección —dijo Bidewell.

—¿Adónde? —preguntó Ginny, mirando a un espacio entre ellos.

—Seguiremos la tormenta —dijo Miriam—. Rastrearemos el rayo. Va a empeorar, y nadie sabe lo que hará ese joven. Si tiene tanto talento como tú, es posible que sobreviva hasta mañana. Oh, y una cosa más. —La doctora metió la mano en un bolsillo de la bata y sacó algo envuelto en papel marrón—. Lo encontré en una casa de empeño cercana a la clínica. Pagué mucho dinero para convencerles de que me lo diesen.

34

Los pensamientos de Jack se agitaban como pájaros atrapados en una red. Habían pasado menos de cinco minutos desde el momento en que realizó la llamada. Podría bajar por el balcón, saltar al porche, correr por el callejón. Pero una calidez dulzona le detuvo.

Al otro lado de la puerta: amigos, espesos y dulces como la melaza. No había necesidad de huir, no había necesidad de sufrir. Sus pies no se movían. Todos los senderos eran iguales. Cualquier resultado era bueno.

—¡Aquí estamos! —gritó Glaucous—. Llamaste y aquí hemos venido a ofrecerte las respuestas que precisas. —Luego, casi inaudible—: Me temo que le hemos anonadado. Puedes forzar la entrada, querida.

Incluso tras el tercer golpe tremendo en la puerta —como si un bloque de cemento estuviese a punto de convertir la pobre madera en astillas— Jack pudo sentir excelentes conclusiones en todas partes.

Se recuperó lo suficiente para dar un paso atrás. El cuarto golpe dobló la puerta como si fuese de cartón y lanzó volando las bisagras, lanzando las astillas de la jamba rota junto con el pasador ahora inútil. El viento entró en el salón. Las ratas de Jack chillaron desde algún lugar. A pesar del ruido, la ráfaga de viento y las gotas de lluvia, Jack no sentía miedo; sus pies bien podrían estar pegados a la moqueta.

Un hombre bajo, tenso y pesado vestido con un traje gris de tweed entró y se quitó la gorra plana con dedos gruesos y rubicundos. Tenía un rostro plano y sonrosado como el de una muñeca, una muñeca fea; y sus ojos, pequeños y eficientes, recorrieron el apartamento y a Jack con el mínimo de movimiento. Su sonrisa instantánea era dentuda y amplia, como una de esas

jarras británicas de cerveza, con cara de marino. Radiaba sinceridad y bondad humanas.

—Buenas noches —insistió. Su presencia reclamaba respeto… exigía alegría.

—Hola —dijo Jack.

A través del marco de la puerta rota vio agitarse una sombra, un brazo pesado que se retiraba y, al final del brazo, una mano imposible: la mano de un héroe o villano de cómic, de nudillos cuadrados, dedos flexionados con potencia y dolor. La sombra entró a la luz: una mujer, muy grande. Se alzaba hasta el cielo. Su rostro era del blanco del hielo comprimido o la porcelana. Las gotas de lluvia caían por las curvas y hoyuelos de su blancura, hasta la punta de su nariz enorme y roma, donde las fosas nasales se abrían como oscuras alcantarillas. Sus ojos se abrían sobre una catarata central de oscuridad. Una sonrisa rápida en sus labios gruesos y verdosos, reluciendo humedad, mostraba pequeños dientes encajados con precisión. Un mechón de pelo sobresaliendo bajo su sombrero plano y ridículo como moho gris y muerto.

Las ratas chillaban como niños asustados. Tanto Glaucous como su compañera tenían que ser imaginarios. De eso Jack estaba seguro. Tenían que ser síntomas de la pérdida final y absoluta de toda cordura.

—¿Podemos pasar? —preguntó Glaucous, aunque ya había atravesado la abertura.

Jack hizo uso de toda su fuerza de voluntad para dar un paso atrás. Casi podía oír la horrible goma dulzona tirando de sus suelas.

La mujer enorme se inclinó para pasar.

—Es mi socia —dijo Glaucous—. Se llama Penelope.

Jack tomó aliento, y medio se volvió, pero la triste decepción del gnomo le retuvo. Las cosas parecían cobrar sentido; ráfagas de aire, polvo revoloteando, sucesiones de diminutos suceso conspiraron para retenerle. Era interesante. Era un hecho que interesó a Jack sobremanera.

Glaucous se volvió para decirle algo a su socia.

Inesperadamente Jack se soltó. Liberado momentáneamente de la cola, nada pudo haberle preparado para el temor que la pareja exhaló, como

mitades de un fuelle diabólico; resollaron horror. Sin pensar, Jack corrió entre líneas de mundo, interfiriendo con otras versiones de sí mismo; una fusión inadvertida de alma fantasmal con un fantasma.

Pero algo le alcanzó *y jaló*de él.

Glaucous tiró de las líneas de mundo adyacentes *hacia* la suya; cambió directamente las circunstancias en lugar de huir. Jack nunca había sabido de algo así… pero claro, él era joven. Se concentró en el poder del hombre, en su habilidad, intentando abrirse paso a cualquier posibilidad de volver a liberarse. Glaucous era fuerte, pero Jack era todavía más fuerte explorando todos los senderos disponibles, a pesar de la melaza que se extendía. Ni siquiera esos dos le retendrían; *no se dejaría retener*.

Glaucous bajó la vista.

—Quieres escapar, pero todos los caminos te parecen buenos. ¿Hacia dónde dirigirse? Soy un tipo feliz. A mí todos los caminos me parecen dulces… y por tanto, a *ti* también. —Hizo un gesto con el hombro a su compañera—. Penelope, no le hemos convencido. Desea abandonarnos. Convéncele.

La mujer enorme echó la cabeza hacia atrás sobre su corto cuello y abrió con un movimiento de los hombros su largo chubasquero marrón, dejando que se deslizase. Sus amplios hombros desnudos relucían por la humedad como una masa sudorosa.

Jack no podía apartar la vista.

Bajo el abrigo no iba vestida, pero no estaba desnuda. Masas oscuras cubrían su masiva decencia. Su cuerpo estaba cubierto por grupos de avispas… chaquetas amarillas, miles de ellas separándose y ondulando en lentas oleadas sobre su carne fláccida, cubriendo como jirones zumbantes alrededor de rodillas y tobillos, un vestido vivo.

El único horror real en la existencia de Jack, el único destino que no podía eludir: un enjambre de insectos furiosos con aguijón. Había aprendido dolorosamente que las colonias y enjambres de insectos dibujaban sus propios rebuscados mapas de carreteras de destino, miles de líneas de mundo individuales enmarañadas como espaguetis demasiado cocidos, nudos de furiosa determinación. Avispas, abejas, incluso las hormigas,

podían extenderse y bloquear sus decisiones, confundir su movimiento de fibra en fibra entre los infinitos destinos del mundo.

Las avispas le habían ayudado a conocer los límites de su la lento, y también le habían sensibilizado a su veneno: un aguijonazo más sería suficiente.

¡Saben lo que soy!

Las avispas se elevaron como una neblina negra, evaporándose del cuerpo de la mujer, volando por la sala. Revelada, Penelope era como una pila de bultos, montones encajados sobre piernas como árboles. No era tímida; su sonrisa vacía no cambió mientras las avispas llenaban el apartamento.

No tenía forma de escapar a todos los insectos volando en todas direcciones.

—Penelope, querida, hagamos lo que hacemos mejor —dijo Glaucous —. Ayudemos a este pobre joven.

Para ser una criatura de su tamaño, Penelope era rápida, pero Glaucous era aún más rápido. La sala se llenó de manos que querían agarrarle y alas que zumbaban, pequeños abdómenes duros y rayados lanzando largos aguijones, ojos negros con múltiples facetas inquisitivas y odiosas hasta que los insectos y los humanos se volvieron uno.

Un ruido como el de cartas gigantes barajadas, golpeándose entre sí, desplazándose, *encajando* en su lugar.

Jack se *movió*.

Antes de que Glaucous pudiese atraparle con sus desmesuradas manos, Jack se soltó de la melaza y del terror y saltó a lo largo de cientos, miles de destinos, cordones completos de destino de una sola vez, el mayor esfuerzo que había realizado nunca, mucho mayor con diferencia de lo que había hecho en la casa de Ellen… sólo para escapar de esos horribles aguijones.

Glaucous miró al joven tendido en el suelo y una fisura de duda apareció en sus rasgos rechonchos y escarpados. Recordó lo desdichados y desaliñados que habían parecido los pájaros moribundos del jorobado al lanzarlos uno a uno al camino para que las ratas los devorasen.

—¿Ha huido? —preguntó Glaucous, inclinando el cuerpo.

—Está aquí mismo —comentó Penelope, agitando una mano enorme sobre la que todavía se arrastraban avispas.

Glaucous miró dubitativo a Jack. Jack abrió los ojos al máximo. Ojos repletos del máximo terror.

Glaucous se agachó y palpó los bolsillos del chico. En la chaqueta ligera: un trozo de papel doblado. Metió la mano. Un estremecimiento le recorrió el brazo y le hizo chocar los dientes. Al retirar la mano, el papel vino con ella.

No era preciso que Whitlow confirmase que habían dado con la presa correcta. Pero no se atrevió a retirar la caja.

Piedra y presa debían entregarse juntas.

35

La primera hebra lejana a la que llegó Jack le dejó casi sin sentido. Seattle sufrió un enorme terremoto. Se apartó del camino con apenas tiempo para sentir el impulso hacia arriba y recorrió un caleidoscopio acelerado de alternativas hasta que los colores se apagaron y el parpadeo se redujo y se topó con algo que no había experimentado jamás (aunque no es que jamás hubiese experimentado *nada* de esto): una barrera o membrana cristalina. Durante un instante casi pudo ver a través, pero algo tiró de él, protegiéndole… reteniéndole.

Lo que había al otro lado de esa membrana era peor que donde estaba, y donde estaba…

Su huida se detuvo. Estaba aturdido, precisaba tiempo para recuperarse. Jamás había encontrado una línea de mundo así.

Era como si estuviese *muerta*. Al respirar por primera vez, fue como si se llenase los pulmones de hollín y cenizas. El edificio de apartamentos que él y Burke habían llamado hogar no había cambiado de forma o tamaño, pero las paredes y vigas habían perdido toda la vitalidad. Una luz enfermiza e insegura penetraba por la ventana rota. La pintura caía a copos de las paredes cuarteadas. La humedad del aire no refrescó su garganta reseca; parecía quemar como una neblina de ácido. Desequilibrado, lanzó una pierna, y pisó una alfombra de jeringuillas de acero, cientos esparcidas por todo el suelo.

Por el rabillo del ojo vio movimiento y se volvió, aplastando agujas; Jack llevaba botas de suela gruesa. No vio a nadie, nada vivo. Las habitaciones estaban vacías, en silencio excepto por el golpeteo de los

copos de pintura que caían. Alargó los abrazos desnudos y los acercó, incrédulo; la piel marcada por las agujas, con costras, dolorida.

Estuviera donde estuviese, estaba seguro de haber eludido a Glaucous y su compañera masiva y gigantesca. Pero no se sintió animado. Últimamente tenía la habilidad de llegar demasiado lejos, de no cambiar sólo su destino inmediato, sino la *calidad* del mundo previsto.

Por ejemplo, había huido de Ellen… y había acabado en una línea donde se sentía obligado a marcar el número del anuncio sin presentir los problemas. No era un buen plan, ni eran buenas circunstancias.

Y ahora su destino había empeorado considerablemente.

Una exigencia de su habilidad demencial —o un síntoma de sus fantasías neuróticas de poder y control— había sido siempre el convencimiento de que podía *determinar* antes que ellos cuándo iba a empeorar la situación. Sin tal precognición, sus saltos serían aleatorios, carentes de valor. Por ahora no podía detectar nada peor que lo que ahora mismo veía, excepto lo que aguardaba tras la barrera dura y traslúcida: la corrupción en sí misma, un descontento infeccioso mezclado con… ¿con qué?

¿Vacío?

—¿Hay alguien en casa? —gritó, con voz rota—. ¿Burke?

Animales pequeños recorrían lo que antes había sido su dormitorio. ¿Sus ratas? Atravesó con cuidado el suelo abombado, atravesando una dispersión centelleante, aplastando y rompiendo agujas con un sonido como el de los témpanos de hielo.

Miró tras la esquina.

En el pequeño cuarto se encontraba el baúl que había sido suyo desde la muerte de su padre. En él había guardado sus posesiones más valiosas. Detrás había encontrado el portafolios.

Se tocó el bolsillo rasgado. La caja… seguía allí.

Comprobando la solidez del suelo con un golpe de bota, aplicando la mitad de su peso, luego todo, atravesó el dormitorio. Las tablas del baúl estaban arqueadas. Levantó la tapa. Vacío excepto por una capa gris y fangosa.

Dejó caer la tapa y salió del cuarto. En el porche trasero, Jack descorrió la puerta —vidrio roto en el interior del marco— y salió. Por toda la calle los edificios se habían derrumbado para formar montones de escombros grises y marrones de los que sobresalían vigas y tablones como dedos muertos. Aguas enlodadas recorrían los colectores y pasaban sobre el asfalto roto y levantado, acumulándose y girando en las depresiones como si hubiese llovido mucho y los desagües estuviesen atascados.

Un lugar muerto en un tiempo muerto. Por lo que podía ver, no había esperanza, no había vida… ¿desde hacía cuánto? ¿Cuánto tiempo llevaba muerto este mundo? ¿Horas?

¿Años?

Juzgando por el aspecto, por el olor, nunca había estado realmente vivo.

Dondequiera que toca, aquello que toca se aferra. Lo has visto antes. Lo volverás a ver…

Allí donde pisaba, en todas las habitaciones, habían tirado agujas con despreocupación. Levantó la manga de la chaqueta sucia y volvió a mirar las marcas de pinchazo. Una reciente emitía una gota amarillo suero. Jack sentía cómo las drogas le nublaban la mente. Luchó contra el letargo, la satisfacción odiosa y amarga de haber conseguido la dosis, y prestó atención a los ruidos del exterior: viento, lluvia, agua, el raspado subyacente de los restos y el polvo que caían. El aire en sí olía tan mal como el vómito pasado. ¿Cómo se podía vivir aquí? Tenía que encontrar la forma de bajar las escaleras, de alejarse de este vecindario comatoso, de atravesar la ciudad… quizá fuese un fenómeno local, un barrio desafortunado.

Pero sabía que no era local. Estaba *en todas partes*. Había aterrizado en una trampa horrible. Había logrado saltar a una línea perversa de mínima oportunidad, rodeado por una infinidad de purgatorios, todos ellos lindando con el infierno. Todos los caminos adyacentes estaban a oscuras, un vacío fecundo extendiéndose a cualquier distancia que pudiese saltar, manchando vastos racimos de líneas de mundo, una enfermedad metafísica que no se podía medir excepto en forma de miles de millones, de billones, de vidas corrompidas y corroídas.

La alegría de la materia ha desaparecido.

Luego, en el rabillo del ojo, algo se movió, y al mover rápidamente la vista, esta vez seguía allí.

36

Penelope se echó al hombro desnudo la carga fláccida y pesada y luego se agachó para recoger el impermeable. Enorme y todavía desnuda, pasó impermeable y saco por la puerta con varios empujones bruscos, para luego colocarse el fardo en mejor posición y bajar las escaleras, dejándolo caer cerca de las ansiosas puertas traseras, abiertas, de la vieja furgoneta.

La lluvia caía en láminas. El rayo destellaba como el agitar de un inmenso párpado.

Glaucous se quedó en el apartamento vacío, con la barbilla en la mano marcada, pensando en el trozo de papel doblado que sostenía delicadamente entre los dedos, como si fuese una mariposa atrapada. Mejor no inmiscuirse, aunque hacía tiempo que sentía curiosidad sobre cómo se plegaba y qué contenía. Se lo metió en el bolsillo del abrigo. Faltaba algo importante. Sí, tenía el número de referencia, tenía al chico. Incluso tenía la caja; pero no la parte final por la que estaba dispuesto a pagar su empleador, en dinero y dispensación. A pesar de las avispas, el chico había saltado, dejando atrás una ausencia peligrosa. Entregar algo que no fuese al sujeto completo podía ser doloroso… incluso fatal.

Glaucous se inclinó sobre la barandilla de hierro de la pasarela.

—¡Penelope! —le gritó a la lluvia—. Hemos atrapado a un cascarón. Se ha ido.

—Aquí está… *¡aquí está!* —aulló su compañera.

—No podemos arriesgarnos. Tendremos que quedarnos y esperar que regrese… o soltarle.

Penelope dejó escapar una maldición sin sentido. Luego, como una niña pequeña a punto de llorar:

—¿Por qué no me lo dijiste *antes* de que cargase hasta aquí con él?

Un hombre, de calvicie incipiente y bigote, de unos treinta y tantos años y cansado, subía las escaleras, con el chubasquero aleteando sobre una traje blanco de cocina. Se detuvo al llegar arriba y miró la puerta reventada para luego volverse al oír esa voz infantil elevándose entre la lluvia… y vio a Glaucous. Lentamente, con más cautela, intentando esquivar al gnomo de aspecto tremendo.

—Disculpe —dijo Glaucous, apoyándose en la barandilla.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó el hombre.

Glaucous le dedicó una sonrisa estrambótica, para luego hacerse a un lado y bajar corriendo las escaleras, los pies un borrón, empleando las gruesas manos como guías.

—¡Lo siento! —gritó.

El compañero de piso de Jack metió la cabeza por la puerta rota. El apartamento estaba lleno de avispas. Lanzando una maldición, dio golpes alrededor de la cara.

Glaucous se unió a Penelope.

—El chico no importa… yo le atraparé. Vámonos.

Penelope había apoyado la forma fláccida dentro del saco, goteando e inmóvil, contra un muro. Inexpresiva, cogió el chubasquero y cubrió su masiva desnudez.

Jack Rohmer había huido tan lejos que al principio Glaucous no pudo ni siquiera olisquear su rastro. Glaucous estaba seguro de que, por pura desesperación, Jack pronto se volvería a cruzar en su camino. Ahora había muchos caminos moribundos, muchas líneas enfermas que no llevaban a ninguna parte.

Oh sí, él, Glaucous, lanzaría su dulce red sobre el negro titilar de destinos roto y, con otro gesto diestro, Jack volaría directamente hacia ella, completamente asustado. Y todo estaría bien.

El compañero de habitación lanzó amenazas desde el tercer piso. Con la mano, Glaucous indicó la bolsa.

—Levanta. Carga. Trae, querida.

37

El otro ocupante del apartamento adoptaba el color y la textura del suelo cubierto de agujas, las paredes encostradas y el techo casi derrumbado. Emitía un sonido como el de la nieve pesada cayendo una noche oscura: interminable, inmutable. Era su única voz. Esperaba, atrapado en esa habitación —*desde siempre*—, y ahora se quejaba a cualquiera que pudiese oírlo. Simplemente, Jack no se había dado cuenta hasta ese momento. Mirándole, se sintió paralizado.

El ocupante tomó la iniciativa y se movió… sin moverse. Cambió de posición, de eso Jack estuvo seguro… pero no estaba convencido de que *pudiese* estar seguro. Al volverse para seguir la tarea, el borrón, donde se encontraba ahora entre su persona y la puerta, vio que siempre había estado *allí y* en ningún otro lugar. Se había equivocado.

Una vez más, notaba su presencia por primera vez.

Los párpados de Jack se estremecieron e intentaron cerrarse. El sueño de la droga ansiaba cubrirle como si fuese un sudario. Tenía que dejar de *ver*, debía alejarse de la imposibilidad que había entre su posición y la puerta. Su mente era incapaz de procesar y recordar. Sus sistemas de memoria se iban apagando. Pronto se quedaría atrapado aquí igual que el otro. Se protegería a sí mismo de la única forma disponible para los habitantes de este purgatorio: congregando suelo, paredes y techo, y ocultándose *a plena vista*.

—No quiero problemas —dijo Jack, entrometiéndose—. Sólo quiero salir de aquí.

El sonido de nieve dura se convirtió en un lloriqueo constante y arenoso —lágrimas de pena congelada—, el sonido más triste que hubiese oído

nunca. El otro abandonó su camuflaje, se volvió más sólido, más humano: dos brazos, una masa por cabeza, un tronco que en la base se dividía en dos piernas.

—¿Adónde irás? —pareció preguntar—. Llévame contigo.

—No sé cómo. —Jack podía distinguir una cara con un agujero por boca y dos pozos verdes y hundidos por ojos.

—Llévame fuera.

—¿No puedes salir? —preguntó Jack, sintiéndose enfermo.

—No —siseó. Se acercó; siempre había estado junto a Jack, nunca le abandonaría, con un miembro extendido como si fuese a apoyar una mano en su hombro; pero no había mano.

Todavía no.

La trampa se cerraba.

Jack no podía saltar. No había caminos, no había libertad. Sólo había fibras pestilentes sin color, sin oscuridad, cada una cerrada en un nudo pulsante y tumoral, dispuesto a extenderse y consumirlo todo.

Aquí el tejido se está descomponiendo. Las fibras se han soltado. Sus extremos se doblan y se unen para formar bucles. Ahí es donde estoy. En un mundo bucle.

Jack se echó atrás para gritar.

El grito surgió, apenas como el chillido de un animalito moribundo, no más potente que los de sus ratas.

—Quédate; te he dejado comida —dijo la forma.

De pronto Jack reconoció el rostro borroso.

Era Burke. Su compañero de piso.

Un anzuelo atrapó la columna de Jack y tiró de él con una sacudida de increíble dolor. Antes de tener tiempo de pensar en la muerte y en palabras sin voz —de pensar en la garra informe sobre el hombro, dándole la bienvenida a una eternidad inmutable— tiraron de él con una fuerza considerable y más dolor aún.

Intentó gritar de nuevo; le dedicó todas las energías. El ruido extrañamente distorsionado a través de mil callejones grises y sin salida; y de un golpe fue desviado con fuerza en otra dirección, a través de más miles

de línea. Los fragmentos de luz que le llegaban a los ojos eran cada vez más brillantes y cálidos, luego más oscuros y más fríos… y una vez más retenido, un tirón… instantáneamente. Alguien quería tirar de él y Jack sabía quién era, podía sentir el mismo toque enfermizamente dulce y tranquilizador, como el dedo de un pescador de mosca en el sedal.

Un maestro de pescadores de hombres sacaba a Jack Rohmer de los ríos de pesadumbre.

38

Oeste de Seattle

Glaucous condujo al sur por el carril lento, para luego entrar en el puente West Seattle. A través de los labios lanzaba un trino penetrante, sin seguir ninguna melodía concreta. De vez en cuando hacía una mueca, echaba la cabeza atrás y abría la boca, como si sostuviese algo entre sus amarillentos dientes.

—Te tengo —murmuró, y se pasó la mano por la frente.

Penelope se apoyaba contra la ventanilla, ojitos lánguidos. Una avispa solitaria se paseaba por el cuello del chubasquero y se agitó por un pliegue grueso del cuello. La lluvia golpeaba el techo de la furgoneta y los limpiaparabrisas limpiaban. A esta hora de la madrugada, la vieja carretera elevada estaba casi desierta. La aurora se iba manifestando hacia el este, una luz vaga en la penumbra húmeda.

El fardo de la parte de atrás se agitó.

—Ah —dijo Glaucous—. ¿Ya no es un cascarán, un falso?

Penelope se quitó una avispa de la nariz y la aplastó con el pulgar. Glaucous admiraba la fuerza y la firmeza de la mujer, pero no su personalidad. Penelope no sentía afecto real por nada. Su cuarta compañera, Penelope, era la que más había durado, más de sesenta años. A cambio, ella no había envejecido, pero había ganado tamaño y perdido atractivo. Otras se habían consumido y reducido. Una vez, durante un tiempo, había llevado a su segunda compañera en el bolsillo. En unos pocos días, su tercera simplemente se había desvaído como si la hubiese dejado al sol, y luego, una mañana, había desaparecido. Por lo que sabía, todavía seguía habitando la vieja casa… aunque no es como si alguien pudiese verla, o importase.

Los ojos de Penelope se abrieron.

—*Ha* vuelto, creo.

El la miró con ojos inquisitivos.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—Está llorando —dijo Penelope.

La lona se pegaba a la boca de Jack. Su propio aliento áspero se le pegaba a la cara como una certidumbre rancia y reconfortante. Podría ahogarse. Podría morir. Cualquier cosa sería mejor que el lugar donde había estado… las tierras mezquinas, donde dominaban la podredumbre y la desesperación.

Y Jack *lloraba*, en silencio y sin parar. Habiendo sido arrancado del purgatorio, habiéndose acercado tanto al infierno, sus lágrimas no tenían nada que ver con el valor o el miedo, sino con una pena mayor que nada que hubiese experimentado antes.

La alegría de la materia ha desaparecido.

Y cuando renuentemente recordó lo que había estado a punto de atravesar, una barrera que era como una costra sobre una herida abierta…

—Huele a quemado —dijo Penelope.

—Déjalo estar —dijo Glaucous, pero sus ojos manifestaron preocupación. Miró a la lluvia por la ventanilla, al rayo. El aire parecía más pesado, luz gris pulsando bajo la tormenta y formando gruesas y amplias oleadas. ¿O se trataba de la sangre bombeando a través de su grueso y duro corazón?

Glaucous expulsó sus preocupaciones.

—Le daremos una buena limpieza. El infierno no tiene peor olor.

—Ningún infierno —dijo Penelope.

Jack escuchaba desde el saco. *Olía*, sí, y el olor era horrible. Agarrarse la nariz no servía de nada, así que hizo lo posible por no percibirlo.

Con un esfuerzo tremendo, reuniendo todo su coraje, metió la punta del pie en las corrientes del destino. Todas las situaciones cercanas estaban tensas, muy apretadas. Bajo esas circunstancias, incluso las líneas de mundo

más fuertes tendían a tejerse y destejerse. Viajaba en una camioneta o furgoneta. No se presentó nada relativo a accidentes, pinchazos, problemas útiles. Estaba hundido demasiado profundamente en una línea desarrollada con mucha fuerza. Todas las alternativas disponibles le mantenían *aquí*, pero quizá no era un saco tan seguro, tan carente de rasgones y costuras…

—Ni lo intentes, mi buena bomba fétida —le aconsejó Glaucous desde el asiento del conductor, y una vez más, esa voz, como una madre tranquilizando a un niño disgustado, bañó a Jack con una dulzura empalagosa. Todo saldría bien, estaba demasiado agotado para pelear. Casi lo agradeció; la sensación azucarada de rectitud fermentó para dar un licor espiritual, embotando toda esperanza, todo dolor—. Pronto llegaremos a casa —dijo Glaucous—. Te gustará.

—¿Le gustará? —preguntó Penelope. El asiento gimió lastimeramente cuando la mujer reposicionó su masa—. A *mí no* me gusta.

—Lavaremos esa contaminación antes de que algo lo huela. Algo prematuro y quizás excesivamente ansioso. —En el fondo de la boca Glaucous emitió un cloqueo quitinoso, claro y fuerte. Jack no pudo ver cómo lo hizo.

Como pinzas atrapando.

SEGUNDA PARTE

LOGOS ROTOS

39

El Primer Bión

Con los pies plantados firmemente en un disco de luz fría y dura, Ghentun voló entre los relucientes conductos plateados, atravesando cañones relucientes, entre cegadores muros de kilómetros de alto, hasta los pisos más altos del Primer Bión: las urbes de los Grandes Eidolones.

En su día —si se debía creer al mito— los humanos habían creído que el universo podría no durar más que unos pocas decenas de miles de millones de años. Nadie en la Brillantez —el cálido y brillante útero del último billón de siglos— podría haber supuesto hasta qué punto se estiraría la historia, cuán a menudo se repetiría su cruel patrón: guerras que ocupaban decenas de miles de millones de años, e incluso billones de años, devorando las vidas de trillones de seres pensantes, consumiendo incontables cielos en las llamas idiotas de incontables infiernos.

El ascenso inevitable de miles de millones de civilizaciones a la divinidad inmaterial fue seguido del colapso igualmente inevitable de vuelta a los cuerpos individualizados que ignoraban inocentemente lo que se habían perdido… Un ascenso y descenso cíclico, como un corazón palpitante arrancado por el tiempo eterno e inmisericorde.

Tampoco ninguno de los que vivían en el bilenio primordial podría haber supuesto lo descompuesto y fragmentado que llegaría a estar el cosmos envejecido, sus piezas exigiendo rediseño, reemplazo o suplantación, y ahora tampoco habrían supuesto cómo los fragmentos perdidos de tiempos pasados se habían soltado, vagando y chocando contra el presente.

Y en cuanto al reciente Bilenio, a la sombra del Caos: amplias leyendas describían la era de las Guerras de Masa. Los Asures bosónicos habían regresado de su domino en la oscuridad de los años luz, buscando la ascendencia sobre el todo… y fueron sometidos por los Janjures mesónicos, que a su vez fueron derrotados por los Devas… formados a partir de quarks integrales. Luego los Devas se vieron obligados a ceder el paso a los noöticos. La materia noötica apenas era materia, más bien una vinculación compacta entre espacio, destino y dos de los siete aspectos del tiempo.

Los noöticos —que se hacían llamar Eidolones— reunieron a los supervivientes de las últimas galaxias artificiales y obligaron a casi todos a convertirse.

Los últimos restos de la antigua materia se conservaron y transportaron a varios relicarios con las historias continuas más largas… incluida la Tierra.

Sólo los sirvientes de la antigua Tierra —sobre todo Restauradores y Modeladores— recibieron permiso para seguir siendo primordiales. Aun así muchos se convirtieron. Durante un tiempo, antes de ser reclutado como Custodio, incluso Ghentun había sucumbido. La materia noötica garantizaba un entorno más seguro y más cooperativo, patrones mentales más eficientes, y opciones más diversas y controladas con más precisión. En noötica, cada partícula estaba previamente programada con una variedad de comportamiento, que podían integrarse en servidumbre sin igual.

El control mental completo de tu yo noötico condujo a la mayoría de esas inteligencias, a lo largo de las últimas eras del bilenio, a excentricidades sin límite, pero garantizó su dominio.

Para Ghentun, las leyendas de las Guerras de Masa todavía aportaban una gran lección. En una sociedad de aspirantes a dios, un hombre humilde se muestra siempre cortés.

El disco fotón pasó rápidamente a través de regiones alternadas de masa y luz, moradas sólidas y caminos por los que se desplazaban ciudadanos sólidos; pero cuando se cansaban del movimiento, los ciudadanos se

elevaban como remolinos para pasar a caminos más etéreos… las plazas parpadeando con las artes y desafíos de diez billones de años de historia.

El disco voló sobre distritos en cinta poblados por antiguos Devas, que ahora sólo aceptaban una franja estrecha de tecnologías extremas. Insistían en que sus distritos se dispusiesen como carretes, cintas desenrolladas lentamente de renovación y localidad, cada una de casi un kilómetro de ancho y adornadas con moradas emergentes, galerías de experiencia y granjas de regeneración. Multitudes de imágenes —proyecciones de ciudadanos de los distritos— tomaron forma alrededor de Ghentun, manifestando una vaga curiosidad, pero viendo sólo a un Restaurador solitario y menor, se aplanaron y desvanecieron como retratos velados.

En ocasiones, Ghentun sentía que las urbes más avanzadas del Kalpa no eran menos extrañas que el Caos exterior… hasta que volvía a ver el Caos. En comparación, en las cintas las altas urbes y los distritos resultaban absolutamente agradables y familiares.

Incluso aquí resulta difícil perder tu juicio —tu alma—, pero ahí fuera, más allá del límite de lo real…

El disco fotón se entretejió expertamente, bailando un bonito camino para diversión propia, o eso parecía, para luego ralentizarse y comunicarse durante los últimos kilómetros con el equipo de seguridad de Astyanax: enjambres de máquinas no muy diferentes, excepto en tamaño y potencia letal, a los guardianes de los Niveles.

En los pisos superiores del Kalpa, rodeando las raíces de la Torre Rota, urbes como tremendas medusas se alzaban desde cimientos montañosos, coronadas por un difuso resplandor azul que se extendía por el cel. Lentamente hacían ondular aletas verticales de entre diez y doce kilómetros de ancho, resplandeciendo en púrpura, verde y rojo. Vistas más de cerca, las aletas resultaron ser moradas apiladas horizontalmente, cada una cambiando continuamente con respecto a lo que tuviese por encima y debajo, sin repetir jamás la misma perspectiva.

Cada una era el hogar de millones de Eidolones.

Incluso aquí en la última ciudad…

Aburrimiento, aburrimiento, repeticiones de interminables diversiones, seguidas de un triste olvido y luego deleite renovado…

Al acercarse el disco a la plataforma de recepción, entre los enjambres de centinelas apareció una diminuta imagen brillante: una esfera que exhibía un cinturón ecuatorial de luz esmeralda, el cetro que anunciaba la presencia y privilegios del Astyanax del Kalpa.

Los centinelas verificaron a Ghentun y se separaron para dejar paso.

Ghentun bajó a la plataforma y el disco desapareció con un pequeño estallido, liberando un resplandor azul que se extendió por el suelo, dejando atrás polígonos rojos y dorados, una manifestación ritual tan antigua como el mismo cargo de Astyanax.

Los polígonos se extendieron para señalar el camino del Custodio.

El camino llevaba hasta una sencilla puerta. Sabía que al otro lado de la puerta se encontraban las oficinas y moradas más privadas del Astyanax. Por primera vez, a este Custodio de los Niveles se le permitía reunirse con el último Príncipe de Ciudad en su sanctasanctórum más privado.

40

Los Niveles

Los jóvenes progenies regresaron de la expedición sosteniendo sólo tres libros… y Tiadba los había encontrado todos.

Khren y los otros se habían ido tras unas pocas horas para dedicarse a otras diversiones.

Jebrassy acompañó a Tiadba a su nicho, donde ella había dispuesto sobre la mesa los lienzos y la capa de Grayne, para luego disponer tres jarros llenos de insectoletras prestados.

Él se quedó a un lado, asombrando por el procedimiento; nunca se le había ocurrido que los insectoletras podrían ser tan útiles, y siempre había sentido desprecio por los que los criaban y los intercambiaban. Y ahora: usarlos para leer un libro real, escrito en un alfabeto antiguo… no era supersticioso, pero la estancia ya parecía estar llena de fantasmas del pasado.

Más allá del balcón, la primera luz naranja de la nueva vigilia se extendía por el cel.

Tiadba miró con orgullo a frascos y libros.

—Mis compañeros de inclusa siempre querían saber qué decían sus viejos bichos. —Tenía el rostro reluciente al mirar por encima del hombro a Jebrassy, allá en las sombras.

—¿Cuánto tiempo hará falta? —preguntó él.

—Nos quedan menos de diez vigilias hasta la marcha. Si no dormimos… —Se tocó el pelaje delicado de la nariz para luego dedicarle a Jebrassy un silbido de pulla—. ¿Tienes miedo, guerrero?

—Harás bien en creerlo —dijo—. Tú también deberías tener miedo.

—Juntos hemos visto y hecho muchas cosas. Hemos encontrado nuestros libros.

—Hemos encontrado *tus* libros —le corrigió Jebrassy.

—Vamos a entrenarnos para una marcha. ¿Qué más podríamos querer, ahora qué podría darnos miedo?

Tiadba fijó el lienzo, ya marcado con los símbolos comunes y otras palabras que a menudo deletreaban los insectoletras más jóvenes. Su tarea sería apuntar las palabras que los viejos bichos formasen con sus antiguas letras; compararlas con las nuevas; encontrar similitudes; luego transcribir.

Quizás entonces pudiesen abrirse paso pacientemente por el libro, como habían hecho Grayne y su hermandad.

—Los libros no nos contarán lo que hay ahora mismo ahí fuera, es una pena —dijo Tiadba—. Dijo tu visitante en el pasado sueño…

—¿Qué más dijo *mi visitante?* —preguntó Jebrassy, con el rostro fruncido—. ¿Hiciste el amor con él?

—Las preguntas de una en una —dijo Tiadba, tocándose ambas orejas. De todos los ademanes de esta fulgente, ese gesto elevado de profesora era el que menos le gustaba. El problema era que le gustaban todos sus otros gestos y roces… demasiados.

No había vuelta atrás, con o sin visitante, con o sin libro.

—Dijo muy poco —recordó Tiadba—. No estaba contento. Parece que en su mundo había problemas. Se enfrentaba a un desafío. Y no, *no* hicimos el amor. Al descarriarnos estamos demasiado desorientados. Lo que dijo es que el libro habla de un viaje mucho más allá del Kalpa, hacia las *estrellas*, sean lo que sean.

—Estoy cansado de ser *tomado* —dijo Jebrassy, empleando la palabra para describir la ocupación del nicho de otro—. Y todavía más cansado de ser un ignorante. —Tiró un poco de su Curtis antes de sentarse en una banqueta cerca de la mesa—. Por tanto, allá vamos. Extiende los bichos.

Tiadba le pasó un palo blando y gris para usarlo con el lienzo finalmente tejido. Luego abrió el primer jarro y lo volvió. Los bichos, largos y de un negro reluciente, con cinco patas a cada lado y brillantes ojos azules, saltaron y gorjearon, no muy incomodados por haber estado tan

apretados, pero deseosos de extenderse, formar equipos y retomar su interminable juego de palabras.

En los dos botes adyacentes, los insectoletras se habían dispuesto en grupos, cabeza arriba bajo la tapa agujereada, agitando antenas cortas. Los vertió también. Cuantos más bichos, más largas serían las palabras.

Tiadba cogió su palo y se sentó junto a Jebrassy. A medida que los antiguos bichos iban formando filas paralelas, él ya estaba registrando las combinaciones más simples.

Tiadba abrió reverentemente el primer libro.

Pasaron dos vigilias de trabajo duro y cansado antes de que Tiadba se permitiese hacer suposiciones sobre el texto. Jebrassy ya sabía que contenía el nombre *Sangmer*; resultó que él era más habilidoso que Tiadba cuando se trataba de transcribir del viejo alfabeto. Pero pronto quedó claro que el libro no trataba *sólo* de Sangmer; lo había escrito él: una idea novedosa para los dos.

—¿Cómo sería eso de *escribir* tus propias aventuras? —se preguntó Tiadba mientras agitaba un borde de los lienzos, donde su transcripción, y por tanto las traducciones, habían resultado ser erróneas. El polvo de palo gris formó una fina nube que cayó al suelo.

—Primero, tienes que *tener* aventuras —comentó Jebrassy con sequedad—. Los progenies antiguos somos demasiado humildes para presumir. —Se tendió con un bostezo y medio estirándose, invitando a la seducción.

—Tonterías —dijo Tiadba—. Yo soy progenie y no soy humilde. Tampoco lo eres tú.

—No —admitió Jebrassy—. Pero me avergonzaría escribir mi vida de principio a fin. No sería interesante… todavía no. No sería adecuado.

—Es de suponer que sólo escribirías las partes buenas —comentó Tiadba—. En caso contrario, tus lectores… ¿acabo de inventar una palabra? —Parecía encantada—. Tus *lectores* encontrarían tareas más interesantes. Como…

Ella se tendió a su lado y Jebrassy quedó satisfecho al descubrir que todavía podía distraerla del trabajo, aunque fuese por poco tiempo.

Antes de que el cel se iluminase por la cuarta vigilia, ya podía desentrañar con algo de claridad los párrafos iniciales del libro.

Al no saber exactamente cómo usar un libro, habían intentado empezar por ambos extremos, y luego, confundidos, se habían ido al punto medio. Gradualmente habían ido comprendiendo que este libro no era como las historias que los progenies contaban a sus hijos, que siempre empezaban por la mitad, en el momento peligroso, y sólo regresaban al principio después de más aventuras, para explicar su sentido. Los cuentos progenie tenían algo de acertijos.

Este libro empezaba por el principio —abriendo la tapa por la derecha —, seguía hasta la mitad y concluía al final, cerca de la izquierda. Una vez transcrito, el lenguaje no resultaba muy diferente, lo que a Jebrassy le resultaba extraño… había pasado tanto tiempo.

—Se supone que es antiguo. ¿Por qué nos expresamos con tantas de las mismas palabras?

—Si fuese excesivamente extraño no podríamos leerlo —dijo Tiadba—. Y alguien quiere que lo leamos. O quizá nos han retenido —dijo—. No somos *naturales*. —En este punto Tiadba empleó la palabra que habitualmente describía la fácil introducción de un joven a un grupo de patrocinio—. Leamos en voz alta lo que tenemos hasta ahora. En realidad, no es tan difícil.

Tras un rato, Jebrassy tuvo otra duda.

—Sangmer no es progenie —dijo mientras alimentaba a los bichos con el contenido de una bolsita de cutoslupe y pares secos. Los bichos cantaron por lo bajo al masticar. Aparentemente a los bichos antiguos no les gustaban los pares, porque separaron los granos secos y los echaron por el borde de la mesa.

—¿Y? —dijo Tiadba—. Quizá fuese un Alzado.

—Algunas de las nuevas palabras son extrañas. Apenas las puedo pronunciar. ¿Cuál es ésta?

—Creo que es un número. Muy grande.

—¿Y qué es un «año luz»?

—Limítate a leer… Lo deduciremos sobre la marcha. Lee —le ordenó, tocándole la oreja con el dedo.

Jebrassy empezó de nuevo con decisión. Tiadba se ocupaba cuando vacilaba y juntos leyeron el preámbulo —las páginas introductorias— y dieron por supuesto, como inocentes recién salidos de la inclusa, que lo leído era cierto, aunque gran parte les resultaba incomprensible… simples sonidos surgiendo de la página, pero sonidos que transmitían cierto sentido espeluznante y convincente, como si ellos dos compartiesen algo innato con el autor y la gente que describía.

Recorrimos un trayecto destrozado entre galaxias rotas a bordo de una nave demente —morimos, revivimos y deseamos morir de nuevo— y llegamos a casa siguiendo un camino todavía más difícil, cargando con la salvación de la Tierra… y al regresar, nos encontramos astillados por nuestro triunfo, celebrados por nuestra locura, rodeados y adorados por aquellos que nos habían odiado como enemigos mortales.

De tal forma logré poder y una cierta libertad… y luego renuncié a todo por el amor que también perdí. A eso se reduce mi viaje al Dominio de los Shen, que afirmaban no descender de humanos, no tener ninguna relación de gens con las quinientas galaxias.

Lo cuento ahora para elevar el entusiasmo en un Kalpa que poco importa lo que hay más allá de sus muros, buscando una segunda exacción… permiso que no comisión, para realizar un último viaje, mucho más corto, mucho más peligroso, del que sin duda ninguno de nosotros volverá.

Jebrassy tomó aliento.

—No va a ser una historia feliz —dijo.

—Creo que tienes razón —dijo Tiadba.

Jebrassy apartó delicadamente a un insectoletra que se había subido al libro y juntos, con los dedos entrelazados, pasaron la página.

Descubrieron que lo siguiente era más difícil, sobre todo porque bichos cansados de ser reordenaron y se negaron a formar filas útiles.

Con el tiempo, Jebrassy cerró los ojos y dormitó. Tras asegurarse de que efectivamente estaba dormido, Tiadba se adelantó un dedo de página. Tenía la sensación de *sentir* el libro —sus conexiones, su forma— y que, si ella tuviese libertad, lo abriría instintivamente por las páginas que *casi* responderían a sus preguntas.

Mi esposa, condensada a partir de principios perdidos…

Nimbo reluciente, sombra eterna…

Ishanaxade… la mujer más terca, más inteligente y más poderosa que he conocido nunca, jamás reconciliada o incluso hecha carne. En nuestra vida, buscó la perfección por medio del conflicto, el perfeccionamiento por medio del enfrentamiento, corrigiendo por medio de la victoria y la derrota… La mayor contribución de Gens Simia al triunfo humano del Bilenio, afirmaba ella, con un extraño conocimiento que yo no me atrevía a discutir.

Y al igual que todos los Devas, se vinculaba a Gens Simia. Incluso la hija de un Gran Eidolon, única en sí misma, se aferraba a las familias del pasado… por muy artificiales que, ciertamente en su caso, puedan ser…

Mis ascendientes, de forma igualmente irracional —y como todos los Restauradores—, afirmaban descender de Gens Avia, una herencia que se remontaba a la Brillantez, asociaciones que ya nadie comprendía, pero que se valoran en lo poco que quedan.

En medio de nuestra boda, mis ascendientes insistieron en recolectar la tasa tradicional por la ingesta y deglución legendarias que la Gens Simia realizó en su momento contra nosotros: el Consumo. Perversamente,

Ishanaxade se deleitaba con ese mito. Pagó la tasa con entusiasmo, y pronto descubrí por qué, cuando dejó claro dominio en nuestra cámara nupcial.

Se convirtió en la causa de nuestra primera disputa como compañeros unidos, una discusión estúpida sobre la Fiesta de Partes y Nidos. En medio de todas esas distracciones rituales y arcaicas, cedí… y soporté, manteniéndome en silencio, mientras ella me mordisqueaba la «pata» y mi «ala» y luego pasaba a mi «pechuga». Para conservar la dignidad tuve que controlar todas mis respuestas naturales.

Cuando alzó la vista para mirar los labios rojos por la sangre, y mientras mis tejidos volvían a crecer con rapidez, declaró que poseíamos un equilibrio perfecto… que ella siempre consumiría y que yo siempre ofreciese, y sobreviviría para recolectar mi mísera tasa.

Creo que bromeaba. Sin embargo, pronto me resultó inquietante.

Tiadba subrayó con el dedo esas últimas palabras, sin estar segura de su significado. Se sentía furiosamente inquieta ante lo que no podía comprender.

—¿Realmente se lo *comió?* —susurró, horrorizada. No estaba segura de querer que Jebrassy leyese esas partes y consideró arrancar la página; incluso le dio un tirón, pero era resistente.

Aun así, algo se agitó en su interior. La precisa disposición de palabras nada familiares se hundió profundamente, trayendo recuerdos que no creía haber vivido personalmente para tenerlos.

Medio dormida, antes de pasar otra página, miró a Jebrassy —tan tranquilo, tendido a su lado— y pensó en compañeros, parejas, amantes… a lo largo de todas las incomprensibles palabras del tiempo.

41

El Astyanax recibió a Ghentun de pie frente a un soporte transparente de relucientes instrumentos noöticos, que aplicaba meticulosamente —sin tocarlos— a un simulacro. El sujeto poseía un lejano parecido con uno de la progenie antigua, aunque más grande, más masivo, menos grácil y con menos pelaje.

A su alrededor la cámara se desplazaba siguiendo los caprichos del Gran Eidolon. En varias ocasiones Ghentun tuvo que apartarse para no recibir una quemadura, quedar congelado o ser simplemente aplastado. Por respeto, había establecido el manto al mínimo, pero ahora subrepticiamente reforzó la protección.

Y esto era el Astyanax intentando ser cortés.

—Me pregunto —dijo, girando el simulacro—. ¿Es éste *realmente* el aspecto que tenían nuestros antepasados terrestres? No es tan bonito como tu progenie antigua, eso está claro, pero en cierta forma, con su torpeza, con su crudeza, resulta más convincente.

—Muy convincente —dijo Ghentun—. Pero nunca lo sabremos. Esos registros se perdieron hace mucho tiempo.

—Es divertido elucubrar —comentó el Astyanax—. Si no te molesta tener un poco de competencia.

El simulacro, evidentemente asombrado, parpadeó mirándoles.

—¿Crees que si confirmase su forma y lo soltase en los Niveles, *soñaría*, Custodio? —preguntó el Astyanax—. ¿Se comportaría como se comportaron en su momento nuestros antepasados, despojándose de sus líneas de mundo desechadas, sus destinos no recorridos, cada vez que dormían?

Los Eidolones rara vez mencionaban el destino. Sus estructuras impedían variaciones en la quinta dimensión; todos los destinos se optimizaban automáticamente a un único camino. Tal inflexibilidad les volvía especialmente vulnerables al Caos.

Ghentun caminó alrededor del simulacro.

—Es una posibilidad —dijo.

—Si alguna vez pudiésemos recorrer a la inversa la hebra combinada de esta criatura y su gens —añadió el Astyanax—, conectando un *animal* tan sensible, formado por material primordial, con sus antepasados más cercanos, por remotos que estuviesen… ¿podría llegar a *atestiguar* esos tiempos perdidos? Tendríamos que asumir que su línea de mundo se enlazaría y conectaría con líneas de mundo similares, retrocausalmente… como la combinación de hebras genéticas primitivas.

—Es un experimento que se ha intentando. Siempre ha fallado —dijo Ghentun, sin estar seguro de lo que sabía el Príncipe de Ciudad, de lo que los Grandes Eidolones se habían contado unos a otros a lo largo de media eternidad de subterfugios.

—Y, sin embargo, precisamente eso es lo que buscas: confirmación de un hecho en el remoto pasado. La destrucción final, ¿no es cierto?

—Nunca se equivoca —dijo Ghentun.

El Astyanax congeló el simulacro y luego lo disolvió. La materia primordial formó una masa brillante sobre la plataforma.

—Un juego ocioso —dijo—. ¿Has hablado recientemente con el Bibliotecario?

—Hace setenta y cinco años visité la Torre Rota —dijo Ghentun—. Se acordó un encuentro para hablar de los Niveles, pero todavía no he sido convocado. —Sabía que no debía intentar ocultar verdades evidentes.

—A los angelines de la Torre Rota, Custodio, les comunicaste un cambio en los Niveles. Di por supuesto que con el tiempo *alguien* me lo haría saber. Después de todo, el Bibliotecario y yo hace tiempo que coparticipamos en este estudio.

—No es mi labor llevar mensajes entre Grandes Eidolones. —Ghentun sabía que le estaba provocando. No esperaba mucho más de un Eidolon…

comparado con el Príncipe de Ciudad, él era menos que un pede cruzando un camino polvoriento.

—He oído que el Bibliotecario sigue trabajando en su solución radical para nuestras dificultades —dijo el Astyanax.

—De la Torre Rota descienden muchos rumores —dijo Ghentun—. No tengo información suficiente para saber qué debo creer.

El Astyanax le examinó. Podía ocultar muy poco; en segundos un Gran Eidolon podía mapear a un Restaurador.

—Restauradores y Modeladores llevan al menos medio millón de años ocupados con la variedad actual de progenie antigua.

—No me podría sorprender nada de lo que haga nuestra Modeladora. Rara vez hace lo que le pido.

El Astyanax manifestó cierta diversión. La dispersión posterior hizo que la capa de Ghentun emitiese luz.

—A veces tengo la sensación de que esta ciudad no se dejará controlar. Casi agradecería la oportunidad de ver cómo la administraría el Tifón.

A pesar de sí mismo, Ghentun se estremeció.

El Astyanax le observó con aprobación.

—Evidentemente no estás de ánimo para traicionar al Kalpa, Custodio. Ni tampoco traicionarías a tu Bibliotecario. Aquí no hay secretos, Restaurador… sólo tu ignorancia del pasado, de lo que realmente sucedió entre el Bibliotecario y los Príncipes de Ciudad. Aun así, me gustaría recibir una copia discreta y abierta de tu informe sobre los Niveles, el informe que entregarás al Bibliotecario cuando te convoque.

—Por supuesto —dijo Ghentun.

El Astyanax no hizo ningún gesto de despedida. Algo cambió en el aire de la cámara. Los angelines se estremecieron y difuminaron, en estado de gran alerta. Y con un estremecimiento de sorpresa, Ghentun comprendió que ahora tenía delante el yo primario del Príncipe de Ciudad, controlando directamente esta personificación, que parecía casi incapaz de cumplir su tarea. El resplandor se clavó en los ojos de Ghentun. Pero el color tonal de las palabras del epítome, surgidas directamente del núcleo del Príncipe de Ciudad, se volvió menos provocador, casi despreocupado.

En ese momento los angelines le concedieron a Ghentun concentración total, una especie de advertencia asombrada de que tal intimidad no tenía precedentes. La suya se había convertido en una reunión de supuestos iguales, y para los angelines resultaba casi intolerable.

—Le recuerdo más claramente como el Deva, Polybiblios —dijo el Príncipe de Ciudad—. Una cosita diminuta cuando llegó aquí por primera vez, comparado con lo que es ahora. Había traído tantos problemas junto con la gracia de la *supervivencia*.

»He apoyado, he intentado controlar, he vuelto a apoyar al Bibliotecario, intentado comprender sus planes, su forma de pensar… todo él. He fracasado. Incluso entre los Grandes Eidolones hay desigualdades y yo me he convertido en el inferior, de eso no hay duda. Pero hace tiempo que el Bibliotecario habría destruido lo que nos queda de tiempo, de no haber sido por los esfuerzos de los Príncipes de Ciudad. El Kalpa ha sobrevivido unos cientos de millones de años adicionales, muchos de ellos iguales a sí mismos, cierto, un reposo de anciano después de una juventud imprudente y una madurez interminable.

Entre ellos apareció una imagen simple: tres piezas de un puzle retorcido. Se unieron, formando una bola, muy marcada por patrones, más pequeña que el puño cerrado de Ghentun.

—Te entrego un recuerdo, Custodio. Un mensaje a entregar, si lo deseas. Surgirá de nuevo en el momento adecuado, cuando no quede tiempo. Hasta entonces, se hundirá en lo más profundo, invisible.

Ghentun sintió que su atención pasaba rápidamente a la izquierda y luego a la derecha. El puzle… bandas cambiantes entrelazadas alrededor de una cruz, el conjunto girando y rotando en el centro de… nada.

La nada le atrajo y durante un momento indefinido fijó sus pensamientos. Ghentun escuchó la voz del Astyanax, exquisita y absorbente. Incluso mientras se contaba la historia, que de inmediato se hundía y caía de su conciencia, Ghentun preguntó, estremeciéndome por su atrevimiento:

—¿Por qué la enviaste lejos?

La respuesta permaneció en su memoria inmediata a pesar de que todo lo demás se desvaneció.

—Dudo que pudiese comprender la humildad de un Eidolon, Restaurador. Pero en todas mis extensiones he intentando ser humilde. Preví un gran peligro para el Kalpa. Si todas las partes de la Babel se hubiesen unido, ese hecho habría provocado el final del Kalpa… y todo lo demás. Su terminación y unidad habrían seducido a las últimas grandes fuerzas del cosmos para *empezar de nuevo*: Brahma, la movilidad estática interior, que despertará; Mnemosina, la reconciliadora, que durante un tiempo caminó entre nosotros, pero que debe regresar a su verdadera naturaleza; y Shiva, que bailará en jubilosa destrucción. ¿Comprendes qué es una Babel, Custodio?

El Astyanax tocó su capa y Ghentun vio homúnculos —servidores de la Babel— ascendiendo por escaleras en espiral de balcón en balcón, dispuestos siguiendo una pared que se extendía hacia arriba, hacia abajo, a izquierda y a derecha, aparentemente para siempre. Los balcones ofrecían acceso a estantes cargados con cantidades prodigiosas de volúmenes de encuadernación antigua. Más allá, otras escaleras se elevaban hasta alturas imposibles y descendían hasta profundidades insondables.

Uno a uno los homúnculos sacaban volúmenes de los estantes, los examinaban, fruncían el ceño y los volvían a colocar. Y luego se movían, libro tras libro, estante tras estante, piso tras piso.

Un giro inverso de su punto de vista mostró, al otro lado de un golfo estrecho, otro muro ilimitado que sostenía un número igual de libros, en un número igual de estantes. Las dos paredes aparentemente infinitas de estantes parecían encontrarse y perderse en una curva vertical. Ghentun admitió a regañadientes que la curva era un buen toque, indicando una distorsión del espacio, y una eternidad de búsqueda.

Cadenas de datos simbólicos, ciertamente incontables para un Restaurador. Y probablemente incluso para el Bibliotecario. Toda historia, todo relato, toda secuencia, toda teoría falsa o acertada, perdidas en vastos laberintos de texto revuelto e indescifrable.

—Nada quedaría más allá del alcance de la Babel, una vez combinada y completa. Todo lo que hay, todas las posibilidades, toda insensatez, todo orgullo, toda derrota. Ciertamente sería lo más impresionante jamás creado. Y lo más peligroso.

Una pregunta flameó en la mente de Ghentun a pesar de que —y quizá precisamente por eso— era imposible de responder.

¿Y qué sería más importante para un universo… la insensatez aleatoria o lo que creemos poder leer y comprender?

—No sé nada de esto —dijo, con párpados cerrados, pero, sin embargo, aterrorizado hasta lo más profundo. La Babel sería mucho mayor que cualquier universo…

—No es necesario. Admite simplemente que no has terminado tu trabajo —le dijo el Príncipe de Ciudad—. Y termínalo si estás dispuesto. Dentro de muy pocas vigilias el Caos romperá nuestras defensas. Reconozco la derrota. No hay elección, no hay razón para la dilación. He transferido las llaves de la ciudad a los angelines de la Torre Rota, y con ellas va mi autoridad.

»Soy consciente de que hace tiempo que tienes la esperanza de seguir a tu progenie antigua más allá del límite de lo real. Ve ahora, Restaurador. Ya no existen leyes de la ciudad para detenerte. Haz lo que debas para llevar a tus progenies hasta Nataraja… si todavía existe. ¿Qué importan unas pocas vigilias y sueños? El plan del Bibliotecario seguirá adelante.

»No nos volveremos a encontrar… en esta creación.

El Astyanax se volvió gris como la piedra antigua y su presencia pasó a otro lugar.

El extraordinario encuentro había terminado.

Un angelín escoltó al silencioso Ghentun hasta la plataforma y el disco fotón que le esperaba.

Llevaba analizando las intrusiones el tiempo suficiente para comprender la mayoría de lo que el Astyanax había dicho o dado a entender. Los generadores de realidad se debilitaban hasta tal punto que ya no podrían proteger a los biones.

Ghentun sabía que debía actuar. Debía dar un final humano a este experimento, realizar un último intento de cumplir con la tarea que se le había asignado mucho tiempo atrás; independientemente de lo que deseasen los Eidolones y de lo mucho que debatiesen la naturaleza del Tiempo.

El Custodio sólo era vagamente consciente de que él podría ser la última arma en el arsenal del Príncipe de Ciudad.

42

Los Niveles

Por Grayne, la Modeladora se unió a Ghentun e hizo lo que casi nunca hacía: abandonó la inclusa.

Fueron invisibles junto a la vieja progenie en su nicho y la observaron mientras dormía. La Modeladora estaba evidentemente encantada de que Grayne todavía fuese capaz de soñar, a pesar de todas las interferencias. Estas progenies tenían fuertes sueños. Se inclinó y aplicó dedos suaves y anchos a la frente de Grayne, para luego decir:

—Dinos quién sería mejor para esta última marcha y quién sería mejor para un viaje a la Torre Rota.

Grayne no tuvo que hablar para responder.

La Modeladora la soltó y Ghentun dio un paso al frente.

—La pareja escogida parece inteligente. Siempre ha sido buena juez.

—¿Una pareja que puede reproducirse?

—Todavía no lo han descubierto.

—¿Sería inteligente separar a una pareja que pueda reproducirse? —preguntó Ghentun retóricamente. La Modeladora ni siquiera se molestó en contestar a la pregunta. No era cosa suya transmitir tales opiniones, y nunca lo sería, gracias a la ciudad. Ella se limitaba a modelar y no reflexionaba mucho más.

—Han buscado sus libros en los Niveles desiertos, como siempre —dijo la Modeladora—. Ella los guió hacia esos estantes que tienden a repetir las historias de Sangmer e Ishanaxade. Amantes separados…

—¿Sabe lo que sueña Grayne? —preguntó Ghentun.

—Oh, lo sé desde hace tiempo —dijo la Modeladora—. Todas las adiestradoras comparten el mismo sueño, desde el primer lote. Sueña que es parte de un grupo de antiguas mujeres… aparentemente, en la Brillantez. Los detalles son imprecisos, claro está, pero parece que buscan jóvenes con talento, como han hecho ellas y sus hermanas. —La Modeladora volvió a tocar a Grayne y murmuró—: Una pena perderla, después de tantas penalidades. Una favorita.

Grayne se agitó. Su rostro delataba una ansiedad secreta, para nada relacionada con su presencia.

Ghentun cerró los ojos.

—Entonces la conozco —dijo.

La Modeladora no podía controlar *toda* curiosidad. Miró a Ghentun.

—¿Cómo? ¿También sueñas tú, Custodio?

—Recupera los libros de la adiestradora.

La Modeladora se detuvo, mirando a la vieja progenie. Luego fue a la caja, abrió el cierre digital y sacó todos los libros: cinco en total. Se amontonaban con facilidad en los múltiples brazos de la Modeladora.

—No la despertemos —dijo la Modeladora—. Tal pérdida sería exquisitamente dolorosa para ella. No es que yo sea una sentimental.

Salieron del nicho de la sama. Entró un Guardián Sombrío, lento y silencioso. Se acomodó para extender sus pliegues sobre Grayne, y con un ligero estremecimiento, antes de que ella pudiese abrir los ojos, la progenie dejó de ser.

Una bendición, considerando lo que pronto llegaría.

—Tráeme al macho —dijo Ghentun.

—¿Y la hembra?

—Irá a la marcha. Escoge a otros… amigos, si los hay. Completa como puedas el grupo de viaje de la sama y acelera su preparación.

43

El sonido se inició quedo y pesado, un zumbido grave que hizo vibrar las paredes del nicho de Tiadba. Jebrassy abrió los ojos y agitó un brazo, tirando uno de los preciosos libros. Lo último que recordaba antes de dormir era la respiración suave y constante de Tiadba… dulce y tranquilizadora. Pero a su lado la cama estaba vacía.

Se sentó recto, prestando atención, como si ese palpitar pudiese ser por el movimiento de Tiadba.

¿Dónde estaba la hembra?

Pero el sonido era demasiado intenso. Era como si los propios Niveles se estuviesen despedazando.

Se puso el curtus y trastabilló sobre las sábanas dispersas hasta la puerta, que estaba medio abierta y parecía haberse quedado bloqueada. Por alguna razón, eso le asustó más que el sonido, que se hizo todavía más intenso.

El estremecimiento hacía que le resultase difícil mantenerse en pie.

Sobre el estruendo profundo llegó otro sonido, no menos aterrador pero más agudo; gritos y aullidos, como criaturas sufriendo un dolor horrible.

Pasó por la abertura y se arrodilló en el pasillo. Su mano casi tocó una oscuridad profunda y oleosa que se extendía por el suelo del pasillo como un agujero abierto en la sustancia de los Niveles, que crecía. Intentó centrarse en lo que había caído en el agujero, la impresión rápida de dos manchas que podrían haber sido dos o más progenies, intentando nadar contra la oscuridad… y luego algo le agarró por el hombro y le obligó a girar.

Un enorme guardián ocupaba casi por completo el pasillo, las alas plegadas, fuerte, brazos duros extendidos, uno agarrando a Jebrassy, el otro lanzando una red, un denso tejido de fibras relucientes que se acomodó sobre la oscuridad y, durante un momento, pareció retenerla.

El guardián le apartó.

—Te vas —dijo, con una voz irrefutable y carente de pasión. Levantó a Jebrassy del suelo y lo dejó colgar como una muñeca. Giró la cabeza a tiempo de ver a Tiadba dejar atrás el caparazón gris del guardián para entrar por la puerta medio abierta del nicho.

El rugido de dolor se hizo más intenso; al que Jebrassy añadió sus propios gritos de dolor, y una pregunta:

—*¿Por qué?*

A continuación Tiadba volvía a estar en el pasillo. Había recogido una bolsa… los libros. Dando la espalda al guardián, encogiéndose, dejó que la agarrase y la levantase. Los dos miraron directamente a la oscuridad ondulante que ocupaba el lado opuesto del pasillo…

El rugido, el chillido.

La red que retenía la oscuridad ya se había disuelto. La oscuridad avanzó, ofreciendo en la cresta de su oscura ola tres, cuatro, cinco progenies —Jebrassy no podía contarlos a todos— agitándose y retorciéndose de formas en las que nada podía retorcerse. Estaban aterrorizados. Se le volvía del revés y luego de nuevo con la piel hacia fuera, mientras seguían horriblemente vivos, brazos y piernas moviéndose a una velocidad imposible, las cabezas girando como trompos.

Las cabezas fueron creciendo, expandiendo ojos borrosos, como si fuesen a estallar…

Tiadba contribuyó con su propio aullido.

Y Jebrassy *supo*. Lo había visto antes, a menor escala, más concentrado. Se encontraban en el borde de una intrusión… como la que se había llevado a su mer y per.

Con un tirón, el guardián se retiró por el pasillo, golpeando y rozando las paredes. Tras ellos el pasillo se convirtió en una pared y guardianes

dorados se reunieron alrededor de la escalera para lanzar redes a todas partes…

Su guardián los hizo girar, los retrajo para evitar que se golpeasen con la cámara o una nueva bifurcación del pasillo en el que habían entrado, liso y plateado… un pasillo o tubería que él no había visto antes.

¡Un ascensor! Como el de los Diurnos.

Jebrassy intentó tocar a Tiadba, pero apenas pudo rozarla con los dedos. Estaba viva, eso lo tenía claro —agarraba con fuerza la bolsa de libros contra el pecho—, pero mantenía los ojos bien cerrados y tenía la cabeza inclinada como en un gesto de sumisión.

El viaje por la tubería reluciente fue casi instantáneo, con el aire corriendo a tal rapidez que, a pesar de la protección del cuerpo del guardián, las ropas de Jebrassy casi quedaron convertidas en jirones. Sintió que su piel expuesta se calentaba, y luego salieron volando por la abertura de una pared opuesta. El guardián extendió las alas y se elevaron en una curva de planeo sobre la tercera isla. Jebrassy logró abrir los ojos el tiempo suficiente para comprobar a qué altura se encontraban, y se mareó de inmediato.

Ahora ya no podía ver a Tiadba —excepto por un pie que salía por debajo de la segunda ala—, pero con el estómago vacío sintió una especie de tranquilidad resignada.

La primera y segunda isla estaban abiertas por completo, exponiendo docenas de pisos. Observó extrañamente desapasionado las paredes rotas y cortadas, remolinos de oscuridad en retirada… progenies que caían.

El aire olía simultáneamente a podrido y a quemado. La mitad del cel había desaparecido, mostrando algo que él jamás había visto: una ciudad *sobre* el cielo, fragmentos de arquitectura desconocida, espirales y arcos plateados, muros y caminos moviéndose en un baile complejo de reparación, intentando reensamblarse y recrear refugios seguros para otros ciudadanos…

Ciudadanos por encima de los Niveles, también sufriendo, quizá muriendo…

El guardián los elevó sobre una nube de oscuridad en disolución, pero no sin exponerles a un pestazo tan intenso que Jebrassy deseó marearse de

nuevo, pero no pudo…

Oyó el llanto de Tiadba. Las alas y brazos del guardián adoptaron una disposición más adecuada para un vuelo rápido, lo que les permitió mirarse a los ojos de cerca, y en la expresión de Tiadba vio Jebrassy algo que no podía comprender, algo que quedaba más allá de sus posibilidades de solidaridad…

Por las mejillas de Tiadba corrían las lágrimas, que luego quedaban atrás. Pero tras las lágrimas, reía; lloraba y reía a la vez, por el terror y el regocijo.

Y luego les golpearon. Les alcanzó algo desagradable y resentido, atravesando al guardián, volviéndolo negro y recubierto, para luego *tocar* a Jebrassy; y su cuerpo se llenó de un quebrantamiento por completo diferente a nada que hubiese sentido antes. Y un dolor, dolor tan profundo que ni siquiera pudo darle voz.

44

Puget Sound

La tormenta se inició en el mar como una apretada formación de nubes negras, como el trazo de un gigantesco pincel cargado de lodo gris. Durante las primeras horas de la mañana se extendió con rapidez sobre la península Olympic, absorbiendo todas las nubes oscuras, controlando y dirigiendo sus espirales huracanadas, acumulando y controlando las cargas tras los relámpagos desiguales; luego fluyó sobre Puget Sound, donde formó la tenebrosa imagen de un gigante imposible… una mujer gigante.

La sombra fue hacia el interior, luego al sur y a continuación regresó. No parecía dar con lo que buscaba, y por tanto desplegó sus alas contra la ciudad. Lo más aterrador no fue el diluvio continuo, sino los relámpagos, que golpeaban en grupos, en un arco iris de colores, y con una paliza de explosiones, como el golpe de enormes puños contra el órgano de una catedral.

Con las cabezas vueltas y la vista apartada, los ciudadanos contemplaban con miedo creciente cómo los rayos se volvían más frecuentes e intensos. No contentos con saltar del cielo al suelo, los relámpagos empezaron a trazar amplios arcos, cosiendo entre rascacielos, haciendo saltar ventanas y arrastrándose por las líneas exteriores de vigas y soportes, envolviendo las torres en un tejido de electricidad frustrada… sólo para volver a estallar al nivel del suelo, atravesando entre edificios contiguos como sables a través del queso.

Las sirenas aullaban. Hasta muy al norte, hasta Lake Union, los camiones de bomberos y los vehículos policiales contribuían a la lastimera cacofonía. La tormenta se concentró y ganó determinación. Desde arriba,

ahora formaba una gruesa flecha paralela al puente I-90, flechas anchas sobre el lago Washington, una potente cabeza sondeando: descargando, inundando, destellando.

Había encontrado lo que buscaba.

Siguió una vieja furgoneta blanca.

45

Wallingford

Vaya, vaya.

Algo impensable se acerca por aquí.

A Daniel le llevó menos de un minuto decidir que la tormenta podría ser un cazador; pero no venía a por *él*. Rugía al sur de su vecindario, al sur del centro.

A medida que se iniciaba la lluvia, luego el rayo, dejó de pensar en los conductores matutinos y sus coches, dirigiéndose al oeste por la Cuarenta y cinco hasta la autopista. Había terminado con las esquinas y la mendicidad. Esta mañana ya no era uno de los miles de hombres y mujeres grises de pie en los bordillos sucios de un millar de carriles de entrada. Esa vida se había acabado. Una nueva se iniciaba.

Sobre todo, él era un superviviente.

Miró al sur para ver cómo iba la tormenta. Ni siquiera los rayos y los retorcimientos horizontales de nubes podían romper su novedosa sensación de alegría física.

Hacía dos horas que disfrutaba de la libertad de la serpiente que había habitado en sus entrañas. Lo que quedaba de Fred ya no era muy capaz de ofrecer resistencia. Este cuerpo era joven, con relativa buena salud, aunque no estuviera en la mejor forma.

Allá en la casa, Mary seguía dormida… y Charles Granger yacía muerto sobre el sofá, cubierto con una manta, lastimoso y consumido. Al menos no era culpa suya, pensó Daniel. El montón de carne rota simplemente se había rendido.

Otra vez sano, Daniel sentía un orgullo feroz e irracional en su fuerza y habilidades. Además, ahora ya no le quedaba duda de que en la ciudad había otros como él, y estaban a punto de ser recolectados.

Para sí mismo, cantó feliz:

—*Deus irae*.

No quería estar a cielo abierto cuando la tormenta diese con lo que buscaba. Incluso a algunos kilómetros de distancia los efectos secundarios resultarían desagradables.

Y tenía que recuperar sus cajas, ocultas tras la chimenea de la casa abandonada.

46

Oeste de Seattle

La furgoneta se estremeció al abandonar el puente West Seattle. Achaparrado y bajo en el asiento del conductor, pálido por la tensión, Glaucous esquivó un coche que se demoraba en el carril izquierdo, corrigió la trayectoria de la furgoneta al elevarse sobre un juego de ruedas, la volvió a poner recta y luego se tomó tiempo para limpiarse el sudor de los ojos empleando los nudillos marcados.

En la parte de atrás, atado en el interior de un grueso saco de lona, Jack Rohmer había liberado el brazo por el cordón del saco y agitaba el puño al rodar de un lado a otro sobre el frío suelo de metal.

Glaucous había parado con sus trinos y silbidos de pájaro. Ahora vendía cosas, hacía mucho tiempo.

—¡Natillas, tarta de manzanas, fresas, pasas! —gritaba, con plena gloria y alegría por los tiempos de antaño. Penelope descargó un gruñido repentino cuando el rayo dio en un poste eléctrico. Un transformador echó chispas y cayó sobre el parabrisas, quedando luego atrás.

En todo momento, Glaucous murmuraba palabras sin sentido aparente, ni tampoco conexión con el viaje o el peligro:

—¡Cordones de zapato y yute! ¡Estopa y fibra! ¡Papel, trapos y hierro viejo! ¡Cebolletas! ¡Cebollas! ¡Puerros! ¡Huesos y **grasa**! —Esto al volver a golpear el rayo—. ¡Emplastos y pastas! ¡Emplastos para todos, emplastos y cataplasmas, para los males que vendrán!

Un pestazo en la nariz de Jack, brutal y opresivo, no sólo el sudor y el confinamiento del saco, sino una contaminación por su reciente salto: había

saltado demasiado lejos, había cruzado hasta un nudo enfermo de fibras de mundo, disolviéndose, en bucle, apestando a algo horrible.

Sabía que seguían a la furgoneta, que perseguían ese olor…

Glaucous parecía ser de la misma opinión. Entre sus gritos sin sentido —ahora mismo se estaba dedicando a «¡Azulado! ¡Cosas azules! ¡Índigo!»—, hizo una pausa y se inclinó hacia su compañera, como si quisiese hablar en confianza, para luego, agitando la cabeza, retirarse y enderezar la espalda, con los hombros tan cuadrados como era posible, incrédulo de siquiera haber considerado manifestar en voz alta tales pensamientos, cualesquiera que hubiesen sido.

No podía permitirse la duda; no ahora.

Penelope había roto el apoyabrazos de la puerta de la furgoneta y lo levantó, apretando la pieza de plástico y acero como si fuese un plátano. Los ojos casi se le salían de las órbitas bordeadas de grasa.

En sus rostros bailaban destellos de extraña luz.

Glaucous se cubrió la boca y la nariz con una mano y miró por encima del pulgar con ojos abiertos como platos.

—¿Qué *es* eso? —gimió Penelope con el registro vocal de un niño de jardín de infancia asustado.

—¡Es *magnífico!* —gritó Glaucous—. ¡Es poder y promesa, una situación difícil, un contratiempo! —Sus palabras contradecían su expresión; cejas bajas, ojos porcinos hundiéndose en el cráneo.

Jack ya había sacado el brazo hasta el hombro y se retorcía para sacar la cabeza.

—¿Qué *dices?* —gimió Penelope.

—¡Algo nos da caza! ¡Demasiado ansioso, habiendo esperado demasiado tiempo!

—¿Cazando *qué?* ¡Me prometiste que estaríamos seguros!

—*Yo* estaré seguro. —Glaucous le dedicó una mirada de culpa, luego metió la furgoneta por el carril de salida y dijo, con sombría curiosidad, los ojos clavados en el retrovisor—: Giro por aquí… rayos como pies gigantes, golpeando, me siguen ¡y giran *conmigo!* Nunca antes había visto nada así, créeme, querida reina de los zumbidos y los murmullos… No antes, nunca.

No hemos solicitado una entrega; sin embargo, presiento algo que no es un Ansia. La Princesa de Caliza está ansiosa. Tenemos más de lo que pensábamos que atraparíamos. Este joven es un bocado muy grande, ¡más de lo que podemos masticar!

Jack sintió algo más que miedo. La melaza y el licor empalagosos del talento de Glaucous se habían transformado en vinagre, picándole en nariz y cerebro, abriendo visiones entrecortadas de líneas de mundo bifurcadas y en bucle; ninguna buena y todas ellas horribles.

Lo que estaba sucediendo no había sucedido nunca, no en la experiencia de Jack, no en la experiencia de ningún antepasado que hubiese contribuido a la vasta suma de genes reunidos en su cuerpo, remontándose incluso al lodo primordial.

47

Wallingford

Daniel se apretó más la chaqueta de lana gris de Fred y caminó al oeste, con los hombros apretados, sintiendo cómo la tormenta ganaba potencia.

Un súbito sobresalto de los sentidos había invertido su arrogancia y el placer por su nuevo cuerpo. La tormenta no venía a por él, pero serviría bien de distracción. Había estado demasiado preocupado para prestar atención… ¡estúpido, estúpido!

Con casi toda seguridad había otro blanco cerca, otro desplazador de destino. Quizá más de uno. Pero algún empleado de la cosa que les perseguía bien podría fijar su vista en Daniel. Él sería especial. *Ya no sueño con la ciudad. No sé por qué. Simplemente es así*.

Un mal pastor… ¿no es así como me llamaron?

El rayo blanqueó las fachadas a la derecha. A pocas manzanas del giro que conducía a su casa, mientras pasaba junto a la gran tienda de lámparas, todos los candelabros, conectados para el comercio de la mañana, se apagaron de pronto.

El aire *siseó*.

Daniel tuvo que arrastrar su cuerpo por pura fuerza hacia la casa abandonada. El miedo hacía que Fred regresase, desagradablemente fuerte; y con toda seguridad Fred no querría irse. Daniel no podía saltar otra vez, ni siquiera si hubiera tenido la fuerza y la concentración necesarias. La corrosión estaría por todas partes. No habría nada excepto odiosos mundos grises en bucles acumulados entre este segmento de historia en disolución y lo que fuese que hubiese al final: trozos revolcados de destino, deshilachados, húmedos y oliendo al humo de la podredumbre.

Otra voz… no era la suya, ni la de Fred. A Fred ya se le hacía retroceder, como a una babosa bajo una piedra.

¿Por qué molestarse, señor Iremonk?

El rayo recorrió la calle, chisporroteando, cegador, y golpeó una boca de incendios. La onda casi le derriba y además rompió todos los escaparates de la tienda de lámparas.

Avanzó como pudo, gimiendo como un perro apaleado.

Tenemos una cita, que se ha retrasado demasiado.

La gente de la acera corría gritando.

Se dio la vuelta. Una anciana vestida con un pantalón ajustado que sostenía en una mano un paraguas negro invertido por debajo de las rodillas y con la otra arrastraba un terrier, de lado, agitando las patas. Cada vez que el perro se ponía en pie, ella tiraba con tal fuerza de la correa que se volvía a caer. Grandes acumulaciones de lluvia —gotas del tamaño de balones de fútbol, mezcladas con afilados trozos de hielo— caían desde el cielo revuelto.

Sólo unos pocos kilómetros hasta el centro de la tormenta.

No es más que el roce del borde de su vestido. Nada comparado con el Ansia. ¿Te acuerdas, Daniel? Pobres cabrones todos vosotros. Pero sobre todo tú.

Detrás suyo, a media manzana, Daniel vio a un hombre pequeño con pelo negro grasiento y brillante. Daniel giró a la izquierda. Al otro lado de la calle esperaba otro —esbelto, vestido con viejas ropas negras, reluciente por el agua y la edad— y a una manzana al este, un tercero, sosteniendo con una mano blanca un bombín gastado que chorreaba. Todos sonreían, disfrutando de la tormenta, haciendo caso omiso de la lluvia y el hielo.

¿Dónde está la cuarta esquina de la red, Daniel?

Casi se cae al intentar correr hacia atrás, así que giró, agitando los brazos, y huyó usando todas sus fuerzas. No iba a mirar atrás.

Tenía que llegar a casa.

Tenía que hacerlo.

48

West Seattle

La tormenta poseía una voz hueca y muerta. Jamás había conocido el ansia, la preocupación, la pasión o cualquier efecto de las hormonas; su voz jamás había surgido de carne o forma.

La tormenta era mil giros y corrientes de viento y agua, rellenos de venas inquietas de relámpago y cargas, y todo lo que sabía —todo lo que podía llegar a saber— era que había sido liberada, liberada de la probabilidad, y que poseía un poder que no había poseído con anterioridad ninguna tormenta.

Podía reunir, podía matar… *con malicia*.

Una mojada espiral negra casi había pillado a la furgoneta blanca.

—¡Querida, es nuestra presa, nuestra carga! —gritó Glaucous para hacerse oír a pesar del estruendo. Señaló con el pulgar a la parte de atrás—. Deja un *rastro*…

—¿De *humo?* —aulló Penelope.

—¡Un rastro! Exuda, *apesta* a los malos lugares, no el infierno… aunque debió acercarse mucho, hundió un tobillo o una rodilla… *¡Violeta!* ¡Índigo! ¡Azul! ¡Rojo! ¡Destellos rojos y naranja! ¡Todo para deleite de la señora!

Jack precisaba de todas sus fuerzas. Presionó los pies contra las portezuelas de la parte posterior de la furgoneta, agarró el saco que le rodeaba, rodó, gimió…

La luz del parabrisas se oscureció. Glaucous y Penelope chillaron como loros aterrorizados.

Jack miró por el agujero que había hecho a través del cierre, entre las siluetas de la enorme y acobardada mujer y el conductor… a través del parabrisas de la furgoneta. Allí vio algo inexplicable. La visión se negó a ser catalogada y almacenada, ni siquiera en la memoria a corto plazo.

Una costura, un hueco, un fallo.

Un rostro. De extraordinaria belleza… y furia.

Jack olvidó de inmediato lo que había visto.

Glaucous miró a su aterrorizada compañera. Con ayuda de un destello brillante vio la intensidad del miedo de Penelope y supo lo que ella sabía. Se había cometido un error fatal. Por larga que hubiese sido su relación —por grande que fuese su fuerza y por muchos talentos que tuviese— ella tendría que ser la elegida. No era la primera vez que Glaucous sacrificaría a una compañera valiosa.

La tormenta no podía esperar. Golpeó con toda su fuerza acumulada, gastando de una vez todo su poder, todo lo que ocultaba en su interior.

Descendió un muro negro de nubes.

El parabrisas se rompió.

Golpeó la oscuridad.

La furgoneta volcó y se deslizó de lado, haciendo que Jack rodase para darse un buen golpe contra el panel acanalado. A través del saco, la piel de su espalda se quemó a medida que la fricción calentaba el metal. Jack giró y pataleó e hizo pasar la cabeza y un brazo a través del cierre.

La furgoneta rebotó en una protección y se volteó de nuevo. Suspendido en el espacio, Jack recogió las rodillas, formando una bola; era todo lo que podía hacer para evitar romperse un brazo, una pierna o el cuello.

Desde los asientos delanteros llegaron dos explosiones de aliento gemelas cuando los cinturones de seguridad se contrajeron.

La furgoneta cayó sobre el techo.

49

Wallingford

Mientras Daniel subía corriendo los escalones hasta la casa, observaba la cuarta esquina de la red. Había un pequeño hombre con manchas blancas en la piel. La lluvia caía con tal volumen que Daniel apenas podía distinguir la casa, y menos aún la figura que le esperaba: palidez entre las sombras, hundido, como un enano repugnante.

Daniel estaba empapado. La hierba alta del jardín se encontraba plana, sumisa. Trozos de hielo rebotaban en acera y tejado, golpeándole cabeza y hombros. La sangre le caía por la frente, diluida por la lluvia. No era muy buena actuación para alguien acostumbrado a caminar bajo el agua de la lluvia. Al sur jugaba el rayo, donde se suponía que se realizaba la búsqueda real… donde se hostigaba al blanco principal.

No des nada por supuesto. Quizá después de todo seas tú.

Instintivamente palpó hacia delante. Todos los caminos estaban distorsionados, retorcidos. Lo que resultaba más alarmante, vio pasar flotando un eco… un rebote entrevisto de Charles Granger, dirigiéndose hacia atrás hacia la autopista, sin darse cuenta…

Y luego, otro… Fred. *Él mismo*, rebotando desde unos pocos minutos en el futuro. Su trozo roto de historia se aproximaba rápidamente a un muro impenetrable… y no tenía ni idea de qué pasaría entonces.

El enano manchado del porche se le acercó… y cambió. No era una simple figura sólida. Daniel había visto seres así antes, en el mal lugar… formas y figuras que desafiaban la dimensión. Bajando los escalones, la figura del enano creció como si se reflejase en un espejo curvo. Cuanto más se acercaba, más se agrandaba… y más poderoso era. Para cuando la figura

llegó hasta él, se alzaba tan alta como para rozar las nubes negras y retorcidas.

Daniel miró atrás y vio a los otros hombres de trajes anticuados, agachados ante la lluvia y el hielo… humanos y sólidos después de todo, capaces de sentir dolor. La hierba emitía vapor. El aire se enfrió, convirtiéndose en una gelatina espesa. Todo se oscureció.

Se sintió más pesado; intentó desesperadamente razonar, ser más inteligente que los pobres cabrones que le rodeaban. Los ecos del Término al final de esta línea de mundo incrementarían temporalmente el cociente de masa local. El tiempo empezaría a ralentizarse. En el Término, para la mayoría de los observadores, se detendría o los remontaría unos días, unas pocas horas, donde vivirían esos breves segmentos una y otra vez, robots indefensos repitiendo un bucle programado.

Ahora las rodajas de historia flotaban como masas de carne en un guiso a medio digerir; no quedaba nada del futuro, estimó, excepto los muros, y rodeándolos, una ausencia dispersa y sin dimensiones en lo que nada podía pensar, nada podía vivir.

Lo había deducido todo tiempo atrás y hacia muchos destinos… cuando había sido Daniel Patrick Iremonk de pies a cabeza, calculando cómo sería que su tiempo llegase, por este u otro camino, a su conclusión inevitable, contradictoria y confusa.

La enorme figura manchada alargó la mano y rozó el pelo corto y castaño de Fred… de Daniel. Le acarició la alta frente que todavía sangraba.

La Polilla.

Se quedó inmóvil… sólo un instante.

Le dijo: *Sumadora. Tráela*.

Los otros habían logrado formar un triángulo en el jardín… no había escapatoria.

—Haz lo que te dice la Polilla —le indicó el más cercano, un anciano ágil con rostro experimentado y un pie distorsionado, colocado junto a los escalones de cemento que atravesaban el descuidado jardín.

—Por supuesto —dijo Daniel, e intentó esquivar a la figura adimensional, para obedecer, para cumplir; en realidad, era la única opción que tenía. La lluvia caía, caía, las gotas agitándose en el aire… golpeando en todas direcciones… nada de líneas perpendiculares. Tantas reglas fundamentales cambiando…

Nunca llegó a descubrirlas.

La Polilla le bloqueó con un pesado dedo. Como advertencia, retrocedió, su mano convirtiéndose en un punto, y rozó la casa. La casa se descoloreó, se volvió blanca, sus líneas desmoronándose en forma de polvo calcinado. Poco más que una advertencia cortés. Si Daniel hacía lo que le pedían, podría ser que le dejasen marchar, podría ser que no le matasen ni le transformasen. ¿Una punzada de decepción… quién podría ser más importante? ¿Quién podía saltar tan lejos, calcular y comprender la forma del final del mundo? Él era el mejor. Quizás ellos lo supiesen. Podrían convertirle en uno de ellos. En un esclavo. Probablemente era su plan.

Qué gratificante. No, gracias.

Otros dos ecos translúcidos vibraron a su lado; uno de Granger, el otro de Fred. La propia Polilla pareció extender, enviar atrás fantasmas de su yo improbable. Estaba empleando demasiada energía… se acercaría más rápidamente al Término que nada que estuviese cerca de la casa.

La casa recuperó algo de su color, pero todavía parecía a punto de derrumbarse. Incluso en su más alta fiebre de percepción, Daniel jamás había logrado ver el multiverso en toda su variedad casi infinita… hasta ahora. *Siempre descubres más cosas cuando algo se rompe… cuando empieza a morir*.

Sólo tenía una oportunidad… para evitar a lo que llamaban la Polilla, para recuperar su piedra y aferrarse a ella con todas sus fuerzas. Daniel agachó la cabeza y se cubrió bajo las piernas distorsionadas de la Polilla, atravesando su sustancia tenue. El gigante moteado parpadeó y gimió. Daniel podía sentir cómo se desvanecía. Ahora era todo ilusión —bordes desechos, fuerzas desaparecidas— y perdía la conexión con la fuente de sus poderes, la Señora de todas las líneas de mundo corruptas que les rodeaban.

Las tres figuras de negro se mostraron agitadas, luego consternadas, pero la tormenta perdía fuerza y el aire se calentaba. Se estaba ejecutando una retirada… la Polilla se iba mientras esa posibilidad fuese fácil. A los sirvientes humanos de la Lívida Señora se les desechaba, se les dejaba atrás.

Aparentemente, no era lo que habían esperado.

Daniel estaba de pie en el porche, acumulando un charco de agua a su alrededor. Golpeó la puerta principal. La podredumbre de la madera se ocupó de la mitad del trabajo, y una multitud de él volvió de pronto al interior del salón, rodeada por el polvo flotante de cien variaciones de puerta destrozada… motas de futuros muertos y moribundos que habían estado a unos pocos segundos de distancia.

Asombrado, se dio cuenta de que todavía se podía mover.

Las dimensiones no son nunca exactamente perpendiculares, nunca son perfectamente rectas, y menos ahora que nunca. Se giró de lado, gritó cuando el futuro decepcionado le provocó ampollas en cara y manos.

Una multitud de Freds llegó hasta la chimenea, agarró el mismo ladrillo suelto —caliente por el calor irradiado por tantas manos— en busca de las cajas que todos sabían ocultas tras el ladrillo.

Los ecos se esfumaron en un parpadeo.

Lo había visto antes. Líneas de mundo agitándose e intentando reconectar, invisibles para todos los demás, obligando al tiempo a arrastrarse, convirtiendo la luz exterior en una neblina de sombras.

Habían dado contra Término, y habían rebotado.

Todo se había reseteado, haciéndoles retroceder unas horas —unos días como mucho—; todo en la ciudad, en el mundo, este segmento del multiverso, rebotando en la costra cauterizada de cinco dimensiones que ahora cerraba el extremo de todos los cordones.

Con ocasión del siguiente impacto —en unas pocas horas, unos días, no más, de eso estaba seguro— el rebote sería más corto, y más corta aún después, hasta que finalmente se quedarían congelados, aplanados: sin espacio, sin tiempo.

Sin esperanza.

Daniel atravesó el aire cargado para llegar a la puerta. Apartando polvo y restos, se situó en el porche hundido. Los otros —los hombres fuertes y escuálidos con sus trajes negros empapados— intentaban huir.

Todos menos uno.

Ahora recordaba su nombre. *Whitlow*.

El recuerdo regresó como una aguja de hielo clavada en el cerebro. Un recuerdo de compromiso, traición… la traición de todo un mundo.

El mal pastor.

Los pulmones de Daniel se vaciaron por autodesprecio.

Whitlow se encontraba en el porche. Sonriendo y sin sentir miedo. No había cambiado; siempre el mismo anciano esbelto, confiado y digno en todas las líneas de mundo de Daniel.

Siempre el pie deforme.

La mirada de Whitlow pareció acariciar brevemente lo que Daniel sostenía en la mano. El hombre del pie zambo sonrió, mostrando una dentadura regular y de color marfil.

—¿Cómo te llamas ahora, joven viajero? —se burló—. ¿Por qué estás tan ansioso? ¿Adónde podríamos huir sino a los brazos de la Dama?

Despreocupadamente Whitlow rozó a Daniel para entrar en la casa.

Y Daniel se volvió para unirse a él.

50

West Seattle

La portezuela trasera de la furgoneta se abrió completamente. Jack rodó al asfalto y rebotó una docena de metros hasta chocar contra un bordillo de cemento. Su mano expuesta se hundió en el colector. El agua se apresuró negra y plateada sobre sus dedos doblados. Desorientado, rompió el saco gastado por la fricción, abriendo agujeros para el otro brazo, luego el torso, sacando las piernas a patadas, poniéndose a cuatro patas, retirando los restos…

De pie. La cabeza le daba vueltas.

Durante un momento se preguntó si estaría perdiendo la vista o incluso si habría muerto; todo lo que rodeaba el accidente estaba distorsionado, roto y se iba recomponiendo lentamente, como un puzle deshecho invertido en el tiempo.

Alzó la vista y vio los relámpagos volverse sobre sí mismos y ejecutar una espiral hacia el fonil giratorio, escupiendo y siseando como serpientes. Alzándose en medio del fonil vio una forma retorcida y grande, casi todo torso, con diminutos brazos y piernas que se movían… cayendo libre, reduciéndose, agitándose, para ser agarrada de nuevo por los rayos y elevada más alto… sin dejar de gritar, un aullido de niña audible incluso a pesar del estruendo.

Los cables eléctricos cortados de los postes intentaron seguirla, retorciéndose y chasqueando y luego enderezándose como cables tensos. Se soltaron y salieron disparados, para luego quedar fláccidos y caer como trozos de cuerda.

El fonil se cerró. Un diluvio como un enorme cubo al que hubiesen dado la vuelta aplastó a Jack allí donde estaba, presionándole la cabeza contra el asfalto hasta temer que iba a ahogarse.

Todo paró.

Todo se volvió extrañamente quieto. Cualquier movimiento era difícil… doloroso.

Parpadeó para eliminar de los ojos la lluvia enlodada.

El diluvio, el rayo, toda la extrañeza, había pasado. Durante un momento, tranquilidad total. Nada excepto el lejano susurro del vapor y una luz, chasquidos ominosos como celofán aplastado.

La furgoneta se había estrellado en un vecindario residencial. Viejas casas, cuadradas y perfectas, subían por una colina baja hacia una torre de agua. Las casas se habían ennegrecido… no se habían quemado, sino que habían quedado convertidas en una sustancia oscura y vidriosa, como la obsidiana. La torre de agua soltaba líquido por todas sus junturas. Lanzas negras y quemadas que llegaban a la cintura llenaban la carretera. Mientras Jack se encontraba en el bordillo, aparecieron más lanzas, apartando sus pies, agitando la furgoneta y atravesando dos de las ruedas.

El aire relucía con la ausencia de color, la ausencia de sentido. Olía a quemado, igual que Jack: quemado por un fuego frío y atemporal.

En el interior de la furgoneta, Glaucous intentaba respirar entre aullidos duros y guturales. Los aullidos se convirtieron en un chillido horrible y continuo.

Luego, nada.

Todo lo que Jack miraba le dolía a los ojos y al cerebro. Los músculos del cuello se le retorcieron en la lucha para decidir en qué dirección girar o no. Alzó los brazos.

A pesar del sentido común, volvió a mirar.

La ausencia de color había sido rellenada en algunos puntos como los huecos de un libro de colorear, pero permanecía el olor a quemado. La torre de agua gorjeó y lanzó sus últimos miles de litros. Las lanzas se fundieron en el asfalto.

El agua de lluvia fluía en cascada de los colectores que se desbordaban.

Las casas habían recuperado una especie de normalidad.

Agitando un hombro magullado y cuidando un tobillo dolorido, se lanzó hacia la furgoneta. Se agachó junto al parabrisas destrozado. Mojadas y sin poder volar, las últimas de las avispas de Penelope se arrastraban sobre el borde astillado del vidrio, estremeciéndose y zumbando. Cada una producía duplicados parpadeantes que se separaban y volvían a fundirse.

Se miró las manos… el mismo balbuceo de sombras. Acababa de suceder algo inmenso. El tiempo vibraba como una cuerda punteada.

Jack miró en la furgoneta. El asiento del conductor estaba vacío.

Ambos asientos estaban vacíos.

No quedaba nadie a quien salvar.

51

Ellen conducía el viejo Toyota de Miriam. Agazutta iba a su lado. Farrah estaba sentada en la parte de atrás, con Ginny, quien miraba atentamente un collar de cuentas de ámbar que se agitaba en el retrovisor del coche. Entraron en una calle mojada y bajaron por otra, buscando a alguien… alguien joven, un hombre, dedujo Ginny por los fragmentos ocasionales de conversación.

Incluso ahora, el agua salía de los colectores y caía desde pasos elevados y rampas de salida, reduciendo la marcha.

Una vez más, las cosas habían cruzado la línea que separaba lo misterioso de lo inexpresablemente extraño. Estaba rodeada de mujeres inquietantes de mediana edad. Era muy *curiosas*, pero por mucho que pareciesen preocuparse, por mucho que pareciesen tener un plan, eran tan renuentes como Bidewell a contestar las preguntas importantes. Demasiados momentos de *espera y verás*. Se sentía atada a sus destinos de una forma que le hacía sufrir como un animal enjaulado.

La tormenta había venido a cazar. Era lo que las mujeres habían dicho antes de tomar el puente West Seattle. Evidentemente, las tormentas no hacían esas cosas.

Agazutta miró por encima del hombro.

—¿Qué sientes? —le preguntó a Ginny.

Ginny negó con la cabeza. Por delante no había más que una solidez aterradora, una ausencia plana y amenazadora.

—Dímelo tú. Yo sólo acompaño.

Ellen dijo:

—La tormenta podría no ser el único suceso extraño de hoy. Podrías ayudarnos a salvar a alguien más, alguien tan importante como tú. Por tanto, Virginia, por favor, dinos lo que sientes.

—Somos troncos que nos hemos caído de la chimenea —dijo Ginny, para luego hundirse en el asiento todo lo posible, abatida y asustada.

Farrah se frotó la nariz.

—*Huele* a quemado.

—¿De verdad sois brujas? —soltó Ginny.

Agazutta bufó.

—No es más que una broma, cariño. Si tuviésemos poderes *de verdad*, ¿crees que habríamos permitido que pasase esto?

Ellen dijo:

—Si alguien tiene poderes mágicos, probablemente seas tú o Bidewell. Aunque últimamente no hayamos tenido muchas pruebas de ello.

—Esos libros —dijo Farrah.

—Inventados —dijo Agazutta.

—Son antiguos —objetó Farrah.

Ellen emitió un sonido entre una tos y un resoplido.

—Debemos confiar en él. No tenemos elección. Y debemos confiar en Ginny.

—Está huraña —dijo Farrah.

—Tú también, al principio —dijo Agazutta.

—Demonios, *sigo* huraña —dijo Farrah.

—¿Sois lesbianas? —soltó Ginny.

A continuación, un breve pero helado silencio.

—Parece que tenemos una confusión fundamental —dijo Farrah—. Que alguien se lo explique a la chica.

—Fundamentalmente, no importa —dijo Ellen Crowe—. Excepto en mi caso…

—Excepto en *su* caso —destacó Agazutta con cierto resentimiento.

—…el resto del grupo ha jurado celibato —concluyó Ellen.

—Lo que explica por qué bebemos tanto y leemos novelas eróticas —dijo Farrah.

—¿Por qué *tú*no eres célibe? —le preguntó Ginny a Ellen, estirando el cuello.

—No tiene nada que ver con la magia y sí mucho con la pesca —dijo Agazutta—. Tú no eres el cebo, querida. El cebo es *Ellen*.

—Nadie me cree cuando lo cuento… —empezó a decir Ellen, pero Agazutta la interrumpió.

—¿Es ése?

Ellen entrecerró los ojos para mirar a través del parabrisas a un joven delgado que caminaba, con los hombros caídos y el pelo empapado, sobre una acera desigual. El Toyota redujo la velocidad. A pesar de sí misma, Ginny se sentó bien. El joven no había reparado en su presencia… o hacía lo posible por pasar de ellas.

—Un cachorrito tan desaliñado —dijo Agazutta.

De espaldas se parecía al que Ginny había visto recorriendo el Espectáculo Busker en bicicleta. Tan pronto como le vio la cara, gritó:

—¡Alto!

Ellen frenó haciendo que el coche emitiese un gemido corto. Lo que llamó la atención del joven y le obligó a mirar rápidamente a la izquierda, para luego echarse a correr.

—Le has asustado —dijo Agazutta.

—Bien, *discúlpame*…

—¡Se va! —gritó Farrah—. Le perderemos. ¡Saltará!

Todas parecían saber qué significaba esa palabra. Agazutta miraba hacia arriba y a su alrededor como si esperase que un 747 cayese del cielo o que un árbol caminase para ponérseles delante.

—No puede —dijo Ginny.

—¿No puede qué? —preguntó Ellen.

—No puede *escapar* —dijo Ginny, reconociendo algo en la postura del joven, en su triste respuesta a la presencia de las mujeres—. Se ha quedado sin sitios a los que ir.

El coche se puso a su altura y Ginny bajó la ventanilla.

—¡Espera! —gritó.

El joven volvió a mirar a la izquierda. Un bloque elevado de acera le dio en la punta del pie. Con un grito de sorpresa, cayó a cuatro patas. Ginny golpeó la portezuela con los puños.

—¡Dejadme salir! ¡Dejadme ayudarle!

Ellen paró el coche.

—Cierres de seguridad para niños —le recordó Farrah, y Ellen emitió una interjección y le dio al botón para soltarlos. La puerta se abrió por completo y Ginny salió de golpe. Se enderezó, sostuvo la cabeza en alto y se acercó lentamente al joven, como si se tratase de un leopardo herido. Él se escarranchó y la miró con furia. Algo en su perfil osciló durante un momento; se cubrió de niebla y se estremeció.

—Por favor, no —dijo—. Por favor, quédate.

El perfil se afianzó y él la miró con dedos y brazos flexionados.

—¿Por qué?

—Nos hemos visto antes —dijo Ginny.

Jack la miró con furia.

—La tormenta te perseguía, ¿no es así? —preguntó Ginny.

—No lo sé —dijo Jack.

—No podemos huir —dijo ella—. Hay un lugar cálido con amigos… creo que son amigos… no está lejos. Ven con nosotras.

—El coche está lleno —comentó Jack—. A menos que quieras que me meta en el maletero.

Farrah abrió su portezuela y golpeó el techo.

—Encaja como puedas. Eres flaco.

—Sal del agua, Jack —dijo Ella. Le saludó con una sonrisa tranquilizadora.

Jack se puso en pie y miró a través de la luna. Se apartó el pelo mojado.

—Ahora sí que me estáis asustando.

—A la mayoría de ellas las conocí hoy —dijo Ginny.

—¿Quién se supone que eres *tú?* —preguntó Jack.

—No lo sé —dijo Ginny—. Ya no lo sé.

52

El almacén verde

Jack estaba de pie tras la entrada del almacén, mirando al fantasma gris de la primera avenida sur y estremeciéndose por el frío ceniciento que atravesaba la verja. Ellen había aparcado el coche y las mujeres habían subido la rampa para entrar en el almacén, dejándole a él junto a la verja. Él les dijo que precisaba un momento para hacerse a la idea.

Ginny había vuelto para mirarle desde la puerta.

En unas pocas horas, en lo que pasaba por tiempo personal, la ciudad en el exterior del almacén verde se había convertido en un bosque parpadeante de sombras. Las nubes se retorcían con demasiada rapidez, chocando y disparándose para perderse en el cielo gris.

En el camino de regreso desde West Seattle —el suyo era el único coche en la carretera—, habían visto a gente caminando, repitiéndose, empezando de nuevo, medio consciente. Algunas parecían comprender su horrible dilema. Al menos lo suficiente para sentirse aterrorizados.

Lo que resultaba más aterrador: muchos no notaban la diferencia.

De alguna forma, las piedras en las cajas, y ahora el almacén, suavizaban la situación y les protegían… una vez que habían rebotado contra Término. Así lo había llamado Ellen en el coche: Término. El final, aunque no exactamente; más bien como una pelota rebotando lentamente y acercándose a la inmovilidad.

La tristeza que sentía le resultaba casi insoportable. Ahí afuera, tantas personas perdidas y confundidas, intentando reclamar sus vidas en un tiempo entrecortado que no dejaba de echarlos atrás y que finalmente —

cuando la pelota dejase de rebotar— los aplastaría, ignorantes e inmóviles, como moscas atrapadas en alquitrán.

Había sucedido tan súbitamente… pero no sin aviso.

Finalmente Ginny no pudo esperar más. Bajó la rampa y se situó junto a Jack, rodeándose los hombros con los brazos. Ella era más joven que él, quizá dieciocho, pero la expresión de sus ojos indicaba que no era una simple niña. No se habían dicho ni dos palabras desde el final del viaje gris e irregular de vuelta al almacén.

—¿Cómo te encontró la tormenta? —le preguntó Ginny.

Jack se encogió de hombros, avergonzado.

—Llamé a un número de teléfono —dijo—. Un hombre y una mujer me metieron en un saco. Después… todavía intento comprenderlo.

—Fue el Ansia —dijo Ginny.

—¿Ansia?

—Ansia. Es lo que sucede cuando te encuentras con la Reina de Blanco.

—¿Quién cono es? ¿Otra vieja?

—No lo sé. Es simplemente uno de sus nombres. Vamos a entrar. Se está más caliente. Y deberías hablar con Bidewell.

El aire del almacén verde era agradable por el olor a madera seca y papel viejo. Jack miró las altas paredes, tablones sin pintar fijados con tachuelas, gruesas vigas talladas a partir de los corazones de grandes y antiguos cedros. Las ventanas y los tragaluces dejaban entrar una luz gris y filtrada. Por todas partes se levantaban montones de cajas de cartón y madera. Mientras él exploraba, Ginny le siguió como si fuese su hermana pequeña. Al principio no le gustó.

Se acercó a la ancha puerta metálica y llamó con los nudillos. Al otro lado, las mujeres del grupo de lectura hablaban con un anciano. No podía entender lo que decían. Miró a Ginny. Los ojos de la joven relucieron rápidamente con la timidez de un cachorrillo decidiendo si debía huir a toda prisa.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó él.

—Ahí es donde el señor Bidewell tiene su despacho y su biblioteca.

—¿Más libros?

—Muchos. Antiguos, nuevos. Le envían cajas de todo el mundo. Algunos son imposibles. No sé dónde los encuentra. Yo le ayudaba… le ayudo a catalogarlos. Los que te secuestraron, ¿cómo eran?

—El hombre se hacía llamar Glaucous. Había una mujer enorme, inmensa. Creo que se llamaba Penelope.

—En Baltimore otra pareja vino a por mí. Escapé, pero me siguieron hasta aquí. Tan pronto como llegué la doctora Sangloss me envió con Bidewell.

—Tienes suerte. Estos dos usaban avispas.

Ginny entrecerró los ojos.

—¿Avispas?

—Chaqueta amarilla. —Agitó una mano, aleteó los dedos—. Vinieron a por mí cuando se abrió el abrigo.

—Dios mío.

—¿Cómo era el tuyo?

—Un hombre con una moneda de plata. Una mujer muy delgada que hacía fuego con los dedos.

—Siempre supe que la situación era rara —dijo Jack—, pero no *tanto*. No tan extraña como mis sueños.

—¿Qué recuerdas de tus sueños?

—No mucho —dijo Jack—. ¿Tú también sueñas?

Ella sintió.

—Todos los desplazadores de destino sueñan. Eso me dijo el señor Bidewell.

Jack apretó los dientes e intentó mostrarse tranquilo.

—¿Desplazadores de destino?

—Tú y yo. Nos desplazamos cuando las probabilidades no nos favorecen. —Se pasó una mano sobre los hombros—. Nos desplazamos de lado. Eso lo sabes, ¿no?

—No sabía que tenía nombre —dijo Jack.

—Pero no hace que nuestras vidas sean fáciles —dijo Ginny—. Yo todavía cometo errores. A veces pienso… —De nuevo, la mirada furtiva.

Jack se puso a recorrer el perímetro del almacén. Ginny le siguió, sin que la invitase.

—¿Por qué avispas?

—No hay forma de salir de una habitación llena de avispas. En todas partes las probabilidades están en tu contra. —No se sentía con ganas de describir la línea de mundo a la que se había visto obligado a ir, o cómo eso podría haber distraído a la tormenta… el Ansia—. ¿De qué hablan? ¿De nosotros?

—No lo sé —dijo Ginny.

Completaron el circuito hasta el lugar donde Ginny había formado su cuarto entre las cajas, y levantó la cortina que había colgado para tener algo de intimidad, invitándole a pasar. Jack se sentó sobre una caja pequeña, renuente a ocupar la única silla de madera, y más renuente aún a sentarse en la cama. Cruzó una pierna.

—Soy busker —dijo.

—Te vi en el Encuentro Busker —dijo Ginny.

—Qué curioso que yo no te viese.

—Supongo que estabas furioso por algo.

—¿A qué te dedicas tú?

—Me meto en problemas y luego huyo. —Ginny se sentó en otra caja. La esquina expulsó polvo y se hundió, por lo que se puso en pie, se limpió los vaqueros y se sentó en la silla.

—¿Huyes de dónde?

—Lo que importa es *adónde*. —Se encogió de hombros—. Nos hemos visto antes. Estoy segura. No sólo en la feria. ¿Lo recuerdas?

Jack volvió a estremecerse y no sólo por el frío. Estaba descubriéndose por completo y no quería hacerlo, no en este lugar y no delante de esta chica.

Miro con asombro y miedo a las pequeñas ventanas altas. Había caído la oscuridad. Era posible que el día no llegase nunca. A través de las láminas de vidrio se veían dos estrellas. Jack intentó imaginarse al tiempo

deteniéndose, congelándose, para luego rebotar —lo que sea que estuviese haciendo— hasta esas mismas estrellas.

No podía.

Se puso en pie, levantó la cortina y regresó al fondo del almacén.

Ginny volvió a seguirle.

Jack golpeó la puerta metálica. Las voces al otro lado siguieron como si nada hubiese pasado.

—Nos dejarán entrar cuando estén listos —dijo Ginny—. Un busker es un artista callejero, ¿no?

—Sí —dijo Jack.

—¿Por qué iba la tormenta a estar interesada en un malabarista? —Se tapó la boca.

Jack la miró, desconcertado. Su forma de reírse —algo loca, sin intimidarse— la dotaba de un valor radiante y torpe que le avergonzaba a él.

—¿Quién es Bidewell?

—Su nombre completo es Conan Arthur Bidewell. Creo que lleva aquí mucho tiempo.

—¿Es como el Gran y Poderoso Mago?

—El parece creerlo. Se ha pasado la vida coleccionando libros —dijo Ginny—. Aquí hay habitaciones en las que no ha entrado ningún humano en más de cien años. Eso afirma él. Creo que quiere meternos en ellas y ver qué pasa.

—¿Le crees?

—No creo que esté mintiendo —dijo Ginny.

La puerta se abrió atronando. Miriam sacó la cabeza.

—Ya podéis pasar. Jeremy…

—Jack —dijo.

—Jack, es hora de que conozcas al señor Bidewell.

Ginny caminó a su lado.

—¿Cómo puedes aceptar todo esto? —preguntó Jack.

—He tenido mis momentos —dijo Ginny—. Siempre regreso. Por ahora, aquí se está seguro: es el lugar más seguro de toda la ciudad, posiblemente de todo el mundo. Ahí fuera…

No hacía falta añadir nada más sobre las calles, la ciudad, el cielo.

El anciano —Jack supuso que era Bidewell— estaba de pie junto a una larga mesa de madera donde alguien había dispuesto un montoncito de libros de tapa dura de tamaño medio. Vestía un traje marrón oscuro cubierto de parches y agujeros remendados. Miriam se unió a las otras mujeres. Se sentaron alrededor de una estufa de madera cuyo ojo cuadrado resplandecía de un naranja amistoso. Agazutta ocupó el único sillón de generoso relleno, recostándose como una estrella de cine mimada.

Jack y Ginny se situaron en lados opuestos de la mesa, como estudiantes esperando el examen.

Bidewell miró a Jack. Luego tomó dos libros del montón y con los dedos hizo que se abriesen por en medio. Empujó uno hacia Ginny y el otro hacia Jack. Los dos miraron. Las páginas eran incomprensibles; no había palabras ni párrafos, sino líneas aleatorias de letras y números. Jack apartó la vista y cerró el libro con un golpe seco.

Ginny dejó el suyo abierto. Bidewell le había pasado *Las gárgolas de Oxford*, del profesor J. G. Goyle. Reconocía la encuadernación, pero ya no podía leer el texto y las imágenes parecían turbias e imprecisas.

Las mujeres se pasaban un tercer libro, que tenía revuelto el título del lomo.

—Habréis notado los efectos de lo que habéis experimentado en el exterior, lo que algunos llaman el Ansia —dijo Bidewell mientras Agazutta traía el libro a la mesa—. En realidad, se han producido dos sucesos: el Ansia y Término. El Ansia nos cercena de nuestro pasado. Término nos cercena de cualquier futuro y por tanto, a grandes rasgos, estamos cercenados de la causalidad y la eventualidad, las dos ondas palpitantes del tiempo. Los resultados son evidentes, en el exterior. Aquí dentro, mi biblioteca está hecha un desastre, pero aun así ofrece algo de protección.

—¿*Todos* los libros están destrozados? —preguntó Miriam, incrédula—. Es decir, *coleccionas* textos curiosos.

—Todos los que he examinado, incluyendo los que me resultan más conocidos —dijo Bidewell—. Más allá de nuestras paredes, todos los libros de nuestra región, quizá toda región a la que pudiésemos aspirar a llegar, también están revueltos. Nunca había visto algo así antes, no a semejante escala.

Jack adoptó una expresión vacía, esperando.

—Virginia, has recuperado la posesión de su piedrecilla curiosa. Ahora hay dos —dijo Bidewell—. Jack, Ginny, ¿podríais sacar las piedras de las cajas?

Jack abrió su caja. La piedra estaba en su interior, retorcida y negra, destellando con un único punto de rojo intenso.

Ginny levantó la suya.

—Las dos presentes y en su lugar —dijo, intentando sonar alegre.

—Considerad sus formas y cómo parecen encajar entre sí, pero no, *no* lo vamos a intentar, por favor, mantenedlas separadas; sospecho la existencia de una tercera, quizá más. Ninguno de nosotros sabe dónde podrían estar. Ninguno de nuestros centinelas y batidores ha informado de un tercer individuo con vuestras habilidades. Pero, por ahora, no podemos preocuparnos de eso. Por ahora, no podemos controlar lo que hay en el exterior del almacén.

Agazutta sorbió por la nariz.

Bidewell asintió.

—Si son lo que creo que son, entonces casi han completado su largo viaje: han *sumado*. Por favor, traedlas al centro de la mesa y, por favor, movedlas lentamente sobre este volumen. He escogido un libro especialmente valioso, uno que he mantenido en reserva durante un tiempo… pero que ahora mismo es ilegible. Niños…

Jack se situó junto a Bidewell, siguiendo el ejemplo de Ginny. Bidewell abrió el libro por el medio. Los dos levantaron sus piedras. Las mujeres ocuparon el otro lado de la mesa.

Jack y Ginny sostuvieron las piedras sobre la página.

Al principio el texto siguió revuelto. Luego, como si hubiese quedado atrapado bajo la reluciente luz de la razón, las palabras fueron regresando:

unas pocas, luego frases, párrafos enteros.

Ninguna letra se movió, nada visible se reordenó, pero lentamente el libro bajo las piedras se fue haciendo legible.

Jack no pudo evitar mirar el primer párrafo a medida que se aclaraba, leyendo bocabajo, un truco que había aprendido años antes.

El lenguaje es tan fundamental como la energía. Para ser observado, es preciso reducir el universo, codificarlo. Un universo no observado es un lugar desordenado. El lenguaje se convierte en el ADN del cosmos.

Alzó la vista. Ginny también había estado leyendo.

—Me siento humilde ante el poder que poseéis, niños —dijo Bidewell con reverencia—. He esperado siglos para observar este efecto. Confirma muchas cosas que hasta ahora han sido simple filosofía.

—¿Qué *son* las piedras? —preguntó Ginny. Le temblaba la mano que sostenía la piedra—. Tengo la misma desde que puedo recordar. Mis padres la tuvieron antes. Nunca he estado mucho tiempo apartada de ella. Pero no tengo ni idea de qué es.

—¿Jack? —preguntó Bidewell, observándole atentamente, pero con confianza.

—Mi madre la llamaba la «piedra a veces». A veces está aquí, a veces no. En una ocasión, la llamó piedra biblioteca.

—Curioso. Piedra *biblioteca*. Como si lo supiese.

—¿Saber qué? —preguntó Jack.

—Por ahora son sólo conchas parciales, han terminado el viaje, están llenas y tienen fuerza, pero son inmaduras. Aun así, como podéis ver, poseen poderes asombrosos. —Bidewell agarró las dos manos extendidas y las apartó lentamente. El texto siguió siendo comprensible. De hecho, la zona legible siguió creciendo—. Ha habido muchas como ésas a lo largo de los siglos. Algunas fallaron y se convirtieron en piedras inútiles. Algunas fueron capturadas, junto con sus guardianes, y suponemos que fueron

retenidas o destruidas. Sospecho que en los nombres que reciben tenemos pistas sobre su naturaleza y función. Podéis guardarlas por ahora.

—Si alguien ha revuelto todo el orden, ¿cómo podemos pensar o ver? —preguntó Miriam—. ¿Por qué no están revueltos nuestros cuerpos? —Elevó la voz—. ¡Todo debería desmoronarse!

Un comentario tan inquietante fue recibido con un silencio tenso.

Bidewell pasó una a una las páginas restauradas del libro. El anciano tenía lágrimas en los ojos: lágrimas de alivio y asombro.

—Sólo empezamos a entrever las profundidades de este misterio. Para bien o para mal, todo el tiempo, en todas partes, es ahora subjetivo. Todos los destinos son locales. —Alzó la mirada hacia un enorme reloj eléctrico montado sobre la puerta metálica. Las manecillas se encontraban dobladas y deformadas como si dedos invisibles hubiesen salido del interior y las hubiesen retorcido… y el segundero se encontraba en el fondo del cristal—. Ningún reloj marcará los segundos restantes. Si acabamos aplastados y congelados contra Término, estamos perdidos. Incluso las piedras serían inútiles. Pero no podemos apresurar las tareas que tenemos por delante. Primero, debemos conocernos. —Bidewell movió una silla plegable, bajó el asiento y le sonrió a Jack.

Jack se sentó, con ojos cortantes.

—Sólo por esta vez —dijo Bidewell—. He preparado un pequeño festín. Ginny sabe dónde están las latas de sopa y los ingredientes para los sándwiches. Ellen, ¿empiezas tú?

Se sentaron a tomar pastrami sobre pan de centeno y sopa de tomate calentada en la estufa. De su enorme bolso, Farrah sacó una botella de vino tinto y un sacacorchos.

—¿Alguien se pregunta por el efecto de Término sobre el vino? —preguntó. En un vaso sirvió un poco del oscuro líquido rubí, lo sorbió y alzó una ceja en gesto de aprobación, para luego servir a los demás—. Es difícil estropear un Merlot barato.

Ellen alzó su vaso e hizo girar el contenido.

—Las cuatro sí que empezamos como grupo de lectura —dijo—. Todavía nos reunimos dos veces al mes para comer, beber y hablar de literatura.

—Tenemos dinero —dijo Farrah—. El tiempo libre se convierte en una molestia atractiva.

Ellen siguió hablando.

—En cualquier caso, *damas*, después de la muerte de su padre, Agazutta limpió su casa. La casa llevaba más de cien años en la familia. En el ático, dio con una caja vieja y cubierta de polvo encajada en una esquina. En su interior, encontró un libro extraño. Probablemente llevase allí desde la época de su abuelo.

Bidewell se frotó las manos para luego inclinarse contra el borde de la mesa. A pesar de su edad aparente, parecía flexible… no ágil, pero sí flexible. Y resistente.

El relato parecía aburrir a Agazutta.

—Échame a mí la culpa —dijo.

—Agazutta lo trajo a una reunión. Después de una botella de Pinot gris y una buena ensalada de melón con piñones y jamón, todas estuvimos de acuerdo en que el libro podría ser una rareza, aunque no estaba escrito en inglés, ni en ninguna lengua que pudiésemos identificar. Parecía parte de un conjunto. Así que pensamos que sería divertido llevarlo a un marchante de ese tipo de cosas, un conocido mío, John Christopher Brown.

—Salieron en la universidad —le comunicó Farrah a todos.

—Así fue. —Lo confirmó Ellen con una breve mirada de odio—. ¿Puedo contarlo a mi manera?

Farrah sonrió dulcemente.

Jack se hundió en la silla plegable.

—El señor Brown posee una librería de antigüedades en Stone Way. Parece saberlo todo sobre libros y un poco sobre todos los relacionados con libros… libros antiguos, libros extraños. Conocía a un comprador local interesado en ese tipo de artículos.

Bidewell escuchaba tan atentamente como un niño.

—Nuestro querido Conan —dijo Ellen.

—Ah —dijo Bidewell—. Ya entro en el relato.

—El nos atrajo a *nosotras*. En cualquier caso, compraste nuestro libro. Al principio, el señor Brown mantuvo tu anonimato, pero hizo llegar una porción de la suma pagada por Conan… una suma sospechosamente grande, lo suficiente para dejarnos ganas de seguir buscando por nuestros áticos, nuestros sótanos, incluso las paredes de nuestras casas.

—Farrah encontró otro —dijo Agazutta.

—En mi sótano, dentro de una caja de zapatos. No lo había visto nunca antes. En serio, podría haber simplemente aparecido como una percha en un armario. No era antiguo, era de los años cincuenta, un libro de bolsillo —añadió, alzando las cejas—. Con una portada ridícula.

—Una portada ridícula… y todas las palabras mal escritas, excepto en una página —dijo Agazutta—, que resultó ser hebreo transcrito. El señor Brown vendió el libro por una suma aún mayor.

—Unas damas asombrosas —dijo Bidewell— por haber localizado dos volúmenes tan curiosos en sus entornos inmediatos. Era evidente que tenían talento. Le di permiso al señor Brown para que diese mi nombre a las damas. Tales hallazgos no llegan completamente por casualidad.

—¿Cómo *llegan?* —preguntó Ginny.

—No puede saberse… —empezó a decir Bidewell, y sin vacilar, todo el grupo, excepto Jack, repitió:

—*¡No puede saberse, claramente, no puede saberse!*

Bidewell siguió contando con paciente buen humor.

—El libro de bolsillo resultó fascinante, pero no era más que un síntoma. Sin embargo, lo que las encantadoras Brujas de Eastlake encontraron, en su primer descubrimiento, fue el decimotercer volumen de una enciclopedia asombrosa y elusiva.

—Aquí vamos —dijo Agazutta.

—Aparentemente un juego completo se imprimió en Shangai en los años veinte, siguiendo las especificaciones de un argentino llamado Borges. No hay rastro del señor Borges, excepto su inscripción en el volumen índice y su firma en la página 412 del primer volumen. Y por tanto nuestras damas realizaron uno de los más espléndidos hallazgos de este siglo: un volumen

de la perdida *Encyclopedia Pseudogeographica*. Sólo se conoce otro volumen, incunable, recuperado en Toledo en 1432 y que ahora se encuentra bajo llave, por excelentes razones, añado, en la Biblioteca Británica.

—Está bien que no pudiésemos leerlo —dijo Farrah, estirándose como un gato. Lo que le recordó a Ginny que hacía horas que no veía a *Minimus* o a cualquiera de los otros gatos. Probablemente hubiesen dado con nuestros escondrijos hasta que los acontecimientos y los nuevos invitados se asentasen—. Podríamos habernos vuelto locas.

—Más locas de lo que ya estamos —añadió Agazutta.

—¿Y quién iba a darse cuenta? —musitó Ellen.

La risa de Bidewell fue liviana y exquisita, como una galleta perfectamente horneada. A pesar de sus reflejos, a pesar de todo lo que Jack había experimentado, el viejo empezaba a caerle bien.

—Baste decir —dijo Ellen— que a todas el señor Bidewell nos resultó guapo, fascinante…

—¡Y rico! —dijo Agazutta.

Bidewell miró a todos los presentes con una satisfacción que lindaba con la autosuficiencia, como si, por fin, hubiese reunido a una familia largo tiempo deseada.

—El resto es historia —dijo Ellen.

—Historia bicolor —dijo Farrah con un pequeño bostezo medio oculto.

—¿Lo que significa?

—La historia viene en dos colores. Todos los demás viven un color —le explicó Agazutta—. Después de conocer al señor Bidewell, ahora vivimos en el otro.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿O con ella? —preguntó Jack señalando a Ginny.

—Debería reavivar el fuego. Empieza a hacer frío —dijo Bidewell, apartándose de la mesa—. Jack, en el soporte hay leña y periódicos viejos. Deberíamos servirnos otro vaso y brindar por los recuerdos perdidos. *Temps perdu*, más que literalmente. Porque es de ese talento del que hablaremos

pronto: orden, casualidad, tiempo perdido y la recuperación de objetos que nunca fueron, pero que siempre serán.

Jack tomó páginas de periódico.

Las páginas estaban en blanco.

53

Wallingford

Grisura y polvorientas extensiones de sombras, un cielo vidrioso, oscurecido, nubes convulsionándose espasmódicamente como animales moribundos saltando y pataleando por todo el firmamento…

La casa vieja y abandonada que ocupaba el centro de tantas vidas de Daniel, desolada hasta lo indescriptible…

Aislamiento congelado empeorado por el hecho de que no estaba solo, que debía enfrentarse a Whitlow.

Whitlow había entrado en la vieja casa, dejando a Daniel en el porche, y ahora le miraba con una sonrisa irónica y temblorosa a través de la corta distancia que separaba dos viejos sillones sobre el suelo deformado y manchado de agua. Sillones en los que él y Daniel se habían sentado, sin tener ningún otro lugar al que ir, ya que todos los relojes, en todas partes, habían dejado de zumbar, de runrunear, de hacer tictac.

—Vamos a hablar de tu futuro, joven desplazador de destino. —Las palabras de Whitlow se difuminaron al atravesar la corta distancia que les separaba, seguidas por una docena de variaciones al intentar sumarse todas las restantes; hebras cercenadas de destino—. Vamos a hablar de lo que vendrá, ahora que posees un nuevo cuerpo fuerte… antes de que tus recuerdos vuelvan a esfumarse, lo que es siempre un problema para los tuyos…

Whitlow había repetido esas palabras tantas veces que Daniel había perdido la cuenta. No podía haber castigo más ajustado a todos sus pecados que éste y, sin embargo, no podía simplemente echar la piedra a un lado y acabar.

Sabía que las piedras en sus cajas ofrecían un círculo de protección… pero no quería experimentar cómo sería si él, al igual que Whitlow, se encontrase justo en el borde o fuera de ese círculo.

He sobrevivido a cosas peores… a lo peor, creo. Pero mis recuerdos son más inciertos que la tiniebla de ahí fuera. ¡Si pudiese pensar con claridad!

Si pudiese hacer algo… lo que fuese…

Todavía tenía esperanza.

Y así agarró ambas cajas. Al menos no habría hambre, no habría dolor real. Podría sentarse sin moverse, recorriendo cada secuencia de pensamiento en difuminada iteración, cambios tan sutiles que ningún observador externo podría distinguirlos…

Por ahora, Whitlow estaba bloqueado… quizás incluso derrotado… por Término. La marioneta sentada frente a Daniel se esforzaba como si colgase de las manecillas de un reloj roto.

—Hablemos… de lo que nuestra Lívida Señora tiene pensado in store… para tan excelente y joven traidor de mundos…

Daniel se echó atrás y sostuvo las piedras a su espalda, extendido completamente el brazo, apartando el círculo aún más de Whitlow. La marioneta sentada perdió fuelle y quedó en silencio, hasta que a Daniel le dolió el brazo y lo volvió a doblar.

Los otros —los socios de Whitlow, perdidos fuera, en el lodazal vibrante— nunca llegarían para ayudar a su jefe. En cuanto a la Polilla, independientemente de lo que fuese o hubiese sido, tampoco había ninguna señal.

Tomando aliento y tosiendo, Daniel comprendió que cualquier certidumbre, incluso la destrucción, sería mejor que esta eternidad anonadada.

Aun así, sus palpos —romos, quemados, traumatizados— eran lo suficientemente sensibles como para saber que esto no era todo lo que había. En algún lugar había un refugio. Si Whitlow no hubiese dado con él, quizás habría llegado a ese refugio a tiempo de evitar todo esto.

Atrapado —casi congelado— enfrentándose a una Némesis que había perdido casi todos sus dientes…

Perfectamente capaz de aburrir a Daniel hasta la locura con sus amenazas y planes, como un ácido goteando lentamente sobre acres de piel expuesta.

—… antes de que los recuerdos de tus aventuras pasadas se desvanezcan y sean devorados por una mente nueva y resentida. La Princesa de Caliza tiene tales esperanzas…

Algo cambió.

Daniel sintió un estremecimiento en la columna vertebral, una diferencia inconfundible en la atmósfera de la estancia. Aunque no tenía claro cómo podía reconocer o siquiera detectar ese cambio dado su estado actual. Pero ahí estaba. Un relajamiento. Algo poderoso tirando de las fibras dañadas, agitándolas, extrayendo algunas pocas últimas horas de cronología útil para poder hacer algo.

Haría algo.

Un golpe en la puerta atravesó con fuerza y dolor los oídos de Daniel. Se obligó a ponerse en pie… asombrado de *que pudiese* ponerse en pie.

Los ojos de Whitlow le siguieron y su rostro blanco se estremeció, como un cadáver convulsionado por una carga eléctrica; pero no podía hacer nada más.

Daniel atravesó las tablas mojadas y abrió la puerta. Un estrépito y un rugido le sacudieron; hielo desprendiéndose de los glaciares, montañas chocando contra montañas, cuchillos gigantescos rasgando el cielo.

Mundos… historias en colisión.

Al otro lado de la puerta se encogía una sombra voluminosa. A continuación se separó de la confusión y se metió dentro a base de pura fuerza de voluntad.

—Un poco de ayuda —dijo un hombre rechoncho y potente, con las manos alargadas, dedos gruesos que querían agarrar. Su traje gris goteaba agua—. La Reina de Blanco nos ha abandonado. Perdóname si lo digo, parece que poseo lo que necesitas. Y discúlpame de nuevo si pregunto… ¿qué demonios *eres* tú?

54

El almacén verde

Las damas del grupo de lectura se retiraron a una esquina apartada con algunos jergones, mantas y almohadas que Bidewell había sacado de un viejo arcón de madera con remates de metal. Sus linternas proyectaban largas sombras danzarinas sobre las paredes y techos del almacén.

Antes de retirarse a sus propias habitaciones, Bidewell tomó un volumen de un estante por lo demás vacío. El volumen mostraba en la base del lomo el número —o año— 1298. A la vista de Jack y Ginny, guiñó un ojo, se encajó el libro bajo el brazo y les deseó buenas noches.

Luego cerró la puerta de metal.

El almacén quedó en silencio.

Ginny le dedicó a Jack una mirada incómoda y se retiró a su espacio.

Las damas y Ginny habían ayudado a Jack a preparar otro espacio a pocos metros. También le dieron otro catre y mantas. Cada uno en su pequeño cuadrado, aislado, protegido. Aguardando.

Jack se sentó en el borde de su catre y dejó caer los hombros por el agotamiento.

El catre de Ginny gimió al lado opuesto de los montones de cajas y cajones. Parecían estar lo suficientemente lejos de los otros; si hablaban en voz baja, nadie les oiría.

—¿Es hora de las historias? —susurró ella.

—Claro —dijo él—. Tú primero.

Ginny rodeó los cajones, llevando una silla, y se sentó, con las rodillas juntas, las botas torcidas.

—Tengo dieciocho años —dijo—. ¿Qué edad tienes tú?

—Veinticuatro.

—La gente dice que tengo suerte, pero no dejan de pasarme cosas malas.

—Quizá fuesen peor si no tuvieses suerte.

—Respondí al anuncio, igual que tú. Llamé al teléfono.

—Dios —respondió Jack.

—Algunas partes son difíciles de recordar —dijo Ginny—. Vine de Minneapolis. Vivía en una casa repleta de músicos, gente musical… todos tocaban instrumentos, improvisaban, participaban en fiestas. Todos colaborábamos y nos encargábamos de trabajos ocasionales. Decían que les traía suerte porque conseguían actuaciones cada vez mejores, encuentros musicales, improvisaciones.

—¿Eso estaba bien? —preguntó Jack.

Ginny asintió.

—Me encantaba. Éramos libres, comíamos basura y yo me sentía… —Echó una mirada a Jack.

—Me he perdido —dijo—. Pero sigue. Ya entenderé.

—Un día… supe que mis amigos me olvidaban. Pensé que eran las drogas. —Su rostro y su voz se endurecieron—. Nos congregábamos en viejas casas, hablábamos de música, películas y televisión, para pasar el tiempo. Cada semana o así actuaban como si yo fuese nueva. No recordaban nada de mí. En ocasiones me dolía tanto que me iba sola, pero no me gustaba estar sola. Me preguntaba qué pasaría si *yo* dejase de recordar quién era. Dibujaba mucho.

Jack hizo una mueca. La voz de Ginny se volvió tan dura.

—Tomábamos X… Éxtasis. Lo probé un par de veces; ellos pensaban que si no usabas X eras un imposible, incapaz de amistades verdaderas. Me hacía sentirme tan feliz y amorosa. Le daba a cualquiera todo lo que tenía, todas las lucecillas de mi pequeño cerebro se alineaban como éxito en la máquina del millón. Cualquiera podía entrar y yo sentía ese flujo de amor anegándome… estaba tan *agradecida*… no podía entregar mis gracias a la suficiente velocidad. Y no importaba. Aun así me olvidaban.

—Guau —dijo Jack.

Ginny le miró con cautela.

—Sí. Mientras estuve con ellos no salté las líneas… no desplacé el destino. Pensaba que eso ya había pasado. Creía tener un hogar. Pero seguía teniendo los sueños. Dibujaba; eso estaba bien, a todos les gustaba el arte raro. Todo lo inquietante, todo lo relacionado con la muerte está bien. Morir es el regalo definitivo, la risa eterna. Y luego todos se olvidaban. Creían que yo era nueva. Me contaban otra vez sus historias.

Jack guardó silencio, dejando que lo soltase todo.

—Podría haber muerto —musitó—. Pero luego esta persona vino a mí, la que hacía la mayoría de los dibujos realmente extraños cuando yo no estaba, cuando estaba en blanco. Creo que también es parte de mis sueños. Un día me dejó una nota. Estaba en pequeñas letras mayúsculas, como si la hubiese escrito una niña: «Vuelve a meterte en tu piel. Sal de aquí. Tenemos trabajo». Y supe a qué se refería. Lo que hacíamos en la casa no era ni amor ni amistad, era convertirse en un caracol entre una bota y la acera. A mí ya no me quedaban defensas. Tenía los nervios en carne viva. Así que dejé la casa y el X, y a todos mis amigos, y después de unos días estaba sentada bajo un puente, para evitar la nieve, cuando leí un anuncio en un periódico que usaba para mantenerme caliente —trazó comillas con los dedos—. «¿Sueñas con una ciudad al final del tiempo?» Y un número de teléfono.

Jack se estremeció.

—Todavía me quedaba algo de carga en el móvil, así que llamé, sobre todo por hacer algo. Otra mala decisión, ¿no?

Jack alzó una comisura de los labios.

—Eso es lo que hago. Me alejo corriendo de las buenas decisiones en pos de malas decisiones. Creo que ésa fue la peor. Un hombre vino a recogerme al puente. Parecía joven, asiático, de unos treinta años, alto y delgado pero en buena forma física, con profundos ojos negros. Conducía un viejo Mercedes gris. En el asiento de atrás había algo… una mujer. Llevaba velo y nunca dijo nada. Olía a humo. Dejamos atrás la ciudad. Saliendo de la autopista, el hombre y yo bajamos para almorzar en una cafetería, pero la mujer no abandonó el asiento trasero en ningún momento. No estaba muerta, la oía respirar.

Después de comer, ya en la autopista, la mujer encendió un fuego. El tipo tenía un extintor bajo el asiento. Paró a un lado y abrió la puerta de la mujer, gritó y la cubrió de espuma. Ella gimió, pero no dijo nada.

Jack tenía los dedos anudados sobre el regazo.

—Me parecía un hombre joven, pero sus diminutos ojos negros eran viejos. Sobre todo, era amistoso. El asiento delantero era tan agradable: con calefacción, blando pero firme. Hacía trucos con su dólar de plata, con una sola mano, la otra en el volante, muy ingeniosos. La moneda hacía todo lo que él quería, como si estuviese viva y él fuese su amo.

»Recordó mi historia, lo que le conté mientras conducíamos. Podríamos haber seguido eternamente, trucos, historias y la larga carretera recta. Yo estaba tan ida, tan dispuesta a aceptarlo, supongo que seguía siendo una tontita.

»Finalmente llegamos a una enorme casa en los bosques cercanos a St. Paul. A su alrededor había montones de leña y otras cosas, pero no vi a ningún trabajador. El tipo me dijo que bajo la casa había encontrado una vieja cripta con gruesas paredes donde había verdadera tranquilidad. Me dejaron en la cripta y dormí durante un par de días. *Era* tranquila. Me recuperé, dejé de rechinar los dientes y morderme la parte interna de las mejillas. Me sentía afortunada y creía que quizás estuviese empezando a sentir gratitud, amor real. Él me visitaba todos los días, me traía comida y ropa, y yo supe desde el primer momento que no le interesaba el sexo; me respetaba. Pensaba que era un buen lugar. Él era bueno conmigo. Dejé de soñar.

Ginny se había echado a temblar. Al principio fueron pequeños temblores, pero ahora le castañeteaban los dientes. Jack alargó la mano para tocarle el brazo, pero ella se apartó.

—La última vez que me visitó, me dijo que me iba a llevar de paseo. Subimos las escaleras del sótano y fuera soplaba viento. Hacía frío; por debajo del punto de congelación. El aire olía como a nieve. Me di cuenta de que no había colocado alfombras o suelos de madera real, sólo chapa. Realmente se trataba de una casa vieja y abandonada que no se habían molestado en terminar. Dijo que íbamos a ver a la Reina.

Jack apartó las manos para no dañarse los dedos.

—Dijo que la Reina le pagaba por localizar a gente especial. De algún modo, me di cuenta de que sus ropas estaban muy gastadas. No podía estar pagándole mucho. Y ahora su piel parecía vieja. Pensé que quizás había dado con un vampiro de *verdad*… uno pobre. —La voz de Ginny se convirtió en un susurro. Jack apenas podía oír.

El almacén restalló. A unos metros, un gato maulló. El maullido se repitió entre las vigas como si hubiese docenas de gatos.

—Le tenía tanto miedo al bosque como yo. Yo sabía que la Reina no era la mujer de los fuegos, porque dejamos el coche atrás para llegar a los árboles; estaba allí aparcado, en la entrada de tierra. Salía humo de la ventanilla trasera abierta. La mujer estaba dentro. Vi moverse el velo. Me miraba directamente pero no podía ver sus ojos.

—¿No huiste?

—No podía. Ni siquiera podía considerar saltar las líneas porque sabía que la mujer del coche podría incendiarlo todo en todas partes y ni siquiera tendría que abandonar el asiento. Casi podía *ver* cómo lo hacía: cientos de pequeñas hogueras cayendo del aire. Quemaría el bosque, la casa, cualquier camino que yo intentase recorrer, cualquier lugar al que intentase ir.

—Empleando fuegos… como avispas.

Durante un segundo Ginny miró a la izquierda, con la barbilla baja, desafiante, esforzándose por soltarlo todo.

—¿Cuántos habrá ahí fuera, cazándonos?

Jack inclinó la cabeza.

—Ni idea.

—Caminamos entre los árboles durante cinco o diez minutos. Yo creía que seguíamos un enorme círculo; no dejábamos de pasar junto a un lago negro cubierto de lentejas de agua de color verde. Oscurecía. Se acercaba una tormenta de nubes negras y bajas… con rayos.

—¿Rayos laterales?

Ginny asintió.

—Luego dijo algo sobre una polilla. Quizá fuese *la* Polilla.

«La Polilla viene a presentarte». Me di cuenta de que los árboles hundían las ramas en la tierra. Las hojas se movían, independientemente. Pero en realidad no se movían, simplemente cambiaban, volviéndose más grandes o más pequeñas, desplazándose a derecha o izquierda, pero sin moverse… porque los árboles eran negros y *sólidos*, como alquitrán rígido. Pensé que quizá cada vez que un árbol pareciese moverse realmente se estuviese convirtiendo en un árbol diferente… no sé describir lo extraños que eran. El tipo de la moneda parecía tan asustado como yo. Dijo, «La Reina de Blanco espera la perfección. Es parte de su encanto». Le pregunté qué edad tenía, qué edad tenía la Reina, y él dijo: «Qué pregunta tan extraña».

»Me pareció ver a otro hombre… pero no era un hombre. Se extendió hacia arriba hasta poder ver a su través… a través de él. Llegamos al centro del boque. Yo sabía que era el centro, pero en ningún momento habíamos abandonado el círculo. Quizás el camino fuese una especie de espiral, pero especial, curvado hacia dentro, pero no en el espacio. Había un enorme lago de agua congelada de un color verde jade… tallado por completo, grabado. No podía ver el cielo sobre el lago; simplemente no estaba allí.

Jack no quería saber nada más. Se movió unos centímetros a la derecha, como si Ginny fuese un paquete a punto de explotar.

—Las nubes descendieron y cortaron los árboles. Las hojas eran como pequeñas rocas planas, heladas. Pincharon al darme en la cabeza y brazos. La luz se volvió gris y helada. Las sombras tenían bordes afilados como cuchillos; si pasabas encima de una, te podrías cortar. Todo olía a limón, salsa quemada y gasolina; espero no volver a oler nunca nada así.

»“No digas nada”, dijo el hombre delgado. Se guardó la moneda, alargó la mano, agitó los largos dedos. No pude evitarlo; le mostré la piedra, todavía en la caja. Alargó la mano como si fuese a cogerla, pero en su lugar se echó atrás y dijo: “No te muevas. No mires. Lo siento».

»Se echó a correr. Abandonó el círculo en el que nos encontrábamos y le oí atravesar las ramas. Supuse que el círculo era una trampa… la espiral me había hipnotizado. No podía levantar los pies.

Jack se tapó la boca.

—Las mismas nubes… en el cielo… como las que volaron sobre la ciudad para atraparte —dijo Ginny—. El hombre quería entregarme a algo que no pertenecía a este lugar, algo furioso, triste; decepcionado. Me quedé entre los árboles. Las hojas giraban alrededor de la Reina o lo que fuese que ocupase el centro; no podía verla. Pero lo estaba atando todo formando un enorme nudo. Su nudo era el centro de la espiral. Yo no lo creía, pero lo comprendía; todo lo que *podría* pasar *iba* a pasar, y todo me sucedería a *mí*, y en ocasiones se trataría de cosas que no podían suceder.

»Yo estaba a punto de verlo *todo*, simultáneamente. Me volví, me di la vuelta por completo, y los árboles giraron a su vez, pero sólo medio camino, y vi al hombre entre los árboles. Bajó las manos y sus ojos eran como bolas de nieve encajadas en la cabeza. Me volví de nuevo, por completo, sabiendo que no volvería a ver a la Reina hasta que no hubiese girado dos veces. ¿Eso tiene sentido?

Jack cerró los ojos y comprendió que podía apreciar el sentido que tenía.

—En ese lugar debe girar dos veces para completar un círculo completo —dijo.

—Me pareció que lo comprenderías.

—Posee una lógica diferente, igual que los saltos que ejecutamos. ¿La viste? —preguntó Jack.

—Yo no lo llamaría ver. Pero sí, supongo que la vi. Se encontraba en el centro del lago de jade. No vestía de blanco, no vestía nada. Al principio no supe por qué el hombre la llamaba la Reina de Blanco. Quizás él la viese de forma diferente o supiese algo de ella que yo desconocía. Si vinieses de algún otro lugar y la mirases con otros ojos, supongo que podría ser hermosa. Tenía miembros, brazos o cosas que surgían de ella y que no reconocí; pero parecían correctos, se correspondían. Aun así, sabía que, si me acercaba a ella, me sorbería los ojos. Me sentía como un trozo de hielo ensangrentado. Simplemente permanecía en el centro de su nudo, observando, con curiosidad infinita, curiosidad como el hambre, curiosidad como el miedo… quería saberlo todo sobre mí. Y estaba tan *furiosa*, tan decepcionada. Yo quería decirle lo que precisaba saber, simplemente para

terminar con su decepción, su furia, pero no podía explicarme con palabras. En cambio, lo que tenía que entregarle saltaría directamente de mi piel, todos los lugares en los que había estado, todo lo que había hecho y haría… pasado y futuro, todas mis versiones, simplemente una enorme masa masticada que flotaba en su nudo. Acabaría vistiéndome como si yo fuese un traje o un pañuelo. Ni siquiera pensé que fuese a morir, pero sabía que lo que estaba a punto de suceder sería peor que la muerte.

Jack se sentó rígido en el jergón, con las manos temblando bajo los muslos.

—Vaya —soltó.

Ginny sonrió.

—Pero aquí estoy, ¿no? Tranquilo.

—No es tan fácil —dijo Jack con una sonrisa nerviosa.

—Bien, aguanta. He estado guardándome algo… ni siquiera lo sabía, lo que fue una suerte para mí, porque bien podría habérselo dicho. Quizá *tú*sepas a qué me refiero.

—Quizá.

—Dime qué hice. —Ginny le miró directamente.

Jack ejecutó un movimiento de corte formando una tijera con los dedos.

—Sí. Cuando terminé, y no llevó más que un instante, estaba tirada de cara, cubierta de hojas. Había árboles caídos y agua por todas partes que emitía vapor, pero frío. Las lentejas colgaban de los árboles. El lago se había lanzado fuera de su cuenca. Y no volví a ver al hombre; no sé adónde fue. Todo el bosque estaba aplanado.

—¿Qué hay de la piedra?

—La dejé caer, pero la encontré —dijo Ginny, asintiendo—. Estaba justo al lado del camino, todavía en la caja. La recogí y caminé entre los árboles. Cerca de la casa comprobé que el coche había desaparecido. Estaba sola. Tú debes haber hecho lo mismo, Jack. Así que dime qué hiciste para expulsarles.

No podía responder.

—¿Podemos *cercenar* líneas de mundo? —preguntó Ginny—. No sólo saltar entre ellas, sino ¿cortarlas en trozos, *matarlas?* Él agitó la cabeza.

—Es algo relacionado con las piedras sumando. Son parte de nosotros. No podemos perderlas a menos que muramos.

—Lo sabía cuando empeñé la caja. Siempre vuelve a mí. ¿*Tú* cortaste algo? Durante la tormenta.

—No lo recuerdo. Creo que no tuve tiempo.

—Cógeme la mano —dijo Ginny, y se la ofreció.

Jack no vaciló. Ginny tenía los dedos calientes y su piel parecía refulgir con un tenue rojo cereza similar al de la estufa.

—Está muy caliente —dijo Jack, pero no la soltó.

—Me sucede a veces. Se pasará —dijo Ginny—. Sobreviví, ¿no?

—Estoy seguro de que lo hiciste.

—Sé por qué quieren atraparnos —dijo—. Quienes sean.

—Lo que sean —añadió Jack.

—Nos temen.

Le apretó los dedos y el calor se redujo.

—Hace que uno se pregunte con respecto a Bidewell. ¿En qué nos estamos metiendo?

—Bidewell no nos teme —dijo Ginny—. Por eso vine aquí. No hay nudos, no hay miedo, sólo tranquilidad y muchos libros. Los libros *forman* una especie de aislamiento. Aquí me siento segura. Mi piedra también está segura… por ahora.

Jack emitió un silbido débil.

—Vale —dijo.

—No estás convencido.

—Es tranquilo… eso está bien. Pero me gustaría que todo recuperase la normalidad.

—¿Fue normal alguna vez, en tu caso? —preguntó Ginny.

—Antes de la muerte de mi madre —dijo—. Bien, quizá no fuese normal, pero era divertido. Agradable.

—¿La querías?

—Por supuesto. Juntos, con ella y con mi padre, éramos… allí donde acabábamos teníamos un hogar, aunque sólo fuese por un día.

Ginny miró al almacén.

—Este lugar me resulta más familiar que cualquier otro sitio en el que haya estado. ¿Qué hay de ti? ¿Cuál es tu historia?

—Mi madre era bailarina. Mi padre quería ser comediante y mago. Mi madre murió. Luego mi padre. Yo era prácticamente un niño. No me dejaron mucho; sólo un baúl, algunos trucos y unos pocos libros de magia, y la piedra. No me morí de hambre; había aprendido a hacer malabarismos y a tocar la guitarra, trucos con cartas y esas cosas. Durante un tiempo anduve con un grupo duro, como en tu caso, y me salí; aprendí a vivir en las calles, me puse a actuar. Logré que no me matasen. Hace dos años me fui a vivir con un tipo llamado Burke. Trabaja como ayudante de cocina en un restaurante. No nos vemos mucho.

—¿Amantes? —preguntó Ginny.

Jack sonrió.

—No —dijo—. Burke es lo más hetero que se puede ser. Simplemente no le gusta vivir solo.

—¿Conocías a estas mujeres de antes?

—A Ellen la conozco muy bien —dijo Jack—. A las otras las conocí hace unos días.

—¿Hiciste los dibujos que trajo Miriam, los que encontró en tu apartamento?

—Se me da fatal dibujar. Los hizo el otro. Mi invitado.

—¿De dónde crees que viene?

—De «la ciudad al final del tiempo», por supuesto —dijo Jack, intentando sonar sarcástico, pero con voz rota.

—La mía también —dijo Ginny—. Pero la última vez que soñé con ella, ya no estaba allí. Estaba en el exterior, perdida en un lugar horrible.

—El Caos —dijo Jack.

Ginny miró al suelo.

—No quiero hablar de eso.

—Vale —dijo Jack.

—Jack, ¿*ellos* tienen piedras como las nuestras?

Él negó con la cabeza.

—No lo creo.

—Quizá se supone que debemos traerles.

—No veo cómo. Ellos están allí… nosotros estamos aquí. —Se echó atrás y luego miró a la enorme caja de cartón etiquetada como V**aldolid**, 1898—. ¿Qué tipo de libros colecciona Bidewell?

—De todo —dijo Ginny.

Jack retiró las tapas y levantó un volumen cubierto de polvo. Las tapas del libro se habían agrietado y el cuero le dejaba polvo en los dedos. Las palabras doradas grabadas en el lomo seguían sin significar nada. Alzó la vista.

—Ediciones Birlibirloque —dijo—. Supongo que las piedras no han terminado.

—Muchos libros ya eran así. Bidewell parece capaz de distinguir unos de otros.

—Tiene tanto sentido como todo lo demás. —Jack estaba a punto de dejar el libro, pero algo le movió del brazo, un ligero tirón en un nervio oculto, y pasó a una página de en medio. Allí, rodeado de más tonterías, había un párrafo que podía leer con esfuerzo:

Luego Jerem entró en la Casa y ayí encontró un libro incomprensible escepto por estas palabras:

¿Tienes la vieja piedra, Jeremy? ¿En el bolsillo, kontigo?

Ginny le observó lentamente, mientras la cara de Jack se volvía roja, como si hubiese estado bailando desnudo. Con la lengua hundida en el interior de la mejilla, Jack repasó lentamente otras páginas del libro. Nada más tenía sentido.

—¿Qué es? —preguntó Ginny.

Le mostró la página. Ginny leyó las líneas y se quedó boquiabierta, como una niña que hubiese visto un fantasma.

—Todos los libros son diferentes —dijo—. Yo no salgo en ninguno.

—¿Has mirado? —preguntó Jack.

Negó con la cabeza.
—No había tiempo.

55

Canal de drenaje Tenebros

Pahtun se había acostumbrado a vivir en la entreluz perpetua de las regiones remotas de los antiguos canales de drenaje. Rara vez iba al Kalpa y se contentaba con cumplir sus obligaciones en las amplias planicies, lejos del resplandor de la luz de vigilia sobre los Niveles; los llamaba por su antiguo nombre, el criadero.

Pahtun había estado preparando exploradores desde antes de que hubiese progenies. Un hombre esbelto y majestuoso con rostro marrón y experimentado recorrió el canal de drenaje, con ojos grises plateados llenos de cautela. Sabía que la ciudad moría. Moría por grados desde antes de que le hubiesen hecho a él. Ahora, era probable que la agonía final fuese rápida.

La luz de vigilia se incrementó irregularmente sobre el cel distante. Anillos rojos se agitaban y parpadeaban alrededor de las zonas rotas y castigadas dejadas por la intrusión que había atravesado los pisos inferiores del primer bión, directamente sobre su cabeza, y que casi se los había llevado a todos.

Terminó su caminata de treinta kilómetros desde el campamento, Tenebros arriba, hasta la unión entre la primera y la segunda isla. Allí esperó a que los guardianes marrones descendiesen con sus cargas medio inconscientes.

En esta ocasión eran nueve en lugar de los veinte habituales.

—Gran destrucción —le explicó el guardián líder—. Muchos perdidos. Puede que éstos sean los últimos.

Los jóvenes progenies se arrastraron bajo la sombra de los árboles bajos del canal, gimiendo en voz baja. Pahtun los examinó uno a uno a medida

que los guardianes se iban. Les levantó la cabeza, empleando su dedo flor para medir sus niveles vitales, y los consideró adecuados; los guardianes jamás traían progenies heridos o incapacitados.

Cuando se recuperaron, les ayudó a ponerse en pie, tranquilizándoles con canciones de la inclusa. Ya para entonces sus tres cohortes habían atravesado los canales para llegar a la extensión arenosa. Más evidentemente hastiados, encargados de ese trabajo desde hacía menos tiempo, aun así esos jóvenes Restauradores se ocuparon de los reclutas con habilidad y paciencia. Pronto los tuvieron caminando en una fila hacia la oscura muralla exterior y el campamento de adiestramiento que aguardaba en ese lugar desde que había Niveles o exploradores… desde el punto de vista de Pahtun, demasiado tiempo para ponerse a pensarlo.

Seis machos y tres hembras. Observó a los progenies aturdidos y, como siempre, les envidió y se compadeció de ellos; eran pocos, eran pequeños, estaban confundidos. Se preguntó qué verían en su viaje.

En las marchas sólo se enviaba a jóvenes progenies, criados a partir de masa primordial, educados en los Niveles y con los mejores instintos, algunos de los cuales sólo despertarían realmente en el Caos. Personalmente, esta versión de Pahtun jamás se había aventurado más allá de las tierras medias. Si estos nueve formaban la última marcha que se entregaría a su experto cuidado, bien podría ser que Pahtun jamás descubriese toda la verdad sobre el Caos y el Tifón.

Guió a los progenies hasta sus tiendas y se aseguró de que estuviesen cómodos. Pronto estaban totalmente dormidos.

Los cohortes montaron su campamento cerca, apartado de los progenies y apartado de la solitaria tienda de Pahtun. Sentían cierto respeto por el adiestrador, pero le consideraban viejo y raro. Después de todo, ¿qué sentido tenía todo esto?

Quizá no tuviese sentido. Ninguno de los otros Pahtuns, enviados al Caos violando las reglas del Astyanax, había informado jamás de sus descubrimientos. Y ninguno de los exploradores que había entrenado había regresado jamás.

56

La Torre Rota

Como fue solicitado, un progenie vivo, nacido en la inclusa a partir de materia primordial, para cualquier propósito que pueda discurrir el Bibliotecario.

Ghentun se encontraba a un lado de la cámara elevada y vacía, a una docena de metros de la ventana elevada más cercana, rodeado por un lento rielar envolvente. A su cintura flotaba el macho joven, plegado en un sueño anestésico, herido pero ya sanado, restaurado y protegido por la capa de Ghentun.

El Custodio de los Niveles sólo se sentía entumecido. No podía concebir ningún acto que ahora mismo sirviese para algo.

Retraso, decadencia, conspiraciones imposibles de contar o comprender —la pérdida inevitable de la vitalidad de la ciudad enfrentada a millones de años de contener lo impensable— habían acercado el final incluso más de lo que había imaginado.

A su llegada, Ghentun había recorrido la cámara mirando desde los altos ventanales a los tres biones restantes del Kalpa. La intrusión había dañado seriamente los pisos inferiores del primer bión, cuyos cimientos rodeaban los Niveles y de cuya corona circular se alzaba la Torre Rota. También había desencadenado una tremenda destrucción en los biones sur y tercero. Los dos lanzaban lúgubres penachos espirales de humo plateado que llegaban hasta los límites de sus barreras de presión internas.

Más allá del límite de lo real, las monstruosidades se acercaban, como si se calentasen frente a la destrucción por el fuego del Kalpa. El rayo eternamente giratorio del Testigo se había acelerado y su inmensa montaña

de carne solidificada —en su época humana, pero ahora sin edad y más allá de la compasión— empujaba contra los Defensores, anticipando otro sacrificio.

Los Niveles siempre habían atraído las intrusiones más potentes y destructivas. Ahora Ghentun se preguntaba si la razón para tal atención no estaría flotando a su lado. Comprendía que desde la creación de los Niveles, Tifón había estado sondeando la ciudad como si poseyese algún conocimiento especial; si tal cosa podía saber o planificar.

Miró al este, apartándose del Testigo, hacia el último grupo de exploradores, esperando que pudiese partir antes del derrumbe final, antes del triunfo del Tifón.

El Bibliotecario se había demorado durante millones de años. Una mente más allá de cualquier medida: ¿cómo podría Ghentun criticarla o incluso comprenderla? Pero jamás había habido ningún plan que él pudiese percibir, ciertamente ningún plan que se pudiese explicar a un Restaurador o progenie. En realidad él no era mejor que sus niños, no era mejor que este joven descarado y nacido en la inclusa, que había persistido a pesar de todos los engaños y barreras intelectuales levantados en su camino.

Al igual que los Restauradores —al igual que Ghentun— los progenies comprendían la vergüenza, como si su materia primordial conservase una herencia de esa antigua emoción que los Grandes Eidolones habían perdido.

Se acercó un angelín, apareciendo al principio como una diminuta chispa plateada en el centro de la cámara, y luego, de pronto, cerca, a pocos centímetros. Al igual que antes, era de forma femenina, de un azul pálido, y no pasaba de la rodilla de Ghentun, pero en esta ocasión pareció preferir dar la impresión de que caminaba, en lugar de deslizarse o volar.

Podría ser el mismo angelín con el que había hablado antes… o podría no serlo. Para esta clase de servidores la identidad tenía poca importancia.

Ghentun le dio un golpecito al progenie. Jebrassy levantó la cabeza y parpadeó, miró a su alrededor, pero siguió plegado, como si disfrutase de unos últimos momentos de calidez y cordura.

—Toda honra para el Bibliotecario —cantó el angelín, con una voz como de agua que cae—. ¿El experimento ha concluido?

—Sí —respondió Ghentun.

—¿Has traído de los Niveles el espécimen solicitado?

—Lo he hecho. ¿El Bibliotecario requiere mi presencia? —preguntó Ghentun dubitativo.

—Acompañarás al joven progenie.

Jebrassy alargó las piernas y lentamente cayó a la parte inferior de la capa, donde permaneció de pie, bajo la mirada del Alzado. Se volvió para mirar con asombro a la forma azul situada a pocos centímetros, que radiaba un gran frío a pesar de la protección de la capa.

Jebrassy había pasado ya más allá de la confusión y el miedo. Podía suceder cualquier cosa. Casi esperaba que así fuese… todo, para acabar ya.

Luego pensó en Tiadba. Se estremeció al comprender que acababa de salir de un sueño tenebroso. ¿Pero cuánto tiempo había dormido? ¿Dónde estaba Tiadba? ¿Se la había llevado la intrusión? ¿Estaba viva?

Jebrassy gruñó y lanzó las manos contra el rielar.

Oyó en el oído una voz pequeña, como el chirrido agudo de un insectoletra.

—No lo hagas. Aquí hace frío, y el Bibliotecario valora tu comodidad y tu salud. Los dos seguiréis a esta tonta forma azul. Mi placer es escoltaros al lugar más maravilloso de todo el Kalpa. Posiblemente el lugar humano más maravilloso de todo el cosmos.

Jebrassy miró al Alzado y luego, confundido, a la pequeña figura azul; creían ser *todos* humanos, a pesar de las apariencias, ¿era ése el secreto? Se movió arrastrando los pies y descubrió que el rielar le seguía, y por tanto caminó con paso normal, manteniéndose cerca de la figura desnuda y azul. Ghentun permaneció a su lado.

Ni siquiera el paso de un rayo de luz gris, como el filo de un cuchillo, por el liso techo de la cámara —como una amenaza de ceguera instantánea — redujo el avance, aunque Jebrassy se agachó.

Al llegar al centro —un recorrido que sólo pareció llevar unos minutos — miró atrás y estudió la lejana fila de ventanales, y de pronto comprendió

dónde estaban… recordó historias de los libros.

—Estamos en Malregard, ¿no es así? —le preguntó a Ghentun.

—Algunos la llamaron así —dijo Ghentun—. Los dos nos encontramos muy por encima de nuestros distritos y rango, joven progenie. Estamos en la región de los Grandes Eidolones. No piensan ni actúan como nosotros.

—Pero somos *todos* humanos —dijo Jebrassy.

El Custodio se tocó la nariz manifestando diversión… un gesto de progenie.

—Tened cuidado al caminar —les advirtió el angelín—. Deberíais cerrar los ojos. Nos dirigimos hacia lo alto de la torre… lo que queda de ella, evidentemente.

—¿Qué rompió la torre? —preguntó Jebrassy.

Ghentun emitió un leve sonido ambiguo.

—No debe preocuparte el pasado. Lo hay en exceso. Sólo debemos mirar al frente. Por una vez, el futuro está a una escala adecuada para ti.

Jebrassy no supo si sentirse insultado.

A su alrededor bailaban curvas plateadas, como si se moviesen, pero no vio cambios. Y luego… se encontraron bajo un cielo terrible, lleno de anillos de llamas y mundos giratorios. Algo les miraba, algo imposible de ver o medir, y Jebrassy se llevó los puños cerrados a los ojos.

Creyó que caía, que estaba otra vez con Tiadba, volando sobre los Niveles, y que el guardián le había dejado ir…

Había voces a su alrededor, diciendo cosas que no podía comprender, y un estruendo grave agitó su cuerpo.

Jebrassy no podía soportar la idea de caer sin ver contra qué chocaría. Tenía que saberlo. Bajó la vista. Durante un momento sus ojos se negaron a abrirse. Ya había visto demasiado, algo reluciente y multicolor, y de ellas grandes extensiones de plata elevada formando una grisura arqueada, agarrando y moviendo brillantes formas rojas, como granjeros usando pinzas para cargar fardos de chafa…

Por encima —por debajo— no sabía distinguir… miles de figuras blancas dispuestas en posiciones de espera inquieta, con las manos a la

espalda. Cada una tenía dos brazos, dos piernas y una cabeza blanca y redonda. No tenían cara, ni rasgos, sólo una lisa blancura.

No caía. Flotaba —aparentemente, cabeza abajo— sobre un inmenso cruce de caminos elevados, junto con las múltiples figuras de blanco formando filas o moviéndose de formas asombrosamente diferentes. Algunas de las figuras caminaban, muchos se deslizaban cerca de los caminos, unas pocas volando de un lado a otro de la extensión con mareante velocidad, pasando a toda prisa sin producir sonido y emitiendo más de esas hermosas curvas plateadas. Aun así, otras simplemente se desvanecían y el resto, decenas de miles —en largas filas que se extendían hacia la oscuridad —, esperaban instrucciones, como un enorme ejército de repuestos.

El angelín apareció frente a él y le dio un golpecito. Incluso a pesar del rielar, el toque casi le congeló los dedos del pie, pero se volvió a colocar correctamente con una lenta rotación para mirar el brillo multicolor y los agarres que se elevaban, sosteniendo luminosidades del color del fuego y dejándolas.

—El Custodio ha traído un progenie —anunció el angelín con una voz tan dulce que a Jebrassy le dolieron los oídos. Y a continuación, otro mensaje… no del Alzado ni de la forma azul, y no tanto una voz sino más bien un rayo de palabras medio entrevisto en el rielar que le protegía.

Dejemos que el primordial encuentre un lugar donde pueda sanar. Nos reuniremos cuando vuelva a estar completo y más tranquilo. No deseo conmocionarle. Él es, después de todo, el ciudadano más importante del Kalpa.

Jebrassy miró al Alzado situado a su lado.

—Que así sea —dijo Ghentun—. Tras quinientos mil años, he cumplido mis obligaciones con los Eidolones.

57

Tiadba se encontraba en los límites del campamento de adiestramiento, en la amplia extensión plana de la cuenca del canal, perdida en la melancolía. Apenas podía distinguir las formas distantes de las tres islas, como mesas, en las que había pasado toda su vida. Sobre cada mesa había bloques apilados hacia lo alto como cartas arrojadas descuidadamente, difuminadas y ensombrecidas por la neblina que surgía del canal.

A medida que la luz sobre los bloques se oscureció, llevando el sueño a esos Niveles lejanos, Tiadba se volvió hacia la negrura superior más allá de la cual se encontraba —les habían dicho— las zonas remotas del Kalpa y los generadores de realidad que les protegían del Caos. Sentía el cuerpo como un látigo a punto de chasquear. Estaba lista. El tiempo fluía con excesiva rapidez, aunque no la suficiente.

Les estaban adiestrando. La marcha comenzaba…

Justo cuando pensaba que podría seguir sin Jebrassy y dejar de obsesionarse con los caminos que jamás recorrerían juntos, recordaba su última visión del joven progenie, colgando del agarre de un guardián marrón, y la pena la anegaba.

Se había producido un ruido horrible, una huida desesperada, remolinos pinados de oscuridad… una presencia aterradora e incipiente. Tiadba había soportado todo eso. Los guardianes habían arrojado a nueve progenies al canal de drenaje, eso supuso ella. No recordaba nada de esos momentos iniciales. Recordaba que habían atravesado una amplia planicie bajo la porción más oscura del cel, sin rasgos excepto por acumulaciones de polvo de roca. Los árboles bajos que se reunían en el viejo lodo pronto habían cedido paso a una planicie inmensa, que a cada lado se perdía en las

sombras. Estaban todos al borde del pánico, el terror reemplazando al valor incluso mientras se acercaban al final de la primera fase del viaje y vieron los enormes arcos que indicaban los límites exteriores del canal.

Quizá también hubiesen protegido a Jebrassy y éste habría sobrevivido; quizás estuviese perdido en algún lugar cercano y llegase al campamento en cualquier momento. Pero se preguntó cómo podía seguir creyéndolo. Dudaba que siguiese en los Niveles. En cualquier caso, él no estaba con ella y ella deseaba su presencia.

Los progenies rescatados de la intrusión no eran exactamente el grupo que Grayne había planeado. Denbord, Macht, Perf y Tiadba eran los únicos miembros del grupo de Grayne que habían llegado al canal.

Nico, Shewel y Khren habían ayudado a Tiadba y a Jebrassy a buscar libros en los Niveles superiores, aunque no habían encontrado ninguno. Mash —el cuarto buscador en los Niveles superiores— había sido succionado durante la intrusión, les había dicho Pahtun. A Tiadba le había caído bien Mash. Otros miembros del grupo de Grayne también habían desaparecido, y por tanto había sido necesario encontrar sustitutos… voluntarios o no.

No conocía a las otras dos hembras, Herza y Frinna. Se mantenían apartadas y hablaban poco con los demás.

Khren, el más fuerte, conocía a Jebrassy de siempre. Se había adiestrado para ser cuidador de pede y reparador de carros de prados… cuando no luchaba junto a Jebrassy en sus pequeñas guerras.

—Yo jamás me habría unido a una marcha y ellos jamás me habrían aceptado, así que estamos a la par —dijo Khren en el campamento—. Salir ahí fuera puede que sea mejor que dar patadas a los pedes y montar ruedas… o quizá no. Sólo digo que mejor que no se me vengan muy rápido.

Se refería a los Alzados, que los habían guiado por el canal hasta este campamento, y en particular al adiestrador, un Restaurador, que parecía experimentado, llamado Pahtun. Todos estaban descubriendo más sobre los Alzados de lo que habían imaginado posible. Aparentemente, los Alzados

se dividían en dos tipos: Modeladores y Restauradores. Los Modeladores eran poco habituales y no se les veía nunca. Todos sus escoltas eran Restauradores.

Esolonico —Nico— y Shewel eran progenies tenderos, cargadores y apiladores que aprendían a llevar puestos del mercado; unos tipos habituales, aunque Nico se consideraba un experto en sabiduría oculta. Tiadba dudaba que Grayne hubiese estado de acuerdo.

Denbord había sido su superior en el grupo de Grayne, pero ahora ya no parecía estar seguro, considerando que Tiadba llevaba la bolsa de libros y Grayne no había enviado a Denbord a buscar los suyos. Era un tipo esbelto y pensativo, justo lo opuesto a Jebrassy.

El pequeño campamento disponía de instalaciones rudimentarias: seis tiendas de un material translúcido abiertas por ambos extremos, y dentro, alfombrillas planas para dormir. Una tienda estaba desocupada; dos machos ocupaban cada una de las tres tiendas y Tiadba tenía una para ella sola.

Frinna y Herza eran pálidas y silenciosas, de los Niveles inferiores de la segunda isla… lo que la mer y el per de Tiadba habrían llamado fulgente de carro, o peor, tenue. A Tiadba no le incomodaba el silencio impasible de la pareja, pero estaba segura —una vez más— de que Grayne jamás las habría escogido.

Ninguno de ellos tenía visitantes o sueños.

A unas pocas docenas de metros tras las tiendas había una barraca redonda y grande, plateada y dura, donde los adiestradores guardaban las herramientas y armaduras que los exploradores emplearían durante el viaje. No se había tenido muy en cuenta la comodidad o la intimidad, aunque diariamente llegaban productos frescos de los prados.

—Disfrutadlos mientras podáis —comentó Pahtun—. Allá afuera ya no se podrá comer o beber. No podréis vivir de lo que produzca el terreno. Vuestra armadura os alimentará.

Pasaron doce vigilias y doce sueños realizando sobre todo ejercicios vigorosos —para ganar fuerza y aguante— y caminando cerca del canal de drenaje lleno de polvo; apenas mejor que enfurruñarse en sus tiendas o moverse nerviosamente y rascarse.

Pahtun parecía mayor que los otros cuatro. Khren opinaba que los Alzados podían aparentar cualquier edad que les viniese en gana; ¿no vivían para siempre? Nico lo dudaba. Como ninguno de los progenies tenía valor para preguntar, Tiadba dio por supuesto que Pahtun era el mayor porque se movía con pausa, hablaba con claridad y empleaba términos progenie que todos podían comprender, como si ya hubiese tratado con ellos en muchas otras ocasiones.

A pesar del forzado y tardío reclutamiento, sólo tres manifestaron el deseo de irse. Uno del grupo de Grayne: Perf, un progenie desgarbado y torpe que se encontraba en plena juventud, se sentía fatal lejos de su nicho y se lo hacía saber a todos.

Durante un sueño, Herza y Frinna intentaron escabullirse, pero las trajeron de vuelta. No lo volvieron a intentar.

Después, Perf ni siquiera lo intentó.

58

La Torre Rota

Una sombra cálida se deslizó sobre Jebrassy mientras permanecía tendido en una pequeña estancia, muy parecida al nicho de sus patrocinadores en los Niveles. Se sentía como si le estuviesen pesando y midiendo, de una forma que no podía comprender, pero que era profunda y fundamental.

El examen fue indoloro, pero no le gustó.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

No hubo respuesta. En su lugar, las medidas parecieron cambiar de objetivo, moviéndose arriba y hacia afuera hasta dar con *él*. Su yo pensante.

—¿Qué haces?

La sombra cálida manifestó satisfacción. A continuación sonó una voz tan agradable y familiar que estuvo seguro de haberla oído antes, pero no podía recordar quién podría ser.

—*¿Sabes qué te ha pasado?*

—Me han traído a la Torre Rota.

—*¿Sabes por qué?*

—Somos demasiado estúpidos y débiles para que nos cuenten esas cosas.

La voz se volvió más apremiante.

—Al contrario, lo has hecho muy bien. Probablemente seas la criatura más fuerte del Kalpa. Ciertamente, la más importante ahora que mi obra casi está concluida.

—¿Eres el Bibliotecario?

—Una parte de él, una parte que ha logrado conservar cierto nivel de cordura durante esta media eternidad. ¿Sabes sobre los Eidolones?

—No.

—Bien, no importa. El Bibliotecario se ha convertido en un Gran Eidolon, lo que significa que ya no puede comprender qué significa ser pequeño e insignificante. Así que separó algunos de sus muchos yos, llamados «personificaciones», y ellos cumplen con esa función. Ahora estás hablando con una personificación.

—No eres frío como esas cosas azules.

—Estoy más cerca del núcleo del Bibliotecario. Lo que me digas y me muestres, el Bibliotecario lo sabrá de inmediato.

—Me gustaría verte.

—Pronto. Pero debe comprender que lo que veas será una ilusión, por lo que incluso si *pudieses* verme, no atacarías, a pesar de tus puños cerrados. Al igual que golpear una sombra, esa acción no te produciría ninguna satisfacción.

Jebrassy intentó relajar las manos.

—¿Qué va a suceder?

—Con el tiempo, se te liberará para que cumplas con tu obligación. Pero por ahora precisamos comprender en qué te has convertido. Resuenas como una campana, joven progenie… una campana que en esta era nadie ha tañido. Tus vibraciones son importantes. Pero, por ahora, sólo la mitad de ti está en mi presencia de alguna forma que pueda medir. La otra mitad debe manifestarse, los acontecimientos deben ajustarse. Hasta entonces, nos conoceremos y yo te enseñaré algunos detalles útiles.

—¿Dónde está Tiadba? ¿Está aquí o en algún otro lugar?

—Me interesa que ya conozcas las respuestas a esas preguntas. No está en la torre. No fue llevada a los Niveles. ¿Dónde crees que está?

Jebrassy odiaba que jugasen con él, pero *sí* que lo sabía:

—Está en el canal de drenaje con los otros. Los exploradores. Debo ir con ella.

—A ella le servirías de muy poco. Como dije, los acontecimientos deben ajustarse. Debes alcanzar tu pleno potencial, joven progenie, y luego

estarás preparado para unirte a tus amigos.

59

El canal de drenaje

Pahtun congregó a los nueve en el fondo del canal, bajo el elevado arco doble, y permaneció frente a ellos, mirándolos solemnemente uno a uno. El adiestrador medía al menos un tercio más que Khren, el más alto de ellos.

—Habéis sido escogidos porque vuestra sangre os urge a salir —dijo con voz triste y profunda—. Pero independientemente de vuestro entusiasmo, precisaréis ayuda en este viaje y también contener vuestras ansias. No tenéis experiencia, sin duda sois valientes, pero por ahora también insensatos.

Perf se avergonzó sobre la arena, como si temiese que todos le mirasen.

—Allá afuera, ningún guardián os llevará delicadamente a casa si os hacéis daño. Allá afuera, hay algo más que dolor… algo peor que la muerte. Ésa es la promesa del Caos. Más allá del límite de lo real se encuentra el mayor desafío al que se han enfrentado nunca los seres humanos, y en ese grupo incluyo incluso a los Grandes Eidolones de las alturas, maldita sea su arrogancia.

Pahtun le miró como si esas palabras fuesen a conmocionarles, pero esos progenies no sabían nada de Eidolones, grandes o pequeños.

Agitó la mano de largos dedos y Tiadba se dio cuenta de que en la punta de su sexto dedo —tenía seis dedos y un pulgar extra, montado en el centro de la palma— había una flor rosada. La observación paciente, mientras Pahtun hablaba y agitaba algo más la mano, la recompensó con la observación de que esa flor era en realidad un conjunto de seis dedos más pequeños que quizás empleaba para tareas delicadas. (Aunque más tarde Nico propuso que ayudaban a limpiar los oídos de los Alzados).

—Nadie sabe lo que veréis y experimentaréis. Aunque hay detalles relativamente fijos que se pueden describir, incluso explicar parcialmente, la mayoría de lo presente ahí fuera es un tremendo *cambio* sin *razón* ni *ley*. Aceptadlo. El peligro es constante. Vuestro adiestramiento jamás será suficiente. Pero deberá bastar, entre la voluntad de los que desean que suceda. —Señaló por encima de su cabeza y un poco hacia atrás, a lo alto de las tres islas— y vuestros propios instintos, plantados en vosotros y luego desarrollados… valor sin sentido común —respiró profundamente— *vais* a ir. *Vais* a viajar. *Marcharéis*. No tenéis elección. *Nosotros* no tenemos elección.

Tiadba pronunció en voz alta una palabra extraña:

—Amén.

Los otros respondieron de similar forma. A continuación se miraron, afligidos.

—Por tanto, voy a presentaros las herramientas que podrían mantener unidos vuestros cuerpos y vuestras almas una vez que estéis en el Caos. —Pahtun silbó una nota y todos se pusieron en pie.

Los escoltas guiaron a los progenies a la barraca plateada.

Relucientes y extraños, los trajes colgaban de las paredes como los cascarones de pedes de granja, pero más coloristas. Del tamaño y la forma para ajustarse a cada explorador, tenían tonos de naranja, rojo, azul, verde y amarillo, lo que resultaba extraño si lo que pretendían era ocultarse de cosas que cazasen.

—Son los mejores que los Modeladores del Kalpa han logrado fabricar jamás. Aquí, los generadores de la ciudad nos protegen… y en el Caos, vuestra armadura os protegerá, hasta cierto punto. Dentro de esas conchas, los trajes mantienen las leyes y principios que permiten la vida, y también tienen personalidades; como uno esperaría de los Modeladores que los fabricaron.

—¿Qué son Modeladores? —preguntó Nico.

—Como yo —dijo Pahtun—, sólo que diferentes. Nunca he visto a uno. —No añadió nada más.

El adiestrador emparejó a cada progenie con su traje y propuso que se los probasen. Tiadba supo instantáneamente cuál era el suyo. Acarició la capa exterior: lisa, naranja y fría. La armadura vibró bajo sus dedos y emitió un ligero sonido de aceptación.

Grayne les había hablado un poco de ellos, pero no había mencionado que la armadura con vida propia trepaba por miembros y tronco. Prácticamente los trajes se vestían solos mientras los progenies bailaban y se retorcían. Herza y Frinna intentaron soltarse y fallaron. Los que terminaron primero manifestaron una alegría nerviosa al ver las expresiones de sus compañeros.

Los cascos cayeron fláccidos sobre sus hombros hasta que, tras una orden de Pahtun, se alzaron, se endurecieron y se sellaron herméticamente. Sin embargo, en su interior, Tiadba no se sentía opresivamente encerrada. Respiraba con facilidad y el aire parecía bueno. Sólo sentía un ligero picor en las articulaciones que pronto aprendió a desestimar.

—Se convierten en una segunda piel —dijo Pahtun—, sólo que más sutil y dotada. Vuestra armadura os protege de un sufrimiento interminable; es una habilidad antigua que resulta maravillosa a mis ojos… y, sin embargo, tiene limitaciones. Siente cualquier desviación o deslizamiento de las reglas, como los que se producen ahí fuera. Vuestra armadura transformará y traducirá la información sensible del Caos, de forma que podréis ver luz y sombra, color y forma. Os ayuda a permanecer anclado a algo parecido a una superficie, o a viajar recorriendo algo similar a un paisaje: lo suficientemente fiable como para avanzar en el viaje, supuestamente hasta un destino donde el Caos esté a raya.

»El Caos no carece por completo de forma o carácter. Hay algo similar al clima; algunos lugares están más transformados que otros, algunos casi sin tocar. Aunque puede que, durante varias eras, parezca haber cierta fina capa de consistencia en lo que observamos, en realidad las reglas cambian continuamente. El no aprender y adaptarse rápidamente tendría consecuencias terribles. Y por tanto, vuestra armadura se adaptará y aprenderá, como lo haréis vosotros.

Dos de los escoltas sacaron un huevo plano montado sobre un trípode negro y delgado: un generador portátil de realidad, capaz de producir una suspensión alrededor de todo el grupo durante varias vigilias.

—En el interior del Kalpa, nuestros generadores mantienen la semblanza de realidad. Si vuestra armadura se debilita o falla, estas unidades pequeñas podrían protegeros durante un tiempo.

Sin embargo, rodeados de esa protección no podrían avanzar hacia su objetivo.

Luego les presentó las armas, que jamás se debían emplear impulsiva o agresivamente, porque podrían llamar una atención no deseada. Eran hojas curvas y relucientes llamadas sajas. Las hojas no era tanto que cortasen como que aceleraban el cambio, les dijo Pahtun.

—Las sajas acosan al Caos, aceleran sus propias tendencias. Los efectos son impredecibles, lo que golpean podría desintegrarse o no, o dejar de funcionar.

»No hay más armas, excepto vuestro ingenio.

Huir y ocultarse serían siempre mejores opciones. Y por tanto la mayor parte del adiestramiento consistió en aprender a ser escurridizos, sin ninguna información real, todavía, de qué estarían eludiendo.

—¿Por qué no os enviamos con vehículos, máquinas voladoras, naves espaciales, transportes de superficie y subterráneos? —preguntó Pahtun—. Nuestros generadores están sometidos a una ley de tamaño, una ley de escala. Para proteger algo más que un pequeño grupo de progenies, nuestros generadores se tendrían que volver inmanejables. Y para cualquier generador de tamaño razonable, un objeto del Caos no podría moverse mucho más rápido de lo que vosotros podríais correr, porque eso superaría su capacidad de traducción. Además, moverse demasiado rápidamente, con fuerza excesiva, atrae vórtices de contradicción y fracaso que llamamos «giropliegues» y «enigmacronos». Pueden ser trampas horribles. Devoran e incorporan lo que sea que capturen, con armadura o no, y lo enlazan con el Caos. Sin duda os encontraréis con las víctimas, recientes y antiguas. Las víctimas del Tifón desaparecen lentamente. Algunos angelines,

Observadores del Caos, han estudiado en la Torre Rota, desde antes de mi formación, esas monstruosidades que una vez fueron humanas.

»Y siguen ahí fuera.

—Vuestra armadura es especialmente vulnerable en la zona de las mentiras, justo en el límite de lo real. Son las tierras medias, donde los Defensores, la última línea de generadores que protegen el Kalpa, gradualmente reducen su protección y ceden al Caos. Hay que tener cautela al atravesar las tierras medias. Vuestra armadura no debe estar totalmente activa; los campos en competencia generan resultados impredecibles. Yo os acompañaré a esa zona para vigilar vuestro avance. Todavía no he perdido a un explorador, no en esa fase. Pero muchos otros adiestradores han visto a sus exploradores atrapados prematuramente, en una intrusión o un giropliegue.

»Hay regiones del Caos que parecen poseer constancia a lo largo de largas eras. Una de ellas es la Necrópolis, los restos de los nueve biones perdidos del Kalpa. El Tifón ha reunido esas ruinas y las ha combinado con los restos pervertidos de otras ciudades. Allí, el Tifón advierte de lo que vendrá: una burla cruel de las grandes ciudadelas de la Tierra, que en su época cubrieron el globo. Ahora, esos restos, o sus esencias, sus imágenes, se han reunido y combinado a la vista de la torre. Algunas de esas ruinas parecen seguir habitadas, si tal es la palabra adecuada, por fantasmas desesperados. Los que allí vivieron una vez ya no viven, pero persisten y actúan, y lo que nunca estuvo vivo adquiere una vida inesperada.

»Ahora dejad que os describa una zona de gran peligro y oportunidad. Una especie de carretera o autopista que atraviesa el Caos y es conocida como “senda”. Las sendas aparecen y desaparecen, formando avenidas o caminos serpenteantes en todas las regiones.

—¿Qué son? —preguntó Tiadba.

—Las sendas sirven como caminos de transporte. Incluso en el Caos hay jerarquías de reglas o anarquías, potencia o debilidad, grandeza o piedad. Las figuras o formas más elevadas y poderosas, no nos atrevemos a decir que tengan conocimiento o inteligencia, emplean las sendas para desplazarse. Entre ellos están los Silentes, que tantos daños han causado a

nuestros exploradores y que incluso en los días de Sangmer eran activos y poderosos.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Nico.

Pahtun agitó la cabeza.

—Muchas formas —dijo—. Algunos en la torre siguen sus idas y venidas. Por desgracia, poca de esa información llega aquí abajo.

Los exploradores se situaron junto a la barraca, haciendo muecas, estirándose y acostumbrándose a las armaduras.

—La materia antigua que os conforma y que llena la mayoría de la Tierra fue en su época defendida por la suspensión que mantenía al Tifón a raya, pero cuando nos concentramos en el Kalpa y fueron necesarios los generadores de realidad, tuvimos que abandonar todo lo exterior. La masa primordial envejece impredeciblemente en el Caos, formando bolsas de cambio y destrucción geológicos, que no están ya limitados por las leyes simples de la gravedad, la física, o siquiera el antiguo espacio y tiempo. El Tifón parece deleitarse con tal inestabilidad; lo que divierte al Tifón agita el Caos y atormenta a la vieja Tierra.

—No dejas de hablar del Tifón como si estuviese vivo —dijo Nico—. ¿Es realmente algo más inmenso y poderoso que los Eidolones… sean lo que sean éstos?

—Soy tan ignorante como vosotros —respondió Pahtun tras una breve pausa—. En su momento, algunos humanos consideraron que las fuerzas desconocidas de la naturaleza eran enemigos espléndidos o dioses implacables. Para mí, el Tifón no es parte de nuestra naturaleza, ni espléndido ni un enemigo que uno deba respetar. Es un azote y una enfermedad. Pero pronto lo viviréis en persona, y la teoría que os mantenga con vida es la teoría que debéis valorar y a la que debéis aferraros.

Macht y Khren parecían intrigados, pero la respuesta no fue suficiente para Nico, el filósofo. Perf, Shewel y las otras dos hembras parecían perdidas o aburridas. Denbord y Tiadba se limitaban a escuchar mientras intentaban no expresar ninguna opinión.

Sintiendo el silencioso escepticismo de Tiadba, Pahtun se arrodilló a su lado sobre el fondo arenoso del canal. Su cabeza todavía se elevaba sobre la de Tiadba, incluso si ella se encontraba perfectamente erguida con la armadura puesta.

—Tienes una pregunta —dijo él.

—Vamos a donde tenemos que ir —dijo Tiadba—. Pero ¿quién nos hizo de tal forma?

—Los Modeladores, supongo, cumpliendo órdenes de los Eidolones. Algún día me gustaría encontrarme con el viejo imbécil y hacerle saber mi opinión. —Pahtun agitó los dedos y luego se tocó la nariz, al estilo progenie —. Hace eras, cuando yo era más joven, para aliviar mi sensación de culpa, rechacé las leyes del Príncipe de Ciudad y envié observadores para estudiar el Caos. —Se detuvo un momento, con el rostro contraído, y a Tiadba le pareció que era la primera vez que veía tal expresión en un Alzado. No conocía su significado: ¿tristeza, asombro, pérdida?—. No enviarán su informe. Quien abandona el Kalpa no debe regresar jamás, por razones muy válidas y simples.

—Pero a *nosotros* nos enviáis ahí fuera —dijo Tiadba.

—Mentes superiores a la mía trazaron esos planes y supongo que todos estamos comprometidos, cualesquiera que sean sus consecuencias. Vosotros sentís vuestros instintos, yo cumplo con mi deber. —Se puso en pie—. Si alguno de mis observadores sigue ahí fuera, y sigue libre, podría ayudaros, podría no ayudaros. Debéis aplicar con ellos la misma cautela que con cualquier otro elemento en el Caos.

Perf miró a los Niveles, perdidos en la neblina más allá del borde del campamento. Macht unió las manos, murmurando una canción tranquilizadora.

Pahtun suavizó el rostro y miró a la distancia.

—Creo en algo, porque debo creerlo: si alguno de vosotros tiene éxito, se logrará algo grandioso, algo que compensará los dilatados sacrificios de los vuestros.

—El viejo pateador de pedes descansa.

Khren, bajo, fornido y de pies ligeros, se acercó a Tiadba. Ella se volvió y le miró escrutadoramente. Había estado sintiéndose abatida de nuevo. No era culpa suya, claro, pero Khren y sus amigos no sustituían a su guerrero, por insensato que hubiese sido en ocasiones.

—Tenemos un momento —dijo Khren con voz tranquila, consciente del estado de ánimo de Tiadba. Macht y Perf se les unieron.

—Por favor, léenos algo más del libro —dijo Perf—. Enséñanos.

El lienzo agitado de Grayne y los antiguos insectoletras ya no podían guiarla. Tenía que descifrar las palabras ella sola, pero había mejorado mucho. Aquello que leía lo intentaba transmitir y explicar a los demás. Estaba segura que tal había sido la intención de Grayne. Era extraño que ya no pudiese recordar el rostro de Grayne o la música de su voz cortés e insistente. A Jebrassy lo recordaba con claridad.

Otros se congregaron: Denbord, Nico y Shewel, trayendo sus alfombrillas. Habían acabado prefiriendo dormir fuera, bajo los arcos oscuros, en lugar de hacerlo en el interior de las tiendas endebles, que se agitaban bajo la brisa del entreluz y les inquietaban.

Tiadba se sentó y abrió uno de los libros. Las partes favoritas de los progenies habitualmente se referían a Sangmer el Peregrino e Ishanaxade la hija del Bibliotecario, pero rara vez las historias eran las mismas, una característica que no incomodaba excesivamente a su público. Por necesidad, se saltó o parafraseó partes que le resultaban difíciles, y muchas de las palabras seguían siendo oscuras, pero leerlas una y otra vez era como verlas con ojos más experimentados, y en cada ocasión extraía más significado.

Otros párrafos, esparcidos por el texto como semillas de chafa sobre un pastel, todavía les dejaban perplejos. Algunos eran listas de instrucciones, *ve allí y haz* esto, *luego* aquello, mapas con palabras, los llamaba Tiadba, y en ocasiones los leía por sus efectos tranquilizadores justo antes de que los Alzados apagasen las lámparas para dormir.

En esta ocasión escogió un texto más familiar mientras los progenies se acurrucaban a sus pies, mirando a las sombras.

—«Mi relato es simple» —empezó Tiadba, y sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar los momentos con Jebrassy, algunas vigilias antes.

Una vez, hace media eternidad, el glorioso sol nuevo —llamado así a pesar de que llevaba ardiendo diez billones de años— se encontraba casi totalmente rodeado por el Caos Tifón. Quedaban cinco mundos, y en la Tierra, doce ciudades, hogar de los reunidos por todo el cosmos tras un largo y traumático declive.

La mayor y más antigua de esas ciudades era el Kalpa, y también la más sabia, porque dicha ciudad se preparaba continuamente para el momento en el que el Caos se tragase incluso al sol nuevo.

Muchos pensaban que la derrota era inminente.

El humano más importante de esa época era un Deva llamado Polybiblios. Había viajado hasta el extremo final del cosmos envejecido, para vivir y estudiar, bajo el resplandor de los sesenta soles del Shen, una gran civilización que el Caos se tragaría pronto.

Los Príncipes de Ciudad de la Tierra prometieron un gran premio si alguien llegaba hasta esos remotos lugares y persuadía a Polybiblios para que regresase. Porque concentrado como estaba en sus estudios, y casi completamente rodeados por regiones repletas de trampas y engaños, él no podía regresar a la Tierra por sí solo.

El primer voluntario fue un joven Restaurador llamado Sangmer, ya famoso y querido por sus múltiples hazañas y su gran valor.

Sangmer reunió una tripulación y revivió la última gran nave galáctica de la Tierra. Con su tripulación —escogida por su fuerza, coraje e ingenio — viajó por la única ruta abierta hasta esa esquina final del cosmos.

De todas sus aventuras —y muchas hubo, extrañas y difíciles— sólo sobrevivieron diez, incluyendo a Sangmer, para regresar con Polybiblios. El Caos rugió, consumió y ejecutó su deslumbramiento mortal, y en muchas ocasiones estuvo a punto de tragarse la nave… porque nada es tan

persistente y perverso como el Tifón, dicen algunos, y otros, que no hay nada tan impredecible y contra lo que más difícil sea planificar.

Sangmer también trajo a la Tierra a la misteriosa hija adoptiva de Polybiblios, que la mayoría admitía era menos humana que el Shen, aunque su forma era muy agradable.

La hija había adoptado el nombre de Ishanaxade —nacida de todas las historias— y reclamó la gens Deva de su padre.

De vuelta a la Tierra fueron recibidos por los Príncipes de Ciudad y hubo gran alegría. Aun así, los ritos funerarios ocuparon a muchas familias que lloraron a sus jóvenes perdidos.

Polybiblios se puso a trabajar en la alta torre del Primer Bión del Kalpa, y empleando sus conocimientos, Shen pronto ayudó a diseñar y forjar la Suspensión que protegió al nuevo sol y que durante un tiempo mantuvo el Caos a raya.

Sangmer no se quedó de brazos cruzados, sino que siguió con su inquietud, realizando otros viajes y estudiando, midiendo y desafiando al Caos, con lo que incrementó su fama, aunque esos viajes consumieron a más hijos e hijas de buenas familias.

Perecieron tantos jóvenes que Sangmer el Peregrino también fue conocido como el Matador de Sueños, un título del que no se sentía orgulloso y por tanto prometió partir a un exilio profundo entre los Sésiles, y no regresar hasta no haber estudiado Silencio durante una era.

Ishanaxade surgió de entre los curiosos que bordeaban la carretera engalanada para presenciar el viaje del penitente y se plantó ante él, allí donde cargaba con los discos de memoria de sus miles de compañeros perdidos, que casi lo doblaban por completo.

Nada tan hermoso como Ishanaxade, pero no es por eso que hasta este día sus imágenes están prohibidas o se han borrado; nada tan hermoso a los ojos de su padre, ni a los de los curiosos que la vieron compartir la carga de Sangmer y ayudarle a llevar los discos a la puerta de las Sésiles, donde el Silencio es paz.

Algunos dicen que fue en los Sésiles que sus líneas se entrelazaron por primera vez. Otros dicen que su amor comenzó en el viaje de vuelta de la

región Shen. Nadie se opuso a que un Restaurador tomase por esposa a Ishanaxade, porque pocos se atrevían a contrariar a Polybiblios, que había salvado a los restos de la humanidad y que había sancionado esta unión.

Tras su salida del Silencio, Polybiblios les asignó muchas grandes tareas, juntos y por separado.

Así fue, así será.

Tiadba cerró el libro y los jóvenes progenies se acurrucaron más juntos. De alguna forma, la historia había cambiado desde la última vez que la había leído… los detalles eran diferentes, o sus oídos se habían vuelto más sofisticados.

—No es una historia feliz, ¿verdad? —dijo Khren.

—Vamos a morir ahí fuera —afirmó Nico con pesimismo—. No lo comprendo, pero aun así quiero ir. Es un marrón total.

De pronto, a pesar del agotamiento, Tiadba sintió el súbito deseo de hablar de Jebrassy, de gritarles… que él *no* estaba muerto y que de alguna forma se les uniría, y que su presencia haría que esta marcha fuese diferente a todas las otras… Pero apartó la vista a un lado y se contuvo un poco, dudando que sus compañeros fuesen a creerlo o que se sintiesen confortados.

—Vamos a dormir —propuso.

Los jóvenes progenies soltaron aliento y colocaron las alfombrillas de dormir bajo los altos arcos oscuros.

TERCERA PARTE

TÉRMINO Y TIFÓN

60

Wallingford

Al principio, el hombre achaparrado y fuerte vestido con el traje de tweed se negó a decirle su nombre a Daniel. Podía actuar con altivez, para luego volverse bruscamente firme y enérgico, como si siempre hubiese vivido solo pero estuviese acostumbrando a mandar. El acento era difícil de precisar: inglés, como cockney, pero Daniel no era ningún experto.

Juntos se habían armado de valor y habían salido de la casa, dejando a Whitlow en el sillón, paralizado con un rigor entrecortado. Y ahora por todas partes se extendía algo similar a la salida del sol, una ardiente luz peltre pintada sobre las calles. El vecindario al norte se parecía a un collage demencial, franjas de luz y sombra tendidas sobre casas oscuras y prohibidas. La gente que salía a la calle parecía tener la intención de llegar a alguna parte, pero muy poco tiempo para hacerlo, y lo que era peor, lo hacían una y otra vez. Unos pocos parecían comprender vagamente su situación, como insectos atrapados en una resina que se endurecía. Todos excepto Daniel y el bruto achaparrado. ¿Y cuánto duraría su libertad?

—Un desplazador que no sueña —comentó el bruto entre jadeos roncos. Se esforzó por mantenerse a la altura al girar al este y en lo que en su momento había sido la calle Cuarenta y cinco, hacia la autopista. El aire resultaba arenoso—. Yo jamás te habría encontrado. Sin embargo, el señor Whitlow estaba preparado. Incluso sin los sueños él era capaz de sentir tu piedra. Ésa era su especialidad. Es irónico que no pudiese encontrar refugio… una vez que *ella* nos abandonó. —El bruto parecía encantado de sí mismo—. Sólo yo —resolló—. Cabalgando las últimas hebras. Tirando de ellas y aferrándome. Y tú, por supuesto.

—*Término* —dijo Daniel.

El bruto asintió, comprendía muy bien la palabra.

—El señor Whitlow lo llamaba así —dijo—. Nunca supe a qué se refería. ¿Dónde se detiene la vía ferroviaria? ¿Al final de la línea? Ahora no sé. Pero de todas formas, no me gusta. Es pegajoso. Retiene.

Daniel agarró con los dedos las dos cajas del bolsillo y bendijo la poca libertad que le ofrecían las piedras… a los dos. El bruto también contribuía, aunque Daniel no sabía cómo. Los dos parecían ser conscientes de que sin el beneficio de la presencia del otro, los dos se sentirían tan frustrados, estarían tan claramente condenados, como las figuras confundidas y desequilibradas con las que se cruzaban por las aceras y la calle.

—¿Quién es la Princesa de Caliza?

—La más alta de lo más alto, en mi oficio. Pero sinceramente… ni idea. Jamás la he visto. Es peligrosa, debes saber.

—¿La Polilla?

—Ah, la Polilla… así que *estaba* aquí. Tantos tronos diminutos para los servidores de la Reina. *Nunc dimittis*, digo yo. Dudo que te hubiesen matado, al ser un bicho raro. Probablemente quisiesen abrirte en canal, como a un perro ovejero.

Daniel gruñó y miró al frente. No le gustaba mirar atrás: la calle que tenían detrás no era la calle que habían recorrido. El tiempo, estimaba, rebotaba como un acordeón lanzado contra la pared.

Llegaron a una elevación por la que antes pasaba la autopista. Ahora sólo había una larga zanja enlodada flanqueada a ambos lados por casas vacías. En esta parte del vecindario, el acordeón cerrado había traído objetos materiales: casas y viejos coches de aspecto curioso. Pero nada vivo.

—No más gente —comentó el bruto.

—¿A qué te refieres?

—Dímelo tú, joven amo.

Era evidente que la autopista no estaba disponible y por tanto tendrían que ir por calles, tal y como estaban. Sería una caminata larga y difícil.

Miraron dentro de un coche, pero la maquinaria era un desastre. Todo parecía fabricado con ceniza fundida.

—¿Y tú qué eres, mi compañero de aventuras? —le dijo Daniel por encima del hombro, usando ligereza para ocultar el miedo—. ¿Mi mayordomo?

—Tu *guía*, joven amo, llevándote de vuelta a donde yo ya he estado. Está al sur de aquí… un almacén verde. Di una vuelta al edificio, sabiendo que *ellos* estaban dentro, pero no tenía nada que ofrecer y no tenía ninguna esperanza de entrar. Después de la tormenta, después del accidente… después de que la Reina huyese como una amante asustada y dejase caer la presa, supe que no se me permitiría entrar, por desesperada que fuese mi situación. Sin embargo, a ti te recibirán con brazos abiertos. Ahí es donde debes estar; no es que tú estés agradecido. —El bruto cerró los dedos gruesos—. Empeora. No me importa decir que…

Daniel levantó la mano y miró al otro lado de una larga zanja oscura donde había estado la Universidad de Washington; y allí, en cierta forma, seguía. Una estructura contraída negra y reluciente, como la antracita. Sólo algunos edificios parecían estar relativamente intactos.

El bruto siguió hablando.

—Bibliotecas —murmuró—. La Reina no puede tocarlas… todavía no. Pero los libros están revueltos. Pronto quedarán en blanco. *Después* ya no habrá protección.

Las casas más cercanas adoptaban un tenue brillo de translucidez, como si estuviesen talladas con un chorro de arena sobre el cristal. Otras estaban cortadas por la mitad, mostrando interiores revueltos… pero sin ocupantes.

Daniel dijo:

—Creo que estamos abandonando la zona donde puede existir la gente.

—Yo dudo que pueda comprender nada de eso, profesor.

Oírse hablar se había convertido de pronto en un extraño consuelo.

—¿Qué puedo ofrecer, qué *hago* yo por ti, me preguntas? —dijo el bruto—. Soy un ventajista. Hay desplazadores como tú, con sus piedras y todo, y los ventajistas. Los ventajistas tienen una musa: Tique. Una musa más bien modesta, pero es la nuestra. Ahora mismo, estoy trayendo a rastras

toda la buena fortuna que encuentro hasta nuestra vecindad inmediata. La verdad es que requiere esfuerzos. —Sonrió como un vetusto chimpancé—. Incluso con tu piedra, si te adelantas demasiado no puedo garantizar nada. Nos necesitamos, profesor.

Daniel empezó a moverse al sur… si ahora quedaban puntos cardinales en la rosa de los vientos.

—No soy profesor —dijo.

—Lo fuiste… una vez —dijo el hombre achaparrado—. Una parte de mi trabajo consistía en ser detective.

—¿Cómo te llamo entonces… Pinkerton?

El bruto rio.

—Con Max bastará, mientras decidimos si quiero quedarme por aquí contigo o simplemente darme el piro —se rio al sentir su desacostumbrada libertad.

Daniel señaló al sudoeste, hacia la zona donde el cielo negro era como una losa pesada sobre la tierra y la ciudad.

—¿Ves allí lo que yo veo? —La oscuridad oleosa era menos intensa, y si se concentraba podía distinguir una palidez actínica, de menos de la mitad que el grosor de su pulgar.

—Estuve allí antes —dijo el bruto—. El mismo glamur azul me permitió encontrarte.

—¿Qué lo provoca?

—Yo diría que las piedras. En el interior del almacén hay dos.

—¿Quiénes están ahí?

—Algunas mujeres. Dos desplazadores. Y una especie de coleccionista, aunque ya no es un servidor de nuestra Lívida Señora. Les va mejor que a nosotros, ciertamente mejor que a las otras pobres almas de aquí fuera. *Aun así…* yo no me atrevería a acercarme… sin ti.

—¿Por qué no?

—Recolecté a uno de ellos… lo pesqué como a una trucha, con todas las de la ley. No tendré una buena bienvenida. Oh, el señor Whitlow era *tu* hombre… no siento culpa por ti —dijo Max—. Pero el juego no importa. Nos abandonaron. —Resopló con asombro—. Creí que nunca podría

escapar. Creía que al final de mi servicio la Reina simplemente me lanzaría lejos como la ceniza de un cigarrillo, directamente al colector. —Adoptó una expresión de tristeza sin fin—. Imagino que hay más vidas en mi petate de las que imaginaba. *Aun así*… ahí, el almacén, la última oportunidad. Ellos *podrían* ser *tus* amigos, si te presentas adecuadamente. Incluso es posible que me acepten a mí en el paquete.

—¿Qué harás si llegamos hasta allí?

—Ser de utilidad. Como siempre.

—¿Les hablarás de mí?

—Oh, ellos te *necesitan*, profesor. Las sumadoras se atraen. Cuando llega el momento es difícil mantenerlas alejadas… es lo que solía decir el señor Whitlow. ¡No camines así! Ten piedad de un viejo.

Daniel redujo el paso. El camino era más que agotador. Podía sentir cómo se escapaba algo cuando caminaba con demasiada fuerza: oportunidad, destino, quizá la proximidad a la suerte duramente ganada de Max. Parecía posible que *efectivamente* se necesitasen. Por otra parte, también era posible que Max le estuviese haciendo creer tal cosa.

—Una ciudad tan triste —comentó Max—. Nunca pensé que llegaría a ver algo así. ¡Todo atrapado, condenado, todas las cuerdas acortándose! —Chasqueó la lengua. El rostro enrojecido, pelo corto y revuelto de punta por la sequedad, como un feo elfo de Navidad cargado de humor para helar la sangre. Luego—: ¿Desde aquí podemos llegar hasta allí? Tanta distancia, el aire es tan malo, difícil… —Se puso a toser de nuevo.

Con sudor frío en la frente, Daniel miró siguiendo la línea de la antigua autopista. No podían limitarse a ir caminando al sur; por ese camino las cosas estaban todavía más trastocadas, como bloques de hielo retenidos en un río congelado.

—Por aquí —dijo.

Fueron hacia el oeste, volviendo sobre sus pasos.

El resplandor peltre volvió y desapareció de nuevo.

Lo que quedaba de su parte del gran mundo —su pequeña porción de espacio y tiempo— se despedazaba rápidamente.

Llegaron hasta un puente enorme y largo, todavía intacto pero ondulante y fantasmal en la penumbra. Se pusieron a cruzar. Daniel miró por un lado. Abajo, el agua se había convertido en una neblina fluctuante, verde grisácea y ominosa.

—Este no es el que tiene el trol debajo, ¿verdad? —preguntó Max.

—Lo es —dijo Daniel—. El Fremont Trol. Hecho de cemento.

—No estés tan seguro —le advirtió Max—. Odio a los trols. Siempre los he odiado.

61

> Puedo informar de que nuestros dos rivales recientemente han realizado un esfuerzo para entrar en las listas con fuerzas unidas, y desafiarnos a la comparación de libros, tanto en peso como en número… ¿Dónde podemos encontrar balanzas con la capacidad suficiente para lo primero; o aritméticos suficientemente capacitados para lo segundo?
>
> JONATHAN SWIFT, Historia de una bañera

—¿Qué son realmente? —preguntó Miriam. Su mano flotaba sobre las dos cajas grises de la mesa—. Todo parece apuntar hacia ellas, todos parecen ansiarlas, pero no tengo ni idea de qué son y qué hacen.

—No es tanto lo que hacen como lo que *harán* cuando tengan la oportunidad —dijo Bidewell—. Posiblemente la mejor historia es cómo llegaron hasta nosotros, pero incluso así la explicación no es simple.

—Claro que no —dijo Agazutta.

Bidewell descorchó la segunda botella de vino que había salido del bolso de Miriam. Bidewell parecía disfrutar del vino. Sirvió a las damas, pero Jack y Ginny pasaron. A Jack nunca le había gustado el alcohol.

Bidewell propuso un brindis y las damas lo secundaron.

—Por la supervivencia a pesar de todo.

—Por la supervivencia —murmuró Jack, y alzó la mano vacía.

—Nos gustaría algo de certidumbre, Conan —dijo Miriam.

Bidewell giró el vaso, mirando atentamente el líquido rojo rotatorio. Por un momento Ginny sintió que se le nublaba la vista: vio pasar zumbando el

vaso y el vino.

—Hasta lo más pequeño deja su marca —dijo Bidewell—. Una verdad intuitiva. Podemos imaginarnos cómo todo deja su marca. En ocasiones las llamamos líneas de mundo. Pero las líneas de mundo fluyen dentro de otras líneas de mundo y en ocasiones se unen para crear una línea de observador, o destino. El destino de un observador unifica muchas líneas que de otra forma podrían no haberse tocado jamás, y eso crea dificultades… entrelazamientos.

»Lo más desconcertante es que no todas las líneas de mundo, ni siquiera los destinos, se remontan al comienzo. Porque la creación no siempre se inicia al comienzo. La creación es, o era, continua, y continuamente aparecían entidades nuevas, algunas de ellas dando a entender historias largas y complejas. Era preciso reconciliar esas nuevas creaciones y sus historias con lo que se había producido antes. Y fue así como Mnemosina se hizo necesaria. Tan pronto como apareció, un hecho de lo más asombroso, pero quizá sólo una ocurrencia posterior, ¿quién sabe?, se puso a trabajar. Encontró líneas perdidas, contradicciones entrelazadas y se puso a tejerlas de nuevo, reconciliándolas con el comienzo. Limpió y catalogó, colocando todo, digamos, en su estante correcto, una tarea monumental que sin duda todavía le queda por completar, pobrecita.

»La creación de lo nuevo siempre implica la destrucción de lo antiguo. No todo lo creado permanece en la creación. Algunas cosas se borran. Y por tanto, creo que Mnemosina debe tener ayuda, una fuerza hermana, que llamaremos Kali, aunque jamás la he visto, por suerte. Kali se deshace de lo que está suelto o cercenado, y que Mnemosina no puede reconciliar: objetos, personas, destinos.

—La cabeza me da vueltas sólo de pensarlo —dijo Miriam.

—¿Kali es tan blanca como la caliza? —preguntó Ginny abruptamente. Jack la miró.

—A Kali habitualmente se la representa como una vieja arrugada, la piel del color de la pestilencia y la muerte: negro —dijo Bidewell, observando atentamente a la pareja—. Pero en este papel puede ser pálida,

blanca como la caliza. Después de todo, retira el exceso de color y detalle. *Descolora*.

—No me creo ni una palabra —dijo Farrah.

A Bidewell el comentario le resultó divertido.

—Me gustaría disponer de ese lujo. Pero hace mucho tiempo descubrí que poseía una habilidad: podía liberarme, durante un tiempo, de todos los destinos y líneas de mundo con destino atrás que se estaban reconciliando. Podía ver con extraña claridad cosas que ya no eran. En mi juventud aprendí a observar las señales, aprendí a observar personas, lugares y cosas condenadas a medida que se desvanecían, a punto de convertirse en intrascendentes y aun así recordarlas con detalle. Tengo un buen ojo y una memoria de hierro.

—Una mente llena de basura inútil —comentó Agazutta, pero tenía los ojos lánguidos. Estaba disfrutando de la emoción de tantas posibilidades extrañas.

—En mi juventud, al principio fui opuesto. Intenté seguir objetos perdidos o desvanecidos hasta el momento en que comenzó su borrado… o hacia delante, hasta el momento de su creación. Descubrí que era una tarea imposible… aunque en una o dos ocasiones estuve peligrosamente cerca.

»Pronto comprendí que los últimos restos de las cosas perdidas podían encontrarse en los registros: en la Tierra, en las capas geológicas, por ejemplo, pero también en animales perdidos, niños extraviados, y en rollos de papiro. Libro. Textos de todo tipo.

»Mnemosina aprecia los textos sobre todas las cosas y se reserva su edición y reconciliación para el final, quizá para saborearlas. Y por tanto… empecé a encontrar libros que se le habían pasado a ella o a su hermana oscura.

62

Daniel tenía que descansar. La caminata entre tinieblas y confusión le había dejado sin energía, sin propósito o sin sensación de avance, y sin idea clara de dónde podrían estar en relación con la geografía trastocada de la ciudad. Tenía la horrible impresión de que podrían estar volviendo sobre los pasos que ya habían recorrido.

Hizo una pausa frente a una casa torcida y medio destrozada, para luego empujar una puerta medio astillada y sentarse en un banco de piedra de jardín, en un lugar que ya no se podía describir como jardín. Las plantas eran ahora objetos tristes de bordes marrones, a punto de morir, y las últimas flores se habían desbocado, convirtiéndose en masas cancerosas de pétalos marchitos.

El cuerpo de Daniel estaba repleto de un fuego apagado, que sospechaba sólo podía ser la química enfrentada a desplazamientos en las constantes físicas. Pronto simplemente dejaría de ser… al menos dejaría de ser un ser humano vivo. Casi podía sentirse apelmazándose y escapando a cualquier patrón razonable, multiplicándose más allá de cualquier posibilidad de vida, como las flores…

Se convirtieron en polvo en su mano.

Había perdido la pista del resplandor lejano. Regresó el brillo peltre, reemplazando el umbrío de la oscuridad. Altas formas desiguales y aserradas talladas contra el gris del sur… no eran montañas. No tenía ni idea de qué podrían ser.

Pero peor que todo…

Sintió un estremecimiento y alzó la vista. Max apareció como filtrándose en sus inmediaciones, más sonido y sombra que ser material. Él

también alzó la vista al sentir cierta sensación fría en el cráneo y la nuca.

La voz apagada del gnomo se abrió paso por entre el aire helado.

—Algo devora la luna.

Lo que hubiese difuminado las pálidas estrellas y arrugaba los vacíos entre ellas había dejado intacta la luna. Ahora, el elevado creciente de marfil se estaba volviendo de un rojo sangre, como clavado en la carne del cielo. Y alzándose al este —o más bien, floreciendo e hinchándose, ya que no había movimiento aparente en esa dirección— un anillo de fuego se arqueó casi de un cuarto de cielo al otro.

Dentro del anillo nadaba una enfermedad, una negritud turbia.

A Daniel le picaron los ojos como por las ortigas.

La luna ensangrentada se quemó, luego fluyó a lo largo del cielo como plata fundida iluminada por el fuego. Se extendió y se fundió con el arco de llama pulsante y chillona, hasta que no quedó nada.

—Allá donde miramos, el Ansia se traga el mundo. —Max se dejó caer sobre el banco, junto a Daniel, intentó tragar y se atragantó—. ¡Estamos en *su* territorio! ¡Qué Dios nos ayude!

El jardín se fue enfriando a medida que el arco de llama y su corazón oscuro se expandían.

—He estado aquí antes —dijo Daniel—. Salté en el último segundo para salir de aquí.

Max escupió y se limpió la boca.

Daniel palpó las cajas en el bolsillo.

—Podemos lograrlo. ¡Esfuérzate más! —Se puso en pie, agarró a Max por el brazo y le obligó a ponerse en pie.

El aire se había aclarado. En las sombras cada vez más profundas, teñidas pero no aliviadas por el arco de fuego, y encajados junto a la mole de los dos estadios —acero y paredes de cemento, tejados y arcos marchitándose como las hojas del jardín— Daniel volvió a ver el resplandor azul, tenue como una luciérnaga al otro lado del desierto. Señaló. Max alzó la barbilla reconociéndolo y volvió a limpiarse la cara con el pañuelo manchado de negro.

Avanzaron a trompicones.

63

Al calor de la estufa de hierro, Farrah y Ellen habían empezado a cabecear, escuchando la voz firme y monótona de Bidewell. Miriam y Agazutta permanecían totalmente despiertas, al igual que Jack y Ginny.

—Coleccionaba libros que reflejasen la tarea sin terminar de Mnemosina; en su mayoría volúmenes olvidados, textos que nadie había leído en mucho tiempo, ocultos en bibliotecas y muy a menudo en librerías de viejo. Cuando muchos leen un mismo libro, sus ejemplares son los primeros que deben reconciliarse. ¡Los best-sellers ofrecen pocas sorpresas! Asumo que si me hubiese convertido en buscador de fósiles, o en geólogo, habría podido encontrar rarezas similares. Pero siempre he sido un hombre de libros.

—¿Por qué son especiales los observadores? —preguntó Ginny, desviando ese lento y firme río de información hacia el tema que le interesaba más.

—Una línea de mundo simple… digamos, un átomo zumbando y vibrando por el vacío del espacio; sólo precisa tenerse en cuenta cuando se encuentra con algo más. Los observadores tienen ojos, orejas, narices… ¡dedos! Nuestros sentidos reúnen y atan líneas de mundo lejanas de una forma más compleja e inconveniente. Y por supuesto, hablamos, contamos historias y escribimos libros, transmitiendo conocimientos a grandes distancias. De nuestros padres, de una forma bastante mendeliana, heredamos parte de nuestros destinos, pero los destinos tienen poca relación con nuestros genes y más con adónde iremos, lo que veremos, oiremos, leeremos y aprenderemos. Como siempre, las palabras y los textos

complican la situación. Los textos son especiales… cualquier texto, en cualquier lenguaje, de hecho, el lenguaje en sí.

—Puedo comprenderlo —dijo Jack—. Cuando palpo el futuro… sólo sé de cosas que voy a experimentar. Luego intento desplazarme lejos del flujo de emociones negativas. Realmente no sé lo que hacen o harán otras personas. Sólo cómo me siento y un poco de lo que veré. Como si las emociones experimentadas por mis versiones futuras retrocediesen por las líneas de mundo.

Bidewell sonrió dándole la razón.

A Ginny le preocupaban problemas más inmediatos.

—¿Cómo es posible que la historia pase flotando? —preguntó—. ¿No serían trozos demasiado grandes? ¿Cómo pueden pasar unos junto a otros? Si están engarzados como cuentas… simplemente no lo entiendo.

—Unas preguntas excelentes. Se produce un corte a lo largo y ancho de destinos que han llegado a un extremo romo o deshilachado, en ocasiones uniendo fragmentos a lo largo de distancias y periodos de tiempo mayores, un «pasar unos junto a otros» como lo describes. Esos reordenamientos pueden quedar enlazados por los cordones o hilos sobre los que progresan en concreto tus cuentas.

—Así que todo acaba como un atasco.

—Eso parece. A nosotros nos han protegido los textos, hasta cierto punto. Pero sobre todo nos protegieron vuestras sumadoras, nos encerraron en una especie de burbuja, al menos hasta que el resto del mundo se disuelva. Entonces es posible que veamos horrores y maravillas a una escala horrible. —Bidewell dejó caer los hombros—. Todo eso queda más allá de mi comprensión. Me siento humilde.

—Por una vez —dijo Agazutta adormilada.

Bidewell se sirvió otro vaso de vino.

—Es la segunda hermana la que se ha vuelto bien loca. La descoloreadora, la borradora. Cercenada de todos los anclajes futuros, forzada u obligada, encargada de la búsqueda de todos los que portan esas piedras maravillosas. Ahora apenas podemos reconocerla y ya era más que

nefasta antes… pero siempre sirvió y ahora trabaja para que todo le sirva a *ella*.

»Vuestras sumadoras os han protegido contra el borrado… pero no protegen a todo el mundo. No protegen a todos los que conocéis y amáis. Voy a aventurarme a suponer que los dos sois huérfanos, y que ninguno de los dos ha logrado jamás dar con el registro de vuestro nacimiento, o de vuestra madre y padre, a los que recordáis con tanta claridad.

»A eso se dedican las sumadoras… os volvéis difíciles de encontrar, pero a cambio se os concede el talento de desplazar el destino. Con el tiempo, soñáis, os extendéis y conectáis con otros elegidos, presumiblemente muy lejos… al final del tiempo, como hemos oído. Eso he podido deducir, pero por supuesto, sigue habiendo muchos misterios.

Miró al vaso ya casi vacío.

Ginny siguió sentada, manteniendo un silencio conmocionado, intentando recordar a su madre, a su padre. Le tembló el labio al pensar que ella era su último registro. Todo lo demás… habría desaparecido.

—La segunda hermana… —dijo Bidewell.

Al otro lado del espacio del almacén se oyó un timbre chillón. Todos alzaron la vista. Bidewell cerró los dientes con fuerza —un golpe súbito y duro— y las venas se hincharon en sus sienes. Jack le miró fijamente. Era la primera vez que veía asustado al viejo.

Las mujeres adormiladas abrieron los ojos.

Nadie se movió.

—Las últimas personas de la Tierra estaban sentadas en una sala —dijo Miriam fríamente—. Llamaron a la puerta.

64

—No dejes que las damas vean que estamos nerviosos —le dijo Bidewell a Jack mientras recorrían los pasillos formados por las altas pilas de cajas—. No es del todo una sorpresa. Después de todo, sólo tenemos dos sumadoras… y creo que el mínimo son tres.

Jack le siguió a través de la puerta exterior y la rampa. Excepto por el Toyota de Ellen, el aparcamiento estaba vacío. Al otro lado de la verja se extendía una bandada de formas de polvo de carbón, fragmentos, y vapores que se extendían como pintura sobre el papel húmedo hacia lo que había sido la ciudad de Seattle.

Jack sólo podía ver con claridad un dedo manchado de ceniza que atravesaba la verja para darle al botón del timbre.

Bidewell bajó la rampa. Al llegar a la puerta, dos sombras se condensaron a partir de la mancha gris. Se detuvo, con las manos cruzadas, los codos fuera… renuente a decir o hacer nada. Jack bajó para colocarse junto al anciano. Los dos miraron en silencio.

Un rostro blanco y sucio —una cara de hombre, mayor que Jack pero no por más de una década— surgió de la penumbra, primero los ojos, luego nariz, mejillas, labios: rasgos blandos y regulares endurecidos por el miedo y el agotamiento… ojos penetrantes y rápidos.

—Veo a uno —dijo Bidewell—. ¿Quién es el otro? Avanzad, los dos.

Surgió una silueta más ancha y más baja que se situó junto a la primera: un hombre de más edad, pesado y fuerte, con un sucio traje gris de tweed. Jack gruñó y se echó atrás. Casi podía oler el pestazo a pájaros desesperados y niños asustados.

Bidewell entrecerró los ojos y dijo:

—¿Señor Glaucous? Ése es *usted*, ¿no es así?

—Déjennos pasar —gruñó la figura más baja—. Por los viejos tiempos, tengan piedad de nosotros. Necesitamos calor y descanso. ¿Es Bidewell, señor? ¿Conan Arthur Bidewell, anteriormente de Manchester y Leeds, París y Trieste? Por decencia, por todos los pesares que hemos presenciado, déjennos pasar. Acabamos de atravesar el infierno y traigo un hombre de valor… junto a noticias, noticias descorazonadoras, debo decir, ¡pero noticias!

Los labios del hombre más joven se estremecieron. Miró a su alrededor, como si midiese la verja de alambre, el muro, el almacén en sí. Sus ojos se clavaron en Jack.

—Soy Daniel —dijo—. Tenéis tiempo ahí, tiempo real, como en una burbuja… lo vimos destellar a kilómetros de distancia. Quizá sea radiación Tcherenkov.

—¿Sois amigos o compañeros? —preguntó Bidewell, sin moverse para abrir la verja.

—De conveniencia, quizá ninguna de las dos cosas —dijo Glaucous—. Por favor, Bidewell. Duele respirar. Hemos visto destinos y lugares apretados como carne picada en un pastel, peor a cada paso. Me temo que ésta ya no es su ciudad, ya no es nuestra Tierra.

Daniel se sacó una caja gris del bolsillo de la chaqueta. Abrió la tapa y mostró a Jack y Bidewell una chispa solitaria como el destello de un ojo en su interior. La nuez de Adán de Bidewell se agitó.

—Jack, sube la rampa, toca al lado de la puerta, a la derecha, y dale al botón que abre la puerta —dijo con voz quebradiza—. Me temo que el tercero ha llegado.

—¿Puedo pasar también? —preguntó Glaucous, recuperando con esfuerzo sus modales de pilluelo de la calle—. Puedo ser de ayuda. He traído lo que precisaban.

—Quizá —dijo Bidewell—. No es posible saber durante cuánto tiempo más podremos ofrecer hospitalidad.

—¡El mismo Bidewell de siempre! —Glaucous se entusiasmó y chocó las manos—. Le estamos agradecidos, señor. ¡Muchas historias, compartir

grandes historias sobre todos los tristes siglos perdidos! Eras gloriosas, en la medida en que puedan serlo.

—¿Le conoces? —le preguntó Jack a Bidewell, furioso y suspicaz.

—Le conozco —dijo Bidewell. Reunió toda la saliva que pudo y la lanzó en un flujo delgado.

Los ojos de Glaucous se hundieron como los de un tiburón. Apretó los labios y bajo la suciedad las mejillas se pusieron rojas.

—Señor —murmuró.

—Abre la puerta —le ordenó Bidewell—. No tenemos elección. Las piedras se han reunido, trayendo con ellas a quienes han querido.

65

La Torre Rota

La cálida oscuridad que rodeaba a Jebrassy se aclaró en una dirección, mostrando un brillante camino bordeado de verde. Lo recorría una figura blanca, una de las muchas personificaciones del Bibliotecario, sin rostro pero que ya no daba miedo. La personificación aguardó pacientemente a que Jebrassy se vistiese para luego hablar con esa voz familiar y elusiva, la voz que conocía desde siempre pero que no acababa de recordar.

—Vamos a lo más alto —dijo la personificación—. Te has recuperado y estás casi listo.

—¿Ella ha partido? —preguntó Jebrassy, vistiéndose más deprisa—. ¿Ya se ha iniciado la marcha?

La personificación hizo un gesto para indicarle que le siguiese y le guió por lugares oscuros y vacíos, brillantes y llenos, todos ocupados por muchas más figuras blancas.

Jebrassy tenía dificultades para comprender la arquitectura de la torre. Al alzar la vista, vio una especie de techo, pero podía hacer que el techo se elevase más, o menos, dependiendo de cuánto se acercaba al borde del camino y de cómo moviese los ojos. ¿Aquello de allá arriba eran arcos de soporte o formas que flotaban libres sin uso aparente… quizá decoración?

¿Estaba experimentando un sueño de otra naturaleza?

La personificación le guió durante lo que le parecieron varios miles de metros, un paseo agradable tras su sueño irregular y repleto de datos.

Se aproximaron a una pared curva, elevada y bordeada de altas ventanas, muy similar a la pared en la que se había visto inicialmente con el angelín. Ahora la personificación asumió un rostro… el rostro que Jebrassy

a partir de ahora identificaría como el del Bibliotecario, por incompleta que fuese la ecuación. El Bibliotecario parecía existir a todo su alrededor: disperso por toda la torre, distribuido entre las figuras blancas, dirigiendo a los angelines y probablemente a otros que todavía no había visto. ¿Las figuras blancas eran como piernas y brazos remotos… y los angelines más bien como sirvientes? Quedaba todavía tanto por aprender. Y sentía la frustración *de seguir* siendo incapaz de plantear siquiera la pregunta adecuada.

El Bibliotecario habló, empleando la misma voz de antes, pero arraigada… de alguna forma más real e inmediata.

—Has sido paciente, una cualidad que admiro.

—Ha sido fácil. Casi todo fue dormir.

—Te has recuperado maravillosamente —dijo el Bibliotecario—. Tanto que sanar. En una ocasión me causé a mí mismo una enorme herida. Luego dormí, simplemente para concederme tiempo de resolver un problema que nunca se había resuelto antes.

—¿Qué problema era? —preguntó Jebrassy, seguro de que la respuesta no tendría sentido.

—Cómo morirán el universo y las oportunidades que nos planteará esa muerte. En esa época no vivía en el Kalpa, sino al otro lado del universo, donde yo aprendía de otros maestros, no humanos pero muy naturales, aunque condenados… Se negaron a venir a la Tierra. El Caos los devoró. Y es por eso que estamos aquí, joven progenie. Acércate y echa un vistazo a lo que hay fuera de nuestra pobre ciudad.

Jebrassy se enderezó. Todo lo que había visto del Caos hasta ahora era el extraño rayo gris que recorría los ventanales.

Es posible que ella ya esté ahí fuera…

Se situaron uno junto al otro, casi a la misma altura, que apenas daba para mirar por la parte inferior de la ventana.

—Da miedo, pero no te hará daño… aquí no —dijo el Bibliotecario—. Ha cambiado a lo largo de las últimas vigilias… un cambio más fundamental que cualquier otro observado desde que rodeó el Kalpa.

Había una especie de horizonte… como la línea lejana del canal más allá de los Niveles. Pero allí donde el cel se habría difuminado en sombras, se alzaba algo más… un *cielo*. El cielo no tenía sentido: un montón revuelto de tela se arrugaba ardiendo con oscuridad, fuego púrpura, reduciéndose aquí y allá pero empezando en algún otro lugar, como carbones que se apagan.

—No le gusta que le miren —dijo Jebrassy.

—Una verdad fundamental. Al Caos no le gustan los observadores.

Bajo el horizonte y el cielo ardiente y arrugado, si se concentraba lo suficiente, Jebrassy podía distinguir un montón de formas, que podrían ser edificios lejanos y rotos, viejas ciudades, o quizá montones de piedra y escombros. No disponía de una escala para comparar… ¿cómo de grande, cómo de alto, cuántas formas dispuestas de forma tan extraña? ¿A qué distancia estaba allí entre «cielo» y «suelo»? No parecía capaz de enfocar los ojos… los detalles aparecían para luego desaparecer, tan elusivos como motas de polvo.

El Bibliotecario le agarró el hombro.

—Eso es lo que tu hembra verá pronto.

—Entonces, ¿ya ha partido?

—Y tú te unirás a ella. Pero primero debemos saber si hemos resuelto un gran problema. Contra ese problema, soy, siempre he sido, tan humilde e inquieto como una de las bestias de carga usadas en el sótano de los Niveles.

Jebrassy dijo:

—No sabes lo estúpidos que pueden ser los pedes.

El Bibliotecario se llevó el dedo a la nariz.

—En mi mundo, yo puedo ser *igual* de estúpido. Mira. Pregunta. Yo intentaré describírtelo y explicártelo.

—¿Cómo es de grande, allá fuera?

—En el Caos, la distancia es difícil de medir o estimar. Tal ha sido el principal obstáculo para vuestras peregrinaciones: cómo llegar de dónde creen estar hasta donde piensan que quieren estar.

—Parece confuso —dijo Jebrassy—. No está terminado… se ve incompleto. No quiere ser visto desnudo.

—Una estimación válida. Aunque no deberíamos adscribir nuestras motivaciones al Tifón. No son las mismas… si se puede decir que el Tifón tiene motivos. En los términos más simples, aplicables a nuestra experiencia dentro del Kalpa, miramos a más de mil kilómetros, de horizonte a horizonte. Allá abajo, mira a las regiones más cercanas de abajo, puedes ver un círculo gris y estrecho, que se extiende hacia fuera para formar un borde más ancho. Es posible que puedas distinguir una especie de laberinto y una pared baja.

Jebrassy siguió el dedo del Bibliotecario y vio una curva gris rodeada por lo que podía ser una mancha negra de pared, a dos palmos de las formas redondeadas y brillantes que había inmediatamente abajo: la palabra le llegó de inmediato, *biones*.

La torre se *alzaba*, desde el bión de en medio, que parecía dañado. Los otros dos biones parecían estar aún peor.

—Lo he visto antes —murmuró—. Mi visitante me lo contó. —Su rostro se contrajo por la frustración, pero el Bibliotecario pareció comprender.

—Sigue.

Jebrassy intentó completar la idea.

—Hay un lugar cambiante… creo que se llama la zona de las mentiras.

—Muy peligroso —dijo el Bibliotecario—. Allí muchos progenies han visto terminar su viaje antes de empezarlo. Tengo entendido que los Restauradores han mejorado vuestra educación y adiestramiento desde esos tiempos.

—Estás hablando de nuestras *vidas* —dijo Jebrassy.

—No hay necesitad de ponerse tenso. Dime que no te sientes atraído por lo que ves.

—*¡Me siento atraído!* —gritó Jebrassy, e intentó volverse, pero no pudo. Estaba fascinado. Lo *ansiaba*. Casi dijo en un susurro: siempre lo he estado.

—Yo tengo mis inclinaciones y tú las tuyas. Ahora mismo, estamos trabajando juntos, pero cuando salgas ahí fuera para unirte a tus compañeros, como has soñado, llevarás información que no posee nadie más. Información que podría ayudaros a sobrevivir y a triunfar. Y si no triunfas, entonces mi media eternidad de esfuerzo pasará, sin conclusión… sin resultado… un fracaso.

»Por tanto, todo lo que soy descansa en tus pequeños hombros, joven progenie. El Tifón absorbe el viejo universo, de principio a fin. Nuestro tiempo e historia se desmenuzan, se disuelven… mira por la ventana. El Caos está justo al otro lado del límite de lo real, aguardando.

Jebrassy se obligó a mirar más allá del paisaje curvo, oscuro y trastocado. Más allá de la zona de las mentiras, se alzaban grandes formas contra el Caos, difíciles de distinguir, como si estuviesen rodeadas de nieblas. *Defensores*.

—Sólo tres hilos nos conectan con el pasado roto que pronto caerá sobre nosotros: tu hembra, que pronto viajará al Caos; tú, y otro más, un ser obsesionado, obligado a abandonar todos los principios, al que importa poco cualquier forma de existencia, pero que debe *regresar*.

Jebrassy frunció el ceño, intentando recuperar un recuerdo esquivo de odio y piedad.

La personificación tocó el cristal de la ventana con un dedo blanco.

—Vuestras vidas y las de vuestros compañeros de sueño están ensartadas como cuentas en las últimas hebras del cosmos… destinadas a chocar. Si todo sale bien, esa colisión se producirá en Nataraja. Allí iréis… a donde han intentado ir todos los exploradores. No hay ningún otro destino.

»Debéis triunfar donde Sangmer fracasó.

Jebrassy pensó en los libros e historias a los que les había guiado Grayne.

—Tú pusiste los estantes en los Niveles… ¿no es así? —preguntó.

—Uno de mí —dijo la personificación—. No hace mucho tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Jebrassy, desafiante.

—Y si digo cien millones de vigilias… ¿podrías contarlas, recordarlas todas, incluso comprender de cuánto tiempo hablo?

Jebrassy intentó un desafío de miradas. Al final, apartó la vista.

—No —dijo.

—Estamos adaptados a nuestro tiempo y a nuestro espacio. Incluso esta personificación apenas puede concebir cien millones de vigilias sin ayuda externa, así que no sientas vergüenza. Y sucedió mucho antes.

66

El límite de lo real

Siempre iba a hacer esto mismo.

Siempre haría esto mismo.

Tiadba había querido unirse a una marcha mucho antes de conocer a Jebrassy; mucho antes de que Grayne le hubiese conminado a reclutar al joven guerrero progenie, mucho antes de enamorarse. Y mucho antes de perder a su guerrero.

Y aquí estaba, ataviada con una flexible armadura de color naranja, sin sentir miedo, sólo el dolor de la pena y la soledad que jamás la abandonarían… y la comprensión de que para esto la habían creado.

Para abandonar los Niveles, la ciudad en sí, y atravesar el límite de lo real, más allá del alcance de los grandes generadores del Kalpa.

Atravesar el Caos y ver qué hay al otro lado.

Pahtun llevó a Tiadba y a Khren a un lado y les dijo que eran los líderes del grupo.

—Os acompañaré hasta donde me sea posible. Pero no pasaré de la zona de las mentiras. Debo regresar. La batalla final ya está aquí.

Tiadba miró a Khren y comprobó que asimilaba con seriedad las palabras del adiestrador. No quedaba ni rastro del bufonesco amigo de Jebrassy. También él había estado siempre destinado a esto. Se preguntó si todos los progenies habrían sido creados para lo mismo.

Ayudados por los cuatro escoltas, los exploradores se prepararon para sacar el pequeño carro con ruedas que cargaba con las sajas y los dos generadores portátiles.

Pahtun se puso en pie y repitió lo que había dicho antes, tan a menudo que en cierta forma resultaba familiarmente tranquilizador.

—La baliza del Kalpa es perpetua. Por su pulso siempre sabréis dónde está la ciudad. Hay momentos en los que el Testigo parece interferir con la baliza, quizá deliberadamente, pero si insistís recuperaréis la señal. Todos vuestros trajes pueden hacerlo. No debéis enviar *jamás* ninguna comunicación a la ciudad, nunca… no debéis alertar al Caos de vuestra presencia. Hay vigilantes, de todo tamaño y fuerza, siempre cambiante pero constantes en su vigilancia. El Caos está famélico.

Khren se situó junto a Tiadba y la miró a través del panel delantero de color dorado.

—Y ahora… ha llegado la hora de indicaros vuestro destino —dijo Pahtun—. Es el destino de todos los peregrinos desde la época de Sangmer: el único otro punto de la Tierra donde la racionalidad sigue gobernando y donde podría haber ayuda para el Kalpa. Es la ciudad rebelde llamada Nataraja. Allí, si todo va bien, entraréis en contacto con aquellos que todavía siguen libres del control del Tifón. Cooperaréis con ellos y les diréis lo que sabéis, y seguiréis sus instrucciones. Creedme, jóvenes progenies, si pudiese ir con vosotros, iría.

Tiadba tocó el morral que contenía la bolsa de libros.

Pahtun parecía nervioso, incluso como si se sintiese culpable. Repetía sus instrucciones.

—Nadie sabe lo que os espera. Vuestras armaduras poseen protección reactiva… pueden aprender más rápido que vosotros y harán todo lo que puedan para adaptarse y protegeros de las perversiones del Tifón. Vuestros visores convertirán lo que pase por radiación a fotones que podáis ver, y no os dañarán. En ocasiones no lograrán encontrar nada que sepan convertir, y por tanto veréis oscuridad y aproximaciones basadas en sucesos recientes. Cuanto más cerca estéis como equipo, más podrán comunicarse y coordinarse los trajes. Es mala idea separarse o dispersarse demasiado, pero aquí es difícil estimar las distancias incluso disponiendo del mejor equipo.

»Podría haber tentaciones. Los vigilantes intentarán haceros desactivar los generadores o que os quitéis las protecciones. Si sus tentaciones os

resultan irresistibles, ya no seréis progenie, sino que os convertiréis en parte de la anarquía del Tifón: una atrocidad como la que se encuentra por todo el Caos. Y algunos de los que han fracasado, incluso los mejores, los más valientes, los usa el Tifón contra el Kalpa.

Pahtun se esforzó por encontrar palabras.

—Es posible que los Defensores fallen y perdáis la baliza guía. En ese caso la última opción es la destrucción. La armadura os proveerá de esa misericordia.

El traje de Tiadba ya no le escocía ni le rozaba. No podía sentir su piel, las zonas peludas que se habían apelmazado en algunos puntos y que escocían parecían haberse calmado. Sin duda la armadura se estaba ocupando de todas sus sensaciones, y quizá pronto ella se convirtiese en un simple traje y dejase de ser una criatura viva.

¿Qué pensaría Grayne al verles ahora? ¿Cómo podrían haber estado mejor preparados, mejor educados?

—Hay que moverse —dijo Pahtun tocándose el hombro con una mano. Los cuatro escoltas se envararon y sostuvieron los cayados—. Tenemos una corta abertura y hay que atravesar la puerta antes de que se cierre.

Empezaron.

Las mitades de los cascos de los exploradores colgaban de sus cuellos siguiendo el ritmo de los pasos. Sus botas producían golpes bajos y planos. Juntos, sonaban como pedes de granja recorriendo tierra seca y dura.

Caminaron durante largos kilómetros bajo el inmenso arco central, un lado iluminado por la luz de vigilia del lejano cel, el otro… no. La calidad del sonido cambiaba de una forma difícil de describir. Tiadba había pasado toda la vida en los Niveles, escuchado el zumbido de las voces y sus ecos, todos los progenies hablando, moviéndose, *pensando*. Ahora todo era un silencio pétreo, que reemplazó una nueva tonalidad: carencia, ausencia, privación, solitaria pero de alguna forma orgullosa… y más antigua de lo que cualquiera de ellos podía concebir.

Los Niveles siempre habían estado apartados dentro del Kalpa, más bajos que cualquier otro piso, pero especialmente *diferente*. ¿Cuántos

exploradores habían realizado ya este mismo viaje, tan asustados como ellos, tan solitarios y alejados de todo lo que habían conocido?

—Estad tranquilos —dijo Khren.

Kilómetros por delante… cientos, miles. ¿Quién podía saberlo?

Abandonamos los Niveles para siempre.

Entramos en el Caos.

Tiadba no sabía decidir si sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra o aquí el aire era más claro, pero de pronto podía distinguir formas regularmente cuadrangulares alineadas a cada lado del arco, más altas que los bloques más altos de los Niveles.

—¿Qué son? —preguntó, en voz baja. Aquí le parecía que era todavía más importante manifestar respeto.

—La línea interior de generadores de realidad —dijo Pahtun—. Se activan si fallan los exteriores.

El terreno era desigual, roto por hondonadas periódicas, como si se hubiese combado bajo una presión asombrosa. Aquí y allá, cicatrices y raspaduras paralelas marcaban la superficie por lo demás lisa. Quizás intrusiones que hubiesen pasado por este camino hubiesen tocado el suelo… y hubiesen ardido.

Por delante Tiadba podía distinguir el borde lejano de la bóveda y algo más… una barrera lentamente trémula.

A medida que los minutos de paseo se convertían en hora, el rielar no pareció acercarse. Aun así, Tiadba no perdió las energías. El efecto del traje era vigorizante, eléctrico. Recordó las palabras de Grayne en su último encuentro.

Podrías caminar durante miles de kilómetros del terreno más desigual y agreste y, sin embargo, seguirías estando fuerte y en buen estado. Será la culminación de todo lo que eres, la aventura de una vida. Os envidio.

Tras docenas de kilómetros y horas de marcha, la bóveda oscura de arriba seguía pareciendo infinita. Después, un cambio. El titilar parecía encontrarse claramente más cerca. A pesar de sus dudas, no pudo evitar

sentirse emocionada. *El cielo. Pahtun dijo que nos preparásemos para el cielo*.

—Cascos. Bien sellados —ordenó el segundo escolta.

Tiadba miró a su alrededor, respiró hondo. El aire —el último aire *privilegiado* de los Niveles— ya estaba horriblemente frío. Se formaba escarcha alrededor de su labio inferior y de la nariz. Luego, como un solo ser, las dos mitades de los cascos, que hasta ese momento habían permanecido tendidas sobre los hombros como cascaras de frutas vacías, se levantaron y se sellaron emitiendo un silbido que le hizo estallar los oídos. La cabeza se calentó y la visión se hizo más clara. El rielar que tenían delante adquirió una vida y destellos que no había apreciado antes.

—Maravilloso —dijo Perf—. No tengo las orejas frías.

Pahtun les hizo parar. Los escoltas se alinearon tras ellos, como si pretendiesen evitar la huida.

Ellos no lo comprenden. Pahtun sí lo entiende… esos otros no, ¡para nada!

Los exploradores se agitaron inquietos. Se encontraban en la cresta de una hondonada especialmente alta situada en la base exterior del Kalpa.

De pronto, el rielar se situó directamente frente a ellos, para luego abombarse hacia dentro, como si quisiese echarles. Los escoltas alzaron los cayados. Pahtun se inclinó.

—Esperad —dijo el adiestrador—. No entréis. Dejad que os encuentre.

Khren miró a Tiadba a través del visor. Lo que Tiadba pudo ver de su cara se mostraba tranquilo, resignado.

—Esperad —les advirtió Pahtun una vez más. Los progenies se encogieron dentro de las armaduras, como si fuesen a atraparlos para comérselos.

El titular no se movió, pero de pronto lo tenían detrás. Lo habían atravesado sin dar ni un paso, y ahora por delante veían más kilómetros de terreno desigual, y más allá, un muro tachonado de formas enormes: los Defensores.

La línea final de los generadores exteriores de realidad.

Más allá de esas altas formas difuminadas se encontraban las tierras medias, la zona de las mentiras. Tiadba miró directamente hacia arriba. Habían salido de la bóveda. El cielo se alzaba sobre sus cabezas.

El cielo abierto.

Capturó la impresión de interminables cortinas que caían, colores inquietos que era incapaz de aceptar o procesar; en realidad, no eran colores, y probablemente tampoco fuesen movimiento. De pronto los ojos no podían enfocar. El cielo les hacía esforzarse como no habían tenido que esforzarse nunca antes.

—No debéis verlo todo a la vez —dijo Pahtun—, ni siquiera a través de los visores. Mirad hacia abajo. Cerrad los ojos si os hacen daño.

Los ojos le hacían daño —querían hundirse en las cuencas y mirar hacia el cráneo—, pero Tiadba no bajó la vista, no los cerró. Había esperado este momento desde hacía demasiado tiempo. Giró sobre las botas y miró a la inmensa y curva masa exterior del primer bión, luego a izquierda y derecha, intentando comprender las dos enormes y oscuras formas: las dos partidas y rotas… parcialmente en ruinas.

El Kalpa… lo que quedaba de él.

Algo por encima entró lentamente en su campo de visión, elevándose y alejándose del primer bión: una cinta curva de doloroso fuego, rojo y púrpura al mismo tiempo, rodeando una nada oscura y devoradora, carente de pensamiento y vida. La boca de Tiadba quedó abierta y respiró entrecortada. Fue instantánea y evidentemente erróneo… tan extraño como para empujarla más allá del miedo.

—¿Eso es el *sol?* —preguntó.

—Depende de lo que quiera decir con «sol» —dijo Pahtun. Tenía la vista fija en el suelo—. Ciertamente ya no es el sol que *nosotros* creamos.

Tiadba planteó su segunda pregunta… en nombre de su visitante:

—*¿Dónde están las estrellas?*

—Hace tiempo que desaparecieron —respondió Pahtun.

Durante todas sus vidas habían estado protegidos por la luz cálida y limitante del cel, apenas variando a lo largo de su agradable y tranquilizador ciclo de vigilia y sueño… pero ya no. Lo que se encontraba más allá de las

murallas y sobre la ciudad era majestuoso pero también cruel, egoísta, sin producir luz sino algo que las caras transparentes de sus cascos debían *traducir* para darle algún sentido.

El Caos.

—Esperad —les advirtió Pahtun una vez más mientras examinaba el suelo. Tiadba no tenía ni idea de a qué esperaban ahora. ¿Qué podía ser más extraño, más desconcertante?

Algo descendió, a pesar de que ellos todavía se hallaban dentro del límite de lo real… descendió y despreocupadamente intentó hacerles a un lado, como quien aparta insectoletras de la mesa. Cuatro de los exploradores gritaron a la vez, para luego caer y rodar a un valle poco profundo entre las ondas de cimiento, intentando ocultarse. Khren y Nico se pusieron de rodillas y se aferraron, dejando a Tiadba sola junto al adiestrador, la única que todavía miraba a lo alto.

El cielo —lo que en su día había sido el cielo— parecía saber que lo observaban. Intentó entrar por sus ojos, atravesar su mente, subvertir todo lo que la definía como progenie… como observadora, como pensadora, como ser independiente.

Se niega a ser comprendido… ciertamente no se dejará dominar.

Lentamente Tiadba bajó la vista hacia el suelo desigual y roto, para luego parpadear, por voluntad propia. De alguna forma se había enfrentado a lo que había sobre el Kalpa, enfrentándose hasta el empate.

Pahtun observó a la joven progenie con aspecto renovado. El esfuerzo de Tiadba le provocó algo de satisfacción y su lenta recuperación le causó interés profesional.

—No ha sido más que el principio —dijo—. No hay forma de prepararos. Ninguna forma.

Se acercaron a la línea externa de generadores: elevados y estrechos monumentos que lentamente se deslizaban por el perímetro: blancos, relucientes e indefinidos, como altos gigantes de vidrio rodeados de niebla.

Las formas enterradas dentro de esos obeliscos se movían con lenta deliberación, como si siguiesen fuerzas externas.

Entre los generadores había una oscuridad neblinosa rota por un laberinto de paredes bajas, que a un progenie apenas llegaban por las rodillas. Tiadba no podía creer que esos muros pudiesen evitar la entrada de nada.

Pahtun y los escoltas acompañaron a los nueve progenies por los últimos ocho kilómetros de la muralla interior. Aquí las distancias todavía tenían sentido: a cien kilómetros del campamento de adiestramiento, allá en el canal de drenaje.

Habían aprendido a mantener la vista fija en el horizonte oscuro y gris, y a no alzarla a menos que fuese necesario.

—Antes había siete biones en el Kalpa y doce ciudades en la Tierra —les contó Pahtun con voz que en sus cascos sonaba clara. Caminaba por delante sobre la superficie dura, repleta de hendiduras y grietas, con botas que levantaban nubes de polvo que de alguna forma había acabado formando dunas diminutas. El polvo cubría el cimiento antiguo como si fuese una ceniza final… quizá fuese ceniza—. Los generadores de realidad funcionaron durante millones de años protegiendo todos los biones. Luego… una guerra. El Caos se llevó los restos. Ahora sólo quedan tres biones… y pronto, quizás sólo dos o uno. En vuestros libros encontraréis el resto de la historia, jóvenes progenies. Cómo los Asures, los Devas y los Eidolones lucharon entre ellos, y las ciudades se sacrificaron a su estupidez de dioses.

—¿Qué es un dios? —preguntó Khren. Nico, Shewel y Denbord iban a la izquierda de Tiadba, Khren y Macht a su derecha. Perf, como siempre, iba rezagado con Frinna y Herza.

Nadie respondió.

—Pensé que un Alzado lo sabría —murmuró Khren.

Tiadba no sentía ni hambre ni dolor, apenas sentía el agotamiento de caminar durante kilómetros sobre una superficie antigua y muerta. Empezaba a sentirse más allá de cualquier dolor o preocupación real, toda emoción excepto la curiosidad, que jamás le había fallado. Si Jebrassy

estuviese aquí, sentiría tanta curiosidad como ella y estaría tan deseoso como ella de saber qué había más allá del límite de lo real.

Su única esperanza de libertad, habían creído, se encontraba más allá del Kalpa, lejos de la rigidez de la historia y la tradición. Los libros, su adiestrador, el propio cielo, todo contaba una historia diferente. Una vez más se les estaba usando. Como habían sospechado siempre, no eran más que herramientas, un medio para obtener un fin. Aun así, Pahtun parecía preocupado de su bienestar. Ahora que el adiestramiento casi había concluido, su impaciencia se había convertido en una instrucción paciente de detalles de última hora. Se repetía muchas veces, cosa que irritaba a Tiadba, pero al mirar a los otros progenies comprendía que esas repeticiones eran necesarias. Sobre todo en el caso de Herza y Frinna, que jamás preguntaban. Había una razón para contarles las historias una y otra vez. ¿Cómo si no podrían sobrevivir en el Caos?

—Las tierras medias son las más difíciles —dijo Pahtun por enésima vez—. Hay una razón para que la zona de las mentiras se llame así: se pueden producir intrusiones en cualquier momento. Debéis atravesarla con rapidez. Si el Caos lanza un ataque en el sector por el que pasáis, la batalla entre los generadores del Kalpa y la intrusión creará intensos remolinos de espacio y tiempo fracturados, casi invisibles y mortales. Si os quedáis atrapados en uno de ellos, jamás llegaréis al límite de lo real. En esta región vuestros trajes no estarán totalmente activos. Escuchadles… os indicarán cuando hay una intrusión, y sus efectos, cerca, y si vuestras percepciones, o decisiones, están alteradas.

Las palabras habladas les llegaban directamente a los oídos… pero resultaba difícil hacerse a la forma de comunicarse de las armaduras. Rara vez empleaban palabras habladas. Lo habitual es que ellos simplemente «supiesen qué hacer». Tiadba no estaba segura de si le ofendía esa sutileza. Ciertamente podría resultar útil más allá de las puertas y el límite de lo real, aunque Pahtun y los otros escoltas les habían advertido que los trajes no podían saberlo todo.

Pahtun dijo:

—No subestiméis vuestros instintos… sois *observadores*, creados con materia antigua, y los observadores son primarios, incluso en el Caos. El Tifón envidia vuestros sentidos. Tal es el primer principio: ahí fuera, mirar, percibir, es ser *odiado*. Más tarde, cuando hayáis adquirido experiencia directa del Caos, aprenderéis a confiar cada vez más en vuestro propio juicio sobre todas las cosas. Pero al principio, y ciertamente en la zona de las mentiras, confiad en vuestros trajes.

—¿Cómo es posible que algo dentro del límite sea peor que lo que hay fuera? —preguntó Nico.

—No es peor… simplemente traicionero —dijo Khren—. Como que te muerda un pede domesticado. No lo esperas.

—Oh —dijo Nico.

—Un pede de prado me mordió una vez. Le pisé la cola —dijo Shewel.

—Los pedes son todo cola —dijo Perf.

—Éste era todo dientes. Casi pierdo un dedo del pie. Todavía me duele cuando camino mucho. —Tras el visor la piel de Shewel relucía pálida.

Pahtun redujo el paso para que Tiadba se pusiese a su altura, y luego ajustó la voz sólo para su casco.

—Algunos exploradores se sienten traicionados —dijo—. Creen que el Kalpa los envía al Caos para morir o algo peor… sin razón. No importa lo que les digan los adiestradores. Quizá sean los libros que encuentran en los Niveles. Esa forma de pensar es un mal comienzo.

Tiadba no sabía cómo responder, así que siguió mirando al frente.

—Lo que resulta más asombroso para los adiestradores es que incluso cuando los exploradores empiezan mal, si superan la zona de las mentiras parece irles bien, en la medida en que se puede saber desde la Torre Rota. Es cierto, joven progenie, estáis hechos para el Caos.

—Pero no regresa ninguno —dijo.

—Quizá lleguen a su destino y allí las cosas sean mejores… para los progenies. Si pudiese, me uniría a vosotros e iría a mirar. ¿Me crees al decírtelo?

Parecía importarle la respuesta. Tiadba le creía, pero no quería ofrecerle la satisfacción de decírselo. Después de todo, los suyos habían dejado morir

la ciudad, habían permitido el avance del Caos, habían permitido las intrusiones… y le habían quitado a Jebrassy sin que pudiese saber por qué.

Recorrieron más kilómetros y llegaron a una fila de pilares cuadrangulares y grises, cada uno de unos treinta metros de alto y tres de grueso. Por lo que podía ver, se extendía en ambas direcciones perdiéndose en la distancia… decenas de kilómetros.

Los exploradores se congregaron alrededor de un pilar.

Pahtun lo tocó.

—Marcan el límite exterior de la vieja ciudad, antes de las Guerras de Masa y el Caos. En esa época el Kalpa era enorme… mayor de lo que soy capaz de imaginar. Las tierras medias se encuentran a tres kilómetros de estos pilares. Os acompañaré unos cientos de metros al interior de la zona y luego nos tendremos que separar.

Pahtun permaneció un momento con la mano contra el pilar. Luego se enderezó y siguió caminando.

—Tiene miedo —dijo Khren al acercarse a Tiadba.

—Puede oírte —le recordó.

—*Yo* tengo miedo —dijo Khren, y se llevó el dedo al visor, como si fuese a tocarse la nariz—. Pero también me siento emocionado. ¿Qué significa esa coincidencia?

Los otros se llevaron los dedos a los visores, y Nico extendió los brazos, plegándolos como las alas de un guardián, y bailó sobre la planicie polvorienta y rota. Sus botas —como todas las botas— estaban cubiertas por el polvo ceniciento.

—Quizá nos estemos volviendo *aaarp* —dijo Perf—. Lo que lo explicaría todo. Ni siquiera hemos llegado allí y ya estamos rotos.

Era posible que Pahtun y los escoltas estuviesen escuchando, pero se limitaron a seguir caminando hasta que la línea negra y baja que veían desde hacía un rato se convirtió en una lustrosa pared negra, con un estrecho hueco cortado a través, apenas del ancho para permitir el paso de un progenie.

—¿Todos los exploradores pasan por aquí? —preguntó Khren.

—No —dijo Pahtun—. Esta puerta se abrió hace unos minutos. El Kalpa ha escogido el camino más seguro… por ahora.

—¿Nos sigue alguien desde la torre? —preguntó Perf.

Tiadba sintió el impulso súbito de mirar por encima del hombro. Supo —súbita y completamente— dónde estaba Jebrassy. Estaba en la torre… pero no miraba.

No era preciso darse la vuelta. No era en absoluto preciso mirar. Tiadba había terminado con la ciudad. Jamás regresaría.

Pero no había terminado con Jebrassy. Ni él con ella.

Vendrá. Pero, para cuando llegue, es posible que a Jebrassy ya no le importe.

—Venga, *calla* —dijo por lo bajo.

—Lo siento —dijo Perf.

—No te hablaba a ti.

Pahtun se puso de lado y se metió como pudo por el hueco. Tiadba le siguió. Les siguieron todos los demás, con las armaduras rozando la superficie interior con un misterioso zumbido rápido. Una vez pasaron todos, Pahtun los volvió a reunir y miraron a la zona de las mentiras: gris, desigual, rota; formas imprecisas y bajas que seguían el horizonte.

—La atravesaréis con rapidez. Yo os acompañaré hasta donde pueda, pero luego estaríais solos. La siguiente barrera es otra muralla baja, de la altura de vuestras rodillas: indica el límite de alcance de los generadores del Kalpa. Es el límite de lo real. Y justo más allá veréis lo que parece una enorme puerta que os da la bienvenida, pero no la atraveséis. Es una trampa; se alza allí donde los observadores quieren cruzar. Una bienvenida tifoniana; si la atravesáis, estáis perdidos. Os llevará directamente a los Silentes.

Tiadba vio a Khren formar la palabra *Silentes* con la boca. Tenía los ojos bien abiertos.

Tiadba alzó la vista el tiempo justo para ver una afilada cinta gris que se arqueaba sobre sus cabezas y comprendió que el Testigo seguía haciendo girar su rayo sobre el Kalpa y el Caos. Con cada barrida, el rayo daba con la Torre Rota. El Testigo buscaba a alguien —a Jebrassy—, siempre le había

buscado. Pero por qué iba a importarle al Testigo, cómo *podría* importarle, y por qué Jebrassy podría estar allí en lugar de aquí, era algo que su nada de fiar voz interna no era capaz de explicar, y por tanto no lo sabía y se negó a seguir teniéndolo en mente.

—¡Ahora, seguidme! ¡Corred! —dijo Pahtun, y echó a correr dando ejemplo. Los cuatro escoltas se quedaron atrás, arrodillados y sosteniendo los cayados en gesto de saludo.

Los progenies hicieron lo posible por mantenerse a la altura, pero pronto el adiestrador estuvo muy por delante. Tiadba apenas podía verle, trepando sobre restos rotos, luego poniéndose en pie y mirando por encima de sus cabezas… alzando los brazos. Vio algo… pero Tiadba sabía que Pahtun no debería estar allí inmóvil.

Una advertencia…

Una oscuridad cubrió el cielo, y de los biones, bien atrás, surgió un sonido como de una odiosa sirena que iba de agudo a grave, como un canto fúnebre afilado y rugiente… un ruido que le ponía los pelos de punta y le hacía rechinar los dientes. Corrió con más rapidez y empujó contra Khren y Nico, los dos corriendo para salvar la vida, pero no tan rápido como Herza y Frinna, saltando sobre piedras elevadas, montones de piedra inferior negra y gruesos depósitos de ceniza que te absorbían lentamente.

La oscuridad cayó. Durante un instante Tiadba se preguntó si el Kalpa les estaría protegiendo, bloqueando el horrible cielo, distrayendo a los que les estuviesen buscando para tentarles. Pero luego se dio cuenta de que la oscuridad venía de fuera, no de dentro, ondulando hacia los biones en forma de olas lentas y oleosas.

Una intrusión. Como la que nos separó y dañó los Niveles… como la que se llevó a los patrocinadores de Jebrassy. ¡Nos lo advirtieron!

Se encontraban a pocas docenas de metros de Pahtun, todavía alzándose sobre un alto bloque de piedra gris con los brazos extendidos, haciéndoles gestos frenéticos.

—¿Qué le pasa? —gritó Khren.

—¡No os paréis! —aulló Tiadba—. ¡Seguid corriendo! ¡Cruzad la zona!

La ciudad contraatacó. Una luminosidad talló el paisaje con patrones simples y desiguales de blanco y negro… no de gris. La oscuridad sufrió un espasmo. No se atrevieron a alzar la vista, pero Tiadba miró de lado al bloque de piedra, a Pahtun, y le vio atrapado en un remolino ardiente de naranja y negro vacío. Vio cómo su armadura se abría y se separaba en fragmentos trémulos. Pahtun se liberó de los últimos pedazos, para luego alzarse desnudo sobre la roca, y Tiadba contempló —durante un instante que jamás olvidaría— la verdad desvestida de un Alzado: demasiado liso, demasiado desnudo y sobre todo demasiado vulnerable.

Y a continuación Pahtun se fue. Una nube de chispas se elevó desde el bloque y se alejó.

Tiadba contuvo un gemido y siguió corriendo, con la cabeza gacha, con ojos que le quemaban por la vergüenza y el miedo.

Dio la impresión de que sólo unos pocos pasos duros después llegaron hasta la muralla baja descrita por Pahtun: el perímetro exterior. El límite de lo real. La saltaron sin apenas pensar.

Alzándose ante ellos, donde antes no había habido nada, contemplaron una espléndida puerta arqueada, cubierta de figuras monumentales, todas progenies, reproducidas con alguna hermosa sustancia dorada, sonriéndoles y dedicándoles una bienvenida congelada: la puerta extendiéndose y rompiendo a través del flujo de oscuridad de guerra y las oleadas defensivas del Kalpa.

Los nueve exploradores se congregaron alrededor de la base del arco, metiéndose entre rocas rotas y desiguales —rocas por todas partes, grandes y pequeñas— y luego, agotados, se metieron en una depresión y se juntaron unos contra los otros, abrazándose y temblando.

El gemido de la sirena se convirtió en un quejido y luego desapareció.

Silencio.

Tiadba lloró. Herza y Frinna murmuraron plegarias. Shewel y los otros machos estaban inmóviles, pero sus ojos no dejaban de mirar a las sombras rotas. La depresión era pequeña pero parecía buen refugio; al menos, no se abrió como una boca para devorarlas, como cabía imaginar sin problemas después de todo lo que les habían enseñado.

Habían sobrevivido a la zona de las mentiras. Sus armaduras los ocultaban con bastante efectividad, algo que Pahtun no había logrado. El se había quedado atrapado en las defensas de la ciudad contra la intrusión, como les había advertido que podía pasar… o eso conjeturaba Tiadba.

Se sacrificó. Por nosotros.

De pronto esa idea le afectó profundamente. Ahora, si debían creer a su adiestrador —casi podía oír la sonora voz de Pahtun— no debían quedarse donde estaban. Pero tampoco podían moverse; la parálisis les atenazaba mientras intentaban buscar entre lo que les habían enseñado, lo que las armaduras comunicaban a sus cuerpos, transmitiendo la magnitud del peligro. Sólo podían oír su propia respiración y, a continuación, las palabras en voz baja y temblorosa de Tiadba animándoles a ponerse en pie, a moverse.

—El Alzado nos dijo que nos mantuviésemos agachados —dijo Khren—. ¿Ha regresado?

—Se ha ido —dijo Tiadba. No era momento de contarles lo que había visto.

—Deberíamos quedarnos aquí hasta que venga a buscarnos —dijo Perf.

—Ya no volverá a por nosotros. Estamos solos.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó Nico, intentando controlar el hipo repentino. Se resistió a las manos de sus amigos que querían agarrarle y se alzó, intentando ver qué había fuera.

—Lo logramos —dijo Perf con asombro—. Seguimos con vida.

—No podemos detenernos —dijo Tiadba—. Debemos avanzar todo lo posible antes de descansar.

Un tono agradable, lánguido y musical resonó en sus oídos.

Herza y Frinna se tocaron los cascos.

—La baliza —dijo Herza—. Estamos en ruta.

—Hora de irse —dijo Frinna, transformada, y Macht repitió la idea, con un entusiasmo que surgía, ahora que se había disipado la parálisis, con demasiada rapidez.

—¿Y si algo nos está buscando? —planteó Perf.

—Siempre habrá algo que nos esté buscando —respondió Khren, con cierto toque de sarcasmo—. Vamos, como dice Tiadba. Eso sí, primero habría que echar un vistazo.

—Eso intentaba —dijo Nico.

Todos lo sentían. Se encontraban en el Caos, en la selva al fin, y para Tiadba, la emoción y anticipación súbitas daban tanto miedo como la destrucción de Pahtun. Estaban demasiado deseosos.

Pero sabían que a pesar de lo que llegase a continuación, ahora estaban donde debían estar.

67

El almacén verde

Daniel y Glaucous permanecieron silenciosos y vigilantes junto a la puerta del almacén, demasiado cansados para hablar. Bidewell había hecho entrar a los visitantes, luego los dejó con Jack y se fue, dijo, a preparar las cosas.

—La situación no tardará en empeorar.

Glaucous se dejó caer sobre el banco de madera que había junto a la puerta, con el rostro hinchado por el agotamiento, los ojos porcinos legañosos, sin prestar atención a ninguno de los jóvenes, como si no la mereciesen. Daniel bajó la cabeza y se dobló sobre sí, controlando la náusea.

—No te conozco —le dijo Jack a Daniel—. A *ti te conozco* —le soltó al hombre achaparrado con aspecto de gnomo—. Si intentas cualquier cosa, te juro que… te *mataré*.

Glaucous miró fijamente a Jack.

—Bien dicho, joven amo —dijo—. Debes saber que maté a la pareja que perseguía a la joven dama. Todos tenemos aspectos buenos y malos.

—¿Cómo escapaste de la furgoneta? —preguntó Jack—. ¿Dónde está la gorda?

Glaucous agitó las manos, indicando un objeto que volaba.

—Yo no me preocuparía por él —dijo Daniel, alzando de nuevo la cabeza.

—¿Qué hay de ti? —preguntó Jack.

Glaucous sonrió.

—Tan bien afinados, tan precisos.

Jack se esforzó por controlarse.

—No sé por qué el anciano os dejó entrar.

—Das por supuesto que Bidewell os trajo aquí para protegeros… para manteneros a salvo de gente como yo. No os ha contado su historia, ¿verdad? —preguntó Glaucous.

—No deberías hablar mientras él no está presente.

—Ah, estamos a su servicio —comentó Glaucous para luego mirar al suelo.

—¿Cuántos hay como nosotros en este lugar? —preguntó Daniel—. Me refiero a desplazadores. Supongo que tres, incluyéndome a mí.

Jack agitó la cabeza, sin ganas de ofrecer información.

—¿Cómo conseguiste la piedra?

Daniel hizo una mueca.

—No lo recuerdo. ¿Tú?

Jack miró con furia.

—De tu familia, ¿no es así? —preguntó Daniel—. Mi familia ha desaparecido. No ha muerto… simplemente se ha ido, olvidada, incluso antes de que sucediese esto, lo que está pasando fuera.

—Un mal lugar —murmuró Glaucous—. Sin huida.

—Eso es lo que nos pasa —dijo Daniel—. Desaparecemos de las historias.

Ginny había recorrido los pasillos y se había situado entre las sombras, observándoles.

—Tú no apareces en mis sueños —le dijo a Daniel. Señaló a Glaucous —. ¿Quién es?

—Mi cazador —dijo Jack.

Bidewell regresó acompañado de Agazutta y Miriam. Las dos mujeres miraron a los nuevos con expectación y miedo. Ellen y Farrah llegaron luego, y Ellen tomó el brazo de Ginny.

El círculo guardó silencio… excepto por el caso de Glaucous, que respiraba pesadamente, como si roncase, aunque no dormía.

—Tenemos trabajo —dijo Bidewell—. Por ahora debemos alcanzar una tregua. Señor Glaucous, ¿está en buen estado?

Glaucous se puso en pie con un suspiro. Se frotó vigorosamente la nariz.

—Un caballo de carga la mayoría de mis días.

—Le recuerdo más bien como un bull terrier al que mandaban a las madrigueras de las ratas —dijo Bidewell.

—¿Sigue ofreciendo una recompensa de obrero por un trabajo de obrero? Recuerdo que le gustaba beber.

Bidewell se volvió para ver que las damas se habían reunido alrededor de Ginny, que temblaba entre ellas.

A Jack le resultó difícil controlarse.

—¿Dónde está la gorda? —preguntó de nuevo.

Glaucous sonrió obsequiosamente.

—La echaré de menos.

Bidewell los sobresaltó entrechocando las manos.

—Ya basta. Pronto el exterior se volverá más insistente —dijo—. No nos queda otra opción que situar las defensas más fuertes allí donde sean más efectivas.

Glaucous abrió una caja de cartón y tocó la esquina de un libro.

—No hay nada como la buena lectura.

Bidewell saltó:

—Cuidado, señor Glaucous. No son simples niños. No se arriesgue a burlarse. —Hizo un gesto hacia los montones—. Debemos llevar cajas y cajones hasta las paredes exteriores.

—Su sirviente, señor —dijo Glaucous, e inclinó la cabeza.

Mientras los otros se alejaban por entre los montones, Jack se acercó a Bidewell. Daniel le dedicó una mirada enigmática y valorativa.

Las damas del club de lectura se llevaron a Ginny con rapidez sin que ésta se resistiese; iba a formar su propio grupo de trabajo, les explicó Ellen.

—No me gusta nada de esto —dijo Jack a Bidewell en cuanto se encontraron a solas.

—¿No te has dado cuenta de que no somos nosotros los que tomamos las decisiones? —preguntó Bidewell.

La cacofonía del exterior —como pedruscos metidos en una batidora gigante— se había incrementado. Cada pocas horas, tras un tremendo golpe seco y el estallido de los ladrillos al caer, sonaban graves tonos de campana que soltaban cortinas de polvo de las vigas.

Bidewell recorrió el almacén por entre los pasillos, comprobando que su gente dormía… entrecortadamente. Escuchó las voces bajas de Glaucous e Iremonk en el armario de almacenamiento donde había instalado los catres, apartados por el momento, y por buenas razones. Jack apenas podía soportar verles. Bidewell en general se guardaba sus opiniones Pero en verdad, se sentía confundido. Había algo poco habitual en Glaucous, algo muy diferente a su experiencia habitual con otros cazadores y servidores de la Princesa de Caliza.

Las voces de los dos refugiados se redujeron y finalmente se apagaron, y Bidewell regresó a su mesa y al calor de la estufa de hierro. Estaba completamente despierto. En realidad dormía quizás una vez al mes, para evitar las desdichas que pasaban por sueños. Para Bidewell, un hombre que jamás olvidaba nada, los sueños eran como momentos de enfermedad o ataques de tos improductiva. El pasado, todo el pasado, se negaba a ser expulsado.

Era evidente que ninguno de los reunidos —su familia escogida— podía comprender por qué había permitido la entrada de Glaucous en el almacén. Daniel Patrick Iremonk era más un enigma, siendo después de todo un desplazador de destino, con su propia sumadora, pero muy diferente a Ginny y Jack.

Bidewell sintió la presencia antes siquiera de ver al hombre, si un hombre seguía siendo. El cazador apareció a unos pasos de distancia, envuelto en sombras convenientes.

—Empeora —dijo Glaucous, con la voz casi perdida en un estruendo que surgía del suelo—. Hablo de ahí fuera. Deberías salir a mirar. Toda una experiencia para gente como nosotros. Consecuencias y conclusiones.

—No acuses. Apenas se te tolera aquí —dijo Bidewell—. Yo nunca enjaulé pájaros.

—Y, sin embargo, he completado tu *juego*, Conan. Es posible que sin mi guía nunca hubiese llegado aquí.

—Me da la impresión de que tú le necesitas más que él a ti.

—Sin duda. Nunca le han atrapado, jamás ha estado cerca de ser atrapado… hasta ahora nunca llamó la atención de los cazadores. Pero parece que sus excepciones vuelven al señor Iremonk mucho más crucial.

Glaucous dio con una silla, se sentó y de alguna forma logró cruzar las piernas gruesas y cortas. Poseía pies insustanciales, diminutos para un hombre de semejante volumen, y los zapatos eran estrechos, con puntas que se cuadraban abruptamente. El efecto resultaba amargamente cómico: gran tamaño combinado con delicadeza, como una caricatura Cruikshank.

—Me gustaría haberme traído el tabaco. ¿No tendrás…?

Bidewell negó con la cabeza. A un personaje como Glaucous no se le ofrecía más de lo estrictamente necesario, y Bidewell había dejado de fumar hacía casi cuatrocientos años.

Jack no durmió, no podía dar con el sueño. Algo en su interior no dejaba de intentar conectar con algo en el exterior. Se sentó en el borde del camastro, agarrando con fuerza las mantas, y pensó en todas las personas varadas en la fortaleza aislada de Bidewell: gente, gatos y ¿qué más?

¿Qué era realmente Glaucous? Y ya puestos, ¿Daniel?

¿Qué soy yo?

Le dolían los músculos por haber movido tantas cajas. No estaba acostumbrado al trabajo pesado y duro. Se puso en pie, alisándose las arrugas de la ropa. Dormían con la ropa puesta. Se preguntó cuándo había sido la última vez que había soñado o había sido visitado. Un par de semanas.

Quizás eso ya hubiese terminado.

Prestó atención a la respiración baja y continua de Ginny, al otro lado de la pared de libros. Miró alrededor de las cajas, hizo a un lado la sábana que

servía de cortina. Ginny estaba envuelta en una de las viejas mantas de lana marrones de Bidewell: probablemente restos del ejército. Pero ¿de qué ejército, de qué guerra?

Con las rodillas dobladas, dándole la espalda, los hombros temblándole. Ginny seguía soñando. Luego se quedó inmóvil. Jack se encontraba en la entrada improvisada, su expresión clavándose en distintas ramas sucesivas a medida que caía: dolor, exasperación, confusión, antes de quedar neutra. Tantas expectativas, tan poca comprensión de *ahora, siguiente, nunca*.

Ginny abrió los ojos, volvió la cabeza y parpadeó. Se le estremecieron los labios. Jack retrocedió, chocando contra una pared de cajas, antes de comprender que Ginny seguía dormida. En silencio, muy respetuosamente, se inclinó sobre la mujer, acercó la cabeza, paró el oído. Allá donde estuviese, lo que estuviese experimentando… lo que dijese, en un lenguaje que le escocía en el fondo de la mente, no se sentía feliz. Jack no podía hacer nada por ayudar, ni *aquí*ni *allí*.

—¿Qué pasa? —susurró.

Los ojos de Ginny miraron más allá y su frente se arrugó con un esfuerzo supremo. Parecía resultarle difícil hablar en inglés.

—Nos siguen.

—¿Quiénes?

—Ecos. Creo que están muertos. Le atravesó caminando. Se ha ido.

Apretó los párpados y volvió a doblarse.

Jack se limpió las lágrimas de las mejillas. El estruendo había aumentado… fuera, debajo, alrededor del almacén. Después de un momento, regresó a su propio espacio y tomó un trago de agua de la botella que tenía en la mochila.

Se tendió, levantó las piernas.

Intentó forzarse a dormir, a soñar, a pasar… a ir donde estuviese Ginny.

A continuación, antes de poder controlarse, deseó un momento completamente diferente: un desplazamiento. El esfuerzo rebotó en algo increíblemente duro, y medio le tiró del jergón. Se sentía como si le hubiesen dado con un martillo. Los músculos sufrían espasmos mientras permanecía tendido estremeciéndose y sudando.

Estúpido. Todo reducido, corroído y recortado a como mucho dos o tres destinos, golpeados contra lo que Bidewell llamaba Término… Jack lo sabía, pero aun así, su miedo y decepción eran intensos.

Estaba atrapado junto con todos los demás.

Todos los demás que siempre he dejado atrás. El miedo llevando al salto lo que llevaba a ser olvidado. ¿Cómo demonios puedo creer que merezco algo mejor?

Se apoyó en los codos, frotándose cuello y costillas.

Al menos había confirmado un detalle importante.

Más allá de las paredes del almacén, en la penumbra estremecida por el tiempo y cubierta de cenizas, Burke se había convertido en un fantasma indefenso. Las agujas cubrían el suelo mojado de su apartamento como un césped tachonado de acero, y a través de las ventanas desnudas, el horizonte marcado se doblaba como una vieja alfombra, gastada y deshilachada.

Ahora había *dos* ciudades al final del tiempo.

Seattle era la segunda.

—¿No puedes dormir? —Daniel se encontraba de pie en la entrada del cubículo de Jack, con los brazos cruzados. Jack se volvió y miró al hombre rellenito y cara muy blanca. Tenía una nariz blanda y ojos verdes agradables. Lo que miraba a través de esos ojos no se correspondía con la cara: una vitalidad salvaje fuera de lugar en una expresión normal de curiosidad satisfecha—. ¿Te sientes culpable por haber sobrevivido a los demás?

—No —dijo Jack—. No exactamente.

—Glaucous habla con Bidewell. La chica duerme. No parece feliz.

—Se llama Virginia. —Jack se tragó la indignación al saber que Daniel había mirado en el espacio de Ginny—. ¿Tú no sueñas?

—Todo negro… quizá sueño con una nada enorme y profunda. ¿Qué hay de ti?

Algo parecía muy fuera de lugar en ese hombre que miraba a través de los ojos de otro hombre, pero Jack se preguntó cómo podría saberlo él.

Simplemente que Daniel había llegado con Glaucous, más gaviotas huyendo de la tormenta…

—Ginny y yo soñamos con el mismo lugar —dijo Jack—. Por eso estamos aquí.

Daniel emitió un sonido de aceptación que además indicaba que no le importaba demasiado.

—Deberíamos espiar a esos dos. Me refiero a escuchar lo que dicen. Luego subir al tejado para comprobarlo por nosotros mismos. He encontrado una escalera.

Jack se lo pensó y luego se puso en pie.

—Vale. —Podía seguir la corriente… por ahora.

Mientras recorrían el laberinto de cajas hacia la puerta corredera de acero, *Minimus* se les colocó detrás. Daniel le miró.

—Los gatos son desplazadores naturales —dijo—. Siete vidas, ¿no es cierto? Los estudié cuando era niño. Se mueven con rapidez y no les importa lo que dejan atrás. Creo que a éste no le gusta Glaucous.

Minimus se sentó. Los dos se detuvieron para esperar, pero el gato parpadeó y se escurrió por un hueco.

Daniel pasó los dedos por las cajas.

—Odio estar rodeado de libros. Uno o dos estaría bien… no miles.

Llegaron a la puerta. Daniel pegó la oreja al metal frío. Jack le imitó, aunque no le gustaba nada lo de seguir al otro.

Las voces apenas se oían a través del acero. La voz más grave, la de Glaucous, decía:

—… combinados, podrían lograr lo que no podrían hacer dos.

Bidewell se aclaró la garganta.

—No me has hecho ningún favor trayendo aquí al mal pastor.

Daniel dobló los labios y le sonrió a Jack.

Glaucous:

—Tres habitaciones. Tres desplazadores. Como se describió hace mucho tiempo, amigo mío. Mi papel es positivo.

Un sonido sin compromiso por parte de Bidewell, algunas palabras que no pudieron entender, luego Glaucous, con más fuerza, lanzando el anzuelo:

—Siempre me he preguntado, ¿qué y por qué, qué produces a esos niños, barriendo recuerdos a su paso… y por qué hacerles pasar por este tormento? Los dos les atormentamos, Conan. Tú les prometes respuestas que no tenemos.

—Y tú les haces picar y los pescas —dijo Bidewell.

—Y si escapan, de rebote, llegan a ti.

—Y si no escapan, tú los entregas a…

Daniel se apartó de la puerta con una expresión de desagrado.

—No podemos confiar en ninguno de los dos —susurró.

Jack se llevó un dedo a los labios, oreja contra acero.

—En una ocasión Whitlow me habló de tus años en el continente, mucho antes de mi época —dijo Glaucous—. Qué divertido, de paseo en busca de manuscritos roídos por los ratones por los Alpes y la antigua Italia… y sin duda buscando niños perdidos.

—Whitlow cazaba, yo no.

—Bien, no importa. Está ahí fuera, hablándole tartamudeando a su final, en un viejo pecio de casa, varada y abandonada. Mejor olvidarle. Aun así, se relacionó con gente famosa. Petrarca, después de sus días de amor juvenil, se dedicó al deporte de resucitar clásico. Tú y Whitlow estabais con él cuando murió, ¿no es así?

—Yo no buscaba los genios perdidos de la antigüedad, sino las maravillas de la imposibilidad.

Glaucous se sonó dos veces con el pañuelo.

—Las historias de Whitlow me fascinaban. —Alzó la mano, el pañuelo de los mocos colgándole de la palma, y clavó el grueso dedo en el aire—. Boccaccio, tejedor de historias subidas de tono, se redimió buscando fragmentos de Tulio. Un buen par de narices para cuentos perdidos… o pervertidos.

—Has dejado en evidencia tu edad. Ahora a Tulio se le conoce adecuadamente como Cicerón.

Glaucous sonrió.

—Me sorprende hallarte confinado en esta caja.

Bidewell se levantó para ocuparse de la estufa.

—Todavía te gusta el vino —comentó Glaucous—. Siempre. El señor Whitlow…

Bidewell cerró de golpe la puerta de hierro de la estufa.

Glaucous apretó los labios. Su mano se puso a tamborilear sobre una rodilla y alzó la vista, arrugó la nariz, la extendió una vez más, miró de lado a Bidewell.

—Whitlow tendió una trampa para Iremonk. La Polilla se presentó. Yo jamás he podido disfrutar de tales herramientas. Siempre he estado al margen, obligado a atrapar toda la cera que caía de todas las velas apenas encendidas de nuestra noche, obligado a recortar sus lastimosas mechas. Mi compañera… —Su expresión se tornó triste, y para reanimar su espíritu, se golpeó la rodilla con el puño—. Me acerqué mucho al premio, vaya si lo hice… atrapando al señor Jack Rohmer, buen y joven desplazador. Dolorosamente cerca. Por siempre lanzando la red.

—¿Tu señora estaba demasiado asustada para aceptar tu regalo?

Glaucous cambió de tema.

—¿Cuán sólida es tu fortaleza, Conan?

—Buenos cimientos, bien colocados.

—Sospecho que has preparado tres espacios limpios y puros. Es mucho más fácil encontrar vacío en las tierras salvajes que en el viejo continente, donde hasta el último trozo está lleno de huesos. ¿Cuánto hace que están vacíos?

—Cien años —dijo Bidewell.

—¿Será suficiente? En una ocasión el señor Whitlow afirmó…

—La conclusión se nos echa encima, Glaucous. Muchas cosas dependen de tu empleadora. ¿Crees que recuperará el valor y regresará, como una *Harpía* aulladora?

Glaucous frunció el ceño.

—Te falló, ¿no es así? Comedora de comedores, cazadora de la caza. La llamábamos la Prometida del Remolino, y algunos la llamaban la Puta del Viento Sur.

Glaucous se puso en pie de un salto cuando llegó otro golpe estremecedor del exterior. Las paredes zumbaron.

Bidewell metió otro tronco en la estufa.

—¿Aprecias una dificultad para moverte y pensar?

Glaucous alzó una ceja.

—Pronto quedaremos atrapados entre los muros adamantinos de Alfa y Omega. Tu señora no sólo huía de Término. Queda muy poco, o nada, entre nosotros y el comienzo o el fin. Toda la historia devorada. Madejas convertidas en jirones, estos en fibras, comprimidas hasta ser puntos. Me pregunto cómo será —lentamente cerró los dedos, sobre nada—. Imagino que un brillo súbito, y una pesadez inmensa, toda la luz y la gravedad restantes rebotando a lo ancho de una película comprimida de tiempo… ¡y el estruendo!… *añicos*, antigua némesis.

—¿Lo sospechas o lo *sabes?* —preguntó Glaucous.

Bidewell señaló los libros.

—He absorbido fragmentos y retazos del pasado y el futuro, ordenándolos y combinándolos hasta dar un sentido inevitable.

Glaucous flexionó las manos y se agarró las rodillas, meciéndose.

—Dolores de articulaciones —dijo—. Hace frío, incluso aquí.

—Será mejor que subamos mientras todavía quede algo que valga la pena contemplar —susurró Daniel, y se alejó. Esta vez Jack le siguió, con la cara roja.

La escalera estaba formada por tablones clavados a soportes muy juntos de una pared exterior. Jack miró a la oscuridad y entrevió la forma de una trampilla en el techo. Daniel ya estaba a medio camino. La trampilla no estaba cerrada. La abrió de un golpe y entró en una protección inclinada. Un suelo de madera deformada se abría rígidamente a una extensión de papel de alquitrán, sellado y reparado con franjas de asfalto desigual, y cruzado por caminos de palés de carga castigados por el tiempo. El tejado descendía a partir de un centro un poco elevado, rodeado por un muro que llegaba a

las rodillas cortado a ciertos intervalos por drenajes rectangulares. Sobre el muro, fuera, alrededor: lo que quedaba de Seattle.

Daniel se alzaba en silueta frente a la perspectiva norte, una sombra más tenue frente a la cortina que se agitaba y se abría. Jack se le unió en el borde.

Huecos de la cortina revelaban una confusión de edificios, industriales y domésticos: casas, almacenes; al oeste un bosque de mástiles, y en las calles, tierra, escombros, ladrillos y asfaltos, madera y aceras de cemento. Gente vestida con moda del pasado había sido atrapada a medio paso, donde vibraba como un mecanismo de relojería roto… yendo dolorosamente despacio a ninguna parte.

La cortina rasgada se dividió para mostrar otras calles, otros edificios, un puzle conformado con piezas de tiempo desiguales vertidos desde la caja del cielo sobre un paisaje medio entrevisto que rodeaba el almacén. El aire espeso y frío estaba lleno de arenilla… Jack no quería saber de qué estaba formada.

Daniel tosió y agitó la mano.

—Todo lo que queda atrás encuentra su lugar —dijo—. Igual que tú y yo. Apuesto a que si tuviésemos libros ilustrados, reconoceríamos vecindarios anteriores a la construcción de este almacén. También a la gente.

—¿Qué está pasando?

—¿Quién sabe? Pero piénsalo. —Daniel le dedicó una sonrisa irónica —. Somos hormigas subiendo por las últimas gotas de cocido. La mayoría de los trozos ya han sido masticados y tragados; la mayor parte de nuestro universo ha desaparecido. En caso contrario, ¿por qué *eso?* Señaló a través de un rasgón luminoso en la cortina hasta un inmenso arco flameante, rodeando un centro dolorosamente negro. Ocupaba casi dos tercios del cielo.

—No es nuestro sol. Y *ésa* no es nuestra ciudad. Ya no.

Ningún cero

Los observadores son como musas diminutas. Procesan lo que ven, según la lógica que se les ha otorgado, pero también según lo que pueden reunir por sí mismos, lo que creen que debe ser real, guiándose por lo que viven, ven o conocen, las verdades que incorporan a su carne.

Cada grupo de observadores establece una especie de realidad local. No puede desviarse excesivamente del consenso, de lo que las musas han decretado que debe ser. Pero tal flexibilidad permite al cosmos cierta libertad que lo hace más robusto que cualquier estructura rígida, porque acepta bien a los observadores, recibe bien sus aportaciones. Y en ocasiones, observadores muy ingeniosos pueden influir en las musas, en el cosmos como un todo, y de esa forma Mnemosina reconcilia a una escala inmensa esos pulsos avanzados y retrógrados de los que ya hemos hablado.

No es tanto que hayamos sido formados por un creador como que hemos sido deducidos. De hecho, toda la creación es una colaboración entre lo grande y lo pequeño, siempre interconectada y dependiente de los otros. No hay señores, no hay reyes, no hay dioses eternos del todo, sino fuerzas que actúan a lo largo del tiempo y el destino, y finalmente, más allá de nuestra presunción, hay justicia.

Estar vivo es estar ciego. Es un trabajo duro estar vivo. Y cuando nuestro trabajo se acaba y nos libramos de nuestra carga, se nos recompensa con la alegría de la materia, que sólo los más sabios y los más locos pueden conocer.

Las crónicas de los ancianos de Lagado
Obra perdida o espuria de Spinoza

68

El Caos

A pesar de los esfuerzos de las armaduras, la luz era una entidad engañosa en el Caos. Las distancias de más de unos pocos metros tendían a alargarse o contraerse de forma impredecible. A Nico, sobre todo, le resultaba muy desconcertante y perdía el equilibrio más que los demás, hasta que finalmente se tendió en una hondonada no muy profunda e intentó vomitar.

La armadura no se lo permitió.

Tiadba se arrodilló a su lado mientras Khren y los otros rodeaban la depresión. Todos se sentían mareados.

—Si pudiese vomitar me sentiría mejor —dijo Nico, agotado tras la transparencia dorada del visor.

—Sería un desastre dentro del casco —dijo Tiadba.

—Podría quitármelo un momentito…

—Ya es demasiado tarde —dijo Denbord, arrodillándose—. Yo tampoco me siento demasiado bien.

—Escuchad. Meo y cago aquí dentro. ¿Por qué no puedo vomitar?

—Deja de pensarlo —dijo Tiadba—. Y deja de mirar al cielo.

—No puedo evitarlo. No deja de cambiar. Aparto la vista, vuelvo a mirar y es diferente… excepto por *eso* de ahí arriba. Siempre ardiendo, pero no en medio, como un enorme agujero. Si es fuego, ¿por qué no arde en todos los puntos? ¿Qué pretende ser? —Su voz se volvía histérica.

La emoción temerosa de unas horas antes se estaba convirtiendo en una ansiedad pura que lindaba con el pánico. Los trajes sólo podían ayudarles hasta cierto punto y no estaban diseñados para interferir con sus emociones.

Tiadba empezaba a pensar que el entusiasmo de Grayne por la lujosa comodidad de su aventura podría haber sido exagerado.

Tragaba con frecuencia. Le picaba la cara y los brazos también, y le dolían los pies, aunque no habían caminado tanto. Se sentía confinada, atrapada, perdida, y debía esforzarse para no llorar o, peor, gritar.

—¡Lo sientes, sé que lo sientes! —gritó Nico, y se puso bocabajo, agarrando la piedra, pero la piedra de la hondonada era sólida, lisa.

Khren, Shewel y Macht bajaron. Herza y Frinna flanquearon a Nico y dieron un golpe al progenie acostado. Parecían estar bien, aunque seguían guardando silencio.

—Ni siquiera hemos empezado —dijo Khren.

Con tristeza, Nico dijo:

—No lo empeores.

—Podríamos cambiarnos. Yo ruedo por ahí y me muestro asustado durante un rato, y tú te pones aquí actuando con valor e intentando ver adónde vamos.

En sus cascos, la baliza —un tono musical bajo y continuo— se perdía o incrementaba su volumen dependiendo de si seguían el camino o no. Pero ya se habían encontrado con dos murallas rotas lo suficientemente altas y largas como para obligarles a apartarse del trayecto, y luego habían tenido que dar vueltas siguiendo círculos y arcos nerviosos hasta encontrar de nuevo la baliza a su máxima melodía. Había dado con una barricada venida abajo en el extenso vacío, proyectando extrañas sombras dobles y azuladas bajo el resplandor rojizo del sol anular de fuego. Tiadba dijo que era mejor no trepar e investigar y los otros estuvieron de acuerdo: la curiosidad fue la primera emoción en desaparecer tras el primer kilómetro. Así que las habían rodeado.

Ahora le preocupaba que estuviesen perdiendo las ganas de seguir. Agitándose entre extremos de exaltación y temor en un periodo breve de tiempo… muy desagradable. Y por el momento no habían encontrado nada especialmente temible o aterrador, que era justo lo que les habían adiestrado para esperar.

—Creo que me estoy acostumbrando —dijo Macht, pero no sonaba convencido—. En serio —añadió—. Vamos, Nico. Sigamos.

—Avanzaremos algunos kilómetros más —dijo Tiadba. Se puso a tragar dolorosamente. *¡Nos envenenan!* Aun así, estaba segura de que nada penetraba la armadura. ¡El equipo de los Alzados debía ser al menos así de bueno!

Pero el Caos cambia continuamente. ¿Cómo podrían saber qué tipo de armadura fabricar?

Miró directamente a Khren. Él no sentía los mismos síntomas. Ni tampoco los demás. Cada uno reaccionaba a su modo.

Nico se colocó de espaldas, pero siguió con los ojos cerrados.

—¿Por qué seguimos atrapados aquí si todo es tan diferente? ¿Por qué no cambiamos las reglas, nos elevamos y nos vamos flotando?

Tiadba sintió de pronto una forma de amor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Era justo el tipo de pregunta que plantearía Jebrassy.

—Se llama gravedad —dijo Khren—. Está por todas partes… incluso aquí. Pahtun nos lo dijo, ¿recuerdas?

—Sí, ¿y dónde está *él* ahora? —preguntó Macht tenebroso—. Ni siquiera sé qué es la gravedad. La gravedad *o* la luz.

—La luz es lo que nos permite ver —dijo Shewel, repitiendo lo que les habían enseñado. No era precisamente el alumno más brillante del grupo, pero lo que aprendía lo recordaba con todo detalle—. La gravedad es lo que nos mantiene pegados al suelo.

—¿No te aburres ahí abajo? —le preguntó Denbord a Nico. Khren y Macht extendieron las manos para agarrarle y levantarle. Se alzó sobre piernas endebles, brazos extendidos para mantener el equilibrio.

—Volvamos. Creo que podremos llegar.

Macht salió de la hondonada.

—Tiadba, eres la líder. Haznos avanzar.

Tiadba miró confusa a su alrededor. Intentó sentir la presencia de su visitante… cualquier otra voz aconsejando, una que no fuese la suya, tan confundida. Pero la visitante no decía nada. Y ya era incapaz de imaginar lo que Jebrassy podría haberle dicho.

A continuación se oyó hablar. No eran buenas palabras, sino palabras que surgían de un nudo furioso situado en el centro de su pecho, sobre el estómago, bajo los pulmones: podía palpar la ardiente decepción.

—No sé cómo creíamos que sería. ¿Queréis dar la vuelta y volver? ¿Cuántos de vosotros creéis que la ciudad aguantará mucho más tiempo?

—Yo no —dijo Nico—. Vi a esa cosa llevarse a Mash. No quiero volver. Aquí…

—Aquí podemos verlo venir —dijo Tiadba—. En los Niveles moriríamos mientras dormimos. O algo peor.

69

El almacén verde

Las mujeres del grupo de lectura ocupaban sillas alrededor de la estufa de hierro. Se les habían unido, con bastante incomodidad para todos, Glaucous y Daniel. Glaucous aceptó el exilio a la esquina, donde se sentó sobre una caja, como una de las gárgolas de piedra de Oxford.

Ginny permanecía apartada de todos, y lejos de la puerta sur de la estancia, con la vista hacia abajo, preparándose para otra experiencia terrible.

—Mnemosina es especial y siempre difícil —dijo Bidewell—. Antes de verla se requiere cierta preparación mental. Espero que hayas tenido tiempo de pensar en lo que hablamos.

—¿Es una persona o una cosa? —preguntó Jack.

—Nada de eso. ¿Qué edad tiene el universo, Jack?

—Miles de millones de años, supongo. Eso me han dicho.

Agazutta había empezado a sufrir ataques de estremecimientos y sollozos, y ahora se llevó la mano frente a la boca.

Miriam y Ellen se encontraban a ambos lados, agarrándole con fuerza los hombros.

—¿Y qué edad crees *tú*que tiene? —preguntó Bidewell.

—Bien, nací hace veinticuatro años —dijo Jack con expresión cautelosa—. Es la edad que tiene para mí.

—El comienzo de una buena respuesta. Pero no vamos a penetrar en el solipsismo. Yo no lo aprobaría y, lo que es más importante, Mnemosina no lo aprobaría. Responde mejor a cierto nivel de, digamos, *escepticismo* con respecto al orden enseñado de las cosas. ¿Qué edad creen que tienen los

átomos y moléculas que comes y respiras, que forman tu cuerpo e impulsan las corrientes de tu mente, tu ingenio?

—Igual que el universo —dijo Jack con más certidumbre.

—Un error habitual. No toda la materia nació con el comienzo. Todavía se está formando, y seguirá formándose materia nueva durante mucho tiempo, si no nos enfrentásemos a Término, evidentemente.

—Evidentemente —dijo Miriam.

—Pero eso no importa. En ciertas regiones del espacio y el tiempo, se supone que han aparecido instantáneamente galaxias enteras, incluyendo cientos de miles de millones de soles ardientes, planetas formados, civilizaciones vivas y atareadas. Pero sus historias no han venido con ellos. Por tanto la reconciliación se convierte en una tarea épica.

Jack miró para comprobar si Bidewell bromeaba. Los realces de la cara marcada del anciano pardeaban bajo la cálida luz del fuego, pero no mostraba humor. En todo caso, parecía somnoliento, repitiendo cansadamente algo evidente y bien sabido.

—¿Aparecieron de la nada? —preguntó Jack.

Ginny reunió valor suficiente para decir.

—No parece posible.

Bidewell se encogió de hombros.

—En verdad, la creación espontánea habitualmente ofrece unidades más pequeñas: partículas, átomos, moléculas en profusión. Admito que es difícil concebir galaxias virtuales. Pero no son menos reales. Una vez que una partícula u objeto ha sido creado, *siempre ha estado presente*. Establece conexiones con todas las partículas con las que ha interaccionado, y esas conexiones, esa conectividad, debe establecerse, digamos, después de producirse. Literalmente —Bidewell sonrió— hay que cuadrar los libros.

—¿Qué hay de nosotros? —preguntó Ginny con atrevimiento inesperado—. Seres humanos. Perros. Gatos. Es decir, ¿quién se encarga de toda la gente en las calles? —Miró directamente a Daniel y luego a Glaucous, oculto entre las sombras.

Bidewell alzó un hombro.

—¿Cómo sabría alguien si yo ahora mismo hubiese surgido de la nada? —preguntó Jack.

—En general, no se puede —dijo Bidewell—. Mnemosina es la fuerza que impide que todo acabe en la perdición y la contradicción. Se ocupa de su trabajo y lo hace bien.

Jack silbó.

—Toda una dama.

Ni siquiera esa falta de seriedad incordió al anciano.

—Te caerá bien —dijo Bidewell—. Pero no es ninguna dama.

—Eso suena a la forma incorrecta de hacer las cosas —dijo Ginny.

—Quizá, pero el resultado es un cosmos de riqueza y complejidad infinitas. Por esa razón, hablando lógicamente, el universo no posee un verdadero comienzo cronológico, del que fluyen todas las cosas. Todo momento, hasta el final de la creación, es en algún lugar una especie de comienzo.

—¿Qué hay de eso que he oído mencionar, el big bang? —preguntó Jack.

—No os pido que creáis. Pronto comprenderéis la verdad, mis palabras son simple preparación. Los rayos de luz, ya sabéis, deben establecerse en movimiento, ya entrelazados, para completar la imagen que todo observador ve o verá a partir de ese momento… y antes. La onda de reconciliación retrocede en el tiempo y luego vuelve a avanzar hacia delante; pulso tras pulso, hasta que el refinamiento queda completo.

—Suena complicado —dijo Jack.

Ginny miró a los altos estantes llenos de libros, las cajas abiertas cuyo contenido se había dispuesto sobre la enorme mesa en el centro de la biblioteca de alto techo.

—Dijiste que algunos de los libros que buscabas eran extraños, imposibles, porque no tienen historias. Eso debe ser porque jamás se reconciliaron, ni siquiera antes… de lo que está sucediendo fuera.

—Correcto —dijo Bidewell.

—Y eso implica que Mnemosina… bien, está distraída o algo le ha incrementado la carga de trabajo. O… está enferma. Quizá moribunda.

—Más cerca todavía —dijo Bidewell.

—Libros, galaxias… ¿Qué más? —preguntó Ginny.

De pronto Jack recordó la gigantesca tijereta que había creído ver escabullándose entre los almacenes.

—¿Animales extraños?

Daniel se mostró simultáneamente astuto y somnoliento:

—¿Qué te hace decirlo?

—Los he visto —dijo Jack—. Por lo menos uno.

—Oh, vaya —dijo Bidewell, cruzando las manos—. Sí, son señales.

—En ocasiones los sueños surgen de la nada —dijo Ginny—. *¿Son* señales?

—Mnemosina puede reconciliarlo todo en todas partes, excepto en los corazones y las mentes de los observadores. Tiene prohibido ese territorio, pero los observadores mueren y sus recuerdos mueren con ellos, excepto por las leyendas, los mitos de orígenes, cómo eran las cosas antes de que la creación se volviese inmensa y complicada. Esas historias se transmiten por la palabra y los sueños, y permanecen a pesar de los grandes esfuerzos de Mnemosina. Por esa razón, a Mnemosina rara vez le preocupan los sueños.

—¿Cuándo le preocupan? —preguntó Daniel.

—Cuando se vuelven reales —dijo Bidewell.

70

El Caos

—¿Qué son? —preguntó Denbord. Se arrodillo en la cresta de una vasta ondulación en el mar de piedra y miró abajo. Los otros hicieron lo mismo.

En la depresión de ondas rocosas congeladas, tan lejos como podían ver con esa luz sucia y rojiza, había filas tras filas de formas cilíndricas aproximadamente en paralelo junto a sus oscuros soportes, como travesaños rotos de una escalera caída.

—No parecen tan grandes —dijo Nico.

—Lo suficientemente grandes —dijo Shewel.

Perf adoptó la voz de un profesor.

—Es difícil estimar tamaños y distancias… pero si bajásemos, apuesto a que seríamos diminutos.

Tiadba intentó recordar la descripción de Sangmer que lo había leído a los progenies, para distraerles de la larga marcha, los breves descansos, el esfuerzo de mantenerse en la línea de la baliza. Fuesen lo que fuesen esas cosas, bloqueaban el camino que les dibujaba la baliza.

—Son botes —concluyó—. Como en el nauvarquia.

—No tienen velas —comentó Denbord.

—No les harían falta. Son botes espaciales. Viajan por el espacio… o viajaban, cuando había espacio por el que viajar.

Los demás comprendieron lentamente.

—Botes estelares —dijo Perf—. Cuando había estrellas.

Hasta ahora, el camino había sido continuo aunque extraño, atravesando un paisaje gris monótono, salpicado de diminutos poros que emitían

glóbulos verdes y pulsantes cuando los progenies se aproximaban, para luego ocultarse de nuevo en la roca.

A su alrededor, la roca sudaba… la roca rezumaba luz.

Tiadba miró a ambos lados de la cresta, luego a la depresión.

—No hay forma de evitar el paso —dijo.

—¿Y si ruedan sobre nosotros? —preguntó Shewel.

Denbord se llevó los dedos al visor.

—Rápido y fácil —dijo.

—¿Y si los Silentes están ahí abajo?

—Nadie los ha visto —dijo Nico—. Nadie sabe qué son o qué aspecto tienen. Quizá ya no estén. Y la armadura no ha dicho nada. Debemos estar haciéndolo bien.

—Al menos no hemos tropezado con una senda —dijo Perf.

—Eso es algo que casi me gustaría ver… o a un Silente —dijo Denbord —. Sólo para saber qué son… qué esperar o qué evitar.

Como Nico había dicho, los trajes habían permanecido prácticamente tranquilos. En una ocasión a Perf se le advirtió que no diese una patada a unas bolas relucientes.

Tiadba miró al otro lado de la depresión, la cresta opuesta, aparentemente a tres o cinco kilómetros de distancia. Iba incrementándose la claridad de la distancia entre las crestas… algo de lo que ya se había dado cuenta antes: que la luz en ocasiones, impredeciblemente, se podía volver más intensa, más coherente, permitiéndoles ver a más distancia.

Perversamente, cuando más abajo estaban, más lejos podían ver. Aparentemente en esta parte del Caos la luz subía y superaba los obstáculos, para luego curvarse hacia ellos: un efecto que se encontraba entre los más inquietantes que habían presenciado después de atravesar la zona de las mentiras. Desde el fondo del valle podría ser que pudiesen ver el Caos durante cientos o miles de kilómetros. Si las distancias todavía tenían sentido, si todavía importaban.

Nico se situó junto a Tiadba, aunque no precisaban estar cerca para oírse.

—¿Qué haremos?

—Bajar y cruzar —dijo.

—¿No podemos explorar? —preguntó Perf—. Me gustaría ver el interior de un bote estelar.

Macht se había movido a la izquierda. Ahora volvió al grupo.

—Deben ser antiguos —dijo—. Hay miles.

—Si las armaduras no nos lo impiden, echaremos un vistazo —dijo Tiadba.

Se dispusieron según un arco optimizado, para permitir que los cascos pudiesen procesar un ángulo más amplio. Ahora mismo su visión era casi demasiado cristalina. Más allá de la depresión, sobre los travesaños caídos de botes espaciales, Tiadba vio el perfil de edificios al menos tan grandes como los biones que habían dejado atrás: agrestes y en ruinas, delimitados en los bordes por un fuego verdoso que parpadeaba como si siguiese ardiendo.

Los otros contuvieron el aliento.

—¿Qué son? —preguntó Khren.

—Son la Necrópolis… ¿no es así? —preguntó Denbord, siempre el estudioso—. Pero no veo a los muertos caminando.

—Estamos demasiado lejos —dijo Khren.

Las armaduras respondieron.

—Hay muchas ciudades antiguas, recuperadas de muchas regiones e historias. No se debe entrar.

Denbord y Macht se miraron para luego mirar a Tiadba. Los otros se limitaron a mirar al otro lado del valle, a las ruinas revueltas, que llevaban allí nadie sabía cuánto tiempo.

Hasta qué punto la humanidad había retrocedido, cuánto había sido destruido… Cuán poco quedaba, comparado con la vastedad del pasado… cuán poco quedaba por perder.

Sólo nosotros.

—¿Es peligroso cruzar? —preguntó Tiadba. En esta ocasión la armadura no respondió—. Asumo que no —dijo.

Denbord añadió reproduciendo la irritación de Tiadba:

—Un poco grosero, ¿no te parece?

Iniciaron el descenso.

Cuanto más se acercaban al fondo, más nebuloso se volvía el perfil de los botes espaciales y su infraestructura, hasta que sólo pudieron ver un ballet confuso de grises y marrones cortados por arcos apagados de verde. Sin embargo, las ruinas de las ciudades más allá de la siguiente elevación parecían elevarse, y era tentador limitarse a parar… detener el avance continuo a través del valle y contemplar la visiones deslumbrantes de torres, bóvedas, grandes estructuras redondeadas de decenas de kilómetros de ancho, abiertas para mostrar incontables pisos interiores, concavidades llenas de lo que en su momento debieron de ser urbes y distritos, en su mayoría colapsados y recubiertos de incrustaciones irregulares.

—No muy bien colocado —dijo Denbord.

—No os paréis aquí —les dijeron las armaduras—. Moveos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tiadba.

—Alteraciones desconocidas. Nos siguen.

—¿Qué? —preguntó.

—Ecos son posibles.

Tiadba intentó razonar el posible significado de esa frase, guiándose por lo que Pahtun les había dicho durante el adiestramiento.

—¿Nos seguimos a nosotros mismos?

—Desconocido.

71

La Torre Rota

Jebrassy alzó la vista del libro que había estado leyendo, se alejó de su bonita mesa dorada y vio abierta la Gran Puerta.

Aquí siempre le resultaba imposible distinguir la ilusión instructiva de lo que era efectivamente sólido y real. El miedo no se apoderaba de él, ni el hambre, la pena o la anticipación. Se sentía cómodo tanto en cuerpo como en mente. Todo cómodo y agradable, los pequeños desafíos y las grandes exploraciones eran igual y curiosamente vigorizantes.

Era feliz.

En ocasiones la personificación del Bibliotecario caminaba con él, en ocasiones exploraba a solas, aunque no se sentía solitario. Era una nueva infancia, y pareció durar mucho, mucho tiempo. Estaba aprendiendo mucho sobre el Kalpa y algunos de los secretos más simples de los que vivían en los pisos superiores de la ciudad. Matemática, por ejemplo… nunca había sido su punto fuerte, más allá de las necesidades de tendero que aprendían todos los progenies.

Pero *esta* puerta siempre había estado cerrada: la Gran Puerta, más bien un muro, fácilmente tan alto como un bloque de los Niveles; curvada como una cresta o escudo y cubierta con palabras talladas profundamente, algunas de las cuales podía leer. Hoy en día parecía comprender muchos más lenguajes y signos.

Jebrassy atravesó el hueco del tamaño de un progenie que había en la puerta, esperando algo maravilloso. No se sintió decepcionado. Alzó la vista para mirar a lo alto y más alto de paredes con estantes que se elevaban y —se inclinó sobre el parapeto en el que se encontraba— descendiendo

hasta donde podía ver. Todos los estantes estaban totalmente ocupados por libros, demasiados para contarlos, no uniformemente encuadernados, sino en un crescendo de colores que saltaba de estante a estante, como exigiendo ser examinados. Las encuadernaciones negras eran neutrales, intactos y no leídos; encuadernaciones pálidas tocadas una o dos veces; encuadernaciones de colores, sobre todo azul y rojo, anunciando mayores grados de interés.

Esos colores atraían la atención de muchas figuras, pequeñas y esbeltas. Pero ninguna era progenie. Más bien era como los angelines que ya conocía, pero sólidos y dedicados. Moviéndose jubilosamente en tropel arriba y abajo de las escaleras en espiral, buscando en los estantes de todos los niveles.

—Esto debe ser una Babel —se dijo Jebrassy—. Todo almacenado en el interior de un *minicosmos*, una invención Shen, no mayor que un guijarro. Y esas personas lo exploran.

De cerca —recorriendo el parapeto junto a él, en general haciendo caso omiso a su presencia— su piel era lisa y eternamente joven, sus rostros serenos o alegres. Algunos miraron al intruso con mirada de bienvenida pero sin hablar. Aquí todos usaban gestos, destellos de dedos y brazos, cambios de expresión, para transmitir lo que precisaban transmitirse unos a otros.

En el interior de la Babel, todo estaba tranquilo hasta que se encontraba un texto útil, y luego, a lo largo de espacios inmensos, a lo largo de las galerías y paredes radiantes de estantes que se extendían por siempre, resonaban cánticos y gritos espléndidos, y todos se reunirían para celebrarlo. Las plataformas se expandirían para acomodarlos y los buscadores —miembros del equipo que había realizado el descubrimiento — se situarían allí para ser admirados por las multitudes. El texto legible se proclamaría y su encuadernación recibiría un código de color.

A continuación catalogarían el volumen, le asignarían un número y luego ese número recorrería la plaza como una deslumbrante cinta de plata, para ser más tarde enrollado mágicamente y reducido a un octágono de papel plegado, entregado muy sobriamente a una figura cubierta por una

túnica oscura que en ocasiones se movería por entre los llamativos buscadores…

Los cánticos se apagarían, las plazas se vaciarían y contraerían, las escaleras en espiral crecerían y se reconectarían.

Todo regresaría al estado anterior.

Jebrassy comprendió lo siguiente: vivir en una Babel era sentirse interminablemente fascinado por el drama lento y constante de una búsqueda prolongada. Aun así, sus dedos ansiaban caminar junto a esas figuras felices de túnicas hasta las rodillas, perderse en el bendito anonimato de la mayor búsqueda de todas, en la mayor de todas las bibliotecas.

La biblioteca que contenía todas las narraciones posibles. Todas las historias. Y todas las tonterías.

Una Babel, un nombre tan antiguo como la misma vida, surgido de la Brillantez, donde se congregaban todos los lenguajes posibles. Un lugar de confusión, búsqueda y, muy raramente, iluminación.

Intentó detener a uno de los buscadores, formando torpemente una pregunta con los dedos: *¿cuánto tiempo?* Pero el buscador se apartó y regresó a su labor. Así que Jebrassy subió una escalera en espiral para luego seguir durante lo que pudieron ser días o años por uno de los parapetos.

De vez en cuando se detenía y sacaba un volumen, recorría las mil o más páginas e intentaba leerlo… sólo para encontrar impenetrable el texto aparentemente aleatorio. No le decepcionaba, en absoluto. Siempre había otro volumen. Así que volvía a colocar el libro en su sitio y seguía. Un trabajo encantador, tranquilo, gratificante.

Pero esta existencia no era para él.

Cuando se dio cuenta de que no sabía volver, de que jamás podría encontrar la Gran Puerta —que en cualquier caso bien podría haberse cerrado ya—, ese hecho ni siquiera le preocupó.

De su túnica sacó un número plegado formando un octógono y sostuvo el papel sobre la barandilla, para luego hacer que se abriese, permitiendo

que se desplegase, riendo al verle caer entre las paredes de estantes.

Se le acercó un buscador, quien le preguntó por gestos: ¿quién le había asignado la tarea de buscar ese volumen en concreto?

Jebrassy expresó confusión. El buscador le ayudó a leer los primeros dígitos impresos en la larga cinta, para luego guiarle a ese mismo volumen, que había sido descubierto y catalogado muy al principio.

Jebrassy extrajo el libro, abrió las resistentes tapas azules y leyó. En ese momento, la figura de negro se le acercó y retiró la capucha. Jebrassy comprobó que se trataba del Bibliotecario… en cualquier caso, la personificación que le resultaba más familiar.

—Es una ilusión, ¿no es así? —preguntó Jebrassy.

—Pensé que disfrutarías de la aventura —dijo la personificación.

Jebrassy frunció el ceño al presentir el final de esta aventura gozosa.

—¿Por qué he encontrado este libro en concreto? —preguntó.

La personificación tomó el volumen de entre sus manos y pareció sopesarlo.

—Una biografía —le explicó—. No todo el texto es accesible. Algunas partes son un galimatías. Quizás haya otro volumen que lo complete… ¡en algún lugar! —Hizo un gesto hacia los interminables estantes—. Pero no importa. Este volumen, para ti… *eres* tú, por ahora, hasta que encontremos los otros… y por tanto es de gran interés.

—¿Es mi historia? —preguntó Jebrassy.

—No exactamente. Y no del todo.

Y Jebrassy comprendió.

—También es *su* historia —dijo—. Aquel con el que estoy entrelazado.

—Me preguntaba si lo encontrarías con facilidad —dijo la personificación, y señaló a la inmensidad—. Posees unos instintos excelentes.

—¿Cómo es posible que *alguien* encuentre algo aquí? —preguntó Jebrassy—. Es decir, ¿realmente todo esto está comprimido a algo del tamaño de un guijarro? Un pequeño lugar para contener tanto.

—Cierto. Todos estos buscadores… su mayor alegría es ejecutar su tarea una y otra vez, en secciones tan vastas de su propia cronología

especial que ni siquiera mi yo completo puede concebirlas. Pero todo esto, dentro del guijarro, como dices tú, no es infinito. Es limitado. Como la Babel en sí.

—Hay un número llamado *pi* —dijo Jebrassy, orgulloso de sus conocimientos—. Empieza tres décimas uno cuatro uno cinco… y demás, para siempre. Aquí no está representado, ¿cierto?

—Aquí no se puede representar por completo nada que sea infinito. Hay segmentos de pi, por supuesto, impresos en muchísimos de estos libros; supongo que podría encontrarlos todos, disponerlos de principio a fin y luego seguir cargando con volúmenes para colocar en la línea, encajándolos, una y otra vez; pero *eso* llevaría para siempre, mucho más que el tiempo dentro del guijarro. No. Aquí no está contenido pi, ni ninguna otra constante o número infinito… ni siquiera narraciones infinitamente largas, que se asume que existirán en algún lugar. —Una vez más, la personificación manifestó diversión de progenie, dedo a la nariz—. Una narración que precisa de un editor infinito, ¿no? Pero aquí existen todas las ecuaciones que pueden producir pi. Y si lo deseases, podrías tomar una de esas ecuaciones, o todas ellas, y generar ese número a cualquier longitud que desees, sin necesitar en nada más lo que esté impreso en esos libros. Y ahí radica por igual la gloria y la tristeza de esta Babel. No está terminada. Las narraciones que contiene no están vivas, no reverberan con la imprevisibilidad, la infinitud, la repetición de la existencia real. Incluso en su inmensidad, una Babel no es más que una simiente. Un mapa. Un maestro perdido en las nieblas de la Brillantez dijo en una ocasión: «El mapa no es el territorio».

Jebrassy lo meditó. Lentamente, su rostro se iluminó.

La personificación comprendió su reacción y tomó un libro del estante, sopesándolo.

—En realidad, no generamos de una tacada volúmenes tan grandes. Eso sería malgastar recursos. Generamos cadenas de símbolos mucho más cortas, longitudes óptimas, y luego las pasamos por analizadores en busca de conexiones gramaticales empleando reglas simples. Lo que nos ayuda a montar y construir textos más largos… y todas sus variantes. Sólo entonces

los encuadernamos y los catalogamos. Los textos sugestivos, los textos con sentido extendido, tienen una forma de ser comprensible. Se les puede codificar y reducir sin pérdida. Los más aleatorios o sin sentido no se pueden reducir.

»Por tanto, desde mi perspectiva exterior, la Babel en el interior del guijarro manifiesta regiones de densidad. Y las buscamos, aunque encontrarlas no es más que el comienzo. Pi, por ejemplo, es totalmente aleatorio; yo mismo lo demostré hace muchas eras, y no se puede comprimir, sólo se le puede colapsar en forma de ecuación… y una ecuación es como una fábrica. Curiosamente, pi en la circunferencia del minicosmos es muy simple: sólo 2. ¿Sabes por qué?

Jebrassy parpadeó. Todavía no había estudiado esas cuestiones. La personificación siguió hablando sin pausa.

—Y por supuesto, hay una simetría… muchas formas de simetría. Por ejemplo, la mitad de la biblioteca refleja la otra mitad… los mismos textos, pero invertidos. Podemos eliminarlos. Hay muchísimas otras técnicas, algunas muy simples, otras extremadamente dificultosas, inventadas a lo largo de media eternidad, algunas mías, otras creadas por personas cuya identidad se olvidó hace mucho tiempo.

—Se han olvidado tantas cosas —dijo Jebrassy—. ¿Por qué? Si podéis construir Babeles, ¿no se pueden preservar las historias reales para que todos las encuentren?

A la personificación le agradó la pregunta.

—Quizás. Aunque no debemos minusvalorar esa tarea; saberlo todo, en todas partes, es imposiblemente difícil. Pero los Shen no revelaron sus técnicas hasta mucho después de que las ciudades de la Tierra encontrasen gravoso mantener sus registros. Bajo el Kalpa, las bibliotecas levantadas de la historia de la Tierra son los cimientos de los biones que quedan… recuerdos y registros aplastados y enterrados, no mejores que la capa de roca antigua. Trágicamente, la única forma de acceder a partes de ese pasado es observar cómo el Tifón las digiere, las despedaza y las lleva hacia nuestros momentos finales… guiadas por las asociaciones de entrelazamiento entre vosotros y vuestros visitantes. Nuestros soñadores.

—Qué triste —dijo Jebrassy—. Pero eso significa que el Tifón tiene un propósito.

—Veo que sería un buscador excelente —dijo la personificación—. Pero no serías feliz. La verdad, yo ya no soy feliz aquí. Falta algo.

—¿Vida?

—Sorpresa. Imprevisibilidad. El territorio. Todo está dispuesto en esos estantes, aguardando a ser descubierto… pero está fijo. Cuando se plante la simiente y esos textos se conviertan en parte del nuevo cosmos, todo cambiará. La tontería será tan valiosa como las narrativas. Porque un multiverso se construye a sí mismo sobre todo a partir de tonterías ilegibles, y nadie puede estar nunca totalmente seguro de qué texto es verdaderamente inútil.

Jebrassy abrió el libro para leerlo, pero las letras se difuminaron.

La personificación volvió a hablar.

—Todavía no, joven progenie. Hay un indicador verdadero, un marcador fiable de lo real. —Todo empezaba a girar y a difuminarse, pero las palabras de la personificación permanecieron claras en su mente mientras descendía las escaleras en espiral, como guiado por un viento tremendo pero suave; siguiendo los estantes, bajando, bajando y de lado, y bajando otra vez, de regreso a la Gran Puerta, que se cerró de golpe en cuanto él pasó.

La voz de la personificación le siguió hasta la mesa dorada.

—Cuando abres un libro dentro de una Babel, el texto es prístino, puro… marcas negras sobre papel blanco. Nada manchará los textos o interrumpirá tu concentración. Pero ahí fuera, en lo que queda del viejo universo y lo que será el nuevo, en el *territorio* por venir, abrirás un libro, leerás una página…

»Y un ser vivo, diminuto, sorprendente y perverso, recorrerá esa página, esa historia, sorprendiéndote… hasta que lo reconozcas y sonrías. Está vivo… un ser simple, un bicho, pero piensa, a su modo está vivo, y lo más importante, no está *leyendo*. No es parte de la biblioteca. Camina sobre el texto, inesperado y vital.

—Hasta que yo cierre el libro de golpe —dijo Jebrassy.

—Ah, pero no lo harás. Esa criatura es el símbolo final de ella, la que reconcilia, que permite el desarrollo de la memoria y por tanto del tiempo. Una amiga de la madre de las musas, Mnemosina, y la primera señal de un nuevo cosmos.

»La verdadera creación desarrollándose, lo que vive y camina sobre las palabras, lo que la araña entre las líneas aviva.

72

El Caos

No había forma de saber cuánto habían caminado, pero ya no podían ver el Kalpa. Los tres biones y la Torre Rota habían desaparecido. Ni siquiera se podían ver cuando descendieron la depresión de piedra.

El camino de regreso tendría que ser diferente… si regresaban alguna vez, o si deseaban regresar.

El rayo gris de filo de cuchillo se movía sobre sus cabezas, provocando un hormigueo en el cráneo de Tiadba. Pahtun les había dicho que provenía del Testigo… algo o alguien que se debía evitar si era posible.

Los botes estelares —los cientos o quizá miles de conchas vacías que vieron desde la cresta opuesta— también habían desaparecido. Al llegar al fondo de la depresión sólo encontraron filas rotas y desiguales de fragmentos ennegrecidos, perfiles de cascos oblongos casi ocultos por montones de gravilla gris y negra. No muchas opciones de explorar y satisfacer su curiosidad.

Descansaron en la depresión, montando un generador de realidad y produciendo una burbuja de calor y protección mientras se quitaban los cascos, se quitaban las armaduras, se rascaban donde era necesario e intentaban sentirse normales.

Frinna y Herza jugaron al cuentasalto, haciendo un agujero en el montón de arena y disponiendo círculos de guijarros grises y negros alternados.

En el interior de la burbuja del pequeño generador, su visión del paisaje circundante adoptó un cariz inquietante. Las ciudades rotas al otro lado de la depresión se agitaban como reflejos en el agua. Sólo cuando se volvieron

a colocar las armaduras y los cascos, y apagaron el generador, regresó con claridad sus inmensas conchas hemisféricas y sus pisos expuestos.

Tiadba consideró una buena señal que los poros emisores de luz se hubieran reducido en número y estuvieran cada vez más apartados; no tenían que lidiar con demasiados de sus glóbulos.

—No entiendo nada de esto —se quejó Denbord al retomar la marcha.

—Seguimos la baliza —dijo Khren, fingiendo estoicismo. Tiadba le había visto frotarse los pies y murmurar para sí durante la estancia en la burbuja.

—¿Dónde están esos ecos? —preguntó Nico. Su silencio había sido el más prolongado, quizá para ocultar la decepción de no poder ver de cerca los botes estelares—. Se nos prometieron ecos peligrosos, ¿no? Y aprenderíamos algo nuevo.

Nadie respondió a esa mala chanza. Caminaron hasta la parte superior de la elevación y se volvieron para ver, a sus espaldas, que la depresión se había invertido para convertirse en una cresta elevada, una colina larga y continua, y que las líneas de inmensos botes espaciales habían regresado, soportes y todo. Más aún, mirando hacia delante, las ciudades rotas habían desaparecido, reemplazadas por un bosquecillo reluciente de árboles pequeños que salpicaba colinas negras y bajas.

—Excesivo —murmuró Denbord.

Los exploradores, para meditar sobre sus opciones, formaron una línea a unas docenas de pasos del primero de los árboles.

—No parece peligroso —dijo Shewel, retorciéndose en el interior de la armadura. Aparentemente no había dado con todos los lugares que era preciso rascar.

—¿Es peligroso? —le preguntó Tiadba al traje. En ocasiones la armadura respondía a una pregunta directa… si poseía la respuesta. En esta ocasión, cuando a Tiadba le pareció ver formas pequeñas moviéndose entre los árboles, no hubo respuesta durante unos incómodos momentos.

—Ahí se está produciendo evolución —dijo al fin el casco—. Hay que informar.

—Buena suerte —dijo Shewel—. ¿No sabe que no podemos hacerlo?

—¿Qué es evolución? —preguntaron simultáneamente Frinna y Herza.

—Ajustes para mejorar la supervivencia en condiciones cambiantes. En ocasiones, los ajustes estabilizan las condiciones.

Macht bufó.

—¿Qué significa eso cuando está tendido? —preguntó Shewel.

—Podría haber buenas oportunidades. Condiciones de realidad y estabilidad sostenidas sin máquinas o herramientas. Podrían interferir con las armaduras y generadores o reforzarlos.

—Eso es definitivo —dijo Shewel, y añadió un bufido propio.

—Giraos —dijo la armadura de Tiadba.

Todos se giraron y vieron figuras lejanas, exploradores protegidos muy similares a ellos… treinta o cuarenta, que descendían la cresta, pero inclinados hacia delante, como si subiesen en lugar de descender.

Se aproximaron, llegando a una distancia aparente de unos cien pasos.

—¡Más exploradores de la ciudad! —dijo Khren con alegría, y fue a echarse a correr hacia ellos. Tiadba le agarró el brazo.

—Preparaos para huir —les aconsejó la armadura—. El peligro a la espalda es mayor que el peligro por delante.

—¿Ecos? —preguntó Tiadba.

—Son ecos —afirmó la armadura.

Los otros exploradores —del tipo que fuesen— se movían con pasos lentos y cansados, pero parecían avanzar rápido hacia ellos. Khren gimió. Ahora veían claramente que las armaduras de esos progenies se hacían pedazos. Los casos eran jirones sobre los hombros caídos. Las caras de los ecos estaban arrugadas, oscuras, con los ojos hundidos, agotados y desesperados… desenfocados.

Parecían estar *ciegos*.

Y no iban a ninguna parte… repetían movimientos interminables. *Ecos*.

—Montad el generador, enfocad la burbuja para que sea lo más pequeña posible —dijo Tiadba, comprendiendo que la armadura no le hablaba pero que aun así recibía instrucciones, imágenes rápidas en la mente. Sus compañeros obedecieron rápidamente y se reunieron bajo un pequeño

hemisferio trémulo, como compañeros de inclusa recién entregados, todo lo juntos que podían, uniendo manos, brazos, piernas, mirando al exterior.

Los ecos ciegos dejaron atrás la burbuja, para luego virar hacia el bosque disperso de árboles bajos, donde dieron con las ramas relucientes… para estallar como pompas de jabón, dejando atrás motones como de plástico que colgaban de las ramas y luego se convertían en polvo que salía volando.

—¿Dónde está Perf? —preguntó Shewel. Palparon por el grupo y Tiadba se obligó a pasar por entre la masa para poder mirar. No estaba. Gritaron y le llamaron, pero no se atrevieron a romper el hemisferio.

Luego Tiadba le vio, a diez pasos, inclinado en un grupo de exploradores ciegos, agitando lentamente los brazos como si nadase en un líquido espeso, intentando mantenerse recto.

Las armaduras rotas y fragmentadas de esas formas grises, descompuestas como estaban, se fijaban a su traje allí donde le rozaban, transformándolo de un rojo llamativo a un gris muerto, y luego, pelándola como la piel de una fruta madura, haciéndole girar cada vez que arrancaban un trozo.

Los progenies en la burbuja observaron sin poder hacer nada, paralizados por el horror, cómo Perf giraba y bailaba y finalmente quedaba desnudo sobre la superficie de guijarros negros. Más ecos grises y cansados pasaban a su alrededor y *a través* de él, limando su integridad hasta que se convirtió en un maniquí translúcido, titilante y que se agitaba como si estuviese formado por gelatina.

Y luego simplemente se convirtió en polvo. Su polvo voló, perdiéndose entre los jirones púrpura y negros del cielo.

—¡Vienen más! —gritó Khren señalando la cresta. Miles de falsos exploradores, exploradores muertos, ecos, fuesen lo que fuesen, allí reunidos moviéndose en oleadas desesperadas para unirse a la destrucción aparente contra el bosque de árboles relucientes.

—Son los que no llegaron hasta aquí —dijo Nico—. ¿Por qué quieren matarnos?

—¡Acercaos más! —gritó Tiadba, viendo la imagen claramente en su mente y sintiendo cómo sus músculos respondían, sintiendo cómo todos respondían simultáneamente, protegidos y controlados por los trajes.

El hemisferio se contrajo y se volvió plateado, absorbiendo alrededor de sus formas, pegándose sus trajes. Tiadba se sintió empujada contra el soporte que sostenía el generador; vio cielo, horizonte, todo, inclinarse y girar, sin tener ya en su visor ninguna pretensión de aproximación visual, dedicándose toda la energía a la simple supervivencia.

Por primera vez estuvieron cerca de «ver» el Caos tal y como era en realidad. Una imposibilidad, evidentemente. Dolía tanto que no podía moverse ni emitir sonido. Las armaduras reemplazaban esas percepciones incomprensibles con capas cambiantes de color. O al menos Tiadba creía que debía ser cosa de la armadura… no había forma de saberlo con certeza, apenas ninguna forma de pensar.

Algo, un fragmento de preocupación, parecía surgir de su visitante; en el móvil y confortable mar de colores, podía sentir a la otra, como si se esforzase por ver, diciendo: *antes de congelarte y morir, sientes calor*…

73

El almacén verde

Glaucous arrinconó a Daniel mientras Bidewell escoltaba a Jack y Ginny hacia la puerta sur.

—Dispone de trucos. Nos espiaste cuando hablamos… le oíste.

Daniel sonrió:

—¿Tú *me* estás advirtiendo?

—Quiere algo. Él te entregaría con tanta seguridad como lo haría yo.

—O harás —dijo Daniel—. ¿Qué pasa si la Princesa de Caliza se presenta ahora mismo?

—Perdida en la grisura, como Whitlow, como la Polilla, pero ahora comprendo que no por mucho tiempo —dijo Glaucous, y movió los ojos nerviosamente—. Casi puedo presentir el regreso de todos ellos. Esto se está convirtiendo de nuevo en su territorio. Necesito un compañero —añadió, más nervioso aún al comprobar que Daniel no parecía tener miedo—. Los dos precisamos compañeros. Cuando nuestra Señora regrese… Solos estaremos desequilibrados, desprotegidos.

—Tú eres cazador, yo soy presa —dijo Daniel, bajando la cabeza para mirar al rostro levantado de Glaucous, haciendo una mueca al sentir el olor mohoso apenas oculto por el anís—. No lo olvides.

—En mi época dejé escapar a algunos pájaros —dijo Glaucous, limpiándose la boca—. En mi época hice mis buenas acciones, las hice.

Daniel agitó la cabeza para luego volverse hacia la puerta.

Glaucous le llamó.

—Yo no soy el único cazador. Y *ella* no es el único peligro.

Daniel se unió a los otros tres.

—Espero que vuestro señor Bidewell sepa de lo que habla.

Bidewell les miró, resignado.

—Estoy seguro de que el señor Iremonk sabe de estas cosas a nivel práctico. —Se sacó un anillo de llave del bolsillo del mandil. Del pestillo de acero de la puerta colgaba un candado de hierro negro. Mientras las damas esperaban a cierta distancia, y Glaucous se acercaba, las manos estiradas hacia el calor de la estufa, Bidewell alzó el anillo y agitó tres llaves.

—Éstas son las instrucciones. Seguidlas con atención.

»Jack, ve al fondo y abre la puerta a la izquierda… la de la izquierda, no la de en medio o la derecha. Ginny, tú irás después de Jack y abrirás la de la derecha… no la de en medio y tampoco la de Jack. No las toques. Jack, izquierda… Ginny, derecha. Daniel…

—Puerta de en medio. Comprendido.

—Las habitaciones deberían ser cómodas… ni calientes ni frías. Una ventana pequeña, con luz suficiente para ver. Hace cien años que no entra nadie. Ningún observador ha sido testigo de nada en su interior. Exceptuando una vieja silla e, imagino, algo de polvo, las habitaciones están vacías y limpias.

Jack miró a Ginny. Una chica extraña. Le devolvió la mirada con ojos bien abiertos y mirada neutra, como si no le reconociese, como si no se hubiesen visto nunca y ella no quisiese saber nada de él. Ginny se había perdido en el momento, aparentemente de forma mucho más profunda que él.

La expresión de Daniel indicaba: *estamos locos de atar, vamos a seguirle la corriente al viejo*.

—Vuestro tiempo con Mnemosina será difícil de estimar… pero desde nuestra perspectiva, aquí fuera, pasará con rapidez. Como mucho, unos minutos. A vosotros… podrían pareceros años.

Bidewell tomó una enorme llave de metal, verde por el tiempo, y abrió la cerradura. Mientras las damas del grupo de lectura observaban desde su

lejano charco de calor y seguridad, rodeadas por altos estantes y escaleras, los estantes más altos perdidos en la tiniebla sobre la estufa y las lámparas de plafón verde colocadas sobre la mesa, Bidewell abrió la puerta de madera. Gimió, y trocitos de pintura cayeron de la parte superior de la jamba. El aire frío rozó los pies de Jack como si fuese el fantasma de un perro impaciente.

—Tú primero, joven Jack.

Sintió la presión de los ojos sobre la espalda y, estremeciéndose, pasó.

—*Bonne chance* —murmuró Glaucous cuando Bidewell cerró la puerta.

La estancia alta y larga al otro lado de la puerta se encontraba a oscuras, exceptuando un rayo de resplandor púrpura del cielo que surgía de una ventana, cruzaba a su izquierda, sobre su cabeza, y pintaba un cuadrado pálido en la otra pared. El espacio intermedio era algo estrecho y estaba vacío. Las viejas tablas eran antiguas y grises.

Entrecerrando los ojos, Jack pudo distinguir los rectángulos de tres puertas encajadas en la pared opuesta. La vista se le acostumbró. Los sonidos del exterior parecían caer del cielo, suavizados, menos importantes.

Jack cruzó y fue hacia la izquierda, plantándose en esa esquina, observando la forma en que las altas paredes y las vigas del cielo se unían. Normalmente, se abalanzaría y amarraría líneas de mundo como Tarzán atrapaba lianas, a montones. Pero todos los senderos posibles se habían cortado o convergían a *Entro, no entro*… una opción angular.

Había llegado a su punto cero. El momento cero.

Dio un paso alejándose de la seguridad de la esquina. Se rio de sí mismo, inseguro, pero la risa murió y casi dejó de respirar. El espacio intermedio estaba vacío, pero él no estaba solo. Algo esperaba a que escogiese. Esperaba, midiendo con infinita paciencia los latidos de su corazón y, sin embargo…

—¿Qué quieres que haga? —susurró Jack.

Tres puertas, seis decisiones.

Pero aun así… sólo dos destinos. No era realmente una respuesta y tampoco tenía sentido. Lo que hiciese cada uno de los tres parecía no estar relacionado, no parecía combinarse.

Aun así, dio los dos pasos necesarios para situarse frente a su puerta. El pomo estaba recubierto de verdigris. Metió la llave. Metal viejo, difícil de girar. La agarró con fuerza, giró desde el hombro y después de varios intentos algo se soltó, el viejo mecanismo se liberó y su puerta se abrió con un simple roce.

Era asombroso que en tantos años se hubiesen producido tan pocos cambios.

Apenas podía oír la ciudad muerta o moribunda del exterior, casi podía creer que se encontraba en un barco que navegaba por un océano lejano y tranquilo, escuchando la radio que sonaba en otro camarote, sintonizada con una desconocida emisora de música independiente —logró sonreír— KRAK, Ragnarok AM.

La paz le anegó, y toda su culpa, indecisión, preocupaciones y temores se evaporaron, dejando atrás simplemente a Jeremy Rohmer. Ni siquiera hacía falta la fachada de *Jack*. Jeremy, el nombre que le había puesto su madre.

La habitación al otro lado de la puerta era estrecha, larga y alta. Bidewell había dividido el extremo del almacén en tres rectángulos iguales. En lo alto de la pared del fondo, una única ventana dejaba entrar penachos de luz incómoda. La forma en que entraba la luz contradecía el ángulo de la fuente en el espacio anterior de las habitaciones.

Jack se aproximó a la sencilla silla blanca, cubierta de una gruesa capa de pintura en el asiento y el respaldo cuarteado por la edad. Se volvió, miró arriba y luego se sentó lentamente.

Cruzó los brazos.

Alzó las cejas a las altas esquinas.

Tras un rato bostezó. El sonido en sus oídos zumbaba con la presión del bostezo y su mandíbula restalló, ocultando un sonido, una voz en lo más profundo de su cabeza.

¿…tu primer recuerdo?

Jeremy se estremeció, preguntándose si se habría quedado dormido. Pero seguía solo con la puerta bien cerrada.

Volvió a estremecerse al sentir dedos rozándole los brazos. Luego se hundió de nuevo contra la silla. Podía sentir que empezaba. Su yo se rompía como un capa de hielo y los recuerdos surgían como el agua.

El padre de Jeremy se los llevaba en coche desde Milwaukee, en busca de un lugar nuevo para vivir… seis meses después de la muerte de madre, tres meses después de un último y, como resultó al final, trabajo final en El Margen Cómico de Chuck, un mes después de que Jeremy se rompiese una pierna intentando hacer malabarismos mientras iba en uniciclo.

Tenía quince años.

—¿Has oído hablar del Guardián Sombrío? —le preguntó su padre.

—¿Qué es eso, una banda? —preguntó Jeremy.

—No.

La tierra pasaba al otro lado de las ventanillas: desiertos planos y pueblecitos del desierto de casas bajas y marrones, puestas de sol de tonos pardos y rosa, el cielo de la tarde deslumbrante con cumulonimbos, nubes como ovejas pastando en interminables prados azules.

¿Me rompí la pierna?

En la habitación vacía la pierna le dolió de pronto. Alargó la mano para frotársela.

Bidewell abrió la puerta por segunda vez y Ginny entró. Si Bidewell dijo algo, Ginny no le oyó. El alto pasillo al otro lado se extendía por el ancho del almacén. El aire olía frío y cargado. Miró a la puerta más a la izquierda… la puerta de Jack. Cerrada, en silencio. Lo que estuviese pasando al otro lado no producía ruido.

Bidewell cerró la puerta. Aspirando rápidamente, casi un hipido, Ginny caminó lentamente a la derecha, metió la llave y la giró. Agarró el pomo, pero vaciló antes de entrar en su habitación. Era extraño que aceptase ese posesivo sin discusión.

Nadie había atravesado esa puerta desde hacía cien años. Lo que esperaba dentro debía ser suyo.

En el exterior, la destrucción grave y hueca seguía moliendo el tiempo y la Tierra como trigo bajo un molino de piedra, y no le importaba. En esta habitación, pensó, podría acabar pronto. Lo que ella sabía —la pesadilla que conocía su *otra*— no se podía reconciliar, ni siquiera podría lograrlo una musa magistral o lo que fuese Mnemosina. Dios. Diosa. Demiurgo. Ama de casa del creador, barredora de desastres sin resolver. Hermana de buen corazón de la horrible Princesa de Caliza, que era blanca pero debería haber sido negra: Kali, *kala*… tiempo en sánscrito, a la vez descolorante y ennegrecedora. Ginny había leído algunos de los libros que Bidewell le había dejado, sacado de un estante etiquetado como Nunc, Nunquam… en su mayoría, mitología griega e hindú. Pero nada de lo que decían parecía corresponderse del todo con lo que Bidewell describía.

El tiempo antiguo ha terminado, o pronto terminará. Deben formarse nuevos recuerdos. Se forjará un tiempo nuevo. ¿Quién alimentará la forja?

La memoria comienza y termina con el tiempo.

Esas palabras o impresiones, menos que palabras pero sentidas más profundamente, pusieron de pronto furiosa a Ginny. Bidewell la ponía furiosa. Jack y Daniel la ponían furiosa. Ninguno de ellos encajaba en la vida que hubiese querido tener. Quería *irse*. Tenía que marchar. Quería saltar entre las líneas, soltarlos… dejar que se alejasen flotando.

Pero en lugar de volver para echarse a correr, volvió a agarrar el pomo de la puerta, lo obligó a girar —se trabó, ella hizo una mueca— y luego la puerta se abrió y miró a todo lo largo de la habitación que había al otro lado, perpendicular al pasillo, extendiéndose hasta el fondo del almacén.

La ventana encajada en lo alto de la pared del fondo mostraba un lamento doblado y llameante del sol roto que se había tragado a la luna moribunda.

En medio de la habitación se encontraba la vieja silla blanca, como había prometido Bidewell. La pintura del asiento y el respaldo se había cuarteado después de un siglo de enfriarse y calentarse tranquilamente.

Ginny tragó y dijo:

—Aquí estoy. —Se situó junto a la silla, colocando una mano sobre el respaldo curvo. Luego se dio cuenta de que no había cerrado la puerta y se volvió para regresar. Pero la puerta jamás había sido abierta.

Una sombra se apartó, retirándose de la silla… una equivocación de la vista.

Ella era la sombra.

Se sentó.

Bidewell abrió la puerta.

—Deprisa —le dijo a Daniel. A su alrededor todo el almacén se estremeció por la confusión entrecortada del exterior.

Daniel sentía una confianza absoluta. Nunca más que ahora. Podía ganar. Podía incluso derrotar al Término. *Alguien* lo superaría… en caso contrario, ¿para qué iban a estar reunidos aquí, qué sentido tendría toda esta farsa?

Estaban los dos jóvenes —más jóvenes que Fred— y en caso necesario siempre estaba Glaucous, en cierta forma sin edad, y sin duda un sujeto duro. Pero Daniel supo instintivamente que, pasase lo que pasase, no podría transferirse a Bidewell. No quería quedarse atrapado en el almacén y Bidewell jamás abandonaría este lugar, y probablemente no sobreviviría a su destrucción.

Tampoco podía escoger a ninguna de las damas. Con una puntada de dolor, había visto uno de sus libros verdes sobresaliendo de un bolso, el lomo decía 1298. La mujer con la bata de médico, Sangloss, parecía mirarle con interés clínico. Las otras simplemente pasaban de él. Casi podía oler sus sospechas. En cierta forma, eran más fuertes y probablemente estuviesen mejor protegidas que el propio Glaucous.

No eran para él.

Glaucous ocupaba un banco bajo, observando ese pequeño drama con una sonrisa fija.

—Adelante —le dijo—. Aquí no hay nada para ti.

Cuánta razón tenía. Una vez que la puerta se cerrase, Bidewell, Glaucous y las damas podrían desvanecerse por completo. Todo el almacén podría elevarse como una pluma quemada. Podría suceder cualquier cosa, pero él sobreviviría.

Daniel cruzó. Bidewell cerró la puerta exterior. Las puertas interiores a izquierda y derecha estaban las dos cerradas y en silencio. Podía imaginarse a Ginny y a Jack sentados en esas dos habitaciones, aburridos, esperando a que pasase el tiempo suficiente para que Bidewell lo convocase de nuevo y se disculpase. Estaba claro que el viejo no tenía ni idea de lo que pasaba.

El almacén zumbaba como una cuerda en resonancia. Ansiaba unirse al vasto desmoronamiento. Ansiaba morir.

Daniel se acercó a la puerta de en medio, giró la llave y agarró el pomo. Se aseguró de atrancarla al pasar. No entraría nadie. Tenía que guardar las formas.

En la larga habitación que había al otro lado, se sentó en la silla blanca, inclinado hacia delante. Y esperó.

Con miedo.

El viejo Dodge subía unas colinas bajas y pronto habría montañas, pero Jeremy no sabía dónde estaban y tampoco le importaba en exceso.

Estaba hundido en una esquina del asiento trasero, con la escayola, extendido casi todo al ancho del viejo coche. Estaba de mal humor. No era tanto un estado de ánimo como un imposible túnel de cemento, sin final, sin salida. Ryan, su padre, se moría, lo que implicaba que al final se quedaría sin nadie, se quedaría sin nada excepto sus habilidades rudimentarias: labia mediocre y la magia tosca e inicial que Ryan había logrado enseñarle.

—Tuve un sueño con ese Guardián Sombrío. Es una especie de robot volador —dijo Ryan—. Viene a ti cuando mueres. Te lleva con él. Supongo que es como un basurero.

—Viene a por *ti*, no a por mí —dijo Jeremy, y luego deseó poder retirarlo.

Ryan sonrió como un mapache.

—Exacto. En el sueño estaba en un lugar, una especie de cueva enorme con un cielo brillante, llena de gente diferente. Orejas pequeñas, pelaje tupido en lugar de pelo. Sólo recuerdo un poco. He estado allí en un par de ocasiones. Eso es lo que la gente del sueño llama muerte… la llaman el Guardián Sombrío. Da mucho miedo, excepto en que en ese lugar jamás se lleva a los vivos… y nadie enferma. Luchan, pero no se matan. No roban nunca. Crían hijos, pero no los *tienen*, los niños se entregan como si fuesen paquetes. Como las cigüeñas dejándote bajo una hoja de col. Raro, ¿eh?

Jeremy se sentó en el asiento trasero, recolocó la escayola, inquietado por un recuerdo fantasma. Intentó recordar dónde se encontraba realmente. No podía asir la idea…

Su padre siguió hablando:

—Celebran festivales y lo que llaman pequeñas guerras, donde los tipos duros reciben buenas palizas para desahogarse. Interesante, ¿eh?

—Los sueños detienen en seco el espectáculo, papá. Tú me lo dijiste.

—Bien, éste es realmente emocionante. No dejo de preguntarme qué pasará la próxima vez que sueñe. Y es consistente… excepto que la pasada noche, en el motel de Moscú, cambió. Me encontraba en una parte diferente del mismo lugar. Algunas de las personas eran más altas. Estaban repartiendo trajes rojos, amarillos y verdes, como armaduras blandas, a los más pequeños. Herméticos, como trajes espaciales, pero no sólo ofrecían aire y calor, sino… es difícil de describir. Los trajes *mantenían unidos cuerpo y alma*. —La voz de Ryan se volvió reverente, como si creyese absolutamente, como si estuviese reviviendo el momento.

—Tenías una pesadilla —dijo Jeremy—. Me despertaste.

—Me golpeaste en la cama con tu maza de escayola —dijo Ryan, mirando por encima del asiento—. Sígueme la corriente, Jeremy. Va a ser un largo viaje. Ahora más que nunca.

El comentario le dolió tanto, que Jeremy pensó que era injusto.

—Estoy escuchándote, ¿no?

—No vamos a tener muchos más días como éste, ya sabes, así que pensé que podría transmitirte algo de lo que significa ser tu padre, algo de sabiduría paterna, por chiflada que sea.

Jeremy no sabía si su padre sentía pena de sí mismo o expectoraba un mal chiste. (Ryan llamaba «expectorar» a contar un mal chiste, como expulsar un trozo de comida o la flema atrapada en la garganta: «intentas contar un chiste y te atragantas, ¡pero para! No intentes expectorarlo. Mal chiste con el público inadecuado»).

—Imparte —dijo Jeremy, preparándose para sufrir en relativo silencio, porque Ryan se *moría*, de eso estaba seguro, aunque por supuesto nadie le contaba nada directamente.

—Vale. —Ryan pensó durante un momento, frunciendo el ceño por la concentración—. Esos trajes les mantenían con vida y unidos en una tierra tenebrosa y desagradable donde no hay reglas. Pero la gente de las orejas pequeñas, mis amigos y yo, vamos a ir allí, a la extrañeza, y la gente *superior*, los tipos altos, nos visten. Ellos no irán. Puede que no puedan, pero nosotros, los pequeños, sí podemos. Raro, ¿eh?

—Del todo —dijo Jeremy—. Yo nunca tengo sueños así.

—Cuando cambian las cosas, los sueños cambian. Antes tenía sueños normales. ¿Con qué sueñas tú?

—Carreteras. Sapos y carreteras. —Jeremy había preparado todo un espectáculo muy divertido sobre sapos cruzando una carretera, truculento e hilarante—. Quiero soñar con mamá.

—Ya.

Ryan condujo durante un rato sin decir nada.

Mi padre estaba gordo. Quería ser comediante. Era lo que le había contado a Miriam Sangloss en la clínica.

El padre de Jeremy era pelirrojo, con poco pelo, un rostro redondo y el cuerpo de un jornalero del espectáculo: músculos enormes, grandes huesos, piel rojiza con pecas, lo había descrito mamá en aquella ocasión memorable en la que había pintado a Ryan con tatuajes de flores y bestias para un desfile en Waukegan. En aquella época ella actuaba en una película, un trabajo que pagaba de verdad, y se quedaron unas semanas después del final del rodaje, haciendo teatro local y, por supuesto, ese desfile, lo que había resultado muy divertido.

Jeremy tenía once años. Con los dedos contó los días después del desfile, los días hasta la muerte de su madre. Cuatro.

El Dodge había llevado a Ryan y a Jeremy por Montana, Idaho y Oren. Habían parado en Eugene, donde Ryan había trabajado en un pequeño circo propiedad de un hombre que había sido novio de mamá. Ryan y el propietario pasaron una noche bebiendo y llorando… *muy* raro, había pensado Jeremy.

Dejaron Eugene para ir a Spokane, atravesando el desierto oriental. Su último viaje.

—Todos perdemos a nuestras madres —dijo Ryan en ese viaje—. Toda madre, desde que el mundo es mundo, ha muerto. El recuerdo es la madre de todos nosotros, Jeremy.

Y ahora —*Nunc*— estaba sentado en una silla.

Todo significa, nada es en sí mismo. Te haces llamar Jack porque es un nombre seguro. Hay tantos llamados Jack que puedes ocultarte; pero es un nombre fuerte, universal.

Lo extraño, como si en su vida sólo hubiese un único detalle extraño y singular, era que sentado en esta habitación no le resultaba nada difícil creer que aquel viaje por carretera con su padre era su primerísimo recuerdo, su primera experiencia de estar vivo. Lo que sucedió antes —la muerte de su madre, el inicio del viaje, la rotura de la pierna— era como el sonido de la ciudad moribunda en el exterior de esta habitación alta y vacía: presente, pero poco convincente.

Hay un número, asignado a volúmenes dispuestos en un estante inexistente en una época muy alejada del ahora, esperando a ser reconciliados. Esperando que se tomen opciones. ¿De dónde vienes realmente, *Jeremy?*

¿Quién es tu madre real?

¿Y por qué te busca?

Ginny cerró los ojos. Estaba de nuevo en Milwaukee, luego en Filadelfia. Otra vez con sus padres.

Rara vez permanecían en un lugar más de unos pocos meses. Y cuando se trasladaban, lo disponían todo de forma que no dejaban atrás ninguna impresión… nadie los recordaba. Unos años después podrían haber regresado a las mismas ciudades, haber ocupado las mismas casas, y les habrían recibido como nuevos. Pero nunca lo hicieron.

—No dejamos huella —le dijo a Ginny su madre cuando era niña.

Ginny recordaba sus intentos por hacer amigos, conocer chicos. Pero luego, inevitablemente —agotada y desanimada— su familia se quedó demasiado tiempo en un lugar y todo ese asunto de la memoria se volvía contra ellos. Su madre se alejó o simplemente se desvaneció, como borrada de una gigantesca pizarra. Unas semanas después, su padre también se desvaneció. Quizá los atrapasen recolectores, como el hombre de la moneda o Glaucous. Quizá sus padres se sacrificasen para protegerla. Jamás conocería la respuesta. Era como si toda su familia no hubiese vivido jamás. No había ninguna prueba de que *hubiese* vivido, excepto la piedra biblioteca.

Sola, portando la sumadora, comenzaron los sueños… y descubrió que podía desplazar.

Había avanzado mucho. Toda su vida se convirtió en un sueño largo y desagradable; sus dos vidas, *aquí y allí*. Fue la curiosidad por *allí*loque la hizo caer en los problemas actuales.

Pocas semanas después de la partida de su padre, Ginny subió a un autobús de línea y miró por la ventanilla manchada a los kilómetros ondulantes de campos y colinas. En Filadelfia vivió en las calles durante meses. Incluso en las mejores circunstancias la gente de la calle olvidada. Decidió que no era lo que necesitaba.

Pronto hizo autostop hasta Baltimore, donde arrancó el número de un anuncio en un tablón y esa misma noche llevó la mochila a la vieja casa de dos dormitorios ocupada por góticos y pastilleros… decidida a asentarse, a permanecer un tiempo, a dejar huella. Por primera vez desde la desaparición de sus padres se sintió cómoda, se sintió en casa… durante un tiempo.

Luego abandonó la casa de Baltimore y llamó al número del anuncio en el periódico.

Ginny miró a la pared vacía, a la pintura descascarillada, a las sombras que se desplazaban lentamente sobre los tablones de madera.

¿Esto es lo que escogiste?

¿Hay un pasado mejor para ti?

—¿Quién eres? —gritó.

No hubo respuesta. Una pregunta estúpida. Ya conocía la respuesta… aunque no tenía demasiado sentido.

—Entonces, ¿Qué soy yo? En realidad no recuerdo nada de antes de llamar a ese número… ¿de eso se trata? ¿Quiénes eran mis padres? No pude aparecer de pronto, de la nada, ¿verdad?

Una espera cortés.

—Vale —dijo Ginny, decidida con furia a comprobar los límites—. Lo pediste, así que aquí va. Vengo de un país llamado Tule. Se trata de una enorme isla al noroeste de Irlanda. El último contacto con el mundo exterior se produjo durante… la Segunda Guerra Mundial. Los alemanes ocuparon mi isla, pero los expulsamos antes del final de la guerra. En las crestas de altas colinas y en las montañas había enormes castillos de piedra. Mis padres trabajan en el palacio real de la costa sur y yo me ocupaba de los castillos en las colinas donde se ocultaban el príncipe y la princesa, pasando cada día a otro castillo. Todos tenían miedo, pero no mi familia. Mi hermano y yo… tenía tres hermanos… solíamos planear desde los acantilados y me rompí el brazo…

Alguien rio… a su espalda, a su alrededor… encantado de su atrevimiento. De pronto le dolió el brazo y con ese dolor, todos los recuerdos regresaron: anchos campos bajo los castillos de piedra, marrones y púrpura cubiertos de hierba, el sabor de la miel de Tracia recién sacada de la colmena en el fresco aire de primavera; la preocupación de su padre mientras el médico de palacio le colocaba el brazo sin usar anestesia, lo envolvía en una cataplasma de manteca y hierba cáliz, luego en una escayola temporal recubierta de cera y reforzada con tablillas limpias de pino blanco…

Le habían puesto su nombre en honor a la Reina Virgen, que en su época ofreció a Tule la alianza buscando su lucha contra España. Tal alianza

se malogró en los días de Jacobo primero.

Ginny sonrió… libre de elegir. Sentía realmente ese encantador y reluciente penacho de historia y recuerdos extendiéndose tras ella, un pasado intenso y vibrante completándose y cobrando vida, olores y colores y sabores luchando por ser y fijarse.

Era real… ¡no era sólo su imaginación!

—Oh, Dios mío —dijo, y su voz resonó en las paredes—. *Es* cierto, ¿no? —Sintió una ligereza y una libertad que no había conocido nunca antes. Se sintió mareada. Estaba desplazando destinos a la inversa.

Y luego una amable desaprobación la rodeó.

Maravillosa es… una visión hermosa… pero demasiado alejada de donde nos encontramos ahora. No se puede reconciliar.

Todavía no.

Luego…

Esa hermosa historia se esfumó tan rápido como había llegado, pero en su lengua permaneció el sabor de la miel de Tracia como recompensa por su audacia.

—Eres real, ¿no es así? —susurró—. Eres real y eres hermosa. Pero estás enferma… te mueres, porque el universo está enfermo y se muere, ¿no es así?

No hubo respuesta.

—¿Pero es cierto… puedo tener otro pasado? ¿Un pasado mejor y más feliz?

No era preciso ninguna respuesta. Ginny palpó la caja que llevaba en el bolsillo.

—¿Cuándo nací en *realidad?* —preguntó, comprendiendo de pronto.

—Llevo aquí mucho tiempo —dijo Daniel al silencio pesado—. Miles de años. Millones. Evidentemente, no lo recuerdo todo, pero es lo que he deducido. Y hablo aquí sólo para pasar el rato, porque todo esto es una mierda. Es más, sólo recuerdo una pequeña fracción de lo sucedido antes de ocupar a Charles Granger. Ése es el problema… las cosas que he tenido que

hacer para huir de los lugares malos, de los lugares moribundos… un gran salto cada vez. Y ahora sólo hay un sendero, una ruta de huida. —Cortó el aire con la mano, para luego clavarla—. Atravesar directamente Término, salir por el otro lado, donde sea que eso esté. Por tanto, ¿quién va a atravesarlo y quién se va a quedar atrapado aquí? Quizá no lo sepas, porque no es ése tu trabajo. Pero si alguien va a atravesarlo, yo soy el billete, apúntate al viaje. —El silencio pareció hacerse más profundo—. ¿*Eres* la Princesa de Caliza?

Daniel se sentía profundamente incómodo. Había algo en la habitación… simplemente no le respondía. Tan triste. Daniel simplemente era incapaz de recordar algo importante… algo esencial.

—Es decir, ésta es mi audición, ¿no? Los otros… dicen soñar con otra ciudad. Yo no. Por tanto, ¿por qué esos monstruos se interesan tanto por mí? La Polilla, Whitlow, Glaucous… sea lo que sea él. ¿Qué tengo para ofrecerles? ¿La piedra? Ni siquiera recuerdo cómo llegó a mí. Creo que maté a alguien para conseguirla. Así es como llega siempre a mí. Alguien debe morir.

Durante un momento había dejado de respirar, así que lo hizo rápidamente, todo lo que pudo permitirse, aunque la cabeza empezaba a darle vueltas.

—Soy una locura que pasa de un hombre a otro. He traicionado, mentido y arruinado, y he sido arruinado, pero siempre he logrado escapar. ¿En qué me convierte eso? —Cerró los ojos. De pronto, le dolía la cabeza por tanta ansia y necesidad.

»No nos vamos a ver pronto, ¿verdad? —le susurró Daniel a la quietud.

Los enfermeros llegaron al motel después de que Jeremy encontrase a su padre tirado en el suelo del baño. En la cabeza de Ryan había reventado algo pequeño, paralizándole e impidiéndole hablar bien.

Ryan no volvió a mencionar nunca más al Guardián Sombrío. En la habitación del hospital, lo último que le dijo a Jeremy fue:

—Salva a tu madre. Recuerda siempre.

Sin explicación.

Jack escogía… cabezota como siempre. Había *amado* a sus padres… había querido parecerse a su padre.

Tres días más tarde, otro aneurisma mató a Ryan. Su padre se había ido. Una cosa era engatusar a los tontos, engañar al público… entretenerles con el resplandor del juego. Otra muy diferente construir su vida sobre unos cimientos firmes y maravillosos formados por recuerdos buenos y malos… una vida sólida, dolorosa, pero real.

Jeremy hizo que le quitasen la escayola a tiempo para el funeral. Magos, comediantes, artistas y actores llegaron desde todo Washington y partes de Oregón e Idaho. No había sido consciente de que su padre fuese tan querido… lo que venía a demostrar lo poco que sabía sobre las cosas importantes.

Antes de abandonar la habitación del Motel 6, abrió el baúl de su padre. Dentro encontró un montón de libros de bolsillo, sobre todo Clive Barker y Jack Kerouac (en ese momento decidió que su nuevo nombre sería Jack), tres mudas de ropa y cinco de ropa interior, ninguna de su talla… y una caja gris metida en una bolsa de terciopelo. Abrió la caja y encontró la piedra retorcida, con aspecto de quemada excepto un pequeño ojo rojo que parecía relucir incluso en la oscuridad.

La piedra a veces.

La sumadora.

Ryan no le había contado dónde la había encontrado. Quizá fuese de su madre.

La suerte de Jack cambió. No mejoró, no exactamente… no cuando se miraban las cosas en conjunto… pero cambió.

—Me gustaría ser… haber sido una niña con amigos y haber asistido a una buena escuela, con buenos profesores, ser una niña normal. Me gustaría crecer normalmente y enamorarme… sin sueños. ¿Se supone que Jack y yo estamos enamorados? Lo digo porque no parece estar pasando… todavía no.

En el exterior, el cielo ganó brillo. Luces amarillas y verdes parpadearon a través de la alta ventana, pero Jack no sabía si se acercaba el amanecer. Tampoco importaba. Probablemente ya no hubiese más amaneceres. No precisaba levantarse y moverse… por ahora, se sentía cómodo.

—¿Cuánto tiempo debo esperar?

Ahora la ventana extendía en la pared opuesta un resplandor plateado y difuso.

Todavía nada. Luego:

¿Cuál es tu otro *primer recuerdo?*

A Jeremy le conmocionó la rapidez con la que ofreció la respuesta.

—Algo cargándome. Soy joven, no conozco muchas palabras. Se abre una puerta… pero es una puerta extraña, se *funde* de lado. Y luego… allí están mi padre y mi madre, pero no se les llama así… aun así, son como mis padres. Me aman. Cuidan de mí. Se los llevarán lejos de mí.

Adoptó una expresión de amargura, cruzó las piernas e intentó recostarse, pero la silla gimió, así que se mordió el índice. Lo que acababa de decir no tenía sentido, pero sonaba correcto, lo sentía como real.

—Eso es lo que me pediste. Mi *otro* primer recuerdo. Recuerdo ser joven. Y, sin embargo, aquí, ahora, no recuerdo ser joven. Aquí soy menos real que en mis sueños… Eso no está bien. Es una locura. Acepta mi palabra: es una locura al cubo.

Jeremy miró a su alrededor, sintiendo un miedo súbito… más miedo del que había sentido metido en el saco, en la parte posterior de la furgoneta, o tirado, magullado y mojado, en la calle transformada, mojándose la mano en la corriente dejada por la tormenta.

—Se supone que eres Mnemosina, ¿no es así?

Una brisa atravesó la habitación, fría pero no desagradable, tirando de su camisa y agitando las perneras del pantalón. Juguetona, triste. Jack parpadeó y se movió sobre la silla. A continuación se limitó a escuchar. Del exterior llegaba un siseo rápido y apagado, que sonaba más a la arena que caía que al viento… y nada más. Arena cayendo o interminables olitas

rápidas en una playa. La habitación estaba a oscuras. No había aurora a través de la alta ventana. Jeremy… no, volvía a ser Jack… no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado.

Miró por encima del hombro.

—¿Hola?

La ventana alta solitaria era más pozo que ventana… ni siquiera podía ver el marco o, ya puestos, gran parte de la pared. La habitación parecía estar mucho más fría.

—Todo lo que sé está mal. —Jack sonrió, se cruzó de brazos—. Lo comprendo. Estoy preparado.

No iba a levantarse y abandonar la habitación. Eso les demostraría que era un cobarde, que no estaba dispuesto a terminar la estúpida prueba, que en cualquier caso no significaba nada.

Horas más tarde:

—Salto para alejarme de lo malo. Todos lo harían si pudiesen.

¿A quién proteges y a quién dejas atrás? ¿Adónde vas cuando saltas… a otra versión de ti? ¿Cuántas versiones de ti hay?

Jack se puso a sudar.

—No lo sé. —Se limpió la frente y luego las mejillas. Alguien, en algún lugar, había estado hablando en voz baja a través de un agujero o un altavoz. Hora de volver a la realidad. Estaba dispuesto a renunciar a la ilusión de que podía saltar, siempre le había parecido una locura, así como al recuerdo de ese mundo oscuro y en descomposición que se encontraba más allá de la membrana… renunciaría a todo sin problemas, olvidaría a Glaucous y a la mujer enorme, y a las avispas; no había problema por su parte. Olvidaría la ciudad congelada y entrecortada más allá del almacén, a las damas e incluso a Ellen, a la doctora Sangloss y a Bidewell. Se desharía de todo… bueno, quizá no de Ginny. Pero simplemente no me hagas *esas* preguntas porque hace años que me pregunto por las respuestas. ¿A cuántas versiones de sí mismo había traicionado, simplemente al evitar su dolor, al saltar a líneas mejores y más seguras?

—No puedo ser todos nosotros a la vez —intentó reír—. ¡Me estallaría la cabeza!

Quizá no estuviese recordando lo correcto. Quizá jamás hubiese escapado de la parte posterior de la furgoneta. Todo lo sucedido entre ese momento y el ahora podría ser una mentira, una ilusión. Glaucous le torturaba… le retenían haciendo volar sus destinos con alas de avispa, quizás eso fuese el ruido, que esta habitación estrecha estaba rodeada de avispas, bloqueando la solitaria ventana. ¿Quién podría saberlo?

Jack intentó reír de nuevo, pero sólo logró emitir el ruido de un papel arrugándose.

Pero admitir que Glaucous era real significaba admitir a su vez que Jeremy Rohmer —Jack Rohmer— era especial, poseía un talento especial, soñaba con sueños especiales. Glaucous no era una explicación tan suficiente de que era, de lo que se le pedía que hiciese, de lo que era Bidewell o Mnemosina… fuese lo que fuese esta última. Quizá todos fuesen lo mismo. La locura no precisaba de secuencia, de reglas.

No le habían recordado en el espectáculo busker… al principio ni siquiera Joe-Jim le había recordado. Aquella mirada inexpresiva… y luego el recuerdo súbito.

—Me reconciliaste, ¿no es así?

Jack sudaba a mares.

—¿Cuándo fui creado? ¿En realidad?

¿Cuál es tu recuerdo más temprano?

El puerto, las grúas elevándose, la última luz del día cayendo como oro ardiente entre los almacenes grises… no muy diferentes del almacén de Bidewell, aunque no tan antiguos. Vio una carreta de asfalto llena de baches sobre los ladrillos y reparada con gravilla y cemento, rota por bandas de luz… claridad, sombra, claridad, sombra, calentando y enfriando su cara a medida que iba en bicicleta. Y todavía, en el bolsillo, junto a la piedra…

Jack sacó el puzle de origami, dejó que los dedos actuasen por los bordes, penetrasen por los pliegues, tirasen de ese saliente que no había visto antes.

La piedra a veces había llegado primero… mucho, mucho tiempo antes. La piedra ataba pasado y futuro, convocaba protectores, invocaba su

número, el número que le había pedido Glaucous… probablemente escrito en el interior del puzle que todavía no había aprendido a desplegar.

Jack no era más que un libro en el estante de una biblioteca.

—Estoy con *él*… en los suyos. Estoy con el Bibliotecario. Él tiene mi número de catálogo; todos los números de todos los volúmenes de una biblioteca que se extiende por siempre. El Bibliotecario puso en marcha todo esto.

»Él es el autor de mi ser. No es ninguna sorpresa.

Abrió el puzle sin problemas, sin ninguna rotura.

Un problema.

A medida que el puzle se desplegaba, el número recorrió el suelo y se dobló en las paredes, rodeándole con dígitos acelerados… más largo que el tiempo.

Jack rio en voz alta.

—Iba en bicicleta, ¿no? Es mi primer recuerdo real… la primera vez que aparecí. Ésa es la razón para que todos tengan tantos problemas para recordarnos… somos nuevos y justo ahora están rellenando los huecos.

Entre los que reconcilian y los que ven y juzgan, sólo existe el amor. Sin vosotros, las musas no serían necesarias. Y después de que renunciéis a ver, queda la alegría de la materia. Pero ahora esa alegría de la materia se diluye en la nada.

Jack se secó los ojos, miró a la gota de humedad en sus dedos. No sabía qué significaban esas lágrimas. Una pérdida superior a la muerte… ¿la alegría de *qué?* El mayor secreto de todo, y pronto olvidaría haberlo oído.

Daniel permaneció sentado en la silla hasta que el silencio pareció tragárselo, y aun así no sintió nada, no oyó nada.

Se puso en pie y caminó, frotándose las manos, y durante un momento una parte de Fred regresó… una cadena de pensamiento sobre matemática y física. *La suma de todos los caminos posibles es el camino más probable y eficiente. Se emplea todo el cosmos para generar todas las cadenas*

posibles en una matriz de textos permutados. Una biblioteca universal ayudaría a generar el camino más probable. Es evidente.

Daniel sonrió sombrío.

—Bien por ti. Sigues descubriendo cosas. Pero para mí nada de eso tiene sentido. Esto menos todavía.

Los pensamientos de Fred se desvanecieron.

—¡Soy Daniel! —le gritó al alto techo—. ¡Desde el comienzo de los tiempos he protegido estas piedras, en *todos* los mundos! *¡Tienes que saber de mí!*

Silencio.

—Tuve una familia. Tuve un hermano. Muchos hermanos. Les recuerdo… a algunos. Creo que uno se llamaba John o Sean. No me limité a saltar de la nada. Puedo hablarte de lo que está por venir… va a ser todavía peor, si realmente estás aquí. Pero *no* estás aquí, ¿estás?

En el exterior, polvo cayendo, en todas partes.

Se dejó caer en la silla. Probablemente los otros mintiesen y dijesen que habían mantenido una charla agradable con algo o alguien. Una patraña. Bidewell les timaba para controlar sus piedras. Quizás el viejo les hubiese encerrado y fuese a dejarles morir de hambre.

En un murmullo le dijo al aire inmóvil y frío:

—Sé quién soy, incluso si *tú*no lo sabes.

Pero ya no estaba tan seguro.

En las esquinas cambió algo. Daniel se envaró y se sentó recto, mirando ansiosamente a las sombras.

Recuerda. Muy lejos… más lejos que nadie. Desde las regiones exteriores, ocultas a todos los buscadores, hasta que fuiste traído al cordón principal.

Recuerda.

Sus párpados se agitaron, sus ojos se cerraron y apretó los dientes. Vio un lugar, una construcción inmensa levantada en algo parecido a la piedra y que se alzaba en el interior de un cráter situado en una vasta planicie lisa, silenciosa… silenciosa durante millones de años, si allí el tiempo tenía algún sentido. Se vio a sí mismo pasando de una estancia a otra sin

caminar… primero como niño, luego como adolescente, sintiéndose muy solitario y vacío. Su crecimiento no era continuo, sino que se realizaba desvaneciéndose a una edad, reapareciendo mayor y más completo en otro lugar.

Y fuera de la casa —bordeando las lejanas colinas erosionadas— seres inmensos sin cara o rasgos, retenidos, sin moverse jamás. Esperando a ser convocados.

El Valle de los Dioses Muertos.

A Daniel se le obligaba a recordar lo imposible. Había sido recreado y luego escondido tan lejos de cualquier secuencia principal de realidad que sus recuerdos más tempranos eran una agonía. Para llegar aquí había pasado por tanta destrucción… pero lo que más le dolía era su origen.

Dos piedras. ¿Por qué?

La habitación volvió a cambiar y la confrontación que había temido —que había creído imposible— llegó y se fue, con tal rapidez que tuvo que volver atrás con precisa disciplina para recuperarla.

Daniel se iba paralizando. Lo que no deseaba recordar —lo que empañaba su voluntad, su intencionalidad— se alzó durante un instante de entre sus recuerdos y dictó sus respuestas.

Me conoces.

—Sí —dijo.

Pero no como soy.

—No.

Estoy cambiando.

—Sí.

Estoy perdida.

—Te mueres. Pero nos volveremos a encontrar. Nos encontraremos en la orilla de un mar de plata. Eso es todo lo que recuerdo.

El frío penetró en sus huesos.

Daniel se sentó en la silla. Sentía tanto frío que no podía ni estremecerse.

A su lado, en el suelo de madera, encontró un trozo redondeado de cristal. Primero verde, luego azul. Empañado por la edad, como si hubiese

estado en una playa, pulido por batidas sin fin de arena y agua. Quizá no fuese cristal. En realidad, no sabía qué era. Alargó la mano y lo sostuvo un momento, haciéndolo girar entre los dedos, para luego guardárselo en el bolsillo junto a las cajas.

Daniel miró a la habitación silenciosa y vacía.

—Adiós —dijo.

Bidewell recorrió el pasillo alto y estrecho y abrió, una a una, las puertas. Y primero salió Ginny, más tranquila de lo que la había visto nunca. Luego Jack, pensativo, pero con una nueva mirada en los ojos.

Bidewell vaciló frente a la puerta de en medio, para luego acercarse a la silla de Daniel, donde agitó el hombro caído del hombre. Daniel se movió y abrió los ojos. Eran tan afilados como cuchillos; no eran los ojos adecuados para esa cara.

—Me quedé dormido —confesó, y luego se estiró.

El tercer pastor seguía siendo un enigma.

—Dentro de un rato nos reuniremos —dijo Bidewell.

—Muy interesante… una pregunta —dijo Daniel, pero Bidewell alzó la mano.

—No es necesario. Todo es privado. —Bidewell asintió tres veces, moviendo los ojos a tres puntos aleatorios y diferentes de la alta habitación, antes de cruzar la puerta.

Ya ha pasado el momento, pensó Bidewell, para el que me he preparado durante mil años.

74

El Caos

No tenían elección. Otra oleada de exploradores oscuros —muertos, moribundos o repitiéndose para siempre— descendió desde la cresta.

—Son demasiados y demasiado fuertes —les dijeron las armaduras—. El generador no os protegerá.

Tiadba recogió el dispositivo. El campo volvió a ser un ovoide que chisporroteó y siseó antes de quedar a oscuras.

—¡A los árboles! —gritó.

—¡No son *árboles!* —protestó Denbord—. Nos matarán… ¡oíste a las armaduras!

Pero no había elección. Tiadba obligó a avanzar al grupo. Denbord tomó el generador, se lo cargó al hombro y tiró el carro a un lado, para luego sacar la saja del cinto; la primera vez que intentaban usar esa arma. Tiadba hizo lo mismo. Las negras hojas, veteadas y con muescas, se extendieron, giraron y casi desaparecieron. Dos muros de fuerza destellaron hacia delante, definidos por los ángulos de las hojas… translúcidos en un momento dado, pero plateados como un espejo allí donde coincidían. En el espejo, que se curvaba y agitaba, el suelo que quedaba detrás pareció aclararse y los exploradores oscuros se retiraron, cayeron.

—¡Podemos matarlos! —gritó Denbord, triunfante. Siguió agitando su hoja. Su campo se agitó sobre sus cabezas. Los trajes emitían un verde pálido y fluorescente al estar tan cerca.

—¡Mantenlos lejos! —gritó Macht.

Los progenies instintivamente fueron hacia los árboles titilantes; la cuestión era simple: había demasiados ecos elevándose y derramándose

desde la cresta, miles de años de exploradores perdidos congregándose contra *los* que seguían vivos. Cuantos más cortaban las sajas, más había. Tiadba dudó de pronto que sus armas fuesen muy efectivas. Vio que las sajas sólo repelían temporalmente a los exploradores oscuros; se rompían, desaparecían para luego aparentemente alzarse de nuevo contra el fondo negro.

Khren fue el primero en situarse entre los árboles. Al rozarlas, las bolas de luz color perla de las ramas estallaban y se rompían. Sin embargo, los árboles no devoraron sus armaduras. De hecho, a su paso los envolvían con ramas y troncos, provocando gran miedo… hasta que vieron las ramas cerrarse tras ellos, proyectando una cortina de centelleantes gotas tan delicadas como el rocío. Los exploradores oscuros no les siguieron. Era algo completamente diferente al campo-burbuja del generador, pero aparentemente era más efectivo.

Tiadba, Khren y Denbord guiaron a los otros a las profundidades del bosque, hasta llegar a un claro. Tiadba cayó contra Khren cuando éste se detuvo y Macht sobre los dos. Mientras se separaban, los otros se hincaron de rodillas, diciendo sus oraciones o llorando, para luego rendirse a la blanda superficie gris, mientras a su alrededor los árboles se elevaban a dos veces la altura de sus cabezas, fronda creciendo por encima y por los alrededores, formando un emparrado y ofreciéndole protección mientras recuperaban el aliento.

Tiadba se tiró de espaldas, todavía esperando morir, o algo peor. Tenía la impresión de que ninguno de sus instintos y adiestramientos de exploradora eran de fiar, bloqueada por un miedo que llegaba hasta lo más profundo de la vieja materia que la formaba. ¿En qué se habían metido? ¿A cuántos horrores más se enfrentarían, mucho peores que éste?

¿Estaban realmente seguros aquí, aparentemente protegidos, con el Caos a raya, frustrado?

Macht lloraba por Perf.

—Se fue igual que el Alzado. Como una chispa que se apaga.

—Fue lento —dijo Denbord.

Macht se ofendió y fue hacia él con los puños preparados, pero Herza y Frinna le retuvieron, y una vez más cayeron todos juntos al suelo, emitiendo aulliditos de sufrimiento.

Tiadba se sentó aparte, demasiado agotada para unirse a los demás. Nico fue el primero en recuperarse y miró a los que les rodeaba, incapaz de creer que ya no les siguiesen.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó Tiadba a la armadura. No hubo respuesta.

—Las armaduras no nos quieren ayudar —dijo Macht—. Son inútiles.

—Quizá no puedan hablar sobre lo que no saben —dijo Shewel.

—La armadura no salvó a Perf, ¡no le dijo qué hacer!

—Aquí todo cambia —dijo Nico—. El adiestrador dijo…

—Entonces, ¿para qué hablan? —gritó Macht—. ¿De qué nos sirven? —Dio patadas y golpeó el suelo gris con brazos y manos, un gesto de los nacidos en inclusa para la furia y la irritación, que los demás conocían demasiado bien.

Denbord se arrastró y se tiró junto a Tiadba.

—No sé si estamos a salvo o en el estómago de algo diferente.

Tiadba palpó la superficie gris y comprobó que sus dedos protegidos no producían el tenue resplandor de ajuste que había observado en el Caos.

—Los trajes no se están esforzando demasiado —dijo—. Quizás haya un generador cerca de aquí.

—No veo nada —dijo Nico—. Sólo púrpura y esas ramas. No me gusta cómo refulgen.

Shewel se les unió y se tendió de espaldas. Todos parecían querer permanecer agachados y no tocar las ramas, que cada vez eran más densas.

Un aspecto positivo: ya no podían ver el creciente ardiente.

—Nadie dijo que sería fácil —dijo Denbord, con una voz estremecida, no del todo convencido de que lo más apropiado fuese mostrar valor, sobre todo si se trataba de falso valor. Macht los miró a todos con grandes ojos redondos. Herza y Frinna se sentaron juntas, agarrándose las manos.

Respiraron.

Lo mejor parecía ser el silencio… nada de palabras. Tiadba examinó los dedos enguantados, sintió cómo el traje secaba y relajaba su piel resentida y hormigueante, la ropa más cómoda que hubiese llevado nunca. Por tanto, la armadura seguía funcionando.

Lentamente, permitió que el miedo ardiese por sí solo, dejando sólo una pena hueca y, como en el caso de Macht, decepción. Si los otros buscaban un ejemplo a seguir, una líder…

Después de un rato, las ramas dejaron de crecer y todo quedó inmóvil.

—Si estamos en el estómago, no hay nada que podamos hacer —dijo Tiadba—. Mejor aquí que ahí fuera.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —dijo Denbord.

—Lo sabemos —dijo Macht—. Pero cállate y déjanos estar tristes.

—Quizá nos encontremos en un lugar para el lamento fúnebre —dijo Nico, siempre filosófico.

Tiadba miró a la izquierda, al borde del claro, a sólo unos pocos metros, entre los lisos troncos marrones que tan rápidamente habían hecho crecer las ramas. Las puntas relucientes emitían una luz amarilla y apagada. No estaba segura de que pudieran atravesar la espesura.

No había sombras, no había movimientos, no había amenazas… y no había promesas.

Luego pensó que debía estar soñando. Las ramas se apartaron, las puntas relucientes formaron un arco… y por él llegó un Alzado, vestido exclusivamente con una especie de curtus… manchado, rasgado, reparado con lo que debían ser ramitas.

El Alzado se acercó lo justo para que, bajo la escasa luz, pudiesen verle con claridad. Todos le miraron con asombro.

—¿Qué es esto? —susurró Tiadba, pero una vez más el traje no ofreció respuesta.

Se parecía mucho a su adiestrador, Pahtun, pero claro, para los progenies los Alzados tendían a ser todos iguales. Se acercó y se arrodilló, con el rostro sucio e impasible, con ojos inquisitivos pero que no manifestaban curiosidad, como si no le sorprendiese encontrárselos en este lugar pero no le preocupasen ahora mismo sus intenciones.

—¿Qué es esto? —preguntó Tiadba alzando la voz—. ¿Dónde estamos?

El Alzado agitó la cabeza. Habló a continuación.

De pronto sus cascos se dividieron y cayeron sobre sus hombros, obligando a Denbord a emitir un grito y a cubrirse ojos y boca, hasta que se dio cuenta de que no moría.

Los progenies boquearon; el aire era ralo pero más que dulce.

El Alzado dijo:

—Me reconocen y obedecen mis órdenes. Pobres. —Acarició el hombro de Tiadba… no el suyo, sino el de la armadura—. Antiguos. En realidad, obsoletos. Fallan con la tensión.

Khren dijo:

—Uno de nosotros ya ha muerto.

Se pusieron en pie y sus cabezas se encontraban a la altura de los hombros del Alzado.

—Soy Pahtun —dijo.

—Pahtun ha muerto —repuso Macht.

—Siempre habrá Pahtuns —dijo el Alzado—. ¿Dónde murió?

—En la zona de las mentiras —dijo Nico. Todos asintieron.

El Alzado asintió.

—Una gran lección práctica… ¿no os parece? Creé muchas copias y rompí muchas reglas para ayudar a los exploradores. Si los progenies llegan a mi refugio, merecen descanso, instrucción, mejores previsiones del tiempo del Caos: un conocimiento que no está disponible en el Kalpa. Y también deberíamos acondicionar y actualizar vuestras armaduras, ¿no creéis?

—Eso estaría bien —dijo Macht—. Pero no te creo… ni un poco. Pahtun nos dijo que no confiásemos en cosas como tú. —Habló razonablemente, sin furia, pero tenía el rostro tenso.

El Alzado elevó la mano, se tocó la nariz y emitió el sonido que Pahtun había hecho cuando algo le divertía: una exhalación resonante y rota, algo inquietante para un progenie.

—Buenos instintos —dijo—. Pero si yo fuese un monstruo, incluso vuestras pobres y dañadas armaduras os habrían advertido contra mí.

¿Cómo están las cosas en la ciudad? Evidentemente, desde aquí no puedo verla.

—Mal —dijo Tiadba—. Muy mal.

—Bien, así debe ser. El Tifón se inquieta y gana fuerzas, y quiere terminar con nosotros. ¿Algunos progenies más después de vosotros?

—No lo sabemos —dijo—. Quizá no.

—Entonces, una razón más para hacerlo —dijo Pahtun—. Estos arbustos durarán poco. Yo mismo los adiestré… los hice crecer a partir de antiguo terreno. Son de materia primordial, igual que vosotros… y yo. Estuvo bien que entraseis; si los hubieseis rodeado, habríais atravesado una senda, y recientemente los Silentes han estado muy ocupados. Seguidme.

Se puso en pie, alzándose sobre ellos, y extendió los brazos.

—¡Felicidades a todos! Habéis llegado hasta aquí.

75

El almacén verde

Por todo el almacén, las mujeres del grupo de lectura disponían los catres preparándose para la noche que no sería ni remotamente una noche. Porque aunque la oscuridad había caído y Ginny podía ver dos estrellas reluciendo a través del tragaluz, *eran siempre las dos mismas estrellas*. La Tierra no se movía. El sol y la luna no habían cambiado sus posiciones en el cielo.

Ginny colocó renuentemente las mantas de su catre y se sentó, rodeada por su patético cubículo de libros apilados, agotada, dispuesta a dormir… pero sabía lo que sucedería si se tendía y cerraba los ojos. Temía esa parte del sueño: la separación (aunque Jack dormía a unos pocos metros, podía oírle roncar un poco); el viaje a través de… no podía recordar qué era. Grandes muros grises y suelos polvorientos.

¡Si al menos pudiese ordenarlos en secuencia!

Minimus pasó a través de una grieta entre las cajas y saltó al catre. Ginny dejó que el gato se tendiese en su regazo, ronroneara de satisfacción y la mirara con la preocupación real que sólo puede manifestar un gato: altanero, alerta, curioso exclusivamente por cortesía.

Con *Minimus* se sentía más segura, pero el gato no pedía acompañarla a la oscuridad tras sus párpados, el mundo indeseado que se abría a sólo una grieta y un susurro de distancia.

Finalmente, no pudo permanecer despierta más tiempo. Oyó que el gato saltaba al suelo, pero no le importó. Estaba muy cansada de intentar comprender y tomar el control de su vida.

Y por tanto, durante unos momentos que el reloj no podía medir —un interludio breve en una rodaja de mundo carente de tiempo real—, se rindió, se entregó. Permitió que esa existencia sin secuencia que tanto temía la anegase, la llenase. Cada vez que cerraba los ojos —cada vez que tenía que descansar, que dormir… hasta que sus dos vidas se combinasen y se *reconciliasen*—, *éste* sería su sacrificio, su sufrimiento.

Sí, sí… ya antes he soñado con esas cosas. ¡Adelante!

Llévame al Caos… envíame a la Falsa Ciudad… abandóname… ¡acabemos!

Las mujeres se congregaron alrededor de la estufa. No podían dormir.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó Agazutta a Bidewell. La mujer había recuperado la dignidad, pero tenía círculos oscuros bajo los ojos y revuelto por completo el pelo pelirrojo.

Bidewell les pasó tazas de manzanilla.

Miriam fue la última en entrar en la estancia oscurecida e iluminada por la estufa, habiendo ido a comprobar el estado de Jack y Ginny, y —le susurró a Ellen— asegurándose de que Daniel y Glaucous estuviesen en su espacio.

Bidewell se reservó la respuesta hasta que todas las mujeres estuvieron reunidas. La mayoría se había sentado en las viejas sillas de madera… Agazutta se quedó de pie. Farrah se tendió en el sillón demasiado mullido, lánguida como siempre, pero sus ojos se movían ante cualquier ruido y sus manos agarraban con fuerza los brazos del sillón.

—No mucho —dijo Bidewell—. No se lo he dicho a los niños. A partir de este momento, las cosas degenerarán con rapidez. He estimado enormemente vuestra compañía.

—Pero no nuestro juicio —dijo Farrah sorbiendo la nariz—. Permitir la entrada de esos cabrones. ¿Por qué?

Bidewell miró las vigas altas y negó con la cabeza.

—Las piedras eligen.

—¿Cómo es que conoces a Glaucous? —preguntó Agazutta.

Bidewell mostró cara de desagrado.

—A él podría haberlo predicho.

—Si es un cazador, ¿por qué dejarle entrar?

—No podría dar ninguna respuesta que fuese suficiente… pero las sumadoras escogen a sus acompañantes.

—Más bien, los *crean*, ¿no es así? —preguntó Ellen. Sus manos ejecutaban pequeños movimientos perdidos en su mejilla y barbilla. Todos se sobresaltaron cuando otro restallido y chirrido llegaron desde más allá de las paredes.

—No puede saberse —dijo Agazutta con cansancio.

Bidewell bajó la vista y había lágrimas en sus mejillas agrietadas y duras, lo que las sobresaltó a todas.

—Esto lo sé. Los pastores confirmados por Mnemosina son de texto, surgen del texto… el texto es central. Las sumadoras han recorrido sus laberínticos caminos por entre todas las líneas de mundo, recorriendo todas las avenidas posibles, incluso las más improbables, y ahora han llegado, han sumado… han llamado nuestra atención… y entre ellas mismas, más vastas que cualquier cosa que podamos imaginar, han forjado guardianes. Incluso Daniel, aunque eso no es seguro.

—Quizá sea uno falso —dijo Miriam.

—No lo sabemos —dijo Bidewell—. Aunque su proximidad a Glaucous es ciertamente preocupante. Durante siglos ha habido rumores de un mal pastor… Pero nunca le he conocido.

—¿Qué es un mal pastor? —preguntó Agazutta, pasándose los dedos por el pelo.

—Un viajero que avanza a través de otros pastores. Usándolos. Trayendo algo más que una piedra… trayendo algo más, por razones propias.

—Suena encantador —dijo Farrah.

Bidewell colocó la mano sobre la estora para luego mirarse atentamente los dedos.

—Una vez más, señoras, me disculpo por mi ignorancia —musitó—. Pero como habéis dicho, el tiempo es limitado. Presiento inquietud. Os

garantizo que fuera las oportunidades son muy limitadas.

—Ya se han decidido —dijo Ellen.

—¿Quién se va?

Agazutta alzó la mano.

—Los niños ya son mayores y viven fuera… Francia, Japón, muy lejos, pero quizá me hayan dejado algún mensaje en casa.

Quizá todavía haya alguna forma de hablar con ellos. Debo intentarlo.

Miriam levantó la mano.

—Debo volver a la clínica… si todavía está. Mis pacientes deben de estar muertos de miedo. Mi personal… llevan años conmigo.

Farrah se puso en pie y se estiró.

—Estoy sola —dijo—. Pero iré con Agazutta y Miriam simplemente para cuidar de ellas.

—Yo me quedo —dijo Ellen—. Se me necesite o no aquí… ahí fuera nadie me necesita.

—¿Ni siquiera nosotras? —dijo Agazutta—. ¿Así terminan las Brujas de Eastlake?

—Ha estado muy bien —dijo Ellen—. Sois las mejores amigas, las mejores aventureras que podría desearse.

—Bien, no termina…

—Hasta que yo no cante —dijo Farrah.

Las mujeres intercambiaron abrazos. Algunas lágrimas más. Luego tomaron bolsas y bolsos y Bidewell las escoltó hasta la puerta norte.

—¿Tenéis los libros? —preguntó—. No los perdáis. Llevadlos siempre con vosotras.

Le miraron con ironía.

—Libros delgados —dijo Agazutta.

—¿Qué significa 1298? —preguntó Farrah.

—Son vuestras historias, queridas damas —dijo Bidewell—, escritas en latín hace mucho tiempo, por vuestro obediente servidor, copiándolas de textos aún más antiguos… rollos de papiro que ardieron en Herculano. Siempre que tengáis cerca vuestras historias, tendréis algo de protección. No recomiendo leer por adelantado o saltar al final… todavía no.

—¿Saldremos de ésta con vida? —preguntó Farrah.

Bidewell resopló por lo bajo, pero no dio respuesta.

Miriam abrió la puerta al exterior. El aire sobre la ciudad se había aclarado un poco.

—Oh, mirad —dijo con un suspiro—. No llueve.

—¿Qué pasará con vosotros? —preguntó Agazutta, agarrando a Bidewell por el codo mientras descendían la rampa.

—*Eso* está más que claro —dijo Bidewell—. Yo estoy marcado. Llevo demasiado tiempo en la refriega para haber pasado desapercibido, y por tanto… Me temo que todos nuestros destinos dependen del resultado, y antes de que llegue debemos entrar en una especie de almacenamiento, junto con esta ciudad… todas las ciudades, todas las historias, todos los tiempos. El mundo de aquí fuera no es el único registro, ni tampoco la versión final de la edición.

Agazutta agitó la cabeza con melancólica irritación.

—Nunca te he comprendido, ni tampoco por qué hicimos todo esto.

—Soy un tipo seductor —dijo Bidewell.

—Sí que lo eres —dijo Miriam, y le besó la mejilla.

La puerta exterior estaba abierta y tres de las Brujas de Eastlake partieron hacia el gris, sosteniendo bolsos o bolsas, y sus libros, como defensa. Dejaron a la más joven, Ellen, de pie junto al hombre antiguo de mejillas mojadas que ahora parecía incluso más viejo.

—Deberías entrar —dijo Ellen, observando las figuras. Las enmarcaba un halo apenas visible y el parpadeo del cielo, la inclinación y el chirrido de las paredes se redujo al partir.

—Pronto no importará dónde nos encontremos —dijo Bidewell.

Ellen le agarró la cara y le miró directamente a los ojos.

—No me lo dijiste. Crees que ha salido mal.

—A corto plazo, ahora igual a cualquier largo plazo, estamos todos juntos. Sólo hay dos destinos, sólo quedan dos caminos. Todos iremos por un camino o por el otro: para ser reconciliados y ordenados en nuestras conclusiones por Mnemosina, o para que la Princesa de Caliza juegue con

nosotros como considere conveniente. Y al final, serán nuestros niños visitantes los que nos llevarán por uno o por otro.

Se envaró y señaló con las manos el punto de la cortina de tinieblas por el que habían pasado las mujeres.

—Les deseo lo mejor —dijo—. Aquí hace frío. —Cerró la puerta pero no pasó el cierre—. Nos han repartido las cartas.

76

El Caos

Las ramas se apartaban a medida que este Pahtun —no tenía otro nombre— les guiaba a las profundidades del bosque. Tiadba sabía que jamás podrían dar con el camino de salida. Las ramas se habían separado renuentemente y luego habían intentado rodearles, quizá como defensa. Y las armaduras ya no respondían a las órdenes de cerrarse y sellarse. Evidentemente, el Alzado era el que mandaba y aparentemente sabía lo que hacía.

Macht mostraba un fruncimiento permanente y Denbord había congelado la cara en una expresión de insolencia, aunque no había dicho nada. Todos habían pasado por demasiado.

—¿Probasteis las sajas? —preguntó Pahtun—. ¿Fueron efectivas? —El Alzado se volvió, con los brazos extendidos, y las puntas de las ramas superiores se iluminaron casi hasta luz de vigilia.

—Las probamos —dijo Denbord—. Eran difíciles de manejar. Pero algunos de los viejos exploradores se retiraron… me refiero a los muertos, lo que fuesen. Se deshicieron.

—Ecos, sin duda. Abundan por aquí.

—¿Estaban muertos? —preguntó Tiadba.

—Quizá no muertos, pero sí eran muy desafortunados. Puede que hubiese versiones de *vosotros* que tomaron malas decisiones y quedaron atrapadas, sus destinos atrapados y retorcidos por el Tifón. El Tifón hace uso de todo lo que captura o encuentra. No es un final agradable. No es un final, por lo que he visto durante las últimas decenas de miles de vigilias.

Trabajo aquí, guardo lo que descubro y se lo comunico a los que hasta aquí llegan.

—¿Cuántos progenies han sobrevivido? —preguntó Denbord.

Nico alzó las manos en una oración de contar.

—No estoy seguro. Un centenar… menos. —Pahtun tocó el suelo y una caja, como del tamaño de una caja de ropa, se elevó. Rodeándola, se rascó las palmas, pronunció algunas palabras en voz baja y agitó la cabeza. La caja respondió y todos sus lados se abrieron. En su interior, crecieron ramas delgadas con mareante rapidez, lanzando chispas claras. Eran versiones en miniatura de los árboles que les rodeaban y les cubrían.

—Quitaos los trajes. Dejadlos en el suelo. Una vez que pierdan el aire, los echaremos aquí dentro. —Señaló la masa agitada de la casa—. Las armaduras se remontarán y actualizarán… nuevo conocimiento, mejor guía. Y luego os iréis. Desharé este campamento y yo también huiré. La senda está cerca y no quiero que me atrape un Silente. Además, estamos demasiado cerca del Testigo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tiadba—. Nos llevaron al Caos lejos de él.

—Distancia, ángulo, métrica… me temo que todo cambia. Y cada vez resulta más difícil planear y preparar.

Hizo un gesto con las manos, destacando el dedo flor, y uno a uno, renuentes, se quitaron los trajes —todos menos Macht— y los colocaron en el suelo. Herza y Frinna se quedaron cerca de la caja, como si su misterio aparentemente benigno las confortase. Shewel las acompañó.

Pahtun recogió los trajes y los lanzó a las ramas en movimiento, donde sisearon y desaparecieron. Esperó a que Macht se decidiese.

—Alta hechicería —dijo Denbord, con un guiño y un codazo, y luego se tocó la nariz. Seguía sin creer, pero qué otra cosa podían hacer. La protección era evidente, aunque temporal.

—Hazlo —le indicó Tiadba a Macht. Él la miró con furia pero al final le entregó el traje a Pahtun, quien lo lanzó a la masa plateada.

Los progenies se quedaron casi desnudos alrededor de la caja y se turnaron para contar la última gran intrusión, el daño al Kalpa, el adiestramiento, el final del primer Pahtun, los botes estelares en el valle que desapareció, los fantasmas fragmentarios de ciudades, la forma extraña en que se movía aquí la luz.

Y los ecos.

—Sin duda Perf ahora está con ellos —dijo Macht, y Nico se arrodilló y juntó los dedos de las manos… una oración de súplica, aunque nadie sabía qué podía estar pidiendo ahí fuera.

Pahtun escuchó atentamente, aunque Tiadba sospechaba que ya antes había escuchado historias similares.

—Lo habéis hecho bien enfrentándoos a muy malas posibilidades, jóvenes progenies —dijo—. Está bien saber que todavía podemos modelar seres como vosotros. Pero la ciudad ignora muchas cosas sobre el Caos… Siempre ha sido así. No puedo volver, ni tampoco puedo comunicar lo que sé, porque la ciudad no debe arriesgarse hasta ese punto. Bien podríamos ser producto del Tifón, creados para confundir.

—Eso nos dijo el adiestrador —dijo Macht, y se mostró abatido.

—*Podríamos* ser —repitió Pahtun—. Haced uso de vuestros instintos… Son mucho mejores que los de cualquier Restaurador o Eidolon. Más cercanos a la Tierra primordial, más cercanos a la verdad. ¿Soy del Caos?

—No —dijo al fin Denbord, y Tiadba estuvo de acuerdo. Los otros guardaron silencio.

—Bien, algunos creen, otros sospechan; todo bien. Ninguno de nosotros puede acertar siempre. Esto es lo que puedo deciros. Las sendas cambian y crecen. Hay muchas ahí fuera, contrayéndose… la mayoría de ellas apuntan a un gran cráter, cortado por un valle que se extiende casi a medio camino de lo que queda de la Tierra. Ahí fuera he visto reunirse y crecer algunas cosas extrañas… no sé qué son o qué podrían hacer. El Caos por ahora les permite acumularse. He oído a los Eidolones llamarlos «Turbaciones». En ocasiones los angelines de la Torre Rota pueden ver hasta esa distancia…

cuando los trucos de la luz en el Caos están a su favor. Rodean vuestro destino, Nataraja.

—¿Sigue existiendo? —preguntó Nico.

—Esperemos que sí —dijo Pahtun—. Si no es así, entonces nuestros esfuerzos han sido para nada. Los Grandes Eidolones, en su sabiduría, exiliaron personas importantes a esa ciudad rebelde, y con ellas, he oído, se llevaron herramientas importantes.

—¿Qué? —preguntó Nico con ojos brillantes.

—Si lo supiesen. El cuento del Bibliotecario… ¿os lo han contado, jóvenes progenies?

—No —dijeron.

—No al completo —añadió Nico.

Tiadba levantó los libros, que había llevado guardados en el morral de su armadura.

—Quizá no tengamos que saberlo —dijo.

En varias ocasiones, Pahtun había mirado a los libros con algo parecido al ansia.

—Dudo que vuestra ignorancia pudiese ayudar a nadie —dijo—. Es parte de la gran historia, la mayor historia de todas. Pero tú, joven progenie… te llamas Tiadba, ¿no es así?

No se lo había dicho. Quizá lo había sabido por la armadura.

—Sí —dijo.

—Lee para nosotros, ¿sí? Tenemos tiempo y hace mucho que no he oído un cuento de exploradores.

Tiadba abrió el libro y encontró una sección de Sangmer que describía su tripulación y su viaje en bote estelar por las últimas regiones del espacio y el tiempo.

El primero de Ishanaxade

Incluso rodeados por la belleza de los mundos-collar y las ingeniosas artes reunidas en tiempos pretéritos por todas las galaxias vivas, los

miembros de mi tripulación sólo acertaban a sentir piedad de lo que habíamos visto… y temer la idea de volver a viajar por esos espacios destrozados. Independientemente de lo que nos llevásemos con nosotros —de a quién transportásemos— el viaje de vuelta sería todavía más difícil.

Mientras Polybiblios se preparaba —descartando sus yos de Shen y regresando a la unidad Deva— caminé por los márgenes granulosos de la cuenca donde los Shen habían almacenado sus descubrimientos. Allí, reluciendo como un tranquilo océano de jade bajo el resplandor encintado de la más espléndida estrella anular, se encontraban reunidos los cuadernos de destino de los viajes Shen durante la Brillantez, antes del final de la creación, con su información que tiempo atrás había quedado revuelta y se había vuelto irrecuperable… pero que seguían siendo hermosos.

Yo buscaba la tranquilidad, alguna forma de paz solitaria, pero algo mejor que considerar nuestra casi segura desaparición en el Caos.

La tripulación se entretenía visitando los altares de los logros Shen… levantados por estudiantes humanos de mundos tiempo atrás consumidos por el Caos. Los Shen no reconocían ningún regalo, no aceptaban ninguna reverencia; hasta el punto de no rechazar ni derribar estos tributos. Abandonados al mal estado del paisaje, los monumentos se alzaban o se hundían siendo el capricho escalofriante de este inmenso falso planeta.

Los Shen habían sido los primeros en cartografiar las quinientas galaxias vivas, los primeros en enlazar los antiguos y estériles remolinos de soles moribundos para formar estrellas anulares, los primeros en hacer muchas cosas. Y aquí estaba este mar muerto y reluciente de exploración y conocimiento, lamiendo una playa de granos susurrantes, una burla para todos los que alguna vez hayan ansiado la gloria.

Teniendo por compañía mis pensamientos tenebrosos, me quité las ropas y caminé por los vectores, sintiéndolos enrollarse como cristales de gelatina, fríos y plateados alrededor de los tobillos, buscando el resplandor de mi orden… pero incapaces de compartir o participar. Se retiraron con susurros perdidos, un revuelo justo en el límite de los sentidos, como si todavía fuesen capaces de repetir historias antiguas. Una melancolía tan grande como la mía… y nadie más, pensé, hasta ver lo que al principio

pensé que era una joven pequeña, acercándose hacia mí por la playa desde más de un kilómetro de distancia.

Se trataba de una imposibilidad: una figura de aspecto humano en un mundo donde sólo mi tripulación afirmaba pertenecer a la humanidad; mi tripulación, todos ellos humildes Restauradores, y, por supuesto, el Deva Polybiblios.

La joven podría haber sido una joven Restauradora, pero nadie de mi forma había nacido de tal modo, encarnando infancia y juventud, desde hacía decenas de billones de años.

Al acercarse, vadeé hasta la orilla, para luego arrodillarme en el margen y acariciar los diminutos fragmentos redondeados allí depositados, que relucían con un tranquilo brillo verde. Por el rabillo del ojo seguía el avance de la joven-niña, sin poder hacer nada, sintiendo que se aproximaba un momento realmente irreversible.

Pero no había retirada.

—¿Eres el Peregrino? —preguntó la niña cuando fue posible oír su voz.

—Algunos me llaman así. ¿Quién eras tú? —pensé que podría ser un fantasma de historia vector, recuperado por efecto de alguna contribución que yo hubiese podido hacer al mar embrollado… un poco de piel perdida, engañado por fuerzas que quedaban más allá de la comprensión de un Restaurador.

—Soy, no fui. No tengo nombre terminado. El Shen me ha entregado a un humano que llamaré Padre. Él ha reunido mis partes en este mar, como esas piezas de la orilla, y ayudó a dar la forma que ves ahora.

—¿Eres humana? —pregunté.

—Principalmente —dijo—. Mi padre reclama para mí la Gens Simia a través del linaje Deva.

Cerca como estaba, sus rasgos todavía no se habían asentado. Mostraba muchas posibilidades gráciles, pero no parecía incomodada ni avergonzada por esa multiplicidad.

—¿Cómo debemos presentarnos?

—Tengo un nombre Shen, pero es casi como no tenerlo.

—¿Qué más eres, además de humana? —pregunté, intentando no sonar descortés.

—No estoy segura. Polybiblios me asegura que contengo elementos de las fuerzas que en su momento ayudaron a dar forma y a definir la creación. Los Shen las encontraron, las reunieron y las depositaron en este mar, para que Padre las redescubriese y les diese forma. No sé cómo pudo incluir ideas tan grandes en esta forma tan pequeña. ¿Puedes verla?

—No veo a nadie o a nada con claridad.

Asumió un rostro definido y su perfil se agudizó, pero luego creció, demasiado grande, elevándose sobre el mar vectorial a muchas veces mi altura.

Alcé la vista, encantado por esta ingenuidad métrica.

—Debe uno sentirse importante al ser un contenedor de la gloria de la creación —dije, protegiéndome los ojos de la luz brillante de la estrella anular.

—Habitualmente, no puedo sentirlo —admitió—. Pero en ocasiones pierdo el control e intento fijar las cosas, o dar lógica… corregir. Creo que al madurar me controlaré y adoptaré una forma sólida fiable, como la tuya. Tu forma es agradable. Eso me dice Polybiblios.

—Entonces, ¿eres una recompensa? ¿Un regalo de maestros Shen a estudiante Deva?

—Mi padre parece tenerme gran afecto. —Había reducido la altitud y ahora sólo era un poco más alto que yo y ya parecía más madura—. Creo que desea estudiar en qué me convertiré.

Metió los dedos de los pies en el mar vectorial y oleadas rosas y rojas se extendieron hacia fuera, como si ella sola pudiese revivir todo lo que se hubiese perdido.

—Si me quedo aquí, el Shen no me dará, o no podrá darme, lo que necesito. Me convertiré en otro recuerdo abandonado, como este mar. Y entonces… lo que quede perecerá cuando el Shen caiga en el Caos.

Mi melancolía desapareció. Su aliento era de novedad, de frescura… radiaba un potencial para la alegría muy diferente a lo que yo hubiese

experimentado antes. Sin duda este glamur poseía sus propias capacidades adaptativas, pero ¿qué podría ser ella para un Restaurador?

Ella se acercó y extendió una mano iluminada por la estrella.

—Polybiblios dice que el capitán de la nave torsión debe extender una invitación para unirse al viaje de regreso a la Tierra. Me dice que es peligroso. La decisión es tuya, Peregrino.

Podía sentir las antiguas fuerzas como un fuego que me calentase ojos y piel. Lo que en su momento había sido historia y teoría abstrusa —una musa perdida, condensada y perdida al final de la Brillantez— se mostraba ante mí, real y vivida, aunque transparente.

—Sigues siendo como un fantasma —dije—. Probablemente no ocuparás demasiado espacio ni consumirás muchas unidades de soporte.

—No como nada… todavía. Pero lo haré. Podría comerte a ti, Peregrino. —Ahora parecía más madura, con ojos audaces, profundos y dorados—. Quizás en la nave descubra mi verdadero nombre. Quizás ayudes a mi padre a encontrármelo.

Yo ya estaba más que la mitad de enamorado.

Agotada, la cabeza dándole vueltas por cosas que era imposible que comprendiese, Tiadba miró al círculo de exploradores. Todos parecían confundidos, debatiéndose con misterios y palabras muy alejados de su experiencia. El Pahtun emitió un refunfuñar bajo para luego agitar su enorme cabeza.

—Es un relato muy antiguo —dijo—. No estoy seguro de creerlo.

—Eso es lo que pone —dijo Tiadba a la defensiva.

—Oh, eso no lo dudo —dijo Pahtun—. Tantos exploradores, tantos relatos. A menudo me he preguntado cómo los Eidolones llegaron a ser como son y cómo Ishanaxade llegó a ser lo que es… pero ésas son otras historias y quizá yo todavía no conozco la verdad.

—Tiene cierto sentido —dijo Nico valientemente—. Tendremos que leer el libro más tarde. Para ver si la historia cambia.

—No sé si las historias cambian —dijo Tiadba, no por primera vez—. Quizá lo que cambia es mi comprensión.

—Hora de enseñarnos a los demás a leer las letras antiguas —insistió Denbord.

—Nos gustaría —dijeron Herza y Frinna, para sorpresa de Tiadba.

—Ni de broma —dijo Macht, y bostezó.

—Si hay tiempo —dijo Pahtun—. Las armaduras pronto estarán listas.

Algo similar al dormitar —pero muy lejos de ser sueño— llegó a Tiadba por primera vez desde que abandonaron el campamento de adiestramiento para cruzar el borde de lo real. No estaba segura de si soñaba o descubría una forma extraña de memoria.

Creyó estar en una sala grande rodeada de estantes de libros, dos o tres veces más altos que los estantes en los Niveles superiores. Vio a cuatro mujeres… para sus estándares eran mujeres grandes, pero quién era ella para juzgar. Ella era pequeña… ellas eran grandes. Se movían a su alrededor, hablando entre ellas… muy preocupadas.

Abandonó el trance con un jadeo y alzó la vista para ver a Pahtun sacando trozos de armadura de las ramas giratorias en el centro del emparrado y montando sus nuevos trajes. Los colocó de pie y unió miembros a los troncos empleando una pequeña esfera que sostenía con su dedo flor. A través de los labios expulsaba aire siguiendo una sucesión musical de notas, que Tiadba no habría considerado una tonada. Observado, terminó lo que hacía y le guiñó un ojo para luego tocarse la nariz. Pero parecía preocupado… si ella podía leer las expresiones empleadas por los Alzados.

A medida que los otros se congregaban junto a los trajes recién montados, Pahtun —tan parecido a su tocayo que decidió que no podía detectar ninguna diferencia, excepto las manchas y la apariencia harapienta— caminó alrededor del círculo y pasó sus manos de arriba abajo, haciendo que cada traje reluciese.

—Están terminados —anunció—. Renovados, mejor informados, como prometí. Ahora, ponéoslos con rapidez. No queda tiempo. La senda cambia y pronto estaremos justo en medio.

Con rapidez los exploradores se pusieron los trajes, moviéndose para encajar. Al principio sintieron pocas diferencias; el de Tiadba parecía algo más rígido, eso era todo.

El Pahtun confinó las ramas giratorias. La caja se redujo hasta que pudo cogerla y meterla en una tela que le colgaba del hombro.

—Tú no llevas traje —dijo Tiadba.

Agitó una mano.

—El emparrado es mi armadura. Cuidaos… está a punto de colapsar y yo me iré con él. Haceos a un lado. Espero que no volvamos a vernos. Si nos encontramos, es que todos hemos fracasado. Vuestras armaduras responderán mejor, serán más informativas e incluso más fuertes, pero recordad, lo que está por venir será peor. Sobre todo, creed que soy real. No penséis que nunca estuve aquí.

El emparrado ardió, exponiendo el cielo arrugado y el largo arco de fuego rojo y púrpura. El casco de Tiadba le rodeó la cabeza y el visor cambió de color, tiñendo la escena de naranja cuando por completo a su alrededor las ramas estallaron con llamas violetas, demasiado brillantes para mirarlas.

Se encontraban sobre terreno negro y ondulado y oyó a los otros contener gritos de desesperación. Habían vuelto al Caos. Durante un momento a Tiadba le pareció ver una figura alta y esbelta alejarse rápidamente, un destello de miembros blancos… un nimbo de ramas relucientes y giratorias protegiendo a un Alzado… un Restaurador solitario.

—Exploradores en alerta —les advirtieron las armaduras—. Seguid la baliza.

Ahora lo oía: un pulso musical constante, más intenso al mirar en una dirección, más débil en las otras. Y reconoció la nueva voz de la armadura.

Era la de Pahtun.

Denbord y Khren se le acercaron, y luego los otros. Formaron un círculo, mirando hacia fuera, y se dieron cuenta de que cada uno veía lo que

los otros veían, lo que permitía juzgar mejor el entorno… muchos ojos combinados a la vez, una sensación extraña.

—¿El Alzado se metió en nuestros trajes o recogió y se fue? —preguntó Macht.

—Esperemos que fuese real —dijo Nico— y que no estemos tendidos sobre esta sustancia negra, desnudos, la cena de unos monstruos.

—Seguid la baliza —insistieron las armaduras—. Hay mucha distancia por cubrir y hay que hacerlo con rapidez. Toda esta región es preocupante. Los Silentes siempre buscan a los que desafían al Tifón.

—¡Marchad! —dijo Tiadba, y con mayor confianza y más alerta, siguieron los tonos cadentes, formando una línea ondulada que pronto se enderezó, con Tiadba delante y Khren al final.

Todos podían ver lo que ella veía al frente, a su alrededor: una luz verde apagada que parpadeaba y se elevaba hacia arriba, como para tocar el cielo.

El avance se ralentizó y se sintieron extrañamente pesados. A su derecha algo pasó demasiado rápido para verlo… algo enorme, ancho y plano, pasando junto a pilares altos y delgados que surgían del terreno por delante y detrás… y luego desapareció.

—Tenía cara —dijo Khren—. Una cara humana. Mayor que un prado…

—Moveos con rapidez —les indicó la armadura—. La distancia se contraerá, la luz se moverá de forma extraña y todo parecerá arder. Sobre todo, seguid la baliza.

A la izquierda, Tiadba vio una rotatoria espada gris de luz, más brillante que antes: el rayo reluciente lanzado por el Testigo.

—Estamos justo debajo —dijo Nico—. ¿Cómo nos hemos acercado tanto? ¿No estaba al otro lado?

—Deberíamos montar el generador y esperar a que se vaya —dijo Macht.

—¡No! —insistió la armadura—. Os persiguen. Aquí no hay refugio. Sólo es posible huir.

77

El almacén verde

Jack se agachó junto a la cama de Ginny y le tocó el brazo con la mano. Llevaba horas durmiendo, incluso después de que la luz peltre de lo que pasase por amanecer tocase las ventanas bajo el techo del almacén. Al sentir el contacto, Ginny se agitó en el catre, para luego abrir los ojos y mirar a la distancia. Ya se había ido la expresión de paz que había tenido después del periodo pasado en la habitación. Había regresado la preocupación constante y el miedo… sobre todo al dormir. Ahora dormía mucho. Jack, por su parte, estaba casi siempre despierto. Desde que había salido de la habitación vacía sus sueños habían sido breves y tranquilos.

—Son enormes —musitó Ginny—. Son como mantas raya, pero tienen caras por un lado. Brazos y piernas dejan marcas en el camino al pasar, como insectos zapateros en un charco. Pasan a demasiada velocidad para verlos, a menos que ellos te vean primero… y si te atrapan, se acabó.

Jack se limpió una lágrima de las mejillas, sintiendo emociones que no eran suyas, todavía no.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estamos a kilómetros de la ciudad… no sé a qué distancia. Aquí siempre es de noche, siempre está oscuro. El sol no emite luz, no es más que un resplandor en el cielo. Ni siquiera hay sombras reales. La armadura dice que aquí el Caos está diluido, que sobreviven algunas de las antiguas reglas. Incluso podemos quitarnos los cascos y respirar el aire. Pero si lo absorbes te hiela los pulmones. Es bueno tener pelaje en la nariz. —Miro a su alrededor, como intentando localizar la cara de Jack, sin verle ni a él ni al almacén—. ¿Se aproxima algo?

—No lo sé —dijo él con el rostro retorcido—. Tú vas muy por delante de mí.

—La baliza todavía canta en nuestros cascos, tan hermosa… es lo único que nos guía. La distancia es complicada, pero seguimos caminando. Creo que sabe que estamos aquí fuera, pero simplemente no le importa. Está harto. Se lo ha comido casi todo, pero le provocamos indigestión. Ganó pero nos vigila… con ojos realmente grandes. El Testigo siempre está ahí. Dios, espero que no nos acerquemos demasiado.

—¿Qué es? —preguntó Jack.

—No hay palabra para describirlo. La otra ciudad no es… no es la misma. En este lugar hay algo horrible. Yo lo sé, pero no puedo decírselo a ella. Jack… *Ella no lo sabe*.

Jack depositó la cabeza sobre el pecho de Ginny, le colocó la mano sobre los ojos. Esa mirada escrutadora y distante…

—Allí estaré —susurró.

—Demasiado tarde —dijo Ginny—. Nos han encontrado.

Ginny se dejó caer en el catre. Jack le acarició la frente para luego ponerse en pie. No soportaba verla sufrir y tan indefensa. Golpeó las cajas al salir.

Bidewell estaba sentado en una silla cerca de la estufa, leyendo un delgado libro verde. Elrostro del anciano parecía etéreo, como si estuviese a punto de convertirse en neblina o vidrio. Ellen salió de la zona principal, cargando un bolso tricotado que en una esquina mostraba el peso de su pequeño libro.

—¿Dónde están las demás? —preguntó Jack.

—Aquí no pueden hacer nada —dijo Bidewell—. Intentan llegar a sus seres queridos.

—Creía que estaban solas —dijo Jack.

—Sólo vosotros estáis realmente solos —dijo Bidewell con un extraño tono de envidia—. Nuestro tiempo casi se ha agotado, por este ciclo. El vuestro acaba de empezar.

Ellen miró a Jack, simultáneamente esperanzada y afligida. Jack comprendió que los dos habían estado llorando y se sintió incómodo, así

que siguió y se encontró a Daniel sentado bajo estantes de libros casi vacíos en la sala anexa, repasando un libro grande y grueso. Daniel parecía tan agotado como se sentía Jack. Por alguna razón, eso le hacía parecer más favorable.

Al aproximarse Jack, Daniel dejó el libro.

—Oí que la puerta se abría.

—Tres de las mujeres se han ido —dijo Jack. Analizó la expresión de Daniel, buscando cualquier señal de alteridad, pero no encontró nada que le desagradase o le hiciese sentir suspicaz. Sospechaba que era cosa de Glaucous. Reconocía los síntomas, más sutiles pero los mismos. ¿Por qué iba Glaucous a proteger a Daniel?

¿Le quería quizá como nuevo compañero?

—No oigo mucho de fuera —dijo Daniel—. Y ciertamente aquí no hay nada nuevo. Vamos arriba a echar otro vistazo.

Durante un momento, las cortinas y arrugas sobre la ciudad se habían separado, dejando una oscuridad de tinta y un cielo lleno de estrellas, pero algo estaba mal. Las estrellas, al igual que la luna, se habían difuminado, retorcido, formando anillos de los colores del arco iris… y se iban apagando.

Una a una parpadeaban antes de apagarse como luciérnagas agotadas.

—Se las comen —dijo Jack—. La luna, las estrellas.

—Has acertado —dijo Daniel—. Pero tenemos que pensarlo bien, *¿qué*está siendo devorado? *¿Cuándo* está siendo devorado? Puedo creer que la luna esté siendo consumida por lo que *eso* sea, ese feo sol arqueado… lo hemos visto casi desde el comienzo, pero las estrellas están más lejos. A menos… —se frotó la frente—… a menos que el pasado fuese consumido primero. Lo que significaría que todo lo que había detrás de nosotros ya se ha consumido, espacio *y* tiempo… Esas estrellas ya han desaparecido, la última onda de su luz rebotado en el Término… y ahora se *desvanece*. Somos como el centro de una manzana, las semillas, reservadas para el final.

—Simientes —dijo Jack—. Eso dijo Bidewell que eran las piedras.

—Nada de lo que dice tiene sentido, Jack.

Jack insistió.

—Aun así, vienen al pasado desde alguna parte.

Daniel lo meditó, con la frente arrugada, mejillas regordetas poniéndose pálidas. Le dedicó a Jack una mirada enjuta, en parte incredulidad y en parte envidia.

—Vale, chico mágico. Sabes algo.

—Es evidente. Trastean con nosotros, alguien envió las piedras al pasado, como dice Bidewell.

—Como él *da a entender* —le corrigió Daniel.

—Y lo que controla a los cazadores… la Princesa de Caliza, la Lívida Señora de Glaucous… podría venir también del futuro. Pero lo que trastea con nosotros ya no está *en* el futuro. Nos estamos dando empujones *contra* el futuro… lo que queda a él. ¿No es así?

—Te sigo hasta ahora —dijo Daniel, intrigado de que de pronto Jack se dedicase a la teoría.

—Así que sólo recibimos las últimas ondulaciones de la secuela. Lo que vaya a suceder, *ha* sucedido… aquí. Exceptuando el almacén y nosotros.

—¿Debido a las piedras o a la extraña biblioteca de Bidewell?

Los dos miraron a la ciudad fragmentada, más allá de la conmoción, incluso más allá del asombro, y luego se miraron, expresando el último resto de sorpresa: el hecho de que siguiesen vivos, todavía capaces de pensar, de hablar.

—Quizás ambas cosas —dijo Jack—. Por el momento estamos salvados. Pero ese momento será terriblemente corto. Y luego tendremos que hacer algo.

—¿El qué? —preguntó Daniel.

Jack agitó la cabeza.

El perfil de la ciudad que rodeaba el almacén había coagulado a una desolación de edificios rotos, flujos arrastrados de agua enlodada, jirones arrancados de nubes que apenas ocultaban el cielo destrozado.

El último brazo de ese odioso arco de fuego cayó bajo el horizonte y las nubes resplandecieron con rojo sangre, para luego convertirse en un marrón sombrío, las partes inferiores irregularmente iluminadas por mechones retorcidos de naranja y verde.

—Toda la ciudad es un batiburrillo de pasado y presente —dijo Daniel —. Si tienes razón, podría indicarnos que esa Princesa de Caliza sigue ahí fuera… esperando a que todo se asiente antes de venir a buscarnos. Glaucous se muestra extrañamente confiado.

—Te *está*protegiendo —dijo Jack.

—¿Sí? Qué extraño. Yo no necesito protección. —Se frotó una sien con el pulgar—. No veo ni rastro de las mujeres que se fueron. Tus amigas.

Glaucous se aseguró de que Daniel y Jack estuviesen lejos antes de acercarse al cubículo de Ginny. Con agudeza de murciélago, podía oírla moverse desde el otro lado del almacén.

Ginny parpadeó y se mostró confundida cuando Glaucous retiró la cortina fina.

—No te quiero cerca —le advirtió, con una lengua paralizada por el sueño largo y profundo—. Pediré ayuda.

—Mis más sinceras disculpas por lo tosco de mi apariencia y modales —dijo Glaucous. Miró hacia arriba—. Los jóvenes están en el tejado, satisfaciendo su curiosidad. Parece que aprenden a confiar uno en el otro.

—Jack sabe que no debe —dijo Ginny, todavía parpadeando… aunque no sabía si era por nervioso o por irritación. Todo resultaba arenoso. Todos parecían estar quedándose sin impulso… incluso su cerebro.

—Quizás. En cualquier caso, yo no soy una amenaza —dijo Glaucous en voz baja—. Es más, eliminé a los que vinieron a cazarte. El hombre de la moneda, la mujer con las llamas y el humo. Una pareja horrible. Por supuesto, tengo mis lealtades, y puede que no se correspondan con las tuyas. Pero sin líder son una amenaza tan grande como esos gatos del almacén. Tú no eres *mi* ratón. ¿A quién te entregaría? ¿Y por qué iba a hacerlo?

—Por favor, vete —dijo Ginny.

—No antes de calmar mi conciencia. Has depositado mal tu confianza, y ahora me temo lo peor. Bidewell se ha ocultado durante muchas décadas, pero nosotros, todos los cazadores, le conocemos desde hace mucho. Entre nosotros era legendario.

—Ha sido bueno conmigo.

—Poseemos la habilidad de ser encantadores cuando lo deseamos a pesar de todo lo demás. ¿No la puedes sentir ahora mismo entre nosotros? —Bajó la vista y se llevó las manos a la frente, como si estuviese avergonzado—. Discúlpame. Es un instinto, sin duda mal empleado. Lo retiraré de inmediato. —Eliminó el ambiente de melaza.

Ginny se echó atrás, todavía más confundida.

—No me acercaré más y me iré pronto. Pero debo decir… con el espíritu de una caza honorable que pronto comenzará de nuevo. Bidewell os trajo a todos aquí por la misma razón que yo me uní al que se hace llamar Daniel… un tipo extraño, ¿no crees? No es lo que parece. Muy antiguo. A los que son como él los llamamos malos pastores… pero pastores son. El que posee una piedra exuda una atmósfera de protección y ofrece a otros un paso al siguiente nivel de este asombroso final de partida. Como es tu caso, joven Virginia. Aquí está el patrón, la imagen de los siguientes parpadeos del tiempo. Yo completaré mi parte del juego y Bidewell completará la suya. Él te entregará a su señora, y yo entregaré a Daniel y a Jack a la mía.

—No creo nada de lo que dices —musitó Ginny, pero sus ojos manifestaban lo contrario. Nunca se le había dado bien confiar.

—Perdóname por decir la verdad —dijo Glaucous—. Pero incluso los que son como yo tenemos reglas.

Glaucous retrocedió y dejó caer la cortina, para luego regresar a la zona de almacenamiento, con el rostro hierático y gris.

78

El Caos

Bajo la eterna mirada del Testigo, los Silentes casi habían pasado sobre los progenies cuando toda la tierra pareció convertirse en una erupción de géiseres y fuentes de oscuridad cenicienta. Los enormes rostros aplastados con sus ojos siempre en movimiento y siempre buscando —que recordaban a Alzados, progenies y otras variedades desconocidas para los exploradores — se habían retirado de pronto, dejando a Tiadba y sus compañeros tirados sobre el terreno negro, esperando el final… el final retrasado.

Tiadba retiró el brazo del visor y vio que Khren y Shewel estaban ya de rodillas. Herza y Frinna también se levantaban. Todavía temblando por la conmoción, Tiadba logró ponerse en cuclillas, y prestó atención a los gritos y gemidos que surgían a su alrededor. Las ruinas comprimidas de una ciudad muerta se habían alzado en torno del Testigo o habían sido colocadas en ese lugar como un montón de madera preparado para el fuego.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿El Caos se ha contraído?

Khren y Macht vinieron a su lado. Nico encontró otra pared con mejor agarre.

—Ha habido movimiento —anunció la voz de la armadura—. Las distancias se han reducido.

Para entonces los exploradores habían encontrado puntos de observación a todos los lados, menos interesados en la ciudad que en lo que había pasado con los Silentes y en dónde estaba situado ahora el Testigo, casi encima de ellos.

Tiadba, frunciendo el ceño, examinó el testigo. La enorme cabeza distorsionada —tan alta como tres o cuatro bloques apilados— había sido

levantada sobre un pesado andamio de viejos edificios. Su expresión parecía haberse quedado congelada en una desesperación cansada. Quizás el rostro medio fundido revelase sus emociones en periodos de tiempo muy superiores a la vida de un progenie. Con todo desplazándose y cambiando, quizás el Caos aceleraría y ella podría realmente *ver* la agonía recorrer esa frente, acentuando la rotación de esos enormes ojos salientes, un brillo verde apagado agitándose dentro de los pozos oscuros de las pupilas.

El paso del rayo se había interrumpido, pero ahora los brillos volvían a enfocarse, formándose de nuevo, y el rayo volvió a saltar sobre el Caos, retornando a su rotación lenta e inevitable.

Khren y Shewel ayudaron a Tiadba a ponerse en pie. Ninguno había sufrido daño… por ahora. Les habían dejado ilesos bajo la misma sombra del Testigo, rodeados por laberintos de paredes rotas y estructuras caídas, espirales, torres, fachadas ornamentales.

Las paredes habían crecido instantáneamente, mientras el cielo se había tornado de un enfermizo gris metálico y algo similar al viento había recorrido el Caos, cargando con coágulos dispersos de polvo negro. Y ahora las fuentes, disparando al cielo, uniéndose de pronto para formar embudos giratorios, luego curvándose y yendo en picado hacia el horizonte distorsionado.

—¡Aquí! —gritaron Herza y Frinna.

Tiadba apartó a Khren y trepó en ángulo por la pared opuesta para mirar. Todos observaron cómo los Silentes maniobraban en sus caminos, agachados, contrayendo sus zancos para evitar los embudos, que ahora eran como gruesos dedos, con los exploradores en medio de una palma gigantesca. Una especie de humo vivo recorrido por gris y plata se elevaba por todas partes, y el Caos estalló una vez más… en esta ocasión se alzaron rayos de luz roja que se extendieron por el cielo arrugado.

—Más intrusiones —explicó la armadura.

—Eso ya lo veo —dijo Tiadba, y luego alargó la mano para asegurarse de llevar la bolsa en el morral, con sus libros. Los libros de todos. ¿Cómo podría Jebrassy encontrarle, atravesar todo esto?

—¿Dónde está la baliza? —preguntó Nico—. No oigo nada. —Si perdían la baliza, entonces no importaría si estaban vivos o muertos.

—Está parando —gritó Khren.

Las fuentes dejaron de emitir, los geiseres petardearon, la locura continua de gritos y alaridos redujo su tono e intensidad para convertirse en un estruendo contenido.

—Debemos atravesar la senda —dijo Tiadba.

—Allí hay algo, al otro lado —dijo Nico.

Las caras de sus trajes ampliaron lo que Nico había entrevisto y les mostraron un tipo diferente de ruina: cubos grandes y estructuras rectangulares dispuestas en una rejilla y coronadas por un remolino de cielo más claro.

Tiadba cerró los ojos e intentó recordar cómo las habría llamado su visitante.

Calles. Carreteras.

—Conozco un lugar así —dijo.

—Tendremos que ir rápidos —aconsejó Nico, y Khren mostró su acuerdo.

Subieron por los restos y corrieron sobre la senda llena de hoyuelos, con su esponjosa superficie pálida, luego mugrienta, como una depresión en barbecho. Tras ellos, el Silente más cercano comenzó a alzarse sobre patas delgadas, la boca de la enorme cara plana retorciéndose como si sintiese dolor.

—¡Más rápido! —les ordenó la voz de Pahtun, y ellos se esforzaron, tiraron, evitaron la absorción y atravesaron la senda para salir a una costra negra y vidriosa, con polvo debajo, y luego…

Una carretera formada por piedras rojas y cuadradas, cubierta por un hielo negro, pero duro… ¡podían correr! Podían huir mientras los Silentes se levantaban sobre sus zancos e intentaban alcanzarles con arpeos fluorescentes.

Pero ya los exploradores quedaban lejos de su alcance.

Caminaron en silencio, recorriendo las ruinas durante lo que debieron de ser kilómetros. El pequeño generador había quedado atrapado en los restos al otro lado de la senda, retenido entre muros caídos. Sólo les quedaba una saja.

Y Tiadba tenía sus libros.

—¿Este lugar es nuevo o viejo? —preguntó Khren.

—Creo que muy viejo —dijo Tiadba mientras ampliaban la distancia que les separaba de la senda y del Testigo.

—¿Qué tipo de lugar es? —preguntó Herza. Habitualmente era la menos curiosa, incluso menos que Frinna, y jamás preguntaba.

—Creo que es una «población» —dijo Tiadba—. Como un bloque, pero dispuesto en el plano en lugar de apilado.

—Algunos de los edificios dan la impresión de que pudieron ser más altos —dijo Khren—. Quizás algo los recortó.

Tirabuzones retorcidos de tenue luz azul llegaban arqueados desde el Caos a la ciudad plana, bailando por los caminos y acariciando las paredes partidas. Nico preguntó qué eran los bucles.

—Materia entrelazada —respondió la voz de Pahtun—. Son destinos anulares, interacciones entre partículas que son lo mismo, que en su momento estuvieron separadas por tiempo y destino… pero ya no.

Destinos anulares. Tiadba se estremeció. Nunca lo había oído antes, ni siquiera de su visitante, pero sonaba importante, incluso crucial.

—¿Son peligrosos? —preguntó Khren.

—Desconocido —respondió la armadura—. No se les puede evitar. Están formados por masa primordial. Podría haber más reconocimientos entrelazados entre materia del pasado, ahora unida consigo mismo en el presente.

Intentaron concentrarse en esas palabras que casi comprendían. Tiadba pensó que su visitante y el de Jebrassy podrían haberles hablado desde ese pasado. ¿Significaba eso que estaban conectados, formados en parte por la misma materia?

Le dijo a los demás que debían encontrar algo que sirviese de refugio y que permaneciesen alerta. El Caos había quedado apretado, comprimido —parecía ser la forma más simple de expresar lo que habían experimentado—, y quizás eso significase que este pasado les había alcanzado, colisionando y mezclándose con todo lo que rodeaba el Kalpa.

—¿Ahora qué? —preguntó Herza, su segunda pregunta del viaje.

79

El almacén verde

Jack se inclinó por el borde del tejado, buscando gente y encontrando algunas personas que seguían fuera. Pero no pudo reconocer a ninguna de las brujas del grupo de lectura, y nadie más se movía ahí fuera. Se habían convertido en esculturas de obsidiana fijas en pose de caminar, correr o simplemente estática, de pie, los brazos como clamando a alguien, a algo… a *lo* que fuese.

—¿Todos están así? —preguntó Jack.

Daniel no tenía respuesta pero sintió una punzada… un molesto pinchazo de preocupación. Podía ver a través de muchos de los edificios, como si la realidad se hubiese quedado congelada en plena colisión. Algunos se desvanecían lentamente, derrumbándose… convirtiéndose en más polvo negro.

Se frotó vigorosamente las sienes, para luego inclinarse, luchando contra el dolor de cabeza.

—Ya no soy inteligente, Jack. Esto me ha aplastado por completo. Todo secreto, todo fragmento de conocimiento, está justo delante de nuestros ojos y no sabemos lo que significa —dijo—. Antes era un cabrón arrogante… por lo que recuerdo, que no es demasiado. Quizá mi sitio esté con Glaucous y tú deberías mantenerte apartado de los dos. Lamento haberle traído conmigo.

Jack no tenía respuesta. Su pasado se había ido… literalmente: borrado, absorbido, convertido en polvo. ¿Ahora de qué podrían ser responsables? ¿Qué libertad de acción o elección era posible que tuviesen?

Ginny se tomó el tiempo justo para sacar la piedra de la caja, tirar ésta entre dos cajones pesados y sacar un paquete de ropa y una lata de alubias, lo que creía que los demás podrían no echar de menos, de debajo de la cama. Ya era más que suficiente. No podía permanecer inmóvil ni un segundo más, no podía malgastar más tiempo esperando a que los otros concluyesen sus enigmáticos preparativos.

Había estado dormida cuando se fueron las tres brujas. No vio a Ellen con los libros o cerca de la puerta exterior. No quería ver a Jack o Daniel, y ciertamente no quería volver a verse con Glaucous.

Ni con Bidewell.

Iba a hacer lo que se le daba mejor: girar a la izquierda, avanzar, tomar la decisión equivocada. Abandonar la seguridad del almacén de Bidewell —si *era* seguro, cosa que siempre había dudado— *parecía* una estupidez, pero ahora más que nunca no podía soportar la idea de quedarse dormida y soñar con su otra allá perdida.

Se abrió paso por entre las cajas apiladas, oliendo a moho, sintiendo el novedoso y extraño frío que recorría el altivo y viejo edificio, serpenteando como un vapor invisible por los pasillos y entre las habitaciones, enfriando las puertas de acero como si fuesen manos heladas, penetrando, buscando…

En su bolsillo la piedra resultaba cálida y pesada. Toda la ligereza después de sus horas en la habitación vacía, el tiempo pasado con Mnemosina, se había derrumbado bajo el peso del sueño inquieto, y ahora sólo sentía una pesada desesperación.

Empujó la puerta exterior, estremeciéndose al oírla gemir, y tiró de la palanca mecánica que soltaba la puerta de la verja ahora que no había electricidad. El frío en la rampa era más extraño y más intenso que el del almacén, y la oscuridad marrón y viciada más allá de la puerta resultaba más amenazadora de lo que había imaginado mientras se preparaba.

Pero así debía ser. Separación, huida, con la esperanza de nueva unidad… cuando estuviesen listos, cuando estuviesen *maduros*.

En lo que fuese que se convirtiesen con el tiempo.

Con dedos húmedos, hizo girar la piedra en el bolsillo de la chaqueta —la chaqueta que le había dado Bidewell, un grueso abrigo de lana de la fuerza aérea británica, de sesenta años o más— y empleó la otra mano para tirar de la puerta de la verja.

La última dispersión de nubes retorcidas se iluminaba con arcos de llamas de verde y amarillo pálidos que parpadeaban y pasaban por encima, como las luces del norte, pensó, pero más intensas… y sin la misma belleza. Por encima de las nubes el cielo se había convertido en una bóveda de nada. Decidió que no debía alzar la vista. Pero mirar las calles —los edificios cortados, diseccionados, recolocados, cubiertos por el hielo negro y reptante, la poca gente que Término había dejado, petrificada, retorcida, cubierta del mismo hielo cerúleo y reptante—… ¡horrible! Así que fijó los ojos en los pies y caminó todo lo rápido que le permitía el aire áspero.

Le parecía ocupar una especie de burbuja, un volumen protegido e invisible que empujaba por delante y a su alrededor. Era posible que la burbuja fuese un efecto de la piedra, pero no podía estar segura. Era como la burbuja de aire que un coleóptero acuático empuja bajo la superficie del agua. Podría ceder en cualquier momento, y el oscuro hielo cerúleo le llenaría las venas y entonces algo diferente miraría a través de sus ojos ciegos… Miró atrás, una mala idea, pero no pudo evitarlo. El aire gris a su espalda no podía oscurecer por completo el definido resplandor azulado que surgía del almacén, el único edificio de los que podía ver que no había sido destruido o reordenado como un juego de construcción infantil. Les deseaba lo mejor.

El almacén se redujo demasiado rápido, como si cada paso que daba fuese en realidad una docena. Una forma nueva de caminar: zapatillas gastadas convertidas en botas de siete leguas… Ginny alzó los brazos, preguntándose si podría volar usando la fuerza de voluntad, pero no pasó nada. Siguió caminando. El suelo cambió del cemento y el asfalto agrietados a una tierra blanda y gris, y luego a algo más negro y más duro… una especie de costra filamentosa como la de la lava antigua, pero delgada y crujiente. Esperaba que el fino polvo gris que saltaba de debajo de la costra rota no le tragase los pies, o la devorase a *ella*.

Algunos de sus pensamientos mientras realizaba el extraño viaje estuvieron dedicados a las protestas de una joven racional y práctica que le decía que abandonar el almacén era peor que el suicidio… pero que también le decía que nada de esto podía ser real. En el mundo roto, plano y apático de Término —una delgada capa de pintura entre vida y perdición— debía haber una respuesta a la locura, una forma de huir, una puerta o escotilla por la que pudiese pasar y llegar al sol real, a la noche real, a caminar bajo estrellas reales, una luna real…

Sueño real, sueños normales. Y una ciudad real, no este montón destrozado.

Pero entonces dejó de mirar los pies y echó un vistazo alrededor. Ya no estaba en la ciudad. El aire marrón y gris se teñía de rojo por el ascenso de un arco llameante… aparentemente lo que quedaba del sol, envuelto alrededor de un disco ceniciento. Venía acompañado de estruendos graves y temblores bajo sus zapatos, la misma tierra negra rebelándose contra lo que ahora pasaba por el día.

Y en la distancia vio la fantasmal indicación indirecta de un rayo barredor, no exactamente un foco sino más bien la hoja de una inmensa espada que cortaba el cielo.

Sé lo que es. El Testigo.

Lo que la obligó a detenerse. Se descubrió retorciéndose las manos, un gesto de cuento del que nunca se había creído capaz. Pero obtenía algo de solaz en el movimiento repetitivo y la presión de sus dedos fuertes y doblados.

Frunció más el ceño, arrugas y pliegues creciendo por frente y mejillas hasta que pareció una mujer muy mayor. El aire parecía estar envejeciéndola. Término podría estar recortándola, cercenando abruptamente su línea de mundo como una adusta y silenciosa Norna.

Podía estar pasando cualquier cosa.

Y por tanto tenía que seguir andando.

En medio del tejado la puerta se abrió de golpe. Ellen le dio otra patada a la puerta al verla retroceder. Luego salió entre los palés de madera.

—¡Dejamos de vigilarla sólo un momento…! —gritó, y se detuvo, tomó aliento y levantó la mano para protegerse los ojos del resplandor auroral.

Jack no dijo nada, sino que se echó a correr por el camino de madera hasta la puerta. Sus hombros rebotaron en las paredes al echarse escaleras abajo como un mono.

Daniel le siguió, más lento. Intentando encontrar una ventaja, pensó en la mujer con cierto reproche. Ellen le miró fijamente cuando pasó a su lado. Se concentró en su cara… no quería ver más de lo que fuese necesario del cielo y el paisaje.

—¿La chica se fue? —preguntó Daniel.

Ellen tenía el rostro blanco por la conmoción acumulada y ahora esto. Cruzó los brazos con fuerza y asintió.

—Se suponía que la protegeríamos.

—Saldremos a buscarla —dijo Daniel—. De todas formas, este lugar no va a durar mucho más.

80

Centro

Las brujas no daban con ninguna calle que reconociesen.

Toda la zona centro había sido fracturada y luego lanzada al aire para caer en una cronología revuelta. Las únicas estructuras que parecían familiares eran las librerías, algunas cerradas desde hacía décadas, que una vez más presentaban carteles desvaídos a las calles vacías; pero sus interiores estaban desiertos, vacío tanto de lectores como de libros.

Agazutta, Farrah y Miriam se movían en grupo compacto, intercambiando en voz baja chistes sin gracia —la última forma de darse ánimos que se les ocurría—, pero eran incapaces de ocultar el temor que sentían al presenciar el horrible estado de la que había sido su hermosa ciudad.

—Nunca imaginé que sería así. Creía que me moriría en la cama —dijo Miriam.

—¿Sola y sin amor? —Agazutta adoptó una expresión irónica—. Quizás esto sea mejor.

—Habla por ti —dijo Miriam.

—Siempre lo he hecho.

—Chicas. —Farrah las empujó para doblar una esquina gris e irregular—. Estamos en la Quinta Avenida.

—Dios mío, ¿tan lejos hemos caminado? —preguntó Miriam.

—No estoy segura del significado que tiene ahora lejos —dijo Agazutta.

Se quedaron quietas un momento, la brisa polvorienta enfriándolas como una mano suave y muerta.

—Eso es el norte, creo —decidió Farrah. Se limpió la arenilla de los ojos e incrementó el fruncimiento. ¿Ahora qué?

—Reconozco algo de las manzanas de ahí —dijo Miriam—. Es la biblioteca central.

—¿No hemos tenido libros de sobra? —dijo Farrah.

Miriam dijo:

—Creo que han sido nuestros libritos verdes los que nos han permitido llegar hasta aquí. Quizá podamos llegar al piso superior y orientarnos.

—Yo digo que vayamos al este, por ahí —dijo Farrah señalando—. Creo que eso sigue siendo el este. La autopista no está lejos, si sigue en su sitio.

—Mi casa estaría al norte —dijo Agazutta.

—No sé si podremos —dijo Miriam—. Está haciendo mucho frío. —Se alzó el cuello del adecuado abrigo gris de lana… del tipo que en Seattle se llevaba durante muchas estaciones.

Agazutta se volvió hacia una ventana recubierta encajada en la pared junto a ella, su marco roto, negro total tras el cristal cubierto de polvo. Había marcas de palmas y dedos en el polvo, como si la gente hubiese caminado con las manos, tocando las paredes, la ventana, cualquier cosa sólida para guiarse a través de la lobreguez… antes de que ellos mismos desapareciesen.

Miró al vidrio y comprendió que el reflejo que le devolvía la mirada era otra cara diferente por completo, que no era la suya… y tampoco estaba feliz. Dando un gritito, se echó atrás y el rostro desapareció.

Al sudoeste, alrededor del almacén de Bidewell, parecía reunirse un pilar de nubes giratorias, emitiendo un tenue silbido de caliope… la voz de una madre demente cantándole a sus hijos.

—Vayamos por esta calle —dijo Farrah—. Nos vale cualquier lugar, incluso una biblioteca.

Recorrieron los restos frágiles, que se hundían bajo los zapatos como merengue quemado, en la dirección que había sido norte; hacia la gran biblioteca.

Por dentro, la biblioteca estaba asombrosamente intacta… desierta, pero apenas tocada por los cambios producidos más allá de sus altas y escalonadas paredes de vidrio y aluminio. El silencio llenaba el vestíbulo y las escaleras que llevaban a los pisos superiores… el silencio de la ausencia.

Agazutta se apoyó en una mesa y tosió en el pañuelo.

—Ahí fuera acabaremos con pulmones de minero.

—El polvo del tiempo —dijo Miriam, y metió la mano en el bolso para sacar su libro. Lo levantó, mostrándoselo a las otras brujas.

Las demás sacaron sus libros: los que Bidewell les había dado años antes, cuando empezaron a trabajar para él.

—Los libros son especiales —dijo Miriam—. Significan algo más allá de cualquier valor que yo les haya asignado nunca. No es que no adore los libros. Quiero decir, mirad este lugar… casi inmaculado.

Agazutta se esforzó con el cierre metálico de su libro, pero Farrah alargó la mano y la detuvo. Lanzando un suspiro, Agazutta se lo volvió a guardar.

—La protección que puedan dar los libros no pareció cambiar las cosas para la gente que trabajaba aquí.

—Quizá se fueron —dijo Miriam dubitativa.

—Odiaría pensar que somos tan especiales —dijo Farrah, y cuando las otras le miraron, confundidas o irritadas, añadió con timidez muy poco habitual—: no quiero ser la última de nada… sobre todo la última vieja.

—¿Qué significa viejo en este lugar? —dijo Agazutta.

—Quiero estar en mi clínica —dijo Miriam.

—El tiempo se ha terminado, excepto para nosotras —dijo Farrah con gravedad. Señaló las altas y anchas ventanas. Se estaban cubriendo de hielo, escarcha negra y cristalina extendiéndose como una sombra fría.

Farrah había llegado al otro lado del mostrador de información y sostenía un grueso volumen de la *Historia Cambridge del mundo antiguo*. Lo abrió y pasó las páginas. Un fluido plateado y oscuro se vertió alrededor de sus pies y formó un charco reluciente. Miriam se inclinó para examinar

el líquido… lo tocó con los dedos, lo levantó. Las puntas estaban cubiertas por una iridiscencia oscura, arco iris alfabéticos… palabras hematites.

—Vaya —dijo Agazutta, y se alejó de los escalones más cercanos.

En el ascensor, un espeso líquido oscuro surgió por el espacio entre las puertas, mientras otro flujo más intenso descendía en cascada por los escalones. Las mujeres se retiraron.

Las corrientes se juntaron en el suelo de cemento.

Tras el mostrador, Farrah hizo salir las últimas gotas del libro de historia, para luego sostenerlo. Bajo la luz, las páginas estaban tan blancas como la nieve virgen.

La expresión de Miriam pasó del asombro a la resignación —casi a la comprensión—, pero luego manifestó una aceptación firme.

—Déjalo cerrado —advirtió—. Bidewell lo ha dicho continuamente. Sin lectores, los libros son impredecibles.

—Esperan nuevos personajes y nuevas historias —dijo Agazutta.

—*¿Nosotras?* —preguntó Farrah con una voz tan asustada y tan dulce como la de una niña.

—No, querida —dijo Miriam—. Nunca hemos sido muy importantes.

Pero Farrah había colocado el libro sobre el mostrador y, como una bibliotecaria, pasaba la palma sobre las páginas en blanco para presionarlas. A su toque, las letras regresaban, en apariencia aleatoriamente, ilegibles… historias embrionarias esperando a ser. Era eso lo que le había dulcificado la voz.

—¿Estás segura?

—Oh, vaya —dijo Miriam.

81

Ginny

Ginny tropezó al subir una cresta baja de piedra ennegrecida y luego, más allá, vio una gruesa corriente de algo iridiscente deslizándose hacia ella, para luego girar a la derecha, fluyendo colina arriba, no hacia abajo. Bordearía la curva para evitar atravesar el fluido… fuera lo que fuese.

No había traído mucha agua de verdad. Sólo una botella de un cuarto que daba golpes en la mochila. No tenía sed y tampoco se sentía cansada o con hambre. Parecían haber pasado apenas unos minutos pero debía de haber recorrido muchos kilómetros.

En este momento una parte práctica de su mente planteó una pregunta importante, y Ginny se preguntó por qué no se le había ocurrido antes: ¿qué la guiaba?

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y tocó la piedra, la sintió dar vueltas en sus dedos… una nueva libertad. Pero en cuanto intentó colocarla atrás, incluso dentro de los estrechos confines del bolsillo, se resistió.

Tenía una tendencia, una preferencia.

Tiraba en la misma dirección que ella caminaba.

—Yo soy la piedra, la piedra soy yo —cantó Ginny con un susurro ronco, y sintió una forma de tranquilidad, un contrapeso a su miedo.

El arco flamígero volvió a pasar del horizonte. Apartó la vista del anticielo para evitar que le doliesen los ojos. Luego se le ocurrió y lanzó un grititos. Había abandonado el último lugar de la Tierra que todavía no era parte del sueño horrible.

Camino hacia el Caos de Tiadba. ¿Dónde está su ciudad?

¿Dónde está el Kalpa?

Sosteniendo la piedra, las palabras entraron en su mente —muy familiar esa voz que nunca había escuchado pero que había conocido tan íntimamente— despertando el conocimiento para el que siempre había sido creada.

Estás aquí.

Estás en su corazón.

Encuéntrame.

Encuentra a tu hermana.

82

El almacén verde

En la pequeña zona de almacenamiento, rodeados por cajas de cartón caídas y montones de cajones rotos, Glaucous yacía tendido en el estrecho catre, pensando en todo lo que había visto y hecho, todo lo que había enjaulado y a lo que había dado fin. Pájaros vendidos o lanzados a las ratas; niños entregados por docenas a la Princesa de Caliza.

A la larga, desde la perspectiva sin duda estelar de alguien como la Señora, no importaba nada. No se sentía exactamente culpable, sino más bien desequilibrado. No aspiraba a comprender… era posible que Daniel comprendiese un poco de lo que sucedía en el exterior, pero a Glaucous le preocupaba ser demasiado viejo, ser en exceso un fósil viviente. Más de un siglo atrás, su intelecto había sido afilado para dejar un borde preciso, que luego el uso continuo había dejado romo de nuevo. Podía fabricar una simulación de inteligencia, invocar un patrón de comportamiento en respuesta a un desafío más o menos familiar…

Pero no en este caso. Éste era un juego para jóvenes. Él sólo podía contribuir con lo que ya en tantas ocasiones anteriores había añadido a la mezcla: la neblina de la promesa, el veneno de las mentiras.

Cuando los tres quedaron aislados en las habitaciones traseras de Bidewell, había *sentido* algo que recorría el edificio, como una brisa sutil… suponía que la propia Mnemosina. Durante un momento su memoria se agudizó, se ordenó. La sensación opuesta a tener cerca al Torbellino del Diablo, la Reina de Blanco.

Movió los labios. Con su voz más baja intentó recordar su historia de forma diferente, contar la historia de un niño al que habían tratado bien: no

era que tuviese de todo, pero al que habían educado para tener éxito y no para la servidumbre, manos expertas dando forma, con firmeza pero también con ternura, a su potencial… educando las buenas tendencias, desanimando las malas…

Madurando para tener una vida normal. Una mujer guapa pero agradable podría haberle aceptado como esposo. Podría haber tenido un hijo que él… ellos protegerían y jamás, nunca jamás, les entregarían a *ella*. No podía imaginarse el amor, no después de tantos años, pero podía invocar una imagen vaga de respeto y comprensión mutua.

Apretó los dientes, se levantó y se puso la chaqueta.

La puerta se abrió.

Daniel y Jack aparecieron bajo la luz gris.

—La chica se ha ido —dijo Daniel. Tras ellos, el hielo crecía sobre las cajas y cajones, contra paredes y techo. Cerca del suelo de cemento el hielo se manchaba lentamente de negro.

—Ah —dijo Glaucous, con la cabeza inclinada, los ojos simples ranuras. Se frotó las manos contra el frío. Estaba acostumbrado a moverse en la oscuridad.

—No la encontramos —dijo Jack. Glaucous observó la cara del muchacho y sólo encontró emoción nerviosa. Una niebla de promesa. Él uniría a esos dos. Se volverían como hermanos. Su última contribución al juego… perversamente, la creación de un lazo de confianza.

—Oí que tres de las mujeres se iban —dijo Glaucous—. ¿Dónde está la cuarta? *—Se quedó aquí por ti, Jack. ¿Te importa?*

—Está con Bidewell en la oficina —dijo Jack.

—Si estamos aquí —dijo Glaucous— y aparentemente *aquí* estamos, moviéndonos y hablando, entonces doy por supuesto que Término… me fallan las palabras, jóvenes amos. ¿Bidewell nos ha llevado a través de esa barrera impenetrable?

Ni Daniel ni Jack respondieron.

Glaucous los apartó.

—*Ella* vendrá pronto —dijo—. La Princesa de Caliza odia los santuarios librescos.

—Ahora no importa lo que haga la Princesa de Caliza —dijo Jack—. Estamos donde se supone que debemos estar.

—Ah, ¿eso te dijo Bidewell? —preguntó Glaucous.

—Jack sueña, ¿recuerdas? —dijo Daniel con una brusquedad que incomodó a Glaucous—. Puede que sepa más que nosotros sobre lo que va a pasar.

—Entonces, definitivamente deberíamos ir a buscar a la chica, y Jack nos guiará —dijo Glaucous.

Se llevarán las piedras con ellos… saldrán del almacén. Nuestra Lívida Señora vendrá a buscar a Bidewell… sus libros por sí solos no pueden protegerle.

Y luego, lo que siempre ha prometido a sus *sirvientes*…

Tal promesa se le había revelado una única vez, hacía más de un siglo. Apenas podía recordar los detalles, sólo el aura persistente de un triunfo glorioso, control, fortuna… una victoria inimaginable contra la adversidad. Una ausencia total de culpabilidad. ¿Y entonces qué sería él? Quizá ya ni siquiera fuese Max Glaucous.

Por primera vez en décadas una nota de conciencia resonó en algún lugar de su pecho, clara y dolorosa a pesar de su pequeño tamaño. Miró a Jack, luego a Daniel, y sintió que los músculos de su cara se volvían de cera, congelando su rostro en la parodia amateur de una sonrisa.

Qué feo soy, pensó. *Qué viejo*, *qué cruel, qué rebosante de mentiras*.

83

El Kalpa

En la torre, esperando…

La ráfaga de intrusiones había quemado hasta lo más profundo del Kalpa, arriba y abajo, destruyendo prácticamente los dos biones exteriores y dejando el primer bión —y la Torre Rota— en un estado extremadamente inestable. Un tercio de los Defensores se había disuelto en nubes abrasadoras. Resultaba aparente que la conclusión de la vendetta del Tifón no se demoraría mucho.

Ghentun cerró sus asuntos, evaluó los daños a los Niveles y decidió qué se podía hacer por aquellos de la progenie antigua que seguían con vida, que no precisaban de la bendición del Guardián Sombrío… un pequeño resto acobardado en sus nichos, cantando y rezando en voz baja, vigilando por las pocas samas con valor suficiente para recorrer los pasillos.

No se podía hacer nada más.

Había abandonado los Niveles por última vez y había regresado a la Torre Rota, no por requerimiento del Bibliotecario, sino siguiendo su conciencia. Incluso entonces era más que consciente de que cualquier decisión que tomase probablemente ya formaba parte del plan de algún Gran Eidolon. Sentía desprecio por todos ellos.

Esclavitud. ¿Cómo se podía esclavizar un cosmos moribundo? ¿Qué podría significar cualquiera de esos planes eidolónicos para un ser como él, que ya era incapaz del evanescente rielar noötico, menos aún de pasar señales y sentidos de personificación a personificación, incapaz incluso de aproximarse a lo que en esos poderes que todavía afirmaban ser humanos se consideraba pensamiento?

Esperaba a que los sirvientes del Bibliotecario notasen su presencia.

Ghentun miró desde una alta ventana fracturada y humeante, ennegrecida por los bordes, bordeada dentro y fuera por densidades cristalinas que se arrastraban y reordenaban, intentando sanar las fracturas en el lado interior, mientras que afuera la alteridad negra trepaba y buscaba un punto por el que entrar.

Finalmente aparecieron los angelines y entraron en la amplia cámara que una vez había estado vacía. En esta ocasión no era uno, sino miles, de formas y tamaños diferentes, todos azules, todos fríos, disponiéndose en círculos concéntricos alrededor de Ghentun y la alta ventana.

Los miró, sin moverse, para luego volver a contemplar lo que había más allá del límite de lo real. Pocos en los biones de abajo llegarían a presenciar lo que veía; Eidolones, Restauradores y Modeladores preferían por igual la ignorancia frente a la certidumbre de esa destrucción que se aproximaba con rapidez. No había ninguna duda de que el Caos había cambiado fundamentalmente. Nunca antes se había visto algo como lo que ahora rodeaba al Kalpa.

Hasta qué punto la antigua emoción de la curiosidad había degenerado hasta una mortal superioridad clásica… ¡el triunfo de la satisfacción ciega! Así debió de ser para muchas en las quinientas galaxias vivas durante la última de las Guerras de Masa… esperando la transformación o la destrucción por parte de los Eidolones. No mucho después, un gran número de esos mismos Eidolones cedían el paso al Caos.

Se decía que el Caos sentía menos misericordia por los Eidolones. Ghentun sentía cierta triste satisfacción al contemplar esa lección de historia tan vívidamente ejemplificada. Le escocía profundamente haber abandonado en su momento su masa primordial, haber renunciado a su herencia Restauradora a cambio de unos miles de años de esperanzada integración con las urbes superiores… Una gran traición, pensaba.

La única traición mayor…

Contempló los perfiles todavía vagos del conocimiento profundo que le había dado el Príncipe de Ciudad. No era de confianza, evidentemente. Y

cuando ese conocimiento surgiese, ¿le transformaría en el agente vengador del Kalpa?

Los angelines no se movieron… no alteraron sus pensamientos. Quizás el Bibliotecario también se estuviese preparando para sus momentos finales.

El Custodio se preguntó qué habría sido del joven progenie que había entregado. ¿Analizado, dividido, diseccionado por un Eidolon loco que padecía de una lujuria intensa y sin sentido por los detalles? ¿O estaba recluido, un premio perdido entre todos los demás experimentos fallidos y catalogados?

Lo que Ghentun contemplaba, más allá del límite de lo real, visible a través de los centinelas rotos e inclinados que todavía intentaban rodear y proteger…

El Caos había quemado casi toda la vieja realidad de la Tierra, retorciendo tiempo y destino para dejarlos convertidos en ceniza negra; pero durante ese proceso, perversamente había encapsulado algunos fragmentos escogidos, preservándolos, y ahora esos trofeos eran reordenados como si formasen parte de un museo desquiciado. Los artefactos fragmentados de tiempos antiguos y antiguas ciudades terrestres, y otros lugares, habían sido recogidos, transportados de alguna forma, y colocados alrededor de los últimos biones del Kalpa, más cerca que nunca, como para horrorosa conciencia de sus próximas víctimas… que pronto se fundirían, se desfigurarían y se distribuirían a su vez por las tierras negras del Caos.

¿Quién podía dudar que el Tifón odiaba todo lo que se encontraba dentro del enorme círculo roto de protección? ¿Quién podía dudar que toda la existencia del Tifón había consistido en desmantelar y reordenar —pero sin comprender jamás— los secretos de la creación?

El Testigo, encajado como una montaña gris y fantasmal en medio de ese montón de historia asesinada, con su gigantesca cabeza maltrecha y rasgos caídos todavía manteniendo al frente el ojo prominente y en lenta rotación que barría un rayo gris por las alturas de la torre.

Ghentun sólo sentía en su interior una ausencia de emoción. Conocer la naturaleza de un enemigo de siempre —el enemigo de todas las galaxias

dispersas, de todos los que se habían hecho llamar humanos—, el enemigo que había dado forma y había distorsionado su vida, y aun así había provocado la creación de las criaturas que tanto amaba, pero que ahora debía abandonar…

Ausencia.

Sólo ausencia.

Ghentun buscó los canales que siempre se habían abierto paso a través de la tierras reactivas del Caos, extendiéndose alrededor del Kalpa: las sendas por las que, se decía —si observabas con atención desde las alturas protegidas de la ciudad—, podías ver a los Silentes corriendo y apresurándose, enormes y rápidos, sin duda buscando progenies, exploradores; enviando o llevando a los que atrapaba a esos depósitos horribles: la Necrópolis, la Casa de Sonidos, la Mansión del Sueño Verde, la Fortaleza de los Dedos, el Valle de los Dioses Muertos, el Río Herido, el Llano de los Pozos… o cualquiera de las otras estaciones de mutación mortal que habían sido abiertas, levantadas, y formadas en el paisaje más allá del límite de lo real desde la época en la que la torre fue fragmentada.

¿Cómo conozco esos nombres, esas identificaciones?

Ghentun miró de nuevo a los angelines y comprendió que jugaban con él. ¿Era ése el regalo del Príncipe de Ciudad? ¿O los sirvientes del Bibliotecario compartían sus conocimientos? En cualquier caso, al Custodio se le ofrecía una lección de Caosgrafía… lo que precisaba para sobrevivir en una tierra sin ley.

Un angelín se separó de las filas y avanzó al frente. Extendió una mano diminuta, esbelta y azul para acariciar la capa de Ghentun. Frente a la cara de Ghentun cayeron joyas de nieve cantarina.

Se ha sumado. Todos están aquí.

El soñador está listo.

Los angelines se separaron y una personificación blanca escoltó al joven progenie a la presencia de Ghentun. El progenie se acercó a la alta ventana y miró al exterior, con ojos iluminados por el miedo y el ansia.

Supo lo que Ghentun sabía y vio lo que Ghentun había visto.

Jebrassy miró al Custodio para luego volverse hacia el Caos.

—Tú la enviaste ahí fuera. Debo ir a buscarla.
—No irás solo —dijo Ghentun.

84

El almacén verde

Se aproximaba otra forma de lentitud y oscuridad. Bidewell miró a los tragaluces mientras se ponía los guantes y caminaba hasta su biblioteca entre pasillos y el calor entrecortado de la estufa, la última botella de vino. Allí le esperaba Ellen, suponía que su última acompañante en este cosmos. Y alzándose sobre los dos… algo que él sólo podía sentir, no expresar.

Otra parte de la cadena rota… como es habitual, sin secuencia.

O algo peor. Quizás el muro de Alfa, venido a aplastarles contra el Omega. Si tal era el camino, entonces no habían fracasado. Nunca había habido ninguna forma de triunfar. Siniestros pensamientos, la verdad.

Ellen se sentó y miró el apagado resplandor naranja de la ventana de mica de la estufa.

—Quizá deberías haber ido con ellas —dijo Bidewell—. Me refiero a las mujeres.

—Pensé que Ginny querría compañía —dijo.

Bidewell emitió un sonido simultáneamente dubitativo y comprensivo y se sentó frente a ella.

—¿Hemos terminado? Es decir, ¿no hay nada más que podamos hacer?

—En absoluto —dijo Bidewell—. Dando por supuesto que todavía quede un movimiento en el final de juego, lo estamos ejecutando ahora mismo.

—¿Me lo explicas?

—Por supuesto. La Princesa de Caliza vendrá a recolectar a un antiguo sirviente, que ahora ha cambiado de chaqueta. Ese deseo de venganza podría retrasarla en la persecución de los jóvenes pastores.

Ellen le miró sintiendo algo más que miedo… algo que casi estaba más allá de la curiosidad.

—¿Cómo sería ser recolectado? —Miró en las profundidades de la mica —. ¿Qué es la Reina de Blanco?

—Una fuerza horrible. Una tormenta multidimensional de dolor, y miedo, portando una onda retrógrada de odio.

—¿Qué nos odia tanto?

Bidewell agitó la cabeza.

—¿Satanás?

—Ah.

—¿Qué significa eso?

—¿Cuántas veces nos hemos hecho esa pregunta? —dijo Bidewell.

—¿Hay respuesta?

—Mi suposición es que es peor que Satanás. Peor que cualquier cosa que haya imaginado. Un embrión maligno que jamás nacerá, y menos aún alcanzará la madurez. Una deidad fallida.

—Y esa mujer… ¿ella es la deidad fallida?

—No. Ella sirve, peor, creo que su servidumbre es forzada. En ocasiones casi la reconozco… ya llevo siglos soñando, pensando y elucubrando. Quizá cuando llegue sepa qué preguntas plantear.

—Algo viene —dijo Ellen. Una nueva intensidad de frío y oscuridad se cernía sobre ellos, y en el aire había algo más… algo que le provocaba ganas de llorar. Una pérdida que superaba la pérdida de un mundo… la pérdida de toda la historia.

—¿Tienes tu libro? —preguntó Bidewell, poniéndose en pie.

—Pensé que los libros se habían agotado.

—Estos no. Todavía cuentan nuestras historias.

—¿Qué hacemos… los leemos en voz alta? —Ellen sacó el suyo del bolso.

Algo se movió entre las cajas y cajones caídos y congelados —no era una nube, no era una figura— girando esquinas que no existían, siguiendo direcciones que el ojo no podía ver, emitiendo un espectro oscuro de emociones.

Bidewell hizo un gesto —un estremecimiento rápido de los dedos— y abrieron los libros, se los llevaron al pecho, inclinándose el uno hacia el otro, tocándose cabezas y manos.

Llenó un sonido a ráfagas, como un grito surgido de una cueva profunda… Raquel, llorando a sus hijos perdidos durante toda la eternidad.

—Es ciega —dijo Ellen—. Le ciega el dolor.

—No sientas pena por ella, todavía no —dijo Bidewell—. Todo lo que hay en ella es su reverso. El dolor es alegría e incluso su ceguera es una forma de visión.

—¿Es *ella?* —preguntó Ellen al descender las sombras y la estancia quedar aparentemente suspendida sobre un abismo.

Bidewell abrió la boca, pero no pudo tomar aliento. No hacía falta responder. La Reina de Blanco caía sobre ellos, y a su modo, intentaba amarlos como merecían.

85

Ginny

Ginny se acomodó en una hondonada del suelo recubierto y se tapó la *cabeza*. Luego tiró con fuerza de los cordones, ocultando gran parte de su cara. El extraño sol volvía a ocupar el cielo. Cuando ardía en lo alto, podía sentir cómo la pequeña burbuja de protección se reducía; casi podía sentir que se marchitaba… igual que cuando el mortal rayo gris pasaba. No había ninguna duda… el cielo y lo que había debajo la odiaban.

La piedra del bolsillo se había puesto fría, pero no se atrevía a soltarla. La protegía, de eso estaba segura, y no importaba cómo lo hiciese… todavía no.

A continuación se le ocurrió una idea: ¿y si abandonar el almacén había hecho que Bidewell y los demás corriesen aún más peligro? Ahora ya no podía hacer nada al respecto. Había tomado una decisión, medio esperando que alguien la siguiese, se la discutiese; y luego, razonando, comprendió que debería ser alguien portando su propia piedra, Jack o Daniel, quizás ambos… pero ¿y si también traían a Glaucous? Resultaba amargamente incongruente… efectivamente un equipo extraño.

Después de unos minutos de descanso —al menos, le parecieron unos minutos— miró por el borde de la depresión y experimentó otra conexión con Tiadba, en esta ocasión totalmente despierta. Estaban más cerca. Hacía tiempo que lo sabía sin comprender totalmente lo que significaba; *¿más cerca* en qué sentido? Sus mundos se habían combinado. Eso ya lo había deducido… lo dudaba, pero no daba con otra explicación. Aunque tampoco es que fuese una gran explicación.

A pesar de sus tonterías y «malas» decisiones, ella siempre había reafirmado firmemente su racionalidad… y ahora examinó por diezmilésima vez las razones por las que era imposible que esto estuviese pasando. Dudar era como tocar con la lengua un diente roto y dolorido. Se habían roto todas las reglas. ¿Qué quedaba? ¿Magia? ¿Fuerza de voluntad? ¿Algún efecto de la ciencia o el conocimiento que había creado las sumadoras?

En última instancia, sabía que no podía haber explicación, sólo supervivencia y finalización. Resultados. De muchas formas, había vivido su corta vida —que quizá fuese más corta de lo que estaba dispuesta a considerar— en total ignorancia, envuelta en las mantas infantiles de la cultura y rodeada por las malas teorías de los compañeros de viaje… que al final resultaban ser sólo una atmósfera protectora, contra la que las pequeñas y precipitadas imposibilidades rebotaban o ardían antes de llegar hasta ella. Realidad consensuada.

Otra forma de burbuja, igualmente inexplicable.

Bien, aquí fuera eso también había desaparecido. Estaba sola.

Volvió a meterse en el agujero. Cerca pasó algo enorme: entrevió una sombra centelleante acompañada de un aullido o gemido débil y estridente, que penetró la burbuja e hizo que le doliesen los oídos.

Lentamente Ginny reunió valor para volver a mirar y vio que en una no muy profunda depresión del terreno se encontraba junto a una especie de carretera, incolora, ni brillante ni oscura… como algo entrevisto a la luz de la luna.

La carretera se perdía en un horizonte en forma de diente de sierra.

—Mantente alejada de las sendas —murmuró—. Lo que va por ellas podría tener potencia suficiente para romper tu burbujita. O *verte*… y recolectarte.

Comprendió la voz interior. Otra vez Tiadba. ¡Tan cerca!

A pesar de la advertencia, Ginny caminó siguiendo la senda, a una docena de pasos de distancia —ya que resultaba muy difícil estimar sus pasos o saber dónde estaban— y descendió por una pendiente hasta una amplia planicie gris y tostada. Las paredes montañosas a cada lado estaban

bordeadas por una audiencia vaga de monumentos, extraños, aparentemente muertos e inmóviles. En dos ocasiones tuvo que ocultarse detrás de rocas o en una depresión cuando formas enormes, planas y elevadas se deslizaban sobre la senda. No emitieron sonido y no advertían de su presencia. No quería saber qué eran… Sus visiones, en la distancia, podrían haber mostrado cabezas grandes como buses, ojos nerviosos y rápidos apuntando hacia abajo, buscando.

Pero no la vieron.

Ginny comprendió que precisaba pensar menos y actuar más. Volverse loca aquí fuera superaría el colmo, como encender una cerilla en el interior de una nova.

Siguió andando. El cielo púrpura y negro, arrugado, carente de estrellas, no le molestaba siempre que no lo mirase. Era extraña esa sensación de resentimiento silencioso, como una mosca lanzada de los cuartos traseros de un caballo dormido. Causase ella o no alguna impresión real, este lugar intentaba negarla y negar toda suposición que ella pudiese haber traído.

Aun así, no podía pasar por alto una profunda curiosidad sobre la naturaleza del valle. Allá donde miraba, el horizonte era siempre curvo. Quizás aquí la luz se comportaba de una forma diferente.

—No sé qué significa eso. *Deja de pensar*.

La planicie entre montañas, los monumentos o estatuas… una parte la había visto antes. Tiadba había estado aquí, estaba aquí ahora.

O estaría aquí.

Quizá se encontrasen.

—No estoy segura de que eso me gustase —susurró, todavía caminando —. Ya no doy mucho de mí. —Se dejó caer de nuevo cuando algo pasó por esa senda, como un enorme plato o un cangrejo aplastado con rostro humano. Tras pasar, cuando se puso en pie, vio directamente frente a ella una hoja curva, verde resplandeciente, clavada en el suelo negro. El pequeño mango a un lado hacía que pareciese el cuchillo de masa de un panadero. *Creo que es un arma. ¿Por qué la dejaron aquí? ¿Quién la abandonó?*

Decidió no tocar la hoja, y menos cogerla. Podría ser una trampa. El pelo de los brazos se le puso de punta —algo la *observaba*— y se volvió, mareada cuando todo el horizonte pareció girar bruscamente de un lado al otro…

Y vio a su primer progenie antiguo. No era momento de apartar la vista. Un macho, estimó.

No estaba vivo. Tampoco estaba muerto.

Y no estaba solo. Había cientos como él, arrastrándose o caminando sobre el borde del valle; un río de figuras, cada una más pequeña que ella —ésta apenas le llegaba a los hombros— y cubiertos con los restos de lo que debieron ser ropas gruesas… ¿armaduras? Rojo, naranja, verde y azul, ahora desvaídos, rotos y colgando como papel.

Eran *exploradores*. De eso estaba segura. Sus rostros caían como la cera caliente, sus ojos…

No podía mirar el fondo de sus ojos. Fracasados, perdidos, cambiados. Fluían al valle como si fuesen hormigas, intentando llegar a algo en su centro, una estructura oculta por un truco de luz, a menos que —como hizo Ginny, asustada— gires dos veces, estremeciéndote y saltando entre cada giro para evitar los que pasan penosamente.

Y tras la segunda rotación… *vio*.

Como una gran mansión o un castillo, se elevaba del cráter no muy profundo en el centro del valle —podría realmente tener muchos kilómetros de ancho, muchos kilómetros de alto— reluciente y fría, como vidrio verde recubierto por la escarcha. Cada inclinación de la cabeza, cada movimiento de los ojos hacía que resultase casi imposible simplemente *ver* la estructura. Aun así, con esfuerzo y concentración, aparecían más detalles… y mostraba su auténtica dimensión.

Tenía que ser una ciudad.

La línea de exploradores fracasados era efectivamente como una hilera de hormigas, fluyendo hacia el cuenco y la ciudad en su centro… donde resbalarían y serían capturados por un depredador, como una hormiga león, mientras alrededor de la arena las esculturas silenciosas formaban un

público de pesadilla, atrapado en medio de su esperanza, en el momento de moverse, inmovilizados en algo similar a la piedra.

Una lección de historia, pensó.

Se movió junto con los exploradores. Era hora.

Hora de bajar.

De entrar en la Falsa Ciudad.

86

El Kalpa

El alivio de Ghentun al abandonar la Torre Rota fue evidente incluso para su joven compañero. Se dijeron muy poco durante su descenso a las urbes superiores y Ghentun hizo poco por ocultar las realidades terribles de la ciudad —tal y como eran— a los ojos curiosos y vivos de Jebrassy. Si el Bibliotecario podía educarlos con su método selectivo, entonces el Custodio podía contribuir a la educación con una perspectiva más terrenal… descendiendo por el camino más largo, mostrándole lo penosa que era la situación de la ciudad.

Jebrassy habló bien poco mientras pasaban por las urbes más elevadas y los pisos más altos del bión, moviéndose por, entre y alrededor de las vías y canales sinuosos que formaban una red plateada y tridimensional. La red estaba interrumpida por superficies complicadas tachonadas de esferas y extrusiones que se desplazaban lentamente, como grandes barcos en un mar fluido, aunque muchas sobresalían de lado o colgaban de las curvas por debajo. Se encogió ante lo que en su día debió de parecer poder y arrogancia sobrenaturales… y ahora era víctima de un fracaso y un desastre extraordinarios.

Las intrusiones habían atravesado todos los pisos del Kalpa. Muchos de los canales y vías se habían cortado, restallando para cortar otras vías, soltando sus vecindarios de kilómetros de largo… ahora enredados, bloqueados y tachonados con restos empotrados y parpadeantes.

—No comprendo —fue todo lo que Jebrassy logró decir al descender por debajo de las urbes Eidolon y acercarse a las ruinas de la inclusa.

—Bienvenido a nuestro mundo perdido, en lo alto y en lo bajo, joven progenie —dijo Ghentun—. Yo me siento más a gusto aquí abajo.

Recorrieron el dominio de la Modeladora, ahora una confusión… barreras rotas, máquinas desplomadas formando pilas ennegrecidas de metal fundido, pero por supuesto no quedaba ningún rastro de los jóvenes perdidos. La Modeladora de múltiples brazos había hecho lo posible por limpiar tras las intrusiones más devastadoras. Eso sí, estaba claro que ya no había una inclusa, y que los umbríos ya no volverían a entregar a los Niveles a jóvenes progenies para que fuesen criados a la antigua.

Se situaron en silencio frente a la Modeladora, quien dedicó a Jebrassy una breve caricia con un dedo largo y cálido. El progenie se echó atrás con sorpresa y vergüenza. Pero pudo sentir cómo el conocimiento nuevo le saciaba por dentro, como si se tratase de una comida deliciosa y enriquecedora. Extendió una lubricación fría y veloz por todo su ser. Le gustó la sensación… pero no disfrutó de saber de inmediato lo mal que estaban las cosas, ni tampoco de saber lo ignorante que había sido de los cimientos de su existencia.

Se sintió pequeño, pero no menguado. Tantas cosas para contarle a Tiadba cuando al fin volviesen a encontrarse. De tal final estaba totalmente convencido, a pesar de la presencia lúgubre del Alzado… que le confundía. Casi hubiese preferido intentarlo a solas.

¿Podían un progenie y un Alzado —un *Restaurador*— actuar como iguales? Jebrassy se sentía dispuesto. Pero no estaba seguro de que el Custodio pudiese mantener esa posición una vez se encontrasen en el Caos.

Ghentun transmitió a la Modeladora sus instrucciones finales… empleando palabras que Jebrassy no pudo comprender, aunque sospechaba que no era porque fuesen elevadas e inaccesibles, sino simplemente especializadas.

—La última generación —dijo Ghentun al abandonar la inclusa—. Es triste. Pero hace tiempo que debería haberse producido el final.

—¿Por qué? —preguntó Jebrassy—. ¿Los progenies no merecían ser creados?

Ghentun bajó la vista con respeto confuso. Quizás el Bibliotecario había sido generoso con su información o al menos en su asunción de sofisticación. O eso, o todos habían subestimado la capacidad de sus pequeños… de forma muy similar a como los Eidolones despreciaban las habilidades de los Restauradores.

La peor parte del comienzo del viaje se produjo al recorrer los Niveles. El Custodio le había concedido a Jebrassy el don de la invisibilidad.

Habían sobrevivido algunos progenies. Vagaban por entre las ruinas humeantes, horrorizados por la destrucción de sus bloques y prados, pero aun así todavía intentando reconstruir sus vidas… y estaba claro que ya no era posible.

Aunque Jebrassy apenas había podido comprender la destrucción causada a los pisos superiores, esto le afectó profundamente. Arrojó un paño fúnebre sobre su sensación de desafío y aventura.

No habría regreso a casa: eso lo había tenido claro desde el principio. Pero ahora, muy probablemente, no habría hogar al que regresar.

—Me siento triste —le dijo a Ghentun al descender a los canales de drenaje usando un ascensor oculto—. ¿Cómo puede liberarte la tristeza?

El camino siguiendo los canales marcados de negro más allá de los límites exteriores de las tres islas —en el resplandor parpadeante y final del cel parcialmente derruido— pareció no llevar nada de tiempo. Pero el largo camino al campamento donde los exploradores se habían entrenado y equipado le ofreció a Jebrassy demasiado tiempo para pensar, y su confianza se desmoronó, hasta que llegaron a las chozas, las tiendas, las pisadas dispersas sobre la arena y el polvo.

Se agachó. Alguien se había arrodillado y luego sentado en la fina arena. Se inclinó para olisquear.

—Ella estuvo aquí —dijo.

—Sin duda —dijo Ghentun.

—¿A qué distancia?

—Hemos recorrido casi cincuenta kilómetros. Nos quedan sesenta más para pasar entre los generadores interiores, para luego salir del Kalpa en las tierras medias. Esta es la última vez que estaremos seguros de a qué distancia estamos de algo. La última vez que la distancia tenga sentido.

Jebrassy comprendió.

—¿Qué sucederá si cae el Kalpa… en todas partes el viaje dejará de tener sentido? ¿Qué sucederá si no podemos medir…?

—Será mejor que por ahora no nos preocupes por esos problemas —dijo Ghentun—. Simplemente llora por tus muertos y disfruta de su recuerdo. —Se arrodilló junto al joven progenie, simultáneamente triste y orgulloso. *Como un padre,* se dijo.

Tras un rato escoltó a Jebrassy hasta la cúpula plateada y le presentó los tres últimos trajes. Ya no había ningún Pahtun para adiestrarles, pero se las arreglaron.

Jebrassy escogió un traje azul y se lo puso con apenas ayuda. Parecía dársele de forma natural. Cuando Ghentun lo comentó, el progenie se encogió de hombros:

—No lo recuerdo hasta que pasa… en realidad no lo recuerdo en absoluto. Pero quizá mi cuerpo sí recuerde. O… quizás el Bibliotecario me sigue leyendo mi historia, pero salta adelante.

Ese comentario inquietó a Ghentun. ¿Quién sería el guía y quién el guiado? Las distancias habían cambiado de más de una forma.

Ghentun probó con uno de los trajes de adiestrador. Pareció adaptarse bastante bien a su estructura más grande. Por el momento dejó los guantes sin sellar.

—Llega alguien —dijo Jebrassy, y señaló al otro lado del canal.

Ghentun vio una pequeña figura indeterminada contra la mancha que había cortado las arenas y marcado el fondo del canal. La figura se movía con un paso extrañamente errático.

—No es progenie —dijo Jebrassy, empezando a sentirse alarmado—. Y no es tan grande como para ser un Alzado.

Ghentun extendió su visión todo lo que le permitían sus habilidades Restauradoras. La figura era una personificación, parte de un Gran Eidolon.

Permanecieron en su sitio y esperaron.

—Le conozco —dijo Jebrassy al acercarse—. Reconozco el rostro.

—¿Mostró una cara? —preguntó Ghentun, asombrado.

A pesar de su extraña forma de andar, la figura se movía muy rápido.

—He pasado por una experiencia terrible —gritó la personificación, y se les unió en el arenoso fondo del canal—. Me convertí en primordial. Creo que aun así no estoy del todo asentado. —Alzó una pequeña mano pálida y la giró de un lado a otro, como si la examinase por primera vez—. Las limitaciones tienen sus limitaciones, eso está cada vez más claro —dijo, para luego mirar con envidia al dedo flor de Ghentun—. ¿Es realmente útil? Tiene pinta de útil.

Ghentun hizo una mueca al recordar su propio regreso a la masa primordial… para luego cerrar la mano avergonzado. No era cortés referirse abiertamente a los dedos flor.

—Me habré templado en unas horas —dijo la personificación—. Ahí fuera… podré sobrevivir durante un tiempo. Pero precisaré de algún tipo de protección, igual que vosotros. Qué maravilloso.

—¿Cómo debemos dirigirnos a ti, Eidolon? —preguntó Ghentun, con la confusión haciendo brotar una perversa cortesía. Definitivamente las viejas formas se estaban fragmentando. Ningún Gran Eidolon se había convertido jamás en primordial, por lo que sabía. Parecía una afrenta… tanto un sacrilegio como una imposición en los privilegios de los inferiores.

—Por favor, llamadme Polybiblios —dijo la personificación—. Seré macho, tradición, y se me conocerá como «él» en lugar de alguna forma neutra más aproximada. Aunque la sexualidad real parece perdida en nosotros… con la posible excepción del joven progenie aquí presente.

Ahora le tocó a Jebrassy sentirse avergonzado.

—En cierta forma, yo probablemente sea la mejor parte del Bibliotecario… o al menos, mantendré esa fantasía hasta que se me demuestre lo contrario. ¿Puedo unirme a vosotros, jóvenes exploradores? A

mi modo prometo ser humilde. Y posiblemente incluso útil… como ese dedo maravilloso.

Ghentun selló los guantes y puso la mano a la espalda.

La personificación se sentó en la arena y con expresión de deleite levantó un puñado de la arenilla gris, para luego dejarla caer entre sus gruesos dedos de regreso al fondo del canal.

Jebrassy había acabado apreciando extrañamente al fragmento del Bibliotecario que en la torre le había ofrecido compañía y enseñanzas. Pero verle sólidamente encarnado, de tamaño similar, y *aquí*fuera… muy confuso.

—¿Cómo *podrías* ser útil? —preguntó.

—He traído esto —dijo Polybiblios. Levantó una caja gris—. Sin ella no sucederá nada. Al menos, nada importante. Las cosas simplemente acabarán. Lo que sería una pena, después de tanto tiempo.

87

El Caos

Era posible que llevasen años de marcha. Muchas vidas.

Los exploradores se adaptaban al Caos poco a poco horrible. Manifestando una novedosa sofisticación al romper las reglas, se habían convertido en expertos en cruzar y en ocasiones en seguir sendas. Aparentemente, las sendas poseían una especie de previsibilidad. Cuando no había viajeros —porque había otros usuarios incluso más extraños que los Silentes deslizantes— las sendas eran duras y lisas, como el vidrio. Cuando se acercaban viajeros, y mucho antes de que se pudiese ver a los exploradores, las sendas se volvían pegajosas y chupaban sus botas. Habitualmente había tiempo de sobra para pasar a un lado u otro y ocultarse entre los escombros.

Todo el Caos era como un montón de basura. Cuando salían, las cosas habían quedado trastocadas, alteradas, desechadas… y lo más habitual, dejadas en un estado desmoronado y ennegrecido, perdida toda vitalidad. Había muchos lugares para que los progenies se ocultasen.

No habían perdido a nadie desde Perf… pero simplemente porque habían tenido suerte. Habían visto pruebas de sobra de lo destruido, lo transformado.

Durante los cortos periodos de descanso, si el Caos no estaba excesivamente deformado y las antiguas reglas seguían valiendo —y si la armadura les aconsejaba que era segura— retiraban los cascos y respiraban lo que quedaba de la antigua atmósfera de la Tierra.

No era agradable, pero sí lo suficiente para aliviar el terrible aburrimiento de lo siempre cambiante, impredecible y a menudo

indescriptible.

Sus viajes les habían llevado alrededor de algunas de las mayores montañas de la demencia del Tifón. Los exploradores bautizaban con sus nombres lo que veían: Horribles Trompicones, Enorme Montón Ardiente, Zanja de la Última Oportunidad, Vertedero de Deslizadores. Éste había sido una especie de cementerio de kilómetros de ancho para Silentes gastados y desechados, ojos nublados y probablemente ciegos.

Pero todavía con vida.

Sin finalidad, sin misericordia, sin sentido.

¿Cuántas veces a los exploradores les habían perseguido cosas que no podían ver? Incontables. Sus armaduras —y la baliza del Kalpa, todavía parpadeando y cantando— les guiaban por zanjas y alrededor de abismos repletos de líquido lento y batido. En esa masa oleosa había cosas que parecían nadar o ahogarse. Caminaron por los márgenes planos de lagos de fuego azul, proyectando largas sombras contra acantilados amarronados como muñecos iluminados contra una pantalla. La enervación que se había apoderado de ellos no era tanto física como mental.

Estaban formados por materia antigua y normal. Tal materia —configurada para formar un progenie— no podía absorber demasiadas rarezas sin eliminarlas de la memoria o detenerse para descansar. Pero no había ninguna posibilidad de parar.

Y por tanto, gran parte de lo que veían lo olvidaban con rapidez. Otra misericordia.

88

Glaucous agarró a Jack y Daniel y los llevó hasta las sombras bordeadas de rojo.

—Perseguidores —dijo.

Sobre los adoquines y las calles se deslizaron largas formas sinuosas. Jack entrecerró los ojos para ver, distinguiendo inicialmente lo que parecían varios escarabajos arrastrando un largo gusano hinchado. Parpadeando, vio algo más: serpientes agitando cabezas como palas, de ojos negros y profundos, moviéndose sobre un grupo de apéndices y arrastrando cuerpos largos e hinchados. Los cuerpos se agitaron y retorcieron hasta que esos monstruos se perdieron más allá de una esquina erosionada, pero aun así, las imágenes persistentes siguieron bailando en sus ojos, siendo tal la naturaleza de la luz exterior.

Daniel abrazó la pared, los dedos rozando en carne viva contra el ladrillo y el cemento.

—¿Qué son?

Glaucous negó con la cabeza.

—Nunca he visto nada así.

—Desagradables —dijo Jack.

—Después de todo, Jack, no huimos —dijo Daniel—. El mal lugar ha venido a por nosotros.

Estaban a punto de ponerse de nuevo en movimiento cuando en otra dirección, sobre los muros rotos, vieron siete enormes criaturas con forma humana que iban de procesión, con las cabezas gachas, vestidas con túnica que caían hacia atrás en remolinos de tela color sangre… pero las formas que rellenaban las telas no podían tener piernas, al menos no dos piernas.

Tenían los rostros oscuros, lisos, con largas rayas verticales de color rojo haciendo de ojos, y resbaladizo pelo negro y filamentoso agitándose sobre sus hombros.

Glaucous dedicó a sus compañeros una mirada de curiosidad, casi alocada, como un hombre hambriento que mirase un banquete que sabe a ciencia cierta envenenado, o como alguien a punto de ser ahorcado miraría a sus ejecutores.

—Donde pueden buscar en las ruinas de las viejas ciudades —dijo—. Puedes que estos lugares todavía no sean agradables para ellos… no están totalmente digeridos.

Daniel reprimió una tos de asco. Jack espero a que la calle quedase libre, para luego meter las manos en los bolsillos de la chaqueta y seguir adelante por la carretera vieja y retorcida.

Le siguieron.

—¿De dónde vienen? —le preguntó a Glaucous.

—Soy tan ignorante como vosotros. La Señora emplea a la Polilla, y asumo que la Polilla emplea a fantasmas y demás que yo no he visto jamás… ni siquiera durante un Ansia. Si son los mismos que reunieron a los pastores, los niños llevados a nuestra Señora, nunca se revelaron, nunca se mostraron abiertamente.

Daniel preguntó:

—¿Te reconocerían… aceptarían tus órdenes?

Glaucous rio en el puño y negó con la cabeza, un no muy marcado por la diversión.

—Yo soy de baja jerarquía, de muy baja jerarquía. Si cazan, cazan todo lo que sobrevive y se mueve. Asumo que están buscando y limpiando antes de que la Señora dé otro paseo.

89

El Caos

Surgiendo hacia lo alto cientos de metros desde una hendidura que se extendía de horizonte a horizonte, el edificio con diferencia mucho mayor que cualquier cosa que los progenies hubiesen podido considerar una morada, una casa: una pila cristalina de formas y ángulos, recubierta de lo que podrían ser derrubios de otros edificios, y esas partes decoradas con los restos petrificados de personas y animales. Ese horrible conjunto resplandecía con una luz mortecina y pútrida que les engañaba incluso a través de los visores, doblando y deformando, haciendo que sus compañeros pareciesen muy lejanos, o que se alzasen muy cerca, enormes y amenazadores… y luego les arrullaba el deseo de la inconsciencia, el aislamiento, correr y estar solos, encontrar una senda, sentarse y esperar.

La seductora emanación verde incluso parecía penetrar las protecciones más fuertes de sus armaduras.

Mientras se movían en dos grupos, cercanos, siguiendo el borde de la hendidura —evitando una senda especialmente ancha y esponjosa—, Macht y Shewel no podían evitar el feo montón anguloso, como si intentasen dar sentido a su locura.

—¿Esas *personas* lo cubren por completo? —preguntó Shewel, entrecerrando los ojos, mientras sus ojos reflejaban esa imagen retorcida y atestada.

—Puede que sean tallas —dijo Macht sin mucha convicción—. Demasiado grandes para ser personas como las que conocemos.

—Bien, entonces, ¿qué *son?* —preguntó Shewel bruscamente, como si le enfureciese el silencio de la armadura.

La voz de Pahtun resonó en todos los cascos.

—Es la Mansión del Sueño Verde. Si queréis saberlo, son los cascarones de víctimas reunidas en galaxias muertas hace tiempo, llevadas en oleadas de espacio y tiempo en reducción, luego transportados con descuido y odiados hasta este su último lugar, para ser mostradas sin patrón o pensamiento.

Macht rezongó.

—Tenías que preguntar.

—Oh —dijo Shewel—. Bien, ahora lo sé.

Nico miró atrás desde la distancia, caminando con Herza y Frinna.

—No más preguntas tontas —dijo.

—La ignorancia es una bendición —estuvo de acuerdo Frinna.

Encontraron un pequeño pozo seco lo suficientemente profundo para ocultarles a todos de la senda y de la luz enfermiza de la casa, y se detuvieron el tiempo suficiente para descansar y activar el generador portátil. Se quitaron los cascos y se acercaron todo lo posible mientras Tiadba sacaba un libro de su morral.

—Lee —insistió Herza. De los exploradores, las hermanas eran las menos críticas, las que se mostraban más entusiasmadas con los extraños fragmentos erráticos de historia que Tiadba encontraba o descifraba.

—Sí, lee —dijo Macht—. Distráenos de todo lo que pasa ahí.

—Preferiría historias más fáciles —dijo Khren. Había desarrollado una aversión a esas historias difíciles y todas sus palabras extrañas.

—Esto es lo que he podido encontrar —dijo Tiadba.

—Lee *lo que sea* —dijo Nico, y cerró los ojos, acostándose en la tierra oscura dentro de la protección del generador.

Tiadba abrió el libro.

> Escogimos nuestra nave, la Intensidad, de entre las últimas grandes flotas aparcadas en los inmensos astilleros por todas las doce ciudades. Se decía que había sido el transporte más rápido, más

rápido incluso que los portales repartidos por todo el cosmos a mediados del Bilenio, pero estaba en mal estado. No volaba desde hacía cien mil años.

Durante la Reducción, todas esas naves habían traído refugiados a la Tierra y sus planetas hermanos, así como a las redes orbitales, cintas y hojas espirales que se retorcían y giraban alrededor del sol renovado. Habían traído de vuelta a la Tierra a los supervivientes de la desolación del Caos, una lamentable fracción de la antigua gloria de nuestro cosmos.

En mi juventud el trato con una diversidad de clanes Restauradores dedicados a las naves y los más asentados clanes de portales me había enseñado los distintos métodos de transporte, algunos atrasados e incluso entonces imposibles en la medida que el Caos alteraba la anatomía profunda del cosmos… los rápidos caminos por los que volaban los viajeros.

Encontré mi tripulación entre los jóvenes rebeldes, Modeladores y Restauradores desafiantes. Seleccioné mediante pruebas de entre los miles que se habían ofrecido voluntarios.

Escogí a mis veinticinco, que estaban a punto de convertirse todos en filósofos aventureros.

Toda ciencia del pasado tuvo que ser adaptada, o abandonada, para esquivar las perversiones tifónicas. Casi todos los hiperdéticos y medios de comunicación y transporte estaban bloqueados. Superluminosidad, reensamblado transfata, portales de masa oscura… las tecnologías de casi cien billones de años ya no nos llevaban al otro lado del cosmos. Sólo quedaba un motor de movimiento espacial: la plieguefibra bosónica, que se rumoreaba tenía origen Shen.

Convertimos la Intensidad a plieguefibra. En sí mismo, el método castiga severamente a cualquier tripulación, porque no llegas siendo lo que eras al empezar… independientemente de tu materia. Los destinos se repliegan sobre sí mismos, características y vidas se mezclan… durante un tiempo, la tripulación se convierte en

la nave, y luego en el viaje, y más tarde, es difícil reconstruir lo que habías sido.

Alcanzaríamos una intimidad que ninguno podría prever. Lo aceptamos. Era mejor —según nuestra forma de pensar, una unanimidad entre los perversamente ingratos— que convertirse en noötico.

Y así abandonamos los puertos de la Tierra.

Conocido por todos es nuestra travesía por la región de los Espectrales, que fueron los primeros en aprender a recargar, entrenar y criar galaxias.

Expuestos siguiendo el interior de la membrana del Caos, Tifón había esclavizado a los últimos de los Espectrales, los había estudiado —si tal es la palabra adecuada— y luego los había vitrificado: atrapados en un lento y constreñido centelleo bosónico a lo largo de millones de años luz mientras sus fronteras se disolvían… un final horrible para los que fueron amos del cosmos, a los que el Bilenio debe su existencia.

Menos conocido, porque es más difícil de explicar con claridad, incluso para aquellos de nosotros que allí estábamos, fue nuestro encuentro con los enigmacronos, donde destinos en cinco dimensiones se extendían como delgados huesos bajo la carne en descomposición del espaciotiempo. La Intensidad acabó atrapada en una tormenta intensa de futuros muertos, diminutos remolinos de desesperación y repetición, y cuatro miembros de nuestra tripulación vivieron ante nuestros ojos, en escasas horas, vidas horribles, envejecieron entre sufrimientos y murieron misericordiosamente… y no pudieron ser revividos por ningún recuerdo almacenado en la memoria de la nave. Algunos de sus nombres siguen olvidados… sus destinos borrados incluso en la Tierra.

Los Shen, parece, habían aceptado su destino con calma desquiciante. Mientras nos daban la bienvenida a los sesenta soles verdes y mientras nos depuraban de nuestra contaminación Caótica, y nos hacían renacer de formas simultáneamente agónicas y

refrescantes —en las viejas, simples y frías habitaciones de piedra de la Escuela Final—, conocimos a Polybiblios, una figura simple, creada con sencillez, extrañamente pequeña para ser un Deva.

Entre los Shen había acabado siendo conocido como la Curiosidad encarnada.

Los Shen ejemplificaban en todas sus costumbres e historias la exaltada humildad de corregir el error, y seguían todos sus días el camino espinosamente liso de conocer la propia y cegadora estupidez.

Polybiblios llevaba un millón de años con ellos, les había visto reaccionar —o no reaccionar— a los horrores del Caos. Cuando le presentamos nuestra situación, lo consultó con sus maestros Shen, y sin ceremonia se prepararon para expulsarle, después de una explicación breve y enigmática. «Crearás más error y más confusión», le dijeron. «No podemos permitirte permanecer en los mundos collar, bajo los Soles Verdes. Todo debería acabar pronto, pero por ti no será así. Los cosmos seguirán a otros cosmos, el desafío a otros desafíos, en cualquier secuencia concebible, pero aun así por siempre y para siempre… porque malemplearás lo que te hemos enseñado. Y así debe ser. Por una vez más nos equivocamos. La perfección es la muerte. Para nosotros, así está bien… pero tú rechazas nuestra pureza». Aun así, permitieron a Polybiblios conservar lo que él había buscado durante tanto tiempo, el último y más impresionante descubrimiento de los Shen: los secretos para mini-cosmos incipientes a partir de la espuma cuántica, conjuntos-simiente finitos pero incomprensiblemente vastos de nuevos universos.

—Ahora puedo irme —dijo Polybiblios, y brevemente inclinó la cabeza y rio a la manera Shen, aceptando su alegre pena.

Nuestro viaje de retorno nos llevó por regiones brevemente desveladas por la cruel recesión del Caos, el Tifón retirando orgullosamente su manto, dejando desnudamente visibles y dispersas sobre las geodésicas marchitas esos sistemas y

civilizaciones que no se habían retirado eones antes. Miles de millones de soles retorcidos —los grandes campos humanos del Bilenio— salpicaban la oscuridad como ascuas de encaje ardiente. A la Intensidad llegaban señales de esas regiones, difíciles de traducir, pero cuando Polybiblios —en contra de nuestra recomendación experimentada— las analizó, comprobó una vez la profundidad y perversidad de las ruinas del Tifón. A las pobres monstruosidades que sobrevivían en esas regiones corruptas, las raíces y leyes de la naturaleza anterior todavía parecían consistentes. Todavía creían tener el futuro por delante y razonaban que nosotros éramos los monstruos que debían ser cazados y destruidos.

Quizá lo fuésemos.

Dudábamos de todo.

Nuestros motores plieguefibra fallaron… el Caos dio un mordisco a la última técnica que podíamos emplear para pasar menos de una eternidad en nuestro regreso a la Tierra. Polybiblios aplicó todos sus conocimientos Shen, y avanzamos en una burbuja onírica extraída de la carne necrótica del cosmos, desafiando jirones depredadores que saltaban hacia nosotros, provocando locura y mutación incluso con nuestro aislamiento… y obligándonos a matar a otros nueve miembros de nuestra tripulación.

El pasillo retorcido de nuestro paso, la última geodética del viejo cosmos, constreñida al máximo.

Renunciamos a la esperanza que pudiese quedarnos.

Yo penetré en una oscuridad propia, derrotado, dañado en el alma.

Pero Polybiblios, con su actitud tranquila y constante, nos salvó. Cuidó incesantemente de la Intensidad y lo logramos. Nos despertamos atravesando espacio limpio, vivo, más cuerdos de lo que habíamos estado en muchos largos años… rodeados por los susurros reglares de nuestra nave.

Nos acercamos al sol de la Tierra.

Nuestro Deva rescatado, que a su vez nos había rescatado a nosotros, conmemoró la desaparición de sus amos y maestros, los Shen. Le acompañamos y escuchamos sus palabras, aunque en ese momento para nosotros no significaban casi nada e incluso parecían contradecir lo que habíamos aprendido antes.

—No se rendirán al Tifón —nos explicó—. Tampoco cometerán suicidio. Invertirán su génesis y regresarán a las bibliotecas en las que fueron formados… para no ser recuperados jamás por ninguna inteligencia, en este o en cualquier cosmos subsecuente.

»Porque han llegado a un acuerdo con la sirvienta de la creación, la que todo lo reconcilia.

Quizás hablase más de sí mismo que de los Shen. ¡Pobres Shen!

Después, Polybiblios se dedicó a la contemplación, mientras entrábamos en la última puerta abierta de nuestro sistema legado, regresando a los puertos de la antigua Tierra… y nosotros llorábamos a los muertos que podíamos recordar.

Tiadba cerró el libro y lo metió en la bolsa.

—Era Sangmer hablando otra vez, ¿cierto? —preguntó Frinna—. No menciona a la mujer, la de la playa plateada.

—Quizás ella forme parte del secreto —dijo Macht—. Quizá fuese esa sirvienta.

—No, se convirtió en su esposa —dijo Herza.

Shewel se tiró de las orejas y puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces escribió la misma historia? —preguntó Nico.

90

—Los Defensores no aguantarán mucho más —dijo Polybiblios mientras los tres avanzaban a través de la inclinada y desigual zona media. La línea estropeada de los obeliscos restantes se perdía en la oscuridad a ambos lados, rotando entrecortadamente. El más cercano se inclinaba, crujía y chispeaba bajo la larga noche.

La armadura de la personificación ejecutaba intentos no muy entusiastas para ajustarse, pero había sido diseñada para un progenie y no parecía estar de humor para ajustarse. Polybiblios caminó al principio con un paso entrecortado y resoplando hasta que, frustrado, el traje aparentemente tomó el control obligándole a avanzar, y finalmente se escarranchó junto a un saliente de piedra de rojo oscuro y miró a sus compañeros a través del visor empañado con una simulación bastante convincente de la perplejidad.

—Yo los diseñé. Debería saber usarlos.

—¿Qué más no sabes? —preguntó Ghentun, sin ganas de pararse… o de ser generoso con un antiguo Eidolon.

—Oh, sin duda mucho —murmuró Polybiblios. Luego se concentró en pulsar las articulaciones del traje, empujando, tirando, murmurando algo más, y finalmente pidiéndoles ayuda—. Pulsad aquí… en ese segmento, tirad de ahí.

A ambos lados, Jebrassy y Ghentun le agarraron brazos y piernas, para luego tirar y presionar hasta que el traje resplandeció de verde en las articulaciones y se acomodó alrededor de la forma delgada de la personificación, ajustándose todo lo bien que era posible.

—Al menos ahora puedo caminar —dijo Polybiblios, poniéndose en pie y agitando brazos y pies—. Bien, alejémonos de aquí… este lugar es

peligroso.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó Jebrassy.

—¿Hasta que nos encontremos en el Caos… o hasta que el Kalpa muera inevitable y horriblemente?

—Eso último —dijo Jebrassy, tragando.

—Debería haber sucedido ya —dijo Polybiblios—. El Tifón no ha logrado construir unos cimientos de reglas. Existe sólo como una sombra nauseabunda, un catálogo de robos del antiguo cosmos. Si absorbe el último fragmento de nuestro mundo, podría simplemente hacer estallar como una burbuja, dejar de existir. Todo se anularía. Si fracasamos… bien, no se sabe lo que hace o deja de hacer la nulidad.

Ahora caminaban más rápido, atravesando lo que a Jebrassy le parecieron kilómetros, siguiendo a Polybiblios mientras atajaban a través de la acumulación bien comprimida de la Necrópolis condensada y amplificada. Jebrassy se esforzaba por ver adónde se dirigían sus pies… el suelo parecía curvarse hacia arriba para encontrarse con cada pisada. Pronto pudieron ver una enorme cúpula poliforma de arquitectura demente y deformada. A Jebrassy le recordaba muchos puentes levantados por un lado, girados, para luego caer, golpeado, y finalmente, al pensarlo mejor, decorado con largas cintas mohosas.

—¿Ése es el aspecto de Nataraja? —preguntó.

—Desconocido. Esa estructura en concreto está ahí desde antes de que se rompiese la torre, traída, creo recordar, de alguna galaxia lejana… Hay muchas así dispersas por aquí y por allá. —Señaló con un dedo—. Quizá tenga como propósito atraer a exploradores curiosos. El Tifón… —Polybiblios se miró las manos temblorosas—. Este cuerpo reacciona con revulsión. Qué interesante. Me creía más allá de esos sentimientos.

Polybiblios les guió por otro camino oscuro y costroso que daba vuelta a las ruinas.

—Por supuesto, sin los generadores, los Eidolones dejarán de existir dentro del Kalpa… o fuera, ya puestos… pero es posible que la progenie antigua y la mayoría de los Restauradores sobrevivan.

Ghentun comprendió lo que implicaba.

—¿Qué hay de otros exploradores? —preguntó.

—No puede saberse —dijo Polybiblios, agitando la cabeza. A Jebrassy le produjo un pinchazo: ya había oído antes esa expresión.

Atravesaron muchos kilómetros aparentes más. Ghentun preguntó si la personificación sabía dónde estaban.

—En los límites exteriores de la Necrópolis —dijo Polybiblios—. Todo *está*constreñido, comprimido… retraído. Avanzamos más rápido de lo que debiéramos. Y pronto… —Polybiblios se acercó, mirando al progenie—. ¿Adónde llegaremos pronto?

—Eres como un profesor —dijo Jebrassy—. Siempre examinando.

—Las casas —respondió Ghentun por él—. Diez, según el último recuento, en medio del camino más intenso de la baliza.

—¿Y más allá?

—El Valle de los Dioses Muertos. Más allá todo es conjetura.

—Que yo esté con vosotros no significa que podáis bajar la guardia —dijo Polybiblios—. Aquí se han perdido muchos grandes hombres y mujeres, con más convicciones y experiencia antigua. Muchos exploradores, pero otros también… Restauradores. Peregrinos. Muchos sacrificados mientras esperábamos.

—Enviasteis cosas —dijo Jebrassy—. Ahora regresan.

—Surgir podría ser mejor palabra, como algo que se eleva de las profundidades del océano.

—No sé qué es un «océano». —Jebrassy bajó la cabeza como si sintiese dolor—. Rocas invertidas… hielo y montañas en el cielo. Ahí van los soñadores. ¿Eso es un «océano»?

—No —murmuró Polybiblios, pero no sonaba totalmente convencido —. Mundos juntándose. Es una jugada desesperada, ¿y en cuántas ocasiones caímos en ese espléndido pantano de desesperación que sólo pueden sentir los Eidolones?

Jebrassy apretó los dientes y siguió avanzando.

91

Denbord y Macht comprobaron la senda con las botas.

—Es firme —dijo Denbord, volviendo con Tiadba. Herza y Frinna pisaron la superficie juntas—. Podemos cruzar por aquí.

—Por ese camino la baliza se debilita —dijo Khren—. Es más intensa por aquí. Ése es el camino que deberíamos seguir. Deberíamos seguir la senda.

—Es una senda larga y ancha —dijo Shewel—. No se quedará firme. Y delante hay una elevación… podemos ver por encima, o deberíamos, tal y como actúa la luz aquí, pero sólo hay oscuridad.

—Lo que él llama elevación parece… ¿cuál es la palabra? —preguntó Khren. Tiadba había estado leyendo otras historias de sus libros. Algunas describían rasgos de tierra y agua que los progenies jamás habían experimentado.

—Una *montaña* —dijo Tiadba—. Muchas… una *cordillera* montañosa.

—Bien, lo que sea… ahí es donde se supone que debemos ir.

—¿Qué hay al final de la senda? —le preguntó Tiadba a la armadura.

Respondió la voz de Pahtun.

—En su momento había algo llamado el Valle de los Dioses Muertos. Era una fisura de amplia base con diez casas, incluyendo la Mansión del Sueño Verde, retenida en una especie de cuenco invertido situado en su centro. Muchos exploradores se sintieron atraídos y acabaron esclavizados en un dogal crónico. La torre cambió el arco de la baliza para evitar el valle. Pero la última actualización indicó que sólo había una sombra… una ausencia de detalles.

—¿Cuánto hace de esa actualización? —preguntó Nico sagazmente.

—En tiempo del Kalpa, cien mil años —dijo la armadura—. Pero aquí fuera, en un contragiro, la forma de aproximarnos lo cambia todo. Lejos de la guía de la baliza, yendo desde otra dirección, quizás el valle siga ahí. La Mansión del Sueño Verde es o era un gran señuelo. Si el valle y la mansión han cambiado, podría haber otras trampas… o un camino libre.

—¿Mentiras del Tifón? —preguntó Nico, agachándose junto a la senda y golpeándola de nuevo con una pata de trípode. La superficie parecía tan dura como el cristal.

—Quizá —dijo la voz de Pahtun—. La senda pasa cerca del valle. Si la baliza nos guía siguiendo la ruta de la senda, puede que todavía sea segura.

Todos miraron a Tiadba. Su desánimo era mayor. Sentía una tristeza cíclica en el fondo de sus pensamientos, como si estuviese guiando a los exploradores a una trampa aún peor que los ecos, peor que los agitados vertederos de planeadores y los cementerios formados por ciénagas revueltas que ya habían visto. Pero la baliza era intensa. No podían hacer nada más; carecían de cualquier otra guía.

—Podríamos situarnos a un lado o a otro —dijo Khren—. Pero la situación se está poniendo difícil y podría haber muchas grietas. Llevaría mucho más tiempo.

Todos temían la posibilidad de que el Kalpa cayese y la baliza quedase en silencio… o peor aún, les engañase, aunque Pahtun les había asegurado que tal cosa no era posible.

—Usaremos la senda —dijo Tiadba—. Khren, quédate todo lo atrás que puedas mientras puedas vernos. Herza y Frinna, adelantaos a la misma distancia. Cualquier señal de ablandamiento…

Se dispersaron y avanzaron hacia la «elevación» que tenían delante.

Caminaron lo que les pareció mucho tiempo antes de verse obligados a abandonar la senda. A continuación se ocultaron en grietas que radiaban de la calzada y vieron pasar a los Silentes por docenas… oleada tras oleada de monstruosidades deslizándose, moviéndose todavía más rápido sobre la ancha superficie lechosa. Pasó más tiempo —tiempo largo, lento y aburrido

— antes de que la superficie volviese a ponerse cristalina y pudiesen retomarla.

El rayo del Testigo se curvaba y recorría el cielo. Algo volvía a pasar en las regiones profundas del Caos… gruesas ráfagas de oscuridad saltaban y luego caían como fantasmales cabezas humeantes surgiendo del suelo.

Después de otro largo período de viaje, y otra erupción de humo, Khren vio en el cielo un cambio hacia la izquierda, muy alejado del vector de mayor intensidad de la baliza. Ninguno de los otros pudo duplicar lo que había visto, por mucho que lo intentasen.

—Mis ojos deben estar rindiéndose —dijo Khren, desmoralizado.

—Los tuyos y los míos —dijo Shewel.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Nico, interrumpiendo con tono de furia.

—Ya basta —dijo Tiadba—. Le obligaremos a inventar cosas.

—Yo no lo haría —dijo Khren, indignado.

—Pararemos un rato…

—Está ahí fuera —dijo Herza, y Frinna señaló… las dos habían visto un resplandor azul en un hueco entre dos salientes del terreno marrón y agrietado.

La armadura volvió a hablar.

—Podría ser otro Pahtun o, a esta distancia, alguien del Kalpa… más antiguo.

Lo consideraron con escepticismo.

—¿Un engaño? —preguntó Nico.

No hubo respuesta. Todo podía ser un engaño… excepto la baliza, no había nada seguro.

—Saldré yo —dijo Macht—. Estoy cansado de la monotonía. Algo de trepar y saltar es justo lo que me hace falta.

92

—¿Te parece diferente? —le preguntó Glaucous a Daniel. Jack avanzaba por delante atravesando calles, muros y edificios reventados y remontados. Su preocupación era evidente… no había forma de saber qué pasaría aquí, ni cómo habían cambiado las cosas desde que pasase Ginny.

O ni siquiera podían estar seguros de seguir su rastro.

—Va con una postura más recta —dijo Daniel.

—Parece *mayor* —dijo Glaucous—. Y más atrevido. Se arriesga, nos deja atrás. ¿Qué te indica la piedra?

—Sigue tirando —dijo Daniel. La remodelación urbana que les rodeaba mascullaba y gemía como hielo profundo asentándose sobre una pendiente —. Si la chica siente el tirón… y si es el mismo tirón…

—Lo es —le garantizó Glaucous—. ¿Alguna vez has visto algo así? —Indicó la escena sombría, dispuesta a cambiar de forma impredecible, como un espectáculo de linterna mágica planificado por un idiota.

—En una ocasión —dijo Daniel—. Es posible que Jack también lo haya visto.

—¿Huyendo de nuestra Señora? —preguntó Glaucous.

—Algo así.

—*Ella* ha vuelto aquí. Cerca del viejo almacén. La siento.

—¿Te usará para dar con nosotros?

—Si me pregunta si estoy doblando ramas o dando vueltas a las piedras… no. Pero la Señora siempre ha sido consciente, y siempre lo será, del temperamento de sus sirvientes. Al menos, así era en la Tierra. Aquí… quizá nuestra extrañeza se combine.

—Esto es la Tierra —dijo Daniel—. Trozos de la Tierra. Mira. Eres lo suficientemente mayor… quizá reconoces esos edificios.

—Asiáticos, diría yo. —Glaucous se sonó, examinó el pañuelo, más rastros de negro reluciente, y negó con la cabeza—. Jamás viajé al este. Tu ciudad la abandonamos hace kilómetros.

—Bidewell dijo que todo estaba reduciéndose.

—¿Sí? No le oí.

—Todo ha ardido o está corroído. El tiempo roto parece comportarse como el fuego o el ácido.

Silencio entre ellos mientras negociaban un montículo de ladrillos y piedras. Con un titilar adusto, las piedras se convirtieron en fragmentos de cementos y acero… parte de una pared más reciente, pero aun así una ruina revuelta.

—Igual que un campo de batalla —dijo Glaucous—. Recorrí las trincheras en los alrededores de Ypres, hace casi cien años, buscando a un caballero en concreto… un tipo robusto y poeta. Soñaba, o eso me habían hecho creer, un llamado Último Reducto. Antes de partir había escrito un libro, detallando sus sueños… Pero la guerra ya lo había volado por los aires. Malos años para los cazadores, los años de guerra.

A ambos lados, calles y edificios subían por pendientes inclinadas, como si un plan de ciudad hubiese sido colocado encima de otra región más agreste. Algunas de las estructuras parecían más intactas que cualquiera que hubiesen visto antes, a pesar de mantenerse en ángulos muy precarios.

Glaucous vio a Jack por delante. Pasaba bajo un arco inseguro formado por acero y vidrio.

Daniel agitó la cabeza y movió los ojos de un lado a otro.

—¿Hasta dónde llega?

—No lo sé —dijo Glaucous—. Me limito a acompañar.

—Haces más que eso —dijo Daniel—. Temes a Ginny. Bien podrías haberla echado aquí fuera.

—¿Eso te preocupa? —preguntó Glaucous.

—No sé por qué estás con nosotros. Jack sabe lo que hiciste.

—¿Lo sabe?

Glaucous alzó la vista al acercarse al arco, luego sintió sus hombros descender y su grueso cuello ponerse rígido al pensar en las miles de toneladas escogiendo ese preciso momento para caer.

—No hay vergüenza —dijo—. Puede que los desplazadores tengan más encanto, sean más románticos que los ventajistas… pero lo que hacemos es al final lo mismo. Aprovechamos la casualidad y nos preocupa bien poco robar la suerte a los que nos rodean.

—Nunca afirmé ser honrado —dijo Daniel.

—Bien, entonces —rezongó Glaucous.

—Pero deja de intentar hacerme sentir *feliz* por estar aquí.

—Mis disculpas. Una antigua costumbre.

Para Jack, oír las voces que tenía detrás, la sensación de pavor de la conclusión próxima hacía que las ruinas en sombra resultasen insignificantes. Lo había visto antes… o algo similar, menos muerto. Sólo ahora que *todo* estaba roto podría formar una imagen de cómo había sido este cosmos —esta pequeña parte del cosmos—, y cómo él se las había arreglado para recorrerlo sufriendo menos consecuencias que la mayoría; y menos avances, experimentando poco de los hitos de la vida normal.

Su incapacidad para sentir afecto intenso… eso le confundía. En los sueños había habido una pasión infantil, casi irreal, pero por Ginny, sólo *aprecio*… y nada más que pudiese sacar a la superficie. En todo eso era menos hombre que la figura de sus sueños.

Jack nunca dejaba caer nada, porque nunca sostenía nada durante mucho tiempo: Ellen, que se había conformado con unas pocas horas con él, que se había contentado con su espectro de afecto. Pero antes que ella…

Su madre, una figura pálida en una almohada bajo la luz brillante de una lámpara de hospital. Su padre, aún menos definido… grande, intentando ser gracioso, intentando amar a Jack. ¿Cómo era que aquellos que controlaban sus destinos se conformaban con tan poco? En ese aspecto, Ginny era como él. Los desplazadores de destino no parecían capaces de grandes cosas. Vagaban, pero dejaban atrás las relaciones, el amor, incluso el recuerdo.

¿Cómo podía achacar nada a Daniel o a Glaucous? Eran todos iguales, egoístas al máximo. Tanto los que retenían las piedras como los que buscaban las piedras estaban reducidos… marchitos hasta el punto de saltar de conciencia sin pensarlo, sin profundizar.

Ni siquiera el favor de Mnemosina había logrado levantar la melancolía de Jack. Recorrían las reliquias desbordadas de la historia humana, restos ennegrecidos revelados uno tras otro como imágenes esbozadas con ascuas fantasmales. ¿Adónde iba… adónde podría ir?

A por Ginny. Una hermana de sueño. ¿Quién perseguía a qué?

Y por el camino, se verían con…

Daniel le llamó.

—Para un poco. Dejamos la ciudad atrás. —Los tres se reunieron y sus protecciones se fundieron como besándose. Jack miró a su alrededor y se presionó las sienes con dos dedos.

—¿Recuerdas algo así? —preguntó Daniel.

—¿Tú? —preguntó Jack, todavía presionando.

—Mi destino quedó devorado en piezas, así que salté más cerca de vuestras líneas. Tú probablemente encontrases la corrupción antes de que realmente se asentase del todo. Todo diferente. Esto es lo que queda ahora… trozos caídos, fragmentos en colisión.

—¿Recuerdos de la historia?

—Oh, antes eran más que reales… —Los labios de Daniel trabajaban, como si intentasen apagar otro sonido—. Lo siento. Tengo que lidiar con un casero asustado y curioso.

Jack le miró, no tan conmocionado como asqueado.

—Siendo cortés, eres un cangrejo ermitaño.

—Siendo grosero, soy una tenia, una sanguijuela —le respondió Daniel de inmediato.

Glaucous miró a ambos a través de ojos bordeados de rojo.

—Pero no soy inútil, y tampoco tan cruel. ¿Qué dejaste atrás para Bidewell y tu amiga?

Jack negó con la cabeza.

—Consideré darles una piedra —dijo Daniel—. Tengo dos. Algo para protegerles cuando llegue la Princesa de Caliza.

Glaucous abrió bien los ojos.

—Eso es imposible —dijo—. Ningún pastor ha portado *jamás* dos piedras.

—Ningún pastor ha sido nunca tan monstruoso como yo —dijo Daniel. Volvió la cabeza para mirar delgados arcos azules entre rocas grises y ruinas dispersas. *Siempre en parejas… una especie de apretón de manos cósmico* —. Al final, sabía que Bidewell rechazaría la oferta. Tres es el mínimo… cuatro es seguridad.

Jack se volvió. No tenía ni idea del significado de la información.

—Esto es como el lugar al que vamos en sueños —dijo—. Adonde va Jebrassy tras abandonar la ciudad.

—¿Quién es Jebrassy?

—Creo que pronto lo descubriremos. Se supone que nos encontraremos.

—¿Yos del pasado o el futuro? ¿Cómo será?

Jack agitó la cabeza.

—Yo no voy a encontrarme con nadie —dijo Daniel—. Más o menos un acertijo… no sabría decir.

—Vivimos en tiempo de texto —dijo Jack.

—Supongo que es algo que Bidewell dijo antes de que llegásemos —refunfuñó Glaucous.

—Quizá —dijo Jack—. ¿No podéis sentirlo? No somos más que bombas cargadas de explosivos. Cuando choquemos… habremos terminado. Este texto está acabado. Cierra el libro.

—Y abre otro —dijo Daniel.

93

Ginny caminó con las oleadas de exploradores fantasmales hasta el valle, observándolos con piedad y asombro; apenas parecían sólidos, menos aún vivos, las armaduras destrozadas, los pies gastados y sangrientos, la sangre seca desde hacía mucho tiempo… como cadáveres andantes. Sin embargo, se hablaban con pequeños tonos agudos e inocentes de triunfo y entusiasmo, aunque discordantes por la fatiga.

Ella podría ser para ellos una voluta de vapor. Sin embargo, uno o dos se detuvieron para observarla pasar, sus ojos pálidos, débiles y parpadeantes. Apenas podía distinguir sus palabras, pero algunas de Tiadba regresaron, y empezó a reconocer el habla progenie de sus sueños. Lo poco que podía entender le indicaba que eran felices, que creían estar llegando al término de un viaje predestinado hacía tiempo, y durante un rato, rodeada por sus formas cansadas y apuradas, se preguntó si no tendrían razón; quizás el edificio verde oscuro que se alzaba desde la cuenca en medio del valle *era* el lugar donde todos debían estar.

El viaje había sido difícil, los exploradores estaban totalmente agotados; pero en los sueños, Tiadba nunca había oído que *miles* se uniesen a la marcha. ¿Cómo podían todos llegar simultáneamente al borde del valle?

Una exploradora —no era Tiadba; Ginny habría sentido la conexión— intentó observarla más de cerca. Tenía un rostro ancho, grandes ojos y una nariz roma y simiesca cubierta por pelaje delicado, ahora todo pegado y sucio.

—Ahí hay algo. ¿Es un monstruo? —preguntó otro.

—No estoy segura —contestó la mujer—. La armadura no dice nada.

—La armadura está muerta. *Nosotros estamos* muertos.

—¡Calla! Es tan alto como un Alzado. Si realmente está aquí.

—Es un monstruo. Aléjate.

La mujer intentó alargar la mano y tocar la aparición.

—¿*Eres* un monstruo? —preguntó.

Ginny no creía que pudiese responder. ¿A qué le sonaría su voz? Como si ella pudiera ser más real que todo lo demás entre las montañas bordeadas por estatuas. ¿Y por qué ella no podía *ver* y comprender esas estatuas? Gigantescas, retorcidas, inmóviles… bien podrían estar muertas… De eso podía estar segura.

Un número sustancial de exploradores —docenas— habían reducido la marcha y avanzaban a una velocidad igual a la que podía verla.

—¿Sigue ahí? —preguntaron varios.

—¡Tú! —dijo la mujer, apurándose de nuevo para tocarla— pero la burbuja de Ginny repelió suavemente el brazo roto. Algo brillante surgió de Ginny y formó un anillo azul pálido entre ellas, para luego esfumarse.

Entrelazamiento. Compartieron un poco de materia; estaban formadas por parte del mismo material. Pero no mucha.

Ginny apartó la vista, parpadeando para contener las lágrimas, y se concentró en el camino descompuesto y pedregoso. No podía hacer nada y los otros le daban miedo. No quería acabar como ellos, pero sabía que Tiadba sufriría un destino peor.

—¡Tú!

La mujer habló con los que la rodeaban, y de pronto se detuvieron para formar un anillo, bloqueando a Ginny. No podía pasar… lo intentó y la empujaron. No podía saltar, ni cerrar los ojos y seguir avanzando, o cualquiera de las cosas que antes habían parecido posibles; la habían confinado en su círculo.

—¿Qué es? Apenas lo veo.

—Es un Alzado.

—¿Otro Pahtun?

—No… ¡no rompáis el círculo! Mantenedlo ahí hasta que sepamos qué es.

—Deberíamos avanzar.

—¿Nadie se *acuerda?* —gritó la mujer—. No dejamos de intentar atravesar el valle y llegar a la ciudad. Siempre volvemos atrás y empezamos de nuevo.

—Eso no es lo que yo recuerdo. Casi hemos llegado. Es hermosa y reluciente… y está cerca… ¡mira! Hemos atravesado el Caos. Vamos a lograrlo…

Ginny se rodeó con los brazos y examinó los rostros pálidos, pelados. Algunas de las figuras eran poco más que volutas flotando sobre la superficie desigual y costrosa. ¿Aquí quién era más o menos real, e importaba?

Al fin probó a hablar.

—Os comprendo. Comprendo lo que decís. —Las palabras los tomaron por sorpresa… les hizo retirarse y ampliar el círculo. Ni siquiera ahora estaba segura de qué lengua usaba.

Miró la estructura verde… la ciudad. Parecía estar más cerca y ser más grande, pero había algo en sus bordes, en sus márgenes… podría haber sido una montaña alta vista a través de una neblina viva y humeante, cerrándose deliberadamente para luego abrirse. Frustrándola sin fin, celosa, decepcionada, furiosa.

Atormentándola.

—Habla. Lo oigo —dijeron varias figuras, y todos se acercaron, alargando las manos para tocar la burbuja. Entre ellos saltaron más arcos azules y elípticos, rodearon sus manos y brazos, se retiraron formando bucles y bandas, y desaparecieron.

Los exploradores se retiraron, más tenues y menos definidos, como si la interacción hubiese debilitado su existencia.

—¿Qué eres? —preguntó la mujer—. ¿De dónde vienes? —Sus ojos cansados y cubiertos miraron a un lado y luego al otro. No podía ver a Ginny… no podía ver nada con claridad—. Dinos que seguimos el camino correcto. Dinos que sabemos adónde vamos.

Antes de que Ginny pudiese responder, de la base de la ciudad surgió una oleada de granulosa oscuridad. Los exploradores se echaron atrás, dejaron caer sus hombros… luego se dejaron caer e intentaron abrazar las

irregularidades del terreno, como si tal cosa les hubiese sucedido antes en muchas ocasiones. Tan familiar, como la llegada de un fuego nuevo para los condenados.

La oleada se extendió y lo alzó todo, aparentemente elevando la tierra misma. Ginny cerró los ojos y dentro de la burbuja cabalgó la ola.

Golpeó… hizo girar el cielo y luego avanzó.

Volvió a caer sobre una espuma oscura y densa.

La espuma se hundió en la superficie negra, siseando.

Después de una espera enfermiza, el suelo parecía ser estable de nuevo. Ginny se puso en pie y miró.

Los exploradores ya no estaban. En el mismo punto de lo que parecían creer que era su salvación, a la vista del lugar al que le habían creado para alcanzar, fueron retirados, llevados de vuelta atrás. Engañados. El valle era un lugar de tentación y decepción eternas.

—Para ellos, una trampa, la ciudad errónea —dijo Ginny, protegiéndose los ojos del arco de fuego que se alzaba en el cielo. Pero ella tenía que estar en el edificio verde. La piedra tiraba de ella en esa dirección. La engañosa confusión de paredes y formas, observada por legiones de gigantes congelados…

Si Tiadba no estaba todavía dentro, quizá lo estuviese pronto. *¿Y qué podré hacer yo para ayudar? Esto no puede ser real. Mi pesadilla me ha devorado*.

La mano de Ginny no había abandonado en ningún momento la superficie de la sumadora. Y el fuerte tirón de la piedra no se había reducido en ningún momento… hasta ahora. Tiraba de ella de lado, siguiendo un camino diferente al de los exploradores… hacia el valle, quizá para dar un rodeo y llegar a la cuenca por otro ángulo.

No se atrevió a mirar atrás. En lo más alto los exploradores se estarían alineando, recuerdos atrapados en un círculo espinoso. Mirarían al valle, rebosantes de alivio, seguros de la victoria, para luego echarse a correr una vez más formando una horda fantasmal y decrépita.

Por ellos no podía hacer nada. Aquí no, todavía no. Si tenía demasiado miedo para moverse ahora, la misma mujer podría repetir la escena y el

diálogo de antes. Una y otra vez.

Ginny caminó sola, acercándose a los gigantes de piedra que miraban desde las cumbres de las montañas circundantes, retenidos en perpetuo silencio… siempre observando pero sin ver jamás.

94

En el interior de Tiadba fue creciendo una sospecha horrible. Habían llegado muy lejos, sólo habían perdido a uno —a Perf, cerca del comienzo del viaje— y, sin embargo, no se sentía más cerca de Nataraja y no podía escapar a la terrible sensación de que el desastre era inminente. Peor aún, empezaba a desconfiar de la baliza: la nota musical que surgía del Kalpa y cantaba en sus cascos cuando se encontraban en el camino correcto y se atenuaba cuando se desviaban de ese camino. Alguna sombra de conocimiento insistía en el fondo de sus pensamientos cansados… el fantasma de una premonición.

Ahora los exploradores descansaban bajo la protección del generador portátil, en lo alto de otra cordillera inversa: una colina desde un lado, un valle desde el otro, la luz siguiendo curvas tortuosas desde la dirección que escogiesen mirar; espejismos por todas partes, apenas corregidos y enderezados por los visores de sus armaduras. Desde el lado opuesto del valle, podían ver una senda ancha muy poco usada que llevaba directamente a una enorme llanura arenosa rodeada por montañas altas y desiguales. Unos pocos viajeros, rápidos y pegados al suelo —una variedad de Silentes — pasaban rápidamente por la senda y se perdían tras salientes de roca. Ninguno parecía viajar hasta la llanura.

De todos los lados, encajados entre las montañas como juguetes tirados con descuido, se alzaban grandes objetos congelados, encarados hacia dentro, hacia una masa arquitectónica verde… si se podía decir que tales cosas tuviesen caras.

La voz de Pahtun surgió de lo que podría ser el Valle de los Dioses Muertos… que ocasionalmente se veía desde la Torre Rota. Ningún Pahtun

había explorado hasta ese punto. Las montañas rodeaban la Mansión del Sueño Verde… aunque probablemente hubiese cambiado, comprimida en una ilusión o disfraz alrededor de la antigua ciudad rebelde de Nataraja. Después de todo quizás estuviesen cerca de su destino, si todavía valía la pena dar con Nataraja.

En una ocasión, mientras descansaban —o arrastraban sus pies, lo que sería más exacto—, Khren dijo haber visto movimiento en el otro lado del valle, a una distancia desconocida, como una horda de insectos que desbordara por ese lado… quizá más ecos, perdidos y lastimosos. Y cuando Tiadba miró en esa dirección —intentando ver más allá de los trucos y engaños de la luz— entrevió algo puntual, brillante, azul… Casi le dañó los ojos, a pesar del filtro del visor.

Poco después, Khren lo volvió a ver —exactamente lo mismo— y Macht, Nico y Denbord estuvieron de acuerdo en que debían ser más ecos, decenas de miles de exploradores capturados y distorsionados que repetían su frustración. Era una idea aleccionadora el que incluso ahora, habiendo llegado tan lejos, progenies como ellos hubiesen quedado atrapados en una ilusión de triunfo; o como elucubró Nico:

—Incluso es posible que piensen que lo han logrado. Una y otra vez. Una prisión retorcida.

Herza y Frinna escucharon sin hacer comentarios. Hacía tiempo que no hablaban mucho… muchos ciclos del arco flamígero. Pero incluso esos ciclos se reducían. No había forma de calcular cuánto tiempo llevaban de viaje, qué distancia habían recorrido… ni siquiera la voz de Pahtun lo sabía.

—Hemos recorrido medio mundo hasta ninguna parte —dijo Nico, dejándose caer en un desgarrón de roca negra, llevándose las manos enguantadas a ambos lados del casco. Hacía muchos ciclos que no tenían la oportunidad de respirar aire exterior.

—¿Qué son esas cosas de las montañas? —preguntó Shewel.

—Pesadillas —dijo Denbord—. Perf tuvo suerte. Esto no le hubiese gustado nada.

Tiadba se sentó entre Denbord y Nico, que mantenían una expresión pensativa, por lo que podía ver a través del resplandor polvoriento del visor.

La armadura no ofrecía demasiadas explicaciones.

—Creo comprender —dijo Nico con cautela—. Es como un estante de trofeos… trofeos de nuestras pequeñas guerras. Sólo que mucho mayor.

—¿Y eso? —preguntó Khren.

—¿Quién colecciona? —preguntó simultáneamente Macht.

—Piemos visto mucho desde que abandonamos los Niveles —dijo Nico —. Hemos conocido a Alzados, y cosas en el Caos que podrían ser o no ser progenies. Sabemos que la gente no siempre tiene nuestro aspecto, ahora no y con seguridad no hace mucho tiempo. Por tanto, el mundo más allá de los Niveles fue en su época mucho mayor de lo que podemos imaginar. Si nos esforzamos y pensamos en toda la gente… tanta gente, personas diferentes, todas extrañas como de alguna forma *nosotros*, como en las historias de los libros de Tiadba, si las historias son reales…

—Suenan reales —dijo Khren.

—Se contradicen —dijo Shewel.

—Cierto —dijo Nico—. Pero imaginad… por una vez, hagamos más de lo que puede hacer un progenie y pensemos *más allá*. Pensad en todos los tiempos y todas las personas, lo diferentes que debieron ser, y pensad en el Tifón quemando y reduciéndolo todo, jugando y destruyendo al mismo tiempo… repleto de odio…

—O repleto de nada —dijo Khren.

Nico asintió.

—El vacío de los vacíos. Pensad en todos los tiempos pasados y todas las narraciones que no hemos oído, y todas las personas que vivieron esas historias y no se parecían en nada a nosotros, grandes y pequeñas… gigantes mayores que los Alzados, más pequeñas que cualquiera que conozcamos, y más extrañas que cualquier cosa en el Kalpa, separadas por vigilias y sueños incontables, pero aun así, *nosotros*… —Dejó escapar un aire de tristeza y desánimo—. Quizás algunas de ellas *fuesen* como dioses. Pero fueron derrotadas. Les robaron sus historias, las retorcieron, las quemaron, pero sus imágenes y quizás incluso sus cuerpos pudieron ser recolectados y traídos aquí, colocados en las montañas como premios, o

quizá sólo para asustarnos. Pero si lo pensamos de esta forma —concluyó— no son dioses muertos. Son sólo personas. Son nosotros.

—Podríamos acabar ahí colocados, a su lado —dijo Khren—. Más trofeos.

—Estaríamos en familia —dijo Nico.

Tiadba sintió que se le llenaba el pecho y recuperaba el aliento.

—Dan un poco de miedo —dijo Herza en voz baja.

—Si se levantan y caminan, puede que no recuerden que somos parientes —añadió Frinna—. ¿Tenemos que acercarnos?

Tiadba se sentó y ajustó el visor para definir algo que veía congregarse en el valle… una nube que difuminaba el arco de fuego, una neblina que caía del cielo arrugado.

—¿Lo veis todos? —preguntó.

Se reunieron en las rocas altas y escarpadas, y sus cascos tomaron múltiples puntos de vista y trabajaron para encontrar un patrón, una imagen, sobre la mesa verde en el centro del valle.

—Es como una montaña invertida colgando en ese punto —dijo Khren.

—Una montaña de hielo —dijo Denbord.

—Una Turbación —dijo la voz de Pahtun—. Puede ser peligroso.

—¿Qué es una Turbación? —preguntó Tiadba.

—Nadie en el Kalpa sabe mucho sobre ellas. Trastoca posiciones en el Caos. Las turbaciones son peligrosas porque todas las fuerzas del Caos se concentrarán a su alrededor… se formarán nuevas sendas, los sirvientes del Tifón se congregarán, y los prisioneros despertarán para pasar a un nuevo nivel de esclavitud. Provocará cambios rápidos y mayores incertidumbres.

—¿Más monstruos? —preguntó Frinna, acercándose a Herza, y luego trayendo a Denbord hacia las dos. Este no se resistió.

Macht se había girado para alejarse unos pasos del grupo, mirando al terreno que habían atravesado.

—¡Todo vuelve a contraerse! —gritó—. Puedo ver el Kalpa. El Testigo… ¡ahí *está*también!

Tiadba se volvió y sintió mareo. La luz se doblaba siguiendo bucles de tornillo, y era ciertamente posible —incluso probable— que el Caos

hubiese iniciado otra gran reducción, como una pelota de juguete desinflándose. De haber esperado… ¿habrían tenido que caminar tanto para llegar a donde estaban ahora?

Frinna gritó.

—¡Estamos en una senda!

Las piedras se alisaron y se volvieron pegajosas, atrapando sus botas con una velocidad asombrosa. Parecieron caer en picado sobre la superficie plana y pálida hasta el nivel del fondo del valle. Por todo el valle se iban abriendo pasos en las montañas y las sendas fluían hacia la masa verde del centro.

Khren alzó la saja que les quedaba, pero antes de poder activarla un latigazo salió disparado y la atrapó.

No había huida.

Las sombras ya se alzaban sobre ellos, ojos medio ciegos barriendo y retorciéndose, rostros magullados planos sobre altos cuerpos arqueados… y rodeándoles, los miembros esbeltos que se deslizaban, tirando y clavándose en la superficie de la senda.

El Silente más extraño y más grande de todos —tres rostros unidos, compartiendo cuatro ojos blancos y empañados con diminutas pupilas negras— se acercó para inclinarse sobre ella y mirarla con malicia. Un brazo con una mano como un arbusto espinoso la agarró.

Desde el centro del valle —el edificio verde, escarchado e incierto, y la montaña de hielo que le colgaba encima— llegó un grito horrible y agudo, como millones de cosas perdidas más allá de toda esperanza de rescate, forzadas todas a demostrar su alegría, su felicidad…

Forzadas a *cantar*.

Desde las montañas, las enormes formas congeladas se agitaron con algo que no implicaba vida; más allá de la comprensión de un progenie, vibraron renuentes montaña abajo, congregándose como si por decreto debiesen observar y quizá participar en la Turbación.

Uno a uno, mientras Tiadba miraba, arrancaron las armaduras a sus compañeros. Y luego llegó su turno. Primero el Silente de tres caras y cuatro ojos desnudó sus brazos y piernas, mientras los ojos del ser vibraban

y se estremecían, y luego garras afiladas retiraron el casco, que se abrió y se rompió justo cuando la voz de Pahtun comunicaba su mensaje final:

—Éste no es el destino. La baliza…

Tiadba no sintió dolor. Sin embargo, una especie de vacío le absorbió toda esperanza de su mente; luego fue registrada, cortada, apartada… y la cosa encontró lo que buscaba.

Tu hermana.

No era una voz, no era una presencia… el vacío de los vacíos, el silencio de las cosas sin voz, pero que emplea miles de otras voces para expresar su mensaje.

No os uniréis.

No se contará tu historia.

Sus compañeros no estaban muertos. Habían cambiado muy poco; es más, seguían resistiéndose a pesar de haber perdido las armaduras… colgando y retorciéndose, moviendo los labios sin ser oídos. Los Silentes llevaron rápidamente esas diminutas cargas por la nueva senda hacia el centro del valle. Tiadba giró lentamente, vio en destellos de luz espiral a los gigantes reunirse, vio la masa verde central ganar forma, bordes desiguales y formas serradas bajo la blancura flotante… una ilusión trémula y antigua ahora profanada, y burlada, en translúcidas torres de jade y en bóvedas que se extendían por el valle, y ella *supo*, la reconoció por lo que una vez había sido y ya no era.

Desde el comienzo he estado viajando hasta aquí.

A los exploradores los llevaron a la ciudad perdida y embrujada de Nataraja… la Falsa Ciudad.

95

Esto era un sueño, Ginny estaba segura… un sueño de alguna otra persona… y era encantador.

Ella era dos personas en una forma, de pie bajo un cielo nublado con zonas de azul brillante, y colinas ondulantes extendiéndose hasta un horizonte definido y agradable como grandes trazos de un pincel. De hecho, se encontraba en Tule, la gran isla a poco más de cien kilómetros al norte de Irlanda, repleta de historia: el lugar que había imaginado cuando la visitó Mnemosina. El lugar que se le había negado pacientemente.

Por supuesto, no estaba del todo formado. Debía mirar con atención para hacer que las cosas adquiriesen verdad visual y táctil. Podía mirar al follaje cerca de sus pies —una especie de arbusto áspero, brezo, tojo o algo con flores púrpuras—, y con esfuerzo, las flores de pronto saltaban y se volvían reales.

Sus labios dijeron, con tonos vagos:

—Esto es maravilloso. Nunca he visto nada así.

Tras esos labios, Ginny preguntó:

—¿Quién sueña a quién?

—Quizá seas tú. Tú debes saber de cielos, colinas y arbustos… yo no.

—Lo que yo sé tú lo sabes. Pero no recuerdo tu nombre.

—No tenemos nombre… por ahora. Me encuentro en un lugar horrible. Pero en ocasiones puedo dormir. Así que volvemos a estar juntas. *Ven a por mí, encuéntrame, antes de que sea demasiado tarde*.

Ginny agitó la cabeza y se levantó. Se sentía refrescada, incluso quizás algo animada; hasta ahora, sólo había esperado tristeza, pena y dolor al final de su peculiar paseo. Se frotó las manos frías y las alargó para comprobar los límites de la burbuja.

Hasta aquí y no más.

Más real que el sueño y mucho menos agradable.

Se colocó de pie frente a la gran abertura de las montañas, protegida por dos figuras gigantescas que no quería mirar con demasiada atención. Fabricaba para otros lugares, supuso, y fabricaba con otra materia, sustancias con funciones especiales en circunstancias especiales. *Lo que demonios signifique eso*.

Giró dos veces sobre los talones, como un trompo lento, como había hecho al enfrentarse al Ansia, y sintió cómo el arenoso paisaje negro hacía una pirueta. Ahora se encontraba frente a otra hendidura en las altas rocas agrestes, protegida por otro par de figuras congeladas… igual de extrañas, pero diferentes. Volviendo a girar dos veces, se plantó frente a una tercera abertura y una tercera pareja de guardianes que no parecían cumplir muy bien sus funciones de guardar. Como coloristas figuras de cerámica decorando una puerta… *pero esta vez, vamos a despedir al decorador*.

Trofeos, todo ellos. Preservados y montados después de que algo hubiese disfrutado de una horrible cacería por las galaxias, coleccionando muestras.

Ginny se estremeció.

Girando dos veces más —un total de seis giros— le llevó de nuevo al primer hueco. Reconoció el primer juego de figuras, aunque seguía sin querer mirarlas muy de cerca, en un plano más personal.

Aquí *personal* podría tener un sentido muy diferente.

Sin dejar de hacer nada más difícil que girar sobre sus dedos, hacía que todo el valle diese vueltas como una bandeja giratoria en un restaurante chino. Imagínatelo. Cuánto poder.

Había tres entradas al Valle de los Dioses Muertos. Se las podía imaginar dispuestas a distancias iguales alrededor de la cuenca formada por las montañas, puntos de una extraña variedad de supertriángulo.

Espacio del Tifón. O el tipo de espacio que adopta un universo moribundo.

¿Por cuál debería pasar?

Sabía que cada una llevaría a una trayectoria en espiral, única y diferente, hacia la Falsa Ciudad, donde esperaba su hermana de sueño. Otras personas podrían entrar por otros huecos y seguir otros caminos en espiral, pero jamás se encontrarían, jamás se verían, separada por tiempo-Tifón así como por espacio-Tifón.

La idea le incomodaba. Durante todo el camino, desde que había abandonado el almacén verde, había tenido la esperanza de que Jack y quizá Daniel viniesen a rescatarla de su estupidez persistente: escogiendo siempre el peor camino, en dirección al desastre. Jack parecía lo opuesto, desplazándose hacia una forma agradable de supervivencia, o incluso la suerte verdadera.

Daniel…

A Daniel no podía entenderlo. *No es un número entero. Irracional*.

Posee un conjunto irracional de decimales.

Ah. ¿Qué significa eso cuando está tendido?

Pero sin duda ellos entrarían en la Falsa Ciudad por otros lugares, y por tanto jamás la encontrarían.

Ginny miró a los guardianes, obligándose a verlos tal y como eran: dos iguales, cada uno con un círculo de diez o más ojos alrededor de caras por lo demás humanas, labios y mejillas expresando emociones muy extrañas… las cabezas encajadas sin cuello sobre cuerpos poderosos y de muchos miembros, cada miembro configurado para ejecutar una función que ella ni siquiera alcanzaba a comprender.

Renunció a la inspección. No tenía sentido sumar confusión a la locura. Decidió que este conjunto de guardines lo llamaría Comité de Bienvenida Uno a la Puerta del Infierno. Se volvió y al segundo par lo llamó: CB Dos a la Puerta del Infierno.

La experiencia podía repetirse. Muy científico. Bidewell estaría orgulloso de ella.

Girando de nuevo, encontró al CB Tres a la Puerta del Infierno.

No debería estar haciéndolo todo el día, independientemente de la longitud del día. Escoge, Ginny. Aunque te equivoques.

Ésa era su voz interior, no la de nadie más. La otra guardaba silencio. Estaba sola.

A solas, Ginny sabía que siempre se podía confiar en ella para equivocarse de camino, excepto cuando decidió ir al almacén verde. Pero incluso en ese caso, intentó deshacer la buena decisión aventurándose al exterior. Pero ahora no se trataba sólo de su elección. Las sumadoras los atraían para reunirse.

Entonces, ¿dónde estaban los demás? ¿Estaban ahí fuera buscándola en el puré, sus piedras guiándolas como ansiosas terriers que han sacado de paseo?

96

Cuánto más tiempo marchaba Jebrassy con Ghentun y Polybiblios, más comprendía cómo era vivir cerca de un Gran Eidolon… incluso con un fragmento.

Polybiblios parecía irradiar conocimiento. Cada hora, alguna importante y nueva colección de hechos y visiones llegaba a la conciencia de Jebrassy, llenándole de historia y ciencia hasta que su antiguo yo se sintió desubicado y superado.

Ghentun sentía también la influencia de la personificación… y manifestó su preocupación.

—Estás filtrando —le dijo a Polybiblios mientras permanecían detenidos, sin cascos, para descansar y examinar la nueva disposición del Caos que les rodeaba.

La personificación se agachó junto a ellos. Sus movimientos se habían vuelto más seguros y menos torpes, lejos del apoyo de la Torre Rota y todos los sirvientes y versiones del Bibliotecario. Iba adquiriendo una agilidad propia, una gracia que a Ghentun le recordaba un angelín. No era una sorpresa.

—Me disculpo. Intenté ser menos generoso.

—No me importa mucho —dijo Jebrassy en voz baja, mirando a los cambiantes rizos de piedra—. Sólo necesito algo de tiempo para ponerme a la altura. Tengo que pensar en algunas cosas y hacerlas mías.

—Por supuesto —dijo Polybiblios—. Hace mucho tiempo, los filósofos habrían jugado a un juego de preguntas con sus alumnos… o sus sirvientes. Cada pregunta, afirmaban los filósofos, forzaría a recuperar un conocimiento previo, instintos naturales con los que se nace. Lo que sientes

podría no ser mi «filtración». Podrían ser tus propias cualidades, surgiendo justo en el momento adecuado.

Ghentun miró a un lado y agitó la cabeza.

—Nos has apartado del camino de la baliza. ¿Por qué?

—Volveremos a encontrar la baliza —dijo Polybiblios—. Se la pervirtió hace mucho tiempo, debes saber… poco después de la desaparición de mi hija, y Sangmer despareció yendo en su busca.

El rostro de Jebrassy se retorció por la desesperación.

—¿Por qué? —Su voz más interna todavía seguía diciéndole que la baliza era inalterable… lo único que podía guiarles hasta Nataraja, su destino final, su razón principal para existir—. Eso es imposible. ¿Quién haría tal cosa?

Polybiblios respondió a su furia evidente con una tristeza resignada, una expresión muy fácil para una versión de alguien tan viejo. No les respondió de inmediato.

—Apenas recuerdo a mi hija —dijo—. En la medida en que *era* mi hija, porque muchos participaron en su creación.

—Conocemos la historia —dijo Jebrassy.

—Hay tantas versiones de la historia —añadió Polybiblios—. Puede que la verdad yazca congelada en los escombros que apuntalan los cimientos del Kalpa. Tantas versiones a comparar con los fragmentos de memoria que he logrado recuperar.

Jebrassy bajó la voz y la cabeza, y dio vueltas a la personificación, con una furia profunda. Polybiblios siguió al progenie con ojos tranquilos pero no precisamente carente de miedo.

—Mi gente está ahí fuera, muriendo o algo peor… *¿sin razón?* —El progenie gruñó—. ¿Porque un *Eidolon* ha olvidado y otros han sido descuidados?

—En absoluto —dijo Polybiblios—. Entre Eidolones, todo tiene un propósito, en ocasiones más de uno. Mi yo superior conocía los rasgos de cambio que el Caos sufriría en el tiempo… su reducción gradual. La baliza ahora apunta a donde debemos estar. Al fin es correcta. Siéntate aquí. —Tocó el suelo con la mano enguantada.

Jebrassy miró entre la personificación y Ghentun, sin perder la furia… pero controlándola. ¿Significaba esto que los exploradores anteriores no habían tenido ni una oportunidad? ¿Qué se habían sacrificado para distraer, ofrecer protección y preparar el futuro cuando unos pocos escogidos podrían triunfar?

Con un esfuerzo supremo, Jebrassy se sentó y miró al polvo negro y a las piedras antiguas y afiladas.

—El camino que seguimos se ajusta a la mejor versión que he extraído de las historias —dijo Polybiblios—. Haz uso de sus cualidades emergentes… piensa en Ishanaxade realizando el mismo viaje. Piensa en su dilatado sacrificio, para que las cosas vuelvan a estar bien.

—Nos hacíais buscar las narraciones y luego llevárnoslas con nosotros. Queríais que encontrásemos la historia real comprobándolas *todas*. Porque perdisteis la verdad. Fuisteis *descuidados*.

—No niego el descuido —dijo Polybiblios—. Pero coger el pasado, incluso de haber podido grabar perfectamente y almacenar decenas de billones de años, y guardarlo en un microcosmos, habría requerido, desde el punto de vista práctico, la misma energía que crear y buscar en una Babel. Y si hubiésemos tomado esa decisión, preservar una historia, o unas pocas ambiguas, no habría sido suficiente para poner en marcha el nuevo cosmos. No sería lo suficiente para distraer a Mnemosina y despertar al Durmiente.

—¿Durmiente? —Ghentun estaba sentado frente a la personificación y el progenie—. Es una idea muy antigua. Se supone que el Durmiente murió al final de la primera creación.

—El Padre de las Musas —dijo Polybiblios—. Brahma, le llamaban algunos hace mucho tiempo. Pero no está muerto. Simplemente aburrido… y por tanto, duerme.

—Suena a estupidez —dijo Jebrassy, luchando contra su propia comprensión creciente. *No quería saber* nada que pudiese reducir su furia.

Tiadba estaba ahí fuera. Era posible que jamás la encontrase…

Pero Polybiblios seguía desbordando, y en esta ocasión recibieron el roce de una emoción de Gran Eidolon.

Ishanaxade.

Jebrassy y Ghentun se miraron y sintieron una forma de tristeza que no habían sentido antes… no era la tristeza que podría llegar a sentir un progenie o un Restaurador, sino una pérdida y una traición que sólo podía extenderse, envejecer, madura, y agudizarse, todo a la vez, entre miles de millones de personificaciones y angelines, por las alturas y recovecos de la Torre Rota… a lo largo de medio millón de años.

—Los Príncipes de Ciudad. Ellos alteraron la baliza. Te traicionaron —dijo Ghentun.

—Traicionaron a mi hija —dijo Polybiblios, apartando la vista, como si no pudiese soportar ningún espejo—. Es posible que todos la traicionásemos. Lo que debe haber sentido, después de tanto tiempo… oculta ahí fuera, esperando. O peor: capturada.

—Si conoces todas las historias, entonces conoces todos los finales —dijo Jebrassy—. ¿Cuál es el verdadero?

—Para una narración hay muchos más finales que principios —dijo Polybiblios—. Las mejores historias empiezan a la mitad, luego regresan al principio y a continuación alcanzan una conclusión que nadie había previsto. En ocasiones, cuando regresas al punto medio, la historia vuelve a cambiar. Al menos, así era cuando yo era joven.

La voz pareció hipnotizarles. Vieron una retícula rotatoria de destinos rodeando una forma diminuta e indefinida, apenas recordada tras tantas eras.

—Los Príncipes de Ciudad —dijo el Custodio, convirtiéndolo en una maldición.

—Acordaron enviar a Ishanaxade a un viaje secreto, sin que tú lo supieses —dijo Jebrassy—. Pero ¿por qué?

Ghentun unió las manos como si fuese a rezar.

—Ishanaxade se sacrificó para salvar al Bibliotecario. Se llevó la llave de la Babel más completa que el Bibliotecario había creado en la Torre Rota.

—Eso es cierto —dijo Polybiblios—. Independientemente de nuestros desacuerdos, el Astyanax y los otros Príncipes de Ciudad sabían…

—Que una Babel completa, con todas sus partes reunidas, disolvería lo que quedaba del viejo cosmos —dijo Ghentun… y luego comprendió que ese conocimiento no llegaba de Polybiblios. Era parte de una imagen que Astyanax había situado dentro de su mente—. Las musas, lo poco que quedaba de ellas, revivirían para examinar la mayor acumulación de narraciones… todas las posibles historias, todas las tonterías posibles.

—Pero tanto las tonterías como las narrativas necesarias para la creación, ya que siempre hay una proporción vastamente superior de tonterías en un cosmos nuevo —dijo la personificación, y se puso en pie—. Mi hija se sacrificó, cuando otros simplemente querían ver mi proyecto sin acabar, incompleto.

Ghentun dijo:

—Los Grandes Eidolones deseaban vivir la vida que les quedase, atrapados en el Kalpa, repitiendo sus diversiones, perdidos en un aburrimiento decadente pero también en el lujo extraordinario; querían que así fuese para *siempre*. —Se puso en pie con los puños al aire—. Tú querías reiniciar la creación. Eso habría sido el final para todos nosotros.

Polybiblios miró entre los dos, con mirada tan inocente como un niño… un niño extremadamente anciano.

—Eso esperaba, sí.

—Los Eidolones permitieron a Ishanaxade a cruzar el Caos —murmuró Jebrassy—. Pero sabían que Nataraja ya había muerto.

—Los Príncipes de Ciudad llegaron a un trato con el Tifón —concluyó Polybiblios—. Nos traicionaron a todos. Pero eso no significa que fracasásemos. Nada más lejos.

El aire en esta parte del Caos se iba volviendo cargado y desagradable. Juntos, como si hubiesen acordado en silencio que debía haber una pausa en la conversación, sellaron los cascos y se prepararon para moverse.

Después de empezar a hablar, Jebrassy preguntó:

—¿Qué es el Tifón, que puede hacer tratos?

—No puede saberse, joven progenie —dijo Polybiblios—. Pero el Kalpa debería haber caído hace tiempo. No ha sido así.

—Tú lo sabías, y aun así me permitiste enviar exploradores… —La furia dominaba a Ghentun. Ya le resultaba imposible expresarse con palabras.

Polybiblios miró al paisaje cambiante.

—Mi hija se llevó partes cruciales de mi creación, se las llevó a Nataraja… Lejos de los generadores de realidad. Nunca hubo otra posibilidad. Pero antes de irse nos pidió a ambos, al Astyanax y al Bibliotecario, que colaborásemos para rehacer la forma más antigua del ser humano que pudiésemos concebir, usando materia primordial. Nos pidió que asignásemos su cuidado y educación a los Restauradores. A mí exclusivamente me pidió la creación de las sumadoras y su entrelazamiento… la más sublime de las tecnologías Shen, más sutil incluso que los generadores de realidad o esta armadura. Y a mí exclusivamente me pidió que depositase en las sumadoras mis Babeles fragmentadas, como plan de contingencia… enviándolas al pasado para avanzar desde el comienzo del tiempo, susurrándose entre sí, y conectando a todos los que las tocaban. Ishanaxade fue la madre de la progenie antigua. Y ella es la madre de todos los que sueñan.

—Es la narración más impresionante de todas —admitió Ghentun—. Abandonó la ciudad, abandonó a Sangmer… abandonó todo lo que amaba y a todos los que la amaban. Y creía servir incluso al traicionar.

—¿Qué hay de Sangmer? —preguntó Jebrassy—. ¿Cómo pudo comprender algo así? ¿Llegó a encontrarla? ¿Qué fue de *él?* —Vivimos esa narración, joven progenie. Repetimos su carne y sus huesos, para tentarle a salir de su escondite. Y luego, cuando esté terminada, avanzaremos… o llegaremos a nuestra propia y abrupta conclusión.

97

Al pasar bajo la mirada congelada del primer círculo de gigantes, Ginny sintió algo menguar en ella. La burbuja de protección pareció hacerse más delgada y respirar se volvió más difícil. La piedra ya no tiraba de ella en una dirección concreta, sino que tiraba de ella por un lado, luego hacia atrás, luego hacia el otro, su insistencia cada vez más débil, hasta que finalmente Ginny quedó tan inmóvil como una de las estatuas, a la vista del desfiladero por donde había entrado en el valle.

Sólo se podía extraer una conclusión de la renuencia de la piedra a guiarla. O había avanzado demasiado lejos, o había viajado demasiado rápido… penetrando en un lugar donde una única piedra no podía protegerla.

Entonces, ¿a qué guiarla?

Se limpió los ojos y vio partículas de ceniza flotando por encima y a su alrededor, más que evidentes en contraste contra una montaña de hielo de rápida formación que colgaba al revés sobre el valle. Mientras miraba, agujas y flujos de azul zafiro crecieron del suelo en completo silencio. Tenía la cabeza inclinada y el cuello se le iba quedando rígido. Formaron un anillo de columnas alrededor del perímetro del valle, como para enjaular la Falsa Ciudad, la estructura central de jade. La niebla cubría los bordes montañosos, ganando la densidad de nubes reales, como las nubes de casa… si el hogar estaba ahora en algún lugar. Si realmente había crecido, si había vivido, si podía decirse que alguno de sus recuerdos fuese real…

Aquí fuera, los pináculos y pilares de hielo poseían una belleza sobrenatural más terrestre que Caótica, quizá como el fondo de un iceberg,

o los Alpes invertidos. Resultaba extraño que algo imposible resultase más convincente, rodeado de cosas sólo muy improbables.

Su agotamiento se volvió tenebroso y profundo, y se tendió en la suavidad desigual de la burbuja, pero no cerró los ojos. No podía dormir… no había dormido desde que salió del almacén de Bidewell.

Pero si pudiese dormir —y si pudiese soñar— entonces sabía que su visitante, su otra, ya estaba en el interior de la fantasmal ciudad verde… y que Tiadba también había llegado al lugar equivocado.

Las habían engañado a las dos.

Las habían traicionado a las dos.

Ginny pensó en el horrible bruto rechoncho y en sus insinuaciones. Antes de irse ni siquiera había hablado con Jack o Bidewell. O Daniel. ¿Qué le habrían dicho?

Posiblemente le habrían dicho que *esperase*. Y por tanto, eso haría ahora que no tenía otra opción. Se quedaría tendida aquí, justo un poco por encima del fondo del valle, rodeada por montañas y gigantes paralizados, con una montaña de hielo invertida esperando caer en cualquier momento… y ella *esperaría*. Si era necesario, se quedaría aquí para siempre, cansándose cada vez más, hasta que simplemente se fuese flotando como un fragmento de ceniza sin peso.

El momento de descanso se alargó. Intentó darse la vuelta… sintió que la burbuja se cerraba hasta que ya no podía moverse. Se tendió de espaldas, viendo cómo la montaña de hielo boqueaba el borde del fuego. El fuego se había vuelto de un naranja polvoriento, mientras su oscuridad interior se volvía de un púrpura grisáceo. El cielo arrugado más allá de la montaña de hielo quedaba lentamente oscurecido por neblinas azules, nubes bordeadas de un dorado glorioso. El mismo cielo se contraía.

Daba miedo y era hermoso.

Lo que había visto hasta ahora daba miedo y era desagradable.

—Está llegando algo *nuevo* —murmuró con labios entumecidos.

Con lo que se refería a algo *antiguo*.

98

Los tres —Jebrassy, Ghentun y la personificación del Bibliotecario— observaron la palidez sobre el centro del valle.

Habían recorrido muchos kilómetros, aproximándose en ocasiones a los más interiores de los llamados Dioses Muertos, que se miraban unos a otros a través de la planicie desigual. Sus rostros —si se les podía llamar así— parecían fijados en una arrogancia tranquila y reflexiva, informados por billones de años de cambios determinados por ellos mismos, inteligencia en control de toda la evolución; una variedad de rostros y formas tan bellos como incomprensibles, simultáneamente monstruosos y hermosos, como un mismo número de criaturas marinas dispersas por un arrecife inmenso y eterno.

—¿Vivirán de nuevo? —preguntó Ghentun. Polybiblios pareció a punto de responder.

—No queda tiempo para lecciones y filtraciones —dijo Jebrassy—. Adelante.

La personificación escuchó con paciente humor.

—El tiempo es efectivamente más corto. Pero, para otros, el tiempo sobre este valle no fluirá a la misma velocidad, ni tampoco en los mismos instantes. Esto es una Turbación. Todo paso, toda puerta, lanza a los que entran a un camino diferente hacia el centro.

—Creía que sólo quedaban dos destinos —dijo Ghentun.

—Destinos, sí… pero en una Turbación esos caminos pueden retorcerse hasta que parecen encontrarse en paralelo. Puedes saltar de uno al otro… pero son iguales, parte de una espiral. En muchas regiones del Caos, las reglas de lo muy diminuto controlan lo más grande. Debes girar dos veces

para poder mirar en la misma dirección. Aquí la situación es todavía más complicada. Podemos ver lo que hay detrás de nosotros, parece haber un camino, una retirada, pero si damos la vuelta e intentamos irnos, fracasaremos.

—Podríamos saltar a la otra vía y llegar más rápido al centro, ¿no? —preguntó Jebrassy.

—No —dijo la personificación—. Estamos donde precisamos estar.

Por delante, las nubes reunidas se habían endurecido en una montaña invertida de hielo, sus bordes como hojas onduladas.

—Las vías se fundirán pronto —dijo la personificación—. El cosmos se encuentra en sus momentos finales. La revuelta de lo muy pequeño está a punto de comenzar… y no me refiero a ti, joven progenie. La presión sobre el Tifón crece. Ahí fuera, el antiguo amo no sabe *cómo* cambiar.

—¿Qué presión? —preguntó Ghentun.

—Esto es todo lo que queda. El Caos se ha reducido a dos círculos. Un círculo rodea este valle. El otro rodea lo que queda del Kalpa. Es posible que todavía haya un camino entre ellos, salpicado por fragmentos del pasado. No lo sé. Quizá también se haya cerrado. Fuera no hay nada. Tal es el legado del Tifón. A pesar de todo su poder, no puede dejar marca… sólo vacío. Intentó ser un dios, y fracasó. No queda sitio al que podamos ir. No hay huida.

—¿Todas las narraciones se quedan sin terminar? —preguntó Jebrassy, sin estar seguro, para luego mostrarse indignado.

—No. Si tenemos éxito, ni siquiera mi yo completo podría comprender lo que viene después. Seremos como niños frente a las maravillas. Hay una fuerza todavía mayor, que hasta ahora ha prestado muy poca atención a la mayoría de nuestros billones de siglos.

—Ajá. ¿El Durmiente? —Jebrassy estaba cansado de ser un ignorante hasta que le enseñaban. Quería aprender por sí mismo… aprender por su cuenta. Descubrir qué le había pasado a Tiadba.

Casi temía saberlo.

—La Turbación será la última oportunidad del Tifón —dijo la personificación—. Tendrá que capturarnos e impedir la unión de las

sumadoras. Prestad atención a las sendas. Planeadores, Exploradores, Ascendentes, Silentes… si no tienen a dónde ir, vendrán a cazar aquí.

Se movieron hacia la cuenca y el centro verde del valle. Por delante, pilares azules de hielo crecían para unirse a los relucientes bordes invertidos de la montaña.

—Algo viene —dijo Jebrassy—. No son sendas. Ni monstruos. Otra cosa… lo siento.

—Yo también —dijo la personificación—. También lo sienten todos ellos.

Ahora podían oír un bramido débil y aullador… resonando de todas partes, horriblemente desagradable, como ahogamiento, chillido y gritos de advertencia todo mezclado.

Los gigantes que ocupaban las montañas se esforzaban por hablar. Algunos parecían esforzarse por moverse… agitando rígidamente penachos de ceniza y restos de los alrededores de sus bases.

—Ya lo han visto antes —dijo Polybiblios—. Es ésta la visión que llenó su sangre y tuétano y los convirtió en fósiles. Es contra lo que el Testigo ha intentado advertirnos durante media eternidad.

»El Tifón no tiene donde ocultarse. Viene aquí con todos sus sirvientes… todos los que ha capturado y atormentado. Aquí encontraremos a mi hija.

99

Ver no se había vuelto más fácil. Había presente una perversidad óptica que no se corregía por mucho que torcieses o entrecerrases los ojos. Incluso dentro de la cubierta protectora, que Jack esperaba no tener que explicar nunca, se sentía afrentado por las visiones que de alguna forma llegaban a sus ojos.

Cualquier lugar vivo mostraba crecimiento y deterioro por igual, como el montón de árboles muertos y vivos en un bosque, o incluso una ciudad quemada, pisoteada, aplastada por la guerra. Aquí sólo había mezquindad, una ausencia descorazonadora de ingenio, voluntad y entusiasmo… en resumen, un fallo deliberado de conservación y mantenimiento.

Ningún lugar mostraba sólo deterioro.

No se obtenía demasiado alivio descansando los ojos.

Jack era consciente de que Glaucous una vez más había estado intentando apresar su afecto y confianza, para enviar esos pececillos a uno u otro cesto… al suyo, y si no podía, al de Daniel. Daniel era falso, evidentemente… sin realmente escabullirse, se escabullía, y sin decir nada, mentía. Incluso la verdad surgiendo de sus labios era engañosa, porque ésos no eran *sus labios*. Glaucous era un poco mejor… de forma física sincera, pero esa forma era peor que las mentiras.

Aun así, tenían que permanecer juntos. Sus cuerpos rechazaban lo que había más allá de la burbuja. Uno sólo podía retrasarse seis o siete pasos —nadie se atrevía a más— antes de sufrir agotamiento, imposibilidad de respirar, dolores de cabeza, estornudos… sangre saliendo de nariz, orejas y dedos. Estaban completamente cubiertos de ceniza y restos de sangre seca.

La burbuja permitía algo similar al olor: olores fantasma, locura y escocedura, acidez y enfermedad.

Se suponía que aquí no debía haber nadie. *Este lugar* no toleraba intrusos. Ahora apenas podían ver… durante cierta distancia, un punto de resplandor apagado, oscuridad inquieta a los lados, una oscuridad revuelta, nulidad gris, la ausencia total de nada y de todo, sólo ligeramente menos inquietante que las cosas más definidas que ya habían visto.

En ocasiones, los montones y las arrugas asumían los aspectos confusos de un paisaje, luego con la misma facilidad renunciaban a todo —una mala obra— y recuperaban el *vacío*.

Algo pareció rodear el vacío y girar brevemente, como estar atrapados en una rueda o un giroscopio. Pero luego se fue.

Era posible que nunca hubiese estado ahí.

El dibujo de la caja.

Jack casi había perdido la esperanza con Ginny. No habían dado con ella ni con su rastro —la superficie bajo los zapatos era en su mayor parte roca antigua sólida—, pero sus sumadoras habían tirado de ellos exactamente igual que la de Ginny. O eso suponía, dado que las dos piedras de Daniel se comportaban como la de Jack.

Las ciudades vacías y muertas ahora quedaban atrás… cascos incomprensibles llegadas a la orilla desde tiempos muy lejanos y cortados, encallados y luego sometidos a inspecciones perversas, disecciones furiosas y finalmente —Jack intentó imaginarlo y reconstruirlo— un rechazo inquieto y furioso.

Ciudades enteras arrojadas como cadáveres rotos, marcadas y dispersadas con odio y confusión. Todos esos restos creados por algo sin estrellas, oscuro, infeliz, todopoderoso, pero incapaz de entender nada, ni dentro ni fuera.

Sus fantasías se desmadraban.

La voz ronca de Glaucous le sacó de sus ensoñaciones.

—Mientras dormíais, hice guardia. Hemos llegado a las inmediaciones de colinas o montañas.

—¿Cómo pudimos dormir? —protestó Daniel—. Caminábamos.

—Dormisteis, caminando o no.

Jack arrugó la nariz.

—Pesadillas sin sueño —propuso.

—Mentiras sin medida —replicó Daniel, y miró a Glaucous. Sus zapatos producían un sonido desagradable al caer sobre la burbuja y presionar sobre la piedra negra y desigual… un chirrido repetido.

—Caballeros —dijo Glaucous, como requiriendo urbanidad. Luego se detuvo y miró al frente, y sus ojos se abrieron—. No podría ser.

Jack y Daniel, irreflexivamente, avanzaron dos pasos antes de detenerse.

—¿No podría ser qué? —preguntó Jack.

—Soy un tipo sensato —insistió Glaucous, limpiándose con las mangas el sudor de las mejillas.

Ahora le tocó a Jack ver movimiento al frente… formas pequeñas y oscuras, bajas y elegantes, con largos bucles elevándose y agitándose. No eran desconocidas, y ciertamente en sí mismas no daban miedo. Y, sin embargo… ¡aquí!

—Gatos —dijo Jack. Daniel se volvió.

—Gatos asombrosos y capaces —dijo Glaucous—. Desplazadores poderosos y excelentes, y algunos son ventajistas. Dioses y amos de aquellos que reducen y roen.

Las formas se habían ido.

Glaucous respiró profundamente.

—Bien, en lo que se refiere a esas colinas y montañas —dijo—. Me las han descrito. Rodean un lugar infeliz. —Hizo como que cavaba una madriguera en el aire usando su palma—. Me han contado que es aquí donde la Polilla entrega a los pastores y sus piedras. Un cañón largo y poco profundo… como un valle rodeado por altos picos, bordeado por seres inexpresables tomados prisioneros en lugares lejanos. Y en su centro, un cuenco poco profundo con tres entradas entretejidas de destino, que confunden por igual a ventajistas y desplazadores.

»Aquí es donde gobierna la Princesa de Caliza.

100

La Falsa Ciudad

Tiadba había quedado envuelta en un capullo de polvo y fibra, como algo desechado y olvidado en una esquina. Le picaban los ojos y no se atrevía a levantar los dedos para limpiárselos… tanto las manos como la piel estaban cubiertas por una capa de arenilla afilada.

A menudo, tras muchas horas como cuentas ensartadas en collares interminables, sentía la arenilla moverse por su piel como si tuviese vida… No se imaginaba qué podría ser.

Descomposición viva, devoradora.

No le importaba demasiado.

Aquí, más allá del agotamiento, atrapada —una cuenta fría del collar, la siguiente ni fría ni caliente—, consumida y quemada hasta quedar abrasada, aun así capaz de seguir siendo dolor, sin que le importase si había dolor, sólo recuperando ocasionalmente recuerdos de sus compañeros —sus compañeros de marcha—, y cuando lo hacía la arenilla le picaba con más fuerza. Los recuerdos y los lamentos se habían convertido en diminutos fragmentos, afilados y vidriosos, recubriéndole la piel y atacándole los ojos.

Tiadba había visto a sus exploradores transportados por una reluciente senda fluida a través de un agujero como labios abiertos rodeados de llagas, hasta una enorme y lúgubre concavidad… había visto entes hinchados, babosos, largos y malévolos, apresurándose desde las lejanas paredes, oscilar sobre patas retorcidas y atacar con mandíbulas como cimitarras.

Mandíbulas que emitían humo y chispas.

Agarrando, clavando y quemando, para luego volver a correr a la inmensidad.

Tiadba se dobló. Si lo hacía con la fuerza suficiente, quizá pudiese plegarse sobre sí misma y desaparecer. Aquí podía pasar de todo.

Abrió sus ojos el tiempo suficiente para levantar la mano, manchada de sangre seca. Trozos de guante —jirones de la armadura muerta que ya no la protegía ni hablaba— intentaron relucir sobre sus dedos. Pero el recuerdo y la traición echaron los fragmentos, y terminó la labor de retirarlos, dejándola totalmente desnuda.

Todos estaban desnudos.

No supo cuánto tiempo pasó antes de que la levantaran y le limpiaran los ojos. Parpadeó ante la inmensidad de tinieblas, sombras y polvo.

Estaba de pie o la habían colocado rígidamente en lo que podría haber sido el costado de una colina bajo una enorme cubierta. Los límites de la cubierta parecían ondular, elevarse y caer, inseguros no sólo en color y brillo, sino también en distancia y dimensión. Aun así, algo llegaba, algo que se aproximaba y prometía ofrecerle proporción y perspectiva.

Algo… o alguien.

—Hola, nacida de inclusa.

Gotas de líquido frío y tranquilizador cayeron sobre sus ojos y luego los fijó en su lugar… para mirar sin parpadear al triángulo de blancura sin forma.

Una voz fría y cristalina de inmensa belleza y también tristeza se elevó y cayó sobre sus oídos, para luego introducirse palabra a palabra, lánguida, acariciando. Las palabras llenaron sus oídos y provocaron un dolor sordo y extendido.

—Obligué a Modeladores y Restauradores a crearte. ¿Me conoces?

La forma dentro de la nube triangular se definió. Sobre la mitad llegó una cara —bien formada, ojos grandes y profundos— triste, hermosa e imponente. En el interior de Tiadba fue surgiendo una emoción: reconocimiento *profundo,* instalado en el momento del nacimiento, ordenado para todos los suyos. De pronto deseó sentirse contenta. Esto era una reunión, lo que debería haber sido un momento de alegría.

—Te conozco —dijo.

—Y yo te conozco a ti. Me siento orgullosa, joven progenie. Rebosas sueños. Has hecho avanzar el tiempo… lo que se te diseñó para hacer. Pero ahora tu conexión con lo sucedido anteriormente es una maldición. Por venir sólo hay tumulto y tormento. Pero ahora, en nuestro último momento de paz, se me permite hacer una pregunta a todos los que llegan aquí. Tal es mi tortura… un instante de expectativa y esperanza.

Tiadba intentó ver con más claridad el deslumbrante rostro blanco como difuminada piedra móvil, bordes maleables rodeados por otras piezas saltando hacia arriba y luego cayendo de nuevo sobre penachos fríos y cargados de polvo.

El rostro se acercó.

Tiadba intentó alejarse, contraerse.

—¿Sabes que ha sido de Sangmer, al que llamaban el Peregrino?

La voz, tan cerca de la cara de Tiadba, no daba ninguna indicación de aliento o aire en movimiento… pero igualmente una extraña dulzura la rodeó en medio de esa desolación sensorial.

Tiadba sintió una punzada. Pensó en estar tendida junto a Jebrassy en la cama, haciendo el amor e intentando descifrar las narraciones antiguas… de momentos en el Caos, leyendo los libros siempre cambiantes para tranquilizar e informar a los exploradores, pero esas historias jamás habían tenido una conclusión, y a menudo las palabras resultaban difíciles.

Sin embargo, frente a esa belleza fría y aterradora, Tiadba no pudo evitar ofrecer esperanza:

—Es posible que le haya visto. Quizá no pudiese saberlo —dijo, con labios entumecidos incluso mientras hablaba—. Dime qué aspecto tiene.

—No lo *recuerdo*. —Tristeza y frío centrándose entre las dos—. No queda tiempo, nada de tiempo. —Palabras como insectos que caían para morir—. No me has traído nada.

—Lo siento… —Tiadba buscó una palabra y la encontró en los recuerdos de su otra. Lo siento, *madre*.

—Yo también lo siento, nacida de la inclusa. No puedes conocer mi pena. Sería una misericordia si las dos pudiésemos morir.

101

—Jamás la encontraremos —dijo Daniel—. Somos unos locos por el simple hecho de estar aquí fuera.

—¿Dónde querrías que fuésemos, joven amo? —preguntó Glaucous.

—Todo es diferente —dijo Jack—. Cada vez es más diferente. Quizá mejore.

El espacio entre las estatuas monstruosas —el espacio que se abría al cuenco donde se encontraba la ciudad más improbable de todas— se había cerrado tras su paso como si no hubiese existido nunca.

—Tres opciones —dijo Glaucous—. Esto es lo mejor.

—Dijiste que la Princesa de caliza está a la vuelta de la esquina, ¿no? —dijo Daniel—. ¿Por qué no desciende sobre nosotros y nos captura?

Glaucous se detuvo. Su respiración traqueteaba y siseaba como un motor de vapor que perdiese potencia.

—Ella está aquí —dijo.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Daniel.

—Me liberará —dijo Glaucous—. No habrá recompensa, ni castigo. Simplemente acabará conmigo. No merezco más… ni menos.

Volvió a caminar como una bestia que llevase sufriendo mucho tiempo.

Daniel apenas podía respirar. Una sensación de peso, de comprensión, como tener ladrillos sobre el pecho… intentaba comprender en términos físicos lo que sucedía, pero no se le daba nada bien.

—Energía de vacío avanzando hacia el cero —murmuró—. El campo de Higgs desmoronándose. Demasiado pequeño.

—¿Qué? —preguntó Jack.

—Nada. Estamos perdidos.

Daba la impresión de que ya no tenían opciones.

El territorio jamás había tenido sentido. Ahora era poco más que una sucesión de siluetas, trenes y estelas de sombras sin sentido. Hacía rato que había cruzado los vecindarios de historia comprimida y aplastada, a través de los dementes campos de juego de lo que pasase por tiempo más allá de la burbuja… y ahora simplemente estaban en ninguna parte.

Por suerte, ninguna parte se iba haciendo más pequeña.

Daniel les miró.

—Las piedras todavía tiran. Todavía hay dirección.

Jack asintió y fue el primero.

Todavía tenían arriba y abajo, delante pero no atrás, también una especie de lateral… el movimiento limitado era una bendición en un territorio por lo demás carente de cualquier cualidad concreta. No había forma de regresar y empezar de nuevo. Algo no se lo permitiría.

—Números enteros —dijo Daniel.

Jack penetró en una sombra profunda. Durante un momento Glaucous y Daniel casi le perdieron de vista, a sólo dos o tres pasos por delante.

—¡Jack! —gritó Daniel.

Llegaron hasta él. Glaucous resoplaba y trastabillaba.

—Eres un número entero —dijo Daniel.

—Lo que tú digas —dijo Jack. Apretó los dedos alrededor de la piedra.

—Tu número de referencia —dijo Daniel—. Por largo que sea, es un entero… no es irracional, y no es infinito.

—Siempre les pedimos sus números —afirmó Glaucous, mirándole—. No es que sepamos qué pedimos. Demasiado largo para decirlo, todo plegado en un truco de papel. Pero los primeros setenta y cinco dígitos son los cruciales.

—He estado pensando en eso —dijo Daniel—. Yo no pertenezco a ninguna biblioteca. Los libros me hacen sentir incómodo. No tengo un número de referencia. Nunca tuve un papel plegado. O si lo tengo, no es un entero… es irracional. No tengo narración. Es por eso que no me cazasteis.

—Interesante —dijo Glaucous.

—He tenido mucho tiempo para pensarlo —dijo Daniel—. No pertenezco. Alguien o algo me envió atrás, me ensartó aquí, pero no encajo.

Jack desapareció en las tinieblas.

Una vez más, algo giró a su alrededor —los alabes de un giróscopo— y desapareció.

—¡No tan rápido! —gritó Daniel.

102

A Jebrassy le llevó un rato darse cuenta de que ya no podía oír ni ver a los otros. Se detuvo y esperó. Acumulaciones de arenilla cortante se deslizaban sobre la roca negra ondulada. Las ondulaciones eran más profundas… ahora eran canales en un laberinto curvo que se abría a cada lado hasta perderse de vista. Por delante, los bordes de las ondulaciones se habían elevado, doblándose, y se unían, creando una pared baja de túneles de entrada, y más allá, otro nivel superior, y todavía más por delante.

Se sentó en el borde de un canal y esperó un poco más, pero ni Ghentun ni Polybiblios parecían andar cerca. Quizá se le hubiesen adelantado y ya hubiesen entrado en los agujeros. No podía esperar. Podría ser otro tipo de trampa… una eternidad de indecisión. Tiadba seguía esperando.

Se decidió por probar una de las entradas más cercanas. Sólo tras penetrar cierta distancia, se detuvo, pensando que ahora que se había comprometido el túnel podría estar bloqueado por delante, y si se giraba, estaría bloqueado por detrás. Lo que le provocó un momento de terror… corrió y se hundió más profundamente en el túnel, deseando acabar de una vez, tener la seguridad de que estaba atrapado, definitiva e irrevocablemente.

Pero en el Caos nada se repetía, ni era lo que se esperaba. El túnel siguió, ensanchándose un poco, y finalmente acabó en un espacio mayor; cuán mayor, no lo sabía, incluso después de limpiarse el sudor de los ojos.

Jebrassy se quedó de pie en el interior de un volumen tan grande que no podía ver el otro lado. Su único método para saber que había un techo es que el arco flamígero no era visible, ni tampoco la montaña de hielo, ni el bullir del cielo en contracción.

Tentativamente, se alejó un poco de la pared de salidas de túneles. Débilmente, los objetos grandes comenzaron a definirse, luego los más pequeños. Parecía estar rodeado por inmensas formas que no podía identificar… esferas enormes ensartadas en cables muy pesados, y masas redondeadas, lisas pero polvorientas, elevándose en el suelo entre las esferas, quizá fuesen más esferas, medio enterradas, y piezas descolocadas de cosas que con casi toda seguridad estaban manufacturadas pero que parecían haber sido muy maltratadas: golpeadas, fragmentadas y luego apiladas.

Desechadas.

Se acercó a una de las esferas suspendidas, de muchos cientos de metros de diámetro y que flotaban a no más de una altura de progenie sobre el suelo… alargó la mano enguantada… sólo para ser rechazado. Cuando más miraba, más apreciaba en la superficie de la esfera, hasta comprender que miraba a un *lugar*, un planeta, extremadamente desarrollado, cubierto de ciudades, carreteras, cosas que no podía identificar… quedaba incluso más allá de sus experiencias en el sueño.

Se volvió lentamente, preguntándose cómo esas esferas y montones habían acabado ahí. Por todas partes, lo perdido y lo desechado. Estaba empezando a pensar que realmente el Caos era un gigantesco depósito de basura.

Decidido a mantener una línea de retirada a la vista —si todavía podías ver cosas y mantenerlas periódicamente a la vista, no desaparecían tan a menudo— se aventuró más entre los restos.

Polybiblios le esperaba, sentado en una pared baja que dividía varios montones más grandes y más altos.

—Qué agradable verte —dijo la personificación—. Empezaba a pensar que había perdido a mis compañeros.

—¿Dónde está el Custodio? —preguntó Jebrassy.

—En algún lugar ahí detrás. Es humillante hasta qué punto este lugar es un enigma. Una desolación de esfuerzos fallidos. Piensa en todos esos mundos, almacenados aquí como cabezas reducidas en una caja cubierta de polvo. Pero es posible que haya dado con algo, o alguien, más interesante.

Le hizo un gesto para que le siguiese. Con algunos reparos, lo hizo. ¿Era posible que, al dejar de ver a la personificación, se hubiese conjurado a un duplicado, completamente diferente?

—He pasado mucho tiempo explorando este espacio —dijo la personificación—. Preparando mapas y luego ajustándolos a los cambios. Curiosamente, aquí no hay tantos cambios como fuera. Algo parece querer saber qué hay apilado aquí dentro. Incluyendo… esto.

Llegaron a una pared cristalina. Encajado en la pared, cerca de una superficie, había una figura que tenía aproximadamente la forma de Jebrassy… pero mayor, más robusta. No llevaba armadura y vestía de una forma muy diferente a la de los Niveles.

Más allá, otras figuras —algunas muy similares, otras muy diferentes— también insertadas en el cristal, atrapadas en momentos de conmoción, furia o sorpresa. Jebrassy pasó de una a la siguiente, luego colocó la mano enguantada sobre la superficie lisa.

—Un estancamiento de destino, creo —dijo Polybiblios.

—¿Qué es eso?

—No es fácil concebirlo, pero quizás hayas tenido suficiente preparación y entrenamiento. Dime qué dicen tus instintos.

—Son como mi visitante —dijo Jebrassy, esforzándose tanto por pensar y sintiendo tantas múltiples emociones extrañas que le dolía la cabeza—. Pero hay demasiados.

—Definitivamente son formas antiguas —dijo Polybiblios—. Si hubiésemos tenido acceso a ellas cuando diseñamos a los progenies, podríamos haberlo hecho mejor. Aunque difieren en aspectos importantes.

Jebrassy no apreció ningún signo de vida en las figuras empotradas.

—¿Son del pasado?

—Lo más probable es que de muchos pasados. Cómo llegaron aquí… es una pregunta más difícil. Me pregunto si mi yo total Eidolon sería capaz de resolver el enigma. En cualquier caso, ése de ahí… acércate… levanta la mano. Haz como si fueses a tocarlo a través de la transparencia.

Jebrassy se acercó al cuerpo más cercano a la superficie brillante y frotó el guante contra la lisura. Delgadas cintas brillantes de luz azul —cientos,

luego miles— saltaron entre los dedos extendidos y los suyos, atravesando el guante. Pudo sentir un cosquilleo, una débil descarga, moviéndose por el brazo.

—Soñadores todos —dijo Polybiblios—. La misma materia, en gran parte, de muchos tiempos y muchas ramas diferentes de destino, ansiando reunirse.

—¿Estamos hechos del mismo material?

—Yo diría que sí. Los átomos entrelazados se reencuentran, intercambiando partículas de interrelación, que dejan rastros fotónicos… más veloces que la máxima velocidad posible en el Caos. O ahora en cualquier otro lugar.

—Entonces, ¿ninguno de los visitantes ha sobrevivido? ¿Hemos fracasado?

—¿Dónde está ese Custodio? Él podría ser capaz de estimar la extensión de esta colección.

—Hay tantos… no creo haber soñado con todos ellos.

—Una parte de mi plan era que sumadoras y pastores evolucionasen conjuntamente. Pero recuerda, antes había muchas líneas de mundo, muchos caminos que llevaban al Kalpa. Hablando mal y pronto, en muchas ocasiones antes de este momento tu visitante fracasó en la tarea de establecer una conexión contigua. De la misma forma que los exploradores han sido engañados y atrapados en el Caos. Ahora los caminos están limitados a dos. Es posible que sólo quede una oportunidad.

—¿Significa eso que *tú has* venido aquí miles de veces ya, y has fracasado? —preguntó Jebrassy.

—Una excelente pregunta. ¿Sería posible recordarlo? —La personificación meditó el problema con aparente placer, para luego suavizar el rostro y decir—: Es muy improbable. Este es mi primer y único camino.

Jebrassy volvió a extender la mano cerca de los dedos del otro encajado. Las cintas de azules siguieron pasando.

—No duele —dijo—. Es casi agradable.

Polybiblios lo apartó.

—Ya basta. No queremos interrelacionarnos con el perdido. Precisamos encontrar al que sigue libre, al que sigue vivo… o llegar a un lugar donde él pueda encontrarte a *ti*. Dudo mucho que él fuese a estar aquí.

103

Ginny caminó y luego se arrastró por los túneles, sintiendo la piedra del bolsillo insistir con una delicadeza que casi parecía transmitir comprensión y compasión. O quizás un toque de aprensión.

No se sentía de humor para ser dura. Sabía que estaba cerca, pero empezaba a sentir un resentimiento profundo, no por la idea de fracasar, sino por haber logrado cierta medida de éxito, por haber llegado tan lejos por sí sola… sin realmente tomar ninguna decisión. Ella jamás había escogido nada de esto. Se le había obligado. Circunstancias y personas más fuertes siempre la habían dirigido, la habían mal dirigido, durante toda la vida que podía recordar. Sin duda otros intentaban encontrarla y salvarla… de sí misma, no de las malas decisiones.

Pero en realidad nunca habían sido *sus* decisiones.

Quizá fuese porque no se podía confiar en ella. Siempre había escogido mal. Siempre se había metido en el camino del desastre.

Sin embargo, había llegado hasta aquí, por delante de los otros.

El túnel se había dividido muchas veces, y ella siempre había ido a la izquierda… la zurda, la siniestra, poco elegante, pero la mejor forma de salir de este tipo de laberinto. ¿Y cómo sabía ella algo así?

Ella siempre había sido poco elegante… *siempre* había tomado la izquierda.

Ahora salió arrastrándose del túnel y se quedó sentada en la penumbra de un espacio cavernoso, escuchando.

Silencio. Ni desaprobación ni aplausos.

Completamente sola, en un lugar que nadie podría considerar su hogar.

—Estoy agotada —dijo—. Ya no quiere ser un misil teledirigido. —Sintió la piedra a través del tejido de los pantalones, luego la sacó y la miró bajo la escasa luz. El tirón había quedado reducido a casi nada. Con libertad, giró y rotó en sus dedos. Los salientes y rebordes estaban lisos y fríos bajo la piel áspera de sus dedos.

El resplandor rojo del ojo de lobo también se había apagado.

—Si me dejas tirada, me quedaré atrapada aquí, ¿no es cierto? —preguntó. Se puso en pie y sintió la burbuja contraerse tanto que bien podría haber sido una capa de pintura sobre su pie. El juego se iba agotando. Era posible que hubiese habido un exceso de energía inesperada… Bidewell podría comprenderlo. Pero ahora todo el universo, incluso las partes muertas y desmanteladas controladas por el Tifón, cerraba sus libros, dejando la contabilidad final en desorden… porque de todas formas al final daría cero.

Se movió lentamente, sobre pies entumecidos, hacia un resplandor en la distancia. Pasó de las cosas raras apiladas a su alrededor; no le quedaba energía suficiente para prestar atención, para manifestar curiosidad.

Sola. Bien. Podría tomar la última decisión equivocada sin que nadie expresase su desaprobación. Saliendo del laberinto, directamente a…

A ambos lados, perdiéndose en la distancia, se extendía una larga pared de cristal ahumado. Dentro de la pared vio docenas, centenares… miró a ambos lados… *miles* de figuras retorcidas, flotantes, inmóviles… todas mujeres jóvenes.

—Demasiado —susurró, pero acercó más su burbuja, para ver. De sus mejillas, barbilla y dedos saltaron líneas azules que tocaron el cuerpo más cercano atrapado en la dureza translúcida y ahumada.

Familiar. Mirada vacía, desesperada, en un rostro fláccido que no manifestaba ni dolor ni desesperación, sino neutralidad. Muy parecida a sí misma, vista en un espejo, horrorosa.

—¿Ésta es mi otra? —susurró—. ¿Ésta es Tiadba? Está atrapada en alguna parte… y ésta también está atrapada.

Pero la figura no se parecía en nada a Tiadba, tal y como Ginny recordaba los sueños. No… era una versión de ella misma. Y…

El cuerpo sostenía algo en la mano. O más bien, suspendido entre los dedos no del todo cerrados, que no acababan de tocar o ser tocados, la fuerza de la mano aflojándose en desesperación o rendición justo antes del empotramiento, esta preservación flotante y para siempre.

—Tomaste el camino equivocado, te cansaste, te rendiste —le dijo a su yo alternativo, empezando a sentir una especie de atracción, familiaridad y calor no sólo con la figura, sino con su destino. Tan cómodo, sin volver a pensar jamás, sin moverse y sin sentir. El final de las decisiones estúpidas. Una conclusión fácil. No era lo que habría esperado en el Caos, en los límites de la Falsa Ciudad.

No tanto cruel como neutral… indiferente.

Las cintas de luz azules surgían de sus dedos y cara, caricias de energía. Le hacían cosquillas. Podría acostumbrarse a ese cosquilleo. Era amistoso. Era como la familia de todos sus yos alternativos, las que habían fracasado y luego… habían sido perdonadas.

Aquí había encontrado su forma de reencontrarse.

De alguna forma, aquí había un estilo que se distinguía de la crueldad ciega del resto del Caos. Una forma de piedad.

Reconoció la tristeza, la delicadeza combinada con el poder y la extrañeza. Así se había sentido al enfrentarse a la tormenta giratoria del bosque, el inmenso, desesperado y giratorio triángulo de búsqueda.

Aquí era donde la Princesa de Caliza traía a sus cautivos. O a donde ellos llegaban por voluntad propia, para unirse a sus yos perdidos en una satisfacción vacía, en una autocompasión continua e interminable.

Las cintas se volvieron más brillantes. La pared pareció ablandarse.

La figura que tenía justo delante —a unos centímetros en la sustancia ahumada— pareció retroceder, y el último fragmento de infelicidad de Ginny quedó cubierto por una aceptación fría y complaciente de todo lo que había sido: todos sus fracasos y todas sus pérdidas.

Ésta era su historia. Al fin su vida tenía una conclusión, por insatisfactoria que fuese.

Perversamente, cuanto más retrocedía la otra chica en el cristal, más claros se volvían sus rasgos y circunstancias… como si las cintas de luz

azul la estuviesen completando, rellenando.

Ginny distinguía fácilmente la naturaleza del objeto en la mano de la otra chica. Era otra piedra… su brillo desaparecido. Una sumadora muerta, su paso por todos los tiempos abortado, su pastora atrapada.

Las cintas se volvieron de una intensidad cegadora. Con ellas, se transfería algo esencial, se iba hacia el otro polo que era la chica congelada del interior del cristal ahumado, algo inútil, acabado.

Ginny retiró la mano. No rápidamente… sin revulsión o miedo. Simplemente tiró con todas las fuerzas que le quedaban. Todas estas chicas —jóvenes mujeres— eran como ella. Pero ellas habían disfrutado del lujo de las multitudes. Todas podían fracasar y no terminaría… vendrían más para unírseles.

Ella no. Esta Ginny, no.

—Soy la última, ¿no es así? —le murmuró a esta tumba dulce y acogedora de la esperanza.

Si ella fuese otro tipo de pastor, con otro tipo de historia, podría haber entrado en la ciudad a través de otra abertura del cuenco, se habría arrastrado por el laberinto de túneles de otra forma instintivamente natural, tomando otra secuencia de giros improbables y equivocados… y había encontrado otra pared de cristal ahumado, infinitamente profunda, atrapando a otra multitud de alternativas perdidas.

Por ahí podría haber una pared de Jacks, una pared de Danieles… quizá no en el caso de Daniel…

Ginny se situó a varios pasos del cristal. La fuerza azul saltando a sus pies, atravesando la burbuja y, absorbidos por la suspensión, difuminados. Las cintas se retorcieron manifestando decepción lívida.

—Esta vez no hay equivocación —dijo—. Tengo amigos que me necesitan. Estoy sola, pero no por mucho tiempo.

Volvió a girar, para luego tomar la *otra* izquierda —no con habilidad, no era su estilo— y se abrió paso a través del resto de basura incomprensible acumulada de todo un cosmos moribundo.

Sabía que una vez más había tomado la decisión equivocada —dirigiéndose a más sufrimientos y pesares— pero lo hacía por las razones

correctas.

104

Jebrassy caminó con paso lento junto a Polybiblios, su fuerza como un fuego que se extingue. Se sentía como menos de la mitad del progenie que había sido antes de separarse de Tiadba.

Ghentun se les unió desde más allá del estancamiento de destinos, en lo alto de una pared alta en ángulo contra otras paredes que parecían formar un octágono inmenso. Debajo de las paredes: radicales perspectivas curvas sólo aliviadas por destellos lejanos de luz azul… como si comparasen y probasen a otros seres formados por materia primordial.

Exploradores capturados. *¡Tiadba!*

—¿Qué pasa? —preguntó Ghentun.

—Un encuentro prematuro —dijo Polybiblios. Se detuvieron para permitirle a Jebrassy recuperar parte de sus fuerzas. La armadura parecía apenas capaz de encargarse de esa tarea.

—He hecho reconocimiento —dijo Ghentun mientras miraba a la celda en la distancia y, presumiblemente, una multitud de estancamientos de destino cerrados—. Todavía queda algo de parecido con la Nataraja de antaño. Las zonas Deva casi no han cambiado… aunque están desiertas.

Jebrassy alzó la cabeza.

—Las Guerras de Masa —dijo.

Polybiblios le tocó el hombro.

—No nos interesa ahora. Historias perdidas y enterradas.

—Tu clase, los Devas… se os obligó a convertiros en Eidolones —dijo Jebrassy—. Muchos huyeron a Nataraja… ¿Por qué tú no?

—Sigues filtrando —acusó Ghentun a la personificación—. Tienes que descansar.

—No puedo evitarlo —dijo Polybiblios—. Mi persona lleva mil millones de años bañada en el conocimiento.

—¿Cuándo salió bien? —preguntó Jebrassy—. ¿En qué momento alguien respetó la herencia y los derechos de nacimiento de los otros?

—Muy a menudo, durante periodos muy largos —dijo Ghentun, mirando a la personificación, como si compitiesen sobre quién sabía más historia.

—Pero luego, en todos nuestros recuerdos: colapso, reversión, conflicto —dijo Polybiblios, sin ser consciente de ninguna competición—. El cosmos se ha manchado. La corrupción del Tifón ha distorsionado la historia. En las profundidades de la Brillantez, algunos lo habrían llamado pecado original. Pero no era original. Llega reptando desde el final del tiempo. Nos negamos a permitir que el universo muriese con dignidad. Permitimos al Tifón aferrarse a una cronología debilitada y extendida en exceso. Brahma todavía duerme. Ni siquiera un Eidolon llegará a conocer jamás la forma y la disposición de la creación original. Alcanzamos algo de comprensión cuando contemplamos la alegría de la materia… ahora casi perdida.

Ghentun estaba desconcertado. Nunca había oído hablar de la alegría de la materia.

—Deberíamos movernos —insistió Polybiblios—. Nuestro momento es breve.

—Jebrassy debe descansar, recuperar fuerzas —le recordó Ghentun, aunque sus motivos para hacerlo eran egoístas. Estaba claro que aquí había curiosidades profundas y antiguas que merecían respuesta. Y él estaba dispuesto a renunciar a su envidia y su resentimiento para aprender.

—Aquí no —dijo Polybiblios—. Si esta Turbación, o lo que realmente sea, mantiene todavía algunos de los antiguos rasgos de Nataraja, habrá un lugar mejor… un refugio que el Tifón no puede tocar. Y es posible que haya tiempo para algunas explicaciones.

—¿No es podredumbre desde el comienzo? —preguntó Jebrassy cuando Ghentun le ayudó a ponerse en pie—. ¿Podredumbre desde el final?

—Lo perdido, perdido está, joven progenie —dijo Polybiblios—. Trabajemos con lo poco que queda. La métrica se ha reducido

considerablemente. Ya hemos viajado más rápido que cualquiera de nuestros exploradores. Podemos usarlo como ventaja.

Al igual que muchas de las grandes ciudades de la vieja Tierra, Nataraja había sido un monumento de eficacia: no se extendía a lo largo de miles de kilómetros, sino que se concentraba en una erección extremadamente interconectada de esferas intersectadas y sostenidas por fluidas curvas bulliciosas, vecindarios y urbes para aquellos de construcciones y disposiciones diferentes… todo el conjunto rodeado por muchos campos diferentes para defenderse de las armas de eras muy anteriores. Con la desaparición de esas amenazas y la llegada de las nuevas, los campos habían sido transformados, incorporándolos a la estructura de la ciudad, de la misma forma que las ciudades de principios de la Brillantez habían crecido y se habían tragado sus antiguos muros.

Entre su educación en la torre y el flujo continuo de la personificación, Jebrassy encontró fuerzas renovadas al comprender que se satisfacía su curiosidad… estaba aprendiendo mucho de lo que siempre había querido aprender, secretos ocultos a su clase. El simple hecho de encontrarse en el lugar para que los progenies habían sido creados, en la ciudad fabulosa de los libros de cuentos de Tiadba —por tenebrosas y horribles que fuesen algunas partes— durante un momento le pareció genial más allá de toda medida. Si Tiadba estuviese todavía con él…

Entonces juntos podrían completar las narraciones, resolver los misterios. La personificación del Bibliotecario les decía que las cosas no habían estado siempre tan mal… y eso significaba que podría haber soñadores que viniesen a ellos, que podrían tejer esas narraciones tan hermosas, si esos pasados perdidos pudiesen ser corregidos, reunidos, renovados…

Toda la maravilla de la imaginación desbocada, por supuesto. Pero este cuerpo sentía la renovación. Esperanza por Tiadba… pero sobre todo, esperanza por todos los progenies…

Se esforzaba por comprender.

Esperanza por todo tipo de ser humano o ser vivo que hubiese sido. *¡Lo que vivimos ahora… lo que hemos vivido durante más de media eternidad, quizá durante* toda *una eternidad… no es la única forma de vivir!*

Con las habilidades y conocimientos combinados de Ghentun y Polybiblios, subieron desde la colmena de estancamientos de destino y se situaron contemplando el centro del gran cuenco, bajo capa tras capa de campos y techos caídos, los restos marcados por ruinas, pero también con plazas toscamente recreadas, bulevares, incluso vecindarios donde —empleando los trucos de la luz del Caos y la cooperación concentrada de sus cascos— podían distinguir la horda más centralizada y más concentrada de cautivos del Tifón.

No sólo exploradores. En su caso, el Tifón se contentaba, en general, con dejarlos en el Caos, repitiendo sus fracasos. Sino representantes de todas las grandes civilizaciones de las extensiones del esfuerzo humano a lo largo de las quinientas galaxias vivas.

Un museo mortal.

—Tengo amigos ahí abajo —dijo Polybiblios—. Veo que el Tifón reunió a algunos de los Shen. Y al otro lado del lago y núcleos marinos, contra los viejos bosques de gravidez…

—Basta, haces que me duela la cabeza —protestó Ghentun.

—Entonces, ya basta. Da la impresión de que el Tifón reúne todos los trofeos en un mismo lugar, acumulándolos. Visitémoslos. En su triste estado, dudo que nos presten atención.

105

A pesar de los riesgos, Jack siguió avanzando. Las paredes y contrafuertes caídos y las enormes esferas rotas del interior de Nataraja formaban una conejera de caminos. Los otros tendrían que mantenerse a su altura… pero no estaba seguro de querer que lo hiciesen.

Tenía que encontrar a Ginny. Se sentía responsable… y algo más. La echaba de menos. Nunca había estado con una mujer con la que sintiese tanta compenetración. Aquellos momentos del almacén habían sido especiales. Le habían ofrecido algo que él no podía tener…

Un centro.

Glaucous todavía podía ver a Daniel, pero no a Jack… aquí las consecuencias de la separación parecían menos graves que en la desolación más allá de este lugar.

Ahora pensaba mucho en el viejo cazador de pájaros, el lento sofocar de la presa a la luz del amanecer a medida que el carro dando bandazos recorría las calles de Londres. El resonar de las pesadas estrellas de hierro en los cestos al dar cada salto. El olor a mierda de pájaro, una nota amarga sobre el verde gaseoso del estiércol fresco, el humo húmedo y penetrante de carbón que se acumulaba en el aire frío. La culpa no significa nada para los que sienten hambre y están desesperados… no más que un lobo mordiendo el cuello de un cordero. Un golpe misericordioso, la columna rota: comida.

Una cuestión de negocios.

Ahora le preocupaban cosas más importantes. Incluso de niño, Glaucous había sido vagamente consciente de que nada era lo que parecía. El bonito

tapiz de la apariencia se pintaba de nuevo cada hora para aquellos que tenían dinero y posición, una fachada para el privilegio, una máscara para cubrir la crueldad subyacente. Para el pobre, el hambriento, el gobierno del privilegio era una sopa ácida entre dientes podridos, que apenas valía una risotada en una borrachera coja. Guerra y morir en una zanja. Robas un pan para dar de comer a tus hermanas, los polis te golpean las costillas y tú acabas escarranchado en prisión, cada respiración una puñalada.

Muerte, dolor y privilegio, lejos de tu control, mira bien la alcantarilla antes de que la rata muerda.

Conozco este lugar. Aquí termina el privilegio. Mi suerte: la perdición de los pájaros.

Se detuvo para tomar aliento. Era asombroso que pudiesen respirar. Magia de grupo. Daniel no la llamaba así… pero así era también para él. Y aun así habría vendido al mágico Jack en una jaula y el Ansia lo hubiese traído hasta aquí, junto con la chica y muchos otros… y toda esperanza habría muerto.

Atrapa el pájaro. Muerde el cuello y desangra al cordero. Que nunca sea mi ave. Que nunca sea mi cordero.

Negocios.

Pero esto…

Incluso allá en las calles de Londres, agitándose en la parte de atrás del carro, incluso entonces el joven Max podía tirar de la suerte, dirigir el carro hacia los campos más tranquilos, menos cazados, bajo las bandadas más densas y mayores. Incluso entonces era capaz de hacer surgir una nube de pájaros felices, bayas y bichos, montones de semillas rodeadas de seguridad. Una ilusión de abundancia sin halcones, sin cazadores.

Algo le dio en los hombros y se agachó, esperando un golpe. Le resultaba difícil respirar. Podría ahogarse. Ya no veía a Daniel o a Jack.

Pero uno nunca estaba solo.

Glaucous alzó la vista, estremeciéndose ante lo que sabía que vería. En su lugar, se presentó una confusión marrón… como un cielo lleno de nubes de humo de carbón: bucles, espirales y curvas y destellos lentos y desesperados como relámpagos drogados. El humo cayó a trozos como

piedras neblinosas atrapadas en un desprendimiento de tierra, intentando atrapar y retener las líneas y bucles. Todo en absoluto silencio. Por toda la escena volaban amplias y polvorientas alas y la voluta retorcida de un hombre que no estaba allí.

Glaucous cayó de rodillas, como hacía siempre que se encontraba en presencia de poderes malvados.

La Polilla.

Además, un hombre delgado con pie zambo vestido de negro ceniciento surgió de las tinieblas y extendió sus brazos.

—Última llamada —dijo Whitlow con alegría—. El infierno no conoce furia como la de una mujer despechada, Max. *Ella* ha sido cruel, echándonos la culpa. Pero tú… tú gozas de su gloria y su gracia. Tú solo trajiste a los bonitos pájaros. Y uno extra. Mi premio. El mal pastor.

Glaucous tragó con miedo.

—En lo que se refiere a ellos…

—Nada de disculpas y nada de volver atrás, señor Glaucous. Hora de recibir tu recompensa.

Las rocas nubladas y arremolinadas se apartaron de un centro abierto.

—Ven con nosotros —dijo Whitlow—. La Polilla indica el camino, como siempre.

106

¿Cuál de vosotros sueña con el pasado?

¿Quién de vosotros porta el libro?

Los exploradores intentaron ocultar a Tiadba… y uno a uno fueron apartados sin contemplaciones. Khren y Frinna se resistieron con más convicción. Luego ellos también fueron echados.

Una vez más, sobre ella, sola, descendió la palidez y la tristeza. Volvía a estar rodeada por la procesión de formas femeninas que apenas eludían la claridad. La tristeza se asentó. Las mujeres, como joyas talladas a partir de los diferentes estadios de movimiento de un ser real, se unieron, se combinaron…

Se convirtieron en una mujer, su rostro iluminado desde dentro como por una linterna. Piel tan blanca como el hielo, ojos plateados, grises y verdes, su cuerpo perdido en algo que la envolvía como un mapa de ríos dorados y campos verdes… miembros largos, gráciles, dedos terminados en flores, y entre esas flores, letras, símbolos, números, escritos con llamas, llamas siempre cambiantes, iluminando el rostro de Tiadba, escribiendo con un fuego cálido que no consumía.

Le mujer le resultaba familiar, aunque nunca se habían encontrado.

Tiadba ya la había llamado *Madre. Madres* era una forma de parentesco… mujeres que llegaban antes que tú y directamente pasaban sus historias, que se recombinaban para formar la tuya. Grandes cadenas de experiencias pasadas… errores cometidos por el terror y la alegría, la pérdida y el triunfo… todo transmitido a los siguientes experimentos en la línea del tiempo: hijos.

Escribiendo sobre y en el exterior de la mujer, otros compañeros… en algunos casos, hombres; en otros equipos, hombre y mujer; en unas ocasiones simplemente otras mujeres; en otras designaciones sexuales que quedaban fuera de la experiencia de Tiadba —Modeladores, adjuvescentes, conscribers, genesensos— creaban muchas otras delicadas variedades de descendientes. En una ocasión, incluso ciudades enteras habían ofrecido todas sus historias para fecundar a una mujer, reuniéndose luego para celebrar el nacimiento de un único hijo, criado y apreciado, luego duplicado, triplicado y enviado a otras ciudades como espléndido regalo…

Una ciudad como el Kalpa: mujer, madre.

Asures y Devas —diferentes variedades humanas— tenían sus formas de convertirse en compañeros y madres, más de las que se podían contar con facilidad. En todos los métodos posibles descubiertos en cien billones de años, las narraciones se combinaban y eran enviadas para que las leyesen otros, para dar forma a nuevas historias.

Comparada con Tiadba, la mujer era alta… más alta que cualquiera que hubiese conocido en los Niveles, incluso más alta que Pahtun. Y su forma era encantadora, aunque difícil. Pero Tiadba no sentía miedo.

Sólo a mí se me permite recordar. Es mi castigo por intentar destruir al Tifón. En su tiempo, fui mucho más.

Esto era, por tanto, lo que quedaba de Ishanaxade… nacida de todas las historias. De ella fluyó una vastedad onírica que entró en Tiadba, más de lo que podía transmitir cualquier libro… y aun así formada por palabras.

Niña. Eres mi última. Mi padre así lo preparó… las bandas circulantes que pasan alrededor y a través. El final ha llegado. Nuestras vidas se repiten y yo estoy perdida.

En su época, Nataraja había sido hermosa… más elegante en sus antigüedades que cualquiera de las otras ciudades de la Tierra y encantadora por su aceptación del pasado humano. Nataraja se mantuvo apartada de las Guerras de Masa hasta el mismo final, dando la bienvenida a todos,

intentando ser neutral, hasta que los Príncipes de Ciudad de las ciudades restantes —y sobre todo, el Kalpa— la obligaron a escoger bando.

El Caos se tragaba galaxias, mundos y estrellas… y, aun así, los humanos luchaban contra los humanos.

Nataraja, comprendiendo esa estupidez, había cortado las últimas alianzas, aceptando a todos los que huían de los noöticos y los Eidolones… hasta que el Kalpa se retrajo y concentró sus defensas, dejando varadas a las otras seis ciudades.

Cayeron cinco ciudades.

Nataraja —como reservada para el final— se enfrentó sola contra el frente del Caos.

A Ishanaxade la habían enviado allí justo antes de que cayese la ciudad. Habían sido días horribles, cuando todo parecía perdido, pero los ciudadanos seguían con sus vidas: Devas, Restauradores, Modeladores, Asures e incluso algunas pocas conciencias noöticas.

La hija del Bibliotecario contempló cómo Nataraja y su gente hacían lo posible por desafiar al Tifón, esa propiedad desconocida —poderosa, simple, perversa— que había transformado el resto del cosmos. Habían levantado sus propias barreras y campos; habían rodeado la ciudad con todos sus textos antiguos, apresuradamente tallados en piedra, escritos en luz y almacenados en la métrica que subyace a toda energía y materia; grabado en moléculas y átomos y en todas las variedades conocidas de materia; proyectado contra los cielos frente a la membrana del desgobierno… todo lo que quedaba de las bibliotecas de cien billones de años de historia.

No fue suficiente.

Los recuerdos cambiaron. Tal fue el primer síntoma del triunfo del Tifón. Los Asures y los pocos noöticos desaparecieron casi de inmediato. Los registros y textos por toda la ciudad se difuminaron. La gente empezaba a recordar mal sus vidas, luego a perderlas: distorsiones de las líneas de

destino, olvidando, luego descendiendo al arenoso polvo negro, una especie de misericordia final para algunos pocos bienaventurados.

Hasta los últimos momentos de libertad, los filósofos de Nataraja intentaron comprender el nuevo orden, pero no había nada a comprender, sólo un bullir de desorden incesante. Cambio sin propósito.

Los sentidos humanos parecían provocar perplejidad y dolor en el Tifón.

El Tifón sondeó las mentes restantes, los almacenes de memoria, las almas de todas las cosas vividas, planteando preguntas que en algunos provocaron la locura. Ver era dolor. Recordar era una forma nueva de olvido.

Para el Tifón, esto no era más que simple curiosidad. Incluso después de billones de años de esfuerzo, no había dado con la receta para el cosmos. Eso le hacía redoblar sus esfuerzos… y acelerar sus fracasos. El Caos era una improvisación, mal concebida y mal montada… que fallaba en todas partes excepto en la vasta membrana de cambio, el frente multidimensional en el que se devoraba y absorbía al antiguo cosmos.

Sólo a Ishanaxade —como había anticipado su padre desde el principio, desde su época entre los Shen— se le había permitido perdurar para recordarlo todo.

107

Ginny pensó que podría ser una flor gigantesca. Mucho más alta que ella, se elevaba desde un pavimento agrietado y ondulado a la sombra de los restos colgantes y traicioneros en el centro de esta ciudad, colgando como un gigantesco y mohoso árbol de Navidad que una inundación hubiese dejado atrás, tirado en un montón que, de alguna forma, conservaba todos sus adornos. Pero esos adornos parecían mayores que pueblos enteros de la Tierra. Y no había luces, claro.

Hacía tiempo que la energía había desaparecido de esas ruinas.

La flor —¿o era una seta?— manifestaba una forma espantosa de independencia bajo la trampa arquitectónica. Al rodearla, se dio cuenta de que estaba formada por cuerpo, piernas, brazos alargados, con una cabeza ocasional sobresaliendo. Las anatomías en el tallo se agitaban y las cabezas abrían los ojos, no para ver —los ojos estaban blancos, ciegos— sino para expresar su disconformidad.

No eran exploradores… no eran como Tiadba. Se parecían más a Ginny. Contemporáneos suyos. Y vio que había muchas más flores-setas surgiendo debajo de las ruinas colgantes.

Algo se había dedicado a reunir a esa gente, los supervivientes que habían tenido la desgracia de ser entregados junto con secciones del final del tiempo.

Era por esto que las viejas partes de la ciudad habían parecido desiertas al abandonar el almacén. Ya había habido un barrido. Y algo —quizá los sirvientes que se movían por las sendas— había traído a algunos hasta aquí, donde los habían dispuesto a modo de horrible advertencia.

Espantapájaros.

Lo que a Ginny le provocó un estremecimiento de miedo y una extraña sensación de ánimos. No ponías espantapájaros a menos que tuvieses miedo de que algo viniese a llevarse lo que tenías.

Miró a la base elevada de la seta, buscando rostros que pudiese reconocer, cualquiera que hubiese conocido: amigos, las brujas.

Miriam Sangloss.

Conan Bidewell.

No reconoció a nadie. Pero había mucho. Quizá los que habían tenido contacto con ella sufrían ahora un castigo especialmente doloroso.

—*Te odio* —dijo Ginny, entrecerrando los ojos, aullando su desprecio a lo que pudiese estar escuchando—. ¡*No tengo miedo y te odio*!

Dio un salto emitiendo un gritito cuando una suavidad aterciopelada le rozó el tobillo. Cuando recuperó el valor y se agachó para mirar, vio una sombrita… vio cómo se le volvía a acercar con un movimiento bajo, cauteloso y sigiloso.

La sombra se definió como manchas brillantes y oscuras contra la tiniebla universal.

Emitió un gruñido suave.

Ginny sintió cómo se le llenaban los ojos y las lágrimas le corrían por las mejillas, dejando sal en la comisura de la boca. Alargó la mano y agarró la sombra manchada, frotó su cabeza peluda contra la mejilla y se echó a llorar.

¡*Era Minimus*, seis dedos en cada pata delantera, y pequeños pulgares que se flexionaban extáticamente! El gato retumbó, trepó y retumbó algo más antes de quedarse en sus brazos.

—¿Cómo? —logró decir entre sollozos de niña. Esos sonidos quizá no hubiesen abandonado la burbuja, es posible que no hubiesen llegado tan lejos como para ser oídos por las seta-flores humanas, pero por un momento pareció como si todos los horribles cimientos de la Falsa Ciudad se estremeciesen.

Había llegado algo nuevo. Habría cambio.

Minimus se retorció y luchó por colocar la cabeza hacia delante, mirando abajo y emitiendo otro miau de urgencia.

Estaba rodeada de gatos.

Cientos.

Miles.

Ginny no tenía miedo.

—¿Qué *habéis* estado cazando? —preguntó con tono persuasivo, todavía extrañamente segura de la relación entre humanos y gatos—. ¿Qué *habéis* estado comiendo?

Minimus la miró con un parpadeo lento de sabiduría, para luego realizar un esfuerzo considerable, retorciendo los labios, y habló con un siseo suave:

—*Somos esminteos, ¿recuerdas? Somos dioses de los ratones y las cosas que roen*.

Los gatos formaban un remolino gris de pelaje.

De todas las cosas imposibles que había visto y experimentado, ésta rompía el espejo… era la gota que colmaba el vaso. Ginny entrecerró los ojos, parpadeó —con fuerza— y se pellizcó el dedo hasta que le dolió.

La realidad acababa de completar su larga extinción.

108

Tiadba entraba y salía de la narración antigua. Cerró los ojos y una vez más imaginó palabras impresas en sus libros. Lo que la llevó de vuelta a su último consuelo: momentos recordados con Jebrassy, los insectoletras, los lienzos, sus movimientos y combinaciones.

A la mujer no se le permitía olvidar el momento en el que se había enamorado. No podía dejar atrás la esperanza del recuerdo en sí:

> En uno de los lejanos mundos collar de los Shen, Sangmer encontró a Ishanaxade. Hablaron en las orillas del plateado mar vectorial:
>
> —Realmente no soy la hija de nadie. Muchos me han entregado lo que tengo. Llamo padre a Polybiblios porque ha sido el más paciente conmigo y a su modo me ama.
>
> —¿Dónde te encontraron?
>
> —He sido reunida de entre todos los mundos habitados desde hace más tiempo del que nadie puede recordar… algunos dicen que desde el final de la Brillantez. Fragmentos y trozos… un destello aquí, una cualidad allá, una sospecha o chispa… Todo atesorado, transportado, comerciado, por muchos, y luego reunido por los Shen, que amasaron tanto que yo habría sido mayor que los mundos collar o los sesenta soles verdes alrededor de los cuales orbitan.
>
> Sangmer lo consideró improbable y así lo dijo.
>
> —Mírame. ¿Te parezco probable? ¿Soy como cualquier otra cosa que hayas visto?

—No —admitió—. Pero soy joven. ¿Cómo quedaste tan pequeña?

—Los Shen son muy antiguos y poseen una curiosidad excepcional. Durante mucho tiempo se esforzaron para destilarme. Conservaban lo más esencial. Pero luego se cansaron del enigma. Al llegar Polybiblios, éste retomó la tarea… y me hizo como me ves ahora. Él cree comprender lo que soy realmente. No juzgo sus creencias.

—¿Qué crees que eres… o era?

—Una musa —dijo Ishanaxade.

—¿Cómo una inspiración?

—En su época, las musas eran muy importantes en el Cosmos. Trabajaron durante cien mil millones de años, limpiando al paso de Brahma, que no dejaba de crear, que no podía evitar derramar su forma de amor. Las musas permitieron la memoria y el florecimiento de los pequeños observadores, tan queridos por Brahma, que era descuidado, pero vasto y rebosante de pasión.

»Y luego la creación se detuvo. Llegó el Bilenio… ya nada nuevo, sólo el ingenioso reordenamiento de lo antiguo. Algunos dicen que Brahma durmió. Y mientras duerme, las musas no son necesarias. Nos condesamos como la nieve o la lluvia, una ráfaga de joyas extendida por los oscuros años luz.

—Un nombre antiguo, Brahma.

—Antiguo no es la palabra adecuada. No sé si serví y fracasé, o fui rechazada porque ya no era esencial… pero me parece recordar dispersarme allí donde todavía vivía la gente. Después, hasta que me trajeron aquí, no recuerdo nada.

—Y ahora, eres casi humana.

—¿Por qué te quedas y hablas conmigo? ¿Soy atractiva? Ninguno de los Shen parece encontrarme atractiva.

Al hablar, su aliento era como un viento refrescante, frío y húmedo, pero cuando sus ojos le miraban, Sangmer sentía calor, se

sentía seco y a salvo. Sangmer la examinó algo más y pensó durante un tiempo, en la orilla del gran mar vectorial de plata.

—Parece que te gusta ayudar, ocuparte de la gente —dijo—. Es admirable.

—¿Tú disfrutas dejándote cuidar?

—Bien, no es eso todo lo que prometes. Cuando me tocas, siento un fuego en mi interior. Quieres que yo crezca y encuentre mi historia real, mi propósito. Pareces querer estar presente cuando yo vea cosas nuevas. Quieres compartir y disfrutar de mis descubrimientos.

—Yo descubro lo que cualquiera descubre —dijo Ishanaxade—. Ésa es la verdad. Pero si me convierto en humana… lo que ves ahora no es todo lo que queda de mí. Soy dos.

—¿Qué otra hay?

—Ella está siempre conmigo… no se separa. Es posible que Polybiblios te lo haya advertido.

—No lo hizo.

—¿Los Shen no lo comentaron?

—No dijeron nada sobre ti. Mi tripulación ha tenido un viaje difícil… quizá no quisieron alarmarnos.

—Bien, algunos Shen me encuentran de lo más alarmante. Estarían encantados de ver resuelto mi acertijo… o enviarme lejos. No sólo inspiro, corrijo.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Algunas cosas no se pueden corregir. Ésas las hago desaparecer. Como si nunca hubiesen sido.

Sangmer la observó atentamente —qué podía él ver de ella— entre los márgenes hermosos y cambiantes y le pareció entrever otro yo en sombra.

—¡Entonces deberías hacer desaparecer el Caos!

—Oh, mi lado destructor no es más efectivo que mi lado inspirador mientras Brahma duerma. Eso me han dicho, y eso creo.

Sangmer frunció el ceño.

—Bien, seas lo que seas, eres la más extraordinaria mujer casi humana que haya conocido nunca. Y conozco a algunas mujeres maravillosamente diferentes… y muchas que no eran mujeres en absoluto, como los Asures…

Ishanaxade parecía condensarse más a medida que él hablaba.

—Háblame de ellas —dijo—. Dice que eran muy hermosas. Me gustaría descubrir cómo agradarte.

Eso hacía daño. Un alarido de eterna desesperación llenó el vasto espacio oscuro, y se perdió sin eco entre los restos sofocantes.

¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

109

Jack miró por encima del hombro. Hacía rato que intentaba ir por delante de Glaucous y Daniel, y limitarse a seguir el tirón de la piedra. Confiar en ellos o no —y no confiaba, claro— era algo que simplemente no importaba. Quería probarse a sí mismo y comprobar lo que podía lograr solo.

Los interminables kilómetros de restos poseían su propio silencio, algo que iba más allá de la simple ausencia de sonido. Aquí, en un momento a solas, intentó pensar y recordar dónde había estado, lo que había visto y oído… y encajar todo sin distracciones ni interrupciones.

De alguna forma, eso hacía que ver y pensar le resultase también más fácil.

Un silbido bajo sin melodía encontró camino entre sus labios. Sostuvo la piedra frente a él, intentando interpretar su tirón sutil. Y gradualmente, durante un tiempo sin tiempo, le guió bajo una inmensa lámina vertical que se extendía en lo alto de las sombras, una lámina deformada y abultada que podría tener el tamaño de Manhattan, girada y colgada de un gancho, cubierta con inmensos adornos rotos, cada uno con su tono característico, un lustre gris y plateado.

¿Qué significaría que realmente creyese estar caminando de verdad a través —o debajo— de las ruinas suspendidas de una ciudad futura? ¿Qué aquí había vivido gente, y que la ciudad había sido invadida y que lo que había absorbido la vida de Seattle también había absorbido sus vidas, juntándolos a todos, haciéndolos iguales…?

Jack nunca había sido muy dado a la filosofía, pero todo un dilema. Podía caminar, silbar, ver —asombrarse—, pero realmente no había nada,

incluyendo el tiempo, que tuviese el mismo sentido que antes. Quedaba su tiempo personal: todavía seguía formando recuerdos…

¿Y no era así como uno definía el tiempo?

Siguió caminando, siguió silbando, pero decidió que pensar era prácticamente inútil. La humildad resultaba muy fácil cuando los misterios amenazaban con aplastarte a cada paso.

—Soy el que soy —murmuró—. Pienso, luego existo. Recuerdo, luego existo. He escogido mi propio nombre, luego existo. Siento hambre, luego existo. Me preocupo por mis amigos, luego existo. Me gustaría ver qué va a pasar ahora, luego existo. Quiero ir a terminar mi historia, formar más recuerdos, nunca hay demasiados recuerdos, luego existo.

Estoy solo, y las cosas no han desaparecido por completo.

Luego existo.

Quiero corregirlo todo, luego…

A lo lejos, oyó un sonido horrible… no era exactamente humano. Un gemido sobrenatural de desesperación y dolor que pareció lloviznar desde lo alto.

—Ginny —dijo, y se lamió los labios para evitar que se le cuarteasen.

Algo le tocó los tobillos… bigotes o antenas. Pensando en las tijeretas gigantes, dio un salto y miró abajo, casi dejando caer la sumadora.

Un gato le rozó la pierna, arqueó el lomo, le miró… y abrió la boca como si fuese a emitir un sonido. Pero el gato también estaba silencioso. Creyó reconocerle: uno de los gatos del almacén de Bidewell, y por una vez no pasó un instante preguntándose qué hacía aquí. No podía haber nada más improbable que la misma presencia de Jack. Se agachó y le acarició la cabeza, le cubrió los ojos cerrados y echó atrás las orejas de terciopelo, y de inmediato sintió una descarga de consuelo, normalidad, garantía. Era algo que podían hacer los gatos. A pesar de su altivez aparente, o debido precisamente a eso, el simple hecho de que te aceptasen te hacía adquirir un valor sólido.

—Bien, quizá no sea yo sólo el que lo mantiene todo en su sitio —dijo Jack—. Quizá tú también contribuyas. —El gato ronroneó su acuerdo, luego le mordisqueó ligeramente el dedo y salió corriendo unos metros, se

detuvo, se sentó; esperando. Jack consultó la sumadora, sosteniéndola sobre la cabeza.

El gato salió corriendo.

Gato y piedra estaban de acuerdo. Los dos marcaban la misma dirección.

110

Nataraja alteraba a Daniel en lo más profundo. ¿Cómo recordaba ese nombre? Bidewell nunca lo había dicho. Glaucous no lo había mencionado en ningún momento. Ni Jack, ni Ginny.

Pero él podría verlo todo con una extraña claridad, como si lo hubiese presenciado todo con mejores ojos, conectados con un cerebro más profundo y más sutil.

A Daniel, la disposición de la Falsa Ciudad le resultaba extrañamente familiar, protegida por el patrón, si se podía llamar así, de esta destrucción horrible.

Subió por un inmenso muro de cortina, inclinado unos treinta grados con respecto al resto de los escombros: miles de acres atravesados por grietas, roturas ondulantes, anchas simas y fallas. Esferas y ovoides estirados y retorcidos, cilindros doblados y curvas amplias, todavía anclados a la lámina, interconectados por miles de caminos o vías de transporte plateadas, algunas de las cuales sostenían lo que podrían ser construcciones móviles. Cuando estaba viva, cuando era todo un conjunto, Nataraja debió de ser una maravilla…

Claro que había sido una maravilla. Podía verlo. La imagen era definida. Después de todo, venir a Nataraja le había causado una impresión tremenda…

Al subir, él (y una parte de Fred, todavía curioso) intentó imaginarse el asombroso poder de algo que podía desechar las reglas de la realidad… y el efecto que algo así causaría sobre una construcción humana, dependiendo de la ingeniería, la gravedad, los equilibrios básicos entre materia y energía. No tenía que imaginarlo. Los resultados parecieron saltar a su cabeza, más

vividos que cualquier recuerdo reciente. La ciudad había muerto como un animal atacado por bestias mucho mayores: aplastada, rasgada, lanzando chorros de sí misma… y luego desmoronándose, estallando por los bordes como si la pisoteasen botas gigantescas.

Un agujero del tamaño suficiente para permitir encajar una montaña pequeña dejaba entrar ahora un rayo de luz gris del exterior. El rayo se movía con voluntad propia, tocando un enorme montón de restos, fundiéndose con otros rayos vagabundos, cortando delgadas cortinas de resplandor que caían a través de enormes desgarraduras en la piel exterior destrozada. El ángulo y la intensidad de esas refulgencias sin alegría nunca eran los mismos.

Su mente —lo que quedaba de ella— había sido escrupulosamente separada en capas gruesas de fluido, calientes y fríos… y ahora, desde profundidades casi congeladas por el tiempo, se elevaban contenidos que parecían dispuestos a reconstruir lo que realmente no había experimentado nunca.

—No sueño. No sueño con esta ciudad ni con ninguna otra.

Aun así, le llegaron recuerdos de multitud de ciudades históricas… aunque no sabía qué circunstancias las unían. Perdidas ante el asedio o la plaga, quemadas hasta los cimientos, reducidas a escombros, los escombros esparcidos y cubiertos de sal: cambiando de destino a destino, e incluso de vida a vida, de cuerpo a cuerpo, era posible que hubiese experimentado esas cosas… ¿quién podría negar tal posibilidad?

Pero no el final de este lugar, no la caída de Nataraja. Eso no tenía ningún sentido.

Pero lo conocía. Lo sentía. A su modo, Nataraja había sido la más espléndida ciudad de su tiempo, más aún que el Kalpa… lo que fuese eso.

—¡Dime quién soy! —gritó Daniel mientras trepaba—. No sueño. Nunca lo he hecho. Cuando duermo, sólo hay oscuridad.

El Caos había cubierto la superficie de la Tierra en una oleada de muchas dimensiones, rodeando desde arriba los últimos enclaves de la humanidad, también desde abajo, y por todos los lados, cercenando sus líneas de destino así como su acceso en el espacio y el tiempo. Así

transformaba el Caos, así tomaba el control… y reducía sus conquistas a un sufrimiento de confusión y mentiras.

Quemaba la mayoría de los hilos de la causalidad.

Y luego, como agotado —o sin estar seguro de qué hacer con sus nuevos dominios—, se retiraba, concentrando sus esfuerzos en el frente de onda, esa membrana que inmiscuía, cortaba y rodeaba las líneas, y que Daniel había experimentado tan a menudo.

Lo que el Caos había dejado atrás era la concha de una ciudad que no habían quemado las llamas, que no había sido reducida por medio de la destrucción física… sino que había sido abrasada por la historia perdida, y devorada por la paradoja.

Los que vivían aquí eran los que más habían sufrido. La estructura que una vez les dio seguridad y comodidad se había esforzado por reconstruir, o al menos por mantener algunas zonas erguidas, pero fueron castigados una y otra vez… muriendo, pudriéndose, resucitando de formas horribles… y finalmente la ciudad se había rendido.

El legado de todo lo que el Caos tocaba.

Daniel llegó al borde enorme del muro. No importaba el dolor y el agotamiento que sentía este cuerpo. La parte superior del muro —varios kilómetros— se había doblado y roto, y ahora yacía tirada sobre otras estructuras, al fondo, hasta la misma base, perdido en sombras.

Allí donde sus manos y pies tocaban, unas débiles chispas azules saltaban de piel, huesos y músculos. Átomos, partículas… materia asombrada, reconociéndose a sí misma e intentando corregir una perversa bilocación. Pero no era lo que la gran iluminación que sus nuevos/antiguos recuerdos, sus nuevas instrucciones, le indicaban que debía esperar.

Había llegado muy lejos, durante mucho tiempo.

En las ruinas aguardaba el gran momento de la reunión.

Daniel se sentó en el borde, pasando de las pequeñas lancetas y chispas azules, y sacó las dos piedras de las cajas. Como siempre, juntas no encajaban. Una parecía más antigua que la otra, si tal cosa era posible. Eran

de formas similares, pero destinadas a otras combinaciones. Una de las piedras tiraba insistentemente hacia la izquierda y hacia abajo. Simultáneamente, oyó un sonido salvaje y desagradable, como de una bestia sufriendo, repetido por todas partes, y luego —perversamente— resurgió con un aullido Doppler para volver a repetirse.

Las ruinas parecieron disfrutarlo. Jugaron con el sonido, lo pasaron de un lado a otro. Estructuras colgantes se estremecieron y arrojaron corrosión por la pendiente del muro, y luego intentaron moverse, como respondiendo a una orden desconocida. Habían logrado desplazarse unas docenas de metros sobre sus vías plateadas de conexión… para luego detenerse, dejando caer trozos del tamaño de las casas de Wallingford.

Daniel sospechaba que no era la primera vez que Nataraja se estremecía con el eco de ese dolor.

Daniel volvió a guardar la piedra dormida y se puso de nuevo la caja en el bolsillo. La otra la conservó en la mano, donde se puso tibia y luego caliente. Dejó caer la cabeza. Todo dolía. El grito… no era de una bestia.

Una mujer.

La piedra volvió a tirar. Por ahora, era la única parte de su persona que manifestaba decisión y dirección. Había matado y desechado a muchos para llegar hasta ahí. Se avecinaba una reunión… una reunión que no resolvería nada.

Nunca lo haría.

Nunca lo había hecho.

111

La maraña de la vieja Nataraja se estremecía sobre sus cabezas, y el temible, y demasiado familiar, sonido de las colisiones —montañas desplomándose, cuevas derrumbándose, el polvo agitándose y cayendo— anunciaba otra compresión.

Glaucous sintió que su cuerpo contraía hacia dentro, como si le estuviesen atrapando entre un pulgar y un dedo enormes.

Whitlow siguió avanzando, abriéndose camino por entre los restos muertos de la ciudad como una cucaracha en medio de un bosque en descomposición… con el toque ocasional de guía de la Polilla, una presencia de autoridad gris pero sin demasiada sustancia o posición. Finalmente Glaucous volvió a seguirle, resoplando, los ojos escociéndola por la forma en que luz y sombra se retorcían a través del alto y enredado esqueleto del cadáver de la ciudad.

Whitlow se detuvo y se llevó un dedo a la barbilla, rascándose la barba incipiente. Examinó críticamente a Glaucous, como si le echase la culpa.

—Todavía más pequeño —dijo—. Hay menos de todo. Las distancias cambian, y también las direcciones. ¿Lo sientes?

—Sí —dijo Glaucous, contrayendo los hombros como imaginaba que hacían los mineros durante un derrumbamiento, sus llamas apagándose, el aire convirtiéndose en veneno.

—Todavía no ha terminado —añadió Whitlow, agitando la cabeza—. Podría contraerse hasta el tamaño de un guisante. ¿Entonces qué?

Para Glaucous era evidente que Whitlow y la Polilla no tendrían más que perderle en la confusión y que ninguna de sus habilidades podría

salvarle. Puede que ésa fuese la intención… pero no tenía más opción que seguirles.

—No siento resentimiento por nada que quedase atrás —dijo Whitlow, mirándole a la cara con ojos penetrantes—. Circunstancias nuevas, códigos nuevos, por no decir un nuevo honor. Es más, por no decir *eso*. Podría haberte dejado a *ti* atrás, de haber sido de otra forma.

—¿La Señora ya le había traído aquí? —preguntó Glaucous.

—¡Vaya una pregunta! —dijo Whitlow—. Podría haberlo hecho, y yo haberlo olvidado. Bien podríamos olvidar con facilidad estar aquí ahora mismo.

—Reconozco algunas cosas —dijo Glaucous en voz baja—. Vías estrechas de huida. Ver lo que hay por delante.

—Cuando era más joven, me imaginaba que esto era una especie de otra vida. ¿Tú no?

—Nunca lo pensé demasiado —dijo Glaucous, lo que era casi totalmente cierto.

—Tenía la triste excusa de que nuestra presa podría encontrar una existencia satisfactoria en este lugar… ofrecer su servicio extendido, no peor de lo que soportamos nosotros, o quizá lo que soporta la Polilla. Los errores también se depositan. Los cazadores son tan torpes como para caer en un Ansia. Muchos, a lo largo de las eras. No hay vuelta atrás cuando eso pasa. Has perdido compañeras… ¿te gustaría ver a algunas?

—No gracias, da igual —murmuró Glaucous.

—Es posible que pasemos por allí de camino al Quid. Somos los únicos supervivientes. De los miles… decenas de miles, imagino… —Whitlow miró a su alrededor. No había habido toque, el parpadeo guía de autoridad gris, desde hacía un rato. Emitió un silbido grave y constante, como si llamase a un perro invisible—. ¿Dónde está esa criatura?

—¿*Ella* reside en el Quid? —preguntó Glaucous.

Whitlow se volvió lentamente, grandes pies dentro de las botas golpeando con fuerza, alzó la vista y levantó las manos, yendo con los dedos por los espacios oscuros como si fuese a tirar de un sedal y sacarlos a la luz.

—No es de ella. La Polilla lo encontró. Una pieza todavía mayor, ahora más pequeña y más débil, todo reduciéndose al mínimo. Lo pequeño se vuelve inmenso, señor Glaucous. Nuestra última oportunidad.

—No sé a qué se refiere, señor Whitlow —dijo Glaucous cansado—. Siempre son acertijos penosos.

—No dirías tal cosa si todo esto no me hubiese reducido.

Escucharías y sonreirías, obsequioso, y yo sabría que habría comprensión. Pero la cadena de mando se ha roto… la cadena de autoridad se ha anudado y resuena. La Polilla…

—No le siento —dijo Glaucous acercándose a Whitlow—. ¿Adónde ha ido?

Whitlow le miró con aprensión momentánea… y luego la enmascaró con humor sardónico.

—Háblame de tu amigo, el mal pastor, antes de que decidas vengarte, señor Glaucous.

—Usted le encontró. Yo le seguí.

Glaucous se echó atrás al sentir otra ronda de chirridos y asentamientos. Whitlow levantó los dedos, separados por la distancia de un guisante, y los llevó hasta la cara de Glaucous, sonriendo mientras amenazaba.

—Se rumoreó hace mucho tiempo que algunos pastores, atormentados por la caza, podrían conseguir ciertos arreglos, ciertas competencias. Amenazados, podrían abandonar sus cordones de seda personales y fijarse a otros. Convirtiéndose durante un tiempo en los otros. Una estratagema desesperada. Alteraría la vía de sus sueños… y por tanto olvidarían. Aun así, todavía tendrían sumadoras, todavía se dejarían guiar por ellas…

Glaucous sintió el toque etéreo de una enorme mano suave en la espalda, acompañado de un olor un poco seco y dulcemente irritante. La Polilla había vuelto.

Whitlow volvió a caminar descompensadamente.

—Mejor. No deberías estar vagando por aquí. Lo que hemos encontrado es misterioso —le dijo a Glaucous—. Se han retirado las cortinas. Los poderes han cambiado. Sospechamos que la Princesa de Caliza ya no está involucrada activamente. Precisamos de otra opinión.

Glaucous agachó la cabeza.

—Puede que ella todavía no lo sepa. Se han reducido más cosas aparte de la distancia —dijo Whitlow, y acercó a Glaucous, para luego susurrarle al oído—: por supuesto, no presagia nada bueno para la Polilla. —Guiñó un ojo y se llevó un dedo a los labios.

La Polilla volvió a moverse… un camino desgarrador, rápido pero no más brutal de lo estrictamente necesario. Glaucous sintió el cambio como un quemor, como si le estuviese ardiendo la piel. La sensación se redujo… y luego la sintió como si simplemente le estuviesen tatuando todo el cuerpo. Nunca anteriormente había experimentado los pinchazos de los destinos depredadores. Uno habitualmente vivía su propio destino; éstos te vivían a *ti*. Su examen fue veloz, impersonal, básico. Glaucous nunca antes había estado tan cerca de los niveles más profundos de su ser, y le resultó tan horrible como emocionante. Tampoco nunca había estado tan cerca de una explicación para su vida, su existencia, y a un último momento de esperanza… la esperanza de que quizás hubiese espacio para hacer una corrección.

Una ofrenda impersonal de gracia… una reconciliación remota y pura.

Los pinchazos pasaron. Ahora era simplemente un objeto polvoriento, todavía de pie, pero desmoronándose y reconstruido cada fracción de segundo.

La Polilla los protegía en la medida de lo posible.

—Bienvenido al centro del universo —oyó decir o pensar a Whitlow.

Sus ojos —ya no parecían tener cuerpos— vieron de alguna forma un profundo estanque negro en el que dos enormes agujas hacían girar un líquido espeso. Las agujas se encontraban bajo la superficie del estanque y giraban como ejes de un engranaje en un mecanismo enjoyado.

—El Quid carece de centro y de radio —dijo Whitlow—. Prepárate para un residuo desagradable… en una ocasión algo poderoso vació en este lugar la frustración y el sufrimiento de su corazón. Devoró nuestro mundo y lo escupió en forma de trozos desagradables. Lo sentirás.

—¿El Tifón? —preguntó Glaucous.

Whitlow se encogió de hombros.

—Estas dos hebras de acero son los dos últimos destinos. En uno, el Tifón fracasa y todos pasamos a la nada. En el otro… se da una forma de éxito. ¿Quién sabe cuál sería mejor? Bien…

»Dinos dónde estamos… recoge la hebra adecuada y dinos qué nos queda por hacer. Tal es tu talento, ¿no es así?

Glaucous no podía cerrar los ojos, no podía encontrar ningún lugar privado para tomar la decisión… pero no importaba. Se había decidido hacía mucho tiempo.

Habían pasado cincuenta o más años desde el momento en que tomó su decisión.

De alguna forma, en este corazón abstracto sin centro, y sin la ayuda de la Polilla, escogió el mejor destino —el último destino bueno que quedaba — y lo atrapó como una mano afortunada de las cartas, el giro afortunado de la moneda.

Y —siempre deferente para con sus empleadores— se aseguró de que tanto la Polilla como Whitlow estuviesen de acuerdo.

Muy lejos, un sonido horrible volvió a resonar por la Falsa Ciudad.

Y los Dioses Muertos empezaron a moverse.

112

La Falsa Ciudad se estremece, chasquea, se encoge. Jebrassy no sabe por qué sigue caminando, por qué sigue viendo.

Mira a Polybiblios, que inexplicablemente ha caído al suelo, y se arrodilla a su lado. A unos pasos, Ghentun también ha caído. Los dos ondulan en sustancia y perfil.

—El Kalpa llega a su fin —dice Polybiblios—. El acuerdo del Príncipe de Ciudad no significa nada. No aguantaré mucho más que mis destinos almacenados en la ciudad. Todas mis líneas de destino morirán con el Kalpa. Conclúyelo bien, joven progenie. Tienes todo lo que precisas… excepto esto.

La personificación alarga la mano para entregarle lo que ha portado desde el comienzo del viaje. Jebrassy sostiene la cajita gris. La personificación del Bibliotecario le guiña el ojo a través del visor de la armadura, para luego tenderse sobre la superficie negra.

A continuación Jebrassy pasa a Ghentun y se tiende junto al Custodio, para sostenerle lo mejor que puede mientras el Alzado —el antiguo encargado y protector— mira fijamente a la oscuridad cubierta de hielo.

Sus ojos se hunden.

—Escogí convertirme en noötico —confiesa el Custodio—. Cuando era joven. Mi única traición. Me reconvertí al convertirme en Custodio. Pero mis líneas de destinos se cortaron y reformaron, y se unieron al Kalpa. Ya no avanzaré más.

Ghentun toca la mano del progenie, palpando la solidez de Jebrassy, para luego llevarse los dedos a su propia nariz y emitir ese sonido extraño y explosivo que indica humor.

—Déjame ver qué te dio.

Jebrassy muestra la caja.

—Ábrela para mí. Muéstrame.

Jebrassy toca la parte superior y la gira a un lado, luego a otro, agitándola. Sabe instintivamente cómo abrirla. La tapa se retira y en su interior hay un trozo nuevo, retorcido y reluciente de metal gris, que acuna una pequeña piedra rojiza. La piedra resplandece en el interior, como una estrella creciendo en el cel de entreluz.

—Cuatro es el mínimo —dice Ghentun, y sus ojos hundidos se apartan —. Algunos dicen que tres. Pero *es* cuatro. Suficiente. Han tenido tiempo y poder suficientes. En el mismo final, el Príncipe de Ciudad gana todo.

Ojos moribundos fijados ahora en el joven progenie, con las últimas fuerzas el Custodio saca la piedra alejándola de las manos súbitamente frenéticas de Jebrassy, y la aplasta contra el suelo sucio. No se rompe, sino que emite un extraño chirrido e intenta alejarse de la armadura del Restaurador. Como si recordase algo poco claro, una última instrucción, Ghentun asiente, luego con la otra mano atrapa la tapa de la caja y examina el dibujo.

—¿Por qué jugar a los juegos de los Eidolones, joven progenie?

Apartando ambas lejos de Jebrassy, se pone en pie y las retiene contra el pecho. Luego cierra los ojos.

Jebrassy no puede hacer nada. Se vuelve entre el Custodio y Polybiblios, como un niño atrapado en un juego torturador jugado por adultos crueles.

Al principio el fragmento encarnado del Bibliotecario parece compartir el horror de Jebrassy, luego levanta una mano, como despidiéndose o rechazando cualquier esfuerzo. Dentro de la armadura Polybiblios se convierte en polvo gris. La armadura cae hacia dentro, contrayéndose para dejar un guijarro.

No más palabras, no más información.

Billones de años de recuerdo desaparecen.

El Custodio dirige los ojos blancos hacia arriba y luego se va… se convierte en polvo. Su armadura también se contrae y los trozos ruedan al

suelo, chispeando, hirviendo alrededor de caja y piedra.

Todo se desmorona.

Jebrassy intenta agarrar los restos de las manos enguantadas, pero al tocarlos la destrucción provocada por la desaparición de Ghentun se completa. Entre sus dedos sólo queda arena fina.

Nada tiene sentido.

Jebrassy se pone en pie. Está aprendiendo por primera vez lo que significa estar completa y absolutamente solo. La Falsa Ciudad, como su corazón, se llena de un grito horrible. Conoce la voz, la reconoce de sus sueños… de sus orígenes.

Alguien lanza una piedra. La piedra sigue un arco hasta un destino. Mientras vuele, una vida continua… un destino sigue en juego.

Pero ahora el propósito ha desaparecido, y sólo queda un destino.

¿Por qué jugar a los juegos de los Eidolones, joven progenie?

Una última mirada al montón de arena.

Allí se ha formado algo nuevo… una forma grande y poliédrica de siete lados y cuatro agujeros, formada por la misma sustancia que la caja gris.

Sus dedos se estremecen. La toca… la armadura no interacciona. Es inerte.

Jebrassy la recoge y la lleva con él, como un pede carga con material de nido incluso después de que le hayan robado y devorado los huevos.

Recorre la distancia restante bajo la gran trampa, a través de una tormenta de sombras susurrantes…

La forma central de sus sueños más ocultos se está reuniendo, puede sentir su movimiento… un enorme objeto giratorio, como el dibujo en la tapa de la caja: el símbolo del Durmiente. Esa fortaleza geométrica evitará el final durante un último momento, hasta que Brahma decida si quiere despertar o no.

Jebrassy cruza justo cuando una gran banda rotatoria pasa bajo él. No hay vuelta atrás, evidentemente.

Ha llegado a un lago translúcido de azul verdoso, el mismo color que las piezas de la musa recogidas por el Shen y a las que Polybiblios dio forma humana.

Se inicia la última parte de su viaje.
Hacia el grito.

113

Jack ha llegado al centro de la ciudad. Parece un centro —todo gira a su alrededor— aunque la escena está torcida y es difícil de describir, así que da la vuelta, mira por encima del hombro, luego se inclina y mira entre las piernas… a través de la última capa iridiscente de la burbuja. La piedra está caliente entre las manos, estremeciéndose por su propia emoción interna. Pero todo lo demás… muy frío.

El centro es un lago circular verde esmeralda rodeado por bandas circulares que giran y dan vueltas: los siempre en movimiento, los siempre cortantes barrotes cortantes de una prisión especial. Él está dentro. De alguna forma ha superado los cortes y tajadas. Las bandas son planas, sin grosor, y lisas, reflejando la luz con un lustre descarado y desafiante.

Sobre el lago se encuentra una cruz formada por dos cintas rectas. Desde cierto ángulo, las bandas giratorias se mueven tras la cruz… desde otro ángulo, la rodean… y desde un tercer ángulo, parecen dar vueltas delante.

Se parece mucho al símbolo grabado en la tapa de la caja puzle. Así que al fin se encuentra donde debe estar.

¿Y los otros?

En realidad ahora lo único que quiere es encontrar a Ginny. Si está aquí, está seguro de que siente mucho miedo… es lo que parece definir a Ginny. Valor por medio del miedo. Jack… sólo siente un poco de miedo, pero no tanto como Ginny. Incluso su pequeño miedo está cerca de paralizarle.

Es hora de ver las cosas mejor. Vuelve a girarse, refrescando la polaridad de su percepción y con eso crea una forma de claridad.

Bucles de gris claro caen y se mueven por los alrededores, formando en la distancia líneas de una cámara de partículas sobre el lago congelado, como una nieve verde… toda la nieve del mundo, sumándose para dar una ventisca peculiar aquí, en el final del tiempo.

El lago podría estar formado por hielo… hielo cristalino y verde.

Y en el centro del lago…

El Quid o corazón…

Un punto negro difuso. Demasiado alejado, demasiado pequeño para verlo con detalle desde su posición… simplemente una oscuridad nebulosa y sin dimensiones. Cerca, se abre otro hueco, tallado en el hielo. En el hueco ve un bonito resplandor actínico… mil millones de arcos de brillo azul. Allí se mueven formas indefinidas, lo suficientemente pequeñas para ser humanas —todas menos una, un cono nacarado con una luminosidad brillante en su parte superior—, una cara. Incluso desde su posición ve que es el rostro de una mujer… o al menos alguna forma de mujer espléndida.

Mirando a la forma a través de la luz azul, Jack se estremece. Sabe dónde está… y qué es *eso*, o qué era. La superficie helada del lago está marcada por todas partes, como si patinadores gigantescos hubiesen marcado senderos profundos, zanjas que se levantarían sobre su cabeza si se le ocurriese meterse dentro de una.

Los senderos torturados de la Reina de Blanco.

Y por tanto él *va*. La sumadora está caliente y tira de él. Si no la sostiene con fuerza y va con ella, parece probable que salte por sí sola, dejándole atrás, y se congelará, como uno de esos gigantes que ahora ven reunidos junto más allá de las bandas giratorias… las secciones en cinta de muchas esferas… una armilar. Así se llaman. En una ocasión vio algo similar en un museo.

La paradoja armilar es el símbolo de las sumadoras… anchos destinos entrelazados que se elevan y vuelven a caer.

Con respecto a esos gigantes. ¿Estaban allí antes? Lo ve en el lado opuesto de las bandas giratorias, reunidos como piezas extraordinarias de ajedrez, esperando el juicio intemporal. Son horrorosamente hermosos… él no está preparado para la tarea de estimar su grandeza, su antiguo poder.

Verlos produce por sí mismo una forma de conocimiento, acceso a lo que fue en su momento una tremenda historia futura. Una vez, supuso, fueron jueces, constructores y activadores de galaxias… y luego se convirtieron en prisioneros, retenidos para presenciar la torpe e inane destrucción de todo lo que habían vivido y amado.

Ahora se congregan para aguardar otro juicio, otra conclusión. Los poderosos y gloriosos aguardan la llegada de lo diminuto y lo insignificante.

Jack tiene público.

Se aferra a la sumadora a pesar del entusiasmo de la piedra. Jack nunca deja caer nada.

Al pisar la superficie resbaladiza, formas negras y blancas se mueven alrededor de sus pies, precediéndole sobre el hielo verde: un río de pelaje silencioso y vengador.

114

Whitlow se muestra triunfante mientras se aproximan a la Reina de Blanco en su morada. Por encima, la magnífica confusión de la armilar produce un zumbido de fondo.

El Quid se encuentra en el punto negro alrededor del cual gira este sistema majestuoso. Whitlow está exultante. Estuvieron justo ahí… en el centro. Son poderosos y gozan de privilegios. Recibirán una espléndida recompensa por su éxito. Todo lo prometido se logrará al fin.

La Polilla está por encima, alrededor, por todas partes… guiándole, con un entusiasmo sedoso y polvoriento.

Delante, Glaucous puede distinguir, a través de una retícula de sombras que cambian continuamente, a uno de los pastores… la chica, Virginia, caminando cautelosamente sobre el hielo. La ayudan unos gatos. Él y Whitlow pronto llegarán hasta ella.

Glaucous se arma de valor.

—Una conclusión brillante —le dice Whitlow—. Precisamos presentar sólo un pastor, una sumadora frente al mismo Tifón, el amo de la Princesa de Caliza, para obtener el paso. ¡Oh, tal premio en tal momento!

Glaucous se mueve con cautela. A su alrededor, las grietas y cortes ansían la caída del torpe. Se pregunta cómo podrán hacer para retirar a la chica y entregarla… antes de que los gatos hagan lo que deben hacer los gatos.

La Polilla les roza para alertarles. Otros visitantes cruzan el lago verde circular. Incluso en la distancia, Glaucous reconoce a su presa: Jack. El chico sigue a un contingente aún mayor de felinos, como una algodonosa manta gris.

Los gatos, siempre amigos de los libros y las narraciones… siempre dispuestos a asistir a la lectura de una historia sentándose en el regazo y ronroneando. La muerte de todos los relatos no les hace sentirse felices.

La Polilla vuelve a tocarle el hombro. Ahora hay un tercero en el lago. Es Daniel, el mal pastor. Daniel viene sin gatos. Se mueve solo.

—Piensa en las profundidades del tiempo —sigue soltando Whitlow con reverencia—. Más allá de nuestra comprensión. Y, sin embargo, aquí estamos, entre los pocos, los últimos. Me hace sentirme *orgulloso*. Todos los pesares justificados. Todos nuestros pobres actos.

Glaucous asiente sin pensar, concentrado en el Quid, el centro… todavía esforzándose por tirar de una última buena hebra de destino.

Más allá de la jaula giratoria, fantasmagóricamente familiar de todas las cajas puzle que había capturado y que habían lanzado junto con sus pastores al Ansia: un público horrible, gigantes surgidos de sus peores pesadillas. Que una pesadilla como él sufriese pesadillas le parecía de lo más adecuado.

La peor pesadilla de todas: ser lanzado a la parte posterior del carro del cazador de pájaros, saltando con cada adoquín dentro de una maraña de plumas… y luego oír las uñas de las ratas surgiendo de las alcantarillas de lodo y suciedad.

115

Sobre el lago de hielo verde, desde tres direcciones, los viajeros se acercan al centro de la fortaleza armilar.

Jebrassy con su armadura pisa con cuidado la superficie lisa. El Kalpa tiene dos últimas voces: la voz de su armadura y la suya.

—Nos vigilan —le dice la armadura, algo que él ya sabe. Los gigantes del valle de los Dioses Muertos. Le recuerdan a contadores de puntos en las pequeñas guerras, presidiendo sobre el final de juego pero a los que ciertas reglas les prohíben intervenir, posiblemente porque realmente *estén* muertos.

Cosa que no parece impedirle actuar a nada de lo que hay en el Caos. Simplemente se alegra de que no se acerquen más.

—Se acercan Silentes —le advierte la armadura—. Puede que la armilar les retenga. Se han congregado las sumadoras… la fortaleza rotatoria es su cáscara de nacimiento.

Jebrassy no está seguro de cómo tomarse nada de eso. Está concentrado en la trémula bóveda esbozada por los arcos de luz azul. Ahí debe estar Tiadba; está seguro.

—En los alrededores no hay armaduras intactas. Pero hay progenies. Y otros.

Jebrassy es consciente de esos otros, moviéndose hacia el interior, como él.

—¿Quiénes son? —pregunta.

—Peregrinos.

—¿Cómo yo?

—Muy parecidos a ti.

—¿Mi visitante?

—Desconocido.

Asiente y se detiene para pensarlo. En cualquier otro lugar, en cualquier otro punto de su joven vida, habría dicho que ahí fuera había fantasmas… pero ahora la realidad se mueve sobre una escala deslizante. Esos peregrinos podrían ser menos reales que él mismo, pero más reales que los Silentes o los Dioses Muertos.

Uno vino a él en sueños. ¿Y es esto más real que un sueño? Aun así, sospecha que todavía quedan algunas reglas. No puede pasar cualquier cosa. Es posible que aquí sean posibles menos cosas que ahí fuera, en el Caos.

Trabajo de equipo. Cumple con tu parte.

La voz de su otro le produce cierto alivio. Están cerca.

—¿Dónde está Tiadba? —pregunta.

—Desconocido —responde la armadura.

—¿Está viva?

—Desconocido.

—Todo se contrae.

—Sí.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

—No hay vuelta atrás.

—¿Me desmoronaré como el Custodio?

—Desconocido.

Jebrassy agita la cabeza. Todos han llegado de tan lejos… ni siquiera puede empezar a entender cuánto. Sin embargo, no se siente pequeño. Por una vez se siente enorme. Más grande incluso que los Dioses Muertos, y ciertamente más poderoso. Más poderoso que cualquier Eidolon. Intenta imaginarse el Kalpa… pero todo eso ya ha desaparecido. Intenta imaginarse cómo fue en su momento Nataraja… ahora convertida en una trampa moral y, como mínimo, comprimida contra lo giratorio y rotatorio que rodea y protege el duro, resbaladizo y muy frío lago.

No por primera vez intenta imaginar cómo fue en su día todo el cosmos.

—Va a terminar en unos momentos, ¿no es así?

—Desconocido.

—¿Algo que quieras decirme?

—Sí.

La voz de la armadura se transformó en sus oídos en un susurro dulce, como arena en movimiento. Jebrassy no quiere estar totalmente solo aquí fuera. El lago y el giro cambian de perspectiva en cuanto él se mueve. Así que mira directamente a la luz azul. Todavía se aferra a la pequeña escultura que le dio Polybiblios.

Apenas audible, la voz de la armadura dice:

—Has llegado. Termina el viaje desnudo.

—¿No moriré?

No hay respuesta.

Se agacha en el hielo, respira hondo tras el visor, y empieza a quitarse la armadura, primero el casco, luego el torso y finalmente los brazos y las piernas. Sale con facilidad, como pelar un torso demasiado maduro.

Al desnudarse, una criatura que no se parece a nada del Kalpa se le acerca. Apenas tiene la longitud de su brazo, tiene cuatro patas y está cubierta por un material negro y blanco que parece tan suave como el pelaje de la nariz de Tiadba.

—He soñado contigo —dice—. Te llamas… —sus labios y lengua se esfuerzan— *Gatt*.

La criatura camina lentamente a su alrededor, examinándole, y luego sale corriendo. Aparentemente, él no es lo que busca.

Jebrassy se pone en pie vistiendo sólo las ropas que llevaba puestas cuando salió del Kalpa. El hielo es frío bajo los pies. Todo es excepcionalmente frío. Peor aún, siente que su peso se reduce. Eso le hace sentirse mareado. Espera no saltar volando y flotar por ahí.

Pero no sabe por qué no debería ser así. Evidentemente, las últimas de las viejas reglas —imitadas, rehechas y finalmente ignoradas y maltratadas — desaparecen.

116

Jack apenas puede sostener la piedra de caliente que está. Pero no la suelta. Por lo que a él respecta, puede convertirle los dedos en cenizas. Sabe que Ginny estará sosteniendo la suya… ¿y Daniel?

Sobre el hielo verde surgen venas azules, que se ponen a cortar y a retorcer.

Hay dos caminos… desde hace un tiempo sólo ha habido dos caminos, al menos desde que fue en bicicleta en piloto automático y vio la tijereta entre los almacenes.

Pero no sabe qué camino es éste.

Vuelve a ir en piloto automático.

Viendo con otros ojos.

Mirando a pies diferentes, desnudos, viendo cómo un gato se acerca con la cola levantada.

—*Gatt* —dice con labios entumecidos.

117

Tiadba no siente casi nada. Ya no ve a sus compañeros… se encuentran en el límite de su visión, formas negras de carne y ropas abandonadas, ni vivas ni muertas, ni siquiera dormidas.

Mejor si estuviesen muertos.

La presencia femenina se extiende como una capa envolvente. Pero ahora hay *dos* presencias. Puede sentirlas a las dos…

Una es fría y aterradora, gritando en la oscuridad, buscando a sus niños perdidos para destruirlos, rodeada por esta prisión giratoria que se siente más que se ve.

Y la otra… antigua, repleta de potencial.

La prisión retendrá a una y liberará a la otra.

Animales la rozan, olisquean sus pies desnudos, se frotan contra sus brazos, se van. Van a la caza de algo pequeño y débil.

—Gatt —dice. Luego vuelve a probar—. *Gatos*.

118

Ginny presta tanta atención a la otra capa de visión y experiencias —Tiadba perdida— que no siente el toque en el hombro hasta que no es demasiado tarde.

119

Whitlow cae sobre la niña, arrodillada en el hielo como si quisiese recuperar el aliento. Ella no se vuelve, no le oye, aparentemente no le ve.

Perverso deleite y sudor se manifiestan en el rostro arrugado y pálido. Recorre cojeando los últimos pasos.

La Polilla está en todas partes, una neblina gris que radia su propio triunfo.

—Para nuestra Lívida Señora —declara Whitlow al elevar a la chica con una mano—. Una entrega final. Nuestro mayor triunfo.

Glaucous está de acuerdo.

Con todas sus fuerzas, levanta sus puños y juega como jamás se ha jugado a este juego, tirando a una única hebra de acero a través del giro rápido de las esferas… y con el mayor de los gruñidos, el gruñido del nacimiento, la muerte y el vacío, el gruñido de la victoria, la derrota y el dolor infinito, ese gnomo achaparrado, cazador de pájaros, amigo de jugadores, cazador de niños, *invierte* a Whitlow, no sólo su corazón sino su interior… hígado y luz, sangre y espíritu.

A través de la nube de restos, haciendo caso omiso del grito débil de la Polilla que desaparece —Whitlow había sido siempre su anclaje y su raíz—, Glaucous alarga las manos para agarrar a la niña antes de que simplemente salga volando.

Ha tirado todo lo posible de la fibra escogida de destino: penitencia y juego, set y partido. Es la mayor obra que ha realizado nunca y casi la última… casi.

El destino que ha agarrado y del que ha tirado no es bueno, no para él. Lo supo desde que lo vio, cerca del Quid. Deja a la chica sobre el hielo,

ajena a todo… viendo aún con otros ojos.

—No hay de qué —le murmura a nadie para luego persignarse, una vieja costumbre, y se arrodilla a su lado.

Cuando los vengadores se aproximan, Glaucous emplea su gruesa y fea mano para apartarlos delicadamente.

La oleada de gatos cae sobre él. Él es su primera presa. Es adecuado, piensa… un terror de pájaros contra otro. Glaucous se dobla como un niño indefenso y con la voluntad que le queda intenta no añadir su parte a los gritos. Su sangre salta sobre el hielo. La ola gris se va antes de terminar con él, pero la oscuridad se cierra mientras su dolor se enfría y contrae hasta un único latido interminable.

Otro está a punto de morir.

Los gatos han dado con otra presa más importante.

120

El Tifón no conoce ni tiempo ni espacio. Existe sin pensamiento en una informidad condensada, más pequeño que el punto más pequeño imaginable. En general, se le puede describir —de forma muy similar a como se describe a las musas o a Brahma— sólo en negativo: no es esto, no es aquello.

Pero simplifiquemos las cosas y empleemos palabras humanas, adscribiendo motivos, actividades y emociones que son familiares para los humanos… mucho más fáciles de transmitir aunque sean incorrectas.

Cuando el Tifón fue consciente por primera vez de nuestro cosmos envejecido, sintió una ausencia… un vacío. El viejo cosmos tenía pocas defensas. Sus observadores eran muchos, pero estaban dispersos por una geometría inmensa y diluida, gastada por largos y decadentes eones. Como un gran árbol que cae en un bosque, sigue viviendo un tiempo y luego lentamente deja escapar su savia y su voluntad, el corazón de madera del cosmos comenzaba a desmoronarse.

El Tifón era joven, en lo que se refiere a entes sin tiempo, y no probado. Incluso el más pequeño e informe aspirante a gobernar debe demostrar su capacidad. Ésta era su oportunidad de echar raíces como una semilla que cae en un vivero. Se alzaría sobre el dominio moribundo y crecería —y crecería— hasta alcanzar la nobleza total.

La Divinidad.

No esperaba resistencia. Ése fue su fallo. No sabía cómo aprovechar e incorporar la confrontación y el desafío, habilidades necesarias para cualquier dios. El retroceso de la creación —la libertad de la voluntad incontrolada— produce amor.

No para el Tifón. Cuando encontró cosas que veía diferentes, acababa con ellas… con gran miedo y desprecio.

Y luego con algo similar a la diversión.

Disfrutaba odiando, y no había forma de detenerle… durante muchos billones de años.

Había encontrado su característica.

Pero ahora, en todas las dimensiones posibles, llegaban las conclusiones, las consecuencias se iban alineando. Ya no era un dios joven o un punto infinitesimal, simultáneamente en todas partes y en ninguna parte. Había adquirido una especie de limitación, una sustancialidad indeseada, a partir de la nada primigenia, el bloque fundamental bajo todas las creaciones posibles… surgiendo de la espuma virtual más pequeña del volumen más diminuto e imaginable del vacío.

El Tifón adquiere dimensión y forma… crece y se extiende. En su pasión horrible y sin sentido por la deconstrucción y la destrucción, finalmente pierde toda la concentración que en su día pudo aplicar a sus caprichos y tareas.

El cosmos excesivamente extendido —el tronco viejo y compuesto— se había deteriorado tanto que se había convertido en una trampa. Las hojas del giro armilar de Brahma. Y ahora un muy mal lugar para un dios hinchado e indisciplinado.

A Tifón sólo le queda sacudirse dentro de la prisión giratoria, usando sus últimas fuerzas para provocar más sufriendo y frustrando cualquier posible buen resultado. Ha extendido su contaminación remontándose en el tiempo, pervirtiendo la creación, provocando interminables ciclos de dolor sin sentido. Ahora mismo empuja a nuestro cosmos hacia un final desagradable, disolviendo el espacio y el tiempo hasta el comienzo… devorando y corrompiendo todo lo que podríamos llegar a saber.

Podría elucubrar sobre qué podía pasarle al Tifón en circunstancias más afortunadas. Quizá todos los que hemos sentido su roce corrosivo deberíamos demostrar piedad… todos nosotros.

La corrupción que viajaba desde el futuro, no del pasado. El pecado final.

Pero no estamos preparados para tales elucubraciones. No estamos preparados para sentir pena por un dios fallido. Y por tanto… No lo hagamos. No sintamos piedad.

El Tifón —que antes carecía de pensamiento o víscera, sin conciencia o compasión— comprende que esta envoltura muerta e hinchada ahora puede *sentir*. Que siente una especie de aprensión… incluso miedo. Ya no es más poderoso que los que en su día aplastó.

Se ha convertido en algo pequeño, gris marrón, colocado en el centro del último universo, como un aborto metafísico, digno de lástima si no fuese por su historia. Y pronto no habrá historia. Ni rastro de sus obras, sus conclusiones.

Lo que ha hecho lo posible por detener, por evitar, avanza. Incluso las herramientas que forjó a lo largo de la eternidad se vuelven contra él. Puede sentir las dos últimas hebras, girando, uniéndose e intentando cancelarse, compitiendo y sumando a pesar de todos los últimos esfuerzos del Tifón.

Una de esas hebras se está disolviendo al final.

El Tifón experimenta otra emoción desconocida.

Una sensación funesta y terrible de la *esperanza*.

Sólo sobrevivirá una hebra. Y eso en sí mismo no es una condición saludable para ningún cosmos.

Puede que el Tifón pase a la nada verdadera, pero al menos tendrá la satisfacción de haberse llevado con él a todos los observadores… cegando para siempre esos ojos vergonzosos.

No más recuerdos.

No más historias.

No más.

121

Jack ve a Ginny medio nadando a través de la nieve, la niebla y los trozos de hielo que se elevan hacia el resplandor azul. Con supremo esfuerzo, impulsándose por este último cordón de destino —la concha de la armilar habiendo despedazado o cercenado todas las otras posibilidades—, Jack se pone a su altura. La piedra ayuda… un poco.

—Eh —dice él.

—Eh —ella le mira—. Cuidado con los gatos. Parecen muy enfadados.

—Sí… no creí que fuese a lograrlo.

—Pensé que te olvidarías de mí —dice Ginny.

—Nunca.

Ella alarga la mano. Él alarga la mano. Se encuentran y luego se abrazan y sienten su calor combinado y algo les une —mucho más sexual que cualquier cosa que hayan experimentado— y les da fuerza. Las sumadoras encajan entre sí, entrelazando sus dedos con los de ellos, y luego se separan con un destello rojizo.

—Necesitamos al menos tres —dice—. Eso lo recuerdo.

—Si la tercera no está aquí, lo perdemos todo… ¿no?

—Supongo que sí. ¿Quién es ése? —pregunta Ginny, señalando a otra forma en la niebla.

122

Jebrassy ha llegado al borde del azul brillante, desnudo y estremeciéndose, sus pies y parte inferior de las piernas convertidos en muñones congelados. Dos personas altas —asume que son personas, porque en su mayoría están rodeadas por la niebla y la nieve— se acercan. Una se agacha para levantarle.

Son altos, pero no son Alzados… no son como Ghentun. A través de la tormenta verdosa mira para ver un rostro familiar y luego otro. Se ve a sí mismo a través del otro, y deja que el otro le vea a él, pero en realidad es muy difícil ver nada. Flujos constantes de luz azul saltan entre los dos, oscureciendo los perfiles pero provocando una sensación aún mayor de voluntad renovada… quizás incluso energía.

Hablan, pero sus palabras resultan difíciles de entender. Así que ofrece todo lo que tiene, como un niño entregando un juguete a nuevos amigos, viejos conocidos: el poliedro esculpido con cuatro agujeros.

La pieza casi estalla en arcos azules.

Los dos traen sus trozos de roca, ojos rojos apagados enterrados en los nudos, ahora más brillantes frente al azul. Deben ser…

Las sumadoras tiran hacia dentro, se encajan y se ajustan a la pieza esculpida, que completa y rellana sus pliegues. Han viajado durante miles de millones de años, luego dieron tumbos por un universo moribundo para dar con el camino de vuelta.

Pero quedan dos agujeros por llenar.

Daniel deja atrás los restos sanguinolentos y cristalizados de Glaucous y Whitlow y no sabe qué ha pasado aquí… o si todavía sigue pasando. Ahora le interesa lo que ha centrado la atención de los gatos, a muy poca distancia. Sigue un sendero de pisadas sangrientas de gatos marcado sobre el hielo verde y cristalino.

La armilar está contrayéndose, sus bandas estrechándose y girando cada vez más rápido. Una especie de neblina de nieve le cubre los pies, las rodillas, y luego los hombros. El hielo se rompe, elevándose a trozos. Sigue avanzando, los dedos calentados por la sumadora.

Los gatos están en el centro, cree que eso es verdad… y durante un breve instante, agitando las manos, mira para verles siseando, arañando y mordiendo.

Los gastos están matando a un pequeño ente retorcido encajado en un hoyo. El proceso es lento. La cosa no deja de reformarse de nuevo, pero no puede escapar. Trozos humeantes y chisporroteantes de teofanía masticada resbalan por el hielo, dibujando bucles de senderos de partículas virtuales.

La luz está fallando. Daniel apenas puede ver. En su interior, Fred se pregunta cómo puede existir algo. Se encuentra en el interior de una espora en reducción de espaciotiempo, la realidad lanzándose por última vez contra la nada… lo que no se puede ver, considerar o nombrar.

No esto, no eso, no nada.

—Estamos aquí porque lo *deseamos*, y siempre hemos estado —dice Daniel, y eso es todo.

La desagradable vibración chillona de la cabeza se detiene de pronto. La cosa marrón y retorcida ha sido destruida… convertida en jirones.

Si la espora se contrae hasta la nada, entonces la muerte del Tifón —Daniel está seguro de que eso era lo que había en el diminuto hoyo difuminado, cubierta de gatos furiosos— no significará nada. No será registrada.

No se reconciliará.

El Tifón podría regresar aleatoriamente, inesperadamente, ilógicamente, pero igual de real que antes.

Los gatos se apartan. A muchos les faltan garras y miembros. Tienen cabezas deformadas, pelaje quemado, ojos vacíos. El acto les ha salido caro.

Daniel también se echa atrás. Todo esto le resulta muy familiar… aunque no siempre con gatos. La piedra tira de él apartándole del hoyo, los gatos, los restos del fracasado dios incipiente.

Mete la mano en el bolsillo. Siempre lo hace. Siempre entrega lo que le es entregado, para salvar a todos los que deben ser salvados, y con ese acto acaban sus posibilidades de reunirse con el ser que más ama de todo el mundo… el ser por el que ha realizado este viaje para estar en su compañía.

Quién… o qué. Siempre ha sido la pregunta, ¿no? ¿Qué podríamos ser el uno para el otro?

Atravesé el Caos. La ciudad rebelde moría… rodeada por el Tifón, traicionada por los Príncipes de Ciudad. A pesar de todo, me uní con ella. E hice lo que tenía que hacer. Los dos estuvimos de acuerdo. Yo debía volver al comienzo con un trozo de la Babel, la pieza final… y por insistencia del Bibliotecario, una segunda, como protección en caso de más traiciones, en caso de que se perdiese otra pieza…

Y de tal forma volé atrás con las últimas sumadoras, y por fuerza bruta encontré un camino a las primeras inteligencias del joven cosmos.

El único pastor que nunca sueña.

El mal pastor.

Jack está a su lado, con la mano en su hombro.

—¿Sabes qué es esto? —pregunta Jack—. Yo tengo claro que no lo sé.

—Es un desastre, eso es —dice Daniel—. Toma —y le da las dos piedras—. Por esta vez, ya he terminado.

123

Tiadba disfruta del cálido abrazo de alguien a quien nunca ha conocido, nunca ha visto, pero del que sabe mucho. Como fue encontrada a pedazos por todo el cosmos moribundo, y llevada por los Shen a un único lugar, donde un pensador genial le dio la forma de un ser consciente, que de alguna forma escogió ser femenina.

Había conocido al Peregrino enviado a recoger al que sería su padre y había hablado con él… y tomó una decisión clave: convertirse en carne y viajar de vuelta a la Tierra. Y allí…

La amargura y el miedo habían desaparecido… pero la pena permanecía.

La joven progenie se estremeció en el abrazo, incómoda, inquieta. Se acercaba alguien que conocía. Apenas había entrevisto lo que la rodeaba. Otros ojos veían desde otra posición… y a continuación la piel de Tiadba estalla con desgarradores rayos de azul brillante.

Todo el volumen que la rodea se convierte en una esfera de azul glorioso y cegador.

Su visitante está cerca.

Su visitante ve…

¡Jebrassy!

124

La armilar aceleró hacia dentro de forma asombrosa. Pero a instantes del final, de la comprensión infinita, llegando a cero y luego repitiéndose a menos que cero, y vibrando de esa forma hasta que todo quedó pulverizado… la métrica se expandió de pronto.

Algo enorme se agitaba.

La armilar tiene ahora kilómetros de ancho, girando mucho más lentamente.

El lago de hielo aplastado y turbulento se elevaba y caía en cascadas de olas fundidas para llenar el nuevo volumen.

La Princesa de Caliza se ha ido… desapareciendo por siempre con el Tifón. La armilar ya no es una prisión.

Es la cáscara de un huevo.

En su interior, como si se contuviese el aliento, una espera.

Otra presencia —ausente o retenida durante muchas eras— regresaba con asombro para encontrarse rodeada por algunos de los mismos progenies que mucho tiempo atrás ordenó crear. La han encontrado, la tarea para la que se les diseñó. Se han compenetrado y han traído a otros con ellos… formas similares de materia primordial.

Tal y como se les diseñó.

Hay una reunión. La meta de su padre casi se ha logrado.

Sólo queda una cosa.

Sostiene a la diminuta progenie hembra en su regazo desnudo como madre e hija. La progenie se retuerce en un halo de azul brillante, parte del cual salta siguiendo largos arcos para atravesar la niebla, la neblina.

—¿Has visto al Peregrino? —vuelve a preguntar Ishanaxade a su progenie, que apenas la oye.

125

Daniel no ha visto nunca nada tan hermoso.

Se había resistido y luchado contra incontables adversidades y destinos, pasando por incontables cuerpos, para regresar a este punto inicial. Trae el pequeño trozo redondeado de materia verde que Mnemosina le dejó en la habitación vacía de Bidewell, un suceso que ahora quedaba a una distancia física y temporal imposiblemente lejana. En ese momento la musa le otorgó un recuerdo catalítico, un disparador de transformación, como si en el futuro fuesen a encontrarse y conocerse de nuevo.

¿Qué debía hacer?

La mujer reluciente atraviesa la niebla y a él le tiemblan las rodillas.

Todo aquí. ¿Quién eres tú?

El rostro es tan adorable… su forma, atractiva e imposible, simultáneamente alienígena y tranquilizadora; tantas formas, tantos miembros, tanto poder. Algo muy antiguo, suprimido muy antiguamente, una condensación no más ni menos misteriosa que el trozo gastado por el tiempo que llevaba en la mano izquierda, se elevó en el interior de su ser.

Daniel intenta hablar.

Soy Sangmer.

¿Tú?

Luego.

¿Adónde has ido, Peregrino? ¿Esposo? ¿Y qué has traído contigo?

Daniel alza la mano derecha, vacía.

¿Las has entregado?

Asiente.

Entonces ya está. Un quórum de pastores ha llegado.

El ovoide rebotado en el tiempo de la otra mano es como una pieza comprimida y endurecida del lago que gira y se agita bajo ellos. Como los trozos que los Shen reunieron de todas las galaxias que visitaron, después de la Brillantez y el final de la creación.

Un trozo perdido de Mnemosina. Reavivará a Ishanaxade y la devuelve a lo que debía ser. Él podría retenerlo, negarlo, y reclamar a la mujer que había buscado por todo el Caos. O puede entregarlo y perderla para siempre.

126

Ishanaxade mira al cuerpo triste y antiguo del hombre, rodeado y ocupado por tanto dolor, gastado por el viaje, cruel, decidido a completar su tarea y regresar… a cualquier precio.

¿Qué hemos hecho?, pregunta ella.

Lo que hacemos siempre. Lo que prometimos hacer. Renacimiento.

Él ofrece su mano izquierda.

Ishanaxade extiende sus dedos y toma el fragmento. No es cristal, por supuesto. Es un fragmento de la madre de todo pensamiento, de los que ven y piensan, incluyendo a Daniel… y a Sangmer. Reconcilia, lo que permite la memoria y da forma a la creación del Durmiente, cuando escoge no dormir.

Si lo tomo… me convertiré en lo que fui. Entonces, ¿qué seremos el uno para el otro?

El cuerpo de Daniel es lastimero por el miedo. El lago ya se está elevando a través de la base del triángulo reluciente, a través de los pies difuminados de la mujer y sus piernas relucientes.

Cada pocas etapas, de toda la infinidad, nos encontraremos, le dice él. *Para mí, eso tiene que ser suficiente*.

La armilar vuelve a expandirse. No se pueden ver sus límites.

127

Ginny y Jack sienten pasar la pesadilla. Saben que nadie les olvidará a menos que deba ser así. Ven cerca a Jebrassy y a Tiadba… y juntos forman cuatro puntos dentro de la tormenta a medida que la materia antigua se reencuentra, según reglas antiguas que sólo se manifiestan dentro de la fortaleza giratoria del Durmiente… y justo en este momento.

Tiadba y Jebrassy se han unido de tantas formas. Ginny y Jack se sienten confundidos… y envidiosos.

Jack y Ginny recogen las dos sumadoras de Daniel. Daniel no está con ellos… no saben dónde está.

—¿Debemos? —pregunta Jack, y levanta piedras, y el poliedro.

—Bidewell diría que debemos —dice Ginny—. Tanto dolor y tanto esfuerzo.

Jack hace malabarismos con las piezas que quedan, sonriéndole a Ginny. Pensando en las últimas palabras del Custodio.

—No le pregunto a Bidewell. Te pregunto a ti.

—No me seas arrogante —dice ella.

—Así soy yo —dice Jack.

—*No* me resulta encantador.

—Los viejos dioses observan. Nos perdonarán… ¿no es así? —No estoy tan segura…

Jack sigue haciendo malabarismos. Su sonrisa es infinitamente dulce y atractiva.

—Tú eliges —dice Jack.

Entreacto

Es un momento inesperado. A los dioses no se les puede predecir o juzgar, sus motivaciones nunca serán conocidas. Ishanaxade disfruta de un breve respiro antes de retomar sus tareas. Sangmer está allí.

Cuando se separen, empezará de nuevo: la labor de ella y la búsqueda solitaria de él.

Pronto el Durmiente tomará el control. Hasta entonces, los niños jugarán, todos ellos, y su juego es tosco, primitivo y dulce, el material del que siempre se forjarán los sueños.

De un dominio anteriormente gris, Ginny se aprovecha de este *interludio*, el entremundo maleable, y da forma a su visión de Tule. Los acantilados nevados y las nubes pintadas por el sol, los campos verdes, amarillos y púrpuras, las amplias regiones de brezo llenas de pájaros, la cadena costera de antiguos castillos entre los que los niños huyen y hallan refugio… su propio lugar, su propia aventura.

Jack se contenta con dejarla guiar.

A Jebrassy y a Tiadba esta tierra abierta les resulta encantadora, con su amplio cielo azul. Les gustan especialmente los periodos largos entre noche y día, anochecer y amanecer. No hay estrellas, por supuesto. Pero el sol es brillante, pleno y da calor… cuando no se congregan las nubes y cae la lluvia.

Han construido una pequeña choza en un valle oculto y han aprendido a recolectar bayas y a hacer *fuego*. Jebrassy, por supuesto, aprende a cazar… más o menos. Habitualmente hay pan en el hogar, si regresa con las manos

vacías, lo que sucede a menudo, ya que hay pocos animales, y los que hay no son muy convincentes.

Tiadba va redondeándose. Se preguntan: ¿qué pasa cuando un niño nace entre creaciones?

Por todo Tule los detalles se van definiendo. Hay una ciudad, con su propia biblioteca… y una librería llena de libros y con algunos gatos, algunos con dedos quemados y orejas chamuscadas. En la librería aparecen cinco libros verdes. En el lomo cada uno tiene un número —¿o es un año?—: 1298.

Un día, Ginny abre el primero de los cinco libros y lee, y ve que una araña diminuta recorre la página. Está a punto de apartarla, pero se da cuenta de que es la primera araña que ve aquí. No es parte del texto, y no presta ninguna atención a las palabras bajo sus patitas.

La araña entre las líneas.

En la biblioteca, en una repisa de la ventana, hay un pequeño trozo redondeado traído por las olas a la playa, del color del jade pálido, reflejando la luz cambiante de cada nueva mañana.

Un día desaparece.

La memoria está regresando.

Algunos dicen, incluso ahora, que Jack viaja con Ginny por todos los caminos que se puedan imaginar. Algunos dicen que los puedes encontrar en una esquina, acompañados de dos o más gatos, preguntando a los que miran qué deberían hacer a continuación… ¿cómo deben caer las piezas del puzle?

Todas las historias por siempre, dando forma a todos los destinos, hasta el final del tiempo… ¿o es un único relato, repleto de amor, suficiente para reavivar el tiempo y crear un paraíso?

Esperando a que el Durmiente despierte al fin.

Y hasta este mismo día, Jack hace malabarismos. Nunca deja caer nada.

Otros dicen…

Al principio existía la Palabra.

Lynnwood, Washington
28 de septiembre de 2007



Greg Bear nació el 20 de agosto 1951, escritor de ciencia ficción. Actualmente vive en el estado de Washington con su familia, donde se dedica profesionalmente a la escritura. Es yerno de otro famoso autor de ciencia ficción: Poul Anderson.

Bear ha sido un destacado autor de los que ha marcado el estilo en la década de los 80. Es conocido por ser una de las “tres B” de la ciencia ficción (junto a Gregory Benford y David Brin). Su obra ha acaparado numerosos premios, como el premio Nébula en 1994 por Marte se mueve y en el año 2000 por La radio de Darwin, y tanto el Hugo como el Nébula por Música en la Sangre, en 1984.

Las novelas de Bear suelen tener un desarrollo muy similar: tres sucesos aparentemente desconectados ocurren en lugares distantes del mundo y son la señal de alarma de un proceso que generalmente acaba cambiando a la humanidad, destruyéndola, o ambas cosas; y lo hace siempre desde una perspectiva de ciencia ficción dura, tratando de usar argumentos ciencitíficos fundamentados y detallados como base principal de las tramas.

Es además especialista en bioquímica-ficción y muchas de sus novelas contienen avanzados y rigurosos planteamientos hipotéticos sobre genética.

Además de las mencionadas, otras obras suyas de relevancia que se podrían destacar son: Reina de los Ángeles (1990), Alt 47 (1997), Fundación y Caos (1998), Vitales (2001), y Los niños de Darwin (2003).